

J. RIZAL.

# NOLI ME TANGERE.

NOVELA TAGALA.

„Was? Es dürfte kein César auf euren Bühnen  
sich zeigen? — Kein Achill, kein Orest,  
keine Andromacha mehr?“

Richtig! Man sieht bei uns nur Pfarrer,  
Commerzienräthe, — Zehnbücher, Secretäre  
oder Husarenmajors.

„Aber, ich bitte dich, Freund, was kann denn  
dieser Rißere — Großes begeben, was kann  
Großes denn durch sie gescheh'n?“

„Qué? No podría un César presentarse  
En vuestras tablas? no más un Aquiles,  
Un Orestes ó Andromaca mostrarse?“

Quá! Si no vemos más que concejiles,  
Curas, alféreces y secretarios,  
De husares comandantes y alguaciles.

„Mas, di; qué pueden estos perdularios  
Hacer de grande? Pueden tales ratas  
Dar lugar á hechos extraordinarios?“

Schiller. La sombra de Shakespeare.

---

**BERLIN.**

**Berliner Buchdruckerei-Actien-Gesellschaft.**

**Setzerinnen-Schule des Lette-Vereins.**

---

**Es propiedad del Autor.**

---

## I.

### UNA REUNION.

A fines de Octubre, don Santiago de los Santos, conocido popularmente bajo el nombre de Capitan Tiago, daba una cena, que, sin embargo de haberlo anunciado aquella tarde tan sólo contra su costumbre, era ya el tema de todas las conversaciones en Binondo, en otros arrabales y hasta en Intramuros. Capitan Tiago pasaba entonces por el hombre más ramboso, y sabiase que su casa, como su pais, no cerraba las puertas á nadie, como no sea al comercio ó á toda idea nueva ó atrevida.

Cual una sacudida eléctrica corrió la noticia en el mundo de los parásitos, moscas ó colados que Dios crió en su infinita bondad, y tan cariñosamente multiplica en Manila. Unos buscaron betun para sus botas; otros, botones y corbatas, pero todos preocupados del modo cómo habian de saludar más familiarmente al dueño de la casa, para hacer creer en antiguas amistades, ó excusarse, si á mano viene, de no haber podido acudir más temprano.

Dábase esta cena en una casa de la calle de Anloague, y, ya que no recordamos su número, la describiremos de manera que se la reconozca aún, si es que los temblores no la han arruinado. No creemos que su dueño la haga derribar, porque de este trabajo ordinariamente se encarga allí Dios ó la Naturaleza, que tambien tiene de nuestro Gobierno muchas obras contratadas. — Es ello un edificio bastante grande, á estilo de los muchos del pais, situado hácia la parte que da á un brazo del Pasig, llamado por algunos ría de Binondo, y que desempeña, como todos los rios de Manila, el múltiple papel de baño, alcantarilla, lavadero, pesquería, medio de transporte y comunicacion y hasta agua potable si lo tiene por conveniente el chino aguador. Es de notar que esta poderosa arteria del arrabal en donde más el tráfico bulle y aturde el vaiven, en una distancia de casi un kilómetro, apenas cuenta con un puente de madera, descompuesto por un lado durante seis meses é intransitable por el otro el resto del año, de tal

suerte, que los caballos en la temporada del calor aprovechan este permanente *statu quo* para desde allí saltar al agua con gran sorpresa del distraído mortal, que en el interior del coche dormita ó filosofa sobre los progresos del siglo.

La casa á que aludimos es algo baja y de líneas no muy correctas: que el arquitecto que la haya construido no viera bien ó que esto fuese efecto de los terremotos y huracanes, nadie puede decirlo con seguridad. Una ancha escalera de verdes balaustres y alfombrada á trechos conduce desde el zaguan ó portal, enlosado de azulejos, al piso principal entre macetas y tiestos de flores sobre pedestales de losa china de abigarrados colores y fantásticos dibujos.

Pues que no hay porteros ni criados que pidan ó pregunten por el billete de invitacion, subiremos, ¡oh tú que me lees, amigo ó enemigo! si es que te atraen á tí los acordes de la orquesta, la luz ó el significativo *clin-clan* de la vajilla y de los cubiertos, y quieres ver cómo son las reuniones allá en la Perla del Oriente. Con gusto y por comodidad mía te ahorraria á tí de la descripcion de la casa, pero esto es tan importante, pues nosotros los mortales en general somos como las tortugas: valemos y nos clasifican por nuestras conchas; por esto y otras cualidades más como tortugas son tambien los mortales de Filipinas. — Si subimos, nos encontraremos de golpe en una espaciosa estancia, llamada allí *caida* no sé por qué, que esta noche sirve de comedor al mismo tiempo que salon de la orquesta. En medio, una larga mesa, adornada profusa y lujosamente, parece guiñar al colado con dulces promesas, y amenazar á la tímida jóven, á la sencilla *dalaga*, con dos horas mortales en compañía de estraños, cuyo lenguaje y conversacion suelen tener un carácter muy particular. Contrastando con estos terrenales preparativos están los abigarrados cuadros de las paredes, representando asuntos religiosos como *El Purgatorio*, *El Infierno*, *El Juicio final*, *La Muerte del Justo*, *La del Pecador*, y en el fondo, aprisionado en un espléndido y elegante marco estilo del Renacimiento que Arévalo tallára, un curioso lienzo de grandes dimensiones en que se ven dos viejas . . . la inscripcion dice: *Ntra. Sra. de la Paz y Buenviaje, que se venera en Antipolo, bajo el aspecto de una mendiga visita en su enfermedad á la piadosa y célebre capitana Inés.*<sup>1)</sup> La composicion si no revela mucho gusto ni arte, tiene en cambio sobrado realismo: la enferma parece ya un cadáver en putrefaccion por los tintes amarillos y azules

<sup>1)</sup> Otro cuadro parecido existe en el convento de Antipolo. (N. del T.)



de su rostro; los vasos y demás objetos, ese cortejo de las largas enfermedades, están reproducidos tan minuciosamente que se ven hasta sus contenidos. Al contemplar estos cuadros que excitan el apetito é inspiran ideas bucólicas, acaso piense alguno que el maligno dueño de la casa conocia muy bien el caracter de la mayor parte de los que se han de sentar á la mesa, y para velar un poco su pensamiento ha colgado del plafon preciosas lámparas de China, jaulas sin pájaros, esferas de cristal azogado, rojas, verdes y azules, plantas aéreas marchitas, pescados desecados ó secados, que llaman botetes, etc., cerrando el todo por el lado que mira al rio con caprichosos arcos de madera, medio chinoscos medio europeos, y dejando ver en una azotea emparrados y glorietas alumbrados escasamente por farolitos de papel de todos colores.

Allá en la sala están los que han de comer, entre colosales espejos y brillantes arañas: allá, sobre una tarima de pino, está el magnífico piano de cola de un precio exorbitante, y más precioso aún esta noche, porque nadie lo toca. Allá hay un grande retrato al óleo de un hombre bonito, de frac, tieso, recto, simétrico como el baston de borlas que lleva entre sus rígidos dedos cubiertos de anillos: el retrato parece decir:

— ¡Hjm! mirad cuanto llevo puesto y qué sério estoy! Los muebles son elegantes, acaso incómodos y malsanos: el dueño de la casa no pensaria en la higiene de sus convidados sino en el propio lujo, — ¡Es cosa terrible la disenteria, pero os sentais en sillones de Europa y eso no se tiene siempre! les diría él.

La sala está casi llena de gente: los hombres separados de las mujeres como en las iglesias católicas y en las sinagogas. Ellas son unas cuantas jóvenes entre filipinas y españolas: abrian la boca para contener un bostezo pero la tapaban al instante con sus abanicos; apenas murmuraban algunas palabras; cualquiera conversacion que se aventuraba moria entre monosílabos, como esos ruidos que se oyen de noche en una casa, ruidos causados por ratones y lagartijas. ¿Son acaso las imágenes de diferentes Ntras. Señoras que cuelgan de las paredes las que las obligan á guardar el silencio y la compostura religiosa, ó es que aquí las mujeres forman una escepcion?

La única que recibía á las señoras era una vieja, prima de Cpn. Tiago, de facciones bondadosas y que hablaba bastante mal el castellano. Toda su política y urbanidad consistian en ofrecer á las españolas una bandeja de cigarros y *buyos*, y en dar á besar la mano á las filipinas, exactamente

como los frailes. La pobre anciana acabó por aburrirse y, aprovechando el ruido de un plato que se rompía, salió precipitadamente murmurando:

— ¡Jesus! Esperad, indignos!

Y no volvió á aparecer.

En cuanto á los hombres, estos ya hacían más ruido. Algunos cadetes hablaban con animación, pero en voz baja, en uno de los rincones, mirando de cuando en cuando y señalando a veces con el dedo á varias personas de la sala, y se reían entre ellos más ó menos disimuladamente; en cambio, dos extranjeros, vestidos de blanco, cruzadas las manos detrás y sin decir palabra, paseábanse de un extremo á otro de la sala á grandes pasos, como hacen los aburridos pasajeros sobre la cubierta de un buque. Todo el interés y la mayor animación partían de un grupo formado por dos religiosos, dos paisanos y un militar al rededor de una mesita en que se veían botellas de vino y bizcochos ingleses.

El militar era un viejo teniente, alto, de fisonomía adusta; parecía un Duque de Alba rezagado en el escalafón de la Guardia Civil; hablaba poco, pero duro y breve. — Uno de los frailes, un joven dominico, hermoso, pulcro y brillante como sus gafas de montura de oro, tenía una temprana gravedad: era el cura de Binondo, y fué en años anteriores catedrático en San Juan de Letran. Tenía fama de consumado dialéctico, tanto que en aquellos tiempos cuando los hijos de Guzman se atrevían aún á luchar en sutilezas con los seglares, el hábil argumentador B. de Luna no había podido jamás embrollarle ni cogerle: los distingos de Fr. Sibyla le dejaban como al pescador que quiere coger anguilas con lazos. El dominico hablaba poco y parecía pesar sus palabras.

Por el contrario, el otro que era un franciscano hablaba mucho y gesticulaba más. Sin embargo de que sus cabellos empezaban á encanecer, parecía conservarse bien su robusta naturaleza. Sus correctas facciones, su mirada poco tranquilizadora, sus anchas quijadas y hercúleas formas le daban el aspecto de un patricio romano disfrazado, y, sin quererlo, os acordareis de uno de aquellos tres monjes de que habla Heine en sus *„Dioses en el destierro“*, que por el Equinoccio de Setiembre, allá en Tyrol pasaban á media noche en barca un lago, y cada vez depositaban en la mano del pobre barquero una moneda de plata, como el hielo fría, que le dejaba lleno de espanto. Sin embargo, Fr. Dámaso no era misterioso como aquellos; era alegre y si el timbre de su voz era brusco como el de un hombre que jamás se ha mordido

la lengua, que cree santo é inmejorable cuanto dice, su risa alegre y franca borraba esta desagradable impresion, y hasta se veía uno obligado á perdonarle el enseñar en la sala unos piés sin calcetines y unas piernas velludas, que harían la fortuna de un Mendieta en las ferias de Quiapo.

Uno de los paisanos, un hombre pequenito, de barba negra, sólo tenía de notable la nariz que, á juzgar por sus dimensiones, no debía ser suya; el otro, un joven rubio, parecía recién Hegado al país: con éste sostenía el franciscano una viva discusion.

— Ya lo verá, decía éste: como cuente en el país algunos meses, se va á convencer de lo que le digo: una cosa es gobernar en Madrid y otra es estar en Filipinas.

— Pero . . . .

— Yo, por ejemplo, continuó Fr. Dámaso levantando más la voz para no dejarle al otro la palabra, yo que cuento ya veintitres años de plátano y morisqueta, yo puedo hablar con autoridad sobre ello. No me salga V. con teorías ni retóricas, yo conozco al indio. Haga cuenta que desde que llegué al país, fui destinado á un pueblo, pequeño, es verdad, pero muy dedicado á la agricultura. Todavía no entendía yo muy bien el tagalo, pero ya confesaba á las mujeres, y nos entendíamos, y tanto me llegaron á querer que tres años despues, cuando me pasaron á otro pueblo mayor, vacante por la muerte del cura indio, todas se pusieron á llorar, me colmaron de regalos, me acompañaron con música . . .

— Pero eso sólo demuestra . . .

— ¡Espere, espere! no sea tan vivo! El que me sucedió permaneció menos tiempo, y cuando salió tuvo más acompañamiento, más lágrimas, y más música y eso que pegaba más y había subido los derechos de la parroquia casi el doble.

— Pero V. me permitirá . . . .

— Aun más, en el pueblo de San Diego he estado veinte años y sólo hace algunos meses que lo he . . . dejado (aquí pareció disgustarse). Veinte años, no me lo podrá negar nadie, son más que suficientes para conocer un pueblo. San Diego tenía seis mil almas, y conocía á cada habitante como si yo le hubiese parido y amamantado: sabía de qué pié cojeaba éste, donde le apretaba el zapato á aquel, quién hacía el amor á aquella dalaga, qué deslices había tenido ésta y con quién, cuál era el verdadero padre del chico etc. como que confesaba á todo bicho; se guardaban bien de faltar á su deber. Dígallo, si miento, Santiago, el dueño de la casa; allí tiene muchas tierras y allí fué donde hicimos nuestras amista-

des. Pues bien, verá V. lo que es el indio; cuando salí, apenas me acompañaron unas viejas y algunos hermanos terceros, y ¡eso que he estado veinte años!

— Pero, ¡no hallo que eso tenga que ver con el desestanco del tabaco! contestó el rubio aprovechando la pausa mientras el franciscano tomaba una copita de Jerez.

Fr. Dámaso, lleno de sorpresa, por poco deja caer la copa. Quedóse un momento mirando de hito en hito al joven y,

— ¿Cómo? cómo? exclamó despues con la mayor extrañeza. Pero, ¿es posible que no vea V. eso que es claro como la luz? No ve V., hijo de Dios, que todo esto prueba palpablemente que las reformas de los ministros son irracionales?

Esta vez fué el rubio el que se quedó perplejo; el teniente arrugó más las cejas; el hombre pequeñito movía la cabeza como para dar la razón á Fr. Dámaso ó para negársela. El dominico se contentó con volverles casi las espaldas á todos.

— ¿Cree V . . . ? pudo al fin preguntar muy serio el joven y mirando lleno de curiosidad al fraile.

— ¿Que si creo? ¡Como en el Evangelio! ¡El indio es tan indolente!

— ¡Ah! perdone V. que le interrumpa, dijo el joven bajando la voz y acercando un poco su silla; V ha pronunciado una palabra que llama todo mi interés: ¿existe verdaderamente, nativa, esa indolencia en los naturales, ó sucede segun un viajero extranjero, que nosotros escusamos con esta indolencia la nuestra propia, nuestro atraso y nuestro sistema colonial? Hablaba de otras colonias cuyos habitantes son de la misma raza . . .

— ¡Ca! Envidias! Pregúnteselo al Sr. Laruja que tambien conoce el pais, pregúntele si la ignorancia y la indolencia del indio tienen igual!

— En efecto, contestó el hombre pequeñito que era el aludido: en ninguna parte del mundo puede V. ver otro más indolente que el indio, en ninguna parte del mundo!

— ¡Ni otro más vicioso, ni más ingrato!

— ¡Ni más mal educado!

El joven rubio principió á mirar con inquietud á todas partes.

— Señores, dijo en voz baja, creo que estamos en casa de un indio, esas señoritas . . .

— ¡Bah! no sea V. tan aprehensivo! Santiago no se considera como indio, y ademas, no está presente y . . ¡aunque estuviera! Esas son tonterias de los reciénvenidos. Deje que

pasen algunos meses; cambiará de opinion cuando haya frecuentado muchas fiestas y *bailújan*, dormido en los catres y comido mucha tinola.

— ¿Es acaso eso que V. llama tinola una fruta de la especie del loto que vuelve á los hombres . . . así . . . como olvidadizos?

— ¡Qué loto ni que loteria! contestó riendo el P. Dámaso; está V. tocando el bombo. Tinola es un *gulai* de gallina y calabaza. ¿Cuánto tiempo hace que ha llegado V.?

— Cuatro dias, contestó el joven algo picado.

— ¿Viene como empleado?

— No, señor: vengo por cuenta propia para conocer el pais.

— ¡Hombre, qué pájaro más raro! exclamó Fr. Dámaso mirándole con curiosidad. Venir por cuenta propia y por tonterías! Qué fenómeno! Habiendo tantos libros . . . con tener dos dedos de frente . . . muchos han escrito así grandes libros! Con tener dos dedos de frente . . .

— Decía V. R., P. Dámaso, interrumpió bruscamente el dominico cortando la conversacion, que había estado veinte años en el pueblo de San Diego y lo ha dejado . . . ¿no estaba V. R. contento del pueblo?

Fr. Dámaso á esta pregunta, hecha con un tono tan natural y casi negligente, perdió repentinamente la alegría y dejó de reir.

— ¡No! gruñó secamente y se dejó caer con violencia contra el respaldo del sillón.

El dominico prosiguió en tono más indiferente aún:

— Doloroso debe ser dejar un pueblo donde se ha estado veinte años, y que se conoce como el hábito que se lleva. Yo, al menos, sentí dejar Camiling, y eso que estuve pocos meses . . . pero los superiores lo hacian para bien de la Comunidad . . . era tambien para bien mio.

Fr. Dámaso por primera vez en aquella noche parecia muy preocupado. De repente dió un puñetazo sobre el brazo de su sillón y respirando con fuerza exclamó:

— ¡O hay Religion ó no le hay, esto es, ó los curas son libres ó no! El pais se pierde, está perdido!

Y volvió á dar otro puñetazo.

Toda la sala, sorprendida, se volvió hácia el grupo: el dominico levantó la cabeza para mirarle por debajo de sus gafas. Los dos estrangeros que se paseaban paráronse un momento, se miraron, enseñáronse un poco sus dientes incisivos, y continuaron acto seguido el paseo.

— ¡Está de mal humor porque V. no le ha tratado de Reverencia! murmuró al oído del joven rubio el Sr. Laruja.

— ¿Qué quiere V. R. decir? qué le pasa? preguntaron el dominico y el teniente en diferentes tonos de voz.

— ¡Por eso vienen tantas calamidades! Los gobernantes sostienen á los herejes contra los ministros de Dios! continuó el franciscano levantando sus robustos puños.

— ¿Qué quiere V. decir? volvió á preguntar el cejijunto teniente medio levantándose.

— ¿Qué quiero decir? repitió Fr. Dámaso alzando más la voz y encarándose con el teniente. ¡Yo digo lo que yo quiero decir! Yo, yo quiero decir que cuando el cura arroja de su cementerio el cadaver de un hereje, nadie, ni el mismo rey tiene derecho á mezclarse y menos á imponer castigos. Con que un generalito, un generalito Calamidad . . .

— ¡Padre, Su Escelencia es Vice Real Patrono! gritó el militar levantándose.

— ¡Qué esclencia ni que Vice Real Patrono! contestó el franciscano levantándose tambien. En otro tiempo se le hubiera arrastrado escaleras abajo, como lo hicieron una vez las Corporaciones con el impío gobernador Bustamante. Aquellos sí que eran tiempos de fé!

— Le advierto que yo no permito . . . ¡Su Escelencia representa á S. M. el Rey!

— ¡Qué rey ni qué roque! para nosotros no hay más rey que el legítimo . . .

— ¡Alto! gritó el teniente amenazador y como si se dirigiera á sus soldados; ó V. retira cuanto ha dicho ó mañana mismo doy parte á S. E.

— ¡Ande V. ahora mismo, ande V! contestó con sarcasmo Fr. Dámaso acercándosele con los puños cerrados. ¿Cree V. que porque yo llevo hábito, me faltan . . . ? ¡Ande V. que todavía le presto mi coche!

La cuestion tomaba un giro cómico, afortunadamente intervino el dominico.

— ¡Señores! dijo en tono de autoridad y con esa voz nasal que sienta tan bien á los frailes; no hay que confundir las cosas ni buscar ofensas donde no las hay. Debemos distinguir en las palabras de Fr. Dámaso las del hombre de las del sacerdote. Las de éste, como tal, *per se*, jamás pueden ofender, pues provienen de la verdad absoluta. En las del hombre hay que hacer una subdistincion: las que dice *ab irato*, las que dice *ex ore* pero no *in corde* y las que dice *in corde*. Estas últimas son las que únicamente pueden

ofender y eso segun: si ya *in mente* preexistian por un motivo, ó solamente vienen *per accidens* en el calor de la conversacion, si hay . . . .

— ¡Pues yo *per accidens* y *por mi* sé los motivos, Padre Sibyla! interrumpió el militar que veía embrollarse en tantas distinciones y temía que si estas seguían no saliese él todavía culpable. Yo sé los motivos y los va V. R. á distinguir. Durante la ausencia del P. Dámaso en San Diego, enterró el coadjutor el cadáver de una persona dignísima . . . sí, señor, dignísima, yo le he tratado varias veces y en su casa me he hospedado. Que jamás se haya confesado, eso, ¿qué? yo tampoco me confieso; pero decir que se ha suicidado, es una mentira, una calumnia. Un hombre como él, que tiene un hijo en quien cifra su cariño y esperanzas, un hombre que tiene fé en Dios, que conoce sus deberes para con la sociedad, un hombre honrado y justo, no se suicida. Esto lo digo yo, y callo aquí lo demas que pienso y agradézcamelo V. R.

Y volviéndole las espaldas al franciscano continuó:

— Pues bien, este cura, á su vuelta al pueblo, despues de maltratar al pobre coadjutor, lo ha hecho desenterrar y sacarlo fuera del cementerio, para enterrarlo no sé dónde. El pueblo de San Diego ha tenido la cobardia de no protestar; verdad es que muy pocos lo supieron: el muerto no tenía ningun pariente, y su único hijo está en Europa; pero S. E. lo ha sabido y, como es hombre de recto corazon, ha pedido el castigo, . . . y el P. Dámaso fué trasladado á otro pueblo mejor. Hé aqui todo. Ahora haga V. R. sus distinciones.

Y dicho esto, se alejó del grupo.

— Siento mucho haber tocado, sin saberlo, una cuestion tan delicada, dijo el P. Sibyla con pesar. Pero al fin si se ha ganado en el cambio de pueblo . . . .

— ¿Qué se ha de ganar! Y ¿lo que se pierde en los traslados . . . y los papeles . . . y las . . . y todo lo que se estravía? interrumpió balbuciente sin poderse contener de ira Fr. Dámaso

Poco á poco volvió la reunion á su antigua tranquilidad.

Habian llegado otras personas, entre ellas un viejo español, cojo, de fisonomía dulce é inofensiva, apoyado en el brazo de una vieja filipina, lleva de rizos y pinturas y vestida á la europea.

El grupo les saludó amistosamente; el Doctor De Espadaña y su señora, la doctora Da Victorina se sentaron entre nuestros conocidos. Veianse algunos periodistas, almaceneros saludarse, discurrir de un lado á otro sin saber qué hacer.

— Pero me puede V. decir, Sr. Laruja, qué tal es el dueño de la casa? preguntó el joven rubio. Yo todavía no le he sido presentado.

— Dicen que ha salido: yo tampoco le he visto.

— ¡Aquí no hay necesidad de presentaciones! intervino Fr. Dámaso. Santiago es un hombre de buena pasta.

— Un hombre que no ha inventado la pólvora, añadió Laruja.

— ¡Tambien V., Sr. de Laruja! exclamó con meloso reproche Da Victorina abanicándose. ¡Cómo podía el pobre inventar la pólvora, sí, según dicen, lo habían inventado ya los chinos siglos hace?

— ¿Los chinos? Está V. loca? exclamó Fr. Dámaso. ¡Quite V! Lo ha inventado un franciscano, uno de mi orden, Fr. no sé cuantos Savalls en el siglo . . . siete!

— ¡Un franciscano! Bueno, ése habra estado de misionero en China, ese P. Savalls, replicó la señora que no dejaba así así sus ideas.

— Schwartz querrá V. decir, señora, repuso Fr. Sibyla sin mirarla.

— No lo sé; Fr. Dámaso ha dicho Savalls: ¡yo no hago más que repetir!

— ¡Bien! Savalls ó Chevás ¿qué más da? ¡Por una letra no se queda chino! replicó malhumorado el franciscano.

— Y en el siglo catorce no en el siete, añadió el dominico en tono de correctivo como para mortificar el orgullo del otro,

— ¡Bueno, un siglo más ó un siglo menos tampoco le hace dominico!

— ¡Hombre, no se enfade V. R.! dijo el P. Sibyla sonriendo. Tanto mejor que lo haya inventado él; así les ha ahorrado de ese trabajo á sus hermanos.

— Y ¿dice V., Padre Sibyla, que fué eso en el siglo catorce? preguntó con gran interés Da. Victorina; ¿antes ó despues de Cristo?

Felizmente para el preguntado dos personajes entraron en la sala

---



II.

CRISOSTOMO IBARRA.

No eran hermosas y bien ataviadas jóvenes para llamar la atención de todos, hasta la de Fr. Sibyla; no era S. E. el Capitan General con sus ayudantes para que el teniente saliera de su ensimismamiento, avanzara algunos pasos, y Fr. Dámaso se quedase como petrificado: era sencillamente el original del retrato de frac, conduciendo de la mano á un joven vestido de riguroso luto.

— ¡Buenas noches, señores! buenas noches, Padre! fué lo primero que dijo Cpn. Tiago besando las manos á los sacerdotes que se olvidaron de dar la bendición: el dominico se habia quitado las gafas para mirar al joven recién llegado, y Fr. Dámaso, pálido y los ojos desmesuradamente abiertos.

— ¡Tengo el honor de presentar á Vs. á Don Crisóstomo Ibarra, hijo de mi difunto amigo! continuó Cpn. Tiago; el Señor acaba de llegar de Europa y he ido á recibirle.

A este nombre, se oyeron algunas exclamaciones; el teniente se olvidó de saludar al dueño de la casa; acercóse al joven y le examinó de piés á cabeza. Este, entonces, cambiaba las frases de costumbre con todo el grupo; no parecia presentar otra cosa de particular que su traje negro en medio de aquella sala. Su aventajada estatura, sus facciones, sus movimientos respiraban, no obstante, ese perfume de una sana juventud en que tanto el cuerpo como el alma se han cultivado á la par. Leíanse en su rostro, franco y alegre, algunas ligeras huellas de la sangre española al traves de un hermoso color moreno, algo rosado en las mejillas, efecto tal vez de su permanencia en los países frios.

— ¡Calla! exclamó con alegre sorpresa; el cura de mi pueblo! P. Dámaso, el íntimo amigo de mi padre!

Todas las miradas se dirigieron al franciscano: éste no se movió.

— ¡V. dispense, me habia equivocado! añadió Ibarra confuso.

— ¡No te has equivocado! pudo al fin contestar aquel con voz alterada. Pero tu padre jamás fué íntimo amigo mio.

Ibarra retiró lentamente la mano que habia tendido, mirándole lleno de sorpresa se volvió y se encontró con la adusta figura del teniente que le seguía observando.

— Joven, ¿es V. el hijo de D. Rafael Ibarra?

El joven se inclinó.

Fr. Damaso medio se incorporó sobre su sillón y miró de hito en hito al teniente.

— ¡Bienvenido á su país y que en él sea más feliz que su padre! exclamó el militar con voz temblorosa. Yo le he conocido y tratado, y puedo decir que era uno de los hombres más dignos y más honrados de Filipinas.

— ¡Señor! contesto Ibarra conmovido; el elogio que V. hace de mi padre disipa mis dudas sobre su suerte, que yo, su hijo, ignoro aún.

Los ojos del anciano se llenaron de lágrimas, dió media vuelta y se alejó precipitadamente.

Vióse el joven solo en medio de la sala: el dueño de la casa había desaparecido, y no encontraba quién le presentase á las señoritas, muchas de las cuales le miraban con interés. Despues de vacilar algunos segundos, con una gracia sencilla y natural se dirigió á ellas.

— Permítanme Vs., dijo, que salte por encima de las reglas de una rigurosa etiqueta. Hace siete años que falto en mi país, y al volver á él no puedo contenerme sin saludar á su más precioso adorno, á sus mujeres.

Como ninguna se atrevió á contestar, se vió el joven obligado á alejarse. Dirijióse al grupo de algunos caballeros, que al verle venir, formaron un semicírculo.

— ¡Señores! dijo; hay en Alemania una costumbre, cuando un desconocido viene á una reunion y no halla quién le presente á los demas: él mismo dice su nombre y se presenta, á lo que contestan los otros de igual manera. Permítanme Vs. este uso, no por introducir costumbres extranjeras que las nuestras son muy bellas tambien, sino porque me veo obligado á ello. He saludado ya al cielo y á las mujeres de mi patria: ahora quiero saludar á los ciudadanos, á mis compatriotas. ¡Señores, yo me llamo Juan Crisóstomo Ibarra y Magsalin!

Los otros dieron sus nombres más ó menos insignificantes más ó menos desconocidos.

— ¡Yo me llamo A — a! dijo un jóven secamente é inclinándose apenas.

— ¿Tendré acaso el honor de hablar con el poeta, cuyas obras han mantenido mi entusiasmo por mi patria? Me han dicho que ya no escribe V., pero no han sabido darme el por qué . . .

— El por qué? Porque no se invoca á la inspiracion para que se arrastre y mienta. A uno le han formado causa por

haber puesto en verso una verdad de Pero Grullo. A mí me han llamado poeta, pero no me llamarán loco.

— Y ¿se puede saber qué verdad era esa?

— Dijo que el hijo del leon era tambien leon; por poco no va desterrado.

Y el extraño joven se alejó del grupo.

Casi corriendo llegó un hombre de fisonomía risueña, vestido como los naturales del país, con botones de brillantes en la pechera; acercóse á Ibarra, le dió la mano diciendo:

— ¡Señor Ibarra, yo deseaba conocerle á V.; Cpn. Tiago es muy amigo mio, yo conocí á su señor padre . . . yo me llamo Cpn. Tinong, vivo en Tondo donde V. tiene su casa espero que V. me honrará con su visita; venga V. á comer mañana con nosotros!

Ibarra estaba encantado de tanta amabilidad; Cpn. Tinong sonreía y se frotaba las manos.

— ¡Gracias! contestó afectuosamente: pero parto mañana mismo para San Diego . . .

— ¡Lástima! ¡Entonces, será para cuando V. vuelva!

— La mesa está servida! anunció un mozo del Café *La Campana*. La gente empezó á desfilar no sin que se hicieran de rogar mucho las mujeres, especialmente las filipinas.

---

### III.

## LA CENA.

*Jele jele bago quiere.*

Fr. Sibyla parecia muy satisfecho: andaba tranquilamente y en sus contraidos y finos labios no se reflejaba ya el desden; hasta se dignaba hablar con el cojo doctor De Espadaña, que respondía por monosilabos, pues era algo tartamudo. El franciscano estaba de un humor espantoso, pegaba puntapiés á las sillas que le obstruían el camino y hasta dió un codazo á un cadete. El teniente, serio; los otros hablaban con mucha animacion y alababan la magnificencia de la mesa. Da. Victorina, sin embargo, arrugó con desprecio la nariz, pero inmediatamente se volvió furiosa como una serpiente pisoteada: en efecto, el teniente le habia puesto el pié sobre la cola del vestido.

— Pero ¿es que no tiene V. ojos? dijo.

— Si, señora, y dos mejores que los de V.; pero estaba mirando esos rizos, contestó el poco galante militar y se alejó.

Instintivamente los dos religiosos se dirigieron á la cabecera de la mesa, quizás por costumbre, y como era de esperar, sucedió lo que á los opositores á una cátedra: ponderan con palabras los méritos y la superioridad de los adversarios, pero luego dan á entender todo lo contrario, y gruñen y murmuran cuando no la obtienen.

— ¡Para V., Fr. Dámaso!

— ¡Para V., Fr. Sibyla!

— Más antiguo conocido de la casa . . . confesor de la difunta . . . edad, dignidad y gobierno . . .

— ¡Muy viejo que digamos, no! en cambio es V. el cura del arrabal! contestó en tono desabrido Fr. Dámaso sin soltar, sin embargo, la silla.

— ¡Como V. lo manda, obedezco! concluyó el P. Sibyla disponiéndose á sentarse.

— ¡Yo no lo mando protestó el franciscano, yo no lo mando!

Iba ya á sentarse Fr. Sibyla sin hacer caso de las protestas, cuando sus miradas se encontraron con las del teniente. El más alto oficial es, segun la opinion religiosa en Filipinas, muy inferior al lego cocinero. *Cedant arma togæ*, decia Ciceron en el Senado; *cedant arma cottæ* dicen los frailes en Filipinas. Pero Fr. Sibyla era persona fina y repuso:

— Señor Teniente, aquí estamos en el mundo y no en la iglesia; el asiento le corresponde.

Pero á juzgar por el tono de su voz, aún en el mundo le correspondía á él. El teniente, bien sea por no molestarse, ó por no sentarse entre dos frailes, rehusó brevemente.

Ninguno de los candidatos se había acordado del dueño de la casa. Ibarra le vió, contemplando la escena con satisfaccion y sonriendo.

— ¡Cómo, D. Santiago! no se sienta V. entre nosotros?

Pero todos los asientos estaban ya ocupados: Lúculo no comia en casa de Lúculo.

— ¡Quieto! no se levante V.! dijo Cpn. Tiago poniendo la mano sobre el hombro del joven. Precisamente esta fiesta es para dar gracias á la Virgen por su llegada de V. ¡Oy! que traigan la tinola. Mandé hacer tinola por V. que hace tiempo no la habrá probado.

Trajeron una gran fuente que humeaba. El dominico, despues de murmurar el *Benedicite* al que casi nadie supo contestar, principió á repartir el contenido. Pero sea por descuido

ú otra cosa, al P. Dámaso le tocó el plato donde entre mucha calabaza y caldo nadaban un cuello desnudo y una ala dura de gallina, mientras los otros comían piernas y pechugas, principalmente Ibarra á quien le cupieron en suerte los menudillos. El franciscano vió todo, machacó los calabacines, tomó un poco de caldo, dejó caer la cuchara con ruido, y empujó bruscamente el plato hácia delante. El dominico estaba muy distraído hablando con el joven rubio.

— ¿Cuánto tiempo hace que falta V. en el país? preguntaba Laruja á Ibarra.

— Casi unos siete años.

— ¡Vamos, ya se habrá V. olvidado de él?

— Todo lo contrario: y aunque mi país parecía haberme olvidado, siempre he pensado en él.

— ¿Qué quiere V. decir? preguntó el rubio.

— Quería decir que hace un año he dejado de recibir noticias de aquí, de tal manera que me encuentro como un extraño, que ni aun sabe cuándo ni cómo murió su padre!

— ¡Ah! exclamó el teniente.

— Y ¿dónde estaba V. que no ha telegrafiado? preguntó Da Victorina. Cuando nos casamos, telegrafiamos á la *Peñínsula*.

— Señora, estos dos últimos años estaba en el Norte de Europa: en Alemania y en la Polonia rusa.

El Doctor De Espadaña, que hasta ahora no se había atrevido á hablar, creyó conveniente decir algo.

— Co . . . conocí en España un polaco de Va . . . Varsovia, llamado Stadnitzki, si mal no recuerdo; ¿le ha visto V. por ventura? preguntó tímidamente y casi ruborizándose.

— Es muy posible, contestó con amabilidad Ibarra, pero en este momento no lo recuerdo.

— ¡Pues, no se le podía co . . . confundir con otro! añadió el Doctor que cobró ánimo: era rubio como el oro y hablaba muy mal el español.

— Buenas señas son, pero desgraciadamente allá no he hablado una palabra de español más que en algunos consulados.

— Y ¿cómo se arreglaba V.? preguntó admirada Da Victorina.

— Me servía del idioma del país, señora.

— ¿Habla V. también inglés? preguntó el dominico que había estado en Hong-kong y hablaba bien el Pidgin-English, esa adulteración del idioma de Shakespeare por los hijos del Imperio Celeste.

— He estado un año en Inglaterra entre gentes que sólo hablaban el inglés.

— Y ¿cuál es el país que más le gusta á V. en Europa? preguntó el joven rubio.

— Despues de España, mi segunda patria, cualquier país de la Europa libre.

— Y V. que parece haber viajado tanto . . . vamos, ¿qué es lo más notable que ha visto? preguntó Laruja.

Ibarra pareció reflexionar.

— Notable ¿en qué sentido?

— Por ejemplo . . . en cuanto á la vida de los pueblos . . . vida social, política, religiosa, en general, en la esencia, en el conjunto . . .

Ibarra se puso á meditar largo rato.

— Francamente, de sorprendente en esos pueblos, quitando el orgullo nacional de cada uno . . . Antes de visitar un país, procuraba estudiar su historia, su Exodo, si puedo decirlo, y despues todo lo hallaba natural; he visto siempre que la prosperidad ó miseria de los pueblos están en razon directa de sus libertades ó preocupaciones, y por consiguiente de los sacrificios ó egoismo de sus antepasados.

— Y ¿no has visto más que eso? preguntó con risa burlesca el franciscano, que desde el principio de la cena no había dicho una sola palabra, distraido tal vez por la comida; ¡no valia la pena de malgastar tu fortuna para saber tan poca cosa: cualquier *bata* de la escuela lo sabe!

Ibarra quedósele viendo sin saber qué decir: los demas, sorprendidos, miraban al uno y al otro, y temían un escándalo. — ‘La cena toca á su fin y S. R. está ya harto’ iba á decir el joven, pero se contuvo y sólo dijo lo siguiente:

— Señores, no se estrañen Vs. de la familiaridad con que me trata nuestro antiguo cura: así me trataba cuando niño, pues para Su Reverencia en vano pasan los años; pero, se lo agradezco porque me recuerda al vivo aquellos días, cuando S. R. visitaba frecuentemente nuestra casa y houraba la mesa de mi padre.

El dominico miró furtivamente al franciscano que se había puesto tembloroso. Ibarra continuó, levantándose:

— Vs. me permitirán que me retire, porque, acabado de llegar y teniendo que partir mañana mismo, quédanme muchos negocios por evacuar. Lo principal de la cena ha terminado y yo tomo poco vino y apenas pruebo licores. ¡Señores, todo sea por España y Filipinas!

Y apuró una copita, que hasta entonces no había tocado. El viejo teniente le imitó pero sin decir palabra.

— ¡No se vaya V.! decíale Cpp. Tiago en voz baja. Ya llegará María Clara: ha ido á sacarla Isabel. Vendrá el nuevo cura de su pueblo, que es un santo.

— ¡Vendré mañana antes de partir! Hoy tengo que hacer una importantísima visita.

Y partió. Entretanto el franciscano se desahogaba.

— ¿V. lo ha visto? decía al joven rubio gesticulando con el cuchillo de postres. ¡Eso es por orgullo! No pueden tolerar que el cura los reprenda! Ya se creen personas decentes! Es la mala consecuencia de enviar los jóvenes á Europa. El gobierno debía prohibirlo.

— Y ¿el teniente? decía Da. Victorina haciéndole coro al franciscano; toda la noche no ha desarrugado el entrecejo; ha hecho bien en dejarnos. ¡Tan viejo y aún es teniente!

La señora no podía olvidar la alusión á sus rizos y el pisoteado encañonado de sus enaguas.

Aquella noche escribía el joven rubio entre otras cosas el capítulo siguiente de sus "*Estudios Coloniales*": "De como un cuello y un ala de pollo en el plato de tinola de un fraile pueden turbar la alegría de un festín." Y entre sus observaciones había éstas: "En Filipinas la persona más inútil en una cena ó fiesta es la que la da: al dueño de la casa pueden empezar por echarle á la calle y todo seguirá tranquilamente." "En el estado actual de las cosas casi es hacerles un bien el no dejar á los filipinos salir de su país, ni enseñarles á leer ..."

---

#### IV.

### HEREJE Y FILIBUSTERO.

Ibarra estaba indeciso. El viento de la noche, que por esos meses suele ser ya bastante fresco en Manila, pareció borrar de su frente la ligera nube que la había oscurecido: descubrióse y respiró.

Pasaban coches como relámpagos, calesas de alquiler á paso moribundo, transeuntes de diferentes nacionalidades. Con ese andar desigual, que da á conocer al distraído ó al desocupado, dirigióse el joven hácia la plaza de Binondo, mirando á todas partes como si quisiera reconocer algo. Eran las

mismas calles con las mismas casas de pinturas blancas y azules y paredes blanqueadas ó pintadas al fresco imitando mal el granito; la torre de la iglesia seguía ostentando su reloj con la traslúcida carátula; eran las mismas tiendas de chinos con sus cortinas sucias y sus varillas de hierro, una de las cuales había él torcido una noche, imitando á los chicos mal educados de Manila: nadie la había enderezado.

— ¡Se va despacio! murmuró y siguió la calle de la Sacristía.

Los vendedores de sorbetes seguían gritando: ¡*Sórbetee!* *huepes* alumbraban aún los mismos puestos de chinos y de mujeres, que vendían comestibles y frutas.

— ¡Es maravilloso! exclamó; es el mismo chino de hace siete años, y la vieja . . . la misma! Diríase que esta noche he soñado en siete años por Europa! . . . y ¡Santo Dios! continúa aún desarreglada la piedra como cuando la dejé!

En efecto estaba aún desprendida la piedra de la acera, que forma la esquina de la calle de S. Jacinto con la de la Sacristía.

Mientras contemplaba esta maravilla de la estabilidad urbana en el país de lo inestable, una mano se posó suavemente sobre su hombro: levantó la cara y se encontró con el viejo teniente que le contemplaba casi sonriendo: el militar no tenía ya aquella espresion dura ni aquellas cejas que tanto le caracterizaban.

— ¡Joven, tenga V. cuidado! Aprenda V. de su padre! le dijo.

— V. perdone, pero me parece que V. ha estimado mucho á mi padre, ¿Podría V. decirme cuál ha sido su suerte? preguntó Ibarra mirándole.

¿Que no la sabe V.? preguntó el militar.

— Se lo he preguntado á D. Santiago, pero no me prometió referirlo sino hasta mañana. ¿Lo sabe V. por ventura?

— ¡Ya lo creo, como todo el mundo! Murió en la cárcel.

El joven retrocedió un paso y miró al teniente de hito en hito.

— ¿En la cárcel? quién murió en la cárcel? preguntó.

— ¡Hombre, su padre de V., que estaba preso! contestó el militar algo sorprendido

— ¿Mi padre . . . en la cárcel . . . preso en la cárcel? Qué dice V.? Sabe V. quien era mi padre? Está V. . . ? preguntó el joven cogiéndole del brazo al militar.

— Me parece que no me engaño, D. Rafael Ibarra.



— ¡Si, D. Rafael Ibarra! repitió el joven débilmente.

— ¡Pues yo creía que V. lo sabía! murmuró el militar con acento lleno de compasión al leer lo que pasaba en el alma de Ibarra; yo suponía que V. . . pero tenga V. valor! aquí no se puede ser honrado sin haber ido á la cárcel!

— Debo creer que V. no juega conmigo, repuso Ibarra en voz débil despues de algunos instantes de silencio. ¿Podría V. decirme por qué estaba en la carcel?

El anciano pareció reflexionar.

— A mí me estraña mucho que no le hayan á V. enterado de los negocios de su familia.

— Su última carta de hace un año me decia que no me inquietase si no me escribía, pues estaria muy ocupado: me recomendaba siguiese estudiando . . . me bendecia!

— Pues entonces esa carta le escribió á V. antes de morir: pronto será un año que le enterramos en su pueblo.

— ¿Por qué motivo estaba preso mi padre?

— Por un motivo muy honroso. Pero sigame V. que tengo que ir al cuartel, se lo contaré andando. Apóyese V. en mi brazo.

Anduvieron por algun tiempo en silencio: el anciano parecia reflexionar y pedir inspiración á su perilla que acariciaba.

— Como V. sabe muy bien, comenzó diciendo, su padre era el más rico de la provincia, y aunque era amado y respetado de muchos, otros en cambio le odiaban ó envidiaban. Los españoles que venimos á Filipinas no somos desgraciadamente lo que debíamos: digo esto tanto por uno de sus abuelos de V. como por los enemigos de su padre. Los cambios continuos, la desmoralización de las altas esferas, el favoritismo, lo barato y lo corto del viaje tienen la culpa de todo: aquí viene lo más perdido de la Península, y si llega uno bueno, pronto le corrompe el país. Pues bien, su padre de V., tenía entre los curas y los españoles muchísimos enemigos.

Aquí hizo una breve pausa.

— Meses despues de su salida de V., comenzaron los disgustos con el P. Dámaso, sin que yo pueda explicarme el verdadero motivo. Fr. Dámaso le acusaba de no confesarse: antes tampoco se confesaba y sin embargo eran muy amigos, como V. recordará aún. Además, D. Rafael era un hombre muy honrado y más justo que muchos que confiesan y se confiesan: tenía para sí una moral muy rígida, y solía decirme cuando me hablaba de estos disgustos: Señor Guevara, ¿cree V. que Dios perdona un crimen, un asesinato por

ejemplo, sólo con decirlo á un sacerdote, hombre al fin que tiene el deber de callarlo, y temer tostarse en el infierno, que es el *acto de atrición*? Con ser cobarde, desvergonzado sobre seguro? Yo tengo otra idea de Dios, decía; para mí, ni se corrige un mal con otro mal, ni se perdona con vanos lloriqueos, ni con limosnas á la Iglesia. Y me ponía este ejemplo: si yo, he asesinado á un padre de familia, si he hecho de una mujer una viuda infeliz, y de unos alegres niños huérfanos desvalidos, ¿habré satisfecho á la eterna Justicia con dejarme ahorcar, confiar el secreto á uno que me lo ha de guardar, dar limosnas á los curas, que menos las necesitan, comprar la bula de composición ó lloriquear noche y día? ¿Y la viuda y los huérfanos? Mi conciencia me dice que debo sustituir en lo posible á la persona que he asesinado, consagrarme todo y por toda mi vida al bien de esta familia cuya desgracia hice, y aun así, aun así ¿quién sustituye el amor del esposo y el del padre? Así razonaba su padre de V. y con esta moral severa obraba siempre, y se puede decir que jamás ha ofendido á nadie; por el contrario, procuraba borrar con buenas obras ciertas injusticias que él decía habían cometido sus abuelos. Pero volviendo á sus disgustos con el cura, éstos tomaban mal carácter; el P. Dámaso le aludía desde el púlpito y si no le nombraba claramente era un milagro, pues de su carácter todo se podía esperar. Yo preveía que tarde ó temprano la cosa iba á terminar mal.

El viejo teniente volvió á hacer otra breve pausa.

— Recorría entonces su provincia un ex-artillero, arrojado de las filas por demasiado bruto é ignorante,. Como el hombre tenía que vivir y no le era permitido dedicarse á trabajos corporales que podrían dañar á nuestro prestigio, obtuvo de no sé quién el empleo de recaudar impuestos sobre vehiculos. El infeliz no había recibido educación ninguna, y los indios lo conocieron bien pronto: para ellos es un fenómeno un español que no sabe leer ni escribir. Todo era burlarse del desgraciado, que pagaba con sonrojos el impuesto que cobraba, y conocía que era objeto de burla, lo cual agriaba más su carácter, rudo y malo ya de antemano. Dábanle intencionadamente lo escrito al revés; él hacía ademán de leerlo y firmaba en donde veía blanco con unos garabatos que le representaban con propiedad. Los indios pagaban pero se burlaban; él tragaba saliva pero cobraba, y en esta disposición de ánimo no respetaba á nadie, y con su padre de V. había llegado á cambiar muy duras palabras.

Sucedió que un día mientras daba vueltas á un papel,

que en una tienda le habían entregado, deseando ponerlo al derecho, un chico de la escuela empezó á hacer señas á sus compañeros, reirse y señalarle con el dedo. El hombre oía las risas, y veía la burla retozar en los serios semblantes de los presentes; perdió la paciencia, volvióse rápidamente, y empezó á perseguir á los muchachos que corrieron gritando *ba, be, bi, bo, bu*. Ciego de ira y no pudiendo darles alcance, les arroja su baston que hiere á uno en la cabeza y le derriba; corre entonces á él, le pateá, y minguno de los presentes que se burlaban tuvo el valor de intervenir. Por desgracia pasaba por allí su padre; indignado, corre hácia el cobrador, le coje del brazo y le increpa duramente. Este que, sin duda veía todo rojo, levanta la mano, pero su padre no le dió tiempo, y con esa fuezza que delata al nieto de los vascongados . . . unos dicen que le pegó, otros que se contentó con empujarle; el caso es que el hombre vaciló, cayó á algunos pasos dando de cabeza contra una piedra. D. Rafael levanta tranquilamente al niño herido y lo lleva al tribunal. El ex-artillero arrojaba sangre por la boca y ya no volvió en sí, muriendo algunos minutos despues. Como era natural, intervino la justicia, su padre fué preso y todos los enemigos ocultos se levantaron entonces. Llovieron las calumnias, se le acusó de filibustero y hereje: ser hereje es en todas partes una gran desgracia, sobre todo en aquella época cuando la provincia tenia por alcalde á un hombre que hacia gala de devocion, que con sus criados rezaba en la iglesia en voz alta el rosario, quizás para que le oyesen todos y rezasen con él; pero ser filibustero es peor que ser hereje y matar tres cobradores de impuestos que saben leer, escribir y hacer distinciones. Todos le abandonaron; sus papeles y libros fueron recogidos. Se le acusó por suscribirse á "*El Correo de Ultramar*" y á periódicos de Madrid, por haberle á V. enviado á la Suiza alemana, por habersele encontrado cartas y el retrato de un ajusticiado sacerdote y qué sé yo más? De todo se deducian acusaciones hasta del uso de la camisa siendo descendiente de peninsulares. A haber sido otro su padre de V. acaso hubiera salido pronto libre, pues hubo un médico que atribuyó la muerte del desgraciado cobrador á una congestion; pero, su fortuna, su confianza en la justicia, y su odio á todo que no fuere legal ni justo, le perdieron. Yo mismo, apesar de mi repugnancia á implorar la merced de nadie, me presenté al Capitan General, al antecesor del que tenemos: le hice presente que no podia ser filibustero quien acoge á todo español, pobre ó emigrado, dándoles techo y mesa. y en cuyas venas hierve aún

la generosa sangre española; en vano respondí con mi cabeza, juré por mi pobreza y mi honor militar, y sólo conseguí ser mal recibido, peor despedido y el apodo de *chiflado*!

El anciano se detuvo para tomar aliento, y viendo el silencio de su compañero que escuchaba sin mirarle, prosiguió:

— Hice las diligencias del pleito por encargo de su padre. Acudí al célebre abogado filipino, el joven A — pero rehusó encargarse de la causa. — “Yo la perdería”, me dijo. “Mi defensa sería un motivo de nueva acusacion para él y quizás para mi. Acuda V. al Sr. M. — que es un orador vehemente, de fácil palabra, peninsular y que goza de muchísimo prestigio.” Así lo hice, y el célebre abogado se encargó de la causa, que defendió con maestría y brillantez. Pero los enemigos eran muchos y algunos, ocultos y desconocidos. Los falsos testigos abundaban, y sus calumnias, que en otra parte se hubieran disipado á una frase irónica ó sarcástica del defensor, aquí tomaban cuerpo y consistencia. Si el abogado conseguía anularlos poniéndolos en contradiceion entre si y consigo mismos, pronto renacian otras acusaciones. Le acusaron de haberse apoderado injustamente de muchos terrenos, le pidieron indemnizacion de daños y perjuicios; dijeron que mantenía relaciones con los tulisanes para que sus sembrados y animales fueran respetados. Al fin, embrollóse el asunto de tal manera que al cabo de un año ya nadie se entendía. El alcalde tuvo que dejar su puesto; vino otro que tenia fama de recto, pero éste, por desgracia, apenas estuvo meses; y el que le sucedió amaba demasiado los buenos caballos.

Los sufrimientos, los disgustos, las incomodidades de la prision ó el dolor de ver á tantos ingratos, alteraron su salud de hierro, y enfermó de ess mal que sólo la tumba cura. Y cuando todo iba á terminarse, cuando iba á salir absuelto de la acusacion de enemigo de la Patria y de la muerte del cobrador, murió en la cárcel sin tener á su lado á nadie. Yo llegué para verle espirar.

El anciano se calló; Ibarra no dijo una sola palabra. Entre tanto habian llegado á la puerta del cuartel. El militar se detuvo y tendiéndole la mano, le dijo:

— Jóven, los pormenores pidaselos á Cpn. Tiago. Ahora, ¡buenas noches! es menester que vea si ocurre algo nuevo.

Ibarra estrechó con efusion, en silencio, aquella mano descarnada, y en silencio le siguió con los ojos hasta que desapareció.

Volvióse lentamente y vió un coche que pasaba; hizo una seña al cochero.

— ¡Fonda de Lala! dijo con acento apenas inteligible.

— Este debe venir del calabozo, pensó para sí el cochero dando un latigazo á sus caballos.

---

V.

UNA ESTRELLA EN NOCHE OSCURA.

Ibarra subió á su cuarto que da al río, dejóse caer sobre un sillón, mirando al espacio que se ensanchaba delante de él gracias á la abierta ventana.

La casa de enfrente, á la otra orilla, estaba profusamente iluminada y llegaban hasta á él alegres acordes de instrumentos de cuerda en su mayor parte. — Si el joven hubiera estado menos preocupado, y más curioso, hubiese querido ver con la ayuda de unos gemelos lo que pasaba en aquella atmósfera de luz, habria admirado una de esas fantásticas visiones, una de esas apariciones mágicas que á veces se ven en los grandes teatros de Europa, en que á las apagadas melodias de una orquesta se veía aparecer en medio de una lluvia de luz, de una cascada de diamantes y oro, en una decoracion oriental, envuelta en vaporosa gasa, una deidad, una silfide que avanza sin tocar casi el suelo, rodeada y acompañada de un luminoso nimbo: á su presencia brotan las flores, retoza la danza, se despiertan armonias, y coros de diablos, ninfas, sátiros, genios, zagalas, ángeles y pastores bailan, agitan panderetas, hacen evoluciones y depositan á los piés de la diosa, cada cual un tributo. Ibarra habria visto una joven hermosísima, esbelta, vestido con el pintoresco traje de las hijas de Filipinas, en el centro de un semicírculo formado de toda clase de personas, gesticulando y moviéndose con animacion: allí habia chinos, españoles, filipinos, militares, curas, viejas, jóvenes etc. El P. Dámaso estaba al lado de aquella beldad; el P. Dámaso sonreía como un bienaventurado; Fr. Sibyla, el mismo Fr. Sibyla le dirigía la palabra, y D<sup>a</sup> Victorina arreglaba en la magnífica cabellera de la joven una sarta de perlas y brillantes que reflejaban los hermosísimos colores del prisma. Ella era blanca, demasiado blanca tal vez; los ojos, que casi siempre los tenía bajos, enseñaban un alma purísima cuando los levantaba, y

cuando ella sonreía y descubría sus blancos y pequeños dientes, se diría que una rosa es sencillamente un vegetal, y el marfil, un colmillo de elefante. Entre el tejido transparente de la piña y al rededor de su blanco y torneado cuello *pestañeaban*, como dicen los tagalos, los alegres ojos de un collar de brillantes. Un solo hombre no parecía sentir su influencia luminosa, si se puede decir: era éste un joven franciscano, delgado, demacrado, pálido, que la contemplaba inmóvil, desde lejos, como una estatua, casi sin respirar.

Pero Ibarra no veía nada de esto: sus ojos veían otra cosa. Cuatro desnudos y sucios muros encerraban un pequeño espacio; en uno de aquellos, allá arriba, había una reja; sobre el sucio y asqueroso suelo, una estera, y sobre la estera un anciano agonizando: el anciano, que respiraba con dificultad, volvía á todas partes la vista y pronunciaba llorando un nombre; el anciano estaba solo; se oía de cuando en cuando el ruido de una cadena ó un gemido al traves de la pared . . . y luego allá á lo lejos un alegre festín, casi un bacanal, un joven ríe, grita, derrama el vino sobre las flores á los aplausos y á la embriagada risa de los demas. Y ¡el anciano tenía las facciones de su padre, el joven se le parecía á él, y el nombre que aquel pronunciaba llorando era el suyo!

Esto era lo que veía el desgraciado delante de sí. Se apagaron las luces en la casa de enfrente, cesó la música y el ruido, pero Ibarra oía aún el angustiado grito de su padre, buscando un hijo en su última hora.

El silencio había soplado su hueco aliento sobre Manila, y todo parecía dormir en los brazos de la nada; oíase el canto del gallo alternar con los relojes de las torres y con el melancólico grito de alerta del aburrido centinela; un pedazo de luna empezaba á asomarse; todo parecía descansar, sí, el mismo Ibarra dormía ya tambien, cansado quizás de sus tristes pensamientos ó del viaje.

Pero el joven franciscano, que vimos hace poco inmóvil y silencioso en medio de la animacion de la sala, no dormía, velaba. Con el codo sobre el antepecho de la ventana de su celda, el pálido y enflaquecido rostro apoyado en la palma de su mano, miraba silencioso á lo lejos una estrella que brillaba en el oscuro cielo. La estrella palideció y se eclipsó, la luna perdió sus pocos fulgores de luna menguante, pero el fraile no se movió de su sitio: miraba entonces al lejano horizonte que se perdía en la bruma de la mañana, hácia el campo de Bagumbayan, hácia el mar que dormía aún.

---

VI.

CAPITAN TIAGO.

Hágase tu voluntad así en la tierra:

Mientras nuestros personajes duermen ó desayunan, vamos á ocuparnos de Cpn. Tiago. No hemos sido jamás convidado suyo, no tenemos pues el derecho ni el deber de despreciarle haciendo caso omiso de él, aún en circunstancias importantes.

Bajo de estatura, claro de color, redondo de cuerpo y de cara gracias á una abundancia de grasa, que, segun sus admiradores, le venia del cielo, de la sangre de los pobres segun sus enemigos, Cpn. Tiago aparecia más joven de lo que realmente era: le hubieran creido de treinta á treinta y cinco años de edad. La espresion de su rostro era constantemente beatifica en la época á que se refiere nuestra narracion. Su cráneo, redondo, pequenito y cubierto de un pelo negro como el ébano, largo por delante y muy corto por detrás, contenia muchas cosas, segun dicen, dentro de su cavidad; sus ojos pequeños, pero no achinados, no cambiaban jamás de espresion; su nariz era fina y no chata, y si su boca no hubiese estado desfigurada por el abuso del tabaco y del buyo, cuyo *sapá* reuniéndose en un carrillo alteraba la simetría de sus facciones, diríamos que hacia muy bien en creerse y venderse por un hombre bonito. Sin embargo de aquel abuso, conservaba siempre blancos sus propios dientes y los dos que le prestó el dentista, á razon de doce duros pieza.

Se le consideraba como uno de los más ricos propietarios de Binondo y uno de los más importantes hacenderos por sus terrenos en la Pampanga y en la Laguna de Bay, principalmente en el pueblo de San Diego, cuyo cánon ó arriendo cada año subía. San Diego era el pueblo favorito suyo por sus agradables baños, famosa gallera y los recuerdos que de él conserva: allí pasaba cuando menos dos meses del año.

Cpn. Tiago tenia muchas fincas en Sto. Cristo, en la calle de Anloague y en la del Rosario; la contrata del ópio la explotaban él y un chino, y ocioso es decir que sacaban grandisimos beneficios. Daba de comer á los presos de Bilibid, y zacate á muchas casas principales de Manila, mediante contratas, se entiende. En bien con todas las Autoridades, hábil, flexible y hasta audaz tratándose de especular con las necesidades de los demás, era el único y temible rival de un tal Perez en cuanto á arriendos y subastas de cargos ó empleos, que el Gobierno de Filipinas confia siempre á manos

particulares. Así que en la época de estos acontecimientos, Cpn. Tiago era un hombre feliz en cuanto puede ser feliz un hombre de pequeño cráneo en aquellas tierras: era rico, estaba en paz con Dios, con el Gobierno y con los hombres.

Que estaba en paz con Dios, era indudable, casi dogmático: motivos no había para estar en mal con el buen Dios cuando se está bien en la tierra, cuando no se ha comunicado con El jamás, ni jamás se Le ha prestado dinero. Nunca se había dirigido á El en sus oraciones, ni aún en sus más grandes apuros; era rico y su oro oraba por él: para misas y rogativas Dios había criado poderosos y altivos sacerdotes; para novenas y rosarios, Dios en su infinita bondad había criado pobres para bien de los ricos, pobres que por un peso son capaces de rezar dieciseis misterios y leer todos los libros santos, hasta la Biblia hebraica si aumentan el pago; y si alguna vez en un grande apuro necesitaba ausilios celestiales y no encontraba á mano ni una vela roja de chino, dirigíase entonces á los santos y santas de su devocion, prometiéndoles muchas cosas para obligarlos y acabarlos de convencer de la bondad de sus deseos. Pero á quien más prometía y cumplía su promesa, era á la Virgen de Antipolo, Ntra. Sra. de la Paz y de Buenviaje, pues, con ciertos santos pequeños no andaba el hombre ni muy puntual ni decente: á veces conseguido lo que deseaba, no volvía á acordarse de ellos, verdad es que tampoco los volvía á molestar, si se le presentaba ocasion: Cpn. Tiago sabia que en el calendario había muchos santos desocupados, que acaso no tienen qué hacer allá en el cielo. A la Virgen de Antipolo, además, atribuía mayor poder y eficacia que á todas las otras Vírgenes, ya lleven bastones de plata, ya Niños Jesus desnudos ó vestidos, ya escapularios, rosarios ó correas; quizás se deba esto á la fama de ser aquella una señora muy severa, muy cuidadosa de su nombre, enemiga de la fotografia segun el Sacristan mayor de Antipolo, y que, cuando se enfada, se pone negra como el ébano, y á que las otras Virgenes son más blandas de corazón, más indulgentes: sabido es que ciertas almas aman más á un rey absoluto que á un constitucional, diganlo Luis XIV y Luis XVI, Felipe II y Amadeo I. Por esta razon acaso tambien, se debe el verse en el famoso santuario andar de rodillas chinos infieles y hasta españoles, sólo que no se explica el por qué se escapan los curas con el dinero de la terrible Imágen, se van á América y allá se casan.

Aquella puerta de la sala, oculta por una cortina de seda, conduce á una pequeña capilla ú oratorio, que no debe faltar



en ninguna casa filipina: allí están los dioses lares de Cpn. Tiago, y decimos dioses lares, porque este señor más bien sentía por el politeísmo que por el monoteísmo, que jamás había comprendido. Allí se ven imágenes de la Sacra Familia con el busto y las estremidades de marfil, ojos de cristal, largas pestañas y cabellera rubia rizada, primores de la escultura de Sta. Cruz. Cuadros pintados al óleo por los artistas de Paco y Hermita, representan martirios de santos, milagros de la Virgen etc.; Sta. Lucía mirando al cielo y llevando en un plato otros dos ojos con pestañas y cejas, como los que se ven pintados en el triángulo de la Trinidad ó en los sarcófagos egipcios; S. Pascual Baylon, S. Antonio de Padua con hábito de guingon, contemplando lloroso á un Niño Jesus vestido de Capitan General, tricornio, sable y botas como en el baile de niños de Madrid: esto para Cpn. Tiago significaba que aunque Dios añadiese á su poder el de un Capitan General de Filipinas, siempre jugarían con él los franciscanos como con una muñeca. Véanse tambien: un S. Antonio Abad con un cerdo al lado, cerdo que para el digno Capitan era tan milagroso como el santo mismo, por cuya razon no se atrevia á llamarle *cerdo* sino *criatura del santo señor S. Antonio*; un S. Francisco de Asis con siete alas y el hábito color de café, colocado encima de un S. Vicente que no tiene más que dos pero en cambio lleva un cornetín; un S. Pedro Mártir con la cabeza partida con un *talibon* de malhechor, empuñado por un infiel puesto de rodillas, al lado de un S. Pedro que corta la oreja á un moro, Malco sin duda, que se muerde los labios y hace contorsiones de dolor, mientras un gallo *sasabungin* canta y bate las alas sobre una columna dórica, de lo cual deducia Cpn. Tiago que para ser santo lo mismo era partir que ser partido. ¿Quién puede enumerar aquel ejército de imágenes y decir las cualidades y perfecciones que allí se atesoran? ¡No tendríamos bastante con un capítulo! Sin embargo, no pasaremos en silencio un hermoso S. Miguel de madera dorada y pintada, casi de un metro de altura: el arcángel, mordiendo el labio inferior tiene los ojos encendidos, la frente arrugada y las mejillas de rosa; embraza un escudo griego y blande en la diestra un kris joloano, dispuesto á herir al devoto ó al que se acerque (segun se deduce de su actitud y mirada) más bien que al demonio rabudo y con cuernos que hinca los colmillos en su pierna de doncella. Cpn. Tiago no se le acercaba jamás temiendo un milagro. ¿Cuántas y cuántas veces no se ha animado más de una imagen, por peor tallada que fuese como las que salen de las carpinterías de Paete, para con-

fusion y castigo de los pecadores descreídos? Es fama que tal Cristo de España, invocado como testigo de promesas de amor, asintió con un movimiento de cabeza delante del juez, que otro Cristo se desclavó el brazo derecho para abrazar á Sta. Lutgarda y ¿qué? no había él leído un librito, publicado recientemente sobre un sermón mimico, predicado por una imagen de Sto. Domingo en Soriano? El Santo no dijo una sola palabra, pero de sus gestos se dedujo ó dedujo el autor del librito que anunciaba el fin del mundo<sup>1)</sup> ¿No se decía también que la Virgen de Luta del pueblo de Lipa tenía una mejilla más hinchada que la otra, y enlodados los bordes del vestido? No es esto probar matemáticamente que las sagradas imágenes también se dan paseos sin levantar el vestido y hasta padecen dolores de muelas, acaso por causa nuestra? No había él visto por sus propios ojitos á los Cristos todos en el sermón de las Siete Palabras mover y doblar la cabeza á compás y tres veces, provocando el llanto y los gritos de todas las mujeres y almas sensibles destinadas al cielo? ¿Más? Nosotros mismos hemos visto al predicador enseñar al público, en el momento del descenso de la cruz, un pañuelo manchado de sangre, é íbamos ya á llorar piadosamente, cuando, para desgracia de nuestra alma, nos aseguró un sacristán que aquello era broma: era la sangre de una gallina, asada y comida *incontinenti* apesar de ser Viernes santo . . . y el sacristán estaba grueso. Cpn. Tiago pues, á fuer de hombre prudente y religioso, evitaba aproximarse al kris de S. Miguel; — Huyamos de las ocasiones! decía para sí; ya sé que es un arcángel, pero, no, no me fio, no me fio!

No pasaba un año sin concurrir con una orquesta á la opulenta romería de Antipolo: entonces costeaba dos misas de gracia de las muchas que forman los tres novenarios y los otros días en que no hay novenarios, y se bañaba despues en el renombrado *bátis* ó fuente, donde la misma sagrada Imagen se bañara. Las personas devotas ven aún la huella de los piés y el rastro de los cabellos en la dura peña, al enjuagarlos, precisamente como una mujer cualquiera que gasta aceite de coco, y como si sus cabellos fuesen de acero ó de diamante, y pesase mil toneladas. Nosotros desearíamos que la terrible Imagen sacudiese una vez su sagrada cabellera á los ojos de estas personas devotas, y les pusiese el pié sobre la lengua ó la cabeza. — Allí, junto á esa misma fuente, Cpn. Tiago

---

<sup>1)</sup> Dios quiera que se cumpla pronto esta profecía para el autor del librito y todos los que le creemos. Amen. (N. del T.)

debe comer lechon asado, *sinigang* de *dalag* con hojas de *alibambang* y otros guisos más ó menos apetitosos. Las dos misas le venian á costar algo más de cuatrocientos pesos, pero resultaban baratas si se ha de considerar la gloria, que la Madre de Dios adquiere con las ruedas de fuego, cohetes, bombas y morteretes ó *bersos* como allí se llaman, si se han de calcular las grandes ganancias, que, merced á estas misas, habia de conseguir en el resto del año.

Pero Antipolo no era el único teatro de su ruidosa devocion. En Binondo, en la Pampanga y en el pueblo de San Diego, cuando tenia que jugar un gallo con grandes apuestas, enviaba al cura monedas de oro para misas propiciatorias, y, como los romanos que consultaban sus augures antes de una batalla dando de comer á los pollos sagrados, Cpn. Tiago consultaba tambien los suyos con las modificaciones propias de los tiempos y de las nuevas verdades. El observaba la llama de las velas, el humo del incienso, la voz del sacerdote etc., y del todo procuraba deducir su futura suerte. Es una creencia admitida que Cpn. Tiago pierde pocas apuestas, y éstas se deberian á que el oficiante estaba ronco, habia pocas luces, los cirios tenian mucho sebo, ó que se habia deslizado entre las monedas una falsa etc. etc.: el celador de una cofradía le aseguraba que aquellos desengaños eran pruebas, á que le sometia el cielo para asegurarse más de su fé y devocion. Querido de los curas, respetado de los sacristanes, mimado por los chinos cereros y los pirotécnicos ó *castilleros*, el hombre era feliz en la religion de esta tierra, y personas de carácter y gran piedad le atribuyen tambien gran influencia en la Corte celestial.

Que estaba en paz con el Gobierno, no hay que dudarlo por difícil que la cosa pareciese. Incapaz de imaginarse un pensamiento nuevo, y contento con su *modus vivendi*, siempre estaba dispuesto á obedecer al último oficial quinto de todas las oficinas, á regalar piernas de jamon, capones, pavos, frutas de China en cualquiera estacion del año. Si oía hablar mal de los naturales, él, que no se consideraba como tal, hacia coro y hablaba peor; si se criticaba á los mestizos sangleyes ó españoles, criticaba él tambien, acaso porque se creyese ya ibero puro. Era el primero en aplaudir toda imposicion ó contribucion, máxime cuando oía una contrata ó un arriendo detrás. Siempre tenia orquestas á mano para felicitar y dar *enfrentadas* á toda clase de gobernadores, alcaldes, fiscales etc. etc., en sus dias, cumpleaños, nacimiento ó muerte de un pariente, en cualquiera alteracion, en fin, de la monotonía

habitual. Encargaba para esto versos laudatorios, himnos en que se celebraba al *suave y cariñoso gobernador, valiente y esforzado alcalde que le espera en el cielo la palma de los justos* (ó palmeta) y otras cosas más.

Fué gobernadorcillo del rico gremio de mestizos, apesar de la protesta de muchos que no le tenían por tal. En los dos años de su mando estropeó diez fracs, otros tantos sombreros de copa y media docena de bastones: el frac y el sombrero de copa en el Ayuntamiento, en Malacañang y en el cuartel; el sombrero de copa y el frac en la gallera, en el mercado, en las procesiones, en las tiendas de los chinos, y debajo del sombrero y dentro del frac, Cpn. Tiago sudando con la esgrima del baston de borlas, disponiendo, arreglando y descomponiéndolo todo con una actividad pasmosa y una seriedad más pasmosa todavía. Así que las Autoridades veían en él un buen hombre, dotado de la mejor voluntad, pacífico; sumiso, obediente, agasajador, que no leía ningun libro ni periódico de España aunque hablaba bien el español; le miraban con el sentimiento con que un pobre estudiante contempla el gastado tacón de su zapato viejo, torcido gracias á su modo de andar. — Para él resultaban verdaderas ambas frases cristiana y profana de *beati pauperes spiritu* y *beati possidentes* y muy bien se le podía aplicar aquella, segun algunos, equivocada traduccion del griego: ¡Gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres de buena voluntad en la tierra! pues como veremos más adelante, no basta que los hombres tengan buena voluntad para vivir en paz. Los impíos le tomaban por tonto, los pobres por despiadado, cruel, explotador de la miseria, y sus inferiores por déspota y tirano. Y ¿las mujeres? ¡Ah, las mujeres! Rumores calumniosos zumbaban en las miserables casas de nipa, y se asegura oirse lamentos, sollozos, mezclados á veces con los vagidos de un infante. Más de una joven es señalada por el dedo malicioso de los vecinos: ella tiene la mirada indiferente y el seno marchito. Pero estas cosas no le quitan el sueño; ninguna jóven turba su paz; una vieja es la que le hace sufrir, una vieja que le hace la competencia en devocion, y que ha merecido de muchos curas más entusiastas alabanzas y encomios que él en sus mejores dias consiguiera. Entre Cpn. Tiago y esta viuda, heredera de hermanos y sobrinos, existe una santa emulacion, que redundaba en bien de la Iglesia, como la competencia de los vapores de la Pampangá redundaba entonces en bien del público. ¿Regala Cpn. Tiago un baston de plata con esmeraldas y topacios á una Virgen cualquiera? pues ya está Da-

Patrocinio encargando otro de oro y con brillantes al platero Gaudinez; que en la procesion de la Naval Cpn. Tiago levantó un arco con dos fachadas, de tela abollonada, con espejos, globos de cristal, lámparas y arañas, pues Da. Patrocinio tendrá otro con cuatro fachadas, dos varas más alto y con más colgajos y perendengues. Pero entonces él acude á su fuerte, á su especialidad, á las misas con bombas y fuegos artificiales, y Da. Patrocinio tiene que morderse con sus encias los labios, pues, excesivamente nerviosa, no puede soportar el repiqueteo de las campanas y menos las detonaciones. Mientras él sonríe, ella piensa en su revancha y paga con el dinero de los otros á los mejores oradores de las cinco Corporaciones de Manila, á los más famosos canónigos de la Catedral y hasta á los Paulistas para predicar en los días solemnes sobre temas teológicos y profundísimos á los pecadores que sólo comprenden lengua de tienda. Los partidarios de Cpn. Tiago han observado que ella se duerme durante el sermon, pero los partidarios de ella contestan que el sermon está ya pagado, y por ella, y en todas las cosas pagar es lo primordial. Ultimamente le anonadó regalando á una iglesia tres andas de plata con dorados, cada una de las cuales le costára más de tres mil pesos. Cpn. Tiago espera que esta anciana acabe de respirar el mejor día ó que pierda cinco ó seis de sus pleitos, para servir solo á Dios; desgraciadamente los defienden los mejores abogados de la Real Audiencia, y en cuanto á su salud, no tiene por donde cogerla la enfermedad: parece un alambre de acero, sin duda para edificación de las almas, y se agarra á este valle de lágrimas con la tenacidad de una erupcion de la piel. Sus partidarios tienen la confianza segura de que á su muerte será canonizada, y de que Cpn. Tiago mismo la ha de venerar aún en los altares, lo que él acepta y promete con tal de que muera pronto.

Así era Cpn. Tiago en aquel entonces. En cuanto al pasado,

Era el hijo único de un azucarero de Malabon, bastante acandalado, pero tan avaro que no quiso gastar un cuarto por educar á su hijo, por cuyo motivo fué Santiaguillo criado de un buen dominico, hombre muy virtuoso, que procuraba enseñarle todo lo bueno que podía y sabia. Cuando iba á tener la felicidad de que sus conocidos le llamasen *lógico*, esto es, cuando iba á estudiar lógica, la muerte de su protector, seguida de la de su padre, dió fin á sus estudios, y entonces tuvo que dedicarse á los negocios. Casóse con una

hermosa joven de Santa Cruz que le ayudó á hacer su fortuna y le dió su posicion social. Da. Pia Alba no se contentó con comprar azúcar, café y añil: quiso sembrar y cosechar, y compró el nuevo matrimonio terrenos en San Diego, datando de ahí sus amistades con el P. Dámaso y D. Rafael Ibarra, el más rico capitalista del pueblo.

La falta de heredero en los seis primeros años de matrimonio hacian de aquel afan por acumular riquezas casi una censurable ambicion, y, sin embargo, Da. Pia era esbelta, robusta y bien formada. En vano hizo novenarios; visitó por consejo de las devotas de San Diego á la Virgen de Caysasay en Taal; dió limosnas; bailó en la procesion en medió del sol de Mayo delante de la Virgen de Turumba en Pakil: todo fué en vano, hasta que Fr. Dámaso le aconsejó se fuera á Obando, y allí bailó en la fiesta de S. Pascual Bailon, y pidió un hijo. Sabido es que en Obando hay una Trinidad que concede hijos é hijas á eleccion: Ntra. Sra. de Salambau, Sta Clara y S. Pascual. Gracias á este sabio consejo, Da Pia se sintió madre, . . ¡ay! como el pescador aquel de que habla Shakespeare en Macbeth, el cual cesó de cantar cuando encontró un tesoro, ella perdió la alegria, se puso muy triste y no se la vió ya más sonreir. — ¡Cosas de antojadizas! decian todos, hasta Cpn. Tiago. Una fiebre puerperal concluyó con sus tristezas, dejando huérfana una hermosa niña que llevó á la pila el mismo Fr. Dámaso; y como S. Pascual no dió el niño que se le pedia, le pusieron los nombres de Maria Clara en honor de la Virgen de Salambau y de Sta Clara, castigando con el silencio al honrado S. Pascual Bailon.

La niña creció á los cuidados de la tia Isabel, aquella buena anciana de urbanidad frailuna que vimos al principio: vivia la mayor parte del año en San Diego por su saludable clima y donde el P. Dámaso le hacia muchas fiestas.

Maria Clara no tenia los pequenos ojos de su padre: como su madre, los tenia grandes, negros, sombreados por largas pestañas, alegres y risueños cuando jugaba, tristes, profundos y pensativos cuando no sonreia. De niña, su rizada cabellera tenia un color casi rubio; su nariz, de un correcto perfil, ni era muy afilada ni chata; la boca recordaba la pequeña y graciosa de su madre con los alegres hoyuelos de las mejillas; su piel tenia la finura de una capa de cebolla y la blancura del algodón al decir de sus enloquecidos parientes, que encontraban el rasgo de paternidad de Cpn. Tiago en las pequeñas y bien modeladas orejas de Maria-Clara.

Tia Isabel atribuía aquellas facciones semieuropeas á

antojos de Da. Pia; recordaba haberla visto muchas veces en los primeros meses de la gestacion llorar delante de S. Antonio; otra prima de Cpn. Tiago era del mismo parecer, sólo que difería en la eleccion del santo; para ella ó era la Virgen ó S. Miguel. Un famoso filósofo, primo de Cpn. Tinong y que sabia el Amat de memoria, buscaba la esplicacion en influencias planetarias.

Maria Clara, ídolo de todos, creció entre sonrisas y amores. Los mismos frailes la festejaban cuando en las procesiones la vestían de blanco, la abundante y rizada cabellera entretejida entre sampagas y azucenas, con dos alitas de plata y oro pegadas á la espalda del traje, y dos palomas blancas en la mano, atadas con cintas azules. Y luego, era tan alegre, tenia una charla tan cándidamente infantil, que Cpn. Tiago, loco de amor, no hacia más que bendecir á los Santos de Obando y aconsejar á todos la adquisicion de hermosas esculturas.

En los países meridionales la niña á los 13 ó 14 años se hace mujer, como el capullo de la noche, flor á la siguiente mañana. En ese periodo de transicion, lleno de misterios y romanticismo, entró ella por consejos del cura de Binondo en el Beaterio de Sta. Catalina para recibir de las monjas la severa educacion religiosa. Con lágrimas se despidió del P. Dámaso y del único amigo con quien habia jugado en su niñez, de Crisóstomo Ibarra, que despues partió tambien para Europa. Allí, en aquel convento que se comunica con el mundo al traves de una doble reja, y todavia bajo la vigilancia de la Madre-Escucha, vivió ella siete años. — Cada uno, con sus miras particulares y comprendiendo la mútua inclinacion de los jóvenes, D. Rafael y Cpn. Tiago concertaron la union de sus hijos y formaron una razon social. Este acontecimiento, que tuvo lugar algunos años despues de la partida del joven Ibarra, fué celebrado con igual júbilo por dos corazones cada uno en un extremo del mundo y en muy diferentes circunstancias.

---

## VII.

### IDILIO EN UNA AZOTEA.

שיר השירים

Temprano habían ido aquella mañana á misa tia Isabel y Maria Clara: ésta, vestida elegantemente, con un rosario de cuentas azules que medio le servía de brazaletes, y aquella

con sus anteojos para leer su "Ancora de Salvacion," durante el Santo Sacrificio.

Apenas desapareció el sacerdote del altar, la joven manifestó deseos de retirarse con gran sorpresa y disgusto de la buena tía que creía á su sobrina piadosa y amiga del rezo, como una monja cuando menos. Refunfuñando y haciéndose cruces se levantó la buena anciana. "¡Bah! ya me perdonará el buen Dios, que debe conocer el corazon de las muchachas mejor que V., tía Isabel", le hubiera dicho para cortar sus severos, pero al fin maternales sermones.

Ahora han desayunado ya, y Maria Clara distrae su impaciencia tejiendo un bolsillo de seda, mientras la tía quiere borrar los rastros de la fiesta anterior, empezando á manejar el plumero. Capitan Tiago examina y repasa unos papeles.

Cada ruido en la calle, cada coche que pasaba hacían palpitar el seno de la virgen y la estremecían. ¡Ah, ahora desea estar otra vez en su tranquilo beaterio, entre sus amigas! Allí *le* podría ella ver sin temblar, sin turbarse! Pero ¿no era él tu amigo de la infancia, no jugábais tontos juegos y hasta reñiais á veces? El porque de estas cosas no lo he de decir; si tú que me lees has amado, lo comprenderás, y si no, es inútil que te lo diga: los profanos no comprenden estos misterios.

— Yo creo, Maria, que el médico tiene razon, dice Cpn. Tiago. Debes ir á provincias, estás muy pálida, necesitas buenos aires ¿Qué te parece Malabon . . . ó San Diego?

A este último nombre Maria Clara se puso roja como una amapola, y no pudo contestar.

— Ahora ireis Isabel y tú al beaterio para sacar tus ropas, y despedirte de tus amigas, continuó Cpn. Tiago sin levantar la cabeza; ya no volverás á entrar en él.

Maria Clara sintió esa vaga melancolía que se apodera del alma cuando se deja para siempre un lugar en donde fuimos felices, pero otro pensamiento amortiguó este dolor.

— Y dentro de cuatro ó cinco dias, cuando tengas ropa nueva, nos iremos á Malabon . . . Tu padrino ya no está en San Diego; el cura que viste aqui anoche, aquel padre jóven, es el nuevo cura que tenemos allá, es un santo.

— ¡Le prueba San Diego mejor, primo! observó la tía Isabel; ademas la casa que allá tenemos es mejor, y se acerca la fiesta.

Maria Clara queria dar un abrazo á su tía, pero oyó pararse un coche y se puso pálida.



— ¡Ah, es verdad! contestó Cpn. Tiago, y cambiando de tono añadió: ¡D. Crisóstomo!

Maria Clara dejó caer la labor que tenía entre las manos, quiso moverse pero no pudo: un estremecimiento nervioso recorría su cuerpo. Se oyeron pasos en las escaleras, y después, una voz fresca, varonil. Como si esta voz hubiese tenido un poder mágico, la joven se sustrajo á su emoción y echóse á correr, escondiéndose en el oratorio donde estaban los santos. Los dos primos se echaron á reír, é Ibarra oyó aún el ruido de una puerta que se cerraba.

Pálida, respirando aceleradamente, la joven se comprimió el palpitante seno y quiso escuchar. Oyó la voz, aquella voz tan querida, que hacía tiempo sólo oía en sueños; él preguntaba por ella. Loca de alegría besó al santo que encontró más cerca, á S. Antonio Abad ¡santo feliz, en vida y en madera, siempre con hermosas tentaciones! Después buscó un agujero, el de la cerradura, para verle y examinarle: ella sonreía, y cuando su tía la sacó de su contemplación, sin saber lo que se hacía, se colgó del cuello de la anciana y la llenó de repetidos besos.

— Pero, tonta, ¿qué te pasa? pudo al fin decir la anciana enjugándose una lágrima de sus marchitos ojos.

Maria Clara se avergonzó y se cubrió los ojos con el redondo brazo.

— ¡Vamos, arréglate, ven! añadió la anciana en tono cariñoso. Mientras él habla con tu padre de tu . . . ven, y no te hagas esperar.

La joven se dejó llevar como una niña, y allá se encerraron en su aposento.

Cpn. Tiago é Ibarra hablaban animadamente cuando apareció la tía Isabel, medio arrastrando á su sobrina, que dirigía la vista á todas partes, menos á las personas . . .

¿Qué se dijeron aquellas dos almas, qué se comunicaron en ese lenguaje de los ojos, más perfecto que el de los labios, lenguaje dado al alma para que el sonido no turbe el éxtasis del sentimiento? En esos instantes, cuando los pensamientos de dos felices seres se compenetraban al través de las pupilas, la palabra es lenta, grosera, débil, es como el ruido bronco y torpe del trueno á la deslumbradora luz y la rapidez de la centella: expresa un sentimiento ya conocido, una idea ya comprendida, y si se usa de ella es porque la ambición del corazón, que domina todo el sér, y que rebosa de felicidad, quiere que todo el organismo humano con todas sus facultades físicas y psíquicas manifieste el poema de alegrías que entona

el espíritu. A la pregunta de amor de una mirada que brilla ó se vela, no tiene respuestas el idioma: responden la sonrisa, el beso ó el suspiro

Y despues, cuando la enamorada pareja, huyendo del plomero de la tía Isabel que levanta el polvo, se fueron á la azotea para departir en libertad entre los pequeños emparrados, ¿qué se contaron entre murmullos que os estremeciais, florecitas rojas del cabello-de-angel? Contadlo vosotras que teneis aromas en vuestro aliento y colores en vuestros labios; tú, céfiro, que aprendiste raras armonías en el secreto de la noche oscura y en el misterio de nuestros virgenes bosques; contadlos, rayos del sol, manifestacion brillante del Eterno en la tierra, único inmaterial en el mundo de la materia, contadlo, vosotros, que yo sólo sé referir prosaicas locuras!

Pero ya que no lo quereis hacer, lo voy á intentar yo mismo.

El cielo era azul: una fresca brisa, que no olía á rosa, agitaba las hojas y las flores de las enredaderas, — por esto se estremecian los cabellos-de-angel, — las plantas aéreas, los pescados secos y las lámparas de China. El ruido del *saguan*, que removía las turbias aguas del rio, el paso de los coches y carros por el puente de Binondo llegaban distintamente hasta ellos, pero no lo que murmuraba la tía.

— Mejor, allí estareis vigilados por todo el vecindario, decia ésta.

Al principio no se dijeron más que tonterías, esas dulces tonterías que se parecen mucho á las jactancias de las naciones en Europa: gustan y saben á miel para los nacionales, pero hacen reir ó fruncir la ceja á los extranjeros.

Ella, como hermana de Cain, es celosa y por esto pregunta á su novio:

— ¿Has pensado siempre en mí? no me has olvidado en tantos viajes? ¿Tantas grandes ciudades con tantas mujeres hermosas . . .!

El también, otro hermano de Cain, sabe eludir las preguntas y es un poco mentiroso, por eso:

— ¿Podría yo olvidarte? contesta mirando embelesado en las negras pupilas de ella; ¿podría yo faltar á un juramento, á un juramento sagrado? Te acuerdas de aquella noche, de aquella noche tempestuosa en que tú, viéndome solitario llorar junto al cadáver de mi madre, te acercaste á mí, me pusiste la mano sobre el hombro, tu mano que hacía tiempo ya no me dejabas que cogiese, y me dijiste: 'Has perdido á tu madre, yo nunca la tuve' . . . y lloraste conmigo. Tú la querías

y ella te quería como á una hija. Fuera llovía y relampagueaba, pero me parecía oír música, ver sonreír el pálido rostro del cadáver . . . ¡oh si mis padres vivieran y te contempláran! yo entonces cogí tu mano y la de mi madre, juré amarte, hacerte feliz sea cualquiera la suerte que el cielo me deparase, y como este juramento no me ha pesado nunca, ahora te lo renuevo. ¿Podía yo olvidarte? Tu recuerdo me ha acompañado siempre, me ha salvado de los peligros del camino, ha sido mi consuelo en la soledad de mi alma en los países extranjeros; tu recuerdo ha neutralizado el efecto del loto de Europa, que borra de la memoria de muchos paisanos las esperanzas y la desgracia de la Patria! En sueños te veía de pié en la playa de Manila, mirando al lejano horizonte, envuelta en la tibia luz de la temprana aurora; oía un lánguido y melancólico canto, que despertaba en mí adormecidos sentimientos y evocaba en la memoria de mi corazón los primeros años de mi niñez, nuestras alegrías, nuestros juegos, todo el pasado feliz que animaste mientras estabas en el pueblo. Me parecía que eras el hada, el espíritu, la encarnación poética de mi Patria, hermosa, sencilla, amable, candorosa, hija de Filipinas, de ese hermoso país que une á las grandes virtudes de la Madre España las bellas cualidades de un pueblo joven, como se unen en todo tu sér todo lo hermoso y bello que adornan ambas razas; y por esto tu amor y el que profeso á mi Patria se funden en uno solo . . . ¿Podía olvidarte? Varias veces creía escuchar los sonidos de tu piano y los acentos de tu voz, y siempre que en Alemania, á la caída de la tarde, cuando vagaba en los bosques, poblados por las fantásticas creaciones de sus poetas y las misteriosas leyendas de sus pasadas generaciones, evocaba tu nombre, creía verte en la bruma que se levanta del fondo del valle, creía oír tu voz en los susurros de las hojas, y, cuando los aldeanos, volviendo del trabajo, dejaban oír desde lejos sus populares cantos, se me figuraba que armonizaban con mis voces interiores, que cantaban para tí, y daban realidad á mis ilusiones y ensueños. A veces me perdía en los senderos de las montañas, y la noche, que allí desciende poco á poco, me encontraba áun vagando, buscando mi camino entre pinos, hayas y encinas; entonces, si algunos rayos de luna se deslizaban por entre los claros que dejan entre sí el espeso ramaje, me parecía verte en el seno del bosque como una vaga, enamorada sombra oscilar entre la luz y las tinieblas de la espesura; y si acaso el ruiseñor dejaba oír sus variados trinos, creía que era porque te veía y tú le inspirabas. ¡Si he pensado en tí! La fiebre de tu

amor no solamente animaba á mi vista la niebla, y coloreaba el hielo! En Italia, el hermoso cielo de Italia por su limpieza y profundidad me hablaba de tus ojos; su risueño paisaje me hablaba de tu sonrisa, como las campiñas de Andalucía con su aire saturado de aromas, poblado de recuerdos orientales, llenos de poesía y colorido, me hablaban de tu amor! En las noches de luna, de aquella soñolienta luna, bogando en una barca en el Rhin, me preguntaba si acaso no me podría engañar á mi fantasía para verte entre los álamos de la orilla, en la roca de la Lorelay ó en medio de las ondas, cantando en el silencio de la noche, como la joven hada de los consuelos, para alegrar la soledad y la tristeza de aquellos arruinados castillos!

— Yo no he viajado como tú, no conozco más que tu pueblo, Manila y Antipolo, contesta ella sonriendo pues cree todo cuanto él le cuenta; pero desde que te dije adios, y entré en el beaterio, me he acordado siempre de ti, y no te he olvidado por más que me lo ha mandado el confesor, imponiéndome muchas penitencias. Me acordaba de nuestros juegos, de nuestras riñas cuando éramos niños. Escogias los más hermosos *sigüeyes* para jugar al *siklot*; buscabas en el río las más redondas y finas piedrecitas de diferentes colores para que jugásemos al *sintak*; tú eras muy torpe, perdías siempre y por castigo te daba el *bantil* con la palma de mi mano, pero procuraba no pegarte fuerte pues te tenía compasión. En el juego de la *chonka* eras muy tramposo, más aún que yo, y solíamos acabar á arrebatina. ¿Te acuerdas de aquella vez cuando te enfadaste de véras? Entonces me hiciste sufrir, pero despues, cuando me acordaba de ello en el beaterio, sonreia, te echaba de menos para reñir otra vez . . . y hacer las paces enseguida. Eramos aún niños: fuimos con tu madre á bañarnos en aquel arroyo bajo la sombra de los cañaverales. En las orillas crecían muchas flores y plantas cuyos extraños nombres me decias en latín y en castellano, pues entonces ya estudiabas en el Ateneo. Yo no te hacía caso; me entretenía en ir detras de las mariposas y libélulas, que tienen en su cuerpo fino como un alfiler todos los colores del arco-iris y todos los reflejos del nácar, que pululan y se persiguen unas á otras entre las flores; á veces con las manos queria sorprender, coger los pececillos, que se deslizan rápidos entre el musgo y las piedrecitas de la orilla. De pronto desapareciste, y cuando volviste traías una corona de hojas y flores de naranjo que colocaste sobre mi cabeza, llamándome Cloé; para ti hiciste otra de enredaderas.

Pero tu madre cogió mi corona, la machacó con una piedra mezclándola con el gogo con que nos ibá a lavar la cabeza; se te saltaron las lágrimas de los ojos y dijiste que ella no entendía de mitología: — “Tonto! contestó tu madre, verás que bien olerán despues vuestros cabellos.” Yo me rei, te ofendiste, no me quisiste hablar, y el resto del dia te mostraste tan sério, que á mi vez tuve ganas de llorar. De vuelta al pueblo y ardiendo mucho el sol, cogí hojas de salvia que crecía á orillas del camino, te las dí para que las pusieses dentro de tu sombrero y no tuvieses dolor de cabeza. Sonreiste, entonces te cog de la mano é hicimos las paces.

Ibarra se sonrió de felicidad, abrió su cartera y sacó un papel dentro del cual había envueltas unas hojas negruzcas secas y aromáticas.

— ¡Tus hojas de salvia! contestó él á su mirada; esto es todo lo que me has dado.

Ella á su vez sacó rápidamente de su seno una bolsita de raso blanco.

— ¡Ps! dijo ella dándole una palmada en la mano; no se permite tocar: es una carta de despedida.

— ¿Es la que te escribí antes de partir?

— ¿Me ha escrito V. otra, Señor mio?

— Y ¿qué te decía yo entonces?

— ¡Muchos embustes, excusas de mal pagador! contestó ella sonriendo dando á entender cuán agradables eran aquellas mentiras. ¡Quieto! te la leeré, pero suprimiré tus galanterias para no martirizarte.

Y levantando el papel á la altura de sus ojos para que el joven no le viera la cara, comenzó:

“Mi . . .” no te leo lo que sigue pues es un embuste! y recorrió algunas líneas con los ojos. “Mi padre quiere que parta apesar de mis súplicas. — Tu eres hombre, me ha dicho, debes pensar en el porvenir y en tus deberes. Debes aprender la ciencia de la vida, lo que tu patria no puede darte, para serle un día útil. Si permaneces á mi lado, á mi sombra, en esta atmósfera de preocupaciones, no aprenderás á mirar á lo lejos; y el día en que te falte te encontrarás como la planta de que habla nuestro poeta Baltazar: „crecida en el agua, se le marchitan las hojas á poco que no se la riegue, la seca un momento de calor.“ Ves? eres ya casi un joven y lloras aun! — Me hirió este reproche y le confesé que te amaba. Mi padre se calló, reflexionó y poniéndome la mano sobre el hombro me dijo con temblorosa voz: — ¿Crees tú que tú sólo sabes amar, que tu padre no te ama

ni siente separarse de tí? Hace poco perdimos á tu madre; voy caminando ya á la vejez, á esa edad en que se busca el apoyo y el consuelo de la juventud, y, sin embargo, acepto mi soledad, y no sé si te volveré á ver. Pero debo pensar en otras cosas más grandes . . . El povenir se abre para tí, para mí se cierra; tus amores nacen, los míos van muriendo; el fuego hierve en tu sangre, el frío se insinúa en la mía, y sin embargo lloras y no sabes sacrificar el ahora á un mañana útil, para tí y tu país! — Los ojos de mi padre se llenaron de lágrimas, caí de rodillas á sus piés, le abracé, le pedí perdón y le dije que estaba dispuesto á partir . . .“

La agitación de Ibarra suspendió la lectura: el jóven estaba pálido y andaba de un extremo á otro.

— ¿Qué tienes? ¿qué te pasa? le preguntó ella.

— Tú me has hecho olvidar que tengo mis deberes, que debo partir ahora mismo para el pueblo! Mañana es la fiesta de los muertos.

Maria Clara se calló, fijó en él algunos instantes sus grandes y soñadores ojos, y cogiendo unas flores, le dijo conmovida:

— Vé, yo no te detengo más; dentro de algunos dias nos volveremos á ver! ¡Coloca esta flor sobre la tumba de tus padres!

Algunos minutos despues, el joven descendia las escaleras acompañado de Cpn. Tiago y de la tia Isabel, mientras Maria Clara se encerraba en el oratorio.

— Haga V. el favor de decir á Andeng que prepare la casa, que van á llegar Maria é Isabel! Buen viaje! decia Cpn. Tiago, mientras Ibarra subía en el coche, que partió en direccion á la plaza de San Gabriel.

Y despues, por via de consuelo decia á Maria Clara, que lloraba al lado de una imagen de la Virgen:

— Anda, enciende dos velas de á dos reales una al Señor San Roque y otra al Señor San Rafael, patron de los caminantes! Enciende la lámpara de Ntra. Sra. de la Paz y Buenviaje que hay muchos tulisanes. Más vale gastarse cuatro reales en cera y seis cuartos en aceite que no tener despues que pagar un reseate gordo!

---

VIII  
RECUERDOS.

El coche de Ibarra recorría parte del más animado arrabal de Manila; lo que la noche anterior le ponía triste, á la luz del día le hacía sonreír á pesar suyo.

La animación que bullía por todas partes, tantos coches que iban y venían á escape, las carromatas, las calesas, los europeos, los chinos, los naturales, cada cual con su traje, las vendedoras de frutas, los corredores, el desnudo cargador, los puestos de comestibles, las fondas, restaurantes, tiendas, hasta los carros tirados por el impasible é indiferente carabao que parece entretenerse en arrastrar bultos mientras filosofa, todo, el ruido, el traqueteo, hasta el sol mismo, un cierto olor particular, los abigarrados colores, despertaban en su memoria un mundo de recuerdos adormecidos.

Aquellas calles no tenían aún adoquinado. Brillaba el sol dos días seguidos y se convertían en polvo, que todo cubría, hacía toser y cegaba á los transeúntes: llovía un día, y se formaba un pantano, que á la noche reflejaba los faroles de los coches, salpicando desde cinco metros de distancia á los peatones en las angostas aceras. ¡Cuántas mujeres no habían dejado en aquellas olas de lodo sus chinelas bordadas! Entonces veíanse apisonando las calles presidiarios en fila, la cabeza rapada, vistiendo una camisa de mangas cortas y un calzón hasta las rodillas con números y letras azules; en las piernas cadenas medio envueltas entre trapos sucios para moderar el roce ó quizás el frío del hierro; unidos de dos en dos, tostados por el sol, rendidos por el calor y el cansancio, hostigados y azotados con una vara por otro presidiario, que se consolaría tal vez en poder á su vez maltratar á otros. Eran hombres altos, de sombrías fisonomías, que él no había visto jamás serenarse con la luz de una sonrisa; sus pupilas, sin embargo, brillaban, cuando la vara, silbando, caía sobre los hombros, ó cuando un transeúnte les arrojaba la cola de un cigarro, medio mojado y deshecho: lo cogía el que estaba más cerca y lo escondía en su *salakot*: los demás se quedaban mirando con una expresión rara á los otros transeúntes. Le parecía oír aún el ruido que hacían desmenuzando la piedra para cubrir los baches, y el sonido alegre de los pesados grillos en sus tobillos hinchados. Ibarra recordaba estremeciéndose aún una escena que había herido su imaginación de niño: era una siesta y el sol dejaba caer á plomo sus más

calurosos rayos. A la sombra de un carretón de madera yacía uno de aquellos hombres, exánime, los ojos entreabiertos; otros dos, silenciosos, arreglaban una camilla de caña sin ira, sin dolor, sin impaciencia, tal como creen el carácter de los naturales. Hoy tú, mañana nosotros, dirían entre sí. La gente circulaba sin cuidarse de ello, aprisa; las mujeres pasaban, lo miraban y continuaban su camino; el espectáculo era común, había encallecido los corazones; los coches corrían reflejando en su barnizado cuerpo los rayos de aquel sol brillante en un cielo sin nubes; á él sólo, niño de once años, acabado de llegar del pueblo, le conmovía, á él sólo le dió una pesadilla la noche siguiente.

Ya no estaba el bueno y honrado Puente de Barcas, aquel puente buen-filipino, que hacía todo lo posible por servir apesar de sus naturales imperfecciones, que se elevaba y se deprimía según el capricho del Pásig y que éste más de una vez había maltratado y destrozado.

Los almendros de la plaza de S. Gabriel no habían crecido, continuaban raquíticos.

La *Escolta* le pareció menos hermosa sin embargo de que un gran edificio con cariátides ocupaba el sitio de los antiguos camarines. El nuevo Puente de España llamó su atención; las casas de la orilla derecha del río entre cañaverales y árboles, allá donde la *Escolta* termina y la Isla del Romero comienza, le recordaron las frescas mananas, cuando en banca pasaban por allí para ir á los baños de Uli-Uli.

Encontraba muchos coches tirados por magníficos troncos de caballos enanos: dentro de los coches, empleados, que medio dormidos aún, se dirigían acaso á sus oficinas, militares, chinos en una postura fátua y ridícula, frailes graves, canónigos etc. En una elegante *victoria* creyó reconocer al P. Dámaso, sério y con las cejas fruncidas, pero ya había pasado y ahora le saluda alegremente desde su carretela Cpn. Tinong, que iba con su señora y sus dos hijas.

A la bajada del puente los caballos tomaron el trote dirigiéndose hácia el paseo de la Sabana. A la izquierda, la Fábrica de Tabacos de Arroceros dejaba oír el estruendo que hacen las cigarreras golpeando las hojas. Ibarra no pudo menos de sonreír acordándose de aquel fuerte olor que á las cinco de la tarde saturaba el Puente de Barcas y le mareaba cuando niño. Las animadas conversaciones, los chistes llevaron maquinalmente su imaginación al barrio de Lavapiés en Madrid con sus motines de cigarreras, tan fatales para los desgraciados guindillas etc.



El jardín botánico ahuyentó sus risueños recuerdos: el demonio de las comparaciones le puso delante los jardines botánicos de Europa, en los países donde se necesitan mucha voluntad y mucho oro para que brote una hoja y abra su caliz una flor, aun más, hasta los de las colonias, ricos y bien cuidados y abiertos todos al público. Ibarra apartó la vista, miró á su derecha y allí vió á la antigua Manila, rodeada aún de sus murallas y fosos, como una joven anémica envuelta en un vestido de los buenos tiempos de su abuela.

La vista del mar que se pierde á lo lejos! . . . .

— ¡A la otra ribera está Europa! pensaba el joven: ¡Europa con sus hermosas naciones agitándose continuamente, buscando la felicidad, soñando todas las mañanas y desengañándose al ocultarse el sol . . . feliz en medio de sus catástrofes! Si, á la otra orilla del infinito mar están las naciones espirituales, sin embargo de que no condenan la materia, más espirituales aún que las que se precian de adorar el espíritu . . . !

Pero estos pensamientos huyen de su imaginacion á la vista de la pequeña colina en el campo de Bagumbayan. El montecillo, aislado, al lado del paseo de la Luneta, llamaba ahora su atencion y le ponía meditabundo.

Pensaba en el hombre que le habia abierto los ojos de su inteligencia, hecho comprender lo bueno y lo justo. Las ideas que le habia infundido eran pocas sí, pero no eran vanas repeticiones: eran convicciones que no palidecieron á la luz de los mayores focos del Progreso. Aquel hombre era un anciano sacerdote, y las palabras que le habia dicho al despedirse de él, resonaban aún en sus oídos. 'No olvides que si el saber es patrimonio de la humanidad, sólo lo heredan los que tienen corazón', le habia recordado. 'He procurado transmitirte lo que de mis maestros he recibido; el caudal aquel lo he procurado aumentar en lo que he podido y lo transmito á la generacion que viene: tú harás lo mismo con la que te suceda, y puedes triplicarlo, pues vas á muy ricos países.' Y añadía sonriendo: 'Ellos vienen buscando oro, id vosotros tambien á su país á buscar otro oro que nos hace falta! Recuerda sin embargo que no es oro todo lo que reluce.' Aquel hombre habia muerto allí.

A estos recuerdos contestaba él murmurando en voz baja: — ¡No, apesar de todo, primero la Patria, primero Filipinas, hija de España, primero la patria española! No, eso que es fatalidad no empaña á la Patria, no!

No llama su atencion la Hermita, Fénix de nipa, que

se levanta de sus cenizas bajo la forma de casas pintadas de blanco y azul, techadas de zinc pintado de rojo. No atraen sus miradas ni Malate, ni el cuartel de caballería con sus árboles enfrente, ni los habitantes, ni las casitas de nipa de techo más ó menos piramidal ó prismático, ocultas entre plátanos y bongas, construidas, como los nidos, por cada padre de familia.

El coche seguía rodando: se encontraba con una carromata tirada por uno ó dos caballos, cuyos arneses de abaká delataban su origen provinciano. El carromatero procuraba ver al viajero del brillante coche y pasaba sin cambiar palabra, sin un solo saludo. A veces un carretón, tirado por un carabao de paso lento é indiferente, animaba las anchas y polvorosas calzadas, bañadas por el brillante sol de los trópicos. Al melancólico y monótono canto del guía, montado sobre el búfalo, acompaña el estridente rechinar de la seca rueda con el descomunal eje del pesado vehículo; á veces es el sonido sordo de los gastados patines ó plantas de un *paragos*, ese trineo de Filipinas, que se arrastra pesadamente sobre el polvo ó los charcos del camino. En los campos, en las tendidas eras pasta el ganado, mezclado con las blancas garzas, tranquilamente posadas sobre el lomo del buey, que rumia y saborea medio cerrando los ojos la yerba de la pradera; á lo lejos yeguas triscan, saltan y corren, perseguidas por un potro de genio vivo, cola larga y abundantes crines: el potro relincha y salta la tierra á los golpes de sus poderosos cascos.

Dejemos al joven viajar meditando ó dormitando: la poesía melancólica ó animada del campo no llama su atención; aquel sol que hace relucir las copas de los árboles y correr á los campesinos, cuyos piés quema el candente suelo apesar de su calzado de callos, aquel sol que detiene á la aldeana bajo la sombra de un almendro ó cañaveral y le hace pensar en cosas vagas é inesplicables, aquel sol no tiene encantos para nuestro joven.

Volvamos á Manila mientras el coche rueda tambaleando, como un borracho, por el accidentado terreno, mientras pasa un puente de caña, sube elevada cuesta ó baja rápida pendiente.

---

IX.

COSAS DEL PAIS.

Ibarra no se habia equivocado: en aquella *victoria* iba en efecto el P. Dámase y se dirigía á la casa de donde él acababa de salir.

— ¿A dónde os vais? preguntó el fraile á Maria Clara y á tía Isabel que se disponian á subir en un coche con adornos de plata: P. Dámase en medio de su preocupacion daba ligeros golpecitos á las mejillas de la joven.

— Al Beaterio á sacar mis cosas, contestó ella.

— ¡Ahaaa! ajá! vamos á ver quién puede más, vamos á ver . . . murmuraba distraido dejando á las dos mujeres no poco sorprendidas. Con la cabeza baja y andar lento ganó las escaleras y subió.

— ¡Debe tener sermon, y lo estará estudiando de memoria! dijo tía Isabel; sube, Maria, que llegaremos tarde.

Si el P. Dámase tenia sermon ó no, no lo podemos decir; pero cosas muy importantes debian absorber su atencion, pues no tendió la mano á Cpn. Tiago, que tuvo que hacer una semigunflexion para besársela.

— ¡Santiago! fué lo primero que dijo, tenemos que hablar de cosas muy importantes; vamos á tu despacho.

Cpn. Tiago se puso inquieto, perdió el uso de la palabra, pero obedeció y siguió detrás del colosal sacerdote, que cerró detrás de sí la puerta.

Mientras conferencian en secreto, averigüemos qué se ha hecho de Fr. Sibyla.

El sábio dominico no está en la casa parroquial: muy temprano, despues de decir su misa, se fué al convento de su orden situado á la entrada de la Puerta de Isabel II ó de Magallanes, segun qué familia reina en Madrid.

Sin hacer caso ni del rico olor á chocolate, ni del ruido de cajones y monedas, que venia desde la procuracion, y contestando apenas al respetuoso y deferente saludo del hermano procurador, Fr. Sibyla subió, atravesó algunos corredores y llamó á una puerta con los nudillos de los dedos.

— ¡Adelante! suspiró una voz.

— ¡Dios devuelva á V. R. la salud! fué el saludo del joven dominico al entrar.

Sentado en un gran sillón se veia un anciano sacerdote, demacrado, algo amarillento, como esos santos que pintó Rivera. Los ojos se hundian en sus ahuecadas órbitas, coronadas de

pobladas cejas, que, por estar contraídas casi siempre, aumentaban el brillo de sus moribundos ojos.

El P. Sibyla le contempló conmovido, cruzados los brazos debajo del venerable escapulario de Sto. Domingo. Después dobló la cabeza sin decir una palabra y pareció aguardar.

— ¡Ah! suspiró el enfermo me aconsejan la operación, Hernando, la operación á mi edad! El país, este terrible país! Escármientate en mí, Hernando!

Fr. Sibyla levantó lentamente los ojos y los fijó en la fisonomía del enfermo:

— Y ¿qué ha decidido V. R.? preguntó.

— ¡Morir! Ay! quédame otra cosa acaso? Sufro demasiado pero . . . he hecho sufrir á muchos . . . ¡saldo mi deuda! Y tú ¿cómo estás? qué traes?

— Venía á hablarle del encargo que me ha cometido.

— ¡Ah! y qué es de ello?

— ¡Psh! contestó con disgusto el joven sentándose y volviendo con desprecio la cara á otra parte; nos han contado fábulas; el joven Ibarra es un chico prudente, no parece tonto. pero le creo un buen chico.

— ¿Lo crees?

— Anoche comenzaron las hostilidades!

— ¿Ya? y cómo?

Fr. Sibyla refirió brevemente lo que pasó entre el P. Dámaso y Crisóstomo Ibarra.

— Además, añadió concluyendo, el joven se casa con la hija de Cpn. Tiago, educada en el colegio de nuestras hermanas. es rico, y no querrá hacerse de enemigos para perder felicidad y fortuna.

El enfermo movía la cabeza en señal de asentimiento.

— Sí, pienso como tú . . . Con una mujer tal y un suegro parecido, le tendremos en cuerpo y alma. Y si no, tanto mejor si se declarase enemigo nuestro!

Fr. Sibyla miró sorprendido al anciano.

— Para bien de nuestra Santa Corporación, se entiende, añadió respirando con dificultad. Prefiero los ataques á las tontas alabanzas y adulaciones de los amigos . . . verdad es que están pagados.

— ¿Piensa V. R.?

El anciano le miró con tristeza.

— Tenlo bien presente! contestó respirando con fatiga. Nuestro poder durará mientras se crea en él. Si nos atacan, el Gobierno dice: Los atacan porque ven en ellos un obstáculo á su libertad, pues entonces conservémoslos.

— Y ¿si les da oídos? El Gobierno á veces . . .

— ¡No les dará!

— Sin embargo, si, atraído por la codicia, llegase a querer pasa sí lo que nosotros recogemos . . . si hubiese un atrevido y temerario . . .

— Entonces ¡ay de él!

Ambos guardaron silencio.

— Además, continuó el enfermo, nosotros necesitamos que nos ataquen, que nos despierten: esto nos descubre nuestros flacos y nos mejora. Las exageradas alabanzas nos engañan, nos adormecen, pero fuera nos ponen en ridículo, y el día en que estemos en ridículo, caeremos como caímos en Europa. El dinero ya no entrará en nuestras iglesias, nadie comprará escapularios ni correas ni nada, y cuando dejemos de ser ricos, no podremos ya más convencer á las conciencias.

— Psh! siempre tendremos nuestras haciendas, nuestras fincas . . .

— ¡Todas se perderán como las perdimos en Europa! Y lo peor es que trabajamos para nuestra misma ruina. Por ejemplo: ese afán desmedido de subir cada año, y á nuestro arbitrio, el cánón de nuestros terrenos, ese afán que en vano he combatido en todos los Capítulos, ese afán nos pierde! El indio se vé obligado á comprar en otra parte tierras que resultan tan buenas ó mejores que las nuestras. Temo que no estemos empezando á bajar: *Quos vult perdere Jupiter dementat prius*. Por esto no aumentemos nuestro peso, el pueblo murmura ya. Has pensado bien: dejemos á los demás que arreglen allá sus cuentas, conservemos el prestigio que nos queda, y puesto que pronto apareceremos ante Dios, limpiémonos las manos . . . ¡Que el Dios de las misericordias tenga piedad de nuestras flaquezas!

¿De manera que V. R. cree que el cánón ó tributo . . .

— ¡No hablemos ya más de dinero! interrumpió con cierto disgusto el enfermo. Decías que el teniente habia prometido al P. Dámaso . . .?

— Sí, Padre! contestó Fr. Sibyla medio sonriendo. Pero esta mañana le ví y me dijo que sentía cuanto habia pasado anoche, que el Jerez, se le habia subido á la cabeza, y que consideraba que el P. Dámaso estaba en igual situación que él. — Y ¿la promesa? le pregunté en broma. 'Padre cura, me contestó: yo sé cumplir mi palabra cuando con ella no mancho mi honor: no soy, ni he sido nunca delator por eso no tengo más que dos estrellas.

Después de hablar de otras cosas insignificantes, Fr. Sibyla se despidió.

El teniente no había ido en efecto á Malacañan, pero el Capitan General supo lo ocurrido.

Hablando con sus ayudantes de las alusiones, que los periódicos de Manila le hacían bajo el nombre de cometas y apariciones celestes, uno de aquellos le refirió la cuestión del P. Dámaso con colores algo más intencionados aunque de forma más correcta.

— ¿De quién lo supo V.? preguntó S. E. sonriendo.

— De Laraja, que lo contaba esta mañana en la Redaccion.

El Capitan General volvió á sonreirse y añadió:

— ¡Muger y fraile no hacen agravio! Pienso vivir en paz el tiempo que me queda de país y no quiero más cuestiones con hombres que usan faldas. Y más, he sabido también que el provincial se ha burlado de mis órdenes; yo pedi como castigo el traslado de ese fraile; y bien, le trasladaron llevándole á otro pueblo mucho mejor: ¡frailadas como decimos en España!

Pero cuando S. E. se encontró solo, dejó de sonreir.

— ¡Ah! si el pueblo este no fuera tan estúpido, les metería en cintura á mis reverencias! suspiró. Pero cada pueblo merece su suerte, y hagamos lo que todo el mundo.

Cpn Tiago entretanto concluyó de conferenciar con el P. Dámaso, ó mejor dicho, éste con él.

— ¡Con que ya estás advertido! decía el franciscano al despedirse. Todo esto se hubiera podido evitar si me hubieses antes consultado, si no hubieses mentido cuando yo te lo preguntaba. Procura no cometer mas tonterias! y fiate en su padrino!

Cpn. Tiago dió dos ó tres vueltas por la sala, meditando y suspirando; de repente como si se le hubiese ocurrido un buen pensamiento, corrió al oratorio y apagó aprisa las velas y la lámpara que había hecho encender para salvaguardia de Ibarra.

— ¡Todavía hay tiempo y el camino es muy largo! murmuró.

X.

EL PUEBLO.

Casi á orillas del lago está el pueblo de San Diego<sup>1)</sup> en medio de campiñas y arrozales. Exporta azúcar, arroz, café y frutas ó los vende malbaratados al chino, que explota la candidez ó los vicios de los labradores.

Cuando en un día sereno los muchachos se suben al último cuerpo de la torre de la iglesia, que el musgo y las plantas viajeras adornan, entonces prorrumpen en alegres exclamaciones, provocadas por la hermosura del panorama que se ofrece á su vista. En medio de aquel cúmulo de techos de nipa, teja, zinc y cabonegro, separados por huertas y jardines, cada uno sabe encontrar su casita en un pequeño nido. Todo les sirve de señas: un árbol, el tamarindo de ligero follaje, el cocotero cargado de nueces como la Astarté generadora ó la Diana de Efeso con sus numerosas mamas, una flexible caña, una bonga, una cruz. Allá está el río, monstruosa serpiente de cristal, dormida en la verde alfombra; de distancia en distancia rizan su corriente pedazos de roca, esparcidos en el arenoso lecho; allá el cauce se estrecha entre dos elevadas orillas á que se agarran haciendo contorsiones árboles de raíces desnudas; aquí se forma una suave pendiente y el río se ensancha y remansa. Allá, más á lo lejos, una casita, construida al borde, desafía la altura, los vientos y el abismo, y por sus delgados harigues, diríase una monstruosa zancuda que espía al reptil para acometerle. Troncos de palmeras ó árboles con corteza aún, movedizos y vacilantes, unen ambas orillas, y si son malos puentes, son en cambio magníficos aparatos gimnásticos para hacer equilibrios, lo que no es de desdeñar: los chicos se divierten desde el río en que se bañan, con las angustias de la mujer que pasa con el cesto en la cabeza, ó del anciano que va temblando y deja caer el báculo en el agua.

Pero lo que siempre llama la atención, es una que diríamos península de bosque en aquel mar de terrenos labrados. Allí hay árboles seculares, de ahuecado tronco, que mueren solamente cuando algún rayo hiere la altiva copa y lo incendia: dicen que entonces el fuego se circunscribe y muere en el mismo sitio; allí hay enormes peñas que el tiempo y la

---

<sup>1)</sup> No hemos podido encontrar ningún pueblo de este nombre, pero sí muchos de estas condiciones (N. del T.).

naturaleza van vistiendo con terciopelos de musgo: el polvo se deposita capa tras capa en sus huecos, la lluvia las fija y las aves siembran semillas. La vejetacion tropical se desenvuelve libremente: matorrales, malezas, cortinas de enredaderas entrelazadas unas á otras, pasan de un arbol á otro, se cuelgan de las ramas, se agarran á las raices, al suelo, y como si Flora no estuviese aún contenta, planta sobre las plantas; musgo y hongos viven sobre las agrietadas cortezas, y plantas aéreas, graciosos huéspedes, confunden sus abrazos con las hojas del arbol hospitalario.

Aquel bosque era respetado: acerca de él existian estrañas leyendas, pero la más verosimil y por lo mismo menos creida y sabida parece ser la siguiente.

Cuando el pueblo era todavia un monton miserable de chozas, y en la especie de calles crecia aun abundante la yerba, en aquellos tiempos, en que durante la noche venian venados y jabalies, llegóse un dia un viejo español de ojos profundos y que hablaba bastante bien el tagalo. Despues de visitar y recorrer los terrenos en varios sentidos, preguntó por los propietarios del bosque en donde corrian aguas termales. Presentáronse algunos que pretendian serlo, y el viejo lo adquirió en cambio de ropas, alhajas y algun dinero. Despues, sin saberse cómo, desapareció. La gente le creia ya *encantado*, cuando un olor fétido, que partia del vecino bosque, llamó la atencion de unos pastores; rastrearonlo y encontraron al viejo en estado de putrefaccion, colgado de la rama de un *baliti*. En vida ya daba miedo por su voz profunda, cavernosa, por aquellos ojos hundidos y aquella risa sin sonido; pero ahora, muerto suicidado, turbaba el sueño de las mujeres. Algunas tiraron las alhajas al rio y quemaron la ropa. y desde que el cadaver fué enterrado al pié mismo del *baliti*. ya no hubo persona que por allí se quisiese aventurar. Un pastor, que buscaba á sus animales, contó haber visto luces: fueron los mancebos, y éstos ya oyeron lamentos. Un infeliz enamorado, que para llamar la atencion de la desdenosa prometió pasar la noche debajo del arbol arrollando á su tronco un largo junco, murió de una fiebre rápida, que le cogió al dia siguiente de la noche de su apuesta. Corrian aun sobre este paraje muchos cuentos y leyendas.

No pasaron meses y vino un joven, mestizo español al parecer, que dijo ser el hijo del difunto, y se estableció en aquel rincon dedicándose á la agricultura, sobre todo, á la siembra del añil. D. Saturnino era un joven taciturno y de un caracter violento, á veces cruel, pero era muy activo y



laborioso: cercó de un muro la tumba de su padre, que visitaba solo de tiempo en tiempo. Entrado en años, casóse con una joven de Manila, de quien tuvo á D. Rafael, el padre de Crisóstomo.

D. Rafael, desde muy joven, se hizo amar de los campesinos: la agricultura, traída y fomentada por su padre, se desarrolló rápidamente; afluyeron nuevos habitantes, vinieron muchos chinos, el villorio pronto se hizo aldea y tuvo un cura indio; despues la aldea se convirtió en pueblo, murió el cura y vino Fr. Dámaso, pero el sepulcro y el territorio anejo fueron respetados. Los chicos se atreven á veces, armados de palos y piedras, á vagar por los alrededores, para coger guayabas, papayas, lombei etc., y ocurría que en lo mejor de la ocupacion, ó cuando contemplaban silenciosos la cuerda que se balancea desde la rama, caía una ó dos piedras, venidas sin saberse de dónde; entonces al grito de *¡el viejo! el viejo!* arrojaban frutas y palos, saltaban de los árboles, corrian entre rocas y matorrales y no paraban hasta salir del bosque, pálidos, jadeantes unos, llorosos otros, y riendo muy pocos.

---

## XI.

### LOS SOBERANOS.

Dividios é imperad.  
(Nuevo Machavelo.)

¿Quiénes eran los caciques del pueblo?

No lo fué D. Rafael cuando vivía, aunque era el más rico, tenía más tierras, y casi todos lo debían favores. Como era modesto y procuraba quitar el valor á cuanto hacia, en el pueblo no formó nunca su partido, y ya vimos como se le levantaron en contra cuando le vieron vacilar. — ¿Sería Cpn. Tiago? — Cuando llegaba, era en verdad recibido de sus deudores con orquesta, le daban banquete y le colmaban de regalos: las mejores frutas cubrían su mesa; si se cazaba un venado ó jabalí, él tenía un cuarto; si encontraba hermoso el caballo de un deudor, media hora despues lo veía en su cuadra: todo esto es verdad, pero se reían de él y le llamaban en secreto Sacristan Tiago.

¿Acaso el gobernadorcillo?

Esté era un infeliz que no mandaba, obedecía; no reñía á nadie, era reñido; no disponía, disponían de él; en cambio

tenia que responder al Alcalde Mayor de cuanto le habían mandado, ordenado y dispuesto como si todo hubiese salido de su cráneo, pero, sea dicho en su honor, él no ha robado ni usurpado esta dignidad: le ha costado cinco mil pesos y muchas humillaciones, y por lo que le resta, le parece muy barata.

¡Vamos, pues entonces será Dios?

¡Ah! el buen Dios no turbaba las conciencias ni el sueño de sus habitantes: por lo menos no les hacia temblar, y si les hubiesen hablado de Él por casualidad en algun sermón, de seguro que habrían pensado suspirando: ¡Si sólo hubiese un Dios! . . . Del buen Señor se ocupaban poco: bastante que hacer daban los santos y las santas. Dios para aquella gente habia pasado á ser como esos pobres reyes que se rodean de favoritas y favoritas: el pueblo sólo hace la corte á estos últimos.

San Diego era una especie de Roma, pero no Roma cuando el tuno de Rómulo trazaba con el arado sus murallas, ni cuando despues, bañándose en sangre propia y agena, dictaba leyes al mundo, no: era como la Roma contemporánea con la diferencia de que en vez de monumentos de marmol y coliseos, tenia monumentos de *sauali*, y gallera de nipa. El cura era el Papa en el Vaticano; el alferez de la Guardia Civil el Rey de Italia en el Quirinal, se entiende, todo en proporcion con el *sauali* y la gallera de nipa. Y aqui como allá resultaban continuos disgustos, pues, cada uno queriendo ser el señor, hallaba sobrante al otro. Expliquémonos y describamos las cualidades de ambos.

Fr. Bernardo Salvi era aquel joven y silencioso franciscano de que ya hemos hablado antes. Por sus costumbres y maneras distinguíase mucho de sus hermanos y más aun de su predecesor, el violento P. Dámaso. Era delgado, enfermizo, casi constantemente pensativo, estricto en el cumplimiento de los deberes religiosos y cuidadoso de su buen nombre. Un mes despues de su llegada, casi todos se hicieron hermanos de la V. O. T. con gran tristeza de su rival, la Cofradia del Santísimo Rosario. El alma saltaba de alegría al ver en cada cuello cuatro ó cinco escapularios y en cada cintura un cordon con nudos, y aquellas procesiones de cadáveres ó fantasmas con hábitos de guingon. El sacristan mayor se hizo un capitalito vendiendo ó dando de limosna, que es como se debe de decir, todos los objetos necesarios para salvar el alma y combatir al diablo: sabido es que este espíritu, que antes se atrevia á contradecirle á Dios mismo cara a cara, dudando de

sus palabras, como se dice en el libro santo de Job; que llevó por los aires á N. S. Jesucristo, como hizo despues en la Edad Media con las brujas, y continúa, dicen, haciéndolo aún con los *asuang* de Filipinas, parece que hoy se ha vuelto tan vergonzoso que no puede resistir la vista de un paño en que hay pintados dos brazos, y teme los nudos de un cordón: pero esto no prueba otra cosa sino que se progresa también por este lado, y el diablo es retrógado ó al menos conservador como todo el que vive en las tinieblas, si no quiere que le atribuyamos debilidades de doncella de quince años.

Como decíamos, el P. Salví era muy asiduo en cumplir con sus deberes, según el alférez, demasiado asiduo. Mientras predicaba — era muy amigo de predicar — se cerraban las puertas de la iglesia, en esto se parecía á Nerón que no dejaba salir á nadie mientras cantaba en el teatro: pero aquel lo hacía para el bien y éste para el mal de las almas. — Toda falta de sus subordinados solía castigar con multas, pues pegaba muy raras veces; en lo que se diferenciaba también mucho del P. Dámaso, el cual todo lo arreglaba á puñetazos y bastonazos, que daba riendo y con la mejor buena voluntad. Por esto no se le podía querer mal: estaba convencido de que sólo á palos se le trata al indio; así lo había dicho un fraile que sabía escribir libros, y él lo creía pues no discutía nunca lo impreso: de esta modestia se podían quejar muchas personas.

Fr. Salví pegaba rarísimas veces, pero, como decía un viejo filósofo del pueblo, lo que faltaba en cantidad, abundaba en cualidad, pero tampoco por esto se le podía querer mal. Los ayunos y abstinencias empobreciendo su sangre, exaltaban sus nervios y, como decía la gente, se le subía el viento á la cabeza. De esto venía á resultar que las espaldas de los sacristanes no distinguían bien cuando un cura ayunaba mucho ó comía mucho.

El único enemigo de este poder espiritual con tendencias de temporal, era, como ya dijimos, el alférez. El único, pues cuentan las mujeres que el diablo anda huyendo de él, porque un día, habiéndose atrevido á tentarle, fué cogido, atado al pié del catre, azotado con el cordón, y sólo fué puesto en libertad despues de nueve días.

Como es consiguiente, el que despues de esto se haga todavía enemigo de un hombre como tal, llega á tener peor fama que los mismos pobres é incautos diablos, y el alférez merecía su suerte. Su señora, una vieja filipina con muchos coloretos y pinturas, llamábase Da. Consolación; el marido y

otras personas la llamaban de otra manera. El alférez vengaba sus desgracias matrimoniales en su propia persona emborrachándose como una cuba, mandando á sus soldados hacer ejercicios al sol, quedándose él en la sombra, ó lo que es mas amenudo, sacudiendo á su señora, que, si no era un cordero de Dios para quitar los pecados de nadie, en cambio servia para ahorrarle muchas penas del Purgatorio, si acaso iba allá, lo que ponen en duda las devotas. El y ella, como bromeando, se zurraban de lo lindo y daban espectáculos gratis á los vecinos: concierto vocal é instrumental, á cuatro manos, piano, fuerte, con pedal y todo.

Cada vez que estos escándalos llegaban á oídos del P. Salvi, éste se sonreía y se persignaba, rezando despues un padrenuestro; llamábanle carca, hipócrita, carliston, avaro; el P. Salvi se sonreía tambien y rezaba más. El alférez siempre contaba á los pocos españoles que le visitaban, la anécdota siguiente:

— ¿Va V. al convento á visitar al curita Moscamuerta? Ojo! Si le ofrece chocolate, ¡lo cual dudo! . . . pero en fin si le ofrece, ponga atencion. ¿Llama al criado y dice: Fulanito, haz una jicara de chocolate, *eh?* entonces quédese, siu temor, pero si dice: Fulanito, haz una jicara de chocolate *ah?* entonces coja V. el sombrero y márchese corriendo.

— ¿Qué? preguntaba el otro espantado ¿da jicarazos? ¡Carambas!

— ¡Hombre tanto, no!

— ¿Entonces?

— Chocolate *eh?* significa espeso, y chocolate *ah*, aguado.

Pero creemos que esto sea calumnia del alférez pues la misma anécdota se atribuye tambien á muchos curas. A menos que sea cosa de la Corporacion . . .

Para hacerle daño prohibió el militar, inspirado por su señora, que nadie se paseára arriba de las nueve de la noche. Da. Consolacion pretendia haber visto al cura, disfrazado con camisa de piña y salakot de nitó, pasearse á altas horas de la noche. Fr. Salvi se vengaba santamente: al ver al alférez entrar en la iglesia, mandaba disimuladamente al sacristan cerrar todas las puertas, y entonces se subia al púlpito y empezaba á predicar hasta que los santos cerraban los ojos, y le murmuraba ¡por favor! la paloma de madera sobre su cabeza, la imágen del Espiritu divino. El alférez, como todos los impenitentes, no por eso se corregia: salía jurando y tan pronto como podia pillar un sacristan ó un criado del cura, le detenía, le zurraba, le hacia fregar el suelo del

cuartel y el de su propia casa que entonces se ponía decente. El sacristan al ir á pagar la multa, que el cura le imponía por su ausencia, esponía los motivos. Fr. Salví le oía silencioso, guardaba el dinero, y por de pronto soltaba á sus cabras y carneros para que fuesen á pacer en el jardin del alférez, mientras buscaba un tema nuevo para otro sermon mucho más largo y edificante. Pero estas cosas no eran obstáculo ninguno, para que, si despues se veían, se diesen la mano y se hablasen cortésmente.

Cuando el marido dormía el vino ó roncaba la siesta y Da. Consolacion no podia reñir con él, entonces estableciase en la ventana con su puro en la boca y su camisa de franela azul. Ella, que no puede soportar á la juventud, dardea desde allí con sus ojos á las muchachas y las moteja. Estas que la temen, desfilan confusas sin poder levantar los ojos, apresurando el paso y conteniendo la respiracion. Da. Consolacion tenia una gran virtud: parecia no haber mirado nunca un espejo.

Estos son los soberanos del pueblo de San Diego.

---

## XII.

### TODOS LOS SANTOS.

Lo único acaso que sin disputa distingue al hombre de los animales, es el culto que rinden á los que dejaron de ser. Y ¡cosa estraña! esta costumbre aparece tanto más profundamente arraigada cuanto menos civilizados son los pueblos.

Escriben los historiadores que los antiguos habitantes de Filipinas veneraban y deificaban á sus antepasados; ahora sucede lo contrario: los muertos tienen que encomendarse á los vivos. Cuentan tambien que los de Nueva Guinea guardan en cajas los huesos de sus muertos y mantienen con ellos conversacion; la mayor parte de los pueblos de Asia, Africa y América les ofrecen los platos más esquisitos de sus cocinas ó los que fueron en vida su comida favorita, y dan banquetes á que suponen que asisten. Los egipcios les levantaban palacios, los musulmanes capillitas etc., pero el pueblo maestro en esta materia y que ha conocido mejor el corazon humano es el de Dahomey. Estos negros saben que el hombre es vengativo; pues, dicen, para contentar al muerto no hay mejor que sacrificarle sobre la tumba á todos sus enemigos; y como

el hombre es curioso y no sabrá cómo distraerse en la otra vida, le envían cada año un correo bajo la piel de un esclavo decapitado.

Nosotros nos diferenciamos de todos. Pese á las inscripciones de las tumbas, casi ninguno cree en que descansan los muertos y menos, en paz. El más optimista se imagina á sus bisabuelos tostándose aún en el Purgatorio, y, si no sale condenado, todavía podrá acompañarlos por muchos años. Y quien nos quiera contradecir, que visite las iglesias y los cementerios del país durante este día, observe y verá. Pero ya que estamos en el pueblo de San Diego visitemos el suyo.

Hacia el oeste, en medio de los arrozales, está, no la ciudad, sino el barrio de los muertos: conduce á él una estrecha vereda, polvorosa en días de calor y navegable en días de lluvia. Una puerta de madera y un cerco mitad de piedra y mitad de caña y estacas, parecen separarle del pueblo de los hombres, pero no de las cabras del cura y algunos cerdos de la vecindad, que entran y salen para hacer exploraciones en las tumbas ó alegrar con su presencia aquella soledad.

En medio de aquel vasto corral se levanta una grande cruz de madera sobre un pedestal de piedra. La tempestad ha doblado su INRI de hoja de lata, y la lluvia ha borrado las letras. Al pié de la cruz, como en el verdadero Gólgota, están en confuso monton calaveras y huesos, que el indiferente sepulturero arroja de las fosas que va vaciando. Allí esperarán probablemente, no la resurreccion de los muertos, sino la llegada de los animales, que con sus líquidos les calienten y laven aquellas frias desnudeces. — En los alrededores recientes escavaciones se notan: acá el terreno está hundido, allá forma pequeña colina. Crecen en toda su lozania el tarambulo y el pandakaki: el primero para pinchar las piernas con sus espinosas bayas, y el segundo para añadir su olor al del cementerio por si éste no olía bastante. Sin embargo, matizan el suelo algunas florecitas, flores que, como aquellos cráneos, son ya únicamente conocidas de su Criador: la sonrisa de sus pétalos es pálida, y su perfume es el perfume de los sepulcros. La yerba y las trepadoras cubren los rincones, se encaraman por las paredes y nichos vistiendo y hermoseando la desnuda fealdad; á veces penetran por las hendiduras que hicieran temblores y terremotos, ocultando á las miradas los venerables vacíos de la tumba.

A la hora en que entramos, los hombres han ahuyentado á los animales; sólo alguno que otro cerdo, animal difícil de convencer, se asoma con sus ojos pequeñitos, sacando la cabeza

por un gran hueco de la cerca, levanta el hocico al aire y parece decir á una mujer que reza:

— No lo comas todo, déjame algo eh?

Dos hombres cavan una fosa cerca del muro que amenaza desplomarse: el uno que es el sepulturezo, lo hace indierentemente: arroja vértebras y huesos, como un jardinero piedras y ramas secas; el otro está preocupado, suda, fuma y escupe á cada momento.

— ¡Oye! dice el que fuma, en tagalo. ¿No sería mejor que cavásemos en otro sitio? Esto es muy reciente.

— Son tan recientes unas fosas como otras.

— ¡No puedo más! Ese hueso que has partido aun sangra . . . hm! y esos cabellos?

— Pero ¡qué delicado eres! le reprocha el otro. ¡Ni que fueras tú escribiente del Tribunal! Si hubieses desenterrado, como yo lo he hecho, un cadaver de veinte dias, por la noche, á oscuras, lloviendo . . . se apagó mi linterna . . .

El compañero se estremeció.

— El ataud se desclavó, el muerto medio salió, olía . . . y tenerlo tú que cargar . . . y llovía y estábamos ambos mojados, y . . .

— ¡Kjr! Y ¿por qué lo has desenterrado?

El sepulturero le miró con estrañeza.

— ¿Por qué? lo sé yo acaso? Me lo han mandado!

— ¿Quién te lo mandó?

El sepulturero medio retrocedió y le examinó de piés á cabeza á su compañero.

— ¡Hombre! pareces un español; las mismas preguntas me hizo despues un español, pero en secreto. Pues te voy á contestar como al español: me lo mandó el cura grande.

— Ah! y ¿qué has hecho despues del cadaver? continuó preguntando el delicado.

— ¡Diablo! si yo no te conociera y supiera que eres *hombre*, diría que verdaderamente eres español civil: preguntas como el otro. Pues . . . el cura grande me mandaba que lo enterrase en el cementerio de los chinos, pero como el ataud era pesado y el cementerio de los chinos está lejos . . .

— ¡No, nol yo no cavo más! interrumpió el otro lleno de horror, soltando la pala y saltando de la fosa; he partido un cráneo y temo que no me deje dormir esta noche.

El sepulturero soltó una carcajada al ver como se alejaba haciéndose cruces.

El cementerio se iba llenando de hombres y mujeres, vestidos de luto. Algunos buscaban algun tiempo la fosa,

disputaban entre sí, y, como si no estuviesen acordes, se separaban y cada cual se arrodillaba donde le parecía mejor; otros, los que tenían nichos para sus parientes, encendían cirios y se ponían devotamente á rezar; oíanse también suspiros y sollozos que se procuraban exagerar ó reprimir. Ya se oía un run-run de *orápreeo*, *orápreeiss* y *requiemæternams*.

Un viejecito, de ojos vivos, entró descubierto. Al verle, muchos se rieron, algunas mujeres fruncióron las cejas. El viejo parecía no hacer caso de tales demostraciones, pues se dirigió al monton de cráneos, se arrodilló y buscó algun tiempo con la mirada algo entre los huesos; despues con cuidado fué apartando los cráneos uno tras otro, y como si no encontrase lo que buscaba, arrugó las cejas, movió á un lado y otro la cabeza, miró á todas partes, y finalmente se levantó y se dirigió al sepulturero.

— ¡Oy! le dijo.

Este levantó la cabeza.

— ¿Sabes dónde está una hermosa calavera, blanca como la carne del coco, con una completa dentadura, la cual yo tenia allí al pié de la cruz, debajo de aquellas hojas?

El sepulturero se encogió de hombros.

— ¡Mira! añadió el viejo enseñándole una moneda de plata; no tengo más que esto, pero te la daré si me la encuentras.

El brillo de la moneda le hizo reflexionar, miró hácia el osario y dijo:

— ¿No está allá? No? Pues entonces no lo sé.

— ¿Sabes? Cuando me paguen los que me deben te daré más, continuó el viejo. Era el cráneo de mi esposa; con que si me la encuentras . . .

— ¿No está allá? Pues no lo sé! Pero si quereis, os puedo dar otro!

— ¡Eres como la tumba que cavas! le apostrofó el viejo nerviosamente; no sabes el valor de lo que pierdes. ¿Para quién es la fosa?

— ¿Lo sé yo acaso? Para un muerto! contestó malhumorado el otro.

— ¡Como la tumba, como la tumba! repitió el viejo riendo secamente; ni sabes lo que arrojas, ni lo que tragas! Cava, cava!

Y se volvió dirigiéndose á la puerta.

El sepulturero entretanto habia concluido con su tarea; dos monticulos de tierra fresca y rojiza se levantaban á los bordes. Sacó de su salakot buyo, púsose á mascararlo mirando con aire estúpido cuanto en su derredor pasaba.



### XIII.

#### PRESAGIOS DE TEMPESTAD.

En el momento en que el viejo salía, parábase á la entrada del sendero un coche que parecía haber hecho un largo viaje: estaba cubierto de polvo y los caballos sudaban.

Ibarra descendió seguido de un viejo criado; despachó el coche de un gesto y se dirigió al cementerio, silencioso y grave.

— ¡Mi enfermedad y mis ocupaciones no me han permitido volver! decía el anciano tímidamente; Cpn. Tiago dijo que se cuidaría de hacer levantar un nicho; pero yo planté flores y una cruz labrada por mí.

Ibarra no contestó.

— ¡Allí detrás de esa cruz grande, señor! continuó el criado señalando hácia un rincón cuando hubieron franqueado la puerta.

Ibarra iba tan preocupado que no notó el movimiento de asombro de algunas personas al reconocerle. quienes suspendieron el rezo y le siguieron con la vista llenas de curiosidad.

El joven caminaba con cuidado, evitando pasar por encima de las fosas que se conocían fácilmente por un hundimiento del terreno. En otro tiempo las pisaba, hoy las respetaba: su padre yacía en iguales condiciones. Detúvose al llegar al otro lado de la cruz y miró á todas partes. Su acompañante se quedó confuso y cortado; buscaba huellas en el suelo y en ninguna parte se veía cruz alguna.

— ¿Es aquí? murmuraba entre dientes: no, es allá, pero la tierra está removida!

Ibarra le miraba angustiado

— Sí! continuó, recuerdo que había una piedra al lado; la fosa era un poco corta; el sepulturero estaba enfermo, y la tuvo que cavar un aparcerero; pero, se lo preguntaremos á ése qué se ha hecho de la cruz.

Dirigiéronse al sepulturero que les observaba con curiosidad.

Este les saludó quitándose el salakot.

— ¿Podeis decirnos cuál es la fosa que allá tenía una cruz? preguntó el criado.

El interpelado miró hácia el sitio y reflexionó.

— ¿Una cruz grande?

— Sí, grande, afirmó con alegría el viejo mirando significativamente á Ibarra cuya fisonomía se animó.

— ¿Una cruz con labores, y atada con bejucos? volvió á preguntar el sepulturero.

— ¡Eso es, eso es, así, así! y el criado trazó en la tierra un dibujo en forma de cruz bizantina.

— Y ¿en la tumba había flores sembradas?

— ¡Adelfa, sampagas y pensamientos! eso es! añadió el criado lleno de alegría, y le ofreció un tabaco.

— Decidnos cuál es la fosa y dónde está la cruz.

El sepulturero se rascó la oreja y contestó bostezando:

— Pues la cruz . . . ¡ya la he quemado!

— ¡Quemado? y ¿por qué la habeis quemado?

— Porque así lo mandó el cura grande.

— ¿Quién es el cura grande? preguntó Ibarra.

— ¿Quién? El que pega, el Padre Garrote.

Ibarra se pasó la mano por la frente.

— Pero, ¿lo menos podeis decirnos dónde está la fosa? la debeis recordar.

El sepulturero se sonrió.

— ¡El muerto ya no está allí! repuso tranquilamente.

— ¿Qué decis?

— ¡Ya! añadió el hombre en tono de broma; en su lugar enterré hace una semana una mujer.

— ¿Estais loco? le preguntó el criado; si todavía no hace un año que le hemos enterrado.

— ¡Pues eso es! hace ya muchos meses que lo desenterré. El cura grande me lo mandó, para llevarlo al cementerio de los chinos. Pero como era pesado y aquella noche llovía . . .

El hombre no pudo seguir; retrocedió espantado al ver la actitud de Crisóstomo, que se abalanzó sobre él cogiéndole del brazo y sacudiéndole.

— Y ¿lo has hecho? preguntó el joven con acento indescriptible.

— No os enfadeis, señor, contestó palideciendo y temblando; no le enterré entre los chinos. ¡Más vale ahogarse que estar entre chinos, dije para mi, y arrojé el muerto al agua!

Ibarra le puso ambos puños sobre los hombros y le miró largo tiempo con una espresion que no se puede definir.

— ¡Tú no eres más que un desgraciado! dijo, y salió precipitadamente pisoteando huesos, fosas, cruces como un enagenado.

El sepulturero se palpaba el brazo y murmuraba:

— ¡Lo que dan que hacer los muertos! El Padre Grande me pegó de bastonazos por haberlo dejado enterrar estando yo enfermo; ahora éste a poco me rompe el brazo por haberlo desenterrado. ¡Lo que son estos españoles! Todavía voy a perder mi oficio.

Ibarra andaba aprisa con la mirada á lo lejos; el viejo criado le seguía llorando.

El sol estaba ya para ocultarse; gruesos nimbus entoldaban el cielo hácia el Oriente; un viento seco agitaba las copas de los árboles y hacía gemir á los cañaverales.

Ibarra iba descubierto; de sus ojos no brotaba una lágrima, de su pecho no se escapaba un suspiro. Andaba como si huyese de alguno, acaso de la sombra de su padre, acaso de la tempestad que se aproximaba. Atravesó el pueblo dirigiéndose hácia las afueras, hácia aquella antigua casa que desde hace muchos años no había vuelto á pisar. Rodeada de un muro donde crecen varios cactus, parecía que le hacía señas: las ventanas se abrían; el ilang-ilang se balanceaba agitando alegremente sus ramas, cargadas de flores; las palomas revoloteaban al rededor del cónico techo de su vivienda, colocada en medio del jardín.

Pero el joven no se fijaba en estas alegrías que ofrece la vuelta al antiguo hogar: tenía sus ojos clavados en la figura de un sacerdote, que avanzaba en direccion contraria. Era el cura de San Diego, aquel meditabundo franciscano que vimos, el enemigo del alférez. El aire plegaba las anchas alas de su sombrero; el hábito de guingon se aplastaba y amoldaba á sus formas, marcando unos muslos delgados y algo estevados. En la diestra llevaba un baston de palasan con puño de marfil. Era la primera vez que Ibarra y él se veían.

Al encontrarse, detúvose el joven un momento y le miró de hito en hito; Fr. Salví esquivó la mirada y se hizo el distraído.

Sólo un segundo duró la vacilacion: Ibarra se dirigió á él rápidamente, le paró dejando caer con fuerza la mano sobre el hombro y en voz apenas inteligible,

— ¿Qué has hecho de mi padre? preguntó.

Fr. Salví, pálido y tembloroso al leer los sentimientos que se pintaban en el rostro del joven, no pudo contestar: sentiase como paralizado.

— ¿Qué has hecho de mi padre? le volvió á preguntar con voz ahogada.

El sacerdote, doblegado poco á poco por la mano que le oprimía, hizo un esfuerzo y contestó:

— ¡V. está equivocado; yo no le he hecho nada á su padre!

— ¿Que no? continuó el joven oprimiéndole hasta hacerle caer de rodillas.

— ¡No, se lo aseguro! fué mi predecesor, fué el Padre Dámaso . . .

— ¡Ah! exclamó el joven soltándole y dándose una palmada en la frente. Y abandonando al pobre Fr. Salvi se dirigió precipitadamente hácia su casa.

El criado llegaba entretanto y ayudaba al fraile á levantarse.

---

XIV.

TASIO EL LOCO Ó EL FILÓSOFO.

El extraño viejo vagaba distraído por las calles.

Era un antiguo estudiante de Filosofía, que dejó la carrera por obedecer á su anciana madre, y no fué ni por falta de medios ni de capacidad: fué precisamente porque su madre era rica, y se decía que él tenía talento. La buena mujer temía que su hijo llegase á ser un sabio y se olvidase de Dios, por lo que le dió á escoger entre ser sacerdote ó dejar el colegio de San José. El, que estaba enamorado, optó por lo último, y se casó. Viudo y huérfano en menos de un año, buscó un consuelo en los libros para librarse de su tristeza, de la gallería y de la ociosidad. Pero se aficionó demasiado á los estudios y á la compra de libros, que descuidó completamente su fortuna y se arruinó poco á poco.

Llamábanle las personas bien educadas Don Anastasio ó el filósofo Tasio, y las de mala educación, que eran la mayoría, Tasio el loco, por sus raros pensamientos y extraña manera de tratar á los hombres.

Como decíamos, la tarde amenazaba tempestad; algunos relámpagos iluminaban con pálida luz el cielo plomizo; la atmósfera era pesada y el aire sumamente bochornoso.

El filósofo Tasio parecía haber olvidado ya su querida calavera: ahora sonríe mirando las oscuras nubes.

Cerca de la iglesia encontróse con un hombre, vestido de una chaqueta de alpaca, llevando en la mano más de una arroba en velas y un bastón de borlas, insignia de la autoridad.

— ¡Parece que estais alegre? preguntóle éste en tagalo.

— En efecto, señor capitán; estoy alegre porque tengo una esperanza.

— ¿Ha? y qué esperanza es esa?

— ¡La tempestad!

— ¡La tempestad! Pensais bañaros sin duda? preguntó el gobernadorcillo en tono burlon mirando el modesto traje del viejo.

— Bañarme . . . no está mal, sobre todo cuando se tropezaba con una basura! contestó Tasio en tono igual, si bien algo despreciativo, mirando en la cara á su interlocutor; pero espero otra cosa mejor.

— ¿Qué pues?

— ¡Algunos rayos que maten personas y quemem casas! contestó seriamente el filósofo.

— ¡Pedid de una vez el diluvio!

— Lo merecemos todos, y vos y yo! Vos, señor gobernadorcillo, teneis allí una arroba de velas que vienen de la tienda del chino; yo hace más de diez años que voy proponiendo á cada nuevo capitán la compra de para-rayos, y todos se me ríen, y compran bombas y cohetes, y pagan repiques de campanas. Aun más, vos mismo, al siguiente día de mi proposición, encargasteis á los fundidores chinos una esquila para Sta Bárbara, cuando la ciencia ha averiguado que es peligroso tocar las campanas en días de tempestad. Y decidme, ¿por qué el año 70 cuando se cayó un rayo en Biñan, cayó precisamente en la torre y destruyó reloj y un altar? Qué hacía la esquilita de Sta. Bárbara?

En aquel momento brilló un relámpago.

— ¡Jesus, María y José! Sta Bárbara bendita! murmuró el gobernadorcillo palideciendo y santiguándose.

Tasio soltó una carcajada.

— ¡Sois dignos del nombre de vuestra patrona! dijo en castellano dándole las espaldas, y se dirigió hácia la iglesia.

Los sacristanes levantaban dentro un túmulo rodeado de cirios en candelabros de madera. Eran dos mesas grandes, puestas una encima de otra, cubiertas con lienzos negros listados de blanco; aquí y allá se veían calaveras pintadas.

— ¿Es por las almas ó por las velas? preguntó.

Y viendo á dos muchachos de diez años el uno y siete el otro aproximadamente, se dirigió á estos sin esperar la contestación de los sacristanes.

— ¿Venís conmigo, muchachos? les preguntó. Vuestra madre os tiene preparada una cena de curas.

— ¡El sacristán mayor no nos deja salir hasta las ocho, señor! contestó el mayorcito. Espero cobrar mi sueldo para dárselo á nuestra madre.

— ¡Ah! y á dónde vais?

— A la torre, señor; para doblar por las almas.

— ¿Vais á la torre? pues cuidado! no os acerqueis á las campanas durante la tempestad.

Después abandonó la iglesia no sin haber seguido antes

con una mirada de compasion á los dos muchachos, que subian las escaleras para dirigirse al coro.

Tasio se frotó los ojos, miró otra vez al cielo y murmuró:

— Ahora sentiría que cayesen rayos.

Y con la cabeza baja dirigióse pensativo hácia las afueras de la poblacion.

— ¡Pase V. antes! le dijo en español una voz desde una ventana.

El filósofo levantó la cabeza y vió á un hombre de sus treinta á treinta y cinco años que le sonreía.

— ¿Qué lee V. ahí? preguntó Tasio señalando hácia un libre que el hombre tenia en la mano.

— Es un libro de actualidad: *Las penas que sufren las benditas ánimas del Purgatorio!* contestó el otro sonriendo.

— ¡Hombre, hombre, hombre! exclamó el viejo en diferentes tonos de voz entrando en la casa; el autor debe ser muy listo.

Al subir las escaleras fué recibido amistosamente por el dueño de la casa y su joven señora. El se llamaba Don Filipo Lino y ella Doña Teodora Viña. Don Filipo era el teniente mayor y el gefe de un partido, casi liberal si se le puede llamar así, y si es posible que haya partidos en los pueblos de Filipinas.

— ¿Ha encontrado V. en el cementerio al hijo del difunto D. Rafael, que acaba de llegar de Europa?

Sí, le vi cuando bajaba del coche.

— Dicen que ha ido á buscar el sepulcro de su padre . . El golpe debió haber sido terrible.

El filósofo se encogió de hombros.

— ¿No se interesa V. por esa desgracia? preguntó la joven señora.

— ¿Sabe V. que fui yo uno de los seis que acompañamos al cadaver; fui yo quien me presenté al Capitan General cuando vi que aquí todo el mundo, hasta las autoridades, se callaban ante tan grande profanacion, y eso que prefiero siempre honrar al hombre bueno en su vida que no en su muerte.

— ¿Entonces?

— Ya sabe V., señora, que no soy partidario de la monarquía hereditaria. Por las gotas de sangre china que mi madre me ha dado, pienso un poco como los chinos: honro al padre por el hijo pero no al hijo por el padre. Que cada uno reciba el premio ó el castigo por sus obras, pero no por las de los otros.

— ¿Ha mandado V. decir una misa por su difunta esposa, como se lo aconsejaba ayer? preguntó la mujer cambiando de conversacion.

— ¡No! contestó el viejo sonriendo.

— ¡Lástima! exclamó ella con verdadero pesar; dicen que hasta mañana, á las diez, las almas vagan libres esperando los sufragios de los vivos; que una misa en estos dias equivale á cinco en otros dias del año, ó á seis como dijo el cura esta mañana.

— ¡Hola! es decir que tenemos un gracioso plazo que hay que aprovechar?

— ¡Pero, Doray! intervino D. Filipo; ya sabes que Don Anastasio no cree en el Purgatorio.

— ¿Que no creo en el Purgatorio? protestó el viejo medio levantándose de su asiento. ¡Hasta sé algo de su historia!

— ¡La historia del Purgatorio! exclamaron llenos de sorpresa ambos consortes. ¡A ver! Cuéntenosla V.!

— ¿No la saben Vs. y mandan allá misas y hablan de sus penas? ¡Bueno! ya que empieza á llover y parece que va á durar, tendremos tiempo de no aburrirnos, contestó Tasio poniéndose un momento á meditar.

Don Filipo cerró el libro que tenía en la mano, y Doray se sentó á su lado, dispuesta á no creer en nada de lo que el viejo Tasio iba á decir. Este comenzó de la siguiente manera:

— El Purgatorio existía mucho antes de que viniera al mundo N. S. Jesucristo, y debía estar en el centro de la tierra segun el P. Astete, ó en las cercanías de Cluny segun el monge de que nos habla el P. Girard. El sitio aquí es lo de menos. Ahora bien; ¿quiénes se tostaban en aquellos fuegos que ardían desde el principio del mundo? Su existencia antiquísima lo prueba la Filosofía cristiana, que dice que Dios no ha creado nada nuevo desde que descansó.

— Podría haber existido *in potentia*, pero no *in actu*! objeto el teniente mayor.

— ¡Muy bien! Sin embargo os contestaré que algunos lo conocieron y como existente *in actu*, uno de ellos fué Zarathustra ó Zoroastro, que escribió parte del Avesta y fundó una religion, que tenía ciertos puntos de contacto con la nuestra; y Zarathustra, segun los sabios, existió ochocientos años lo menos antes de Jesucristo. Digo lo menos, pues Gaffarel, despues de examinar los testimonios de Platon, Xanto de Lidia, Plinio, Hermipos y Eudoxo, le cree anterior en dos mil quinientos años á nuestra era. Sea de esto lo que se quiera, es lo cierto que Zarathustra hablaba ya de una especie de Purgatorio, y

daba los medios para librarse de él. Los vivos pueden redimir las almas de los muertos en pecado, recitando pasajes del Avesta, haciendo buenas obras, pero con la condicion de que el que ha de orar sea un pariente hasta la cuarta generacion. El tiempo para esto tenía lugar cada año y duraba cinco dias. Más tarde, cuando esta creencia se hubo afirmado en el pueblo, los sacerdotes de aquella religion vieron en ella un gran negocio y explotaron aquellas "cárceles profundamente oscuras en donde reinan los remordimientos," como Zaratrustra dice. Establecieron pues que por el precio de un *derem*, una moneda de poco valor segun dicen, se le puede ahorrar al alma un año de torturas; pero como para aquella religion había pecados que costaban de 300 á 1000 años de sufrimientos, como la mentira, la mala fé, el no cumplir una palabra dada etc, resultaba que los pícaros se embolsaban millones de *derems*. Aquí verán Vs. algo que se parece ya á nuestro Purgatorio, si bien con la diferencia sobreentendida de la diferencia de religiones.

Un relámpago, seguido de un retumbante trueno, hizo levantarse á Doray, quien dijo santiguándose:

— ¡Jesus, Maria y José! Los dejo á Vs.; voy á quemar palma bendita y encender candelas de perdon.

La lluvia empezó á caer á torrentes. El filósofo Tasio prosiguió, mientras miraba alejarse á la joven:

— Ahora que no está, podemos hablar de la materia más razonadamente. Doray, aunque un poco supersticiosa, es una buena católica, y no me gusta arrancar la fé del corazon: una fé pura y sencilla se distingue del fanatismo como la llama, del humo, como una música, de una algarabía: los imbeciles como los sordos los confunden. Entre nosotros podemos decir que la idea del Purgatorio es buena, santa y razonable; continúa la union entre los que fueron y los que son, y obliga á una mayor pureza de vida. El mal está en el abuso que de él se hace.

Pero veamos ahora cómo pudo pasar al catolicismo esta idea que no existía ni en la Biblia ni en los Santos Evangelios. Ni Moysés ni Jesucristo hacen la más pequeña mencion de él, y el único pasaje que citan de los Macabeos es insuficiente, ademas de que este libro fué declarado por el concilio de Laodicea apócrifo, y la Santa Iglesia Católica sólo lo ha admitido con posterioridad. La religion pagana tampoco tenía nada que se pareciese á él. El pasaje tan citado de Virgilio de *Alix panduntur inanes*, que diera ocasion á que S. Gregorio el Grande hablase de almas ahogadas, y que



Dante hubiese amplificado en su "*Divina Comedia*", no puede ser el origen de esta creencia. Ni los bramanes, ni los budhistas, ni los egipcios, que dieran á Grecia y Roma su Caronte y su Averno, tampoco tenían nada que se pareciese á esta idea. No hablo ya de las religiones de los pueblos del Norte de Europa: estas, religiones de guerreros, bardos y cazadores pero no de filósofos, si bien conservan aún sus creencias y hasta ritos, cristianizados, sin embargo no han podido acompañar á sus hordas en los saqueos de Roma ni sentarse en el Capitolio: religiones de las brumas se disipaban al sol del mediodía. — Pues bien, los cristianos de los primeros siglos no creían en el Purgatorio: morían con esa alegre confianza de ver en breve cara á cara á Dios. Los primeros Padres de la Iglesia que al parecer lo mencionaron, fueron S. Clemente de Alejandría, Orígenes y S. Ireneo, quizás influidos por la religion zarathustriana, que entonces florecía aún y estaba muy estendida por todo el Oriente, pues nosotros leemos á cada paso reproches al orientalismo de Orígenes. S. Ireneo probaba su existencia por el hecho de haber permanecido Jesucristo "tres dias en las profundidades de la tierra," tres dias de Purgatorio, y sacaba de esto que cada alma debía permanecer en él hasta la resurrección de la carne, por más que en esto el *Hodie mecum eris in Paradiso* parece contradecirle. S. Agustín habla también del Purgatorio, pero, si no afirma su existencia, no la cree sin embargo imposible, suponiendo que podrían continuarse en la otra vida los castigos que en este recibimos por nuestros pecados.

— ¡Diantre con S. Agustín! exclamó D. Filippo; no estaba satisfecho con lo que aquí sufrimos y quería la continuación!

— Pues así andaba la cosa: unos creían y otros no. Sin embargo de que S. Gregorio lo llegó ya á admitir en su *de quibusdam levibus culpis esse ante iudicium purgatorius ignis credendus est*, nada hubo sobre ello definitivo hasta el año 1439, esto es, ocho siglos más tarde, en que el Concilio de Florencia declaró que debía existir un fuego purificador para las almas de los que han muerto en el amor de Dios, pero sin haber satisfecho aún á la Justicia divina. Ultimamente el Concilio Tridentino, bajo Pio IV en 1563, en la sesión XXV dió el decreto del Purgatorio que empieza: *Cum catholica ecclesia, Spiritu Sancto edocta etc.*, en donde dice que los sufragios de los vivos, las oraciones, limosnas y otras obras piadosas eran los medios más eficaces de librar á las almas, si bien antepone á todo el sacrificio de la misa. Los protestantes no creen sin

embargo en él, y los Padres griegos tampoco, pues echan de menos un fundamento cualquiera bíblico, y dicen que el plazo para el mérito ó demérito termina á la muerte, y que el *Quodcumque ligaveris in terra*, no quiere decir *usque ad purgatorium*, etc.: pero á esto se puede contestar que estando el Purgatorio en el centro de la tierra, caía naturalmente bajo el dominio de S. Pedro. Pero no acabaría si tuviese que decir aquí todo lo que sobre el asunto se ha dicho. Un día que querais discutir conmigo la materia, venid á mi casa y allá abriremos volúmenes y discutiremos libre y tranquilamente. Ahora me voy: yo no sé por qué esta noche la piedad de los cristianos permite el robo — Vs., las autoridades lo dejan, — y yo temo por mis libros. Si me los robasen para leerlos, lo dejaría, pero sé que muchos los quieren quemar para hacerme una obra de caridad, y esta clase de caridad, digna del califa Omar, es temible. Algunos por estos libros me creen ya condenado . . .

— ¿Pero supongo que V. creará en la condenacion? preguntó sonriendo Doray, que aparecía llevando en un brasero hojas secas de palma que despedían humo fastidioso y agradable perfume.

— ¡Yo no sé, señora, lo que de mí hará Dios! respondió el viejo Tasio pensativo. Cuando esté agonizando, me entregaré á El sin temor; haga de mí lo que quiera. Pero se me ocurre un pensamiento.

— Y ¿qué pensamiento es ése?

— Si los únicos que pueden salvarse son los católicos, y de entre estos un cinco por ciento, como dicen muchos curas, y formando los católicos una duodécima parte de la poblacion de la tierra si hemos de creer lo que dicen las estadísticas, resultaría que despues de haberse condenado millares de millares de hombres durante los innumerables siglos que transcurrieron antes que el Salvador viniese al mundo, despues que un hijo de Dios se ha muerto por nosotros, ahora sólo conseguiria salvarse cinco por cada mil doscientos? ¡Oh ciertamente no! prefiero decir y creer con Job: *¿Serás severo contra una hoja que vuela y perseguirás una arista seca?* ¡No, tanta desgracia es imposible, creerlo es blasfemar, no, no!

— ¿Qué quiere V.? La Justicia, la Pureza divina . . .

— ¡Oh! pero la Justicia y la Pureza divina veían el porvenir antes de la creacion! contestó el viejo estremeciéndose y levantándose. La creacion, el hombre es un sér contingente y no necesario, y ese Dios no debía haberle criado, no, si para hacer feliz á uno debía condenar á centenares á una

eterna desgracia, y todo por culpas heredadas, ó de un momento. No! Si eso fuera cierto, ahogue V. á su hijo que allí duerme; si tal creencia no fuese una blasfemia contra ese Dios que debe ser el Supremo Bien, entonces el Molok fenicio que se alimentaba con sacrificios humanos y sangre inocente, y en cuyas entrañas se quemaban á los niños arrancados del seno de sus madres, ese dios sanguinario, esa divinidad horrible sería al lado de él una débil doncella, una amiga, la madre de la Humanidad!

Y lleno de horror, el loco ó el filósofo abandonó la casa, corriendo á la calle apesar de la lluvia y de la oscuridad.

Un deslumbrador relámpago, acompañado de un espantoso trueno sembrando el aire de mortíferas chispas, alumbró al viejo que, tendidas las manos al cielo, gritaba:

— ¡Tú protestas! Ya sé que no eres cruel, ya sé que sólo debo llamarte El Bueno!

Los relámpagos redoblaban, la tempestad arreciaba . . .

---

## XV

### LOS SACRISTANES.

Los truenos retumbaban á cortos intervalos, montándose unos sobre otros, y cada trueno precedido del espantoso zigzag del rayo: habriase dicho que Dios escribía con un incendio su nombre y que la bóveda eterna temblaba medrosa. La lluvia caía á torrentes y, azotada por el viento, que silbaba lúgubrementemente, cambiaba atontada á cada momento de direccion. Las campanas entonaban con voz llena de miedo su melancólica plegaria, y en el breve silencio, que dejaba el robusto rugido de los elementos desencadenados, un triste tañido, queja al parecer, gemía plañidero.

En el segundo cuerpo de la torre hallábanse los dos muchachos, que vimos de paso hablando con el filósofo. El menor, que tenía grandes ojos negros y tímido semblante, procuraba pegar su cuerpo al de su hermano, que se le parecía mucho en las facciones sólo que la mirada era más profunda y la fisonomía más decidida. Ambos vestían pobremente trajes, llenos de zurcidos y remiendos. Sentados sobre un trozo de madera, cada uno tenía en la mano una cuerda, cuyo estremidad se perdía en el tercer piso, allá arriba entre sombras. La lluvia, empujada por el viento, llegaba hasta

ellos y atizaba un cabo de vela, que ardía sobre una gran piedra, de que se sirven para imitar el trueno en Viernes santo haciéndola rodar por el coro.

— ¡Tira de tu cuerda, Crispin! dijo el mayor á su hermanito.

Este se colgó de ella, y arriba se oyó un débil lamento, que apagó al instante un trueno, multiplicado por mil ecos.

— ¡Ah! si estuviéramos ahora en casa, con madre! suspiró el pequeño mirando á su hermano; allá no tendría miedo.

El mayor no contestó: estaba mirando como se derramaba la cera y parecía preocupado.

— ¡Allá nadie me dice que robo! añadió Crispin; madre no lo permitiría! Si supiese que me pegan . . .

El mayor separó su vista de la llama, levantó la cabeza mordiendo con fuerza la gruesa cuerda de la que tiró violentamente, dejando oír una sonora vibración.

— ¿Vamos á vivir siempre así, hermano? continuó hablando Crispin. ¡Quisiera enfermarme mañana en casa, quisiera tener una larga enfermedad para que madre me cuidase y no me dejase volver al convento! Así no me llamarían ladrón, ni me pegarían! Y tú también, hermano, debías enfermarte conmigo.

— ¡No! contestó el mayor; nos moriríamos todos: madre de pena, y nosotros de hambre.

Crispin no replicó.

— ¿Cuánto ganas tú este mes? preguntó al cabo de un momento.

— Dos pesos: me han impuesto tres multas.

— Paga lo que dicen que he robado, así no nos llamarán ladrones; págalo, hermano!

— ¿Estás loco, Crispin? Madre no tendría que comer; el sacristan mayor dice que has robado dos onzas, y dos onzas son treinta y dos pesos.

El pequeño contó en sus dedos hasta llegar á treinta y dos.

— ¡Seis manos y dos dedos! Y cada dedo un peso, murmuró despues pensativo. Y cada peso . . . ¿cuántos cuartos?

— Ciento sesenta.

— ¿Ciento sesenta cuartos? Ciento sesenta veces un cuarto? Madre! Y ¿cuántos son ciento sesenta?

— Treinta y dos manos, contestó el mayor.

Crispin se quedó un momento viéndose las manecitas.

— ¡Treinta y dos manos! repetía; seis manos y dos dedos,

y cada dedo treinta y dos manos . . . y cada dedo un cuarto . . . ¡Madre, cuántos cuartos! No podrá uno contarlos en tres días . . . y se puede comprar chinelas para los piés, y sombrero para la cabeza cuando calienta el sol, y un gran paraguas cuando llueve, y comida, y ropas para ti y madre y . . .

Crispin se puso pensativo.

— ¡Ahora siento no haber robado!

— ¡Crispin! le reprendió su hermano.

— No te enfades! El cura ha dicho que me mataría á palos si no aparece el dinero; si yo lo hubiese robado, lo podría hacer aparecer . . . y si muero, que al menos tengais ropas tú y madre! ¡Lo hubiese robado!

El mayor se calló y tiró de su cuerda. Despues repuso suspirando:

— Lo que temo es que se regane madre contigo cuando lo sepa!

— ¿Lo crees tú? preguntó el pequeño sorprendido. Tú dirás que á mi ya me han pegado mucho, yo le enseñaré mis cardenales, y mi bolsillo roto: no he tenido más que un cuarto que me dieron en la Pascua, y el cura me lo quitó ayer. No he visto otro cuarto más hermoso. ¡Madre no lo va creer, no lo creerá!

— Si el cura lo dice . . .

Crispin empezó á llorar, murmurando entre sollozos:

— Entonces retírate solo, no quiero retirarme; dí á madre que estoy enfermo; no quiero retirarme.

— ¡Crispin, no llores! dijo el mayor. Madre no lo creerá; no llores; dijo el viejo Tasio que nos espera una buena cena . . .

Crispin levantó la cabeza y miró á su hermano:

— ¡Una buena cena! Yo todavía no he comido: no me quieren dar de comer hasta que aparezcan las dos onzas . . . Pero y ¿si madre lo cree? Tú le dirás que el sacristan mayor miente, y el cura que le cree, también, que todos ellos mienten: que dicen que somos ladrones porque nuestro padre es un vicioso que . . .

Pero una cabeza apareció saliendo del fondo de la escalerilla que conducia al piso principal, y esta cabeza, como la de Medusa, heló la palabra en los labios del niño. Era una cabeza prolongada, flaca, con largos cabellos negros; unas gafas azules le disimulaban un ojo tuerto. Era el sacristan mayor que así solía aparecer, sin ruido, sin prevenir.

Los dos hermanos se quedaron frios.

— ¡A tí, Basilio, te impongo una multa de dos reales por no tocar á compas! dijo con voz cavernosa como si no tuviese cuerdas vocales. Y tú, Crispin, te quedas esta noche hasta que no aparezca lo que has robado.

Crispin miró á su hermano como pidiéndole amparo.

— Tenemos ya permiso . . . madre nos espera á las ocho, murmuró tímidamente Basilio.

— ¡Es que tampoco te retiras tú á las ocho; hasta las diez!

— Pero, señor, á las nueve ya no se puede andar y la casa está lejos.

— Y ¿me querrás tú mandar á mí? le preguntó irritado el hombre. Y cogiendo á Crispin del brazo trató de arrastrarle.

— ¡Señor! hace ya una semana que no hemos visto á nuestra madre! suplicó Basilio cogiendo á su hermanito como para defenderle.

El sacristan mayor de una palmada le apartó la mano y arrastró á Crispin, que comenzó á llorar dejándose caer al suelo mientras decía á su hermano:

— ¡No me dejes, me van á matar!

Pero el sacristan, sin hacerle caso, le arrastró escaleras abajo, desapareciendo entre las sombras.

Basilio se quedó sin poder articular una palabra. Oyó los golpes que daba el cuerpo de su hermanito contra las gradas de la escalerilla, un grito, varias palmadas, y despues se perdieron poco á poco aquellos acentos desgarradores.

El muchacho no respiraba: escuchaba de pié, con los ojos estremadamente abiertos, y los puños cerrados.

— ¿Cuándo podré arar un campo! murmuró entre dientes, y bajó precipitadamente.

Al llegar al coro se puso á escuchar con atencion; la voz de su hermanito se alejaba á toda prisa y el grito: *madre! hermano!* se estinguió completamente al cerrarse una puerta. Tembloroso, sudando, detúvose un momento; mordióse el puño para ahogar un grito que se le escapaba del corazon y dejó vagar sus miradas en la semi-oscuridad de la iglesia. Allá ardía debilmente-la lámpara de aceite; el catafalco estaba en medio; las puertas todas cerradas, y las ventanas tenían rejas.

De repente subió la escalerilla, pasó el segundo cuerpo donde ardía la vela y subió al tercero. Desató las cuerdas que sujetaban los badajos, y despues volvió á descender pálido, pero sus ojos brillaban y no por las lágrimas.

La lluvia en tanto comenzaba á cesar y el cielo se despejaba poco á poco.

Basilio anudó las cuerdas, ató un cabo á un balaustre de la barandilla, y sin acordarse de apagar la luz se dejó deslizar en medio de la oscuridad.

Algunos minutos despues, en una de las calles del pueblo se oyeron voces y resonaron dos tiros; pero nadie se alarmó y todo quedó otra vez en silencio.

---

XVI.

S I S A.

La noche es oscura: duermen en silencio los vecinos; las familias que han recordado á los que dejaron de existir, se entregan al sueño tranquilas y satisfechas: han rezado tres partes de rosarió con *requiems*, la novena de las almas, y quemado muchas velas de cera delante de las sagradas imágenes. Los ricos y pudientes han cumplido con los deudos que les legaron su fortuna; al día siguiente oirian las tres misas que dice cada sacerdote, darian dos pesos para otra en su intencion, y luego comprarían la bula de los difuntos, llena de indulgencias. A fé que la Justicia divina no parece tan exigente como la humana.

Pero el pobre, el indigente que apenas gana para mantenerse y tiene que sobornar á los directorcillos, escribientes y soldados para que le dejen vivir en paz, ése no duerme con la tranquilidad que creen los poetas cortesanos, los cuales tal vez no hayan sufrido las caricias de la miseria. El pobre está triste y pensativo. Aquella noche, si ha rezado poco, ha orado mucho, con dolor en los ojos y lágrimas en el corazón. No tiene las novenas, ni sabe las jaculatorias, ni los versos, ni los *oremus*, que han compuesto los frailes para los que no tienen ideas propias, ni propios sentimientos; no los entiende tampoco. Reza en el idioma de su miseria; su alma llora por sí y por los séres muertos cuyo amor era su bien. Sus labios pueden proferir saluciones, pero su mente grita quejas y acusa lamentos. ¿Estareis satisfechos, tú que bendijiste la pobreza, y vosotras, sombras atormentadas, con la sencilla oracion del pobre, proferida delante de una mal grabada estampa, á la luz de un *tinsim*, ó deseais por ventura cirios delante de Cristos sangrientos, de Vírgenes de boca pequeña y ojos de cristal, las misas en latin, que dice maquinalmente el sacerdote? Y tú, Religion predicada para la humanidad que sufre, ¿habrás

olvidado tu mision de consolar al oprimido en su miseria y de humillar al poderoso en su orgullo, y sólo tendrías ahora promesas para los ricos, para los que pueden pagarte?

La pobre viuda vela entre los hijos que duermen á su lado; piensa en las bulas que debe comprar para el descanso de los padres y del difunto esposo. “Un peso, dice, un peso es una semana de amores para mis hijos, una semana de risas y alegrías, mis economías de un mes, un traje para mi hija que se va haciendo mujer . . .” — “Pero es menester que apagues estos fuegos, dice la voz que ella oyó predicar; es menester que te sacrifiques.” ¡Sí! es menester! La Iglesia no te salva gratuitamente las almas queridas: no reparte bulas gratis. La debes comprar y, en vez de dormir la noche, trabajarás. Tu hija, que enseñe entretanto sus desnudeces púdicas; ayuna, que el cielo es caro! Decididamente parece que los pobres no entran en el cielo!

Estos pensamientos van volando por el ámbito que separa el *sahig* donde está tendida la humilde estera, del *palupu* de donde cuelga la hamaca en que se mece el niño. Su respiracion es fácil y reposada; de cuando en cuando mastica la saliva y articula sonidos: sueña comer el estómago hambriento que no está satisfecho con lo que le han dado los hermanos mayores.

Las cigarras van cantando monótonamente uniendo su nota eterna y continuada á los trinos del grillo, oculto en la yerba, ó de la zarandija que sale de su agujero para buscar alimento, mientras el chacon, ya no temiendo el agua, turba el concierto con su fatídica voz asomando la cabeza por el hueco de un tronco carcomido. Los perros ladran lastimeramente allá en la calle, y el supersticioso que lo escucha, está convencido de que los animales ven los espíritus y las sombras. Pero ni los perros ni los otros insectos ven los dolores de los hombres, y sin embargo ¡cuántos existen!

Allá lejos del pueblo, á una distancia como de una hora, vive la madre de Basilio y de Crispin, mujer de un hombre sin corazon, que procura vivir para sus hijos mientras el marido vaga y juega al gallo. Sus entrevistas son raras pero siempre dolorosas. El le ha ido despojando de sus pocas alhajas para alimentar sus vicios, y cuando la sufrida Sisa ya no poseía nada para sostener los caprichos de su marido, entonces comenzó á maltratarla. Débil de caracter, con más corazon que cerebro, ella sólo sabía amar y llorar. Para ella su marido era su dios; sus hijos eran sus ángeles. El, que sabía hasta qué punto era adorado y temido, se portaba tambien



como todos los falsos dioses: cada día se hacía más cruel, inhumano, voluntarioso.

Cuando le consultó Sisa, una vez que apareció con el semblante más sombrío que nunca, sobre su proyecto de hacer sacristan á Basilio, continuó acariciando el gallo, no dijo ni sí ni no, y sólo preguntó si ganaría mucho dinero. Ella no se atrevió á insistir, pero su apurada situación y el deseo de que los chicos aprendieran á leer y escribir en la escuela del pueblo. la obligaron á llevar á cabo el proyecto. El marido tampoco dijo nada.

Aquella noche á eso de diez y media á once, cuando las estrellas brillaban ya en el cielo que la tempestad ha despejado, estaba Sisa sentada sobre un banco de madera, mirando algunas ramas que medio ardian en su hogar, compuesto de piedras vivas más ó menos angulares. Sobre uno de estos tripodes ó *tunkô*, había una ollita en donde cocia arroz, y sobre las brasas tres sardinas secas, de las que se venden tres dos cuartos.

Tenia la barba apoyada sobre la palma de su mano, mirando la llama amarillenta y débil que da la caña, cuyas pasajeras brasas se volvían pronto ceniza; triste sonrisa iluminaba su rostro. Se acordaba del gracioso acertijo de la olla y del fuego que Crispin le propuso una vez. El muchacho decía:

Naupú si Maitim, sinulut ni Mapulá  
Nang malao' y kumará-kará.

Era aún joven y se conocía que un tiempo debió ser bella y graciosa. Sus ojos, que, al igual de su alma, diera ella á sus hijos, eran hermosos, de largas pestañas y profunda mirada; su nariz era correcta; sus pálidos labios, de un gracioso dibujo. Era lo que los tagalos llaman *kayumanging-kaligátan*, esto es, morena pero de un color limpio y puro. Sin embargo de su juventud, el dolor, ó acaso el hambre, empieza á socavar las pálidas mejillas; la abundante cabellera, en otro tiempo gala y adorno de su persona, si está aún aliñada no es por coquetería, es por costumbre: un moño muy sencillo sin agujas ni peynetas.

Había estado varios dias sin salir de casa, cosiendo una obra que le habían encargado la concluyese lo más pronto posible. Ella, para ganar dinero, dejó de oír misa aquella mañana, pues habría empleado en ir y venir al pueblo dos horas lo menos: — ¡la pobreza obliga á pecar! — Concluido su trabajo, lo llevó al dueño, pero éste le prometió pagar.

Todo el día estuvo pensando en los placeres de la noche: supo que sus hijos iban á venir, y pensó regalarles. Compró sardinas, cogió de su jardincito los tomates más hermosos porque sabia que eran la comida favorita de Crispin; pidió á su vecino, el filósofo Tasio, que vivia á medio kilómetro, tapa de jabali y una pierna de pato silvestre, los bocados favoritos de Basilio. Y llena de esperanzas coció el más blanco arroz, que ella misma había recogido en las eras. Aquello era en efecto una cena de curas para los pobres chicos.

Pero por una desgraciada casualidad vino el marido y se comió el arroz, la tapa de jabali, la pierna del pato, cinco sardinas y los tomates. Sisa no dijo nada, si bien le parecia que la comian á ella misma. Harto ya él, se acordó de preguntár por los hijos; entonces Sisa pudo sonreir y, contenta, prometió en su interior no cenar aquella noche, pues de lo que quedaba no habia para tres. El padre preguntó por sus hijos, y esto para ella era más que comer.

Despues él cogió su gallo y quiso marcharse.

— ¿No quieres verlos? preguntó temblorosa; el viejo Tasio me ha dicho que se retardarían un poco; Crispin ya lee y . . . quizás Basilio traiga su sueldo!

A esta última razon el marido se detuvo, vaciló, pero triunfó su angel bueno.

— ¡En ese caso guárdame un peso! dijo y se marchó.

Sisa lloró amargamente, pero se acordó de sus hijos y secóse las lágrimas. Coció nuevo arroz y preparó las únicas tres sardinas que quedaron: cada uno tendría una y media.

— ¡Traerán buen apetito! pensaba; el camino es largo y los estómagos hambrientos no tienen corazon.

Atenta á todo rumor la encontramos escuchando las más ligeras pisadas; fuertes y claras, Basilio; ligeras y desiguales Crispin, pensaba ella.

El kalao cantó en el bosque dos ó tres veces ya, desde que la lluvia habia cesado, y no obstante sus hijos no llegaban todavía.

Puso las sardinas dentro de la olla para que no se enfriáran y se acercó al umbral de la choza para mirar hácia el camino. A fin de distraerse se puso á cantar en voz baja. Ella tenia una hermosa voz, y cuando sus hijos la oían cantar *kundíman*, lloraban sin saber por qué. Pero aquella noche su voz temblaba y las notas salían perezosas.

Suspendió su canto y hundió la mirada en la oscuridad. Nadie venia del pueblo, si no es el viento que hacia caer el agua de las anchas hojas de los plátanos.

De repente vió un perro negro aparecer delante de ella; el animal rastreaba algo en el sendero. Sisa tuvo miedo, cogió una piedra y se lo arrojó. El perro echó á correr ahullando lúgubremente.

Sisa no era supersticiosa, pero tanto había oído hablar sobre presentimientos y perros negros que el terror se apoderó de ella. Cerró precipitadamente la puerta, y se sentó al lado de la luz. La noche favorece las creencias, y la imaginación puebla el aire de espectros.

Trató de rezar, de invocar á la Virgen, á Dios para que cuidasen de sus hijos, sobre todo, de su pequeño Crispin. Y distraídamente olvidó el rezo para no pensar más que en ellos, recordando las facciones de cada uno, aquellas facciones que le sonríen continuamente ya en sueños ya en vigiliass. Mas, de repente sintió erizarse sus cabellos, sus ojos se abrieron desmesuradamente; ilusion ó realidad, ella veía á Crispin de pié al lado del hogar, allí donde solía sentarse para charlar con ella. Ahora no decía nada; la miraba con aquellos grandes ojos pensativos, y sonreía.

— ¡Madre, abrid! abrid, madre! decía la voz de Basilio desde fuera.

Sisa se estremeció y la vision desapareció.

---

## XVII.

### BASILIO.

*La vida es sueño.*

Apenas pudo entrar Basilio, tambaleando se dejó caer en los brazos de su madre.

Un frío inesplicable se apoderó de Sisa al verle llegar solo. Quiso hablar pero no halló sonidos; quiso abrazar á su hijo pero tampoco halló fuerzas; llorar era imposible.

Pero á la vista de la sangre que bañaba la frente del niño, pudo gritar con ese acento que parece anunciar la rotura de una cuerda del corazón:

— ¡Hijos míos!

— ¡No temais nada, madre! le contestó Basilio; Crispin se ha quedado en el convento.

— ¿En el convento? se ha quedado en el convento? Vive?

El niño levantó hacia ella sus ojos.

— Ah! exclamó pasando de la mayor angustia á la mayor alegría. Sisa lloró, abrazó á su hijo, cubriéndole de besos la ensangrentada frente.

— ¡Vive Crispin! tú le dejaste en el convento . . . y ¿por qué estás herido, hijo mio? ¿Te has caído?

Y ella le examinaba cuidadosamente..

— El sacristan mayor al llevarse á Crispin me dijo que no podría salir hasta las diez, y como es muy tarde me escapé. En el pueblo me dieron los soldados el *quien vive*, eché á correr, dispararon y una bala rozó mi frente. Temía que me prendiesen y me hiciesen fregar el cuartel á palos como lo hicieron con Pablo, que aún está enfermo.

— ¡Dios mio, Dios mio, murmuró la madre estremeciéndose, Tú le has salvado!

Y añadía mientras buscaba paños, agua, vinagre y plumon de garza:

— ¡Un dedo más y te matan, me matan á mi hijo! Los guardias civiles no piensan en las madres!

— Direis que me he caído de un árbol; que no sepa nadie que fui perseguido.

— ¿Por qué se ha quedado Crispin? preguntó Sisa despues que hubo hecho la cura á su hijo.

Este la contempló por algunos instantes, despues abrazándola, le refirió poco á poco lo de las onzas; sin embargo, no habló de las torturas que hacian sufrir á su hermanito.

Madre é hijo confundieron sus lágrimas.

— ¡Mi buen Crispin! acusar á mi buen Crispin! Es porque somos pobres, y los pobres tenemos que sufrirlo todo! murmuraba Sisa mirando con sus ojos llenos de lágrimas el *tin hoy* cuyo aceite se acababa.

Así permanecieron algun rato silenciosos.

— ¿Has cenado ya? No? Hay arroz y sardinas secas.

— No tengo ganas; agua, quiero agua no más.

— ¡Sí! repuso la madre con tristeza; ya sabía yo que no te gustaban las sardinas secas; yo te había preparado otra cosa, pero vino tu padre, ¡pobre hijo mio!

— ¿Vino padre? preguntó Basilio y examinó instintivamente la cara y las manos de su madre. La pregunta del hijo hizo oprimirse el corazon de Sisa, que le comprendió demasiado, así es que se apresuró á añadir:

— Vino y preguntó mucho por vosotros, quería veros; tenia mucha hambre. Ha dicho que si seguis siendo buenos, volveria á quedarse con nosotros.

— ¡Ah! interrumpió Basilio, y sus labios se contrajeron con disgusto.

— ¡Hijo! le reprendió ella.

— ¡Perdonad, madre! repuso seriamente: ¿no estamos mejor nosotros tres, vos, Crispin y yo? pero llorais; no he dicho nada.

Sisa suspiró.

— ¿No cenas? Entonces acostémonos que ya es tarde.

Sisa cerró la choza y cubrió las pocas brasas con ceniza para que no se estinguiesen, como hace el hombre con los sentimientos del alma: cubrirlos con la ceniza de la vida que llaman indiferencia, para que no se apaguen con el trato cotidiano de nuestros semejantes.

Basilio murmuró sus oraciones y acostóse cerca de su madre que rezaba arrodillada.

Sentía calor y frío; procuró cerrar los ojos pensando en su hermanito que aquella noche contaba dormir en el regazo de la madre, y ahora lloraría y temblaría de miedo en un rincón oscuro del convento. Sus oídos le repetían aquellos gritos, como los había oído en la torre, pero la cansada naturaleza principió á confundir sus ideas, y el espíritu de los ensueños descendió sobre sus ojos.

Vió una alcoba donde ardian dos velas. El cura, con el bejuco en la mano, escuchaba sombrío al sacristan mayor, que le hablaba en un extraño idioma, con gestos horribles. Crispin temblaba y volvía los ojos llorosos á todas partes como buscando á alguien ó un escondite. El cura se vuelve á él y le interpela irritado, y el bejuco silba. El niño corre á esconderse detrás del sacristan, pero éste le coge, le sujeta y le ofrece al furor del cura: el infeliz pugna, patalea, grita, se tira al suelo, rueda, se levanta, huye, resbala, cae y pára los golpes con las manos, que, heridas, esconde vivamente, ahullando. Basilio le ve retorcerse, golpear el suelo con la cabeza, ve y oye silbar el bejuco! Desesperado su hermanito se levanta; loco de dolor se arroja sobre sus verdugos y muerde al cura en la mano. Este suelta un grito, deja caer el bejuco; el sacristan mayor coge un baston, le da un golpe en la cabeza y el niño cae aturdido; el cura, al verse herido le patea, pero, ya no se defiende, ya no grita: rueda por el suelo como una masa inerte y deja un húmedo rastro . . .<sup>1)</sup>

La voz de Sisa le llamó á la realidad.

---

<sup>1)</sup> Sueño ó realidad no sabemos que esto le haya sucedido á ningun franciscano; del agustino P. Picrnavieja se cuenta algo parecido. (N. del T.)

— ¿Qué tienes? Por qué lloras?

— ¡Soñé . . . ¡Dios! exclamó Basilio incorporándose cubierto de sudor. Fué un sueño; decid, madre, que no fué más que un sueño, un sueño no más!

— ¿Qué has soñado?

El muchacho no contestó. Sentóse para enjugarse las lágrimas y el sudor. La choza estaba toda á oscuras.

— ¡Un sueño, un sueño! repetía Basilio en voz baja.

— ¡Cuéntame qué has soñado; no puedo dormir! decía la madre cuando su hijo volvió á acostarse.

— Pues, dijo éste en voz baja, soñé que fuimos á recoger espigas . . . en una sementera donde había muchas flores . . . las mujeres tenían cestos llenos de espigas . . . los hombres tenían tambien cestos llenos de espigas . . . y los niños tambien . . . No me acuerdo más, madre, no me acuerdo de lo demás!

Sisa no insistió; ella no hacía caso de los sueños.

— Madre, he formado un proyecto esta noche, dijo Basilio despues de algunos minutos de silencio.

— ¿Qué proyecto? preguntó ella.

Sisa humilde en todo, era humilde hasta con sus hijos; los creía más juiciosos que ella misma.

— ¡Ya no quisiera ser sacristan!

— ¿Cómo?

— Oid, madre, lo que he pensado. Hoy ha llegado de España el hijo del difunto D. Rafael, el cual será tan bueno como su padre. Pues bien, madre, mañana sacais á Crispin, cobrais mi sueldo y decís que ya no seré sacristan. Tan pronto como me ponga bueno, iré á verle á D. Crisóstomo y le suplicaré me admita como pastor de vacas ó carabaos: ya soy bastante grande. Crispin podrá aprender en casa del viejo Tasio, que no pega y es bueno, por más que no lo crea el cura. ¿Qué tenemos ya que temer del Padre? ¿Puede hacernos más pobres de lo que somos? Creedlo, madre, el viejo es bueno; yo le he visto varias veces en la iglesia cuando no hay nadie en ella; se arrodilla y ora, creedlo. Con que, madre, dejaré de ser sacristan; se gana poco y, todavía, lo que se gana se va en multas! Todos se quejan de lo mismo. Seré pastor, y cuidando bien lo que se me confie, me haré querer del dueño; quizás nos dejen ordeñar una vaca para tomar leche; á Crispin le gusta mucho la leche. ¡Quién sabe! quizás os regalen una ternerita si ven que me porto bien; la cuidaremos y la engorjaremos como nuestra gallina. En el bosque cogeré frutas y las venderé en el pueblo juntamente con las legumbres de nuestra huerta, y así tendremos dinero. Arma lazos y trampas

para coger aves y gatos monteses, pescaré en el río, y cuando sea más grande, cazaré. Podré también cortar leña para vender ó regalar al dueño de las vacas, y así le tendremos contento. Cuando pueda arar, le pediré me confie un pedazo de tierra para sembrar caña de azúcar ó maiz y no tendreis que coser hasta medianoche. Tendremos ropas nuevas cada fiesta, comeremos carne y pescados grandes. Entretanto viviré libre, nos veremos todos los días y comeremos juntos. Y ya que dice el viejo Tasio que Crispin tiene mucha cabeza, le enviaremos á Manila á estudiar; yo le mantendré trabajando: ¿verdad, madre? Y será doctor, ¿qué decis?

— ¿Qué he de decir sino sí! contestó Sisa abrazando á su hijo.

Ella notó que el hijo no contaba para nada con su padre en el porvenir, y lloró lágrimas silenciosas.

Basilio siguió hablando de sus proyectos con esa confianza de los años que no ve más que lo que se quiere ver. Sisa á todo decía sí, todo le parecía bueno. El sueño volvió á descender poco á poco sobre los cansados párpados del niño, y esta vez el Ole-Lukðie de que nos habla Andersen desplegó sobre él su hermoso paraguas, lleno de alegres pinturas.

Ya se veía pastor con su hermanito; cogían guayabas, alpáy y otras frutas en el bosque; andaban de rama en rama, ligeros como las mariposas; entraban en las grutas y veían que las paredes brillaban; bañábanse en los manantiales, y la arena eran polvos de oro, y las piedras como las piedras de la corona de la Virgen. Los pececillos les cantaban y reían, las plantas inclinaban sus ramas, cargadas de monedas y frutas. Luego vió una campana, colgada de un árbol, y una cuerda larga para tocarla: á la cuerda había atada una vaca con un nido de pájaros entre las astas, y Crispin estaba dentro de la campana etc. Y así fué soñando.

Pero la madre, que no tenía su edad ni había corrido durante una hora, no dormía.

---

## XVIII.

### ALMAS EN PENA.

Serian las siete de la mañana cuando Fr. Salvi concluyó de decir su última misa: las tres se ofrecieron en el espacio de una hora.

— “El Padre está enfermo, decían las devotas; no se mueve con la pausa y elegancia de costumbre.”

Despojóse de sus vestiduras sin decir una palabra, sin mirar á nadie, sin hacer ninguna observacion.

— ¡Atencion! se cuchicheaban los sacristanes; el barreno progresa! ¡Van á llover multas, y todo por culpa de los dos hermanos!

Abandonó la sacristía para subir á la casa parroquial en cuyo zaguan-escuela, aguardábanle sentadas en los bancos unas siete ú ocho mujeres y un hombre, que se paseaba de un extremo á otro. Al verle venir, levantáronse, una mujer se adelantó para besarle la mano, pero el religioso hizo un gesto tal de impaciencia que la detuvo en medio de su camino.

— ¡Habrá perdido un real *Kuriput*?) exclamó la mujer con risa burlona, ofendida de tal recibimiento. ¡No darle á besar la mano á ella, la celadora de la Hermandad, la Hermana Rufa! Aquello era inaudito.

— ¡Esta mañana no se ha sentado en el confesonario! añadió Hermana Sipa, una vieja sin dientes; yo queria confesarme para comulgar y ganar las indulgencias.

— ¡Pues, os compadezco! repuso una joven de cándida fisonomía; esta semana gané tres plenarias, y las dediqué al alma de mi marido.

— ¡Mal hecho, Hermana Juana! dijo la ofendida Rufa. Con una plenaria habia bastante para sacarle del Purgatorio; no debeis malgastar las santas indulgencias; haced lo que yo.

— Yo decia: cuanto más, mejor! contestó la sencilla Hermana Juana sonriendo. Pero decid ¿qué es lo que haceis?

Hermana Rufa no contestó al instante: primero pidió un buyo, lo mascó, miró á su auditorio que escuchaba atento, escupió á un lado, y comenzó mientras mascaba tabaco:

— ¡Yo no malgasto ni un santo dia! Desde que pertenezco á la Hermandad he ganado 457 indulgencias plenarias, 760,598 años de indulgencias. Apunto todas las que gano, porque me gusta tener cuentas limpias; no quiero engañar, ni que me engañen.

Hermana Rufa hizo una pausa y continuó mascando; las mujeres la miraban con admiracion, pero el hombre que se paseaba se detuvo, y le dijo un poco desdeñoso:

— Pues yo, solamente este año he ganado cuatro plenarias más que vos, Hermana Rufa, y cien años más, y eso que este año no he rezado mucho.

1) Mezquino, avaro (N. del T.)



— ¿Más que yo? Más de 689 plenarias, 994, 856 años? repitió Hermana Rufa algo disgustada.

— Eso es, ocho plenarias más y ciento quince años más y en pocos meses, repitió el hombre de cuyo cuello pendían escapularios y rosarios mugrientos.

— No es extraño, dijo la Rufa dándose por vencida; ¡sois el maestro y el gefe en la provincia!

El hombre se sonrió lisonjeado.

— No es extraño que gane más que vos, en efecto; casi, casi puedo decir que aun durmiendo gano indulgencias.

— Y ¿qué haceis de ellas, maestro? preguntan cuatro ó cinco voces á la vez.

— ¡Psh! contestó el hombre haciendo una mueca de soberano desprecio; las tiro por aqui y por allá!

— ¡Pues en eso sí que no os puedo alabar, maestro! protestó la Rufa. Ireis al Purgatorio por malgastar indulgencias! Ya sabeis que por cada palabra inútil se padecen cuarenta días de fuego, segun el cura; por cada palmo de hilo, sesenta; por cada gota de agua, veinte. ¡Vais al Purgatorio!

— ¡Ya sabré yo salir de él! contesta Hermano Pedro con una confianza sublime. ¡He sacado tantas almas del fuego! He hecho tantos santos! Y ademas, *in articulo mortis* puedo ganarme todavía, si quiero, lo menos siete plenarias, y podré salvar á otros, muriendo!

Y dicho esto se alejó orgullosamente.

— Sin embargo, debiais hacer lo que yo, que no pierdo un día y tengo bien mis cuentas. No quiero engañar ni que me engañen!

— ¿Qué haceis pues? preguntó la Juana.

— Pues debeis imitar lo que hago. Por ejemplo: suponed que gano un año de indulgencias; lo apunto en mi cuaderno y digo: Bienaventurado Padre Señor Santo Domingo, haced el favor de ver si en el Purgatorio hay alguno que precisamente necesite un año, ni un día más ni un día menos. Juego cara y cruz; si sale cara, no; si sale cruz, sí. Pues supongamos que sale cruz, entonces escribo = *cobrado*; ¿sale cara? entonces retengo la indulgencia, y de este modo hago grupitos de cien años que tengo bien apuntados. Lástima que con ellas no se pueda hacer lo que con el dinero: darlas á interés; se podrian salvar más almas. Creedme, haced lo que yo.

— ¡Pues, yo hago otra cosa mejor! contestó Hermana Sipa.

— ¿Qué? mejor? pregunta sorprendida la Rufa. ¡No puede ser! Lo que hago es inmejorable!

— ¡Oid un momento y os convencereis, Hermana! contesta la vieja Sipa en tono desabrido.

— ¡A ver, á ver! oigamos! dijeron las otras.

Despues de una tos ceremoniosa habló la vieja de esta manera:

— Vosotras sabeis muy bien que rezando el *Bendita-sea-tu-Pureza*, y el *Señor-mio-Jesucristo,-Padre-dulcísimo-por-el-gozo*, se ganan diez años por cada letra . . .

— ¡Veinte! — No, menos! — ¡Cinco! dijeron varias voces,

— ¡Uno más uno menos no importa! Ahora: cuando un criado ó una criada me rompe un plato, vaso ó taza etc. le hago recoger todos los pedazos, y por cada uno, aun por el más pequenito tiene que rezarme el *Bendita-sea-tu-Pureza* y el *Señor-mio-Jesucristo-Padre-dulcísimo-por-el-gozo*, y las indulgencias que gano las dedico á las almas. En casa todos los saben menos los gatos.

— Pero esas indulgencias las ganan las criadas y no vos, Hermana Sipa, objeta la Rufa.

— Y ¿mis tazas, y mis platos quién me los paga? Ellas están contentas de pagarlos así y yo tambien; no las pego, sólo algun coscorrón ó pellizco . . .

— ¡Lo voy á imitar! — Haré lo mismo! — Y yo! decían las mujeres.

— Pero y ¿si el plato no se ha roto más que en dos ó tres pedazos, ganais poco! observa aún la terca Rufa.

— ¡Abá! contesta la vieja Sipa, les hago rezar tambien, hago colar los pedazos y no perdimos nada.

Hermana Rufa uo supo ya que objetar.

— Permitidme que os pregunte una duda, dice timidamente la joven Juana. Vosotras, señoras, entendeis tan bien estas cosas del Cielo, Purgatorio é Infierno . . . yo confieso que soy ignorante.

— Hablad!

— Encuentro muchas veces en las novenas y otros libros este encargo: *Tres padrenuestros, tres avemarias y tres gloriapatri* . . . . .

— Y bien? —

— Pues queria saber cómo hay que rezarlos: ó tres padrenuestros seguidos, tres avemarias seguidas y tres gloriapatri seguidos, ó tres veces un padrenuestro un avemaria y un gloriapatri?

— Pues así es, tres veces un padrenuestro . . .

— Perdonad, hermana Sipa! interrumpe la Rufa: deben rezarse de la otra manera: á los machos no hay que mezclarlos

con las hembras; los padrenuestros son machos, las avemarias hembras y los glorias son los hijos.

— ¡Ee! perdonad, Hermana Rufa; padrenuestro, avemaria y gloria son como arroz, vianda y salsa, un bocado de los santos . . .

— ¡Estais equivocada! Ved solamente, vos que rezais así no conseguís nunca lo que pedís!

— Y vos por que rezais así, no sacais nada de vuestras novenas! replica la vieja Sipa.

— ¿Quién? dice la Rufa levantándose; hace poco perdi un cerdito, recé á S. Antonio, y lo encontré, y tanto que lo vendí á buen precio ¡abá!

— Sí? por eso decía vuestra vecina que vendisteis un cerdito suyo!

— ¿Quién? La sin-verguenza! ¿Acaso soy como vos . . .?

El maestro tuvo que intervenir para poner paces: ya nadie se acordaba de los padrenuestros, sólo se hablaba de cerdos.

— ¡Vamos, vamos, no hay que reñir por un cerdito, Hermanas! Las Santas Escrituras nos dan ejemplo: los herejes y protestantes no le han reñido á N. S. Jesucristo que arrojó al agua una piara de puercos que les pertenecian, y nosotros que somos cristianos y ademas Hermanos del Smo. Rosario, habremos de reñir por un cerdito? Qué dirian de nosotros nuestros rivales, los Hermanos Terceros?

Calláronse todas admirando la profunda sabiduria del maestro y temiendo el qué diran de los Hermanos Terceros. Aquel, satisfecho de aquella obediencia, cambió de tono y prosiguió:

— Pronto nos hará llamar el cura. Hay que decirle qué predicador elegimos de los tres que ayer propuso: ó el P. Dámaso, ó el P. Martin ó el coadjutor. No sé si han elegido ya los Terceros; es menester decidir.

— El coadjutor . . . murmura timidamente la Juana.

— ¡Hm! El coadjutor no sabe predicar! dice la Sipa; mejor es el P. Martin.

— ¿El P. Martin! exclama otra con desden; no tiene voz; mejor es el P. Dámaso.

— ¡Ese, ése es! exclama la Rufa. El P. Dámaso si que sabe predicar, parece un comediante, ése!

— ¡Pero no le entendemos! murmura la Juana.

— ¡Porque es muy profundo! y con tal que predique bien . . .

En esto llegó Sisa, llevando una cesta sobre la cabeza, dió los buenos dias á las mujeres y subió las escaleras.

— ¡Aquella sube! subamos tambien! dijeron.

Sisa sentía latir con violencia su corazón mientras subía las escaleras: no sabía qué iba á decir al Padre para aplacar su enojo ni qué razones iba á darle para abogar por su hijo. Aquella mañana, con las primeras tintas de la aurora, había ella bajado á la huerta para coger sus más hermosas legumbres, que colocó en un cesto entre hojas de plátano y flores. Fué á orillas del río á buscar *pakô*, que sabía le gustaba al cura comer en ensalada. Vistiose sus mejores ropas, y con la cesta sobre la cabeza, sin despertar á su hijo, partió para el pueblo.

Procurando hacer el menos ruido posible, subía las escaleras lentamente, escuchando atenta por si acaso oía una voz conocida, fresca, infantil.

Pero no oyó ni encontró á nadie y se dirigió á la cocina.

Allí miró á todos los rincones: criados y sacristanes la recibieron con frialdad. Saludó y apenas la contestaron.

— ¿Dónde podré dejar estas legumbres? preguntó sin darse por ofendida.

— ¡Allí . . . en cualquiera parte! contestó el cocinero sin mirarla apenas, atento á su faena: estaba desplumando un capon.

Sisa fué colocando ordenadamente sobre la mesa las berenjenas, los amargosos, las patolas, la zarzalida y los tiernos ramos de *pakô*. Despues puso las flores encima, medio se sonrió, y preguntó á un criado, que le pareció más tratable que el cocinero:

— ¿Podré hablar con el Padre?

— Está enfermo, contestó éste en voz baja.

— Y ¿Crispin? Sabeis si está en la sacristía?

El criado la miró sorprendido

— ¿Crispin? preguntó frunciendo las cejas. ¿No está en vuestra casa? Lo querreis negar?

— Basilio está en casa, pero Crispin se ha quedado aquí, repuso Sisa; quiero verle . . .

— ¡Ya! dice el criado; se quedó, pero despues . . . despues se escapó, robando muchas cosas. El cura me ha mandado ir esta mañana temprano al cuartel para dar parte á la Guardia Civil. Ya deben haber ido á vuestra casa á buscar á los chicos.

Sisa se tapó las orejas, abrió la boca, pero sus labios se agitaron en vano: no salió ningun sonido.

— ¡Vaya con unos hijos que teneis! añadió el cocinero. Se conoce que sois fiel esposa: los hijos han salido como el padre! ¡Cuidado que el pequeño le va á sobrepasar!

Sisa prorrumpió en amargo llanto, dejándose caer sentada sobre un banco.

— ¡No lloreis aquí! le gritó el cocinero: ¿no sabéis que el Padre está enfermo? Id á llorar en la calle.

La pobre mujer casi á empujones descendió las escaleras al mismo tiempo que las hermanas, que murmuraban y hacían conjeturas acerca de la enfermedad del cura.

La desgraciada madre ocultó su cara con el pañuelo y reprimió el llanto.

Al llegar á la calle, miró indecisa en torno suyo, despues, como si hubiese tomado una determinacion, se alejó rápidamente.

---

## XIX.

### AVENTURAS DE UN MAESTRO DE ESCUELA.

El vulgo es necio y pues lo paga, es justo  
Hablarle en necio para darle gusto.  
(Lope de Vega)

El lago, rodeado de sus montañas, duerme tranquilo con esa hipocresía de los elementos, como si la noche anterior no hubiese hecho coro á la tempestad. A los primeros reflejos de luz, que despiertan en las aguas á los genios fosforescentes, se dibujan á lo lejos, casi en el confin del horizonte, parduscas siluetas: son las bancas de los pescadores que recojen la red; cascos y paraos que tienden sus velas

Dos hombres, vestidos de riguroso luto, contemplan silenciosos el agua desde una altura; uno de ellos es Ibarra y el otro es un joven de un aspecto humilde y fisonomía melancólica.

— ¡Aquí es! decía este último; aquí fué arrojado el cadáver de su padre. Aquí nos condujo el sepulturero al teniente Guevara y á mí!

Ibarra estrechó con efusion la mano del joven.

— ¡No tiene V. que agradecérmelo! repuso éste. Debía muchos favores á su padre, y el único que le hice fué acompañarle al sepulcro. Había venido sin conocer á nadie, sin recomendaciones, sin nombre, sin fortuna, como ahora. Mi predecesor había abandonado la escuela para dedicarse á vender tabaco. — Su padre de V. me protegió, me procuró una casa y me facilitó cuanto pudiera necesitar para el adelantamiento de la enseñanza; iba á la escuela y repartía algunos

cuartos á los chicos pobres y aplicados, los proveía de libros y papeles. Pero esto, como todas las cosas buenas, duró muy poco!

Ibarra se descubrió y pareció orar largo rato. Volvióse despues á su compañero y le dijo:

— Decía V. que mi padre socorria á los chicos pobres ¿ahora?

— Ahora hacen lo posible y escriben cuando pueden, contestó el joven.

— Y ¿la causa?

— La causa está en sus rotas camisas y avergonzados ojos. Ibarra guardó silencio.

— ¿Cuántos alumnos tiene V. ahora? preguntó con cierto interés.

— ¡Más de doscientos en la lista, y en la clase veinticinco.

— ¿Cómo sucede eso?

El maestro de escuela se sonrió melancólicamente:

— Decirle á V. las causas es contarle una larga y fastidiosa historia, dijo.

— No atribuya V. mi pregunta á una vana curiosidad, repuso Ibarra gravemente mirando al lejano horizonte. He reflexionado mejor, y creo que realizar los pensamientos de mi padre vale más que llorarle, mucho más que vengarle. Su tumba es la sagrada Naturaleza, y sus enenigos han sido el pueblo y un sacerdote: perdono al primero por su ignorancia, y respeto al segundo por su carácter y porque quiero que se respete la Religion que educó á la sociedad. Quiero inspirarme en el espíritu del que me dió el sér, y por esto desearía conocer los obstáculos que encuentra aquí la enseñanza.

— El país bendecirá su memoria de V., señor, si realiza los hermosos propósitos de su difunto padre! dijo el maestro. ¿Quiere V. conocer los obstáculos en que tropieza la enseñanza? Pues bien, en las circunstancias en que estamos, sin un poderoso concurso la enseñanza nunca será un hecho, primero, porque en la niñez no hay aliciente ni estímulo, y segundo, porque aún cuando los hubiera, los matan la carencia de medios y muchas preocupaciones. Dicen que en Alemania estudia el hijo del campesino ocho años en la escuela del pueblo; ¿quién querrá emplear aquí la mitad de ese tiempo, cuando se recojen tan escasos frutos? Leen, escriben y se ponen de memoria trozos y á veces libros enteros en castellano, sin entender de ellos una palabra; ¿qué utilidad saca de la escuela el hijo de nuestros aldeanos?

— Y V. ve el mal ¿cómo no ha pensado en remediarlo?

— Ay! contestó moviendo tristemente la cabeza; un pobre maestro, solo, no lucha contra las preocupaciones, contra ciertas influencias. Necesitaría antes que todo tener escuela, un local, y no como ahora que enseño al lado del coche del P. Cura, debajo del convento. Allí los niños que gustan de leer en voz alta, incomodan, como es natural, al Padre, que á veces desciende nervioso, sobre todo cuando tiene sus ataques, les grita y me insulta á mí á veces. Comprende V. que así no se puede enseñar ni aprender; el niño no respeta al maestro desde el instante en que le ve maltratado sin hacer prevalecer sus derechos. El maestro, para que sea escuchado, para que su autoridad no se ponga en duda, necesita prestigio, buen nombre, fuerza moral, cierta libertad, y permítame V. que le hable de tristes pormenores. Yo he querido introducir reformas y se me han reído. Para remediar aquel mal de que le hablaba, traté de enseñar el español á los niños porque además de que el Gobierno lo ordenaba, juzgué que sería también una ventaja para todos. Empleé el método más sencillo, de frases y nombres, sin valerme de grandes reglas, esperando enseñarles la gramática cuando ya comprendiesen el idioma. Al cabo de algunas semanas los más listos casi ya me comprendían y componían algunas frases.

El maestro se detuvo y pareció dudar; después, como si se hubiera decidido, continuó:

— No debo avergonzarme de la historia de mis agravios; cualquiera en mi lugar se habría portado lo mismo. Como decía, principiaba bien; mas, algunos días después, el P. Dámaso, el cura de entonces, me hizo llamar por el sacristan mayor. Como conocía su carácter y temía hacerle esperar, subí inmediatamente, le saludé y le di los buenos días en castellano. El, que por todo saludo me alargaba la mano para que se la besara, la retiró y sin contestarme, empezó á reír á carcajadas, burlonamente. Quedéme desconcertado; delante estaba el sacristan mayor. Al pronto no supe qué decir; me le quedé mirando pero él siguió riendo. Yo ya me impacientaba y veía que iba á cometer una imprudencia, pues ser buen cristiano y ser digno á la vez no son cosas incompatibles. Iba ya á preguntarle, cuando de repente, pasando de la risa al insulto, me dijo con socarronería: “¿Con qué buenos días ha? ¡buenos días! gracias! ya sabes hablar español!” Y continuó riendo.

Ibarra no pudo reprimir una sonrisa.

— V. se ríe, repuso el maestro riéndose también; confieso que entonces no tuve ganas de reirme. Estaba de pié;

sentí que la sangre se me subía á la cabeza, y un relámpago oscurecía mi cerebro. Al Cura le vi lejos, muy lejos; me adelanté hácia él para replicarle, sin saber lo que iba á decir. El sacristan mayor se interpuso, él se levantó y me dijo serio en tagalo: — “No me uses prendas prestadas; conténtate con hablar tu idioma y no me echés á perder el español que no es para vosotros. ¿Conoces al maestro Ciruela? Pues, Ciruela era un maestro que no sabia leer y ponía escuela.” Quise detenerle, pero entróse en su cuarto y cerró la puerta violentamente. ¿Qué iba yo á hacer, yo que apenas tengo con mi sueido, que para cobrarlo necesito el vistobueno del cura y hacer un viaje á la cabecera de la provincia, qué podía yo hacer contra él, la primera autoridad moral, política y civil en un pueblo, sostenido por su Corporacion, temido del Gobierno, rico, poderoso, consultado, escuchado, creído y atendido siempre por todos? Si me insulta, debo callarme; si replica, se me arroja de mi puesto, perdiendo para siempre mi carrera, y no por eso ganaría la enseñanza, por el contrario, todos se pondrían del lado del cura, me execrarián y llamarían vanidoso, orgulloso, soberbio, mal cristiano, mal educado, y cuando no, anti-español y filibustero. Del maestro de escuela no se espera saber ni celo; sólo se le pide resignacion, humillacion, inercia, y perdóneme Dios si he renegado de mi conciencia y razon, pero he nacido en este país, tengo que vivir, tengo una madre y me abandono á mi suerte como un cadáver que arrastra la ola.

— Y ¿por este obstáculo se ha desanimado V. para siempre? Y así ha vivido V. después?

— ¡Ojalá me hubiera escarmentado! contestó; se hubieran limitado á eso mis infortunios! Verdad es que desde entonces cobré aversion á mi carrera; pensaba buscar otro oficio como mi predecesor, porque el trabajo, cuando se hace á disgusto y con vergüenza, es un martirio, y porque la escuela me recordaba cada día mi afrenta, haciéndome pasar horas muy amargas. Pero ¿qué hacer? No podía desengañar á mi madre; tenía que decirle que sus tres años de sacrificios para darme esta carrera, hacen ahora mi felicidad; es menester hacerle creer que la profesion es honradísima, el trabajo delicioso, el camino sembrado de flores, que el cumplimiento de mi deber sólo me producen amistades; que el pueblo me respeta y me llena de consideraciones; de lo contrario, sin dejar de ser infeliz, haría otra desgraciada, lo que además de ser inútil es un pecado. Permanecí, pues, en mi puesto y no quise desanimarme: intenté luchar.



El maestro de escuela hizo una breve pausa y despues prosiguió:

— Desde el día en que fui tan groseramente insultado, me examiné á mi mismo y me vi en efecto muy ignorante. Púseme á estudiar día y noche el español y todo lo que se relacionaba con mi carrera; el viejo filósofo me prestaba algunos libros, leía cuanto encontraba, y analizaba cuanto leía. Con las nuevas ideas que de una parte y otra he ido adquiriendo cambió mi punto de vista, y ví muchas cosas bajo un aspecto diferente del que tenían antes. Vi errores donde antes sólo veía verdades, y verdades en muchas cosas que me parecieron errores. Los azotes, por ejemplo, que desde tiempo inmemorial era el distintivo de las escuelas, y que antes tenia por el único medio eficaz de hacer aprender — asi nos habian acostumbrado á creerlo, me parecieron despues que lejos de contribuir al adelanto del niño, le inutilizaban considerablemente. Me convencí de que era imposible raciocinar teniendo la palmeta ó las disciplinas á la vista; el miedo y el terror turban al más sereno, ademas de que la imaginacion del niño es más viva, más impresionable. Y como, para que en el cerebro se impriman las ideas, es menester que reine la calma, exterior é interiormente, que haya serenidad de espíritu, tranquilidad material y moral y buen ánimo, creí que antes que todo debia infundir en los niños confianza, seguridad y aprecio de sí mismos. Comprendí ademas que el espectáculo diario de los azotes mataba la piedad en el corazon y extinguia esa llama de la dignidad, la palanca del mundo, perdiéndose con ella la vergüenza que vuelve ya dificilmente. He observado tambien que cuando uno es azotado, halla un consuelo en que los demas lo sean á su vez, y sonrie con satisfaccion al oír el llanto de los otros; y el que se encarga de azotar, si bien obedece el primer día con repugnancia, despues se acostumbra y halla un deleite en su triste mision. El pasado me horrorizó, quise salvar el presente modificando el antiguo sistema. Traté de hacer amable y risueño el estudio, quise hacer de la *cartilla*, no el librito negro y bañado en lágrimas de la niñez, sino un amigo que le va á descubrir secretos maravillosos; de la escuela, no un lugar de dolores, sino un sitio de recreo intelectual. Suprimí, pues, poco á poco los azotes, me llevé á casa las disciplinas y las reemplacé con la emulacion y el aprecio de sí mismos. Si se descuidaba una leccion, lo atribuía á falta de voluntad, nunca á falta de capacidad; les hacia creer que tenían mejores disposiciones de las que en realidad podian tener, y esta creencia que pro-

curaban confirmar, los obligaba á estudiar, así como la confianza conduce al heroísmo. Al principio parecía que el cambio de método era impracticable: muchos dejaron de estudiar; pero yo seguí y noté que poco á poco se iban levantando los ánimos, acudían más niños y con más frecuencia; y el que una vez era alabado delante de todos, al día siguiente aprendía el doble. Pronto se divulgó por el pueblo que yo no pegaba; el cura me hizo llamar, y temiendo yo otra escena, saludéle secamente en tagalo. Esta vez estuvo él muy serio conmigo. Me dijo que echaba á perder á los niños, que malgastaba el tiempo, que no cumplía con mi deber, que el padre que perdonaba el palo odiaba á su hijo, según el Espíritu Santo, que la letra con sangre entra etc. etc., me trajo una porción de dichos de los tiempos bárbaros, como si bastase que una cosa haya sido dicha por los antiguos para ser indiscutible; según esto deberíamos creer que han existido realmente los monstruos, que aquellas edades crearon y han esculpido en sus palacios y catedrales. En fin me recomendó ser diligente y que volviese al antiguo sistema, pues sino, daría parte al Alcalde en contra mía. No quedó aquí mi desgracia: días después se presentaban debajo del convento los padres de los chicos, y he tenido necesidad de llamar en mi auxilio toda mi paciencia y resignación. Empezaron ponderándome los antiguos tiempos en que los maestros tenían carácter y enseñaban como habían enseñado sus abuelos. “¡Aquellos sí que eran sabios!” decían; aquellos pegaban y enderezaban el árbol torcido. ¡Aquellos no eran jóvenes, eran viejos de mucha experiencia, canosos y severos! D. Catalino, el rey de todos ellos y fundador de aquella escuela, no daba nunca menos de veinticinco palos, por eso sacó hijos sabios y sacerdotes. ¡Ah! los antiguos valían más que nosotros, sí señor, más que nosotros.” Otros no se contentaban con estas groseras indirectas; me decían claramente que, si seguía mi sistema, sus hijos no aprenderían nada y que se verían obligados á sacarlos de la escuela. Inútil fué razonar con ellos: como joven no me concedían gran razón; ¡Cuánto hubiera yo dado por tener canas! — Citábanme la autoridad del Cura, de Fulano, de Zutano y se citaban á ellos mismos, diciendo que, si no hubiera sido por los azotes de sus maestros, no habrían aprendido nada. La simpatía que algunas personas me demostraron dulcificó un poco la amargura de este engaño.

En vista de esto, tuve que renunciar á un sistema, que después de mucho trabajo empezaba á darme sus frutos. Desesperado llevé al día siguiente á la escuela los azotes, y

comenzé de nuevo mi bárbara tarea. La serenidad desapareció y volvió á reinar la tristeza en los semblantes de los niños que ya me empezaban á querer: eran mis únicas relaciones, mis únicos amigos. Aunque procuraba economizar los azotes y darlos con toda la lenidad posible, los niños se sentían sin embargo vivamente heridos, rebajados, y lloraban con amargura. Aquello me llegaba al corazón, y aunque interiormente estaba irritado contra sus estúpidas familias, no podía sin embargo vengarme en aquellas inocentes víctimas de las preocupaciones de sus padres. Sus lágrimas me quemaban; el corazón no me cabía dentro del pecho, y aquel día abandoné la clase antes de la hora y me fui á mi casa á llorar á solas . . . Acaso le estrañe á V. mi sensibilidad, pero si estuviese en mi lugar, la comprendería. El viejo D. Anastasio me decía: „¿Piden azotes los padres? Por qué no se los dió V. á ellos?“ De resultas de esto caí enfermo.

Ibarra escuchaba pensativo.

— Apenas restablecido, volví á la escuela y encontré á mis discípulos reducidos á una quinta parte. Los mejores habían desertado á la vuelta del antiguo sistema, y de los que quedaban, unos cuantos que iban á la escuela para huir de los trabajos domésticos, ninguno manifestó alegría, ninguno me felicitó por mi convalecencia: les era igual que sanase ó no, quizás hubieran preferido que hubiese continuado enfermo, porque el sustituto, si bien pegaba más, iba en cambio raras veces á clase. Mis otros alumnos, aquellos que sus padres conseguían obligar á ir á la escuela, ibanse de paseo á otra parte. Culpábanme de haberlos mimado y me llenaban de recriminaciones. Uno, sin embargo, el hijo de una campesina que me visitaba durante mi enfermedad, si no volvió ha sido porque se había hecho sacristan: el sacristan mayor dice que los sacristanes no deben frecuentar la escuela: se rebajarían.

— Y ¿se resignó V. con sus nuevos alumnos? preguntó Ibarra.

— ¿Podía hacer otra cosa? contestó. Sin embargo, como durante mi enfermedad habían sucedido muchas cosas, cambiamos de cura. Concebí una nueva esperanza é intenté hacer otra prueba para que los niños no perdiesen del todo el tiempo y aprovecharsen en lo posible los azotes; que al menos aquellas vergüenzas den para ellos algun fruto, pensé. Quise hacer, ya que ahora no me podían amar, que al menos conservando algo útil de mí, me recordasen despues con menos amargura. V. ya sabe que en la mayor parte de las escuelas, están en castellano los libros, á escepcion del Catecismo tagalo que

varía según la corporación religiosa á que pertenece el cura. Estos libros suelen ser novenas, trisagios, el catecismo del P. Astete, de los que tanta piedad sacan como de los libros de los herejes. En la imposibilidad de enseñarles el castellano ni de traducir tantos libros, he procurado sustituirlos poco á poco por cortos trozos, sacados de obras útiles tagalas, como el tratado de Urbanidad de Hortensio y Feliza, algunos manualitos de Agricultura etc. etc. A veces yo mismo traducía pequeñas obritas como la historia de Filipinas del P. Barranera y los dictaba despues, para que los reuniesen en cuadernos, aumentándolos á veces con propias observaciones. Como no tenía mapas para enseñarles Geografía, copié uno de la provincia que ví en la Cabecera, y con esta reproducción y las baldosas del suelo les dí algunas ideas del país. Esta vez fueron las mujeres las que se alborotaron; los hombres se contentaban con sonreír viendo en ello una de mis locuras. El nuevo cura me hizo llamar, y si bien no me reprendió, me dijo sin embargo que primero debía cuidarme de la religión, y que antes de enseñar estas cosas, debían los niños probar en un examen que saben bien de memoria los Misterios, el Trisagio y el Catecismo de la Doctrina Cristiana.

En el entretanto, pues, estoy trabajando para que los chicos se conviertan en papagayos y puedan saber de memoria tantas cosas de las cuales no entienden una sola palabra. Muchos me saben ya los Misterios y el Trisagio, pero me temo que no se estrellen mis esfuerzos con el P. Astete, pues la mayor parte de mis alumnos no distinguen aún muy bien las preguntas de las respuestas y lo que ambas cosas pueden significar. ¡Y así moriremos y así harán los que han de nacer, y en Europa se hablará del Progreso!

— ¡No seamos tan pesimistas! repuso Ibarra levantándose. El teniente mayor me ha pasado una invitación para asistir á una junta en el tribunal . . . ¿Quién sabe si allí tendrá V. una respuesta á sus preguntas?

El maestro se levantó también, pero sacudiendo la cabeza en señal de duda, respondió:

— ¡Va V. á ver cómo el proyecto ese de que me hablaron se queda también como los míos! Y sino, veámoslo!

---

XX.

LA JUNTA EN EL TRIBUNAL.

Era una sala de doce á quince metros de larga por ocho á diez de ancha. Sus muros, blanqueados de cal, estaban cubiertos de dibujos al carbon, más ó menos feos más ó menos indecentes, con inscripciones que completaban su sentido. En un rincón y adosados ordenadamente al muro, se veían unos diez viejos fusiles de chispa entre sables roñosos, espadines y talibones: aquello era el armamento de los cuadrilleros.

En un extremo de la sala, que adorman sucias cortinas rojas, se escondía colgado de la pared el retrato de S. M.; debajo del retrato, sobre una tarima de madera, un viejo sillón abría sus destrozados brazos; delante, una grande mesa de madera, manchada de tinta, picada y tallada de inscripciones y monogramas, como muchas mesas de las tabernas alemanas que frecuentan los estudiantes. Bancos y sillas desvencijadas completaban el mueblaje.

Esta es la sala de las sesiones, del tribunal, de la tortura etc. Aquí conversan ahora las autoridades del pueblo y de los barrios: el partido de los ancianos no se mezcla con el de los jóvenes, y unos y otros no se pueden sufrir: representan el partido conservador y el liberal, sólo que sus luchas adquieren en los pueblos un carácter estremado.

— ¡La conducta del gobernadorcillo me escama! decía D. Filipo, el gefe del partido liberal, á sus amigos; lleva un plan preconcebido en esto de dejar hasta la última hora la discusión del presupuesto. Notad que apenas nos quedan once días.

— Y ¡se ha quedado en el convento á conferenciar con el cura que está enfermo! observó uno de los jóvenes.

— ¡No importa! repuso otro; todo lo tenemos ya preparado. Con tal que el proyecto de los viejos no obtenga la mayoría . . .

— ¡No lo creo! dijo D. Filipo; yo presentaré el proyecto de los viejos . . .

— ¿Cómo? qué decís? preguntaron sus oyentes sorprendidos.

— Digo que si hablo el primero, presentaré el proyecto de nuestros enemigos.

— Y ¿el nuestro?

— De presentarlo os encargareis vos, contestó el teniente sonriendo y dirigiéndose á un joven cabeza de barangay; hablareis despues que haya yo sido derrotado.

— ¡No os comprendemos, señor! decían los interlocutores mirándole llenos de duda.

— Oid! dijo D. Filipo en voz baja à dos ó tres que le escuchaban. Esta mañana me encontré con el viejo Tasio.

— Y ¿qué?

— El viejo me dijo: 'Vuestros enemigos os odian á vos más que á vuestras ideas. ¿Quereis que una cosa no se haga? pues proponedla, y aunque fuese más útil que una mitra será rechazada. Una vez que os hayan derrotado, haced que esponga lo que queriais el más modesto de entre todos, y vuestros enemigos, por humillaros, lo aprobarán' Pero guardadme el secreto.

— Pero . . .

— Por eso propondré el proyecto de nuestros enemigos exagerándolo hasta el ridículo. ¡Silencio! El Sr. Ibarra y el maestro de escuela!

Ambos jóvenes saludaron á unos grupos y otros sin tomar parte en sus conversaciones.

Momentos despues entró el gobernadorcillo con el rostro disgustado: era el mismo que habíamos visto ayer llevando una arroba de velas. A su entrada cesaron los murmullos, cada cual tomó asiento, reinando poco á poco el silencio.

Sentóse el capitan en el sillón colocado debajo del retrato de Su Magestad, tosió cuatro ó cinco veces, pasóse las manos por la cabeza y la cara, puso los codos sobre la mesa, los retiró, volvió á toser y así sucesivamente.

— ¡Señores! repuso al fin con voz desfallecida: me he atrevido á convocaros á todos para esta junta . . . ejem! ejem! . . . tenemos que celebrar la fiesta de nuestro patron S. Diego el 12 de este mes . . . ¡ejem! ejem! hoy estamos á dos . . . ejem! ejjem!

Y aquí le atacó una tos pausada y seca que le redujo al silencio.

Levantóse entonces del banco de los viejos un hombre de sus cuarenta años, de aspecto arrogante. Era el rico Capitan Basilio, contrario del difunto D. Rafael, un hombre que pretendía que desde la muerte de Sto. Tomás de Aquino el mundo no había dado un paso hácia adelante, y que desde que él dejó S. Juan de Letran, la Humanidad empezó á retroceder.

— Permitanme V. V. S. S. que tome la palabra en un asunto tan interesante, dijo. Hablo el primero, si bien otros de los que aquí están presentes tienen más derechos que yo, pero hablo el primero porque me parece que en estas cosas

el hablar el primero no significa que sea uno el primero, así como hablar el último no significa tampoco que sea uno el último. Además, las cosas que tendré que decir son de una importancia tal que no son para dejadas ni dichas al último, y por eso quisiera hablar el primero para darle su tono correspondiente. Me permitirán pues V. V. S. S. que hable el primero en esta junta donde veo muy notabilísimas personas como el Señor Capitan actual, el Capitan pasado, mi distinguido amigo D. Valentin, el Capitan pasado, mi amigo de la infancia D. Julio, nuestro célebre Capitan de cuadrilleros, D. Melchor y tantas otras señorías más, que para ser breve no quiero mentar, que V. V. S. S. ven aquí presentes. Suplico à V. V. S. S. que me permitan el uso de la palabra antes que otro alguno hable. ¿Tendría yo la fortuna de que la Junta accediese à mi humilde ruego?

Y el orador se inclinó respetuosamente medio sonriendo.

— ¡Ya podeis hablar que os escuchamos con ansia! dijeron los amigos aludidos y otras personas que le tenían por un gran orador: los ancianos tosían con satisfaccion y se frotaban las manos.

Cpn. Basilio, despues de limpiarse el sudor con su pañuelo de seda, prosiguió:

— Ya que V. V. S. S. han sido tan amables y tan complacientes con mi humilde persona, concediéndome el uso de la palabra antes que à otro cualquiera de los que aquí están presentes, me aprovecharé de este permiso, tan generosamente concedido, y voy à hablar. Me imagino con mi imaginacion de que me encuentro en medio del respetabilísimo Senado romano, *senatus populusque romanus* que decíamos en aquellos hermosos tiempos, que fatalmente para la Humanidad no volverán ya, y pediré à los *Patres Conscripti* que diría el sabio Ciceron, si estuviera en mi lugar, pediré, puesto que nos falta tiempo, y el tiempo es oro como decía Salomon, que en esta importante cuestion cada uno esponga su parecer clara, breve y sencillamente. He dicho.

Y satisfecho de sí mismo y de la atencion de la sala, el orador se sentó no sin dirigir una mirada de superioridad à Ibarra que estaba sentado en un rincon, y otra de mucha significacion à sus amigos como diciéndoles: „¡Ha! He hablado bien? ha!“

Sus amigos reflejaron tambien ambas miradas, dirigiéndose hacia los jóvenes como para matarlos de envidia.

— Ahora puede hablar el que quiera que, ejem! repuso el gobernadorcillo sin poder acabar su frase . . . la tos y los suspiros le volvieron à atacar.

A juzgar por el silencio, ninguno quería dejarse llamar uno de los *patres conscripti*, ninguno se levantaba: entonces D. Filipino aprovechó la ocasión y pidió la palabra.

Los conservadores se guiñaron y se hicieron señas significativas.

— Yo voy á presentar mi presupuesto, señores, para la fiesta! dijo D. Filipino.

— ¡No lo podemos admitir! contestó un viejo tísico, conservador intransigente.

— ¡Votamos en contra! dijeron los otros adversarios.

— ¡Señores! dijo D. Filipino reprimiendo una sonrisa; aun no he espuesto el proyecto que nosotros, *los jóvenes*, traemos aquí. Este gran proyecto, estamos *seguros*, será preferido por *todos* al que idean ó pueden idear nuestros adversarios.

Este presuntuoso exordio acabó de irritar los ánimos de los conservadores, quienes juraron *in corde* hacerle una terrible oposición. D. Filipino prosiguió:

— Tenemos 3.500 pesos de presupuesto. Pues bien con esta cantidad podremos celebrar una fiesta que eclipse en magnificencia á todas las que hasta aquí se han visto, ya en nuestra provincia ya en las vecinas.

— ¡Hmjn! exclamaron los incrédulos; el pueblo A. tenía 5.000, el B. 4.000, ¡hmjn! humbería!

— ¡Oidme, señores, y os convencereis! continuó D. Filipino impertérrito. Propongo que se levante un gran teatro en medio de la plaza, que cueste 150 pesos!

— ¡No bastan 150, hay que poner 160! objetó un tenaz conservador.

-- ¡Apuntad, señor Director, 200 pesos para el teatro! dijo D. Filipino. Propongo que se contrate á la comedia de Tondo para que dé funciones por siete noches seguidas. Siete funciones á 200 pesos noche, hacen 1.400: ¡apuntad 1.400, señor Director!

Viejos y jóvenes se miraron sorprendidos: sólo los que estaban en el secreto no se movieron.

— Propongo además grandes fuegos artificiales; nada de lucecitas ni de ruedecitas que gustan á niños y solteras, nada de esto. Nosotros queremos grandes bombas y colosales cohetones. Propongo pues 200 grandes bombas á dos pesos una, y 200 cohetones del mismo precio. Los encargaremos á los castilleros de Malabon.

— ¡Hmjn! interrumpió un viejo: una bomba de á dos pesos no me espanta ni deja sordo; tiene que ser de á tres pesos.



— Apuntad 1.000 pesos para 200 bombas y doscientos cohetones!

Los conservadores ya no pudieron contenerse; algunos se levantaron y conferenciaron entre sí.

— Además, para que vean nuestros vecinos que somos gente espléndida y nos sobra dinero, continuó D. Filipo levantando la voz y lanzando una rápida mirada al grupo de los viejos, propongo: 1° cuatro hermanos mayores para los dos días de fiesta, y 2° que cada día se arrojen al lago 200 gallinas fritas, 100 capones rellenos y 50 lechones, como lo hacía Sila, contemporáneo de Ciceron de quien acaba de hablar Cpn. Basilio.

— ¡Eso es, como Sila! repitió Cpn. Basilio lisongead. El asombro subía por grados.

— Como va á acudir mucha gente rica y cada uno se trae miles y miles de pesos y sus mejores gallos, y el *liampó* y las cartas, propongo quince días de gallera, libertad de abrir todas las casas de juego . . .

Pero los jóvenes le interrumpieron levantándose: creían que el teniente mayor se había vuelto loco. Los viejos discutían con calor.

— Y por último para no descuidar los placeres del alma . . .

Los murmullos y los gritos que se levantaron de todos los rincones de la sala cubrieron totalmente su voz: aquello no fué ya más que un tumulto.

— ¡No! gritaba un intransigente conservador; no quiero que se alabe de haber hecho la fiesta, no! Dejadme, dejadme hablar!

— ¡D. Filipo nos ha engañado! decían los liberales. Votaremos en contra! Se ha pasado á los viejos! Votemos en contra!

El gobernadorcillo, más abatido que nunca, no hacía nada para restablecer el orden: esperaba que lo restableciesen ellos.

El capitán de cuadrilleros pidió la palabra; se la otorgaron, pero no abrió la boca y volvió á sentarse confuso y avergonzado.

Por fortuna se levantó Cpn. Valentin, el más moderado entre todos los conservadores, y habló:

— No podemos admitir lo que ha propuesto el teniente mayor, por parecernos una exageración. Tantas bombas y tantas noches de comedia sólo las puede desear un joven, como el teniente mayor, que puede pasar muchas noches en vela y oír muchas detonaciones sin volverse sordo. He consultado la opinión de las personas sensatas, y todas des-

aprueban unánimemente el proyecto de D. Filipo. ¿No es esto, señores?

— ¡Sí! sí! dijeron jóvenes y viejos á una voz. Los jóvenes estaban encantados de oír hablar así á un viejo.

— ¿Qué vamos á hacer nosotros con cuatro hermanos mayores? prosiguió el anciano. ¿Qué quieren decir esas gallinas, capones y lechones arrojados al lago? *Hambuquería!* dirán nuestros vecinos, y luego ayunaremos medio año. ¿Qué tenemos que ver con Sila ni con los romanos? ¿Nos han invitado acaso alguna vez á sus fiestas? Yo, por lo menos, no he recibido ningun billete de su parte y cuidado que ya soy viejo!

— ¡Los romanos viven en Roma, donde está el Papa! le murmuró por lo bajo Cpn. Basilio.

— ¡Ahora lo comprendo! exclamó el anciano sin turbarse. Celebrarían sus fiestas en vigilia y el Papa mandaría arrojar la comida al mar para no cometer un pecado. Pero, de todos modos, vuestro proyecto de fiesta, es inadmisibile, imposible, es una locura!

D. Filipo, combatido vivamente, tuvo que retirar su proposicion.

Los conservadores más intransigentes, satisfechos de la derrota de su mayor enemigo, vieron sin inquietud levantarse un joven cabeza de barangay y pedir la palabra.

— Pido á V. V. S. S. me escusen, si, joven como soy, me atrevo á hablar delante de tantas personas respetabilisimas tanto por su edad, como por la prudencia y el discernimiento con que en todos los asuntos juzgan, pero puesto que el elocuente orador, Cpn. Basilio, ha invitado á todos á manifestar aquí sus opiniones, sirva su autorizada palabra de disculpa á la pequeñez de mi persona.

Los conservadores movían la cabeza satisfechos.

— ¡Este joven habla bien! — Es modesto! — Raciocina admirablemente! — se decían unos á otros.

— ¡Es lástima que no sepa bien gesticular! observó Cpn. Basilio. Pero ya se vé! no ha estudiado á Ciceron y áun es muy joven.

— Si os presento, señores, un programa ó proyecto, continuó el joven, no lo hago con el pensamiento de que lo encontrareis perfecto, ni lo aceptareis; quiero, al mismo tiempo que me someto una vez más á la voluntad de todos, probar á los ancianos que pensamos siempre como ellos, puesto que hacemos nuestras todas las ideas que tan elegantemente ha espresado Cpn. Basilio.

— ¡Bien dicho, bien dicho! decían los lisonjeados conservadores. Cpn. Basilio hacía señas al joven para decirle cómo debía mover el brazo y poner el pié. El único que permanecía impassible era el gobernadorcillo, distraído ó preocupado: ambas cosas lo parecía. El joven prosiguió animándose:

— Mi proyecto, señores, se reduce á lo siguiente: inventar nuevos espectáculos que no sean los ordinarios y comunes que vemos cada día, y procurar que el dinero recaudado no salga del pueblo, ni se gaste vanamente en pólvoras, sino que se emplee en alguna cosa de utilidad para todos.

— ¡Eso es! eso es! asintieron los jóvenes; eso queremos.

— ¡Muy bueno! añadieron los viejos.

— ¿Qué sacamos nosotros de una semana de comedias que pide el teniente mayor? ¿Qué aprendemos con los reyes de Bohemia y Granada, que mandan cortar la cabeza á sus hijas ó las cargan en un cañon y luego el cañon se convierte en trono? Ni somos reyes, ni somos bárbaros, ni tenemos cañones, y si les imitásemos nos ahorcarían en Bagumbayan. ¿Qué son esas princesas que se mezclan en las batallas, reparten tajos y mandobles, pelean con príncipes y vagan solas por montes y valles, como seducidas del *Tikkálang*? En nuestras costumbres amamos la dulzura y la ternura en la mujer y temeríamos estrechar unas manos de doncella, manchadas en sangre, aun cuando esta sangre fuese la de un moro ó gigante; entre nosotros menospreciamos y tenemos por vil al hombre que levanta la mano sobre una mujer, ya sea príncipe, alferez, ó rudo campesino. ¿No sería mil veces mejor que representásemos la pintura de nuestras propias costumbres, para corregir nuestros vicios y defectos y ensalzar las buenas cualidades?

— ¡Eso es! eso es! repitieron sus partidarios.

— ¡Tiene razon! murmuraron pensativos algunos viejos.

— ¡En eso no había yo pensado jamás! murmuró Cpn.

Basilio.

— Pero ¿cómo vais á hacer eso? le objetó el intransigente.

— ¡Muy facilmente! contestó el joven. Traigo aquí dos comedias, que seguramente el buen gusto y conocido discernimiento de los respetables ancianos, aquí reunidos, encontrarán muy aceptables y divertidas. Titúlase una "*La Eleccion del Gobernadorcillo*:" es una comedia en prosa, en cinco actos, escrita por uno de los presentes. La otra en nueve actos para dos noches, es un drama fantástico de caracter satírico, escrito por uno de los mejores poetas de la provincia, y se titula *Mariang Makiling*. Viendo nosotros que se retardaba la dis-

cusión de los preparativos de la fiesta, y temiendo que nos faltase tiempo, hemos buscado en secreto nuestros actores y les hemos hecho aprender sus papeles. Esperamos que con una semana de ensayo, tendrán más que lo suficiente para salir airosos de su cometido. Esto, señores, además de ser nuevo, útil y razonable, tiene la gran ventaja de ser económico: trajes no necesitamos, los nuestros sirven, los de la vida comun.

— ¡Yo costeo el teatro! exclamó entusiasmado Cpn. Basilio.

— ¡Si salen cuadrilleros, presto los míos! dijo el Cpn. de cuadrilleros.

— Y yo . . . y yo . . . si necesitan un viejo . . . balbuceaba otro y se erguía con prosopopeya.

— ¡Aceptado! aceptado! gritaron muchas voces.

El teniente mayor estaba pálido de emoción; llenáronse de lágrimas sus ojos.

— ¡Llora de despecho! pensó el intransigente y gritó:

— ¡Aceptado, aceptado sin discusión!

Y satisfecho de su venganza y de la completa derrota de su adversario, el hombre empezó á elogiar el proyecto del joven. Este prosiguió:

— Una quinta parte del dinero recaudado se puede emplear para distribuir algunos premios, por ejemplo, al mejor chico de la escuela, al mejor pastor, labrador, pescador etc. Podremos organizar regatas en el río y en el lago, carreras de caballos, levantar cucañas é instituir otros juegos en que puedan tomar parte nuestros campesinos. Concedo que por razón á nuestras inveteradas costumbres tengamos fuegos artificiales: ruedas y castillos ofrecen espectáculos muy hermosos y divertidos, pero no creo que necesitemos las bombas que propuso el teniente mayor. Para alegrar la fiesta dos bandas de música son suficientes. así evitamos esas riñas y enemistades, que hacen de los pobres músicos, que vienen á alegrar nuestras fiestas con su trabajo, unos verdaderos gallos de pelea, retirándose despues mal pagados, mal alimentados, contusos y á veces heridos. Con el dinero que ha de sobrar se puede principiar la construcción de un pequeño edificio para servir de escuela, pues no hemos de esperar que Dios mismo descienda y nos la levante: es triste cosa que mientras tenemos una gallera de primer orden, nuestros niños aprendan poco menos que en la cuadra del cura. He aquí el proyecto á la ligera: el perfeccionarlo será la obra de todos.

Un alegre murmullo se levantó en la sala: casi todos asentían con el joven, sólo algunos murmuraban:

— ¡Cosas nuevas! cosas nuevas! En nuestra juventud . . . !  
— ¡Aceptémoslo por ahora! decían los otros; humillemos á aquel.

Y señalaban al teniente mayor.

Cuando se restableció el silencio, todos estaban ya conformes. Faltaba la decision del gobernadorcillo.

Este sudaba, se agitaba inquieto, se pasaba la mano por la frente y por fin pudo tartamudear con los ojos bajos:

— ¡Yo tambien estoy conforme . . . pero, ejem!

Todo el tribunal escuchaba en silencio.

— ¿Pero? preguntó Cpn. Basilio.

— Muy conforme! repitió el gobernadorcillo: es decir . . . no estoy conforme . . . digo si, pero . . .

Y se frotó los ojos con el dorso de la mano.

— Pero el Cura, continuó el infeliz, el Padre Cura quiere otra cosa.

— ¿Paga el Cura la fiesta ó la pagamos nosotros? ¿Ha dado un cuarto siquiera? exclamó una voz penetrante.

Todos miraron hácia el sitio de donde partieron estas preguntas: allá estaba el filósofo Tasio.

El teniente mayor estaba inmóvil con los ojos fijos mirando al gobernadorcillo.

— Y ¿qué quiere el Cura? preguntó Cpn. Basilio.

— Pues el Padre Cura quiere . . . seis procesiones, tres sermones, tres grandes misas . . . y si sobra dinero, comedia de Tondo y canto en los intermedios.

— ¡Pues nosotros no los queremos! dijeron los jóvenes y algunos viejos.

— ¡El Padre Cura lo quiere! repitió el gobernadorcillo. Yo he prometido al Cura que se cumpliría su voluntad.

— Entonces ¿por qué nos habeis convocado?

— Precisamente . . . para deciroslo!

— Y ¿por qué no lo habeis dicho desde un principio?

— Quería decirlo, señores, pero Cpn. Basilio habló y no he tenido tiempo . . . ¡Hay que obedecer al Cura!

— ¡Hay que obedecerle! repitieron algunos viejos.

— ¡Hay que obedecer de lo contrario el Alcalde nos encarcela á todos! añadieron tristemente otros viejos.

— ¡Pues obedeced y haced la fiesta vosotros! exclamaron los jóvenes levantándose. Nosotros retiramos nuestra contribucion.

— ¡Todo está cobrado ya! dijo el gobernadorcillo.

D. Filipo se le acercó y le dijo amargamente:

— Sacrifiqué mi amor propio en favor de una buena

causa; vos sacrificasteis vuestra dignidad de hombre en favor de una mala y todo lo derribasteis.

Ibarra decía al maestro de escuela:

— ¿Quiere V. algo para la cabecera de la provincia? Hoy parto inmediatamente.

— ¿Tiene V. un negocio?

— ¡Tenemos un negocio! contestó Ibarra con misterio.

Por el camino decía el viejo filósofo á D. Filipo que maldecía su suerte:

— ¡La culpa es nuestra! Vosotros no protestasteis cuando os dieron por gefe un esclavo, y yo, loco de mí, lo he olvidado!

---

## XXI.

### HISTORIA DE UNA MADRE.

.....  
Andaba inclerto — volaba errante,  
Un solo instante — sin descansar . . .  
(Alaejos.)

Sisa corría á su casa con ese trastorno en las ideas que se produce en nuestro sér, cuando en medio de una desgracia nos vemos desamparados de todos y huyen de nosotros las esperanzas. Entonces parece que todo se oscurece en torno nuestro, y si vemos alguna pequeña lucecita brillar á lo lejos, corremos á ella; la perseguimos no importa si en medio del sendero se abre un abismo.

La madre quería salvar á sus hijos, ¿cómo? Las madres no preguntan por los medios cuando se trata de sus hijos.

Corría desalada, perseguida por los temores y los siniestros presentimientos. ¿Habrían preso ya á su hijo Basilio? A dónde ha huido su hijo Crispin?

Cerca de su casa distinguió los capacetes de dos soldados por encima del cercado de su huerta. Imposible describir lo que pasó en su carazon: olvidóse de todo. Ella no ignoraba la audacia de aquellos hombres, que no guardaban miramientos aún con los más ricos del pueblo; ¿qué iba á ser ahora de ella y de sus hijos, acusados de hurto? Los guardias civiles no son hombres, sólo son guardias civiles: no oyen súplicas y están acostumbrados á ver lágrimas.

Sisa, instintivamente, levantó los ojos al cielo, y el cielo sonreía con luz inefable: algunas blancas nubecillas nadaban

en el transparente azul. Detúvose para reprimir el temblor que se apoderaba de todo su cuerpo.

Los soldados dejaban su casa y venían solos: no habían prendido más que la gallina que Sisa engordaba. Respiró y cobró ánimo.

— ¡Qué buenos son y qué buen corazón tienen! murmuró casi llorando de alegría.

Hubieran los soldados quemado la casa pero dejando en libertad á sus hijos y ella los habría colmado de bendiciones.

Miró otra vez agradecida al cielo, que surcaba una bandada de garzas, esas nubes ligeras de los cielos de Filipinas, y, renaciendo en su corazón la confianza, prosiguió su camino.

Al aproximarse á aquellos hombres temibles, Sisa hacía de mirar á todas partes como distraída y fingía no ver su gallina, que piaba pidiendo socorro. Apenas pasó á su lado, quiso correr, pero la prudencia moderó sus pasos.

No se había alejado mucho cuando oyó que la llamaban imperiosamente. Estremeciéndose, pero hizo la desentendida y continuó andando. Tornaron á llamarla pero esta vez con un grito y una palabra insultante. Volvióse á pesar suyo toda pálida y temblorosa. Un guardia civil le hacía señas con la mano.

Acercóse Sisa maquinalmente, sintiendo su lengua paralizarse de terror y secándosele la garganta.

— ¡Dinos la verdad ó sino te atamos á aquel árbol y te pegamos dos tiros! dijo uno de ellos con voz amenazadora.

La mujer miró hácia el árbol.

— ¿Eres la madre de los ladrones, tú? preguntó el otro.

— ¡Madre de los ladrones! repitió Sisa maquinalmente.

— ¿Dónde está el dinero que te han traído anoche tus hijos?

— ¡Ah! el dinero . . .

— ¡No nos lo niegues, que será peor para tí! añadió el otro. Hemos venido para prender á tus hijos y el mayor se nos ha escapado; ¿dónde has escondido al menor?

Al oír esto Sisa respiró.

— Señor! contestó; hace muchos días que no he visto á mi hijo Crispin: esperaba verle esta mañana en el convento y allí solamente me dijeron que . . .

Los dos soldados cambiaron una mirada significativa.

— ¡Bueno! exclamó uno de ellos; danos el dinero y te dejaremos en paz.

— ¡Señor! suplicó la desgraciada mujer; mis hijos no roban aunque tengan hambre: estamos acostumbrados á

padecerla. Basilio no me ha traído ni un cuarto; registrad toda la casa y si encontrais un solo real, haced de nosotros lo que querais. Los pobres, no somos todos ladrones!

— Entonces, repuso el soldado lentamente y fijando sus miradas en los ojos de Sisa, vienes con nosotros; tus hijos ya procurarán aparecer y soltar el dinero que han robado. Síguenos!

— ¿Yo? . . . seguiros? murmuró la mujer retrocediendo y mirando con espanto los uniformes de los soldados.

— Y ¿por qué no?

— ¡Ah! compadeceos de mí! suplicó casi de rodillas. Soy muy pobre, no tengo ni oro, ni alhajas que ofreceros: lo único que tenía me lo habeis sacado ya, la gallina que yo pensaba vender . . . llevaos todo lo que encontréis en mi choza, pero dejadme aquí en paz, dejadme aquí morir!

— ¡Adelante! tienes que venir, y si no sigues á gusto te ataremos.

Sisa rompió en amargo llanto. Aquellos hombres eran inflexibles.

— Dejadme al menos ir delante á una distancia! suplicó cuando sintió que la cogían brutalmente y la empujaban.

Los dos soldados se conmovieron y conferenciaron entre sí en voz baja,

— ¡Bien! dijo uno; como de aquí hasta que entremos en el pueblo puedes correr, estarás entre nosotros dos. Una vez allá podrás marchar delante á unos veinte pasos, pero; cuidado! no entres en ninguna tienda, ni te detengas. ¡Adelante y aprisa!

Vanas fueron las súplicas, vanas las razones, inútiles las promesas. Los soldados decían que se comprometían bastante y le concedían demasiado.

Al verse en medio de los dos sintió morir de vergüenza. Nadie es verdad venía en el camino, pero y ¿el aire y la luz del día? El verdadero pudor ve miradas en todas partes. Cubrióse la cara con el pañuelo, y marchando á ciegas lloró en silencio sobre su humillación. Conocía su miseria, sabía que era abandonada de todos hasta de su mismo marido, pero hasta ahora se había considerado honrada y estimada: hasta ahora había mirado con compasión á aquellas mujeres, vestidas escandalosamente, que el pueblo denomina concubinas de los soldados. Ahora le parecía haber descendido una grada más que aquellas en la escala de la vida.

Oyéronse pisadas de caballos: eran los que llevaban pescados á los pueblos del interior. Hacían sus viajes en pequeñas caravanas hombres y mujeres, montados en malos jacos, entre



dos cestos colgados á los costados del animal. Varios de ellos, al pasar delante de su choza, le habían pedido agua para beber y regalado algunos pescados. Ahora al pasar á su lado, le parecía que la atropellaban y pisoteaban y que sus miradas, compasivas ó desdeñosas, penetraban al través de su pañuelo y dardeaban su cara.

Al fin los viajeros se alejaron, y Sisa suspiró. Apartó un instante el pañuelo para ver si aún estaban lejos del pueblo. Quedaban algunos postes de telégrafos antes de llegar al *bantáyan* ó garita. Jamás le había parecido tan larga aquella distancia.

A orillas del camino crecía un frondoso cañaveral á cuya sombra descansaba ella en otros tiempos. Allí le daba dulce conversacion su novio; él la ayudaba á llevar el cesto de frutas y legumbres; ¡ay! aquello pasó como un sueño; el novio fué marido y al marido le hicieron *cabeza de barangay* y entonces la desgracia comenzó á llamar á su puerta.

Como el sol empezaba á arder, preguntáronla los soldados si quería descansar.

— ¡Gracias! respondió horrorizada.

Pero donde se apoderó de ella verdadero terror fué al acercarse al pueblo. Angustiada, dirigió una mirada en torno: vastos arrozales, un pequeño canal de riego, árboles raquíuticos; ni un precipicio ni una roca contra la cual estrellarse! Arrepintióse de haber seguido á los soldados hasta allí; echó de menos el profundo río que corría cerca de su choza, cuyas altas orillas, sembradas de puntiagudas rocas, ofrecían tan dulce muerte! Pero el pensamiento en sus hijos, en su hijo Crispin cuya suerte aún ignoraba, la alumbró en aquella noche, y pudo murmurar resignada:

— ¡Despues . . . despues iremos á vivir en el fondo del bosque!

Secóse los ojos, procuró serenarse y dirigiéndose á los guardias, les dijo en voz baja:

— ¡Ya estamos en el pueblo!

Su acento era indefinible; era queja, reconvencion, lamento: era una plegaria, era el dolor condensado en sonido.

Los soldados, conmovidos, le respondieron con un gesto. Sisa se adelantó rápidamente y procuró afectar un aire tranquilo.

En aquel momento empezaron á repicar las campanas anunciando que había terminado la misa mayor. Sisa avivó el paso para no encontrarse, si posible era, con la gente que salía. Pero en vano! no había medio de esquivar su encuentro.

Saludó con amarga sonrisa á dos conocidas suyas que la interrogaban con la mirada, y en adelante, para evitarse aquellas mortificaciones, bajó la cabeza y sólo se puso á mirar al suelo, ¡y cosa extraña! tropezaba con las piedras del camino.

La gente se paraba un momento al verla, conversaban entre sí siguiéndola con los ojos: todo esto lo veía, lo sentía apesar de tener constantemente los ojos bajos.

Oyó una voz desvergonzada de muger que preguntaba detrás de ella casi gritando:

— ¿Dónde la habeis cogido? Y ¿el dinero?

Era una mujer sin tápia, saya amarilla y verde y camisa de gasa azul; se la podía conocer por su traje que era una querida de la soldadesca.

Sisa creyó sentir un bofeton: aquella mujer la había desnudado delante de la multitud. Levantó un momento sus ojos para saciarse en la burla y en el desprecio; vió á la gente lejos, muy lejos de ella, sin embargo sentía el frío de sus miradas y oía sus cuchicheos. La pobre mujer andaba sin sentir el suelo.

— ¡Eh, por aquí! le gritó un guardia.

Como un autómeta cuyo mecanismo se rompe, giró rápidamente sobre sus talones, Y sin ver nada, sin pensar, corrió á esconderse; vió una puerta con un centinela, trató de penetrar por ella, pero otra voz, más imperiosa aún, la apartó de su camino. Con paso vacilante buscó la direccion de aquella voz, sintió que la empujaban por las espaldas, cerró los ojos, dió dos pasos y faltándole las fuerzas, se dejó caer en el suelo, primero de rodillas y sentada despues. Un llanto sin lágrimas, sin gritos, sin ayes, la agitaba convulsivamente.

Aquello era el cuartel. Allí había soldados, mujeres, cerdos y gallinas. Algunos cosían sus ropas mientras su querida estaba acostada sobre el banco, teniendo por almohada el muslo del hombre, fumando y mirando aburrida hácia el techo. Otras ayudaban á los hombres á limpiar las prendas de vestir, las armas etc., cantando á media voz canciones lúbricas.

— ¡Parece que los pollos se han escapado! No traeis más que la gallina! dijo una mujer á los recién llegados: no se ha averiguado si ella aludía á Sisa ó á la gallina que continuaba piando.

— ¡Sí, siempre vale más la gallina que los pollos! se contestó ella misma cuando vió que los soldados se callaban.

— ¿Dónde está el sargento? preguntó en tono disgustado uno de los guardias civiles. ¿Han dado ya parte al alfez?

Movimientos de hombros que se encogían fueron las contestaciones: nadie se molestaba para averiguar algo acerca de la suerte de la pobre mujer.

Allí pasó ella dos horas en un estado de semi-imbecilidad, acurrucada en un rincón, oculta la cabeza entre las manos, los cabellos desgredados y en desorden. Al mediodía se enteró el alférez, y lo primero que hizo fué no dar crédito á la acusación del cura.

— ¡Bah! cosas del mezquino fraile! dijo y ordenó que soltáran á la mujer y que no se ocupase nadie del asunto.

— ¡Si quiere recobrar lo perdido, añadió, que lo pida á su S. Antonio ó que se queje al nuncio! Vaya!

A consecuencia de esto, Sisa fué echada del cuartel, casi á empujones, porque ella no quería moverse.

Al verse en medio de la calle echó á andar maquinalmente hácia su casa, aprisa, la cabeza descubierta, el cabello desarreglado y la mirada fija en el lejano horizonte. El sol ardía en su zenit y no había una nube que velara su resplandeciente disco; el viento agitaba debilmente las hojas de los árboles, el camino estaba ya casi seco; ni un ave se atrevía á dejar la sombra de las ramas.

Sisa llegó al fin á su casita. Entró en ella, muda, silenciosa; la recorrió, salió, echó á andar en todas direcciones. Corrió despues á casa del viejo Tasio, llamó á la puerta, pero el viejo no estaba allí. La infeliz volvió á su casa y empezó á llamar á gritos: ¡Basilio! ¡Crispin! deteniéndose á cada momento y aplicando el oído con atención. El eco repetía su voz; el dulce susurro del agua en el vecino río, la música de las hojas de las cañas eran las únicas voces de la soledad. Volvía á llamar, subía á una altura, bajaba á un barranco, descendía al río; sus ojos erraban con espresión siniestra, se iluminaban de cuando en cuando con vivos resplandores, despues se oscurecían, como el cielo en una noche de tormenta: diríase que la luz de la razón chisporroteaba y estaba próxima á apagarse.

Volvíó á subir á su casita, sentóse en la estera donde se acostáran la noche anterior, levantó los ojos y vió un giron de la camisa de Basilio en el extremo de una caña del *dinding* ó tabique, que cae cerca del precipicio. Levantóse, cogiólo y lo examinó á la luz del sol: el giron tenía manchas de sangre. Pero Sisa acaso no las viera pues bajó y continuó examinándolo en medio de los rayos abrasadores, levantándolo á lo alto; y como si sintiese oscurecerse todo y le faltase la claridad, miró al sol frente á frente y con los ojos desmesuradamente abiertos.

Signió aun vagando de un lado á otro, gritando ó ahullando extraños sonidos; habría tenido miedo quien la hubiese oído: su voz tenía un raro timbre como no suele producir la laringe humana. Durante la noche, cuando la tempestad brama y el viento vuela con vertiginosa rapidez batiendo con sus invisibles alas un ejército de sombras que le persiguen, si os encontrais en un edificio arruinado y solitario, oís ciertos quejidos, ciertos suspiros que supondreis ser el roce del viento al azotar las altas torres ó derruidos muros, pero que os llenan de terror y hacen que os estremezcáis sin poderlo remediar; pues bien, el acento de aquella madre era aún más lúgubre que esos desconocidos lamentos en las noches oscuras cuando brama la tempestad.

Así la sorprendió la noche. Quizás el cielo le concediera algunas horas de sueño durante las cuales el ala invisible de un angel, rozando su pálido semblante, haya borrado su memoria, reducida toda á dolores; quizás tantos sufrimientos no estarian á la medida de la debil resistencia humana, é intervendría entonces la Madre Providencia con su dulce lenitivo, el olvido; sea de ello lo que fuere, es el caso que al día siguiente, Sisa vagaba sonriendo, cantando ó hablando con todos los seres de la Naturaleza.

---

## XXII.

### LUCES Y SOMBRAS.

Han pasado tres dias desde los acontecimientos que hemos narrado. Estos tres dias con sus noches ha dedicado el pueblo de S. Diego en hacer preparativos de la fiesta y comentarios, murmurando al mismo tiempo.

Mientras saboreaban los futuros regocijos, unos hablaban mal del gobernadorcillo, otros del teniente mayor, otros de los jóvenes, y no faltaba quien echase la culpa de todo á todos.

Comentaban la llegada de Maria Clara, acompañada de la tia Isabel. Se alegraban de ello porque la querían, y á la vez que admiraban mucho su hermosura, se admiraban tambien de los cambios que sufría el caracter del P. Salví. — ‘Se distrae muchas veces durante el santo sacrificio; no habla ya mucho con nosotras y se pone á ojos vistas más delgado y taciturno’, decían sus penitentes. El cocinero le veía enflaquecerse por minutos y se quejaba del poco honor que hacía á sus platos.

Pero lo que más exaltaba la murmuración de la gente era el hecho de verse en el convento más de dos luces durante la noche mientras P. Salví está de visita en una casa particular . . . ¡en casa de María Clara!! Las beatas se hacían cruces pero continuaban murmurando.

Juan Crisóstomo Ibarra había teleografiado desde la cabecera de la provincia saludando á tía Isabel y á su sobrina, pero sin explicar la causa de su ausencia. Muchos le creían preso por su conducta con el P. Salví en la tarde del día de Todos los Santos. Pero los comentarios subieron de punto, cuando, á la tarde del tercer día, le vieron bajar de un coche delante de la casita de su futura y saludar cortesmente al religioso, que también se dirigía á ella.

De Sisa ni de sus hijos nadie se ocupaba.

Si ahora vamos á la casa de María Clara, un hermoso nido entre naranjos é ilang-ilang, alcanzaremos aún á los dos jóvenes, asomados á una ventana que da vistas al lago. Sombreábanla flores y enredaderas, que trepaban en cañas y alambres esparciendo un ligero perfume.

Sus labios murmuran palabras, más suaves que el susurro de las hojas y más perfumadas que el aire impregnado de aromas, que vaga por el jardín. Era la hora en que las sirenas del lago, aprovechándose de las sombras del rápido crepúsculo de la tarde, asomaban por encima de las olas sus alegres cabecitas para admirar y saludar con sus cantos al sol moribundo. Dicen que sus ojos y cabellos son azules, que van coronadas de plantas acuáticas con flores blancas y rojas; dicen que de cuando en cuando descubre la blanca espuma sus esculturales formas, más blancas aún que la espuma misma, y que al descender completamente la noche empiezan ellas sus divinos juegos y dejan oír acordes misteriosos como de arpas eólicas; dicen también . . . pero volvamos á nuestros jóvenes y oigamos el final de su conversación. Ibarra decía á María Clara.

— Mañana antes que raye el alba se cumplirá tu deseo. Esta noche lo dispondré todo para que nada falte.

— Entonces escribiré á mis amigas, para que vengan. ¡Haz de modo que no pueda seguir el cura!

— Y ¿por qué?

— Porque parece que me vigila. Me hacen daño sus ojos hundidos y sombríos; cuando los fija en mí, me dan miedo. Cuando me dirige la palabra, tiene una voz . . . me habla de cosas tan raras, tan incomprensibles, tan estrañas . . . me preguntó una vez si no había soñado en cartas de mi madre;

creo que está medio loco. Mi amiga Sinang y Andeng, mi hermana de leche, dicen que está algo tocado porque no come ni se baña y vive á oscuras. ¡Haz que no venga!

— No podemos menos de no invitarle, contesta Ibarra pensativo. Las costumbres del pais lo requieren; está en tu casa y ademas se ha portado conmigo con nobleza. Cuando el Alcalde le consultó sobre el negocio de que te he hablado, sólo ha tenido alabanzas para mí y no ha pretendido poner el más pequeño obstáculo. Pero veo que te pones seria; descuida que no nos podrá acompañar en la banca.

Oyéronsé ligeros pasos: era el cura que se acercaba con una forzada sonrisa en los labios.

— ¡El viento es frio! dijo; cuando se coje un catarro no se le suelta hasta que venga el calor. ¿No temen Vs. resfriarse?

Su voz era temblorosa y sus miradas se dirigian al lejano horizonte: no miraba á los jóvenes.

— ¡Por el contrario la noche nos parece agradable, y el viento delicioso! contestó Ibarra. En estos meses tenemos nuestro otoño y nuestra primavera; caen algunas hojas pero brotan siempre flores.

Fr. Salví suspiró.

— Hallo muy hermoso el consorcio de estas dos estraciones sin que intervenga el frio invierno, continuó Ibarra. El febrero brotarán las yemas en las ramas de los árboles frutales, y el marzo tendremos ya las frutas maduras. Cuando vengan los meses de calor nos iremos á otra parte.

Fr. Salví se sonrió. Empezaron á hablar de cosas indiferentes, del tiempo, del pueblo, de la fiesta; Maria Clara buscó un pretexto y se alejó.

— Y pues que hablamos de fiestas, permítame V. que le invite á la que celebraremos mañana. Es una fiesta campestre que mutuamente nos damos nuestros amigos y nosotros.

— Y ¿en dónde se hará?

— Las jóvenes la desean en el arroyo que corre en el vecino bosque, cerca del *balitá*: por eso nos levantaremos temprano para que no nos alcance el sol.

El religioso reflexionó; un momento despues contestó:

— La invitacion es muy tentadora y la acepto para probarle que ya no le guardo rencor. Pero tendré que ir más tarde despues que haya cumplido con mis obligaciones. ¡Feliz V. que está libre, enteramente libre!

Minutos despues Ibarra se despedia para cuidar de la fiesta del día siguiente. — Era ya noche oscura.

En la calle se le acercó uno que le saludó reverentemente.

— ¿Quién sois? preguntóle Ibarra.  
— No conoceis, señor, mi nombre, contestó el desconocido.  
Os he estado esperando dos días.  
— Y ¿por qué?  
— ¡Porque en ninguna parte se han apiadado de mí, porque dicen que soy un bandido, señor. Pero he perdido mis hijos, mi mujer está loca y todos dicen que merezco mi suerte!  
Ibarra examinó rápidamente al hombre y preguntó:  
— ¿Qué quereis ahora?  
— ¡Implorar vuestra piedad para mi mujer y mis hijos!  
— No puedo detenerme, contestó Ibarra. Si quereis seguirme, caminando me podreis contar lo que os ha sucedido.  
El hombre dió las gracias, y pronto desaparecieron en las tinieblas de las mal alumbradas calles.

---

XXIII.

LA PESCA.

Todavía brillaban las estrellas en la bóveda de zafir, y las aves dormitaban aún en las ramas, cuando una alegre comitiva recorría ya las calles del pueblo dirigiéndose al lago, á la alegre luz de las antorchas de brea, que llaman comunmente *huepes*.

Eran cinco jovencitas, que marchaban aprisa, cogidas de las manos ó de la cintura, seguidas de algunas ancianas y de varias criadas, que llevaban graciosamente sobre sus cabezas cestos llenos de provisiones, platos, etc. Al ver los semblantes en que ríe la juventud y brillan las esperanzas; al contemplar como flota al viento la abundante y negra cabellera y los anchos pliegues de sus vestidos, las tomaríamos por divinidades de la noche huyendo del día, si no supiésemos que son Maria Clara con sus cuatro amigas: la alegre Sinang, su prima, la severa Victoria, la hermosa Íday y la pensativa Neneng, la belleza modesta y temerosa.

Conversaban animadamente, reían, se pellizcaban, se hablaban al oído y despues prorrumpían en carcajadas.

— ¡Vais á despertar á la gente que aún está durmiendo! les reprendía la tía Isabel; cuando éramos jóvenes no alborotábamos tanto.

— ¡Tampoco madrugarian Vs. como nosotras, ni serian los viejos tan dormilones! contestaba la pequeña Sinang.

Callábanse un momento, procuraban bajar la voz, pero pronto se olvidaban, reían y llenaban la calle con sus juveniles y frescos acentos.

— ¡Hazte la resentida; no le hables! decía Sinang á Maria Clara: riñele para que no se acostumbre mal!

— ¡No seas tan exigente! decía Iday.

— ¡Sé exigente, no seas tonta! El novio debe obedecer mientras es novio, que despues cuando es marido hace lo que le da la gana! aconsejaba la pequeña Sinang.

— ¿Qué entiendes tú de eso, niña? le corregía su prima Victoria.

— ¡Sst, silencio que vienen!

En efecto venía un grupo de jóvenes alumbrándose con grandes antorchas de caña. Marchaban bastante serios al són de una guitarra.

— ¡Parece guitarra de mendigo! dijo Sinang riendo.

Cuando los dos grupos se encontraron, eran las mujeres las que guardaban un continente sério y formal como si aun no hubiesen aprendido á reir; por el contrario, los hombres hablaban, saludaban, sonreian y hacian seis preguntas para obtener media contestacion.

— ¿Está el lago tranquilo? Creeis que vamos á tener buen tiempo? preguntaban las madres.

— ¡No os inquieteis, señoras; yo sé nadar bien! contestaba un joven flaco, alto y delgado.

— ¡Debíamos antes haber oido misa! suspiraba tia Isabel juntando las manos.

— Aun hay tiempo, señora; Albino que en su tiempo fué seminarista la puede decir en la banca, contestó otro señalando al joven flaco y alto.

Este, que tenía una fisonomía de socarron, al oir que le aludian, adoptó un ademan compungido, caricaturizando al P. Salvi.

Ibarra, sin perder su seriedad, tomaba tambien parte en la alegría de sus compañeros.

Al llegar á la playa, escapáronse involuntariamente de los labios de las mujeres exclamaciones de asombro y alegría. Veian dos grandes bancas, unidas entre sí, pintorescamente adornadas con guirnaldas de flores y hojas, con telas abollonadas de varios colores: farolitos de papel colgaban de la improvisada cubierta alternando entre rosas y claveles, frutas, como piñas, kasuy, plátanos, guayabas y lanzones etc. Ibarra



había traído sus alfombras, tapices y cogines, y formado con ellos cómodos asientos para las mujeres. Los *tikines* y los remos tenían también sus adornos. En la banca mejor adornada había una arpa, guitarras, acordeones y un cuerno de carabao; en la otra ardía el fuego en *kalanes* de barro; preparábase té, café y *salabat* para el desayuno.

— ¡Aquí las mujeres, allí los hombres! decían las madres al embarcarse. Estaos quietas! No moverse mucho que vamos á naufragar.

— ¡Hacer antes la señal de la cruz! decía tía Isabel persignándose.

— Y ¿estaremos aquí tan solas? preguntaba Sinang haciendo un mohín. ¿Nosotras solamente? . . ¡aray!

Este ¡aray! lo causaba un pellizco que á tiempo le propinó su madre.

Las bancas se iban alejando lentamente de la playa reflejando la luz de los faroles en el espejo del lago, completamente tranquilo. En el Oriente aparecían las primeras tintas de la aurora.

Reinaba bastante silencio; la juventud, con la separación establecida por las madres, parecía dedicarse á la meditación.

— ¡Ten cuidado! dijo en voz alta Albino, el seminarista, á otro joven; pisa bien la estopa que hay debajo de tu pié.

— ¿Pues?

— Puede saltar y entrar el agua: esta banca tiene muchos agujeros.

— ¡Ay, que nos hundimos! gritaron las mujeres espantadas.

— No tengais cuidado, señoras! les tranquiliza el seminarista. Esa banca está segura: no tiene más que cinco agujeros y no muy grandes,

— ¡Cinco agujeros! Jesus! Es que quereis ahogarnos? exclamaron las mujeres horrorizadas.

— ¡Nada más que cinco, señoras, y así de grandes! aseguraba el seminarista enseñándoles la pequeña circunferencia formada por sus dedos índice y pulgar. Pisad bien las estopas para que no salten.

— ¡Dios mio! Maria Santisima! Ya entra agua! gritó una vieja que sentía mojarse.

Hubo un pequeño tumulto; unas chillaban, otras pensaban saltar al agua.

— ¡Pisad bien las estopas, allí! continuaba Albino señalando hácia el sitio donde estaban las jóvenes.

— ¿Dónde? Dónde? Dios! No lo sabemos! Por piedad, venid que no lo sabemos! imploraron las temerosas mujeres.

Fué menester que cinco jóvenes pasasen á la otra banca para tranquilizar á las aterradas madres. ¡Casualidad! parecía que al lado de cada una de las dalagas había un peligro: las viejas no tenían juntas ni un agujero comprometido. Y más casualidad aún! Ibarra estaba sentado al lado de Maria Clara, Albino al de Victoria, etc. La tranquilidad volvió á reinar en el círculo de las cuidadosas madres, pero no en el de las jóvenes.

Como el agua estaba completamente tranquila, los corrales de pesca no lejos, y era aún muy temprano, se decidió porque se dejasen los remos y todó el mundo desayunase. Apagáronse los faroles pues la aurora iluminaba ya el espacio.

— No hay cosa que pueda compararse con el *salabat*; tomado por la mañana antes de ir á misa! decia capitana Ticá, la madre de la alegre Sinang; tomad *salabat* con poto, Albino, y vereis que hasta tendreis ganas de rezar.

— Es lo que hago, contestó éste: pienso confesarme.

— No! decia Sinang, tomad café que da ideas alegres.

— Ahora mismo, porque me siento un poco triste.

— ¡No hagais eso! le advertia la tía Isabel; tomad té con galletas; dicen que el té tranquiliza el pensamiento.

— Tambien tomaré té con galletas! contestaba el complaciente seminarista; por fortuna ninguna de estas bebidas es el catolicismo.

— Pero ¿podeis . . . ? pregunta Victoria.

— ¿Tomar tambien chocolate? Ya lo creo! Con tal que el almuerzo no tarde mucho . . .

La mañana era hermosa: las aguas comenzaban á brillar y de la luz directa del cielo y de la reflejada por las aguas, resultaba una claridad que iluminaba los objetos, casi sin producir sombras, una claridad brillante y fresca, saturada de colores, que adivinamos en algunas marinas.

Casi todos estaban alegres, aspiraban la ligera brisa que comenzaba á despertarse: hasta las madres, tan llenas de prevenciones y advertencias reían y bromeaban entre sí

— ¿Te acuerdas? decia una á Cpna. Ticá, te acuerdas cuando nos bañábamos en el rio, cuando aún éramos solteras? Descendian á lo mejor la corriente, en banquitas hechas con corteza de plátano, frutas de varias clases entre olorosas flores. Cada una llevaba una banderita en donde leíamos nuestros nombres . . .

— Y ¿cuando volvíamos á casa? añadia otra sin dejar

concluir á la primera; encontrábamos los puentes de caña destrozados y entonces teníamos que vadear los arroyos . . . los pícaros!

— ¡Sí! decía Cpna. Ticâ, pero yo prefería mojar los bordes de mi falda antes que descubrir el pié: sabía que en los matorrales de la orilla había ojos que observaban.

Las jóvenes que oían estas cosas se guiñaban y sonreían; las demás, tenían sus propias conversaciones y no hacían caso.

Sólo un hombre, el que hacía el oficio de piloto, permanecía silencioso y ajeno á toda aquella alegría. Era un joven de formas atléticas y de una fisonomía interesante por sus grandes ojos tristes y el severo dibujo de sus labios. Los cabellos negros, largos y descuidados, caían sobre su robusto cuello; una camisa de tela basta y oscura, dejaba adivinar al través de sus pliegues los poderosos músculos que contribuían con sus nervudos y desnudos brazos á manejar, como una pluma, un ancho y descomunal remo, que le servía de timon para guiar las dos bancas.

Maria Clara le había sorprendido más de una vez observándola: él entonces volvía rápidamente la vista á otra parte y miraba á lo lejos, al monte, á la orilla. Compadeciéndose la joven de su soledad y cogiendo unas galletas se las ofreció. El piloto la miró con cierta sorpresa, pero esta mirada sólo duró un segundo; tomó una galleta y dió las gracias brevemente y en voz apenas perceptible.

Y nadie volvió á acordarse más de él. Las alegres risas y las ocurrencias de los jóvenes no contraían ningun músculo de su rostro; no le hacía sonreír la alegre Sinang recibiendo pellizcos que la obligaban á fruncir las cejas un instante para volver otra vez á su alegría como antes.

Concluido el desayuno, continuaron la escursion hácia los corrales de pesca.

Estos eran dos, colocados á cierta distancia uno del otro: ambos pertenecían á Cpn. Tiago. Desde lejos veíanse algunas garzas posadas sobre las puntas de las cañas del cercado, en actitud contemplativa, mientras algunas aves blancas, que los tagalos llaman *kalauay*, volaban en distintas direcciones, rozando con sus alas la superficie del lago y llenando el aire de estridentes graznidos.

Maria Clara siguió con la vista á las garzas que, al aproximarse las bancas, echáronse á volar en direccion hácia el vecino monte.

— ¿Anidan esas aves en el monte? preguntó ella al piloto, acaso más que para saberlo, para hacerle hablar.

— Probablemente, *señora*, contestó; pero nadie hasta ahora ha visto sus nidos.

— ¿No tienen nidos esas aves?

— Supongo que deben tenerlos, pues sino, serian muy desgraciadas.

Maria Clara no notó el acento de tristeza con que pronunció el piloto estas palabras.

— ¿Entonces?

— Dicen, *señora*, contestó el joven, que los nidos de esas aves son invisibles y poseen la cualidad de hacer invisible al que los tenga en su poder; y, como el alma que sólo se ve en el terso espejo de los ojos, es tambien en el espejo de las aguas donde únicamente estos nidos se dejan contemplar.

Maria Clara se puso pensativa.

Entretanto habían llegado al *baklad*: el viejo banquero ató las embarcaciones á una caña.

— ¡Espera! dijo tía Isabel al hijo del viejo que se preparaba á subir provisto de su *panalok*, ó sea la caña con la bolsa de red; es menester que esté dispuesto el *sinigang* para que los peces pasen del agua al caldo.

— ¡Buena tía Isabel! exclamó el seminarista; no quiere que el pez pueda echar de menos ni un momento el agua.

Andeng, la hermana de leche de Maria Clara, apesar de su cara limpia y alegre, tenía fama de buena cocinera. Preparó agua de arroz, tomates y camias, ayudándola ó estorbándola algunos, que acaso querían merecer sus simpatías. Las jóvenes limpiaban los cogollos de calabaza, los guisantes, y cortaban los *paayap* en cortos pedazos, largos como cigarrillos.

Para distraer la impaciencia de los que deseaban ver cómo saldrían los peces de su cárcel, vivitos y coleando. la hermosa Iday cogió el arpa: Iday no solamente tocaba bien este instrumento sino que tenía además muy hermosos dedos.

La juventud batió las palmas, Maria Clara le dió un beso: el arpa es el instrumento que más se toca en aquella provincia y era el propio de aquellos momentos.

— ¡Canta, Victoria, la cancion del matrimonio! pidieron las madres.

Los hombres protestaron y Victoria que tenía buena voz, se quejó de ronquera. “La cancion del Matrimonio“ es una hermosa elegia tagala en que se pintan todas las miserias y tristezas de este estado, sin mentar ninguna de sus alegrías.

Entonces pidieron que cantase Maria Clara:

— Todas mis canciones son tristes.

— ¡No importa, no importa! dijeron todas.

No se hizo más de rogar, cogió el arpa, tocó un preludio y cantó con voz vibrante, armoniosa y llena de sentimiento.

¡Dulces las horas en la propia patria  
Donde es amigo cuanto alumbra el sol,  
Vida es la brisa que en sus campos vuela,  
Grata la muerte y más tierno el amor!

Ardientes besos en los labios juegan,  
De una madre en el seno al despertar,  
Buscan los brazos á ceñir el cuello,  
Y los ojos sonriense al mirar.

Dulce es la muerte por la propia patria,  
Donde es amigo cuanto alumbra el sol;  
¡Muerte es la brisa para quien no tiene  
Una patria, una madre y un amor!

Estinguióse la voz, cesó el canto, enmudeció el arpa y aún seguían escuchando: ninguno aplaudió. Las jóvenes sentían sus ojos llenarse de lágrimas. Ibarra parecía contrariado y el joven piloto miraba inmóvil á lo lejos.

De repente se oyó un atronador estruendo: las mujeres soltaron un grito y se taparon las orejas. Era el ex-seminarista Albino que soplabá con toda la fuerza de sus pulmones en el cuerno de carabao, llamando *tambuti*. La risa y la animación volvieron; los ojos, llenos de lágrimas, rezoaron.

— Pero ¿es que nos vas á volver sordas, hereje? le gritó tía Isabel.

— ¡Señora! contesta el ex-seminarista solemnemente; he oído hablar de un pobre trompetero, allá en las orillas del Rhin, que por tocar trompeta se casó con una noble y rica doncella.

— ¡Es verdad, el Trompetero de Säckingen! añadió Ibarra no pudiendo menos de tomar parte en la nueva animación.

— ¿Lo oís? continúa Albino; pues yo quiero ver si tengo la misma suerte.

Y volvió á soplar aún con más bríos en el resonante cuerno, acercando particularmente la trompa á los oídos de las jóvenes que más tristes se habían puesto. Naturalmente, hubo un pequeño alboroto; las madres le hicieron callar á fuerza de chinelazos y pellizcos.

— ¡Aray! aray! decía palpándose los brazos. ¡La distancia que separa Filipinas de las orillas del Rhin! ¡Oh

*tempora! oh mores!* A unos les dan encomiendas y á otros sambenitos!

Ya todas reían hasta la Victoria misma, sin embargo Sinang, la de los alegres ojos, decía en voz baja á Maria Clara:

— ¡Feliz tu! ¡Ay, yo tambien cantaria si pudiese!

Andeng anunció al fin que el caldo estaba ya dispuesto á recibir á sus huéspedes.

El jovencito, el hijo del pescador, subió entonces sobre el encerradero ó bolsa del corral, colocado en el extremo más estrecho de éste, donde se podría escribir el *Lasciate ogni speranza voi ch' entrate*, si los desgraciados peces supiesen leer el italiano y entenderlo: pez que entraba allí no salía sino para morir. Es un espacio casi circular de un metro de diámetro próximamente, dispuesto de manera que un hombre pueda tenerse de pié en la parte superior, para desde allí retirar los peces con la redcilla.

— ¡Allí sí que no me aburriría el pescar con caña! decía Sinang estremeciéndose de placer.

Todos estaban atentos: ya algunos creían ver los peces colear y agitarse dentro de la red, brillar sus relucientes escamas etc. Sin embargo al introducirla el joven, no saltó pez ninguno.

— Debe estar lleno, decía Albino en voz baja; hace más de cinco dias que no se ha visitado.

El pescador retiró la caña . . . ay! ni un pececito adornaba la red; el agua, al caer en abundantes gotas que el sol iluminaba, parecia reir con risa argentina. Un *ah!* de admiracion, de disgusto, de desengaño se escapó de los labios de todos.

El joven repitió la misma operacion, y el mismo resultado.

— ¡No entiendes tu oficio! le dijo Albino trepando al encerradero y arrancando la red de las manos del joven. Ahora lo vereis! ¡Andeng, abre la olla!

Pero Albino tampoco lo entendia: continuó vacía la red. Todos se le echaron á reir.

— ¡No hagais ruido que os oyen los peces y no se dejan coger! dijo. Esta red debe estar rota!

Pero la red tenia íntegras todas sus mallas.

— Déjame á mí, díjole Leon, el novio de Iday.

Este se aseguró bien del estado del cerco, examinó la red y satisfecho, preguntó:

— ¿Estais seguros de que no se ha visitado desde hace cinco dias?

— ¡Segurísimos! La última vez fué para la vigilia de Todos los Santos.

— Pues entonces, ó el lago está encantado ó yo saco algo. Leon introdujo la caña en el agua, pero el asombró se pintó en su semblante. Silencioso miró un momento al vecino monte y siguió paseando la caña dentro del agua: despues sin retirarla murmuró en voz baja:

— Un caiman.

— ¡Un caiman! repitieron.

La palabra corrió de boca en boca en medio del espanto y de la estupefaccion general.

— ¿Qué decis? le preguntaron.

— Digo que hay un caiman cogido, afirmó Leon, é introduciendo el mango de la caña en el agua, continuó:

— ¿Oís ese sonido? eso no es la arena, es la dura piel, la espalda del caiman. ¿Veis como se mueven las cañas? es él que forcejea, pero está arrollado sobre sí mismo; esperad . . . es grande: su cuerpo mide casi un palmo ó más de ancho.

— ¿Qué hacer? fué la pregunta.

— ¡Cogerlo! dijo una voz.

— ¡Jesus! y ¿quién lo coge?

Nadie se ofrecia á descender al abismo. El agua era profunda.

— ¡Debíamos atarle á nuestra banca y arrastrarle en triunfo! dijo Sinang; ¡comerse los peces que debíamos comer!

— ¡No he visto hasta ahora un caiman vivo! murmuró Maria Clara.

El piloto se levantó, cogió una larga cuerda y subió ágilmente á la especie de plataforma. Leon le cedió el sitio.

Escepto Maria Clara, nadie hasta entonces se había fijado en él: ahora admiraban su esbelta estatura.

Con gran sorpresa y apesar de los gritos de todos, el piloto saltó dentro del encerradero.

— ¡Llevaos este cuchillo! le grita Crisóstomo sacando una ancha hoja toledana.

Pero ya el agua subía en forma de mil surtidores y el abismo se cerró misterioso.

— ¡Jesus, Maria y José! exclamaban las mujeres. Vamos á tener una desgracia! Jesus, Maria y José!

— No tengais cuidado, señoras, les decía el viejo banquero; si hay en toda la provincia uno que lo puede hacer, ése es él.

— ¿Cómo se llama ese joven? preguntaron.

— Nosotros le llamamos *el Piloto*: es el mejor que he visto; sólo que no ama el oficio.

El agua se movía, el agua se agitaba: parecía que en el

fondo se trababa una lucha; vacilaba el cerco. Todos callaban, contenían la respiración. Ibarra apretaba con mano convulsiva el puño del agudo cuchillo.

La lucha pareció terminarse. Asomóse por encima la cabeza del joven, que fué saludado con gritos alegres: los ojos de las mujeres estaban llenos de lágrimas.

El piloto trepó llevando en la mano el extremo de la cuerda, y una vez en la plataforma tiró de ella.

El monstruo apareció: tenía la soga atada en forma de doble banda por el cuello y debajo de las extremidades anteriores. Era grande, como ya lo había anunciado Leon: pintado, y sobre sus espaldas crecía verde musgo, que es á los caimanes lo que las canas á los hombres. Mugía como un buey, azotaba con la cola las paredes de caña, se agarraba á ellas, y abría la negra y tremenda fauce descubriendo sus largos colmillos.

El piloto le izaba solo: nadie se acordaba de ayudarle.

Fuera ya del agua y colocado sobre la plataforma, púsole el pié encima. con robusta mano cerró sus descomunales mandíbulas y trató de atarle el hocico con fuertes nudos. El reptil tentó un último esfuerzo, arqueó el cuerpo, batió el suelo con la potente cola, y, escapándose, se lanzó de un salto al lago, fuera del corral, arrastrando á su domador. El piloto era hombre muerto; un grito de horror se escapó de todos los pechos.

Rápido como el rayo, cayó otro cuerpo al agua; apenas tuvieron tiempo de ver que era Ibarra. Maria Clara no se desmayó porque las filipinas no saben aún desmayarse.

Vieron colorearse las olas, teñirse en sangre. El joven pescador saltó al abismo con su *bolo* en la mano. su padre le siguió: pero apenas desaparecían, cuando vieron á Crisóstomo y al piloto reaparecer agarrados al cadáver del reptil. Este tenía todo el blanco vientre rasgado y en la garganta clavado el cuchillo.

Imposible es describir la alegría: mil brazos se tendieron para sacarlos del agua. Las viejas estaban medio locas y reían y rezaban. Andeng olvidó que su *sinigang* había hervido tres veces: todo el caldo se derramó y apagó el fuego. La única que no podía hablar era Maria Clara.

Ibarra estaba ileso; un ligero rasguño tenía el piloto en el brazo.

— ¡Os debo la vida! dijo á Ibarra que se envolvía en mantas de lana y tapices.

La voz del piloto tenía un timbre como de pesar.



— Sois demasiado intrépido, contestóle Ibarra; otra vez no tentareis á Dios.

— ¡Si no volvías! . . . murmuró Maria Clara pálida y temblando aún.

— ¡Si no volvía y me seguías, contestó el joven completando su pensamiento, en el fondo del lago *habría yo estado en familia!*

Ibarra no se olvidaba de que allí yacían los restos de su padre.

La viejas ya no querían ir al otro *baklad*, querían retirarse alegando que el día había comenzado mal y podrían sobrevenir muchas desgracias.

— ¡Todo es porque no hemos oído misa! suspiraba una.

— Pero ¿qué desgracia hemos tenido, señoras? preguntaba Ibarra. ¡El caiman fué el único desgraciado!

— Lo cual prueba, concluyó el ex-seminarista, que en toda su pecadora vida jamás ha oído misa este desgraciado reptil. Nunca le he visto entre tantos caimanes que frecuentan la iglesia.

Las bancas se dirigieron pues hácia el otro *baklad* y fué menester que Andeng preparase otro *sinigang*.

El día adelantaba; soplabla la brisa; las olas despertaban y se rizaban en torno del caiman, levantando "montes de espuma do tersa brilla rica en colores la luz solar" que dice el poeta P. A. Paterno.

La música volvió á resonar: Iday tocaba el arpa, los hombres, los acordeones y guitarras con mayor ó menor afinación, pero el que mejor lo hacía era Albino, que la rascaba verdaderamente desafinaba y perdía el compas á cada instante, ó se olvidaba á lo mejor y se pasaba á otra sonata enteramente distinta.

El otro corral fué visitado con desconfianza; muchos esperaban encontrar la hembra del caiman, pero la Naturaleza es burlona, y salía siempre llena la red.

Tía Isabel mandaba:

— El *ayungin* es bueno para el *sinigang*; dejad el *biâ* para el escabeche, el *dalag* y el *buan-buan* para *pesâ*: el *dalag* puede vivir mucho. Ponedlos en la red para que continúen en el agua. ¡Las langostas á la sarten! El *bának* es para asado, envuelta en hojas de plátano y relleno de tomates.

— Dejad los demas para que sirvan de reclamo: no es bueno vaciar el *baklad* completamente, añadía.

Entonces trataron de abordar á la orilla, en aquel bosque de árboles seculares perteneciente á Ibarra. Allí á la sombra

y junto al cristalino arroyo almolzarían entre las flores ó debajo de improvisadas tiendas.

La música resonaba en el espacio; el humo de los kalanes se levantaba alegre en forma de tenues torbellinos; el agua cantaba dentro de la ardiente vacija, acaso palabras de consuelo para los peces muertos, acaso de sarcasmo y burla; el cadáver del caiman daba vueltas, pronto presentaba el blanco y destrozado vientre, pronto la pintada y verdosa espalda, y el hombre, favorito de la Naturaleza, no se inquietaba por tantos fratricidios que dirían los bramines ó los *vegetarianos*.

---

#### XXIV.

#### EN EL BOSQUE.

Temprano, muy temprano había dicho su misa el P. Salvi y limpiado en pocos minutos una docena de almas sucias, lo cual no era su costumbre.

Parece que con la lectura de unas cartas, que llegaron bien selladas y lacradas, perdió el digno cura su apetito pues dejó que el chocolate se enfriara completamente.

— El Padre se pone enfermo, decía el cocinero mientras preparaba otra taza; hace días que no come: de los seis platos que le pongo en la mesa, no toca dos.

— Es que duerme mal, contesta el criado; tiene pesadillas desde que cambió de alcoba. Sus ojos se hundan cada vez más, enflaquece de día en día, y está muy amarillo.

En efecto, daba lástima ver al P. Salvi. Ni ha querido tocar la segunda taza de chocolate, ni probar los hojaldres de Cebú: paséase pensativo por la espaciosa sala arrugando entre sus huesudas manos unas cartas que lee de tiempo en tiempo. Al fin pide su coche, se arregla y ordena le conduzcan al bosque dónde se encuentra el fatídico árbol y en cuyas cercanías se celebra la partida campestre.

Llegado al sitio, el P. Salvi despachó su vehiculo y se internó solo en el bosque.

Un sombrío sendero franquea trabajosamente la espesura y conduce a un arroyo, formado de varias fuentes termales como muchas de las faldas del Makiling. Adornan sus orillas flores silvestres, muchas de las cuales no han recibido aun su nombre latino, pero sin duda son ya conocidas de los dorados

insectos, de las mariposas de todos tamaños y colores, azul y oro, blancas y negras, matizadas, brillantes, pavonadas, llevando rubíes y esmeraldas en sus alas, y de los millares de coleópteros de reflejos metálicos, polvoreados de oro fino. El zumbido de estos insectos, el chirrido de la cigarra que alborota día y noche, el canto del pájaro, ó el ruido seco de la podrida rama que cae enganchándose en todas partes son los únicos que turban el silencio de aquel misterioso paraje.

Algun tiempo estuvo vagando entre las espesas enredaderas, evitando los espinos que le agarraban por el hábito de guingon como para detenerle, las raíces de los árboles que salían del suelo haciendo tropezar á cada momento al no acostumbrado caminante. Detúvose repentinamente: alegres carcajadas y frescas voces llegaron á sus oídos, y las voces y las carcajadas partían del arroyo y se acercaban cada vez más.

— Voy á ver si encuentro un nido, decía una hermosa y dulce voz que el cura conocía: quisiera verle sin que él me viese, quisiera seguirle á todas partes.

El P. Salví ocultóse detras del grueso tronco de un árbol y púsose á escuchar.

— ¿Es decir que quieres hacer con él lo que contigo hace el cura, que te vigila en todas partes? contestó una alegre voz. ¡Ten cuidado que los celos hacen enflaquecer y hundir los ojos!

— ¡No, no son celos, es pura curiosidad! replicaba la voz argentina, mientras la alegre repetía: ¡Sí, celos, celos! y reía á carcajadas.

— Si yo tuviera celos, en vez de hacerme invisible á mí, le haría á él para que nadie le pudiese ver.

— Pero tú tampoco le verías y eso no está bien. Lo mejor es que si encontramos el nido, se lo regalemos al cura, así puede vigilarnos á nosotras sin tener necesidad de verle, ¿no te parece?

— Yo no creo en los nidos de las garzas, contestaba otra voz; pero si alguna vez tuviese celos, ya sabría vigilar y hacerme invisible . . .

— Y ¿cómo? y cómo? Acaso como una Sor Escucha? Alegres carcajadas provocó este recuerdo de colegiala.

— ¡Ya sabes cómo se la engaña, á la Sor Escucha!

El P. Salví vió desde su escondite á Maria Clara, á Victoria y á Sinang recorriendo el río. Las tres andaban con la vista en el espejo de las aguas, buscando el misterioso nido de la garza: iban mojadas hasta la rodilla, dejando adivinar los anchos pliegues de sus sayas de baño las graciosas curvas

de sus piernas. Llevaban la cabellera suelta y los brazos desnudos y cubría el busto una camisa de anchas rayas y alegres colores. Las tres jóvenes á la vez que buscaban un imposible recogían flores y legumbres que crecían en la orilla.

El Acteon religioso contemplaba pálido é inmóvil á aquella púdica Diana: sus ojos que brillaban en las oscuras órbitas no se cansaban de admirar aquellos blancos y bien modelados brazos, aquel cuello elegante con el comienzo del pecho; los diminutos y rosados piés, que jugaban con el agua despertaban en su empobrecido sér estrañas sensaciones y hacían soñar en nuevas ideas á su ardiente cerebro.

Tras de un recodo del riachuelo, entre espesos cañaverales, desaparecieron aquellas dulces figuras y dejaron de oírse sus crueles alusiones. Ebrio, vacilante, cubierto de sudor, salió el P. Salví de su escondite y miró en torno suyo con ojos estraviados. Detúvose inmóvil, dudoso; dió algunos pasos como si tratase de seguir á las jóvenes, pero volvió y, andando por la orilla, trató de buscar el resto de la comitiva.

A alguna distancia de allí vió en medio del arroyo una especie de baño, bien cercado, cuyo techo lo formaba un frondoso cañaveral: de él salían alegres y femeniles acentos. Adornábanle hojas de palma, flores y banderolas. — Mas allá vió un puente de caña y á lo lejos á los hombres bañándose, mientras una multitud de criados y criadas bullían al rededor de improvisados *kalanes*, atareados en desplumar gallinas, lavar arroz, asar lechon etc. Y allá en la orilla opuesta, en un claro que habían hecho, se reunían muchos hombres y mujeres bajo un techo de lona, colgado en parte de las ramas de los árboles seculares, en parte de estacas nuevamente levantadas. Allí estaban el alférez, el coadjutor, el gobernadorcillo, el teniente mayor, el maestro de escuela y muchos capitanes y tenientes pasados, hasta Cpn. Basilio, el padre de Sinaang, antiguo adversario del difunto D. Rafael en un viejo litigio. Ibarra le había dicho: “Discutimos un derecho, y discutir no quiere decir ser enemigos.” Y el célebre orador de los conservadores aceptó con entusiasmo la invitacion, enviando tres pavos y poniendo sus criados á la disposicion del joven.

El cura fué recibido con respeto y deferencia por todos hasta por el alférez.

— Pero ¿de dónde viene V. R.? preguntóle éste al ver su cara llena de rasguños y su hábito cubierto de hojas y pedazos de ramas secas. ¿Se ha caído V. R.?

— ¡No, me he estraviado! contestó P. Salví bajando los ojos para examinar su traje.

Se abrían frascos de limonadas, se partían cocos verdes para que los que salían del baño bebiesen su agua fresca y comiesen su tierna carne, más blanca que la leche; las jóvenes recibían además un rosario de sampagas, entremezcladas de rosas é ilang-ilang, que perfumaban la suelta cabellera. Sentábanse ó recostábanse en las hamacas, suspendidas de las ramas, ó se entretenían jugando al rededor de una ancha piedra, sobre la cual se veían naipes, tableros, libritos, sigüeyes y piedrezuelas.

Ensenáronle al cura el caiman, pero al parecer estaba distraído y sólo prestó atención cuando le dijeron que aquella ancha herida la había hecho Ibarra. Por lo demás no era posible ver al célebre y desconocido piloto; había desaparecido ya antes de la llegada del alférez.

Al fin salió María Clara del baño, acompañada de sus amigas, fresca como una rosa en su primera mañana cuando brilla el rocío, chispas de diamante en los divinos pétalos. Su primera sonrisa fué para Crisóstomo, y la primera nube de su frente para el P. Salví. Este lo notó y no suspiró.

Llegó la hora de comer. El cura, el coadjutor, el alférez, el gobernadorcillo y algunos capitanes más con el teniente mayor sentáronse en una mesa que presidía Ibarra. Las madres no permitieron que ningún hombre comiese en la mesa de las jóvenes.

— Esta vez, Albino, no inventas agujeros como en las bancas, dice Leon al ex-seminarista.

— ¿Qué? Qué es eso? preguntaron las viejas.

— Las bancas, señoras, estaban tan enteras como este plato, aclaró Leon.

— ¡Jesus, saramullo! exclama tía Isabel sonriendo.

— Sabe V. algo ya, señor alférez, del criminal que maltrató al P. Dámaso? preguntaba Fr. Salví en la comida á aquel.

— ¿De qué criminal, P. Cura? preguntó el alférez mirando al fraile al través del vaso de vino que vaciaba.

— ¿De quién ha de ser? Del que anteayer tarde golpeó al P. Dámaso en el camino!

— ¿Golpeó al P. Dámaso? preguntaron varias voces.

El coadjutor pareció sonreír.

— ¡Sí, y el P. Dámaso está ahora en cama. Se cree sea el mismo Elías que le arrojó á V. en el charco, señor alférez.

El alférez se puso colorado de vergüenza ó de vino.

— Pues yo creía, continuó el P. Salví con cierta burla, que estaba V. enterado del asunto, yo decía, alférez de la Guardia Civil . . .

Mordióse el militar los labios y balbuceó una tonta excusa.

En esto, apareció una mujer pálida, flaca, vestida miserablemente; nadie la había visto venir pues iba silenciosa y hacia tan poco ruido que de noche se la habría tomado por un fantasma.

— ¡Dad de comer á esa pobre mujer! decían las viejas: oy! venid aqui!

Pero ella continuó su camino y se acercó á la mesa donde estaba el cura: éste volvió la cara, la reconoció y se le cayó el cuchillo de la mano

— ¡Dad de comer á esta mujer! ordenó Ibarra.

— ¡La noche es oscura y desaparecen los niños! murmuraba la mendiga.

Pero á la vista del alférez que le dirigió la palabra, la mujer se espantó y echó á correr desapareciendo por entre los árboles.

— ¿Quién es esa? preguntó.

— Una infeliz que han vuelto loca á fuerza de sustos y dolores! contestó D. Filipo; hace cuatro dias que está así.

— ¿Es acaso una tal Sisa? preguntó con interés Ibarra.

— La han preso sus soldados de V., continuó con cierta amargura el teniente mayor; la han conducido por todo el pueblo por no sé que cosas de sus hijos que . . . no se han podido aclarar.

— ¿Cómo? preguntó el alférez volviéndose al cura: ¿es acaso la madre de sus dos sacristanes?

El cura afirmó con la cabeza.

— ¡Que han desaparecido sin averiguarse nada de ellos! añadió severamente D. Filipo mirando al gobernadorcillo que bajó los ojos.

— ¡Buscad á esa mujer! mandó Crisóstomo á los criados. He prometido trabajar para averiguar el paradero de sus hijos . . .

— ¿Han desaparecido dicen Vs? preguntó el alférez. ¿Sus sacristanes han desaparecido, Padre Cura?

Este apuró el vaso de vino que tenía delante é hizo señas con la cabeza de que sí.

— ¡Carambas, Padre Cura! exclama el alférez con risa burlona, y alegre con el pensamiento de una revancha; desaparecen algunos pesos de V. R. y se me despierta á mi sargento muy temprano para que los haga buscar; desaparecen dos sacristanes, y V. R. no dice nada, y V. Señor Capitan . . . verdad es tambien que V . . .

Y no concluyó su frase sino que se echó á reir hundiendo su cuchara en la roja carne de una papaya silvestre.

El cura, confuso y perdiendo la cabeza, contestó:

— Es que yo tengo que responder del dinero . . .

— ¡Buena respuesta, reverendo pastor de almas! interrumpió el alférez con la boca llena. ¡Buena respuesta, santo varón!

Ibarra quiso intervenir, pero el P. Salvi, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, repuso con sonrisa forzada:

— Y ¿sabe V., señor alférez, qué se dice de la desaparición de esos chicos? No? ¡Pues pregúntelo V. á sus soldados!

— ¿Cómo? exclama aquel perdiendo la alegría.

— ¡Dícese que en la noche de la desaparición han sonado varios tiros!

— ¿Varios tiros? repitió el alférez mirando á los presentes.

Estos hicieron un movimiento de cabeza afirmativo

El P. Salvi repuso entonces lentamente y con cruel burla:

— Vamos, veo que V. ni coge á los criminales ni sabe lo que hacen los de su casa y quiere meterse á predicador y enseñar á los otros su deber. V. debe saber el refrán de „Más sabe el loco en su casa . . .

— ¡ Señores! interrumpe Crisóstomo viendo que el alférez se ponía pálido; propósito de esto quisiera saber qué dicen Vs. de un proyecto mío Pienso confiar esa loca á los cuidados de un buen médico, y en el entretanto con el auxilio y los consejos de Vs, buscar á sus hijos

La vuelta de los criados que no habían podido encontrar á la loca, acabó de pacificar á los dos enemigos, llevando la conversacion á otro asunto.

Terminada la comida y mientras se servía el té y el café distribuyéronse jóvenes y viejos en varios grupos. Unos cogieron los tableros; otros los naipes, pero las jovencitas, curiosas de saber el porvenir, prefirieron hacer preguntas á la *Rueda de la Fortuna*.

— Venga V., Señor Ibarra! gritaba Cpu. Basilio que estaba un poco alegre. Tenemos un pleito de hace quince años, y no hay juez en la Audiencia que lo falle: vamos á ver si lo terminamos en el tablero?

— ¡Al instante y con mucho gusto! contestó el joven. Un momento que el alférez se despide!

Al saberse esta partida todos los viejos que comprendían el ajedrez se reunieron en torno del tablero: la partida era interesante y atraía hasta á los profanos. Las viejas sin embargo rodearon al cura para conversar con él sobre asuntos espirituales, pero Fr. Salvi no juzgaria apropiado el sitio ni la ocasión, pues daba vagas contestaciones y sus miradas,

tristes y algo irritadas, se fijaban en todas partes menos en sus interlocutoras.

Comenzó la partida con mucha solemnidad.

— Si el juego sale tablas, sobreseemos, se entiende! decía Ibarra.

A la mitad del juego, Ibarra recibió un parte telegráfico que le hizo brillar los ojos y ponerse pálido. Intacto lo guardó en su cartera no sin dirigir una mirada al grupo de la juventud, que continuaba entre risas y gritos preguntando al Destino.

— ¡Jaque al Rey! dijo el joven.

Cpn. Basilio no tuvo más remedio que esconderle detrás de la Reina.

— ¡Jaque á la Reina! volvió á decir amenazándola con su torre, que resultaba defendida por un peon.

No pudiendo cubrir á la reina ni retirarla á causa del Rey que estaba detrás, Cpn. Basilio pidió tiempo para reflexionar.

— ¡Con mucho gusto! contestó Ibarra; tenía precisamente algo que decir ahora mismo á algunos en aquella reunion.

Y se levantó concediendo á su contrario un cuarto de hora

Yday tenía el disco de carton en que estaban escritas las 48 preguntas, Albino el libro de las respuestas

— ¡Mentira! no es verdad! mentira! gritaba medio llorosa Sinang.

— ¿Qué te pasa? preguntóle Maria Clara.

— Figúrate, pregunto yo ¿"Cuándo tendré juicio?" echo los dados, y ése, ese cura trasnochado lee en el libro: "Cuando la rana crie pelos"! ¿Te parece?

Y Sinang le hace una mucca al ex-seminarista que continúa riendo.

— ¿Quién te manda hacer esa pregunta? le dice su prima Victoria ¡El hacerla basta para merecer tales contestaciones!

— ¡Preguntad! le dijeron á Ibarra presentándole la rueda. Hemos decidido que quien obtuviese la mejor contestacion recibiría un regalo de los demas. Todos hemos preguntado ya.

— Y ¿quién ha obtenido la mejor?

— ¡Maria Clara, Maria Clara! contestó Sinang Le hicimos preguntar quieras ó no quieras. "¿Es su cariño fiel y constante?" y el libro contestó . . .

Pero Maria Clara, toda encarnada, le tapó la boca con sus manos, y no la dejó continuar.

— ¡Entonces, dadme la rueda! dijo Crisóstomo sonriendo.



Pregunto “¿Si saldré bien en mi actual empresa?”

— ¡Vaya una fea pregunta! exclamó Sinang.

Ibarra echó los dados, y con arreglo á su número buscaron la página y el renglon.

— “Los sueños sueños son!” leyó Albino.

Ibarra sacó el parte telegráfico y lo abrió temblando:

— ¡Esta vez, vuestro libro ha mentido! exclamó lleno de alegría. Leed!

“Proyecto escuela aprobado, otro sentenciado á su favor.”

— ¿Qué significa esto? le preguntaron.

— ¿No deciais que hay que regalar algo á la que mejor contestacion obtenga? preguntó con voz temblorosa de emocion mientras partía cuidadosamente el papel en dos pedazos.

— ¡Sí! Sí!

— Pues bien, este es mi regalo, dijo entregando á Maria Clara la mitad; en el pueblo he de levantar una escuela para niños y niñas; esta escuela será mi regalo!

— Y ese otro pedazo ¿qué quiere decir?

— Esto se lo regalaré á quien haya obtenido la peor respuesta!

— ¡Pues yo! entonces á mí! gritó Sinang.

Ibarra le dió el papel y se alejó rápidamente.

— Y esto ¿qué quiere decir?

Pero el feliz joven ya estaba lejos y volvía á proseguir la partida de ajedrez.

Fr. Salvi se acercó como distraido al alegre círculo de los jóvenes. Maria Clara se secaba una lágrima de alegría.

Cesó entonces la risa y enmudeció la conversacion. El cura miraba á los jóvenes sin acertar á decir una sola palabra; éstos esperaban que él hablase y guardaban silencio.

— ¿Qué es esto? pudo al fin preguntar cogiendo el librito y medio hojeándolo.

— “La Rueda de la Fortuna”, un libro de juego, contestó Leon.

— ¿No sabeis que es un pecado creer en estas cosas? dijo, y rasgó con ira las hojas

Gritos de sorpresa y disgusto se escaparon de todos los labios.

— ¡Mayor pecado es disponer de lo que no es suyo contra la voluntad del dueño! le replicó Albino levantándose. Padre cura, eso se llama robar y Dios y los hombres lo prohiben.

Maria Clara juntó las manos y miró con ojos llorosos los restos de aquel libro que hace poco la había hecho tan feliz.

Fr. Salvi, contra lo que esperaban los presentes, no le replicó á Albino: quedóse viendo como revoloteaban las desgarradas hojas, yendo á parar algunas en el bosque, otras en el agua; despues se alejó tambaleando con las dos manos sobre la cabeza. Detúvose algunos segundos hablando con Ibarra que le acompañó hasta uno de los coches, dispuestos para llevar ó conducir á los invitados.

— ¡Hace bien en marcharse ese espanta-alegrías! murmuraba Sinang ¡Tiene una cara que parece decir: No te rias que conozco tus pecados.

Despues del regalo que habia hecho á su prometida, Ibarra estuvo tan contento que empezó á jugar sin reflexionar ni entretenerse examinando con cuidado el estado de las piezas.

De esto resultó que, aunque Cpn. Basilio se defendía ya sólo á duras penas, la partida llegó á igualarse gracias á muchas faltas que el joven cometió despues.

— ¡Sobreseemos, sobreseemos! decía Cpn. Basilio alegremente

— ¡Sobreseemos! repitió el joven, sea cualquiera el fallo que los jueces hayan podido dar.

Ambos se dieron la mano que se estrecharon con efusion.

Mientras los presentes celebraban este acontecimiento que daba fin á un pleito que tenía á ambas partes ya fastidiadas, la repentina llegada de cuatro guardias civiles y un sargento, armados todos y con la bayoneta calada, turbó la alegría é introdujo el espanto en el círculo de las mujeres

— ¡Quieto todo el mundo! gritó el sargento. ¡Un tiro al que se mueva!

Apesar de esta brutal fanfarronada, Ibarra se levantó y se le acercó.

— ¡Qué quiere V.? Preguntó.

— Que nos entregue ahora mismo un criminal llamado Elías, que les servía de piloto esta mañana, contestó con tono de amenaza.

— Un criminal? El piloto? Debe V. estar equivocado! repuso Ibarra.

— No, señor: ese Elías viene nuevamente acusado de haber puesto la mano en un sacerdote . . .

— ¡Ah! y es ése el piloto?

— El mismo segun se nos dice: V. admite en sus fiestas á gente de mala fama, Sr. Ibarra.

Este le miró de piés á cabeza y le contestó con soberano desprecio:

— ¡No tengo que darle á V. cuenta de mis acciones! En nuestras fiestas todo el mundo es bien recibido, y V. mismo

que hubiera venido, habría encontrado un sitio en la mesa, como su alférez que hace dos horas estaba entre nosotros.

Y dicho esto le volvió las espaldas.

El sargento se mordió los bigotes y considerando que eran la parte más débil, ordenó que buscasen en todas partes y entre los árboles al piloto cuyas señas traían en un pedazo de papel. D. Filipo le decía:

— Note V. que esas señas convienen á las nueve décimas partes de los naturales; no vaya V. á dar un paso en falso!

Al fin volvieron los soldados diciendo que no habían podido ver ni banca ni hombre alguno que infundiese sospechas: el sargento balbuceó algunas palabras y se marchó como vino: á la Guardia Civil.

La alegría volvió poco á poco á renacer, llovieron las preguntas y abundaron los comentarios.

— ¡Con que ése es el Elías que arrojó al alférez á un charco! decía Leon pensativo.

— Y ¿cómo fué eso? cómo fué? preguntaban algunos curiosos.

— Dicen que el mes de Setiembre, un día muy lluvioso, se encontró el alférez con un hombre que venía cargando leña. La calle estaba muy encharcada y solamente en la orilla había un estrecho paso, transitable para una persona. Dicen que el alférez en vez de detener su caballo, picó espuelas gritando al hombre que retrocediese: éste parecía que tenía pocas ganas de desandar lo andado por la carga que llevaba sobre el hombro, ó no quería hundirse en el charco y siguió adelante. El alférez, irritado, le quiso atropellar, pero el hombre cogió un trozo de leña, dió al animal en la cabeza con tal fuerza que el caballo cayó depositando al jinete en el lodazal. Dicen también que el hombre siguió tranquilo su camino sin hacer caso de las cinco balas, que desde el charco le envió una tras otra el alférez, ciego de furia y de lodo. Como el hombre era enteramente desconocido para él se supuso que sería el célebre Elías, llegado á la provincia hacía algunos meses, venido sin saberse de donde, y que se ha dado á conocer á los guardias civiles de algunos pueblos por hechos parecidos.

— ¿Es pues un tulisan? preguntó Victoria estremeciéndose.

— No lo creo, porque dicen que se ha batido una vez contra los tulisanes un día que estos saqueaban una casa.

— ¡No tiene cara de malhechor! añadió Sinang.

— No, sólo que su mirada es muy triste: no le he visto sonreír en toda la mañana, repuso pensativa Maria Clara.

Así pasó la tarde y vió la hora de volver al pueblo.

A los últimos rayos del sol moribundo salieron del bosque pasando en silencio cerca de la misteriosa tumba del antepasado de Ibarra. Después las alegres conversaciones volvieron á reanudarse vivas, llenas de calor, bajo las ramas aquellas, poco acostumbradas á escuchar tantos acentos. Los árboles parecían tristes, las enredaderas se balanceaban como diciendo: "¡Adios, juventud! Adios, sueño de un día!"

Y ahora, á la luz de las rojizas y gigantescas antorchas de caña y al son de las guitarras, dejémoslos en su camino hácia el pueblo. Los grupos disminuyen, las luces se apagan, el canto cesa, la guitarra enmudece á medida que se van acercando á las moradas de los hombres. ¡Poneos la máscara que estais otra vez entre vuestros hermanos!

---

## XXV.

### EN CASA DEL FILOSOFO.

A la mañana del día siguiente, Juan Crisóstomo Ibarra, después de visitar sus tierras, se dirigió á casa del anciano Tasio.

Completa tranquilidad reinaba en el jardín, pues las golondrinas, que revoloteaban en torno de los aleros, apenas hacían ruido. El musgo crecía en el viejo muro donde una especie de yedra trepaba, bordando las ventanas. Aquella casita parecía la mansión del silencio.

Ibarra ató cuidadosamente su caballo á un poste, y caminando casi de puntillas, atravesó el jardín, limpia y escrupulosamente mantenido; subió las escaleras y, como la puerta estaba abierta, entró.

Lo primero que se presentó á sus ojos fué el viejo, inclinado sobre un libro en el que parecía escribir. En las paredes se veían colecciones de insectos y hojas, entre mapas y viejos estantes, llenos de libros y manuscritos.

El viejo estaba tan absorto en su ocupación que no notó la llegada del joven, sino, cuando éste, no queriendo estorbarle, trató de retirarse.

— ¿Cómo? estaba V. ahí? preguntó mirando á Ibarra con cierta extrañeza.

— V. dispense, contestó ésta, veo que está muy ocupado . . .

— En efecto, escribía un poco, pero no urge, y quiero descansar. ¿Puedo serle útil en algo?

— ¡En mucho! contestó Ibarra acercándose; pero . . . Y echó una mirada al libro que estaba sobre la mesa.

— ¿Cómo? exclamó sorprendido; ¿se dedica V. á descifrar geroglíficos?

— ¡No! contestó el viejo ofreciéndole una silla; no entiendo el egipcio ni el copto siquiera, pero comprendo algo el sistema de escritura y escribo en geroglíficos.

— ¿Escribe V en geroglíficos? Y ¿por que? preguntó el joven dudando de lo que veía y oía.

— ¡Para que no me puedan leer ahora!

Ibarra se le quedó mirando de hito en hito, pensando si el viejo estaría en efecto loco. Examinó rápidamente el libro para ver si no mentía y vió muy bien dibujados animales, círculos, semicírculos, flores, piés, manos, brazos etc.

— Y ¿por qué escribe V. entonces si no quiere que le lean?

— Porque no escribo para esta generacion, escribo para otras edades. Si ésta me pudiese leer, quemaría mis libros, el trabajo de toda mi vida; en cambio, la generacion que descifre estos caracteres será una generacion instruida, me comprenderá y dirá: ¡“No todos dormían en la noche de nuestros abuelos!” El misterio ó estos curiosos caracteres salvarán mi obra de la ignorancia de los hombres, como el misterio y los extraños ritos han salvado á muchas verdades de las destructoras clases sacerdotales.

— Y ¿en qué idioma escribe V.? preguntó Ibarra despues de una pausa.

— En el nuestro, en el tagalo.

— Y ¿sirven los signos geroglíficos?

— Si no fuera por la dificultad del dibujo, que exige tiempo y paciencia, casi le diría que sirven mejor que el alfabeto latino. El antiguo egipcio tenía nuestras vocales; nuestro *o*, que sólo es final y que no es como la española, sino una vocal intermedia entre *o* y *u*; como nosotros, el egipcio tampoco tenía verdadero sonido de *e*; se encuentran en él nuestro *ha* y nuestro *kha* que no tenemos en el alfabeto latino tal como lo usamos en español. Por ejemplo: en esta palabra *mukhâ*, — añadí señalando en el libro — transcribo la sílaba *ha* más propiamente con esta figura de pez que con la *h* latina, que en Europa se pronuncia de diferentes maneras. Para otra aspiracion menos fuerte, por ejemplo, en esta palabra *hain*, en donde la *h* tiene menos fuerza, me valgo de este busto de leon, ó de estas tres flores de loto segun la

cantidad de la vocal. Aun más, tengo el sonido de la nasal que tampoco existe en el alfabeto latino españolizado. Repito que sino fuera por la dificultad del dibujo, que hay que hacerlo perfecto, casi se podrían adoptar los geroglíficos, pero esta misma dificultad me obliga á ser conciso y á no decir más que lo justo y necesario; este trabajo ademas me hace compañía, cuando mis huéspedes de la China y del Japon se marchan.

— ¿Cómo?

— No les oye V.? Mis huéspedes son las golondrinas; este año falta una; algun mal muchacho chino ó japonés debe haberla cogido

— ¿Cómo sabe V. que vienen de esos países?

— Sencillamente: hace algunos años, antes de partir, les ataba al pié un papelito con el nombre de Filipinas en inglés, suponiendo que no debían ir muy lejos, y porque el inglés se habla en casi todas estas regiones. Durante años mi papelito no obtuvo contestacion, hasta que últimamente lo hice escribir en chino, y he aqui que el noviembre siguiente vuelven con otros papelitos que hice descifrar: el uno estaba escrito en chino y era un saludo desde las orillas del Hoang-ho, y el otro, supone el chino á quien consulté, debe ser japonés. Pero le estoy á V. entreteniendo con estas cosas y no le pregunto en qué puedo serle útil.

— Venia á hablarle de un asunto de importancia, contestó el joven: ayer tarde . . .

— ¿Han prendido á ese desgraciado? interrumpió el viejo lleno de interés.

— ¿Habla V. de Elías? Cómo lo ha sabido V.?

— He visto á la Musa de la Guardia Civil.

— ¡La Musa de la Guardia Civil! Y ¿quién es esa Musa?

— La mujer del alférez, á quien V. no invitó á su fiesta.

Ayer mañana se divulgó por el pueblo lo sucedido con el caiman. La Musa de la Guardia Civil tiene tanta penetracion como malignidad, y supuso que el piloto debía ser el temerario que arrojó á su marido al charco y apaleó al P. Dámaso; y como ella lee los partes que debe recibir su marido, apenas hubo llegado éste á su casa borracho y sin juicio, despachó, para vengarse de V., al sargento con los soldados á fin de que turbáran la alegría de la fiesta ¡Tenga V. cuidado! Eva era una buena mujer, salida de las manos de Dios . . . Da. Consolacion dicen que es mala y no se sabe de qué manos vino! La mujer, para poder ser buena, necesita haber sido siquiera una vez ó doncella ó madre.

Ibarra se sonrió ligeramente y repuso sacando de su cartera algunos papeles:

— Mi difunto padre solía consultarle á V. en algunas cosas, y recuerdo que sólo ha tenido que felicitarse de haber seguido sus consejos. Tengo entre manos una pequeña empresa cuyo buen éxito necesito asegurar.

E Ibarra le refirió brevemente el proyecto de la escuela, que habia ofrecido á su novia, desarrollando á la vista del estupefacto filósofo los planos que le llegaron de Manila.

— Yo quisiera que V. me aconsejase qué personas debo ganarme primero en el pueblo para el mejor éxito de la obra. V. conoce bien á los habitantes; yo acabo de llegar y soy casi extranjero en mi país.

El viejo Tasio examinaba con ojos humedecidos por las lágrimas los planos que tenía delante.

— ¡Lo que V. va á realizar era mi sueño, el sueño de un pobre loco! exclamó conmovido; y ahora, lo primero que le aconsejo es no venir á consultarme jamás!

El joven le miró sorprendido.

— Porque las personas sensatas, continuó con amarga ironía, le tomarían á V. por loco también. La gente cree locos á los que no piensan como ellos, por eso me tienen por tal, y lo agradezco, porque, ¡ay de mí! el día en que quieran devolverme el juicio; ese día me privarían de la pequeña libertad que me he comprado á costa de mi reputación de ser razonable. Y ¿quién sabe si tienen razón? No pienso ni vivo según sus leyes; mis principios, mis ideales son otros. Fama de cuerdo goza entre ellos el gobernadorcillo porque, no habiendo aprendido más que á servir el chocolate y sufrir el mal genio del P. Dámaso, ahora es rico, turba los pequeños destinos de sus conciudadanos, y á veces hasta habla de justicia. “Ese es el hombre de talento!” piensa el vulgo; “ved, con nada se ha hecho grande!” Pero yo, yo he heredado fortuna, consideración, he estudiado, y ahora soy pobre, no me han confiado ni el más ridículo cargo, y todos dicen: “¡Ese es un loco; ése no entiende la vida!” El cura me llama filósofo por mote, y da á entender que soy un charlatan que hace gala de lo que aprendió en las aulas universitarias, cuando precisamente es lo que menos me sirve. Acaso sea yo verdaderamente el loco y ellos los cuerdos ¿quién lo podrá decir?

Y el viejo sacudió su cabeza como para alejar un pensamiento y continuó:

— Lo segundo que le puedo aconsejar es consultar al cura, al gobernadorcillo, á todas las personas de posición:

ellos le darán á V. malos, torpes ó inútiles consejos, pero consultar no quiere decir obedecer, aparente seguirlos siempre que le es posible y haga constar que obra segun ellos.

Ibarra estuvo un momento reflexionando y despues repuso:

— El consejo es bueno pero difícil de seguir. ¿No podría yo llevar adelante mi idea sin que sobre ella se refleje una sombra? No podría lo bueno hacerse paso al través de todo, pues que la verdad no necesita pedir prestado vestidos al error?

— ¡Nadie ama la verdad desnuda por eso! replica el viejo. Eso es bueno en teoria, factible en el mundo que la juventud sueña. Ahí está el maestro de escuela que se ha agitado en el vacío; corazón de niño que quiso el bien y solo recogió burla y carcajadas. V. me ha dicho que es estrangero en su país, y lo creo. Desde el primer día de su llegada, empezó V. por herir el amor propio de un religioso, que tiene fama de santo entre la gente y de sabio entre los suyos. Dios quiera que este paso no haya decidido de su porvenir. No crea V. que porque los dominicos y agustinos miran con desprecio el hábito de guingon, el cordón y el indecente calzado; porque haya recordado una vez un gran doctor de Sto. Tomás que el Papa Inocencio III había calificado los estatutos de esta orden como más propios para puercos que para hombres, no se den todos ellos la mano para afirmar lo que un procurador decía: “El lego más insignificante puede más que el Gobierno con todos sus soldados.” *Cave ne cadas!* El oro es muy poderoso; el becerro de oro ha derribado muchas veces á Dios de sus altares, y ya desde los tiempos de Moisés.

— No soy tan pesimista ni me parece tan peligrosa la vida en mi país, contestó sonriendo Ibarra. Creo que esos temores son un poco exagerados, y espero poder realizar todos mis propósitos sin encontrar resistencia grande por ese lado.

— Sí, si ellos le tienden la mano, no, si ellos se la retiran. Todos sus esfuerzos de V. se estrellarían contra las paredes de la casa parroquial con sólo agitar el fraile su cordón ó sacudir el hábito; el alcalde, por cualquier pretexto, le negaría mañana lo que hoy ha concedido; ninguna madre dejaría que su hijo frecuentase la escuela, y entonces todas sus fatigas tendrían un efecto contraproducente: desanimarían á los que despues quisiesen intentar generosas empresas.

— Con todo, repuso el joven, no puedo creer en ese poder que V. dice, y áun suponiéndolo, admitiéndolo, tendría todavía á mi lado al pueblo sensato, al Gobierno que está animado de muy buenos propósitos, lleva grandes miras y quiere francamente el bien de Filipinas.



— ¡El Gobierno! El Gobierno! murmura el filósofo levantando los ojos para mirar al techo. Por más animado que esté del deseo de engrandecer el país en beneficio del mismo y de la Madre Patria; por más que el generoso espíritu de los Reyes Católicos lo recuerde aun alguno que otro funcionario y lo mente á sus solas, el Gobierno no ve, no oye, no juzga más que por lo que le hace ver, oír y juzgar el cura ó el provincial; está convencido de que sólo descansa en ellos, de que si se sostiene es porque ellos le sostienen, que si vive es porque le consienten que viva y el día en que le falten, caerá como un maniquí que perdió su sosten. Al Gobierno se le amedrenta con levantar al pueblo y al pueblo con las fuerzas del Gobierno: de aquí se origina un sencillo juego que se parece a lo que sucede á los medrosos al visitar lugares lúgubres: toman por fantasmas las propias sombras y por extrañas voces los propios ecos. Mientras el Gobierno no se entienda con el país, no saldrá de esa tutela; vivirá como esos jóvenes imbéciles que tiemblan á la voz de su ayo, cuya condescendencia mendigan. El Gobierno no sueña en ningún porvenir robusto, es un brazo, la cabeza es el convento, y por esta inercia con que se deja arrastrar de abismo en abismo, se convierte en sombra, desaparece su entidad, y débil é incapaz todo lo confía á manos mercenarias. Compare V. sino, nuestro sistema gubernamental con los de los países que ha visitado . . . .

— ¡Oh! interrumpió Ibarra; eso es mucho pedir, contentémonos con ver que nuestro pueblo no se queja, ni sufre como el pueblo de otros países, y eso es gracias á la Religión y á la benignidad de los gobernantes.

— El pueblo no se queja porque no tiene voz, no se nueve porque está aletargado, y dice V. que no sufre, porque no ha visto lo que sangra su corazón. ¡Pero un día V. lo verá y lo oirá y ay! de los que basan su fuerza en la ignorancia ó en el fanatismo, ay! de los que gozan con el engaño y trabajan en la noche creyendo que todos duermen! Cuando la luz del día alumbre el aborto de las sombras, vendrá la reacción espantosa: tanta fuerza, durante siglos comprimida, tanto veneno destilado gota á gota, tantos suspiros ahogados saldrán á luz y estallarán . . . ¿Quién pagará entonces esas cuentas que los pueblos presentan de tiempo en tiempo y que nos conserva la Historia en sus páginas ensangrentadas?

— ¡Dios, el Gobierno y la Religión no permitirán que llegue ese día! repuso Crisóstomo, impresionado apesar suyo. Filipinas es religiosa y ama á España; Filipinas sabrá cuanto

por ella hace la nacion. Hay abusos sí, hay defectos, no lo he de negar, pero España trabaja para introducir reformas que los corrijan, madura proyectos, no es egoista.

— Lo sé, y esto es lo peor. Las reformas que vienen de lo alto se anulan en las esferas inferiores gracias á los vicios de todos, por ejemplo, al ávido deseo de enriquecerse en poco tiempo y á la ignorancia del pueblo que todo lo consiente. Los abusos no los corrige un réal decreto mientras una autoridad celosa no vigile su ejecucion, mientras no se conceda la libertad de la palabra contra las demasias de los tiranuelos: los proyectos quedan proyectos, los abusos abusos, y el ministro, satisfecho, dormirá más tranquilo, sin embargo. Aun más, si acaso viene un personaje de alto puesto con grandes y generosas ideas, pronto empieza por oír, mientras por detrás le tienen por loco: “V. E. no conoce el pais, V. E. no conoce el caracter de los indios, V. E. los va á perder, V. E. hará bien en fiarse en fulano y zutano etc.”, y como S. E. no conocia efectivamente el pais, que hasta ahora había colocado en América, y ademas tiene defectos y debilidades como todo hombre, se deja convencer. S. E. recuerda tambien que para conseguir el puesto, ha tenido que sudar mucho y sufrir más, que lo tiene únicamente por tres años, que se hace viejo y es menester no pensar en quijoterías sino en su porvenir: un hotelito en Madrid, una casita en el campo y una buena renta para vivir con lujo en la Corte, hé aquí lo que debía buscar en Filipinas. No pidamos milagros, no pidamos que se interese por el bien del pais quien viene como estrangero para hacer su fortuna y marcharse despues. ¿Qué le importa el agradecimiento ó las maldiciones de un pueblo que no conoce, en donde no tiene sus recuerdos, en donde no tiene sus amores? La gloria para ser agradable, es menester que resuene en los oidos de los que amamos, en la atmósfera de nuestro hogar ó de la patria que ha de guardar nuestras cenizas: queremos que la gloria se siente sobre nuestro sepulcro para calentar con sus rayos el frio de la muerte, para que no nos reduzcamos por completo á la nada, sino que quede algo de nosotros Nada de esto podemos prometer al que viene á cuidarse de nuestros destinos. Y lo peor de todo esto es que se marchan cuando empiezan á enterarse de su deber. Pero nos alejamos de nuestra cuestion.

— No, antes de volver á ella, necesito aclarar ciertas cosas, interrumpió el joven vivamente. Puedo conceder que el Gobierno desconozca al pueblo, pero creo que el pueblo conoce menos al Gobierno. Hay funcionarios inútiles, malos,

si V. quiere, pero tambien los hay buenos y si estos no pueden nada hacer, es porque se encuentran con una masa inerte: la poblacion que toma poca participacion en las cosas que le atañen. Pero no he venido á discutir con V. sobre este punto: venia para pedirle un consejo y V. me dice que doble ante grotescos ídolos la cabeza . . .

— Sí, y lo repito, porque aquí hay que bajar la cabeza ó dejarla caer.

— ¿O bajar la cabeza ó dejarla caer? repitió Ibarra pensativo. ¡Es duro el dilema! Pero y ¿por qué? ¿Es acaso incompatible el amor á mi pais con el amor á España? Es acaso necesario rebajarse para ser buen cristiano, prostituir la propia conciencia para llevar á cabo un buen fin? Amo á mi patria, á Filipinas, porque á ella le debo mi vida y mi felicidad, y porque todo hombre debe amar su patria; amo á España, la patria de mis mayores, porque, apesar de todo, Filipinas le debe y le deberá su felicidad y su porvenir; soy católico, conservo pura la fé de mis padres, y no veo por qué habia de bajar la cabeza, cuando la puedo levantar, entregarla á mis enemigos cuando los puedo hollar?

— Porque el campo en donde V. quiere sembrar está en poder de sus enemigos, y contra ellos no tiene V. fuerza . . . Es necesario que V. bese primero esa mano que . . .

Pero el joven no le dejó continuar y exclamó arrebatado:

— ¡Besar! Pero V. olvida que entre ellos han matado á mi padre, le han arrojado de su sepulcro . . . pero yo que soy el hijo no lo olvido, y si no le vengo, es porque miro por el prestigio de la Religion.

El viejo filósofo bajó la cabeza.

— Señor Ibarra, repuso lentamente; si V. conserva esos recuerdos, recuerdos cuyo olvido no le puedo aconsejar, abandone la empresa que intenta y busque en otra parte el bien de sus paisanos. La empresa pide otro hombre porque, para llevarla á cabo, no sólo se necesita tener dinero y querer; en nuestro pais se requieren ademas abnegacion, tenacidad y fé porque el terreno no está preparado; sólo está sembrado de cizaña.

Ibarra comprendía el valor de estas palabras pero no debía desanimarse; el recuerdo de Maria Clara estaba en su mente: era preciso realizar su oferta.

— ¿No le sugiere su esperiencia mas que ese duro medio? preguntó en voz baja.

El viejo le cogió del brazo y le llevó á la ventana. Un viento fresco, precursor del Norte, soplabá; á sus ojos se

estendia el jardin, limitado por el estenso bosque que servia de parque.

— ¿Por qué no hemos de hacer lo que ese débil tallo, cargado de rosas y capullos? dijo el filósofo señalando un hermoso rosal. El viento sopla, le sacude, y él se inclina como ocultando su preciosa carga. Si el tallo se mantuviese recto, se rompería, el viento esparciría las flores, y los capullos se malograrian. El viento pasa y el tallo vuelve á erguirse, orgulloso con su tesoro. ¿quién le acusará de haberse plegado ante la necesidad? Allá vea V. aquel gigantesco *kupang*, que mueve magestuosamente su aéreo follage donde anida el águila. Lo traje del bosque débil planta; con delgadas cañas sostuve su tallo durante meces. Si lo hubiera traído grande y lleno de vida, á buen seguro que aquí no habria vivido: el viento le habria sacudido antes que sus raíces se pudiesen fijar en el terreno, antes que éste se afirmase á su alrededor y le proporcionase el debido sustento para su tamaño y estatura. Así terminaria V., planta trasplantada de Europa á este suelo pedregoso, si no busca apoyo y se empequeñece. V. está en malas condiciones, solo, elevado: el terreno vacila, el cielo anuncia tempestad y la copa de los árboles de su familia se ha probado que atrae al rayo. No es valor, es temeridad combatir solo contra todo lo existente; nadie tacha al piloto que se acoje á un puerto á la primera ráfaga de tormenta. Bajarse cuando pasa la bala no es cobardía; lo malo es desafiarla para caer y no volverse á levantar.

— Y ¿produciria este sacrificio los frutos que espero? pregunto Ibarra; ¿creeria en mí y olvidaria su agravio el sacerdote? Me ayudarian francamente en provecho de la instruccion que disputa á los conventos las riquezas del pais? No pueden fingir amistad, aparentar proteccion, y por debajo, en las sombras, combatirle, miuarle, herirle en el talon para hacerle vacilar más pronto que atacándole de frente? Dados los antecedentes que V. supone, todo se puede esperar!

El viejo permaneció silencioso sin poder contestar. Meditó algun tiempo y repuso:

— Si tal sucediese, si la empresa fracasase, le consolaria á V. el pensamiento de haber hecho cuanto dependia de su parte, y aun asi, algo se habria ganado: poner la primera piedra, sembrar, despues que se desencadene la tempestad, algun grano acaso germine, sobreviva á la catástrofe, salve la especie de la destruccion y sirva despues de simiente para los hijos del sembrador muerto. El ejemplo puede alentar á los otros que sólo temen principiar.

Ibarra consideró estas razones, vió su situación y comprendió que con todo su pesimismo, el viejo tenía mucha razón.

— Le creo á V.! exclamó estrechándole la mano. No en vano esperaba un buen consejo. Hoy mismo iré á franquearme con el cura, que al fin y al cabo no me ha hecho ningún mal y que debe ser bueno, pues no todos son como el perseguidor de mi padre. Tengo además que interesarle en favor de esa desgraciada loca y de sus hijos: confío en Dios y en los hombres!

Despidióse del viejo y, montando á caballo, partió.

— ¡Atención! murmuró el pesimista filósofo siguiéndole con la mirada; observemos bien cómo desarrollará el Destino la comedia que ha empezado en el cementerio.

Esta vez estaba verdaderamente equivocado: la comedia había empezado mucho antes.

---

## XXVI.

### LA VÍSPERA DE LA FIESTA.

Estamos á diez de Noviembre, la vispera de la fiesta.

Saliendo de la monotonía habitual, el pueblo se entrega á una actividad incomparable en la casa, en la calle, en la iglesia, en la gallera y en el campo: las ventanas se cubren de banderas y damascos de varios colores; el espacio se llena de detonaciones y música; el aire se impregna y satura de regocijos.

Diferentes confituras de frutas del país en dulceras de cristal de alegres colores va ordenando la dalaga en una mesita, que cubre blanco mantel bordado. En el patio pían pollos, cacarean gallinas, gruñen cerdos, espantados ante las alegrías de los hombres. Los criados suben y bajan llevando doradas vagillas, cubiertos de plata: aquí se riñe porque se rompe un plato, allá se ríen de la simple campesina: en todas partes se manda, se cuchichea, se grita, se hacen comentarios, conjeturas, se animan unos á otros, y todo es confusión, ruido y bullicio. Y todo este afán y toda esta fatiga es por el huésped conocido ó desconocido; es para agasajar á cualquiera persona que quizás no se haya visto jamás, ni se dejará ya más ver después; para que el forastero, el extranjero, el amigo, el enemigo, el filipino, el español, el pobre, el rico salgan con-

tentos y satisfechos: no se les pide siquiera gratitud, ni se espera de ellos que no dañen á la hospitalaria familia durante ó despues de la digestion! Los ricos, los que han estado alguna vez en Manila y han visto algo más que los otros, han comprado cerveza, champagne, licores, vinos y comestibles de Europa, de lo que apenas probará un bocado ó beberá un trago. Su mesa está aparejada gallardamente.

En medio está una gran piña artificial, muy bien imitada, en que clavan palillos para dientes, primorosamente cortados por los presidiarios en sus horas de descanso. Ya figuran un abanico, ya un ramillete de flores, un ave, una rosa, una palma ó unas cadenas, todo tallado de una sola pieza de madera: el artista es un forzado, el instrumento un mal cuchillo y la inspiracion la voz del bastonero. — A los lados de esta piña, que llaman *palillera*, levántanse sobre fruteros de cristal pirámides de naranjas, lanzones, ates, chicos y aun mangas apesar de ser Noviembre. Desques, en anchos platonos, sobre papeles calados y pintados con brillantes colores, se presentan jamones de Europa, de China, un pastel grande en forma de *Agnus Dei* ó de paloma, el Espiritu santo tal vez, pavos rellenos etc., y entre estos los aperitivos frascos de *acharas* con caprichosos dibujos, hechos de la flor de bonga y otras legumbres y frutas, cortadas artísticamente y pegadas con almíbar á las paredes de los garrafones.

Límpianse los globos de vidrio, que han venido heredándose de padres á hijos; se hacen brillar los aros de cobre; se desnudan las lámparas de petróleo de sus fundas rojas, que las libran de moscas y mosquitos durante el año y las hacen inútiles; las almendras y colgantes de cristal de formas prismáticas bambolean, chocan armoniosamente, cantan, parecen que toman parte en la fiesta, se alegran y descomponen la luz reflejando sobre la blanca pared los colores del arco iris. Los niños juegan, se divierten, persiguen los colores, tropiezan, rompen tubos, pero esto no impide que continúe la alegría de la fiesta: en otra época del año lo contarían de diferente manera las lágrimas de sus redondos ojos

Al igual de estas venerandas lámparas, salen tambien de sus escondites las labores de la joven: velos, hechos al *crochet*, alfombritas, flores artificiales; aparecen antiguas bandejas de cristal, cuyo fondo figura un lago en miniatura con pececitos, caimanes, moluscos, algas, corales y rocas de vidrio de brillantes colores. Estas bandejas se cubren de puros, cigarrillos y diminutos *buyos*, torcidos por los delicados dedos de las solteras. — El suelo de la casa brilla como un espejo; cortinas de

piña ó *jusi* adornan las puertas; de las ventanas cuelgan faroles de cristal ó de papel rosa, azul, verde ó rojo: la casa se llena de flores y tientos colocados sobre pedestales de loza de China; hasta los santos se engalanan, las imágenes y las reliquias se ponen de fiesta, se les sacude el polvo, se limpian los cristales y cuelgan de sus marcos ramilletes de flores.

En las calles, de trecho en trecho, se levantan caprichosos arcos de caña labrada de mil maneras, llamados *sinkában*, rodeados de *kaluskús* cuya sola vista alegra ya el corazón de los muchachos. Al rededor del patio de la iglesia está el grande y costoso entoldado, sostenido por troncos de caña, para que pase la procesion. Debajo de éste juegan los chicos, corren, trepan, saltan y rompen las nuevas camisas que debían lucir el día de la fiesta.

Allá en la plaza se ha levantado el tablado, escenario de caña, nipa y madera: allí dirá maravillas la comedia de Tondo y competirá con los dioses en milagros inverosímiles; allí cantarán y bailarán Marianito, Chananay, Balbino, Ratia, Carvajal, Yeyeng, Liceria etc. El filipino gusta del teatro y asiste con pasión á las representaciones dramáticas; oye silencioso el canto, admira el baile y la mimica, no silba pero tampoco aplaude. ¿No le gusta la representacion? pues masca su buyo ó se marcha sin turbar á los otros que acaso encuentren gusto en ello. Sólo algunas veces abulla el bajo pueblo cuando los actores besan ó abrazan á las actrices, pero no pasa de ahí. En otro tiempo se representaban únicamente dramas; el poeta del pueblo componía una pieza en que necesariamente habia de haber combates á cada dos minutos, un jocosos y metamórfosis terroríficas. Pero desde que los artistas de Tondo se pusieron á pelear cada quince segundos, tuvieron dos jocosos y dieron en cosas más inverosímiles aún, mataron á sus colegas provincianos. El gobernadorcillo era aficionado á ello y escogió de acuerdo con el Cura la comedia, "El principe Villardo ó los clavos arrancados de la infame cueva," pieza con magia y fuegos artificiales.

De tiempo en tiempo repican alegremente las campanas, las mismas campanas aquellas que diez dias antes tan tristemente doblaban. Ruedas de fuego y morteretes atruenan el aire: el pirotécnico filipino, que aprendió su arte sin maestro ninguno conocido, va á desplegar sus habilidades, prepara toros, castillos de fuego con luces de Bengala, globos de papel inflados con aire caliente, ruedas de brillantes, bombas, cohetes etc.

¿Resuenan lejanos acordes? pues ya corren los muchachos

precipitadamente hacia las afueras de la población para recibir á las bandas de música. Son cinco las alquiladas, además de tres orquestas. La música de Pagsanghan, propiedad del escribano no debe faltar, ni la del pueblo S. P. de T, célebre entonces porque la dirigía el maestro Austria, el vagabundo *cabo Mariano* que lleva, según dicen, la fama y la armonía en el extremo de su batuta. Los músicos elogian su marcha fúnebre "El Sauce", y deploran que no haya tenido educación musical pues con su genio habría dado gloria á su país.

La música entra en el pueblo tocando alegres marchas, seguida de chicos harapientos ó medio desnudos: quien viste la camisa de su hermano, quien los pantalones de su padre. Tan pronto como la música ha cesado, ya la saben de memoria, la tararean, la silban con rara afinación, ya dan su juicio.

Entretanto van llegando en carromatas, calesas ó coches los parientes, los amigos, los desconocidos, los tahures con sus mejores gallos, con sacos de oro, dispuestos á arriesgar sus fortunas sobre el tapete verde ó dentro de la *rueda* de la gallera.

— ¡El alférez tiene cincuenta pesos cada noche! murmura un hombre pequeñito y rechoncho al oído de los recién llegados; Cpn. Tiago va á venir y pondrá banca; Cpn. Joaquin trae diez y ocho mil. Habrá *tiam-pó*: el chino Carlos lo pone con un capital de diez mil. De Tanauan, Lipa y Batangas así como de Sta Cruz vienen grandes puntos. ¡Va á ser en grande! Va á ser en grande. Pero tomen Vs. chocolate. Este año no nos pelará Capitan Tiago como el pasado: no ha costado más que tres misas de gracia y yo tengo un *mutyá* de cacao. Y ¿cómo está la familia?

— ¡Bien, bien! gracias! contestaban los forasteros: y ¿el P. Dámaso?

— El P. Dámaso predicará por la mañana y tallará con nosotros por la noche.

— ¡Mejor, mejor! No hay entonces peligro ninguno!

— ¡Seguros, estamos seguros! El chino Carlos suelta además!

Y el hombre rechoncho hace con sus dedos ademán como quien cuenta monedas.

Fuera del pueblo, los montañeses, los *kasamá* se ponen sus mejores trajes para llevar á casa de los socios capitalistas bien cebadas gallinas, jabalíes, venados, aves; éstos cargan en los pesados carros leña, aquellos frutas, plantas aéreas, las más raras que crecen en el bosque: otros llevan *bigá* de



anchas hojas, *tikas-tikas* con flores de color de fuego para adornar las puertas de las casas.

Pero donde reina la mayor animacion que ya raya en tumulto, es allá sobre una especie de ancha meseta á algunos pasos de la casa de Ibarra. Rechinan poleas, óyense gritos, el ruido metálico de la piedra que se pica, el martillo que clava un clavo, el hacha que labra la viga. Cava la tierra una muchedumbre y abre un ancho y profundo foso; otros ponen en fila piedras sacadas de las canteras del pueblo, descargan carros, amontonan arena, disponen tornos y cabrestantes . . .

— ¡Aquí! allá eso! Vivo! gritaba un viejecillo de fisonomía animada é inteligente, que tenía por baston un metro con cantos de cobre al cual va arrollada la cuerda de una plomada. Era el maestro de obras, Nor Juan, arquitecto, albañil, carpintero, blanqueador, cerrajero, pintor, picapedrero y en ocasiones escultor.

— ¡Es menester terminarlo ahora mismo! ¡Mañana no se puede trabajar y pasado mañana es la ceremonia! Vivo!

— ¡Haced el boyo de manera que se adapte justamente con este cilindro! decia á unos picapedreros que pulimentaban una grande piedra cuadrangular; dentro de esto se conservarán nuestros nombres!

Y repetía á cada nuevo forastero que se acercaba lo que ya mil veces había dicho.

— ¿Sabeis lo que vamos á construir? Pues es una escuela, modelo en su género, como las de Alemania, mejor aún! El plano lo ha trazado el arquitecto Sr. R., y yo, yo dirijo la obra! Sí, señor, ved esto va á ser un palacio con dos alas; una para los niños y otra para las niñas. Aquí en medio un gran jardin con tres surtidores: allí en los costados, arboledas, pequeñas huertas para que les chicos siembren y cultiven plantas en las horas de recreo, aprovechen el tiempo y no lo malgasten. Ved como los cimientos son profundos! Tres metros setenta y cinco centímetros! El edificio va á tener bodegas, subterráneos, calabozos para los desaplicados y cerca, muy cerca de los juegos y del gimnasio para que los castigados oigan cómo los diligentes se divierten. ¿Veis ese grande espacio? Ese será la esplanada para correr y saltar al aire libre. Las niñas tendrán jardin con bancos, columpios, alamedas para el juego de la comba, surtidores, pajareras etc. Esto va á ser magnífico!

Y Nor Juan se frotaba las manos, pensando en la fama

que iba á adquirir. Vendrían los estrangeros para verlo y preguntarian. — ¿Quién es el gran arquitecto que ha construido esto? — ¿No lo sabeis? Parece mentira que no conozcais á Nor Juan? Sin duda venís de muy lejos! contestarian todos.

Con estos pensamientos iba de un extremo á otro, inspeccionándolo todo y pasando revista á todo.

— Encuentro demasiada madera para una cábria! decia á un hombre amarillo que dirigia algunos trabajadores; yo tendria bastante con tres largos trozos que formen tripode y otros tres los que sujeten entre sí!

— ¡Ábá! contestó el hombre amarillo sonriendo de un modo particular; cuanto más aparato demos á la obra, tanto mayor efecto conseguiremos. El conjunto tendrá más aspecto, más importancia y dirán: ¡cuánto se ha trabajado! Vereis, vereis qué cábria levanto yo! Y luego la adornaré de banderolas, guirnaldas de hojas y flores . . . direis despues que habeis tenido razon en admitirme entre vuestros trabajadores, y el Señor Ibarra no podrá desear más!

Y el hombre reía y sonreía: Nor Juan sonreía tambien y movía la cabeza.

A alguna distancia de allí se veían dos kioskos unidos entre si por una especie de emparrado cubierto de hojas de plátano.

El maestro de escuela con unos treinta muchachos tejían coronas, sujetaban banderas á los delgados pilares de caña, cubiertos de lienzo blanco abollonado.

— Procurad que las letras estén bien escritas! decia á los que dibujaban inscripciones; el Alcalde va á venir, muchos curas asistirán, acaso el Capitan General que está en la provincia! Si ellos ven que dibujais bien, tal vez os alaben.

— ¿Y nos regalen una pizarra . . . ?

— ¡Quién sabe! pero el Sr. Ibarra ya ha pedido una á Manila. Mañana llegarán algunas cosas que se repartirán entre vosotros como premios . . . Pero, dejad esas flores en el agua, mañana haremos los ramilletes, traereis más flores, porque es menester que la mesa esté cubierta de ellas; las flores alegran la vista.

— Mi padre traerá mañana flores de *bainô* y un cesto de sampagas.

— El mio ha traído tres carretones de arena y no ha recibido pago.

— Mi tío ha prometido pagar un maestro! añadía el sobrino de Cpn. Basilio.

En efecto, el proyecto había encontrado eco casi en todos. El cura había pedido apadrinar y bendecir él mismo la colocación de la primera piedra, ceremonia que tendría lugar el último día de la fiesta, siendo una de sus mayores solemnidades. El mismo coadjutor se había acercado tímidamente á Ibarra ofreciéndole cuantas misas le pagasen los devotos hasta la conclusión del edificio. Aun más, la hermana Rufa, la rica y económica mujer dijo que si llegaba á faltar dinero, ella recorrería algunos pueblos para pedir limosna con la única condición de que le pagasen el viaje y los alimentos etc. Ibarra le dió las gracias y respondió:

— No sacaríamos gran cosa pues ni yo soy rico ni este edificio es una iglesia. Además no he prometido levantarlo á costa de los otros.

Los jóvenes, los estudiantes que venían de Manila para celebrar la fiesta, le admiraban y tomaban por prototipo; pero, como sucede casi siempre cuando queremos imitar á los hombres notables, sólo imitamos sus pequeñeces cuando no sus defectos porque de otra cosa no somos capaces, muchos de estos admiradores se fijaban en la manera como el joven hacía el lazo de su corbata, otros en la forma del cuello de la camisa y no pocos en el número de los botones de su americana y chaleco.

Los funestos presentimientos del viejo Tasio parecían haberse disipado para siempre. Así se lo manifestó Ibarra un día, pero el viejo pesimista contestó:

— Recuerde V. lo que dice Baltasar:

'Kung ang isalúbong sa iyong pagdating  
Ay masayang mukhá 't may pakitang giliu,  
Lalong pag íngata 't kaauay na libim . . .

Baltasar era tan buen poeta como pensador.

Estas y otras cosas más pasaban en la víspera antes de ponerse el sol.

---

## XXVII.

### AL ANOCHECER.

En casa de Cpn. Tiago se habían hecho también muy grandes preparativos. Conocemos al dueño; su afición al fausto y su orgullo de manileño debían humillar en esplendidez

á los provincianos. Otra razon habia ademas que le obligaba á procurar eclipsar á los otros: tenia á su hija Maria Clara y estaba allí su futuro yerno que sólo hacia hablar de él.

En efecto: uno de los mas sérios periódicos de Manila le habia dedicado un articulo en su primera plana, titulado ¡*Imitadle!* colmándole de consejos y dándole algunos elogios. Le habia llamado *el ilustrado joven y rico capitalista*; dos lineas más abajo, *el distinguido filántropo*; en el siguiente párrafo *el alumno de Minerva que habia ido á la Madre Patria para saludar el genuino suelo de las artes y ciencias* y un poco más abajo *el español filipino* etc. etc. Cpn. Tiago ardía en generosa emulacion y pensaba si acaso no debia tambien levantar á su costa un convento.

Dias antes habian llegado á la casa, que habitaban Maria Clara y tia Isabel, multitud de cajas de comestibles y bebidas de Europa, espejos colosales, cuadros y el piano de la joven.

Cpn. Tiago llegó el mismo dia de la vispera: al besarle su hija la mano, él le regaló un hermoso relicario de oro con brillantes y esmeraldas, conteniendo una astilla de la barca de S. Pedro, donde se habia sentado N. S. durante la pesca.

La entrevista con el futuro yerno no podia ser más cordial; se habló naturalmente de la escuela. Cpn. Tiago queria que se llamase escuela de S. Francisco.

— ¡Créame V., decia; S. Francisco es un buen patron! Si V. la llama escuela de Instruccion primaria, no gana V. nada. ¿Quién es Instruccion primaria?

Llegaron algunas amigas de Maria Clara y la invitaron á salir á paseo.

— Pero vuelve pronto, dijo Cpn. Tiago á su hija que le pedia su permiso; ya sabes que esta noche cena con nosotros el P. Dámaso que acaba de llegar.

Y volviéndose á Ibarra que se habia puesto pensativo, añadió:

— Cene V. tambien con nosotros; en su casa estará V. solo.

— Con muchisimo gusto, pero debo estar en casa por si vienen visitas, contestó balbuceando el joven, esquivando la mirada de Maria Clara.

— Traiga V. á sus amigos, replica frescamente Cpn. Tiago; en mi casa siempre hay comida abundante . . . Quisiera ademas que V. y el P. Dámaso se entendiesen . . .

— ¡Ya habrá tiempo para eso! contestó Ibarra sonriendo con sourisa forzada y se dispuso á acompañar á las jóvenes. Bajaron las escaleras.

Maria Clara iba en medio de Victoria é Iday, la tia Isabel seguía detrás.

La gente se apartaba respetuosa para abrirles camino. Maria Clara iba sorprendente de belleza: su palidez había desaparecido y si sus ojos seguían pensativos, su boca, por el contrario, sólo parecía conocer la sonrisa. Con esa amabilidad de la doncella feliz saludaba á los antiguos conocidos de su niñez, hoy admiradores de su dichosa juventud. En menos de quince dias había vuelto á recobrar aquella franca confianza, aquella charla infantil que parecían haberse aletargado entre los estrechos muros del beaterio: diríase que la mariposa al dejar el capullo reconocía todas las flores; le bastó volar un momento y calentarse á los dorados rayos del sol para perder la rigidez de la crisálida. La nueva vida se reflejaba en todo el sér de la joven: todo lo encontraba bueno y bello; manifestaba su amor con esa gracia virginal que no viendo más que pensamientos puros, no conoce el por qué de los falsos rubores. Sin embargo, se cubría el rostro con el abanico cuando le daban una alegre broma, pero entonces sus ojos sonreían y un ligero estremecimiento recorría todo su sér.

Las casas principiaban á iluminarse, y en las calles, que recorría la música, encendíanse las arañas de caña y madera, imitaciones de las de la iglesia.

Desde la calle, al través de las abiertas ventanas, se veía la gente bullir en las casas, en una atmósfera de luz y perfumes de las flores, á los acordes del piano, arpa ú orquesta. Cruzaban las calles chinos, españoles, filipinos, y éstos ya vistiendo el traje europeo, ya el del país. Andaban confundidos codeándose y empujándose criados cargando carne y gallinas, estudiantes vestidos de blanco, hombres y mujeres, esponiéndose á ser atropellados por coches y calesas, que apesar del *tabi* de los conductores, difícilmente se abría paso.

Delante de la casa de Cpn. Basilio, algunos jóvenes saludaron á nuestros conocidos y los invitaron á que visitaran la casa. La alegre voz de Sinang que descendía las escaleras corriendo puso fin á toda escusa.

— Subid un momento para que yo pueda salir con vosotras, decía. Me aburre estar entre tantos desconocidos, que sólo hablan de gallos y barajas.

Subieron.

La sala estaba llena de gente. Algunos se adelantaron para saludar á Ibarra cuyo nombre era conocido de todos; contemplaban estasiados la hermosura de Maria Clara, y algunas viejas murmuraban mientras mascaban buyo: “¡Parece la Virgen!”

Allí tuvieron que tomar chocolate. Cpn. Basilio se había hecho íntimo amigo y defensor de Ibarra desde el día de campo. Supo por el telegrama, regalado á su hija Sinang, que estaba enterado de que el pleito había sido sentenciado á su favor, por lo cual, no queriendo dejarse vencer en generosidad, trataba de anular lo del juego de ajedrez. Pero, no consintiendo Ibarra en ello, Cpn. Basilio propuso que el dinero con que debía pagar las costas, se emplease en pagar á un maestro en la futura escuela del pueblo. A consecuencia de esto, el orador empleaba su oratoria para que los otros contrarios desistiesen de sus extrañas pretensiones y les decía:

— ¡Creedme: en los pleitos el que gana se queda sin camisa!

Pero no llegaba á convencer á nadie apesar de citar á los romanos.

Despues de tomar el chocolate, nuestros jóvenes tuvieron que oír el piano, tocado por el organista del pueblo.

— Cuando le oigo en la iglesia, decía Sinang señalándole. me dan ganas de bailar; ahora que toca el piano se me ocurre rezar. Por esto me marcho con vosotras.

— ¿Quiere V. venir con nosotros esta noche? preguntaba Cpn. Basilio al oído de Ibarra al despedirse: el P. Dámaso va á poner una pequeña banca.

Ibarra se sonrió y contestó con un movimiento de cabeza que tanto equivalía á un sí como á un no.

— ¿Quién es ése? preguntó Maria Clara á Victoria señalando con una rápida mirada á un joven que las seguía.

— Ése . . . ése es un primo mio, contestó algo turbada.

— Y ¿el otro?

— Ese no es primo mio, contestó vivamente Sinang; es un hijo de mi tia.

Pasaron por delante de la casa parroquial, que por cierto no era de las menos animadas. Sinang no pudo contener una exclamacion de asombro al ver que ardian las lámparas, las lámparas de una forma antiquísima, que el P. Salvi no dejaba nunca encender por no gastar petróleo. Oíanse gritos y sonorras carcajadas, veíase á los frailes andar lentamente moviendo á compas la cabeza y el grueso puro que adorna sus labios. Los seglares que entre ellos estaban procuraban imitar cuanto hacían los buenos religiosos. Por el traje europeo que vestían debían ser empleados ó autoridades en la provincia.

Maria Clara distinguió los redondos contornos del P. Dámaso al lado de la correcta silueta del P. Sibyla. Inmóvil en su sitio estaba el misterioso y taciturno P. Salvi.

— ¡Esta triste! observó Sinang; piensa en lo que le van á costar tantas visitas. Pero ya vereis como no lo paga él, sino los sacristanes. Sus visitas siempre comen en otra parte.

— ¡Sinang! le reprende Victoria.

— No le puedo sufrir desde que rompió la Rueda de la Fortuna; yo ya no me confieso con él.

Entre todas las casas se distinguía una que ni estaba iluminada, ni tenía las ventanas abiertas: era la del alférez. Estrañóse de ello Maria Clara.

— ¡La bruja! la Musa de la Guardia Civil como dice el viejo! exclamó la terrible Sinang. ¿Qué tiene ella que ver con nuestras alegrías? ¡Estará rabiando! Deja que venga el cólera y verás como da un convite.

— ¡Pero, Sinang! vuelve á reprender su prima.

— Nunca la he podido sufrir y menos desde que turbó nuestra fiesta con sus guardias civiles. A ser yo Arzobispo, la casaba con el P. Salvi . . . ¡verás qué hijitos! Mira que hacer prender al pobre piloto, que se arrojó al agua por complacer . . .

No pudo concluir la frase: en el ángulo de la plaza donde un ciego cantaba al son de una guitarra el romance de los peces, se presentaba un raro espectáculo.

Era un hombre cubierto con un ancho salakot de hojas de palma, y vestido miserablemente. Consistía su traje en una levita, hecha girones y unos calzones anchos, como los de los chinos, rotos en diferentes sitios. Miserables sandalias calzaban sus piés. Su rostro quedaba todo en sombras gracias á su salakot, pero de aquellas tinieblas partían de cuando en cuando dos fulgores, que se apagaban al instante. Era alto y por sus movimientos debía creerse que era joven. Depositaba un cesto en tierra, y se alejaba despues pronunciando sonidos estraños, incomprensibles; permanecía de pié, completamente aislado, como si él y la muchedumbre se esquivasen mutuamente. Entonces, acercábanse algunas mujeres á su cesta, depositaban frutas, pescado, arroz etc. Cuando ya no había nadie que se acercase, salían de aquellas sombras otros sonidos más tristes pero menos lastimeros, accion de gracias tal vez; recogía su cesta y se alejaba para repetir lo mismo en otro sitio.

Maria Clara presintió allí una desgracia y preguntó llena de interés por aquel estraño sér.

— Es el lazarino, contestó Iday. Hace cuatro años ha contraído esa enfermedad: unos dicen por cuidar á su madre, otros por haber estado en la húmeda prision. Vive allá en

el campo, cerca ya del cementerio de los chinos; no se comunica con nadie, todos huyen de él por temor de contagiarse. ¡Si vieras su casita! Es la casita de Giring-giring: el viento, la lluvia y el sol entran y salen como la aguja en la tela. Le han prohibido tocar nada que perteneciese á la gente. Un día cayó un chiquillo en el canal, el canal no era profundo, pero él que pasaba cerca le ayudó á salir de allí. Súpolo el padre, se quejó al gobernadorcillo, y éste le mandó dar seis azotes en medio de la calle, quemando despues el bejuco. Aquello era atroz! el lazarino corria huyendo, el azotador le perseguía y el gobernadorcillo le gritaba: “¡Aprende! más vale que uno se ahogue que no que se enferme como tú.”

— ¡Es verdad! murmuró Maria Clara.

Y sin darse cuenta de lo que hacia, acercóse rápidamente á la cesta del desgraciado y depositó en ella el relicario que acababa de regalarle su padre.

— ¿Qué has hecho? le preguntaron sus amigas.

— ¡No tenía otra cosa! contestó disimulando con una risa las lágrimas de sus ojos.

— Y ¿qué va él á hacer con tu relicario? le dijo Victoria.

Un día le dieron dinero, pero con una caña lo alejó de sí: ¿para qué lo quería si nadie acepta nada que venga de él? ¡Si el relicario pudiera comerse!

Maria Clara miró con envidia á las mujeres que vendían comestibles, y se encogió de hombros.

Pero el lazarino se acercó á la cesta, cogió la alhaja que brilló entre sus manos, se arrodilló, la besó y despues descubriéndose hundió la frente en el polvo que la joven había pisado.

Maria Clara ocultó el rostro detrás de su abanico y se llevó el pañuelo á los ojos.

Entretanto se habia acercado una mujer al desgraciado que parecia orar. Traía la larga cabellera, suelta y desgredada, y á la luz de los faroles se vieron las facciones estremadamente demacradas de la loca Sisa.

Al sentir su contacto, el lazarino soltó un grito y se levantó de un salto. Pero la loca se agarró á su brazo, con gran horror de la gente, y decia:

— ¡Rezemos, rezemos! Hoy es el día de los muertos! Esas luces son las vidas de los hombres; recemos por mis hijos!

— ¡Separadla, separadlos! que se va á contagiar la loca! gritaba la multitud, pero nadie se atrevía á acercarse.

— ¿Ves aquella luz en la torre? ¡Aquella es mi hijo



Basilio que baja por una cuerda! ¿Ves aquella allá en el convento? Aquella es mi hijo Crispin, pero yo no voy á verlos porque el cura está enfermo y tiene muchas onzas, y las onzas se pierden. ¡Recemos, recemos por el alma del cura! Yo le llevaba amargoso y zarzalidas; mi jardin estaba lleno de flores, y tenía dos hijos. ¡Yo tenía jardin, cuidaba flores, y tenía dos hijos!

Y soltando al lazarino se alejó cantando:

¡Yo tenía jardin y flores, yo tenía hijos, jardin y flores!

— ¿Qué has podido hacer por esa pobre mujer? preguntó Maria Clara á Ibarra.

— ¡Nada; estos días había desaparecido del pueblo y no se la podía encontrar! contestó medio confuso el joven. He estado además muy ocupado, pero no te afijas; el cura prometió ayudarme, recomendándome mucho tacto y sigilo, pues parece que se trata de la Guardia Civil. ¡El cura se interesa mucho por ella!

— ¿No decía el alférez que haría buscar á los niños?

— ¡Sí, pero entonces estaba un poco . . . bebido!

Apénas acabada de decir esto cuando vieron á la loca, arrastrada más bien que conducida por un soldado: Sisa oponía resistencia.

— ¿Por qué la prendéis? Qué ha hecho? preguntó Ibarra.

— ¿Qué? No habeis visto cómo ha alborotado? contestó el custodio de la pública tranquilidad.

El lazarino recogió precipitadamente su cesto y se alejó.

Maria Clara quiso retirarse pues había perdido la alegría y el buen humor.

— ¡Tambien hay gentes que no son felices! murmuraba.

Al llegar á la puerta de su casa, sintió aumentarse su tristeza al ver que su novio se negaba á subir y se despedía:

— ¡Es necesario! decía el joven.

Maria Clara subió las escaleras pensando en lo aburridos que son los dias de fiesta cuando vienen las visitas de los forasteros.

---

## XXVIII.

### CORRESPONDENCIAS.

Cada uno habla de la feria como le va en ella.

No habiendo sucedido nada importante para nuestros personajes, ni en la noche de la vispera ni al siguiente dia, saltaríamos gustosos al último, si no considerásemos que acaso

algun lector extranjero desearía conocer cómo celebran sus fiestas los filipinos. Para esto copiaremos al pié de la letra varias cartas, una de ellas la del corresponsal de un serio y distinguido periódico de Manila, venerable por su tono y alta severidad. Nuestros lectores rectificarán algunas ligeras y naturales inexactitudes.

El digno corresponsal del noble periódico escribía así:

‘Sr. Director . . .

‘Mi distinguido amigo: Jamás presencié, ni espero ver en provincias, fiesta religiosa tan solemne, espléndida y conmovedora como la que se celebra en este pueblo por los M. R. R. y virtuosos P. P. Franciscanos.

‘La concurrencia es grandísima: aquí he tenido la felicidad de saludar á casi todos los españoles, residentes en esta provincia, á tres R. R. P. Agustinos de la Provincia de Batangas, á dos R. R. P. Dominicos, una de ellos el M. R. P. Fr. Hernando de la Sibyla que con su presencia ha venido á honrar este pueblo, lo cual no deben olvidar jamás sus dignos habitantes. He visto también á gran número de principales de Cavite, Pampanga, á muchos ricos de Manila, y muchas bandas de música entre ellas la refinadísima de Pagsanjan, propiedad del Sr. escribano, Don Miguel Guevara, y á multitud de chinos é indios, que con la curiosidad que caracteriza á los primeros y religiosidad de los últimos, esperaban con ansia el día en que había de celebrarse la solemne fiesta, para asistir al espectáculo cómico-mímico-lírico-coreográfico-dramático, para cuyo fin se había levantado un grande y espacioso tablado en medio de la plaza.

‘A las nueve de la noche del día diez, la víspera de la fiesta, despues de la opípara cena con que nos obsequió el Hermano Mayor, llamaron la atención de cuantos españoles y frailes estábamos en el convento, los acordes de dos músicas que con acompañamiento de apiñada multitud y al ruido de cohetes y bombazos, y precedidas por los principales del pueblo, venian al convento para sacarnos y conducirnos al sitio preparado y destinado para nosotros á fin de presenciar el espectáculo.

‘Tuvimos que ceder á tan galante ofrecimiento por más que yo hubiera preferido descansar en los brazos de Morfeo y dar grato reposo á mis doloridos miembros, gracias á las sacudidas del vehículo que nos proporcionó el gobernadorcillo del pueblo de B.

‘Bajamos pues, y fuimos á buscar á nuestros compañeros que cenaban en la casa que aquí tiene el piadoso y opulento

D. Santiago de los Santos. El cura del pueblo, el M. R. P. Fr. Bernardo Salví, y el M. R. P. Fr. Dámaso Verdolagas, que ya está por especial favor del Altísimo restablecido de la dolencia, que mano impía sobre él causará, en compañía del M. R. P. Fr. Hermando de la Sibyla y el virtuoso cura de Tanauan con otros españoles más, eran los invitados en casa del Creso filipino. Allí hemos tenido la dicha de admirar, no solamente el lujo y el buen gusto de los dueños de la casa, que no es comun entre los naturales, sino también á la preciosa, bellísima y rica heredera, que demostró ser una consumada discípula de Sta. Cecilia tocando en su elegante piano, con una maestría que me hizo recordar á la Galvez, las mejores composiciones alemanas é italianas. Lástima que tan perfecta señorita sea tan excesivamente modesta y oculte sus méritos á la sociedad que para ella sólo tiene admiraciones. No debo dejar en el tintero que en casa del anfitrión nos hicieron tomar champaña y finos licores con la profusión y esplendor que caracterizan al capitalista conocido.

‘Asistimos al espectáculo. V. conoce ya á nuestros artistas Ratia, Carvajal y Fernandez; sus gracias sólo fueron comprendidas por nosotros, pues la clase no ilustrada no pescó de ello ni una jota. Chananay y Balbino, bien aunque algo ronquillos: el último soltó un *pollito* pero en conjunto y buena voluntad admirable. A los indios, sobre todo al gobernadorcillo, gustó mucho la comedia tagala: este último se frotaba las manos y nos decía que era una lástima que no hubiesen hecho pelear á la princesa con el gigante que la había robado, lo cual en su opinión habría sido más maravilloso, y más, si el gigante llegaba á ser invulnerable menos en el ombligo como un tal Ferragús de que habla la Historia de los Doce Pares. El M. R. P. Fr. Dámaso, con esa bondad de corazón que le distingue, participaba de la opinión del gobernadorcillo y añadía que en tal caso la princesa ya se arreglaría para descubrirle al gigante su ombligo y darle el golpe de gracia.

‘Escuso decirle que durante el espectáculo no permitió que faltase nada la amabilidad del Rothschild filipino: sorbetes, limonadas gaseosas, refrescos, dulces, vinos etc. etc. corrían con profusión entre los que estábamos allí. Notóse mucho y con razón la ausencia del conocido é ilustrado joven D. Juan Crisóstomo Ibarra que, como V. sabe, debe mañana presidir la bendición de la primera piedra para el gran monumento que tan filantrópicamente hace levantar. Este digno descendiente de los Pelayos y Elcanos, (porque según he sabido uno

de sus abuelos paternos es de nuestras heroicas y nobles provincias del Norte, acaso uno de los primeros compañeros de Magallanes ó Legaspi) tampoco se ha dejado ver en el resto del día á causa de un pequeño malestar. Su nombre corre de boca en boca y sólo lo pronuncian con alabanzas que no pueden menos de redundar en gloria de España y de los legitimos españoles como nosotros, que no desmentimos jamás nuestra sangre por mezclada que pudiese estar.

‘Hoy 11 por la mañana presenciamos un espectáculo altamente conmovedor. Este día, como es público y notorio, es la fiesta de la Virgen de la Paz, y la celebran los Hermanos del Smo. Rosario. Mañana será la fiesta del Patron S. Diego y toman parte en ella principalmente los Hermanos de la V. O. T. Entre estas dos corporaciones hay una emulacion piadosa para servir á Dios, y esta piedad llega hasta el extremo de provocar santos disgustos entre ambas, como lo sucedido últimamente por disputarse el gran predicador de reconocida fama, el tantas veces nombrado M. R. P. Fr. Dámaso, que ocupará mañana la cátedra del Espíritu Santo con un sermón que será, segun creencia general, un acontecimiento religioso y literario.

‘Pues, como íbamos diciendo, presenciamos un espectáculo altamente edificante y conmovedor. Seis jóvenes religiosos, tres que debían decir misa y los otros tres de acólitos salieron de la sacristia y postrados ante el altar, entonó el celebrante que era el M. R. P. Fr. Hernando de la Sibyla el *Surge Domine*, con que debía empezar la procesion al rededor de la iglesia, con aquella magnífica voz y religiosa unción que todo el mundo le reconoce y le hacen tan digno de la admiracion general. Terminado el *Surge Domine*, el gobernadorcillo, vestido de frac, con el guion, seguido de cuatro acólitos con incensarios, empezó la procesion. Tras ellos venían los ciriales de plata, la municipalidad, las preciosas imágenes vestidas de raso y oro, representando á Sto. Domingo, S. Diego y la Virgen de la Paz con un magnífico manto azul con planchas de plata dorada, regalo del virtuoso ex-gobernadorcillo, muy digno de imitarse y nunca suficientemente nombrado D. Santiago de los Santos. Todas estas imágenes iban en carros de plata. Tras de la Madre de Dios veníamos los españoles y los otros religiosos: el oficiante iba protegido por un palio que llevaban los cabezas de barangay, y cerraba la procesion el benemérito cuerpo de la Guardia Civil. Creo inútil decir que una multitud de indios formaban las dos filas de la procesion, llevando con gran piedad cirios encendidos. La

música tocaba religiosas marchas; repetidas salvas hacian las bombas y ruedas de fuego. Causa admiracion ver la modestia y fervor que estos actos inspiran en el corazon de los creyentes, la fé pura y grande que á la Virgen de la Paz profesan, la solemnidad y ferviente devocion con que tales solemnidades celebran los que tuvimos la dicha de nacer bajo el sacrosanto é immaculado pabellon de España.

‘Terminada la procesion se dió principio á la misa ejecutada por la orquesta y los artistas del Teatro. Despues del Evangelio subió al púlpito el M. R. P. Fr. Manuel Martin, agustino que ha venido de la provincia de Batangas, el cual ha tenido absorto y pendiente de su palabra á todo el auditorio y principalmente á los españoles en el exordio en castellano, que dijo con valentía y frases tan facilmente traídas y adecuadas, que llenaban nuestros corazones de fervor y entusiasmo. Esta palabra pues es lo que debe darse á lo que se siente ó sentimos cuando se trata de la Virgen y de nuestra querida España, y sobre todo cuando pueden intercalarse en el testo, puesto que la materia se presta, las ideas de un príncipe de la Iglesia, el *señor Monescillo*, que son con seguridad las de todos los españoles.

‘Concluida la misa subimos todos al convento juntamente con los principales del pueblo y otras personas de importancia, donde fueron muy bien obsequiados con la finura, atencion y prodigalidad que caracterizan al M. R. P. Fr. Salvi ofreciéndonos cigarros y un fuerte tente-en-pié que el Hermano Mayor habia preparado debajo del Convento para todo el que necesitase acallar las necesidades de su estómago.

‘Durante el dia no faltó nada para hacer alegre la fiesta y para conservar la animacion característica de los españoles, que en ocasiones tales no les es posible contenerse, demostrando ya en canciones ó bailes, ya en otras sencillas y alegres distracciones, que tienen corazon noble y fuerte, que las penas no les abaten y que basta se reunan en un sitio dado tres españoles para que la tristeza y malestar de allí se ausenten. Rindióse pues culto á Terpsicore en muchas casas, pero principalmente en la del ilustrado millonario filipino, á donde fuimos todos invitados á comer. Escuso decirle á V. que el banquete, opípara y brillantemente servido, fué la segunda edicion de las bodas de Caná ó Camacho, corregida y aumentada. Mientras gozábamos de los placeres de la bucólica que dirigia un cocinero de *la Campana*, tocaba la orquesta armoniosas melodias. La hermosísima señorita de la casa lucía un traje de mestiza y una cascada de brillantes,

y fué como siempre la reina de la fiesta. Todos deploramos en el fondo de nuestra alma que una ligera torcedura de su lindo pié la haya privado de los placeres del baile, pues si hemos de juzgar por lo que sus perfecciones en todo demuestran, la señorita de los Santos debe bailar como una silfide.

‘El Alcalde de la provincia ha llegado esta tarde con objeto de solemnizar con su presencia la ceremonia de mañana. Ha deplorado el malestar del distinguido propietario señor Ibarra, que gracias á Dios, segun se nos ha dicho, ya está mejor.

‘Esta noche hubo procesion solemne, pero de esto le hablaré en mi carta de mañana, porque, ademas de los bombazos que me han aturrido y vuelto algo sordo, estoy muy cansado y me caigo de sueño. Mientras, pues, recupero fuerzas en los brazos de Morfeo ó sea en el catre del convento, deseo á V., mi distinguido amigo, buenas noches y hasta mañana que será el gran dia.

Su afmo. amigo q. b. s. m.

‘S. Diego 11 de Noviembre. El corresponsal.“

Esto escribia el bueno del corresponsal Veamos ahora qué escribia Cpn. Martin á su amigo Luis Chiquito.

“Querido Choy: Ven corriendo si puedes que la fiesta es muy alegre; figúrate que Cpn. Joaquin está casi desbancado: Cpn. Tiago le ha doblado tres veces y las tres en puertaa, con lo que Cabezang Manuel, el dueño de la casa, se vuelve cada vez más pequeño de alegría. El P. Dámaso rompió de un puñetazo una lámpara porque hasta ahora no ha ganado una carta; el Consul ha perdido en sus gallos y en la banca todo lo que nos ha ganado en la fiesta de Biñang y en la Pilar de Sta. Cruz.

“Esperábamos que Cpn. Tiago nos trajese á su futuro yerno, el rico heredero de D. Rafael, pero parece que quiere imitar á su padre porque ni siquiera se ha dejado ver. Lástima! Parece que no será nunca de provecho.

“El chino Carlos está haciendo una grande fortuna con el *liam-pó*; sospecho que lleva algo oculto, tal vez un iman: se queja continuamente de dolores de cabeza que lleva vendada, y cuando el cubo del *liampó* se pára poco á poco, entonces se inclina casi hasta tocarle, como si lo quisiese bien observar. Estoy escamado porque sé otras historias parecidas.

‘Adios, Choy; mis gallos van bien y mi mujer está alegre y se divierte.

“Tu amigo

Martin Aristorenas.“

Ibarra había recibido también un billetito perfumado, que Andeng, la hermana de leche de Maria Clara, le había entregado á la noche del primer día de la fiesta. El billete decía: "Crisóstomo: Hace más de un día que no te dejas ver; he oído que estás algo enfermo, he rezado por tí y encendido dos cirios por más que papá dice que no estás enfermo de gravedad. Anoche y hoy me han aburrido mandándome tocar el piano é invitándome á bailar. ¡No sabía que hubiese tantos fastidiosos en la tierra! Si no fuera por el P. Dámaso, que procura distraerme contando y diciéndome muchas cosas, me habria encerrado en mi alcoba para dormir. Escribeme qué tienes pues diré á papá que te visite. Por ahora, te envío á Andeng, para que te haga té: ella lo sabe cocer bien y acaso mejor que tus criados.

Maria Clara.

"P. D. Si no vienes mañana, no iré yo á la ceremonia. Vale."

---

## XXIX.

### LA MAÑANA.

Las bandas de música tocaron diana á los primeros albores de la aurora, despertando con aires alegres á los fatigados vecinos del pueblo. La vida y la animación renacieron, las campanas volvieron á repicar y las detonaciones comenzaron.

Era el último día de la fiesta, era verdaderamente la fiesta misma. Se esperaba ver mucho, más que el día anterior. Los Hermanos de la V. O. T. eran más numerosos que los del Smo. Rosario, y sus cofrades sonreían piadosamente, seguros de humillar á sus rivales. Habían comprado mayor número de velas: los chinos cereros hicieron su agosto, y en agradecimiento pensaban bautizarse, por más que algunos aseguraban que no era por fé en el catolicismo sino por el deseo de tomar mujer. Pero á esto respondían las piadosas mujeres:

— Aunque así fuera, el casarse tantos chinos á la vez no dejaría de ser un milagro, y ya les convertirían sus esposas.

La gente se puso los mejores trajes; salieron de sus cajitas todas las alhajas. Los tahures y los jugadores mismos lucieron camisas bordadas con botones de gruesos brillantes.

pesadas cadenas de oro y blancos sombreros de jipijapa. Sólo el viejo filósofo seguía como siempre: la camisa de *sinamay* con rayas oscuras, abotonada hasta el cuello, zapatos holgados y ancho sombrero de fieltro color de ceniza.

— ¡Está V. hoy más triste que nunca! le dijo el teniente mayor; ¿no quiere V. que nos alegremos de vez en cuando, puesto que tenemos mucho que llorar?

— ¡Alegrarse no quiere decir cometer locuras! contestó el viejo. Es la insensata orgía de todos los años! Y todo ¿por qué? Malgastar el dinero, cuando hay tantas miserias y necesidades! Ya! comprendo, es la orgía, es la bacanal para apagar las lamentaciones de todos!

— Ya sabe V. que participo de su opinion, repuso D. Filipo, medio serio medio sonriendo. La he defendido, pero ¿qué podía hacer contra el gobernadorcillo y el cura?

— ¡Dimitir! contestó el filósofo y se alejó.

D. Filipo se quedó perplejo, siguiendo con la vista al anciano.

— ¡Dimitir! murmuraba dirigiéndose á la iglesia, ¡dimitir! Si! si este cargo fuese una dignidad y no una carga, si, dimitiría!

El patio de la iglesia estaba lleno de gente: hombres y mujeres, niños y viejos, vestidos con sus mejores trajes, confundidos unos con otros, entraban y salían por las estrechas puertas. Olía á pólvora, á flores, á incienso, á perfume; bombas, cohetes y buscapiés hacían correr y gritar á las mujeres, reír á los niños. Una banda de música tocaba delante del convento, otras, conduciendo á la municipalidad, recorrian las calles, donde flotaban y ondeaban multitud de banderas. Luz y colores abigarrados distraían la vista, armonías y estruendos el oído. Las campanas no cesaban de repicar; cruzábanse coches y calesas cuyos caballos á veces se espantaban, encabritaban, ponían de manos, lo cual, sin embargo de no figurar en el programa de la fiesta, constituía un espectáculo gratis y de los más interesantes.

El Hermano Mayor de este día había enviado criados para buscar convidados en la calle como el que dió el festín de que nos habla el Evangelio. Se invitaba, casi á la fuerza, á tomar chocolate, café, té, dulces etc. No pocas veces la invitación tomaba las proporciones de una querrela.

Iba á celebrarse la misa mayor, la misa que llaman de dalmática, como la de ayer de que hablaba el digno corresponsal, sólo que ahora el celebrante sería el P. Salví y entre las personas que iban á oírle estaría el Alcalde de la pro-



vincia con otros muchos españoles y gente ilustrada para escuchar al P. Dámaso, que gozaba de gran fama en la provincia. El alférez mismo, escarmentado y todo de las predicciones del P. Salví, acudía también para dar una prueba de su buena voluntad y desquitarse si era posible de los malos ratos que el cura le había dado. Tal fama tenía el P. Dámaso, que ya el corresponsal escribió de antemano al director del periódico lo siguiente:

“Como le había anunciado á V. en mis mal pergeñadas líneas de ayer, así ha sucedido. Hemos tenido la especial dicha de oír al M. R. P. Fr. Dámaso Verdolagas, antiguo cura de este pueblo, transferido hoy á otro mayor en premio de sus buenos servicios. El insigne orador sagrado ocupó la cátedra del Espíritu Santo pronunciando un elocuentísimo y profundísimo sermón, que edificó y dejó pasmados á todos los fieles que aguardaban ansiosos ver brotar de sus fecundos labios la saludable fuente de la eterna vida. Sublimidad en los conceptos, atrevimiento en las concepciones, novedad en las frases, elegancia en el estilo, naturalidad en los gestos, gracia en el hablar, gallardía en las ideas, hé aquí las prendas del Bossuet español, que tiene justamente ganada su alta reputación no sólo entre los ilustrados españoles sino aun entre los rudos indios y los astutos hijos del celeste Imperio.”

Sin embargo, el confiado corresponsal por poco no se vé obligado á borrar cuanto había escrito. El P. Dámaso se quejaba de cierto ligero catarro que había cogido la noche anterior: después de cantar unas alegres peteneras se había tomado tres vasos de sorbete y asistido un momento al espectáculo. A consecuencia de esto quería renunciar á ser el intérprete de Dios para con los hombres, pero no encontrándose otro que se hubiese aprendido la vida y milagros de S. Diego. — el cura los sabía, es verdad, mas tenía que officiar, — los otros religiosos hallaron unánimemente que el timbre de voz del P. Dámaso era inmejorable y que sería una gran lástima dejar de pronunciar tan elocuente sermón como el ya escrito y aprendido. Por esto, la antigua ama de llaves le preparó limonadas, le untó pecho y cuello con unguentos y aceites, le envolvió en paños calientes, le sobó etc. etc. El P. Dámaso tomó huevos crudos batidos en vino, y toda la mañana ni habló ni desayunó; apenas bebió un vaso de leche, una taza de chocolate y una docenita de bizcochos, renunciando heroicamente á su pollo frito y á su medio queso de la Laguna de todas las mañanas, porque, según el ama, pollo y queso tenían sal y grasa y podrían provocar la tos.

— ¡Todo, para ganar el cielo y convertirnos! decían conmovidas las Hermanas de la V. O. T. al enterarse de estos sacrificios.

— ¡La Virgen de la Paz le castiga! murmuraban las Hermanas del Smo. Rosario, que no le podían perdonar el haberse inclinado del lado de sus enemigas.

A las ocho y media salió la procesion á la sombra del entoldado de lona. Era por el estilo de la de ayer, si bien había una novedad: la Hermandad de la V. O. T. Viejos, viejas y algunas jóvenes camino de viejas esponian largos hábitos de guingon; los pobres los gastaban de tela basta, los ricos de seda ó sea del guingon franciscano que llaman por usarlo más los Rdos. Frailes Franciscanos. Todos aquellos sagrados hábitos eran legítimos, venian del convento de Manila de donde el pueblo los adquiere por limosna, á cambio de dinero *prix fixe*, si se permite la frase de una tienda. Este precio fijo puede aumentarse pero no disminuirse. Lo mismo que estos hábitos se venden tambien otros en el mismo convento y en el monasterio de Sta. Clara, que poseen, además de la gracia especial de procurar muchas indulgencias á los muertos que en ellos se amortajan, la gracia más especial aun de ser más caros cuanto más viejos, raidos é inservibles son. Escribimos esto por si algun piadoso lector necesita de tales reliquias sagradas, ó algun tuno trapero de Europa quiere hacer fortuna llevándose á Filipinas un cargamento de hábitos zurcidos y mugrientos, pues llegan á costar diez y seis pesos ó más segun el aspecto más ó menos haraposo.

S. Diego de Alcalá iba en un carro adornado con planchas de plata repujada. El Santo, bastante delgado, tenía el busto de marfil de una espresion severa y magestuosa apesar del abundante cerquillo rizado como el de los negritos. Su vestido era raso bordado de oro.

Nuestro venerable Padre S. Francisco seguía, despues la Virgen como ayer, sólo que el sacerdote que venia debajo del palio, era esta vez el P. Salvi y no el elegante P. Sibyla de maneras distinguidas. Pero si bien al primero le faltaba hermoso continente, le sobraba sin embargo uncion: tenía las manos juntas en actitud mística, los ojos bajos, y andaba medio encorvado. Los que llevaban el palio eran los mismos cabezas de barangay, sudando de satisfaccion al verse á la vez que semi-sacristanes, cobradores de tributos, redentores de la humanidad vagabunda y pobre, y por consiguiente Cristos que dan su sangre por los pecados de los otros. El coadjutor, de sobrepelliz, iba de un carro ó otro llevando el incensario, con

cuyo humo regalaba de tiempo en tiempo el olfato del cura, que entonces se ponía más serio aun y más grave.

Así andaba la procesion lenta y pausadamente al son de bombas, cantos y religiosas melodías, lanzadas al aire por las bandas de música, que seguían detrás de cada carro. Con tal afán, entretanto, distribuía el Hermano Mayor cirios que muchos de los acompañantes se retiraron á sus casas con luz para cuatro noches mientras juegan á las cartas. Devotamente se arrodillaban los curiosos al pasar el carro de la Madre de Dios y rezaban con fervor Cremos y Salves.

Frente á una casa en cuyas ventanas, adornadas de vistosas colgaduras, se asomaban el Alcalde, Cpn. Tiago, María Clara, Ibarra, varios españoles y señoritas, detúvose el carro; el Padre Salví acertó levantar la vista pero no hizo el más pequeño gesto que demostrase saludo ó que los reconociese: únicamente se irguió, se puso más derecho y la capa pluvial cayó sobre sus hombros con cierta gracia y más elegantemente.

En la calle, debajo de la ventana, había una joven de rostro simpático, vestida con mucho lujo, llevando en sus brazos un niño de corta edad. Nodrizas ó niñeras debía ser, pues el chico era blanco y rubio, y ella, morena y sus cabellos más negros que el azabache.

Al ver al cura, estendió el tierno infante sus manecitas, rióse con esa risa de la infancia que no provoca dolores ni es por ellos provocada, y gritó balbuceando en medio de un breve silencio: ¡Pa . . . pa! Papá! papá!

La joven se estremeció, puso precipitadamente su mano sobre la boca y alejóse corriendo muy confusa. El niño echóse á llorar.

Los maliciosos se guiñaron unos á otros, y los españoles que vieron la corta escena se sonrieron. La natural palidez del P. Salví se trocó en amapola.

Y sin embargo, la gente no tenía razon: el Cura no conocía siquiera á la mujer, que era una forastera.

---

### XXX.

#### EN LA IGLESIA.

De extremo á extremo estaba lleno el camarín, que los hombres asignan por casa al Criador de cuanto existe.

Se empujaban, se oprimían, se machacaban unos á otros,

exhalando ayes los pocos que salían y los muchos que entraban. Todavía, desde lejos, estendiase ya el brazo para mojar los dedos en agua bendita, pero á lo mejor venía la oleada y apartaba la mano: entonces se oía un gruñido, una mujer pisoteada renegaba, pero continuaban los empujones. Algunos viejos que conseguían refrescar sus dedos en el agua aquella, ya de color de cieno, en donde se lavára una poblacion entera con más los forasteros, se untaban con ella devotamente, si bien con trabajo, el cogote, la coronilla, la frente, la nariz, la barba, el pecho y el ombligo en la conviccion de que así santificaban todas aquellas partes y no padecerían ni torticolis, ni dolores de cabeza, ni tisis, ni indigestiones. Las personas jóvenes, bien porque no faesen tan enfermizas ó no creyesen en aquella sagrada profilaxis, apenas humedecían la puntita del dedo — para que la gente devota no tuviese nada que decir —, y hacían de señalar la frente sin tocarla, por supuesto. “Será bendita y todo lo que se quiera,” pensaria alguna joven, “¡pero tiene un color . . .!”

Se respiraba á duras penas: hacía calor y olía á animal bimano; pero el predicador valía todas aquellas molestias: su sermon le costaba al pueblo doscientos cincuenta pesos. El viejo Tasio había dicho:

— ¡Doscientos cincuenta pesos por un sermon! Un hombre solo y una sola vez! La tercera parte de lo que cuestan los comediantes que trabajarán durante tres noches! . . . Necesariamente debeis ser muy ricos!

—¿Qué tiene eso que ver con la comedia? contestó malhumorado el nervioso maestro de los Hermanos de la V. O. T.; con la comedia se van las almas al Infierno, y con el sermon al Cielo! Si hubiese pedido mil, le pagaríamos y todavía se lo tendríamos que agradecer . . .

— ¡Despues de todo teneis razon! replicó entonces el filósofo; á mi al menos me divierte más el sermon que la comedia.

— ¡Pues, á mí ni la comedia! gritaba furioso el otro.

— ¡Lo creo, tanto entendeis del uno como del otro!

Y el impio se marchaba sin hacer caso de los insultos y funestas profecías que el irritable maestro hacía sobre su vida futura.

Mientras se esperaba al Alcalde, la gente sudaba y bostezaba: agitaban el aire abanicos, sombreros y pañuelos; gritaban y lloraban los niños, lo que daba que trabajar á los sacristanes para echarlos del templo. Esto hacía pensar al concienzudo y flemático maestro de la Cofradía del Smo. Rosario:

— “Dejad que los niños se acerquen á mí,” decía N. S. Jesucristo, es verdad, pero aquí debe sobreentenderse niños que no lloran!”

Una vieja, de las vestidas de guingon, la Hermana Putê, decía á su nieta, una chiquilla de seis años, que estaba á su lado arrodillada:

— ¡Condenada! estáte atenta, que vas á oír un sermón como el de Viêrnes Santo!

Y le dio un pellizco despertando la piedad de la chiquilla que hizo una mueca, alargó el hocico y arrugó las cejas.

Algunos hombres, sentados en cüclillas, dormitaban cerca de los confesonarios. Un viejo, cabeceando, hacia creer á nuestra vieja que mascullaba rezos y hacia correr rápidamente los dedos por las cuentas de su rosario, que aquella era la manera más reverente de acatar los designios del cielo y poco á poco se puso á imitarle.

Ibarra estaba en un rincón; Maria Clara, arrodillada cerca del altar mayor en un sitio que el cura tuvo la galantería de hacer despejar por los sacristanes. Cpn. Tiago, vestido de frac, se sentaba en los bancos destinados á las autoridades, por lo cual los chicos que no le conocían le tomaban por otro gobernadorcillo y no osaban acercársele.

Por fin llegó el señor Alcalde con su Estado Mayor viniendo de la sacristía y ocupando uno de los magníficos sillones, sobre una alfombra colocados. El Alcalde iba vestido de gran gala luciendo la banda de Carlos III y cuatro ó cinco condecoraciones más.

El pueblo no le reconoció.

— ¡Abá! exclamó un labriego; ¡un civil vestido de comediante!

— ¡Simple! le contestó el vecino codeándole: es el príncipe Villardo que vimos anoche en el teatro!

El Alcalde subió de categoría á los ojos del pueblo, llegando á ser encantado príncipe, vencedor de gigantes.

Empezó la misa. Los que estaban sentados se levantaron, los que dormían se despertaron por el campanilleo y la sonora voz de los cantores. El P. Salví, apesar de su gravedad, parecía muy satisfecho, pues le servían de diácono y subdiácono nada menos que dos agustinos.

Cada cual cantó, cuando le llegó el turno, bien, con voz más ó menos nasal y pronunciaciön oscura, menos el oficiante que la tenía algo temblorosa, desafinando no pocas veces, con gran extrañeza de los que le conocían. Se movía sin embargo con precision y elegancia; decía el *Dominus vobiscum* con unción

ladeando un poco la cabeza y mirando hacia la bóveda. Al verle recibir el humo del incienso, se habria dicho que Galeno tenía razon admitiendo el paso del humo de las fosas nasales al cráneo por la criba del etmoides, pues se erguía, echaba hacia atrás la cabeza, caminaba despues hacia el centro del altar con tal prosopopeya y gravedad que Cpn. Tiago le halló más majestuoso que el comediante chino de la noche anterior, vestido de emperador, pintarrajeado, con banderitas en la espalda, barba cerda de caballo y babuchas de alta suela.

— Indudablemente, pensaba, un solo cura nuestro tiene más magestad que todos los emperadores.

Por fin llegó el deseado momento de oír al P. Dámaso. Los tres sacerdotes se sentaron en sus sillones en actitud edificante, como diría el honrado corresponsal; el Alcalde y demás gente de varas y bastones los imitaron; la música cesó.

Aquel paso del ruido al silencio despertó á nuestra vieja Hermana Putê que ya roncaba, gracias á la música. Como Sigismundo, ó como el cocinero del cuento de Dornröschen, lo primero que hizo al despertarse fué dar un cogotazo á su nieta, que tambien se habia dormido. Esta chilló, pero se distrajo pronto viendo á una mujer darse golpes de pecho convencida y entusiasmada.

Todos procuraron colocarse cómodamente; los que no tenían bancos se sentaron en cuclillas, las mujeres sobre el suelo ó sus mismas piernas.

El P. Dámaso atravesó la multitud, precedido de dos sacristanes y seguido de otro fraile que llevaba un gran cuaderno. Desapareció al subir la escalera de caracol, pero pronto reapareció su redonda cabeza, despues el grueso cogote seguido inmediatamente de su cuerpo. Miró á todas partes con seguridad, medio tosiendo; vió á Ibarra: un pestañeo particular dió á entender que no se olvidaría de él en sus oraciones; despues una mirada de satisfaccion al P. Sibyla y otra de desden al P. Manuel Martin, el predicador de ayer. Concluida esta revista, volvióse disimuladamente al compañero diciéndole: "¡Atencion, hermano!" Este abrió el cuaderno.

Pero el sermón merece capítulo aparte. Un joven que entonces aprendía la taquigrafía y que idolatra los grandes oradores, lo estenografió; gracias á esto podemos traer aqui un trozo de la oratoria sagrada de aquellas regiones.

---

XXXI.

EL SERMON.

Fr. Dámaso empezó lentamente pronunciando á media voz:

*“Et spiritum tuum bonum dedisti, qui doceret eos, et manna tuum non prohibuisti ab ore eorum, et aquam dedisti eis in siti.”*

“Y les diste tu espíritu bueno para que los enseñase y no quitaste tu maná de su boca y les diste agua en su sed!”

“Palabras que dijo el Señor por boca de Esdras, libro II, cap. IX vers. 20.”

El P. Sibyla miró sorprendido al predicador; el P. Manuel Martin palideció y se tragó saliva: aquello era mejor que el suyo.

Sea que el P. Dámaso lo notára ó estuviese aún ronco, es el caso que tosió varias veces poniendo ambas manos sobre el antepecho de la santa tribuna. El Espíritu Santo estaba sobre su cabeza, acabado de pintar: blanco, limpio, con las patitas y el pico color de rosa.

“¡Excelentísimo Señor (al Alcalde), virtuosísimos sacerdotes, cristianos, hermanos en Jesucristo!”

Aquí hizo solemne pausa, paseando de nuevo sus miradas por el auditorio, cuya atención y recogimiento le satisficieron.

La 1ª parte del sermón debía ser en castellano y la otra en tagalo: *loquebantur omnes linguas.*

Después de los vocativos y de la pausa, estendió majestuosamente la mano derecha hácia el altar fijando la vista en el Alcalde; después se cruzó de brazos lentamente sin decir una sola palabra, pero, pasando de esta calma á la movilidad, echó hácia atrás la cabeza, señaló hácia la puerta mayor cortando el aire con el borde de la mano, con tanto ímpetu que los sacristanes interpretaron el gesto por un mandato y cerraron las puertas; el alférez se inquietó y estuvo dudando sobre si salir ó quedarse, pero ya el predicador empezaba á hablar con voz fuerte, llena y sonora: decididamente la antigua ama era inteligente en Medicina.

“Esplendoroso y relumbrante es el altar, ancha la puerta mayor, el aire es el vehículo de la santa palabra divina que brotará de mi boca, oid pues vosotros con los oídos del alma y del corazón para que las palabras del Señor no caigan en terreno pedregoso, las coman las aves del Infierno, sino que crezcáis y broteis como una santa simiente en el campo de nuestro venerable y seráfico P. S. Francisco! Vosotros, grandes pecadores, cautivos de los moros del alma, que infestan los mares de la vida eterna en poderosas embarcaciones de la

carne y del mundo, vosotros que estais cargados con los grilletes de la lascivia y concupiscencia y remais en las galeras del Satan infernal, ved ahí con reverente compuncion al que rescata las almas de la cautividad del demonio, al intrépido Gedeon, al esforzado David, al victorioso Roldan del Cristianismo, al guardia civil celestial, más valiente que todos los guardias civiles juntos, habidos y por haber“ — (El alferez arruga el ceño), — “si, señor alferez, más valiente y prepotente, que sin más fusil que una cruz de palo, vence con denuedo al eterno tulisan de las tinieblas y á todos los secuaces de Luzbel y habria á todos para siempre estirpado, si los espíritus no fuesen inmortales! Esta maravilla de la creacion divina, este portento imposible es el bienaventurado Diego de Alcalá, que, valiéndome de una comparacion, porque las comparaciones ayudan bien á la comprension de las cosas incomprensibles, como dijo el otro, digo pues que este gran santo es sólo y únicamente un soldado último, un rancharo en nuestra poderosísima compañía, que desde el cielo manda nuestro seráfico P. S. Francisco, á la que tengo la honra de pertenecer como cabo ó sargento por la gracia de Dios.“

Los rudos indios que dice el corresponsal no pescaron del párrafo otra cosa que las palabras *guardia civil, tulisan, S. Diego y S. Francisco*; observaron la mala cara que habia puesto el alferez, el gesto belicoso del predicador y dedujeron que le regañaba á aquel porque no perseguia á los tulisanes. S. Diego y S. Francisco se encargarian de ello, y muy bien, como lo prueba una pintura, existente en el convento de Manila, en que S. Francisco con solo su cordon habia contenido la invasion china en los primeros años del descubrimiento. Alegráronse pues no poco los devotos, agradecieron á Dios esta ayuda, no dudando que una vez desaparecidos los tulisanes, S. Francisco destruiria tambien á los guardias civiles. Redoblaron pues la atencion siguiendo al P. Dámaso que continuó:

“Excelentísimo señor: Las grandes cosas siempre son grandes cosas aún al lado de las pequeñas, y las pequeñas siempre son pequeñas aún al lado de las grandes. Esto dice la Historia, pero como la Historia da una en el clavo y ciento en la herradura, como cosa hecha por los hombres, y los hombres se equivocan: *errarle es hominum* como dice Ciceron, el que tiene boca se equivoca como dicen en mi pais, resulta que hay más profundas verdades que no dice la Historia. Estas verdades, Excmo Señor, ha dicho el Espiritu divino en su suprema sabiduria que jamás comprendió la humana inteli-



gencia desde los tiempos de Séneca y Aristóteles, esos sabios religiosos de la antigüedad, hasta nuestros pecadores días, y estas verdades son que no siempre las cosas pequeñas son pequeñas, sino son grandes, no al lado de las chicas sino al lado de las más grandes de la tierra y del cielo y del aire y de las nubes y de las aguas y del espacio y de la vida y de la muerte!“

— ¡Amen! contestó el maestro de la V. O. T. y se santiguó.

Con esta figura de retórica, que aprendiera de un gran predicador en Manila, quería el P. Dámaso sorprender á su auditorio, y en efecto, su espíritu santo, embobado con tantas verdades, necesitó que le tocara con el pié para recordarle su misión.

— ¡Patente está á vuestros ojos! dijo el espíritu desde abajo

— ¡“Patente está á vuestros ojos la prueba concluyente y contundente de esta eterna verdad filosófica! Patente está ese sol de virtudes, y digo sol y no luna, porque no hay gran mérito en que la luna brille durante la noche: en tierra de ciegos el tuerto es el rey; por la noche puede brillar una luz, una estrellita: el mayor mérito es poder brillar aun en medio del día como lo hace el sol: así brilla el hermano Diego aun en medio de los más grandes santos! Ahí teneis patente á vuestros ojos, á vuestra impía incredulidad la obra maestra del Altísimo para confundir á los grandes de la tierra, sí, hermanos míos, patente, patente á todos, patente!“

Un hombre se levantó pálido y tembloroso y se escondió en un confesonario. Era un vendedor de alcoholes, que dormitaba y soñó que los carabineros le pedían la patente que no tenía. Asegúrase que no volvió á salir de su escondite mientras duró el sermón.

¡“Humilde y recogido santo, tu cruz de palo“ — (la que tenía la imágen era de plata), — “tu modesto hábito honran al gran Francisco de quien somos los hijos é imitadores! Nosotros propagamos tu santa raza en todo el mundo, en todos los rincones, en las ciudades, en los pueblos sin distinguir al blanco del negro“ — (el Alcalde contiene la respiración) — “sufriendo abstinencias y martirios, tu santa raza de fé y de religión armada“ — (¡Ah! respira el Alcalde) — “que sostiene al mundo en equilibrio y le impide que caiga en el abismo de la perdición!“

Los oyentes hasta el mismo Cpn. Tiago bostezaban poco á poco. Maria Clara no atendía al sermón; sabía que Ibarra

estaba cerca y pensaba en él mientras miraba abanicándose el toro de uno de los evangelistas, que tenía todas las trazas de un pequeño carabao.

“Todos debíamos saber de memoria las Santas Escrituras, la vida de los santos y así no tendría yo que predicaros, pecadores; debíais saber cosas tan importantes y necesarias como el Padrenuestro, por más que muchos de vosotros lo habeis olvidado ya viviendo como los protestantes ó herejes, que no respetan á los ministros de Dios, como los chinos, pero os vais á condenar, peor para vosotros, condenados!”

— ¡Abá cosa ese pale Lámaso, ese! murmuró el chino Carlos mirando con ira al predicador, que seguía improvisando, desencadenando una serie de apóstrofes é imprecaciones.

¡“Morireis en la impenitencia final, raza de herejes! Dios os castiga ya desde esta tierra con cárceles y prisiones! Las familias, las mujeres debían huir de vosotros, los gobernantes os deberían ahorcar á todos para que no se estienda la semilla de Satanás en la viña del Señor! . . . Jesucristo dijo: Si teneis un miembro malo que os induce al pecado, cortadlo, arrojadlo al fuego . . .!”

Fr. Dámaso estaba nervioso, había olvidado su sermón y su retórica.

— ¿Oyes? preguntó un joven estudiante de Manila á su compañero: ¿te lo cortas?

— ¡Ca! que lo haga él antes! contestó el otro señalando al predicador.

Ibarra se puso inquieto; miró en derredor suyo buscando algun rincón, pero toda la iglesia estaba llena. Nada oía ni veía Maria Clara, que analizaba el cuadro de las benditas ánimas del Purgatorio, almas en forma de hombres y mujeres en cueros con mitras, capelos ó tocas, asándose en el fuego y agarrándose al cordón de S. Francisco, que no se rompía apesar de tanto peso.

El Espiritu santo fraile, con aquella improvisacion perdió el hilo del sermón y saltó tres largos párrafos, apuntando mal al P. Dámaso que descansaba jadeante de su apóstrofe.

“Quién de vosotros, pecadores que me escuchais, lamería las llagas de un pobre y andrajoso mendigo? Quién? Que responda y levante la mano! Ninguno! Ya lo sabía yo: sólo un santo como Diego de Alcalá puede hacerlo; él lamíó toda la podredumbre diciendo á un asombrado hermano: Así se cura á este enfermo! ¡Oh caridad cristiana! Oh piedad sin ejemplo! Oh virtud de virtudes! Oh dechado inimitable! Oh talisman sin maucha! . . .”

Y siguió con una larga lista de exclamaciones, poniendo los brazos en cruz, subiéndolos y bajándolos como si quisiese volar ó espantar á los pájaros.

“Antes de morir habló en latin sin saber latin! Pasmaos, pecadores! Vosotros, apesar de que lo estudiáis y os dan por ello azotes, no hablareis latin, morireis sin hablarlo! Hablar latin es una gracia de Dios por eso la Iglesia habla latin! Yo tambien hablo latin! Cómo? Dios iba negar este consuelo á su querido Diego? Podía morir, podía dejarle morir sin hablar latin? ¡Imposible! Dios no sería justo, no sería Dios! Habló pues latin y de ello dan testimonio los autores de aquella época!” — Y terminó su exordio con el trozo que más trabajo le costara y que plagiára de un gran escritor, el Sr. Sinibaldo de Mas.

“Yo te saludo pues, esclarecido Diego, honra de nuestra corporacion! Tu eres dechado de virtudes, modesto con honra; humilde con nobleza; sumiso con entereza; sobrio con ambicion; enemigo con lealtad; compasivo con perdon; religioso con escrupulo; creyente con devocion; crédulo con candidez; casto con amor; callado con secreto; sufrido con paciencia; valiente con temor; continente con voluptad; atrevido con resolucion; obediente con sujecion; vergonzoso con pundonor; cuidadoso en tus intereses con desprendimiento; diestró con capacidad; ceremonioso con urbanidad; astuto con sagacidad; misericordioso con piedad; recatado con vergüenza; vengativo con valor; pobre por laboriosidad con conformidad; pródigo con economia; activo con negligencia; económico con liberalidad; inocente con penetracion; reformador con consecuencia; indiferente con ansia de aprender: Dios te crió para sentir los deliquios del amor platónico . . . ! Ayúdame á cantar tus grandezas y tu nombre más alto que las estrellas y más claro que el sol mismo que gira á tus pies! Ayudadme, vosotros, pedid á Dios la inspiracion suficiente rezando el avemaria!”

Todos se arrodillaron levantando un murmullo como el zumbido de mil moscardones. El Alcalde dobló trabajosamente una rodilla, moviendo la cabeza disgustado; el alférez estaba pálido y contrito.

— ¡Al diablo con el cura! murmuró uno de los dos jóvenes que venían de Manila.

— ¡Silencio! contesta el otro, que nos oye su mujer . . .

Entretanto, el P. Dámaso, en vez de rezar el avemaria, reñía á su espíritu santo por haber saltado tres de sus mejores párrafos, tomaba dos merengues y un vaso de Málaga, seguro de encontrar en ellos mayor inspiracion que en todos los

espíritus santos ya sean de madera en figura de paloma, ya de carne bajo la forma de un distraído fraile. Iba á empezar con el sermón tagalo.

La vieja devota da otro cogotazo á su nieta, quien despierta malhumorada y pregunta:

— ¿Es hora ya de llorar?

— ¡Aun no, pero no te duermas, condenada! contestó la buena abuela.

De la 2ª parte del sermón ó sea del tagalo no tenemos más que ligeros apuntes. El P. Dámaso improvisaba en este idioma, no porque lo poseyese mejor, sino porque, teniendo á los filipinos de provincias por ignorantes en retórica, no temía cometer disparates delante de ellos. Con los españoles ya era otra cosa: había oído hablar de reglas de la oratoria y entre sus oyentes podía haber alguno que hubiese saludado las aulas, acaso el señor Alcalde Mayor; por lo cual escribía sus sermones, los corregía, los limaba y despues se los aprendía de memoria y se ensayaba unos dos días antes.

Es fama que ninguno de los presentes comprendió el conjunto del sermón: eran tan obtusos de entendimiento y el predicador era muy profundo, como decía Hermana Rufa, así que el auditorio esperó en vano una ocasión para llorar, y la condenada nieta de la vieja beata volvió á dormirse.

No obstante esta parte tuvo más consecuencias que la primera, al menos para ciertos oyentes como veremos más adelante.

Empezó con un *Maná capatir con cristiano* al que siguió una avalancha de frases intraducibles; habló del alma, del Infierno, del *mahal na santo pintacasi*, de los pecadores indios y de los virtuosos Padres Franciscanos.

— ¡Menche! dijo uno de los dos irreverentes manileños á su compañero; eso está en griego para mí, yo me voy.

Y viendo cerradas las puertas, se salió por la sacristía con gran escándalo de la gente y del predicador, que se puso pálido y se detuvo á la mitad de su frase; algunos esperaban una violenta apóstrofe, pero el P. Dámaso se contentó con seguirle con la vista y prosiguió su sermón.

Se desencadenaron maldiciones contra el siglo, contra la falta de respeto, la naciente irreligiosidad. Este asunto parecía su fuerte, pues se mostraba inspirado y se espresaba con fuerza y claridad. Habló de los pecadores que no se confiesan, que mueren en las cárceles sin sacramentos, de familias malditas, de *mesticillos* orgullosos y soplados, de jóvenes *sabihondos*, *filosofillos* ó *pilosopillos*, de *abogadillos*, *estudiantillos* etc.

Conocida es la costumbre que tienen muchos cuando quieren ridiculizar á sus enemigos: sacan para todo la terminacion en *illo* porque el cráneo parece no dar otra cosa y se quedan muy felices.

Ibarra oía todo y comprendía las alusiones. Conservando una aparente tranquilidad, buscaba con los ojos á Dios y á las autoridades, pero allí no había más que imágenes de santos, y el Alcalde dormitaba.

Entretanto el entusiasmo del predicador subía por grados. Hablaba de los antiguos tiempos en que todo filipino, al encontrar á un sacerdote, se descubría, doblaba una rodilla en tierra, y le besaba la mano. — “Pero, ahora, añadía, sólo os quitais el *salakot* ó el sombrero de castorillo, que colocais medio ladeado sobre vuestra cabeza para no desarreglar el peinado! Os contentais con decir: buenos dias, *among!* y hay orgullosos estudiantillos de poco latin, que por haber estudiado en Manila ó en Europa se creen con derecho de estrecharnos la mano en lugar de besarla . . . Ah! el dia del juicio pronto viene, el mundo se acaba, muchos santos lo han profetizado, va á llover fuego, piedra y ceniza para castigar vuestra soberbia!”

Y exhortaba al pueblo á que no imitase á esos *salvajes*, sino que los huyese y aborreciese, porque estaban excomulgados.

— ¡“Oid lo que dicen los santos concilios! decía. Cuando un indio encontrare en la calle á un cura, doblará la cabeza y ofrecerá el cuello para que el *among* se apoye en él; si el cura y el indio van á caballo ambos, entonces el indio se parará, se quitará el *salakot* ó sombrero reverentemente; en fin si el indio va á caballo y el cura á pié, el indio bajará del caballo y no volverá á montar hasta que el cura le diga *sulung!* ó esté ya muy lejos. Esto dicen los santos concilios y el que no obedezca estará excomulgado.”

— Y ¿cuándo uno monta un carabao? pregunta un escrupuloso labriego á su vecino.

— ¿Entonces . . . sigue adelante! contesta éste que era un casuista.

Pero apesar de los gritos y gestos del predicador muchos se dormían ó distraían, pues aquellos sermones eran los de siempre y de todos: en vano algunas devotas trataron de suspirar y lloriquear sobre los pecados de los impíos, pero tuvieron que desistir de su empresa por falta de sócios. La misma Hermana Puté pensaba todo lo contrario. Un hombre sentado á su lado se habia de tal manera dormido que se cayó sobre ella machacándole el hábito: la buena anciana cogió su zueco y á golpes empezó á despertarle gritando:

— ¡Ay! quita, salvaje, animal, demonio, carabao, perro, condenado!

Movióse un tumulto como era consiguiente. Paróse el predicador, levantó las cejas, sorprendido de tamaño escándalo. La indignacion ahogó la palabra en su garganta y sólo consiguió berrear, golpeando con sus puños la tribuna. Esto produjo su efecto: la vieja soltó el zueco refunfuñando y, santiguándose repetidas veces, se puso devotamente de rodillas.

— ¡“Aaah! aaah! pudo al fin exclamar el indignado sacerdote cruzando los brazos y agitando la cabeza; para eso os predico yo aquí toda la mañana, salvajes! Aquí en la casa de Dios reñis y decís malas palabras, desvergonzados! ¡Aaaaah! ya no respetais nada . .! Esta es la obra de la lujuria é incontinencia del siglo! Ya lo decía, aah!

Y sobre este tema siguió predicando por espacio de media hora. El Alcalde roncaba, Maria Clara cabeceaba: la pobrecita no podía resistir el sueño, no teniendo ya ninguna pintura ni imagen que analizar ni en que distraerse. A Ibarra ya no le hacian mella las palabras, ni las alusiones; pensaba ahora en una casita en la cima de un monte y veía á Maria Clara en el jardin. ¡Que en el fondo del valle se arrastren los hombres en sus miserables pueblos!

El P. Salvi había hecho tocar dos veces la campanilla, pero esto era poner leña al fuego: Fr. Dámaso era terco y prolongó más el sermon. Fr. Sibyla se mordía los labios y arreglaba repetidas veces sus anteojos de cristal de roca montados en oro: Fr. Manuel Martin era el único que parecía escuchar con placer pues sonreía.

Por fin dijo Dios basta: el orador se cansó y bajó del púlpito

Todos se arrodillaron para dar gracias á Dios. El Alcalde se restregó los ojos, estendió un brazo como para desperezarse soltando un *ah!* profundo y bostezando.

Continuó la misa.

Cuando, cantando Balbino y Chananay el *Incarnatus est*, todos se arrodillaban y los sacerdotes bajaban la cabeza, un hombre murmuró al oido de Ibarra: “En la ceremonia de la bendicion no os alejeis del cura, no descendais al foso, no os acerqueis á la piedra, que va la vida en ello!”

Ibarra vió á Elias que, dicho esto, se perdía entre la muchedumbre.

---

XXXII.

LA CABRIA.

El hombre amarillo había cumplido su palabra: no era una sencilla cábria lo que había construido sobre el abierto foso para hacer descender la enorme mole de granito; no era la trípode que Nor Juan había deseado para suspender una polea de su vértice, era algo más; era á la vez que una máquina, un adorno, pero un grandioso é imponente adorno.

Sobre ocho metros de altura se elevaba la confusa y complicada andamiada: cuatro gruesos maderos hundidos en el suelo servían de almas, sujetos entre sí por colosales vigas cruzadas formando diagonales, unidas unas á otras por gruesos clavos hundidos solo hasta la mitad, acaso porque, teniendo el aparato un caracter provisional, pudiera ser despues facilmente deshecho. Enormes cables, colgando por todos lados, daban un aspecto de solidez y grandiosidad al conjunto, coronado allá arriba por banderas de abigarrados colores, flotantes gallardetes y monstruosas guirnaldas de flores y hojas, artísticamente entretejidas.

Allá arriba, en la sombra que proyectan maderos, guirnaldas y banderas, pende sujeta por cuerdas y ganchos de hierro una descomunal polea de tres ruedas, sobre cuyos brillantes bordes pasan acabalgados tres cables aun mayores que los otros, y llevan suspendido el enorme sillar lleno socavado en su centro, para formar con la escavacion de la otra piedra, ya descendida en el foso, el pequeño espacio destinado á guardar la historia del día, como periódicos, escritos, monedas, medallas etc. y trasmitirla acaso á muy lejanas generaciones. Estos cables descendian de arriba abajo, se reflejaban en otra no menos gruesa polea atada al pié del aparato, é iban á arrollarse al cilindro de un torno, sujeto en tierra merced á gruesos maderos. Este torno, que se puede poner en movimiento por medio de dos manubrios, centuplica la fuerza de un hombre merced á un juego de ruedas dentadas, si bien lo que en fuerza se gana, se pierde en velocidad.

Mirad, decía el hombre amarillo haciendo girar el manubrio; mirad, Ñor Juan, cómo con mis fuerzas únicamente hago subir y bajar la inmensa mole . . . Está tan bien dispuesto que á voluntad puedo graduar pulgada por pulgada el ascenso ó descenso, de modo que un hombre desde el fondo pueda con toda comodidad hacer adaptar ambas piedras, mientras yo manejo desde aquí.

Ñor Juan no podía menos de admirar al hombre que se sonreía tan particularmente. Los curiosos hacían comentarios y alababan al hombre amarillo.

— ¿Quién os enseñó la maquinaria? le preguntó Ñor Juan.

— Mi padre, mi difunto padre! contestaba con su particular sonrisa.

— Y á vuestro padre? . .

Don Saturnino, el abuelo de Don Crisóstomo.

— No sabía que Don Saturnino . . .

— Oh! sabía muchas cosas! No solamente pegaba bien y esponía al sol á sus trabajadores; sabía además despertar á los dormidos y hacer dormir á los despiertos. Ya vereis con el tiempo lo que mi padre me ha enseñado, ya vereis!

Y el hombre amarillo sonreía, pero de un modo extraño.

Sobre una mesa, cubierta de un tapiz de Persia, estaba el cilindro de plomo y los objetos que se iban á guardar en aquella especie de tumba: una caja de cristal de gruesas paredes contendría aquella momia de una época y guardaría para el porvenir los recuerdos de un pasado. El filósofo Tasio, que discurría por allí pensativo, murmuraba:

— Quizás algun día, cuando la obra que hoy comienza á nacer, envejecida despues de tantas vicisitudes, caiga en ruinas, ya á las sacudidas de la Naturaleza ya á la destructora mano del hombre, y sobre las ruinas crezca la yedra y el musgo; despues cuando el tiempo destruya el musgo, la yedra y las ruinas y esparza sus cenizas al viento, borrando de las páginas de la Historia el recuerdo de ella y de los que la construyeron, ya largo tiempo perdido en la memoria de los hombres; quizás, cuando las razas con las capas del suelo se hayan sepultado ó desaparecido, sólo por alguna casualidad el pico de algun minero, haciendo brotar del granito la chispa, podrá desenterrar del seno de la roca misterios y enigmas. Quizás los sabios de la nacion que habite estas regiones trabajarán, como trabajan los actuales egiptólogos con los restos de una grandiosa civilizacion, preocupada de la eternidad y que no sospechaba, iba á descender sobre ella una tan larga noche. Quizás algun sabio profesor diga á sus alumnos de cinco y siete años en un idioma hablado por todos los hombres: ¡Señores! Estudiados y examinados cuidadosamente los objetos encontrados en el subsuelo de nuestro terreno, descifrados algunos signos y traducidas algunas palabras, podemos sin género alguno de temor presumir que tales objetos pertenecian á la edad bárbara del hombre, á la era oscura que solemos llamar fabulosa. En efecto, Señores; para que os



podais formar una aproximada idea del atraso de nuestros antepasados, bastará que os diga, que los que vivían aquí no sólo reconocían aun reyes, sino que para resolver cuestiones de su gobierno interior, tenían todavía que acudir al otro extremo del mundo, que es como si dijéramos un cuerpo que para moverse necesitase consultar su cabeza existente en otra parte Globo, acaso en los parajes que hoy ocultan las olas. Esta increíble imperfeccion por inverosímil que os parezca, deja de ser así si consideramos las circunstancias de aquellos séres, que apenas me atrevo á llamar humanos! En aquellos primitivos tiempos, estos séres estaban aún (ó al menos así lo creían) en relacion directa con su Criador, pues tenían ministros del mismo, séres diferentes de los demás y denominados siempre con los misteriosos caracteres M. R. P. Fr. sobre cuya interpretacion nuestros sabios no están de acuerdo. Segun el mediano profesor de lenguas que tenemos, pues no habla más que ciento de los defectuosos idiomas del pasado, M. R. P. significaría *Muy Rico Propietario*, pues estos ministros eran una especie de semidioses, virtuosísimos, elocuentísimos oradores, ilustradísimos, y apesar de su gran poder y prestigio jamás cometían la más ligera falta, lo cual fortalece mi creencia al suponerlos de otra naturaleza distinta de los demas. Y si esto no bastase para apoyar mi opinion, quedame aún el argumento, no negado por nadie y cada día más y más confirmado, de que tales misteriosos séres hacían descender á Dios sobre la tierra con sólo pronunciar algunas palabras, que Dios no podía hablar sino por boca de ellos y á quien se comían, bebían la sangre y no pocas veces lo daban tambien á comer á los hombres comunes . . .“

Estas y otras cosas más ponía el incrédulo filósofo en boca de los corrompidos hombres del porvenir. Acaso el viejo Tasio se equivoque, lo que es muy fácil, pero volvamos á nuestra narracion.

En los kioskos que vimos anteayer ocupar al maestro de escuela y á los alumnos, se preparaba ahora el almuerzo, opíparo y abundante. Sin embargo, en la mesa destinada á los chicos de la escuela, no había ni una botella de vino, pero en cambio abundaban más las frutas. — En la enramada que ambos unían estaban los asientos para los músicos y una mesa cubierta de dulces y confituras, frascos de agua coronados de hojas y flores para el sediento público.

El maestro de escuela había hecho levantar cucañas, barreras, colgar sartenes, ollas para alegres juegos.

La multitud, luciendo trajes de alegre scolores, se aglomera-

ban huyendo del sol brillante, ya bajo la sombra de los árboles ya bajo el emparrado. Los muchachos se subían á las ramas, sobre las piedras, para mejor ver la ceremonia, supliendo así su pequeña estatura; miraban con envidia á los chicos de la escuela que, limpios y bien vestidos, ocupaban un sitio destinado para ellos. Los padres estaban entusiasmados: ellos, pobres campesinos, verían á sus hijos comer sobre blanco mantel casi como el cura y el alcalde. Basta pensar en ello para no tener hambre, y tal suceso se contaría de padres á hijos.

Pronto se oyeron los lejanos acordes de la música: la precedía una abigarrada turba, compuesta de todas las edades y vestida de todos los colores. El hombre amarillo se puso inquieto y examinó con una mirada todo su aparato. Un curioso campesino seguía su mirada y observaba todos sus movimientos: era Elías que acudía también á presenciar la ceremonia; por su salakot y su manera de vestir casi estaba desconocido. Se había procurado el mejor sitio, casi al lado mismo del torno, al borde de la escavacion.

Con la música venían el Alcalde, los municipales, los frailes, menos el P. Dámaso, y los empleados españoles. Ibarra conversaba con el primero, de quien se había hecho muy amigo desde que le dirigiera unos finos cumplidos por sus condecoraciones y bandas: los humos aristocráticos eran el flaco de S. E. Cpn. Tiago, el alférez y algunos ricos más iban en la dorada pléyade de las jóvenes que lucían sus sombrillas de seda. El P. Salví seguía como siempre silencioso y pensativo.

— Cuente V. con mi apoyo siempre que se trate de una buena accion, decía el Alcalde á Ibarra; yo le proporcionaré cuanto V. necesite, y sino, haré que se lo proporcionen los otros.

A medida que se iban acercando sentía el joven palpitar su corazón. Instintivamente dirigió una mirada á la extraña andamiada, allí levantada; vio al hombre amarillo saludarle respetuosamente y fijar en él un momento la vista. Con sorpresa descubrió á Elías, quien con un significativo pestañeo le dió á entender se acordase de lo que le había dicho en la iglesia.

El cura se puso las vestiduras sacerdotales y empezó la ceremonia: el tuerto sacristan mayor tenía el libro, y un monaguillo el hisopo y la vasija de agua bendita. Los demas, en derredor, de pié y descubiertos, guardaban un tan profundo silencio que apesar de leer en voz baja, se conocía que temblaba la voz del P. Salví.

Entretanto se habían colocado en la caja de cristal cuanto había que poner como manuscritos, periódicos, medallas,

monedas etc., y el todo encerrado dentro del cilindro de plomo y herméticamente soldado.

— Señor Ibarra, ¿quiere V. colocar la caja en su sitio? ¡El cura lo espera! murmuró el Alcalde al oído del joven.

— Con mucho gusto, contesto éste, pero usurparia ese honroso deber al Sr. Escribano: ¡el Sr. Escribano debe dar fé del acto!

El escribano lo tomó gravemente, descendió la alfombrada escalera que conducia al fondo de la escavacion y con la solemnidad conveniente lo depositó en el hueco de la piedra. El cura cogió entonces el hisopo y roció las piedras con agua bendita.

Llegó el momento de poner cada uno su cucharada de lechada sobre la superficie del sillar, que yacia en el foso, para que el otro se adaptase bien y se agarrase.

Ibarra presentó al Alcalde una cuchara de albañil sobre cuya ancha hoja de plata estaba grabada la fecha; pero S. E. pronunció antes una alocucion en castellano.

„¡Vecinos de S. Diego! dijo con grave acento: Tenemos el honor de presidir una ceremonia de una importancia que vosotros comprendereis sin que Nos os lo digamos. Se funda una escuela; la escuela es la base de la sociedad, la escuela es el libro donde está escrito el porvenir de los pueblos! Enseñadnos la escuela de un pueblo y os diremos qué pueblo es.

“¡Vecinos de S. Diego! Bendecid á Dios, que os ha dado virtuosos sacerdotes, y al Gobierno de la Madre Patria que difunde incansable la civilizacion en estas fértiles islas, amparadas por ella bajo su glorioso manto! Bendecid á Dios que se ha apiadado de vosotros trayéndoos estos humildes sacerdotes que os iluminan y os enseñan la divina palabra! Bendecid al Gobierno que tantos sacrificios ha hecho, hace y hará por vosotros y por vuestros hijos!

“¡Y ahora que se bendice la primera piedra de este tan trascendental edificio, Nos, Alcalde Mayor de esta provincia, en nombre de S. M. el Rey, que Dios guarde, Rey de las Españas, en nombre del preclaro Gobierno español y al amparo de su pabellon immaculado y siempre victorioso, Nos consagramos este acto y principiamos la edificacion de esta escuela!

“¡Vecinos de S. Diego, viva el Rey! ¡Viva España! vivan los religiosos! Viva la Religion católica!”

— ¡Viva! viva! contestaron muchas voces, ¡viva el Señor Alcalde!

Este descendió despues majestuoso á los acordes de la música que empezó á tocar; despositó unas cuantas cucharadas

de lechada sobre la piedra y con igual magestad que al principio volvió á subir.

Los empleados aplaudieron.

Ibarra ofreció otra cuchara de plata al cura que, despues de fijar los ojos en él un momento, descendió lentamente. A la mitad de la escalera levantó la vista para mirar la piedra que colgaba sujeta por los poderosos cables, pero fué sólo un segundo y continuó descendiendo. Hizo otro tanto que el Alcalde, pero esta vez se oyeron más aplausos: á los empleados se habian agregado algunos frailes y Cpn. Tiago.

El P. Salvi parecía que buscaba á alguien á quien entregar la cuchara; miró como dudoso á Maria Clara, pero cambiando de opinion se la ofreció al escribano. Este, por galantería se acerca á Maria Clara, quien rehusa sonriendo. Los frailes, los empleados y el alférez bajan todos uno tras otro. Cpn. Tiago no fué olvidado.

Faltaba Ibarra, y ya se iba á ordenar que el hombre amarillo hiciese descender la piedra, cuando el cura se acordó del jóven diciéndole en tono de broma y afectando familiaridad:

— ¿No mete V. su cucharada, señor Ibarra?

— ¡Sería un Juan Palomo, yo me lo guiso yo me lo como! contestó éste en el mismo tono.

— ¡Ande V.! dijo el Alcalde empujándole suavemente; sino, doy orden que no descienda la piedra y nos estaremos aqui hasta el dia del juicio.

Ante tan terrible amenaza Ibarra tuvo que obedecer. Cambió la pequeña cuchara de plata por otra grande de hierro, lo que hizo sonreír á algunas personas, y adelantóse tranquilamente. Elías le miraba con espresion indefinible; al verle se habria dicho que toda su vida se reconcentraba en sus ojos. El hombre amarillo miraba al abismo abierto á sus piés.

Ibarra despues de dirigir una rápida mirada al sillar que pendía sobre su cabeza y otra á Elías y al hombre amarillo, dijo á Ñor Juan con voz algo temblorosa:

— ¡Dadme el cubo y buscadme otra cuchara arriba!

El joven quedó solo. Elías ya no le miraba: sus ojos estaban clavados en la mano del hombre amarillo, que inclinado á la fosa, seguía con ansia los movimientos del jóven

Oíase el ruido de la cuchara removiéndo la masa de arena y cal al traves de un debil murmullo de los empleados, que felicitaban al Alcalde por su discurso.

De repente un estrépito estalla: la polea, atada á la base de la cábria, salta y tras ella el torno que golpea el aparato como un ariete: los maderos vacilan, vuelan las ligaduras y

todo se derrumba en un segundo y con espantoso estruendo. Una nube de polvo se levanta; un grito de horror, compuesto de mil voces llena el aire. Huyen y corren casi todos, muy pocos se precipitan al foso. Solamente Maria Clara y el P. Salvi permanecen en su sitio sin poderse mover, pálidos y sin palabra.

Cuando la polvareda se hubo algun tanto desvanecido, vieron á Ibarra de pié, entre vigas, cañas, cables, entre el torno y la mole de piedra, que al descender tan rápidamente, todo había sacudido y aplastado. El joven tenia aún en su mano la cuchara y miraba con ojos espantados el cadaver de un hombre, que yacía á sus piés, medio sepultado entre las vigas.

— ¿No se ha muerto V.? — ¿Vive V. todavía? — ¡Por Dios hable V.! decian algunos empleados llenos de terror é interés.

— ¡Milagro! Milagro! gritaron algunos.

— ¡Venid y desembarazad el cadaver de este desgraciado! dijo Ibarra como despertando de un sueño.

Al oír su voz, Maria Clara sintió entonces que la abandonaban las fuerzas y cayó medio desmayada en brazos de sus amigas.

Reinaba una gran confusion: todos hablaban, gesticulaban, corrían de un lado á otro, bajaban á la fosa, subían, todos aturridos y consternados.

— ¿Quién es el muerto? Vive todavía? preguntaba el alférez.

Reconocieron en el cadaver al hombre amarillo que estaba de pié al lado del torno.

— ¡Que procesen al maestro de obras! fué lo primero que pudo decir el Alcalde.

Examinaron el cadaver, pusieron la mano sobre el pecho, pero el corazon ya no latía. El golpe le había alcanzado en la cabeza y la sangre brotaba por las narices, boca y oídos. Vieron en el cuello unas huellas estrañas: cuatro depresiones profundas por un lado y una por el opuesto aunque algo más grande: al verlas se habría creído que una mano de acero le había cogido como una tenaza.

Los sacerdotes felicitaban calurosamente al joven, estrechaban su mano. El franciscano de aspecto humilde, que servia de Espíritu santo al P. Dámaso, decia con ojos llorosos:

— ¡Dios es justo, Dios es bueno!

— ¡Cuando pienso que momentos antes estaba allí! decia uno de los empleados á Ibarra, ¡digo! si llego á ser el último, Jesus!

— ¡A mi se me ponen los pelos de punta! decía otro medio calvo.

— ¡Y bueno que á V. le pasó eso y no á mí! murmuraba tembloroso aún un viejo.

— ¡Don Pascual! exclamaron algunos españoles.

— Señores, decía eso porque el señor no se ha muerto: yo si no salía aplastado, me habria muertò despues con solo pensar en ello.

Pero Ibarra ya estaba lejos enterándose del estado de Maria Clara.

— ¡Que esto no impida que la fiesta continúe, Sr. de Ibarra! decía el Alcalde: ¡alabado sea Dios! El muerto no es sacerdote, ni español! Hay que festejar su salvacion de V.! ¡Mire que si le coge la piedra debajo!

— ¡Hay presentimientos, hay presentimientos! exclamaba el escribano; yo ya lo decía: El Sr. Ibarra no bajaba á gusto. Yo ya lo veía!

— ¡El muerto es no más que un indio!

— ¡Que siga la fiesta! Música! no resucita al muerto la tristeza! Capitan, aquí se practicarán las diligencias . . .! Que venga el directorcillo! . . . Preso al maestro de obras!

— ¡Al cepo con él!

— ¡Al cepo! Eh! música, música! Al cepo al maestrillo!

— ¡Señor Alcalde, repuso gravemente Ibarra: si la tristeza no ha de resucitar al muerto, menos lo conseguirá la prision de un hombre sobre cuya culpabilidad nada sabemos. Yo salgo garante de su persona y pido su libertad por estos dias al menos.

— ¡Bien! bien! pero que no reincida!

Circulaban toda clase de comentarios. La idea del milagro era ya cosa admitida. Fr. Salví parecía, sin embargo, alegrarse poco del milagro, que á un santo de su corporacion y de su parroquia atribuían.

No faltó tambien quien añadiera haber visto bajar al foso, mientras todo se desplomaba, una figura vestida de un traje oscuro como el de los franciscanos. No había duda: era el mismo S. Diego. Súpose tambien que Ibarra había oido misa y el hombre amarillo no; claro como la luz del sol.

— ¿Ves? tú no querías oír misa, decía una madre á su hijo; si no te llevo á pegar para obligarte, ahora irías tu al tribunal como ése, en carreta!

En efecto el hombre amarillo ó su cadaver, envuelto en una estera, era conducido al tribunal.

Ibarra corría á su casa para mudarse.

— ¡Mal comienzo, hm! decía el viejo Tasio alejándose.

XXXIII.

LIBRE-PENSAMIENTO.

Estaba concluyendo Ibarra de arreglarse, cuando un criado le anunció que un campesino preguntaba por él.

Suponiendo fuese uno de sus trabajadores, ordenó le introdujesen en su despacho ó gabinete de estudio, biblioteca á la vez que laboratorio químico.

Pero á su gran estrañeza, se encontró con la severa y misteriosa figura de Elías.

— Me habeis salvado la vida, dijo éste en tagalo comprendiendo el movimiento de Ibarra; os he pagado mi deuda á medias y no teneis nada que agradecerme, antes al contrario. He venido para pedir os un favor . . .

— ¡Hablad! contestó el joven en el mismo idioma sorprendido de la gravedad de aquel campesino.

Elías fijó algunos segundos su mirada en los ojos de Ibarra y repuso:

— Cuando la justicia de los hombres quiera aclarar este misterio, os suplico no habeis á nadie de la advertencia que os hice en la iglesia.

— Descuidad, contestó el joven con cierto tono de disgusto; sé que os persiguen, pero yo no soy ningun delator.

— ¡Oh no es por mí, no es por mí! exclamó con cierta viveza y altivez Elías; es por vos: yo no temo nada de los hombres.

La sorpresa de nuestro joven se aumentó: el tono con que hablaba aquel campesino, antes piloto, era nuevo y no parecía estar en relacion ni con su estado ni su fortuna.

— ¿Qué quereis decir? preguntó interrogando con sus miradas á aquel hombre misterioso.

— Yo no hablo por enigmas, yo procuro espresarme con claridad. Para mayor seguridad vuestra, es menester que os tengan por desprevenido y confiado vuestros enemigos.

Ibarra retrocedió.

— ¿Mis enemigos? Tengo enemigos?

— ¡Todos los tenemos, señor, desde el más pequeño insecto hasta el hombre, desde el más pobre al más rico y poderoso! La enemistad es la ley de la vida!

Ibarra miró en silencio á Elías.

— ¡Vos no sois piloto ni sois campesino . . .! murmuró.

— Teneis enemigos en las altas y en las bajas esferas, continuó Elías sin advertir las palabras del joven; meditais una empresa grande, teneis un pasado, vuestro padre, vuestro

abuelo han tenido enemigos, porque han tenido pasiones, y en la vida no son los criminales los que más odio provocan sino los hombres honrados.

— ¿Conoceis á mis enemigos?

Elias no contestó por de pronto y meditó.

— Conoci á uno, al que ha muerto, repuso. Ayer noche descubri que él algo tramaba contra vos, por algunas palabras cambiadas con un desconocido que se perdió entre la multitud. “A este no le comerán los peces como á su padre: lo vereis mañana,” decia. Estas palabras llamaron mi atencion no sólo por su sentido sino por el que las pronunciaba, que hace dias se habia presentado al maestro de obras, con el deseo espreso de dirigir los trabajos de la colocacion de la piedra, no pidiendo gran salario y haciendo gala de grandes conocimientos. Yo no tenia motivo suficiente para creer en su mala voluntad, pero algo en mí me decia que mis presunciones eran ciertas, y por esto escogí, para advertiros, un momento y una ocasion propios para que no me pudiéseis hacer preguntas. Lo demas ya lo visteis.

Largo rato habia callado ya Elias y aun no habia contestado ni dicho una palabra Ibarra. Estaba meditabundo.

— ¡Siento que ese hombre haya muerto! repuso al fin; de él se habria podido saber algo más!

— Si hubiese vivido se habria escapado de la temblorosa mano de la ciega justicia humana. ¡Dios le ha juzgado, Dios le ha matado, Dios sea el único Juez!

Crisóstomo miró un momento al hombre que así le hablaba, y descubriendo sus musculosos brazos, llenos de cardenales y grandes contusiones,

— ¿Creéis tambien en el milagro? dijo sonriendo; ¡ved el milagro de que habla el pueblo!

— Si creyese en milagros, no creeria en Dios: creeria en un hombre deificado, creeria que efectivamente el hombre habia criado á Dios á su imágen y semejanza, contestó solemnemente: pero yo creo en El; he sentido más de una vez su mano. Cuando todo se derrumbaba amenazando destruccion á cuanto se encontraba en el sitio, yo, yo sujeté al criminal, me puse al lado suyo: él fué herido y yo estoy sano y salvo.

— ¿Vos? de manera que vos . . . ?

— ¡Si! yo le sujeté cuando queria escaparse, una vez comenzada su obra fatal: yo vi su crimen. Os digo: sea Dios el único juez entre los hombres, sea El el único que tenga derecho sobre la vida; que el hombre no piense nunca en sustituirle!



— Y sin embargo, vos esta vez . . .

— ¡No! interrumpió Elias adivinando la objecion, no es lo mismo. Cuando el hombre condena á los otros á muerte ó destruye para siempre su porvenir, lo hace á mansalva y dispone de la fuerza de otros hombres para ejecutar sus sentencias, que despues de todo pueden ser equivocadas ó erróneas. Pero yo, al exponer al criminal en el mismo peligro que él ha preparado á los otros, participaba de los mismos riesgos. Yo no le maté, dejé que la mano de Dios le matára.

— ¿No creéis en la casualidad?

— Creer en la casualidad es como creer en milagros: ambas cosas suponen que Dios desconoce el porvenir. ¿Qué es casualidad? Un acontecimiento que nadie en absoluto ha previsto. ¿Qué es milagro? Una contradiccion, un trastorno de las leyes naturales. Imprevisión y contradiccion en la Inteligencia que dirige la máquina del mundo significan dos grandes imperfecciones.

— ¿Quién sois? volvió á preguntar Ibarra con cierto temor; ¿habeis estudiado?

— He tenido que creer mucho en Dios porque he perdido la creencia en los hombres, contestó el piloto eludiendo la pregunta.

Ibarra creyó comprender á aquel joven perseguido: negaba la justicia humana, desconocía el derecho del hombre de juzgar á sus iguales, protestaba contra la fuerza y la superioridad de ciertas clases sobre las otras.

— Pero es menester que admitais la necesidad de la justicia humana por imperfecta que ella pudiese ser, repuso. Dios, por más ministros que tenga en la tierra, no puede, es decir, no dice claramente su juicio para dirimir los millones de contiendas que suscitan nuestras pasiones. Es menester, es necesario, es justo que el hombre juzgue alguna vez á sus semejantes!

— Sí, para hacer el bien, no el mal, para corregir y mejorar, no para destruir, porque si fallan sus juicios, él no tiene el poder de remediar el mal que ha hecho. Pero, añadió cambiando de tono, está discusion está por encima de mis fuerzas, y os entretengo ahora que os esperan. No olvidéis lo que yo os acabo de decir: teneis enemigos; conservaos para el bien de vuestro país.

Y se despidió.

— ¿Cuándo os volveré á ver? pregunto Ibarra.

— Siempre que querais y siempre que os pueda ser útil.

Aun soy vuestro deudor!

XXXIV.

LA COMIDA.

Allá bajo el adornado kiosko comían los grandes hombres de la provincia.

El Alcalde ocupaba un extremo de la mesa; Ibarra, el otro. A la derecha del joven se sentaba Maria Clara, y el escribano á su izquierda. Cpn. Tiago, el alferez, el gobernadorcillo, los frailes, los empleados y las pocas señoritas que se habían quedado se sentaban no segun el rango, sino segun sus aficiones.

La comida era bastante animada y alegre, pero á la mitad de ella, vino un empleado de telégrafos en busca de Cpn. Tiago, trayendo un parte. Cpn. Tiago pide naturalmente permiso para leerlo, y naturalmente todos se lo suplican.

El digno Capitan frunce primero las cejas, despues las levanta: su rostro palidece, se ilumina y, doblando precipitadamente el pliego y levantándose,

— ¡Señores, dice azorado, S. E. el Capitan General viene esta tarde á honrar mi casa!

Y echa á correr llevándose el parte y la servilleta pero sin sombrero, perseguido de exclamaciones y preguntas.

El anuncio de la venida de los tulisanes no habria producido más efecto.

— ¡Pero oiga V.! — ¿Cuándo viene? — ¡Cuéntenos V.! — ¡Su Excelencia!

Cpn. Tiago ya estaba lejos.

— ¡Viene S. E. y se hospeda en casa de Cpn. Tiago! exclaman algunos sin considerar que allí estaban la hija y el futuro yerno.

— ¡La eleccion no podía ser mejor! repuso éste.

Los frailes se miran unos á otros; la mirada queria decir: "El Capitan General comete una de las suyas, nos ofende, debia hospedarse en el convento", pero puesto que todos piensan así se callan y nadie espresa su pensamiento.

— Ya me habían hablado de eso ayer, dice el Alcalde, pero entonces S. E. no estaba aún decidido.

— ¿Sabe V. E., señor Alcalde, cuánto tiempo piensa el Capitan General quedarse aqui? pregunta inquieto el alferez.

— Con certeza no; á S. E. le gusta dar sorpresas.

— ¡Aquí vienen otros partes!

Eran para el Alcalde, el alferez y el gobernadorcillo,

anunciando lo mismo: los frailes notan bien que ninguno va dirigido al cura.

— ¡S. E. llegará á las cuatro de la tarde, señores! dice el Alcalde solemnemente; podemos comer con tranquilidad!

Mejor no podía haber dicho Leonidas en las Termópilas: “¡Esta noche cenaremos con Pluton!”

La conversacion volvió á tomar su curso ordinario.

— ¡Noto la ausencia de nuestro gran predicador! dice tímidamente uno de los empleados, de aspecto inofensivo, que no habia abierto la boca hasta el momento de comer y hablaba ahora por primera vez en toda la mañana.

Todos los que sabían la historia del padre de Crisóstomo hicieron un movimiento y un guiño que querían decir: “¡Ande V! Al primer tapon zurrapas!” pero algunos más benévolo contestaron:

— Debe estar algo cansado . . .

— ¿Qué algo? exclama el alférez; rendido debe estar y, como dicen por aquí, malunqueado. ¡Cuidado con la plática!

— ¡Un sermón soberbio, gigante! dice el escribano.

— ¡Magnífico, profundo! añade el corresponsal.

— Para poder hablar tanto, se necesita tener los pulmones que él tiene, observa el P. Manuel Martín.

El agustino no le concedía más que pulmones.

— Y la facilidad de espresarse, añade el P. Salvi.

— ¿Saben Vs, que el señor de Ibarra tiene el mejor cocinero de la provincia? dice el Alcalde cortando la conversacion.

— Eso decia, pero su hermosa vecina no quiere honrar la mesa pues apenas prueba bocado, repuso uno de los empleados.

María Clara se ruborizó,

— Doy gracias al Señor . . . se ocupa demasiado de mi persona, balbuceó tímidamente, pero . . .

— Pero que la honra V. bastante con sola su asistencia, concluyó el galante Alcalde, y volviéndose al P. Salvi.

— Padre Cura, añadió en voz alta, noto que todo el día está V. R. callado y pensativo . . .

— ¡El Señor Alcalde es un terrible observador! exclama el P. Sibyla en un tono particular.

— Ésa es mi costumbre, balbucea el franciscano; me gusta más oír que hablar.

— ¡V. R. atiende siempre á ganar y no perder! dice en tono de broma el alférez.

El P. Salvi no tomó la cosa á broma: su mirada brilló un momento y replicó:

— ¡Ya sabe bien el Sr. alférez que estos días no soy yo el que más gana ó pierde!

El alférez disimuló el golpe con una falsa risa y no se dió por aludido.

— Pero, señores, yo no comprendo cómo se puede hablar de ganancias ó pérdidas, interviene el Alcalde; ¿qué pensarían de nosotros esas amables y discretas señoritas, que nos honran con su presencia? Para mí, las jóvenes son como las arpas eólicas en medio de la noche: hay que escucharlas y prestar atento oído, para que sus inefables armonías, que elevan al alma á las celestiales esferas de lo infinito y de lo ideal . . .

— ¡V. E. está poetizando! dice alegremente el escribano, y ambos apuran la copa.

— No puedo menos, dice el Alcalde limpiándose los labios; la ocasión, si no siempre hace al ladrón, hace al poeta. En mi juventud compuse versos, y por cierto, no malos.

— ¡De modo que V. E. ha sido infiel á las Musas por seguir á Themis! dice enfáticamente nuestro mítico ó mitólogo corresponsal.

— ¡Psch! ¿qué quiere V.? Recorrer toda la escala social fué siempre mi sueño. Ayer recogía flores y entonaba cantos, hoy empuño la vara de la Justicia y sirvo á la Humanidad, mañana . . .

— Mañana arrojará V. E. la vara al fuego para calentarse con ella en el invierno de la vida y tomará una cartera de ministro, añade el P. Sibyla.

— ¡Psh! sí . . . no . . . ser ministro no es precisamente mi bello ideal: cualquier advenedizo lo llega á ser. Una villa en el Norte para pasar el verano, un hotel en Madrid y unas posesiones en Andalucía para el invierno . . . , Viviremos acordándonos de nuestra querida Filipinas . . . De mí no dirá Voltaire: *Nous n'avons jamais été chez ces peuples que pour nous y enrichir et pour les calomnier.*

Los empleados creyeron que S. E. había dicho una gracia y se echaron á reír celebrándola; los frailes los imitaron pues no sabían que Voltaire era el Voltairé tantas veces maldecido por ellos y puesto en el infierno. Sin embargo el P. Sibyla lo sabía y se puso serio, suponiendo que el Alcalde había dicho una heregía ó impiedad.

En el otro kiosko comían los niños, presididos por su maestro. Para ser chicos filipinos hacían bastante ruido, pues generalmente en la mesa y delante de otras personas pecan más de cortos que de sueltos. Tal que equivocaba el uso de los cubiertos era corregido por el vecino; de aquí surgía una

discusion y ambos encontraban partidarios: quienes decian la cuchara, quienes el tenedor ó el cuchillo, y como no consideraban á nadie como una autoridad, allí se armaba la de Dios es Cristo ó, más claramente, una discusion de teólogos.

Los padres se guiñaban, se codeaban, se hacian señas y en sus sonrisas se podía leer que eran felices.

— ¡Ya! decía una campesina á un viejo que trituraba buyo en su *kalikut*; por más que mi marido no quiera, mi Andoy será sacerdote. Somos en verdad, pobres, pero ya trabajaremos y si fuese necesario, pediremos limosna. No falta quien dé dinero para que los pobres puedan ordenarse. ¿No dice el Hermano Mateo, hombre que no miente, que el Papa Sisto era un pastor de carabaos en Batangas? ¡Pues, mirad á mi Andoy, miradle si no tiene ya la cara de S. Vicente!

Y á la buena madre se le hacia agua la boca viendo á su hijo coger el tenedor con ambas manos.

— ¡Dios ayude! añade el viejo mascando el sapá; si Andoy llega á ser Papa, nos iremos á Roma, jeje! todavía puedo andar bien. Y si me muero . . . jeje!

— ¡Perded cuidado, abuelo! Andoy no se olvidará de que le habeis enseñado á tejer cestos de caña y *dikines*.

— Tienes razon, Petra: yo tambien creo que tu hijo será gran cosa . . . cuando menos patriarca ¡No he visto otro que en menos tiempo haya aprendido el oficio! Ya, ya se acordará de mí cuando Papa ú obispo se entretenga en hacer cestos para su cocinera. Ya dirá misas por mi alma, jeje!

Y el buen anciano, con esta esperanza, cargó de lleno su *kalikut* con mucho buyo.

— Si Dios oye mis ruegos y mis esperanzas se cumplen, diré á Andoy: Hijo, quitanos á todos los pecados y mándanos al Cielo. Ya no tendremos necesidad de rezar, ayunar, ni comprar bulas. ¡Quien tiene un hijo santo Papa ya puede cometer pecados!

— Enviale mañana á casa, Petra, dice entusiasmado el viejo; ¡le voy á enseñar á labrar el *nitô*!

— ¡Hmjn! aba! ¿Qué creéis, abuelo? Pensais que los Papas mueven todavía las manos? ¡El cura, con ser no mas que cura, sólo trabaja en la misa . . . cuando da vueltas! El arzobispo ya no da vueltas, dice la misa sentado; con que el Papa . . . el Papa la dirá en la cama, con abanico! ¿Qué os figurábais?

— No está de más, Petra, que el sepa cómo se prepara el *nitô*. Bueno es que pueda vender salakots y petacas para no tener que pedir limosna, como lo hace aquí todos los años el

cura en nombre del Papa Me da compasion ver un santo pobre y doy siempre todo lo que economizo.

Acercóse otro campesino diciéndo:

— ¡Está decidido, *cumare*, mi hijo ha de ser doctor; no hay como ser doctor!

— ¡Doctor! callaos, *cumpare*, contesta la Petra; no hay como ser cura!

— ¿Cura? prr! cura? ¡El doctor cobra mucho dinero; los enfermos le veneran, *cumare*!

— ¡Por favor! El cura, con dar tres ó cuatro vueltas y decir *déminos pabiscum*, come á Dios y recibe dinero. Todos, hasta las mujeres le cuentan sus secretos!

— Y ¿el doctor? Pues ¿qué creis que es el doctor? El doctor ve todo lo que teneis las mujeres, toma el pulso á las dalagas . . . ¡Yo sólo quisiera ser doctor una semana!

— Y ¿el cura? ¿acaso el cura no ve tambien lo que vuestro doctor? ¡Y todavía mejor! ya sabeis el refran: gallina gorda y pierna redonda para el cura!

— ¿Pues qué? comen los médicos sardinas secas? se lastiman los dedos comiendo sal?

— ¿Se ensucia el cura la mano como vuestros médicos? Para eso tiene grandes haciendas, y cuando trabaja, trabaja con música y le ayudan los sacristanes!

— ¿Y el confesar, *cumare*? ¿No es un trabajo?

— ¡Vaya un trabajo! ¡Ya quisiérais estar confesando á todo el mundo! Con que trabajamos y sudamos para averiguar qué hacen los hombres y las mujeres, qué nuestros vecinos! El cura no hace más que sentarse, y todo le cuentan: á veces se duerme, pero suelta dos ó tres bendiciones y somos otra vez hijos de Dios! Ya quisiera yo ser cura en una tarde de cuaresma!

— Y ¿el . . . el predicar? eso no me direis que no es trabajo. Ved sino, cómo sudaba esta mañana el cura grande! objetaba el hombre que sentía batirse en retirada.

— ¿El predicar? ¿Un trabajo el predicar? ¿Dónde teneis el juicio? Ya quisiera yo estar hablando medio día, desde el púlpito, regañando y riñendo á todos, sin que ninguno se atreva á replicar, y pagándome por ello todavía; ¡Ya quisiera yo ser cura no más que una mañana cuando estén oyendo misa los que me deben! Ved, ved no más al P. Dámaso cómo engorda de tanto reñir y pegar!

En efecto venía el P. Dámaso, con el andar de hombre gordo, medio sonriendo pero de una manera tan maligna que Ibarra al verle perdió el hilo de su discurso.

El P. Dámaso fué saludado, si bien con cierta estrañeza, pero con muestras de alegría por todos, menos por Ibarra. Estaban ya en los postres y el champaña espumaba en las copas.

La sonrisa del P. Dámaso se hizo nerviosa cuando vió á Maria Clara sentada á la derecha de Crisóstomo; pero, tomando una silla al lado del Alcalde, preguntó en medio de un silencio significativo:

— ¿Se hablaba de algo, señores? continúen Vs.!

— Se brindaba, contestó el Alcalde. El Sr. de Ibarra mencionaba á cuantos le habían ayudado en su filantrópica empresa y hablaba del arquitecto, cuando V. R. . .

— Pues yo no entiendo de arquitectura, interrumpió el P. Dámaso, pero me río de los arquitectos y de los bobos que á ellos acuden. Ahí está; yo tracé el plano de esa iglesia, y está construida perfectamente: así me lo dijo un joyero inglés que se hospedó un día en el convento. Para trazar un plano basta tener dos dedos de frente!

— Sin embargo, repuso el Alcalde viendo que Ibarra se callaba, cuando ya se trata de ciertos edificios, por ejemplo, como esta escuela, necesitamos un perito . . .

— ¡Qué perito ni que peritas! exclama con burla el P. Dámaso. ¡Quien necesite de peritos es un perrito! Hay que ser más bruto que los indios, que se levantan sus propias casas, para no saber hacer construir cuatro paredes y ponerles un tapanco encima, que es todo una escuela!

Todos miraron hácia Ibarra, pero éste, si bien se puso pálido, siguió como conversando con Maria Clara.

— Pero considere V. R. . .

— Vea V., continúa el franciscano no dejando hablar al Alcalde, vea V. cómo un lego nuestro, el más bruto que tenemos, ha construido un hospital bueno, bonito y barato. Hacía trabajar bien y no pagaba más que ocho cuartos diarios á los que tenían aun que venir de otros pueblos. Ese sabia tratarlos, no como muchos chiflados y mesticillos, que los echan á perder pagándoles tres ó cuatro reales.

— ¿Dice V. R. que sólo pagaba ocho cuartos? Imposible! trata el Alcalde de cambiar el curso de la conversacion.

— Sí, señor, y eso debían imitar los que se precian de buenos españoles. Ya se vé, desde que el Canal de Suez se ha abierto, la corrupcion ha venido acá. Antes, cuando teníamos que doblar el Cabo, ni venían tantos perdidos, ni iban allá otros á perderse!

— Pero, ¡P. Dámaso . . .!

— V. ya conoce lo que es el indio: tan pronto como aprende algo, se las echa de doctor. Todos esos mocosos que se van á Europa . . .

— Pero ¡oiga V. R. . . ! interrumpía el Alcalde que se inquietaba por lo agresivo de aquellas palabras.

— Todos van á acabar como merecen, continúa; la mano de Dios se vé en medio, se necesita estar ciego para no verlo. Ya en esta vida reciben el castigo los padres de semejantes víboras . . . se mueren en la cárcel ¡je! je! como si dijéramos, no tienen donde . . .

Pero no concluyó la frase. Ibarra, lívido, le había estado siguiendo con la vista; al oír la alusión á su padre, se levantó y de un salto, dejó caer su robusta mano sobre la cabeza del sacerdote, que cayó de espaldas atontado.

Llenos de sorpresa y terror, ninguno se atrevió á intervenir.

— ¡Lejos! gritó el joven con voz terrible, y estendió su mano á un afilado cuchillo mientras sujetaba con el pié el cuello del fraile, que volvía de su atolondramiento; ¡el que no quiera morir que no se acerque!

Ibarra estaba fuera de sí: su cuerpo temblaba, sus ojos giraban en sus órbitas amenazadores. Fr. Dámaso, haciendo un esfuerzo, se levantó, pero él, cogiéndole del cuello le sacudió hasta ponerle de rodillas y doblarle.

— ¡Señor de Ibarra! Señor de Ibarra! babucearon algunos.

Pero ninguno, ni el mismo alférez, se atrevía á acercarse viendo el cuchillo brillar, calculando la fuerza y el estado de ánimo del joven. Todos se sentían paralizados.

— ¡Vosotros, ahí! vosotros os habeis callado, ahora me toca á mí. Yo le he evitado, Dios me lo trae, ¡juzgue Dios!

El joven respiraba trabajosamente, pero con brazo de hierro seguía sujetando al franciscano, que en vano pugnaba por desasirse.

— Mi corazón bate tranquilo, mi mano va segura . . .

Y mirando al rededor suyo, — Antes, ¿hay entre vosotros alguno, alguno que no haya amado á su padre, que haya odiado su memoria, alguno nacido en la vergüenza y la humillación? . . . Ves? oyes ese silencio? Sacerdote de un Dios de paz, que tienes la boca llena de santidad y religion, y el corazón de miserias, tú no debiste conocer lo que es un padre . . . ¡hubieras pensado en el tuyo! Ves? Entre esa multitud que tu desprecias no hay uno como tú! Estás juzgado!

La gente que le rodeaba, creyendo que iba á cometer un asesinato, hizo un movimiento.



— ¡Lejos! volvió á gritar con voz amenazadora; ¿qué? temeis que manche mi mano en sangre impura? No os he dicho que mi corazon bate tranquilo? Lejos de nosotros! Oid, sacerdotes, jueces, que os creéis otros hombres y os atribuis otros derechos! Mi padre era un hombre honrado, preguntadlo á ese pueblo que venera su memoria. Mi padre era un buen ciudadano: se ha sacrificado por mí y por el bien de su pais. Su casa estaba abierta, su mesa dispuesta para el extranjero ó el desterrado que acudia á él en su miseria! Era buen cristiano: ha hecho siempre el bien y jamás oprimió al desvalido, ni acongojó al miserable . . . A éste, le ha abierto las puertas de su casa, le ha hecho sentarse en su mesa y le ha llamado su amigo. ¿Cómo ha correspondido? Le ha calumniado, perseguido, ha armado contra él á la ignorancia, valiéndose de la santidad de su cargo, ha ultrajado su tumba, deshonrado su memoria y le ha perseguido en el mismo reposo de la muerte. Y, no contento con esto, ¡persigue al hijo ahora! Yo le he huido, he evitado su presencia . . . Vosotros le oisteis esta mañana profanar el púlpito, señalarme al fanatismo popular, y yo me he callado. Ahora viene aquí á buscarme querella; he sufrido en silencio con sorpresa vuestra, pero insulta de nuevo la más sagrada memoria para todos los hijos . . . Vosotros los que estais aquí, sacerdotes, jueces, ¿visteis á vuestro anciano padre desvelarse trabajando para vosotros, separarse de vosotros para vuestro bien, morir de tristeza en una prision, suspirando por poderos abrazar, buscando un sér que le consuele, solo, enfermo, mientras vosotros en el extranjero . . . ¿Oisteis despues deshonrar su nombre, hallasteis su tumba vacía cuando quisisteis orar sobre ella? No? Os callais, ¡luego le condenais!

Levantó el brazo; pero una joven, rápida como la luz, se puso en medio y con sus delicadas manos detuvo el brazo vengador: era Maria Clara.

Ibarra la miró con una mirada que parecía reflejar la locura. Poco á poco se aflojaron los crispados dedos de sus manos dejando caer el cuerpo del franciscano y el cuchillo, y cubriéndose la cara huyó al través de la multitud.

XXXV.

COMENTARIOS.

Pronto se divulgó el acontecimiento en el pueblo. Al principio nadie lo quería creer, pero, teniendo que ceder á la realidad, todos se deshacían en exclamaciones de sorpresa.

Cada uno segun el grado de su elevacion moral hacia sus comentarios.

— ¡El P. Dámaso está muerto! decían algunos; cuando le levantaron, tenia toda la cara bañada en sangre y no respiraba.

— ¡Descanse en paz, pero no ha hecho más que saldar su deuda! exclamaba un joven. Mirad que lo que ha hecho esta mañana en el convento no tiene nombre.

— ¿Qué ha hecho? Ha vuelto á pegar al coadjutor?

— ¿Qué ha hecho? A ver! Cuéntenoslo.

— ¿Habeis visto esta mañana un mestizo español salir por la sacristia durante el sermon?

— ¡Sí! sí que le vimos. El P. Dámaso se fijó en él.

— Pues . . despues del sermon, le hizo llamar y le preguntó por qué habia salido. 'No entiendo el tagalo, Padre', contestó. 'Y ¿por qué te has burlado diciendo que aquello era griego?' le gritó el P. Dámaso dándole un bofeton. El joven contestó, anduvieron los dos á puñetazos hasta que los separaron.

— Si me pasaba eso . . ., murmuró entre dientes un estudiante.

— No apruebo la accion del franciscano, repuso otro, pues la Religion no se debe imponer á nadie como un castigo ó una penitencia; pero casi lo celebro porque le conozco á ese joven, sé que es de S. Pedro Macati, y habla bien el tagalo. Ahora, quiere que le tengan por reciénvenido de Rusia y se honra con aparentar ignorar el idioma de sus padres.

— Entonces, ¡Dios los cria y ellos se pegan!

— Sin embargo debemos protestar contra el hecho, exclamaba otro estudiante; callarse seria asentir y lo sucedido puede repetirse en cualquiera de nosotros. ¡Volvemos á los tiempos de Neron!

— ¡Te equivocas! le replicaba otro; Neron era un gran artista y el P. Dámaso un pésimo predicador!

Los comentarios de las personas de edad eran otros.

Mientras esperaban la llegada del Capitan General en una casita fuera del pueblo, decia el gobernadorcillo:

— Decir quién tiene y quién no tiene razon, no es cosa fácil; sin embargo, si el señor Ibarra hubiese guardado más prudencia . . .

— ¿Si el P. Dámaso hubiese tenido la mitad de la prudencia del señor Ibarra, queríais decir probablemente? interrumpe D. Filipo. El mal está en que se han trocado los papeles; el joven se ha mostrado como un viejo, y el viejo como un joven.

— Y ¿decís que ninguno se movió, ninguno acudió á separarlos, fuera de la hija de Cpn. Tiago? pregunta Cpn. Martin. ¿Ninguno de los frailes, ni el Alcalde? Hm! Peor que *te* peor! No quisiera estar en la pelleja del joven. Nadie le podrá perdonar el haberle tenido miedo. ¡Peor que *te* peor, hm!

— ¿Lo creéis? pregunta con interés Cpn. Basilio.

— Espero, dice D. Filipo cambiando con éste una mirada, que el pueblo no le ha de abandonar. Debemos pensar en lo que su familia ha hecho y en lo que está haciendo ahora. Y si acaso, acobardado, el pueblo se calla, sus amigos . . .

— Pero, señores, interrumpe el gobernadorcillo, ¿qué podemos hacer nosotros? qué puede el pueblo? Suceda lo que suceda, los frailes siempre tienen razon!

— Tienen *siempre* razon, porque nosotros *siempre* se la damos, contesta D. Filipo con impaciencia recargando el acento en la palabra 'siempre'; démonosla una vez y entonces hablaremos!

El gobernadorcillo se rascó la cabeza y mirando al techo repuso con voz ágría:

— ¡Ay! el calor de la sangre! Parece que no sabeis aun en qué pais estamos; no conoceis á nuestros paisanos. Los frailes son ricos y están unidos, y nosotros divididos y pobres. Si! tratad de defenderle y vereis cómo os dejan solo en el compromiso.

— Si! exclama D. Filipo con amargura, eso sucederá, mientras se piense así, mientras miedo y prudencia sean sinónimos. Se atiende más á un mal eventual que al bien necesario; al instante se presenta el miedo y no la confianza; cada cual piensa en si solo, nadie en los demás, por eso todos somos débiles!

— ¡Pues bien, pensad en los otros antes que en vos mismo y vereis cómo os dejan colgado. ¿No sabeis el refran español: la caridad bien entendida empieza por sí mismo?

— ¡Mejor diríais, contesta exasperado el teniente mayor,

que la cobardía bien entendida empieza por el egoismo y acaba por la vergüenza! Ahora mismo presento mi dimision al Alcalde; harto estoy de pasar por ridiculo sin ser á nadie útil . . . Adios!

Las mujeres opinaban de otra manera.

— ¡Ay! suspiraba una mujer de espresion bondadosa; los jóvenes siempre serán asi! Si viviese su buena madre, ¿qué diría? ¡Ay, Dios! Cuando pienso que otro tanto puede pasarle á mi hijo que tambien tiene la cabeza caliente . . . ¡ay, Jesus! casi le tengo envidia á su difunta madre, . . me moriria de pena!

— Pues yo no, contestaba otra mujer; no me daría pena si tal pasase á mis dos hijos.

— ¿Qué decis, Cpna. Maria? exclamaba la primera juntando las manos.

— Me gusta que los hijos defiendan la memoria de sus padres, Cpna. Tinay; ¿qué diriais si un dia, viuda, oyéseis hablar mal de vuestro marido, y vuestro hijo Antonio bajase la cabeza y se callase?

— ¡Yo le negaría mi bendicion! exclama una tercera, la Hermana Rufa, pero . . .

— ¡Negarle la bendicion, jamás! interrumpe la bondadosa Cpna. Tinay, una madre no debe decir eso . . . pero, yo no sé lo que haría . . . no sé . . . creo que me moriria . . . le . . . no! Dios mio! pero no querria verle más . . . pero ¿qué pensamientos teneis, Capitana Maria?

— Con todo, añadía Hermana Rufa, no hay que olvidar que es un gran pecado poner la mano sobre una persona sagrada.

— ¡La memoria de los padres es más sagrada! replica Cpna. Maria. ¡Ninguno, ni el Papa, y menos el P. Dámaso puede profanar tan santa memoria!

— ¡Es verdad! murmuraba Cpna. Tinay admirando la sabiduria de ambas; ¿de dónde sacais tan buenas razones?

— Pero y ¿la excomunion y la condenacion? replicaba la Rufa. ¿Qué son los honores y el buen nombre en esta vida si en la otra nos condenamos? Todo pasa pronto . . . pero la excomunion . . . ultrajar á un ministro de Jesucristo . . . ¡eso no lo perdona nadie más que el Papa!

— ¡Lo perdonará Dios que manda honrar padre y madre; Dios no le excomulgará! Y yo os digo; si ese joven viene á mi casa, yo le recibo y hablo con él; si tuviese una hija, le querria por yerno: el que es buen hijo será buen marido y buen padre, creedlo, Hermana Rufa!

— Pues yo no pienso así; decid lo que queráis, y aunque parezca que tengáis razón, siempre le creeré más al cura. Ante todo, salvo yo mi alma, ¿qué decís, Cpna. Tinay?

— ¡Ah! qué queréis que diga! Ambas teneis razón; el cura la tiene, pero Dios también la debe tener! Yo no sé, no soy más que una tonta . . . Lo que voy á hacer es decirle á mi hijo que no estudie más! dicen que los sabios mueren ahorcados! María Santísima! mi hijo que quería ir á Europa!

— ¿Qué pensais hacer?

— Decirle que se quede á mi lado, ¿para qué saber más? Mañana ó pasado nos morimos, muere el sabio como el ignorante . . . la cuestion es vivir en paz.

Y la buena mujer suspiraba y levantaba los ojos al cielo.

— Pues yo, decía gravemente la Cpna. María, si fuese rica como vos, dejaba que mis hijos viajasen: son jóvenes y deben un día ser hombres . . . yo ya he de vivir poco . . . nos veriamos en la otra vida . . . los hijos deben aspirar á ser algo más que sus padres, y en nuestros senos sólo les enseñamos á ser niños.

— ¡Ay qué pensamientos tan raros teneis! exclamaba espantada la Cpna. Tinay, juntando las manos; parece que no habeis parido con dolor á vuestros gemelos!

— Por lo mismo que los he parido con dolor, criado y educado á pesar de nuestra pobreza, no quiero que, despues de tantas fatigas como me han costado, sean no más que medio hombres . . .

— ¡Me parece que no amais á vuestros hijos como Dios manda! dice en tono algo severo Hermana Rufa.

— Perdonad, cada madre ama á sus hijos á su manera: unas los aman para sí, otras por sí, y algunas para ellos mismos. Yo soy de estas últimas, mi marido así me lo ha enseñado.

— Todos vuestros pensamientos, Cpna. María, dice la Rufa como predicando, son poco religiosos: haceos Hermana del Smo. Rosario, de S. Francisco, de Sta. Rita ó Sta. Clara!

— ¡Hermana Rufa, cuando sea digna hermana de los hombres, trataré de ser hermana de los santos! contestaba sonriendo.

Para acabar con este capítulo de comentarios, y para que los lectores vean siquiera de paso qué pensaban del hecho los sencillos campesinos, nos iremos á la plaza, donde bajo el entoldado conversan algunos, uno de los cuales, conocido nuestro, es el hombre que soñaba en los doctores en Medicina.

— ¡Lo que más siento, decía éste, es que la escuela ya no se termina!

— ¿Cómo? cómo? preguntan los circunstantes con interés.

— ¡Mi hijo ya no será doctor sino carretero! Nada! Ya no habrá escuela!

— ¿Quién dice que ya no habrá escuela? pregunta un rudo y robusto aldeano de anchas quijadas y estrecho cráneo.

— ¡Yo! Los Padres blancos han llamado á Don Crisóstomo *plibastiero*. ¡Ya no hay escuela!

Todos se quedaron preguntándose con la mirada. El nombre era nuevo para ellos.

— Y ¿es malo ese nombre? se atreve al fin á preguntar el rudo aldeano.

— ¡Lo peor que un cristiano puede decir á otro!

— ¿Peor que *tarantado* y *saragate*?

— ¡Si no fuese más que eso! Me han llamado varias veces así, y ni siquiera me ha dolido el estómago.

— ¡Vamos, no será peor que *indio* que dice el alférez!

El que va á tener un hijo carretero se pone más sombrío; el otro se rasca la cabeza y piensa.

— ¡Entonces será como *betelapora* que dice la vieja del alférez! Peor que eso es escupir en la hostia.

— Pues, peor que escupir en la hostia en Viernes santo, contestaba gravemente. Ya os acordais de la palabra *ispichoso*, que bastaba aplicar á un hombre para que los civiles de Villa-Abrille se le llevasen al destierro ó á la carcel; pues, *plebestiero* es mucho peor. Segun decian el telegrafista y el directorcillo, *plibestiro* dicho por un cristiano, un cura ó un español á otro cristiano como nosotros parece *santusdeus* con *requimiternam*: si te llaman una vez *plibustiero*, ya puedes confesarte y pagar tus deudas pues no te queda más remedio que dejarte ahorcar. Ya sabes si el directorcillo y el telegrafista deben estar enterados: el uno habla con alambres y el otro sabe español y no maneja más que la pluma.

Todos estaban aterrados.

— ¡Que me obliguen á ponerme zapatos y no beber en toda mi vida más que esa orina de caballo que llaman cerveza, si alguna vez me dejo llamar *pelbistero*! jura cerrando sus puños el aldeano. ¿Quién? Yo, rico como D. Crisóstomo, sabiendo el español como él, y pudiendo comer aprisa con cuchillo y cuchara, me río de cinco curas!

— ¡Al primer civil que vea yo robando gallinas le llamo *palabistiero* . . . y me confesaré en seguida! murmura en voz baja alejándose del grupo uno de los campesinos.

---

XXXVI.

LA PRIMERA NUBE.

En casa de Cpn. Tiago no reinaba menos confusion que en la imaginacion de la gente. Maria Clara no hacia más que llorar y no escuchaba las palabras de consuelo de su tia, y de Andeng, su hermana de leche. Le había prohibido su padre que hablase con Ibarra hasta tanto que los sacerdotes no le absolviesen de la excomunion.

Cpn. Tiago, que estaba muy ocupado preparando su casa para recibir dignamente al Cpn. General, habia sido llamado al convento.

— No llores, hija, decia tia Isabel pasando la gamusa sobre las brillantes lunas de los espejos; ya le retirarán la excomunion, ya escribirán al Santo Papa . . . haremos una grande limosna . . . El P. Dámaso no ha tenido más que un desmayo . . . no ha muerto!

— No llores, le decia Andeng en voz baja; ya haré yo que le hables: ¿para qué han hecho los confesonarios, sino es para pecar? ¡Todo se perdona con decirlo al cura!

Por fin, Cpn. Tiago llegó! Ellas buscaron en su cara la respuesta á muchas preguntas; pero la cara de Cpn. Tiago anunciaba el desaliento. El pobre hombre sudaba, se pasaba la mano por la frente y no conseguia articular una palabra.

— ¿Qué hay, Santiago? pregunta ansiosa la tia Isabel.

Este contesta con un suspiro, enjugándose una lágrima.

— ¡Por Dios, habla! ¿Qué pasa?

— ¡ Lo que yo ya me temía! prorrumpe al fin medio llorando. Todo está perdido! El P. Dámaso manda que rompa el compromiso, de lo contrario me condeno en esta vida y en la otra! Todos me dicen lo mismo, hasta el P. Sibyla! Debo cerrarle las puertas de mi casa y . . . ¡le debo más de cincuenta mil pesos! He dicho esto á los Padres pero no han querido hacerme caso: ¿Qué prefieres perder, me decían, cincuenta mil pesos ó tu vida y tu alma? ¡Ay, S. Antonio! si lo hubiese sabido, si lo hubiese sabido!

Maria Clara sollozaba.

— No llores, hija mia, añadía volviéndose á ésta; tú no eres como tu madre que no lloraba nunca . . . no lloraba mas que por antojos . . . El P. Dámaso me ha dicho que ha llegado ya un pariente suyo de España . . . y te lo destina por novio . . .

Maria Clara se tapó los oidos.

— Pero, Santiago, ¿estás loco? le gritó tía Isabel; ¡hablarle de otro novio ahora! Crees que tu hija muda de novios como de camisa?

— Eso mismo pensaba yo, Isabel; Don Crisóstomo es rico . . . los españoles sólo se casan por amor al dinero . . . pero ¿qué quieres que haga? Me han amenazado con otra excomunión . . . dicen que corre gran peligro no sólo mi alma sino también el cuerpo . . . el cuerpo, ¿oyes? ¡el cuerpo!

— ¡Pero tú no haces más que desconsolar á tu hija! ¿No es amigo tuyo el arzobispo? Por qué no le escribes?

— El arzobispo también es fraile, el arzobispo no hace más que lo que los frailes le dicen. Pero, María, no llores; vendrá el Capitan General, querrá verte y tus ojos estarán encarnados . . . Ay! yo que pensaba pasar una tarde feliz . . . sin esta gran desgracia sería el más feliz de los hombres y todos me tendrían envidia . . . ¡Cálmate, hija mia: yo soy más desgraciado que tú y no lloro! Tu puedes tener otro novio mejor, pero yo, yo pierdo cincuenta mil pesos! Ay, Virgen de Antipolo, si esta noche al menos tuviese suerte!

Detonaciones, rodar de coches, galope de caballos, música tocando la Marcha real anunciaron la llegada de S. E. el Gobernador General de las Islas Filipinas. María Clara corrió á esconderse en su alcoba . . . ¡pobre joven! juegan con tu corazón groseras manos que no conocen sus delicadas fibras.

Mientras la casa se llenaba de gente, y fuertes pasos, voces de mando, ruidos de sables y espuelas resonaban por todas partes, la atribulada joven yacía medio atrodillada delante de una estampa de la Virgen, que la representaba en aquella actitud de dolorosa soledad, sólo sentida por Delaroché, como si la hubiese sorprendido al volver del sepulcro de su Hijo. María Clara no pensaba en el dolor de aquella madre, pensaba en el suyo propio. Con la cabeza doblada sobre el pecho y las manos apoyadas contra el suelo, parecía el tallo de una azucena doblado por la tempestad. ¡Un porvenir soñado y acariciado durante años, cuyas ilusiones, nacidas en la infancia y crecidas con la juventud, daban forma á las células de su organismo, querer borrarlo ahora, con una sola palabra, de la mente y del corazón! Tanto valía paralizar los latidos de uno y privar á la otra de su luz!

María Clara era tan buena y piadosa cristiana como amante hija. No sólo le arrebataba la excomunión: el mandato y la amenazada tranquilidad de su padre le exigen ahora el sacrificio de sus amores. Sentía ella toda la fuerza de aquel afecto que hasta entonces no sospechaba. Era una vez un río



que se deslizaba mansamente; fragantes flores alfombraban sus orillas, y su lecho lo formaba fina arena. Su corriente apenas rizaba el viento; habriase dicho al verle que se remansaba. Pero de repente se estrecha el cauce, asperas rocas le cierran el paso, añosos troncos se atraviesan formando dique, ah! entonces ruge el rio, se levanta, hierven las olas, sacude penachos de espuma, bate las rocas y se lanza al abismo!

Quería orar, pero ¿quién ora en la desesperacion? Se ora cuando se espera, y cuando no, y nos dirigimos á Dios, sólo exhalamos quejas. — “¡Dios mio! gritaba su corazon, ¿por qué separar así á un hombre, por qué negarle el amor de los demas? Tú no le niegas tu sol, ni tu aire, ni le ocultas la vista de tu cielo ¿por qué negarle el amor, cuando sin cielo, sin aire y sin sol se puede vivir, pero sin amor jamás?”

¿Llegarian al trono de Dios esos gritos que no oyen los hombres? los oiría la Madre de los desgraciados?

¡Ay! la pobre joven, que no había conocido una madre, se atrevia á confiar estos pesares que causan los amores de la tierra á aquel corazon purísimo, que sólo había conocido el amor de hija y el de madre: ella en sus tristezas acudía á esa imagen divinizada de la mujer, la idealizacion más hermosa de la más ideal de las criaturas, á esa creacion poética del Cristianismo, que reúne en sí los dos más bellos estados de la mujer, virgen y madre, sin tener sus miserias, que llamamos Maria.

— ¡Madre, Madre! gemía.

Tia Isabel vino á sacarla de su dolor. Habían llegado algunas amigas y el Capitan General deseaba hablarle

— ¡Tia, decid que estoy enferma! suplicó la joven espantada; me van á hacer tocar el piano y cantar!

— Tu padre lo ha prometido, ¿vas á poner feo á tu padre?

María Clara se levantó, miró á su tia, retorcióse los hermosos brazos y balbuceó:

— ¡Oh! si tuviese yo . . .

Pero no concluyó su frase y empezó á arreglarse.

---

### XXXVII.

#### SU EXCELENCIA.

— ¡Deseo hablar con ese joven! decía S. E. á un ayudante; ha despertado todo mi interés.

— Ya han ido á buscarle, mi general! Pero aquí hay un joven de Manila que pide con insistencia ser introducido.

Le hemos dicho que V. E. no tenía tiempo y que no había venido para dar audiencias sino para ver el pueblo y la procesion, pero ha contestado que V. E. siempre tiene tiempo disponible para hacer justicia . . .

S. E. se vuelve al Alcalde, maravillado.

— Si no me engaño, contesta éste haciendo una ligera inclinacion, es el joven que esta mañana ha tenido una cuestion con el P. Dámaso con motivo del sermon.

— ¿Aún otra? Se ha propuesto ese fraile alborotar la provincia, ó cree que él manda aquí? ¡Decid al joven que pase!

S. E. se pasea nervioso de un extremo á otro de la sala.

En la antesala había varios españoles, mezclados con militares y autoridades del pueblo de S. Diego y de los vecinos; agrupados en corros conversaban ó disputaban. Encontrábanse también ahí los frailes todos, menos el P. Dámaso, y querian pasar para presentar sus respetos á S. E.

— ¡S. E. el Capitan General suplica á V. V. R. R. que se esperen un momento, dice el ayudante; ¡pase V., joven!

Aquel manileño que confundia griego con el tagalo entró en la sala pálido y tembloroso.

Todos estaban llenos de sorpresa: muy irritado debía estar S. E. para atreverse á hacer esperar á los frailes. El P. Sibyla decia:

— ¡Yo no tengo nada que decirle . . . aquí pierdo tiempo!

— Digo lo mismo, añade un agustino; ¿nos vamos?

— ¿No seria mejor que averiguásemos cómo piensa? pregunta el P. Salvi; evitariamos un escándalo . . . y . . . podríamos recordarle . . . sus deberes para con . . . la Religion . . .

— ¡V. V. R. R. pueden pasar si gustan! dice el ayudante conduciendo al joven que no entendía el griego, que ahora sale con un rostro en que brilla la satisfaccion.

Fr. Sibyla entró el primero; detrás venian el P. Salvi, el P. Manuel Martin y los otros religiosos. Saludaron humildemente menos el P. Sibyla que conservó; aún en la inclinacion, un cierto aire de superioridad; el P. Salvi por el contrario casi dobló la cintura.

— ¿Quién de V. V. R. R. es el P. Dámaso? preguntó de improviso S. E. sin hacerles sentar, ni interesarse por su salud, sin dirigirles las frases lisongeras á que estaban acostumbrados tan altos personajes.

— ¡El P. Dámaso no está, señor, entre nosotros! contestó casi con el mismo acento seco el P. Sibyla.

— Yace en cama enfermo el servidor de V. E., añade humildemente el P. Salvi; después de tener el placer de

saludarle y enterarnos de la salud de V. E., como cumple á todos los buenos servidores del Rey y á toda persona de educacion, veníamos tambien en nombre del repetuoso servidor de V. E. que tiene la desgracia . . .

— ¡Oh! interrumpe el Capitan General haciendo girar una silla sobre un pié y sonriendo nerviosamente, si todos los servidores de mi excelencia fuesen como su reverencia, el P. Dámaso, preferiría servir yo mismo á mi excelencia!

Las Reverencias que ya estaban parados corporalmente, se lo quedaron tambien en espíritu ante esta interrupcion.

— ¡Tomen asiento V. V. R. R.! añadió despues de una breve pausa dulcificando un poco su tono.

Cpn. Tiago iba de frac y andaba de puntillas; conducía de la mano á Maria Clara, que entró vacilante y llena de timidez. No obstante hizo un gracioso y ceremonioso saludo.

— ¿Es la señorita hija de V.? preguntó sorprendido el Capitan General.

— ¡Y de V. E., mi General! contestó Cpn. Tiago seriamente.

El Alcalde y los ayudantes abrieron los ojos, pero S. E. sin perder la gravedad, tendió la mano á la joven y le dijo afablemente:

— ¡Felices los padres que tienen hijas como V., señorita! me han hablado de V. con respeto y admiracion . . . he deseado verla para darle las gracias por el hermoso acto que ha llevado á cabo este día. Estoy enterado de *todo*, y cuando escriba al Gobierno de S. M. no olvidaré su generoso comportamiento. Entre tanto, permítame V., señorita, que en nombre de S. M. el Rey que aquí represento y que ama la *paz y tranquilidad* de sus fieles súbditos, y en el mio, en el de un padre que tambien tiene hijas de su edad de V., le dé las más expresivas gracias y la proponga para una recompensa!

— ¡Señor . . .! contestó temblorosa Maria Clara.

S. E. adivinó lo que ella queria decir y repuso:

— Está muy bien, señorita, que V. se contente con su conciencia y con la estimacion de sus conciudadanos: á fé que es el mejor premio, y nosotros no debíamos pedir más. Pero no me prive V. de una hermosa ocasion para hacer ver que si la Justicia sabe castigar, tambien sabe premiar y que no siempre es *ciega*.

Todas las palabras en letra cursiva han sido pronunciadas de un modo más significativo y en voz más alta.

— ¡El señor Don Juan Crisóstomo Ibarra aguarda las órdenes de V. E.! dijo en voz alta un ayudante.

Maria Clara se estremeció.

— ¡Ah! exclamó el Capitan General, permitame V., señorita, que le espere el deseo de volverla á ver antes de dejar este pueblo: tengo aún que decirle cosas muy importantes. Señor Alcalde, V. S. me acompañará durante el paseo, que quiero hacer á pié, despues de la conferencia que tendré á solas con el señor Ibarra!

— V. E. nos permitirá que le advirtamos, dijo el P. Salvi humildemente, que el Sr. Ibarra está excomulgado . . . .

S. E. le interrumpió diciendo:

— Me alegra mucho no tener que deplorar más que el estado del P. Dámaso, á quien le deseo *sinceramente* una *curacion completa*, porque á su edad un *viaje á España* por motivos de salud no debe ser muy agradable. Pero esto depende de él . . . y entre tanto ¡que Dios les conserve la salud á V. V. R. R.!

Unos y otros se retiraron.

— Y ¡tanto que depende de él! murmura al salir el P. Salvi.

— ¡Veremos quién hará más pronto el viaje! añadió otro franciscano.

— ¡Me voy ahora mismo! dice despechado el P. Sibyla.

— ¡Y nosotros á nuestra provincia! dijeron los agustinos.

Unos y otros no podian sufrir que por culpa de un franciscano S. E. los haya recibido friamente.

En la antesala se encontraron con Ibarra, su anfitrión de hace algunas horas. No se cambiaron ningun saludo pero sí miradas que decían muchas cosas.

El Alcalde, por el contrario, cuando ya los frailes habían desaparecido, le saludó y le tendió la mano familiarmente, pero la llegada del ayudante que buscaba al joven no dió lugar á ninguna conversacion.

En la puerta se encontró con Maria Clara: las miradas de ambos se dijeron tambien muchas cosas, pero bien diferentes de las que hablaron los ojos de los frailes.

Ibarra vestia de riguroso luto. Presentóse sereno y saludó profundamente, sin embargo de que la visita de los frailes no le parecia de buen augurio.

El Capitan General se adelantó hácia él algunos pasos.

— Tengo suma satisfaccion, señor Ibarra, al estrechar su mano. Permitame V. que le reciba en el seno de la confianza.

S. E., en efecto, contemplaba y examinaba al joven con marcado contento.

— ¡Señor . . . tanta bondad . . . !

— Su sorpresa de V. me ofende, me significa que no esperaba de mí un buen recibimiento: ¡esto es dudar de mi justicia!

— Una amistosa acogida, señor, para un insignificante súbdito de S. M. como yo, no es justicia, es un favor.

— ¡Bien, bien! dice S. E. sentándose y señalándole un asiento, déjenos V. gozar un rato de expansion; estoy muy satisfecho de su conducta y ya le he propuesto al Gobierno de S. M. para una condecoracion por el filantrópico pensamiento de erigir una escuela . . . Si V. se me hubiese dirigido, yo habría presenciado con placer la ceremonia y acaso le habría evitado un disgusto.

— El pensamiento me parecía tan pequeño, contestó el joven, que no lo creía bastante digno para distraer la atencion de V. E. de sus numerosas ocupaciones; además, mi deber era dirigirme antes á la primera autoridad de mi provincia.

S. E. movió la cabeza con aire satisfecho y adoptando cada vez un tono más familiar, continuó:

— En cuanto al disgusto que V. ha tenido con el P. Dámaso, no guarde ni temor ni rencores: no se le tocará un pelo de su cabeza, mientras yo gobierne las Islas; y por lo que respecta á la excomunion, ya hablaré con el Arzobispo, porque es menester que nos amoldemos á las circunstancias: aquí no podríamos reirnos de estas cosas en público como en la Península ó en la culta Europa. Con todo, sea V. en lo sucesivo más prudente; V. se ha colocado frente á frente de las Corporaciones religiosas que, por su significacion y su riqueza, necesitan ser respetadas. Pero yo le protegeré á V. porque me gustan los buenos hijos, me gusta que se honre la memoria de los padres; yo tambien he amado á los míos y ¡vive Dios! no sé lo que habría hecho en su lugar . . .

Y cambiando rápidamente de conversacion, preguntó:

— Me han dicho que V. viene de Europa; ¿estuvo V. en Madrid?

— Sí, señor, algunos meses.

— ¿Oyó V. acaso hablar de mi familia?

— Acababa V. E. de partir cuando tuve el honor de ser presentado á ella.

— Y ¿cómo entonces se vino V. sin traerme ninguna recomendacion?

— Señor, contestó Ibarra inclinándose, porque no vengo directamente de España, y porque, habiéndome hablado del caracter de V. E., he creído que una carta de recomendacion no sólo sería inútil, sino hasta ofensiva: los filipinos todos le estamos recomendados.

Una sonrisa se dibujó en los labios del viejó militar, que repuso lentamente como midiendo y pesando sus palabras:

— Me lisonjea que V. piense así, y . . . ¡así debía ser! Sin embargo, joven, V. debe saber qué cargas pesan sobre nuestros hombros en Filipinas. Aquí, nosotros, viejos militares, tenemos que hacerlo y serlo todo: Rey, Ministro de Estado, de Guerra, de Gobernacion, de Fomento, de Gracia y Justicia etc. y lo peor aún es que para cada cosa tenemos que consultar á la lejana Madre Patria, que aprueba ó rechaza, según las circunstancias, ¡á veces á ciegas! nuestras propuestas. Y ¡decimos, los españoles: el que mucho abarca poco aprieta! Venimos ademas generalmente conociendo poco el país y le dejamos cuando le empezamos á conocer. — Con V. puedo franquearme, pues sería inútil aparentar otra cosa. Así que, si en España donde cada ramo tiene su ministro, nacido y criado en la misma localidad, donde hay Prensa y Opinion; donde la oposicion franca abre los ojos al Gobierno y le ilustra, anda todo imperfecto y defectuoso, es un milagro que aquí no esté todo revuelto, careciendo de aquellas ventajas, y viviendo y maquinando en las sombras una más poderosa oposicion. Buena voluntad no nos falta á los gobernantes, pero nos vemos obligados de valernos de ojos y brazos ajenos, que por lo comun no conocemos, y que acaso en vez de servir á su país sólo sirven á sus propios intereses. Esto no es culpa nuestra es de las circunstancias; los frailes nos ayudan no poco á salir del paso, pero no bastan ya . . . V. me inspira interés y desearía que la imperfeccion de nuestro actual sistema gubernamental no le perjudicase en nada . . . yo no puedo velar por todos, ni todos pueden acudir á mí. ¿Puedo serle á V. útil en algo, tiene V. algo que pedir?

Ibarra reflexionó.

— Señor, contestó, mi mayor deseo es la felicidad de mi país, felicidad que quisiera se debiese á la Madre Patria y al esfuerzo de mis conciudadanos, unidos una y otros con eternos lazos de comunes miras y comunes intereses. Lo que pido, sólo puede darlo el Gobierno despues de muchos años de trabajo continuo y reformas acertadas.

S. E. le miró por algunos segundos con una mirada que Ibarra sostuvo con naturalidad.

— ¡Es V. el primer hombre con quien hablo en este país! exclamó tendiéndole la mano.

— V. E. sólo ha visto á los que se arrastran en la ciudad, no ha visitado las calumniadas cabañas de nuestros pueblos: V. E. habría podido ver verdaderos hombres si para

ser hombre basta tener un generoso corazon y costumbres sencillas.

El Capitan General se levantó y se puso á pasear de un lado á otro de la sala.

— Señor Ibarra, exclamó parándose de repente, — el joven se levantó; — acaso dentro de un mes parta; su educacion de V. y su modo de pensar no son para este pais. Venda V. cuanto posee, arregle su maleta y véngase conmigo á Europa: aquel clima le sentaria mejor.

— ¡El recuerdo de la bondad de V. E. lo conservaré mientras viva! contestó Ibarra algo conmovido; pero debo vivir en el país donde han vivido mis padres . . .

— ¡Donde han muerto, diría V. más exactamente! Créame, acaso conozca su país mejor que V. mismo . . . Ah! ahora me acuerdo, exclamó cambiando de tono, V. se casa con una adorable joven, y le estoy deteniendo aqui! Vaya V., vaya V. al lado de ella y para mayor libertad envíeme al padre, añadió sonriendo. No se olvide V., sin embargo, de que quiero que me acompañe á paseo.

Ibarra saludó y se alejó.

S. E. llamó á su ayudante.

— ¡Estoy contento! dijo dándole ligeras palmadas en el hombro; hoy he visto por primera vez cómo se puede ser buen español sin dejar de ser buen filipino y amar á su país; hoy les he demostrado al fin á las *reverencias* que no todos somos juguetes suyos: este joven me ha proporcionado la ocasion y pronto habré saldado todas mis cuentas con el fraile! Lástima que ese joven algun día ú otro . . . pero, llámame al Alcalde!

Este se presentó inmediatamente.

— Señor Alcalde, le dijo al entrar, para evitar que se repitan *escenas*, como las que V. S. esta siesta ha *presenciado*, *escenas* que deploro porque *desprestigian* al Gobierno y á los españoles todos, me permito recomendarle *eficazmente* al señor Ibarra, para que no sólo le facilite los medios de llevar á cabo sus patrióticos fines, sino tambien evite que en adelante le molesten personas de cualquier clase que fueren y bajo cualquier pretexto.

El Alcalde comprendió la reprimenda y se inclinó para ocultar su turbacion.

— Haga V. S. decir lo mismo al alferez que aqui manda la seccion, y averigüe si es verdad que este señor tiene ocurrencias propias, que no dicen los reglamentos: he oido sobre esto más de una queja.

Cpn. Tiago se presentó tieso y planchado.

— D. Santiago, le dijo S. E. en tono afectuoso, hace poco le felicitaba á V. por la dicha de tener una hija como la Señorita de los Santos; ahora le felicito por su futuro yerno: la más virtuosa de las hijas es digna seguramente del mejor ciudadano de Filipinas. ¿Se puede saber cuándo es la boda?

— ¡Señor! . . . balbucea Cpn. Tiago y se limpia el sudor que corría por su frente.

— ¡Vamos, veo que aún no hay nada definitivo! Si faltan padrinos, tendré sumo gusto en ser uno de ellos. ¡Es para quitar el mal gusto que me han dejado tantas bodas como hasta aquí he apadrinado! añadió dirigiéndose al Alcalde.

— ¡Sí, señor! contestó Cpn. Tiago con una sonrisa que inspiraba compasión.

Ibarra fué casi corriendo en busca de Maria Clara: tenía tantas cosas que decirle y contarle. Oyó alegres voces en una de las habitaciones y llamó ligeramente á la puerta.

— ¿Quién llama? pregunta Maria Clara.

— ¡Yo!

Las voces callaron y la puerta . . . no se abrió.

— Soy yo, ¿puedo entrar? pregunta el joven cuyo corazón latía violentamente.

El silencio continuó. Segundos despues unos ligeros pasos se acercaron á la puerta y la alegre voz de Sinang murmuró al través del agujero de la cerradura:

— Crisóstomo, vamos al teatro esta noche; escribe lo que tengas que decirle á Maria Clara.

Y los pasos volvieron á alejarse, rápidos como vinieron.

— ¿Qué quiere esto decir? murmuraba Ibarra pensativo alejándose lentamente de la puerta.

---

### XXXVIII.

## LA PROCESION.

A la noche y encendidos ya todos los faroles de las ventanas, salió por cuarta vez la procesion al repique de las campanas y las consabidas detonaciones.

El Capitan General, que había salido á pié en compañía de sus dos ayudantes, Cpn. Tiago, el Alcalde, el alférez é Ibarra, precedidos por guardias civiles y autoridades que abrían paso y despejaban el camino, fué invitado á ver pasar la procesion en casa del Gobernadorcillo, que había hecho levantar



delante un tablado, para que se recitara una *loa* en honor del Santo Patron.

Ibarra hubiera renunciado gustoso á oír esta composicion poética y preferido ver la procesion en casa de Cpn. Tiago, donde Maria Clara se habia quedado con sus amigas, pero S. E. queria oír la loa y no tuvo más remedio que consolarse con la idea de verla en el teatro.

Principiaba la procesion con los ciriales de plata, llevados por tres enguantados sacristanes; seguian los chicos de la escuela, acompañados del maestro; despues los muchachos con los faroles de papel, de forma y colores varios, puestos en el extremo de una caña más ó menos larga y adornada segun el capricho del muchacho, pues que esta iluminacion la costeaba la niñez de los barrios. Cumplen gustosos con este deber, impuesto por el *matandá sa náyon*; cada cual imagina y compone su farol, su fantasia lo adorna con más ó menos perendengues y banderitas, atendiendo tambien al estado del bolsillo, y lo ilumina con un cabo de vela si tiene un amigo ó pariente sacristan, ó compra una candelita roja que los chinos usan ante sus altares.

En medio iban y venian alguaciles, tenientes de justicia, para cuidar de que las filas no se rompan ni se algomere la gente, y para ello se valen de sus varas, con cuyos golpes, dados convenientemente y con cierta fuerza, procuran contribuir á la gloria y brillantez de las procesiones para edificacion de las almas y lustre de las pompas religiosas.

A la vez que los alguaciles reparten grátis estos santificadores bejucazos, otros, para consolar á los azotados, distribuyen cirios y velas de diferentes tamaños, grátis tambien.

— Señor Alcalde, dice Ibarra en voz baja, ¿se dan esos golpes en castigo de los pecados ó sólo por gusto?

— ¡Tiene V. razon, señor Ibarra! contesta el Capitan General que oyó la pregunta; este espectáculo . . . bárbaro estraña á todo el que viene de otros paises. Convendria prohibirlo.

Sin poderse explicar el por qué, el primer santo que aparece es S. Juan Bantista. Al verle se diria que la fama del primo de N. S. no andaba muy bien puesta entre la gente; verdad es que tenia piés y piernas de doncella y cara de anacoreta, pero iba en unas viejas andas de madera y le oscurecian unos cuantos chicos, armados de sus faroles de papel no encendidos, pegándose disimuladamente unos á otros.

— ¡Desgraciado! murmuró el filósofo Tasio que presenciaba la procesion desde la calle; ¡no te vale ser el precursor

de la Buena Nueva, ni el haberse Jesús inclinado ante tí! no te vale tu gran fé ni tu austeridad, ni el morir por la verdad y tus convicciones: todo esto lo olvidan los hombres, cuando no se cuenta más que con los méritos propios! Más vale predicar mal en las iglesias que ser la elocuente voz que clama en el desierto, esto te enseña Filipinas. Si hubieses comido pavo en vez de langostas, vestido seda en vez de pieles y te hubieses afiliado á una Corporacion . . .

Pero el viejo suspendió su apóstrofe pues venía S. Francisco.

— ¿No lo decía? continuó sonriendo sarcásticamente; éste va en carro y ¡Santo Dios, qué carro! cuántas luces y cuántos faroles de cristal! nunca te viste rodeado de tantas lumbreras, Giovanni Bernardone! Y ¡qué música! ¡Otras melodías dejaron oír tus hijos despues de tu muerte! Pero, venerable y humilde fundador, si resucitas ahora, no verás sino degenerados Eliases de Cortona, y si te reconocen tus hijos, te encierran y acaso participes de la suerte de Cesario de Speyer!

Detrás de la música venía un estandarte que representaba al mismo santo pero con siete alas, llevado por los Hermanos Terceros, vistiendo el hábito de guingon y rezando en alta y lastimera voz. — Sin saberse la causa de ello, venía Sta. Maria Magdalena, hermosísima imágen con abundante cabellera, pañuelo de piña bordado entre los dedos cubiertos de anillos, y traje de seda adornada de planchas de oro. Luces é incienso la rodeaban; veíanse sus lágrimas de vidrio reflejar los colores de las luces de Bengala, que daban á la procesión aspecto fantástico; así que la santa pecadora lloraba ora verde, ora rojo, ora azul etc. Las casas no principiaban á encender estas luces sino cuando pasaba S. Francisco; S. Juan Bautista no gozaba de estos honores, y pasaba de prisa, avergonzado de ir el único vestido de pieles entre tanta gente cubierta de oro y piedras preciosas.

— ¡Allí va nuestra santa! dice la hija del gobernadorcillo á sus visitas; le he prestado mis anillos, pero es para ganar el cielo.

Los alumbrantes deteníanse al rededor del tablado para oír la loa, los santos hacían lo mismo: ellos ó sus portadores querían oír versos. Los que cargaban á S. Juan, cansados de esperar, se sentaron en cuclillas y convinieron en dejarle en el suelo.

— Puede regañarse el alguacil, objetó uno.

— ¡Jes! en la sacristía le dejan en un rincon entre telarañas! . . .

Y S. Juan, una vez en el suelo, llegó á ser como gente del pueblo.

A partir de la Magdalena vienen las mujeres, sólo que en vez de empezar por las niñas, como entre los hombres, venian primero las viejas cerrando las solteras la procesion hasta el carro de la Virgen, detras del cual venia el cura bajo su palio. Esta costumbre la tenian del P. Dámaso que decia: "A la Virgen le gustan las jóvenes y no las viejas," lo que hacia poner mala cara á muchas beatas pero no cambiar el gusto de la Virgen.

S. Diego seguía á la Magdalena, aunque no parecia alegrarse de ello, pues continuaba compungido como esta mañana cuando iba detras de S. Francisco. Tiran de su carro seis Hermanas Terceras por no sé qué promesa ó enfermedad: es el caso que tiran, y con afan. S. Diego se detiene delante del tablado y aguarda á que le saluden.

Pero hay que esperar el carro de la Virgen precedido de gente vestida de fantasma, que asusta á los chicos, por eso se oye un llorar y chillar de los bebés imprudentes. Sin embargo, en medio de aquella masa oscura de hábitos, capuchones, cordones y tocas, al són de aquel rezo monótono y gangoso, vense, como blancos jazmines, como frescas sampagas entre trapos viejos, doce niñas vestidas de blanco, coronadas de flores, el cabello rizado, de miradas brillantes como sus collares; parecian geniecillos de la luz prisioneros de los espectros. Iban cogidas á dos anchas cintas azules sujetas al carro de la Virgen, recordando á las palomas que arrastran el de la Primavera.

Ya todas las imágenes estaban atentas, pegadas unas á otras para escuchar los versos; todo el mundo tenia los ojos fijos en la entreabierta cortina; al fin un *aaah!* de admiracion se escapó de todos los labios.

Y lo merecia: era un jovencito con alas, botas de montar, banda, cinturón y sombrero con plumajes.

— ¡El señor Alcalde Mayor! gritó uno, pero el prodigio de la creacion empezó á recitar una poesia como él y no se dió por ofendido de la comparacion.

¿Para qué trasladar aqui lo que dijo en latin, tagalo y castellano, todo versificado, la pobre victima del Gobernadorcillo? Nuestros lectores han saboreado ya el sermón del P. Dámaso de esta mañana, y no queremos mimarlos con tantas maravillas, ademas de que el franciscano puede tenernos mal corazon si le buscamos un competidor, y esto es lo que no queremos, gente pacifica como tenemos la fortuna de ser.

Continuó despues la procesion: S. Juan siguió su calle de amarguras.

Al pasar la Virgen por delante de la casa de Cpn. Tiago, un canto celestial la saludó con las palabras del arcángel. Era una voz tierna, melodiosa, suplicante, llorando el *Ave-Maria* de Gounod, acompañándose del piano que oraba con ella. La música de la procesion enmudeció, el rezo cesó y el mismo P. Salví se detuvo. La voz estremecía y arrancaba lágrimas: espresaba más que una salutacion, una plegaria, una queja.

Ibarra oyó la voz desde la ventana donde estaba, y el terror y la melancolía descendieron sobre su corazon. Comprendió lo que aquel alma sufría y espresaba en un canto y temió preguntarse la causa de aquel dolor.

Sombrio, pensativo le encontró el Capitan General.

— Me acompañará V. en la mesa; allí hablaremos de esos niños que han desaparecido, le dijo.

— ¿Seré yo la causa? murmuraba el joven mirando sin ver á S. E. á quien siguió maquinalmente.

---

### XXXIX.

#### DOÑA CONSOLACION.

¿Por qué están cerradas las ventanas de la casa del alférez? dónde estaban, mientras pasaba la procesion, la cara masculina y la camisa de franela de la Medusa ó la Musa de la Guardia Civil? Habrá comprendido Da. Consolacion lo desagradables que eran su frente surcada de gruesas venas, conductoras, al parecer, no de sangre sino de vinagre y hiel, el grueso tabaco, digno adorno de sus morados labios, y su envidiosa mirada, y, cediendo á un generoso impulso, no ha querido turbar con su aparicion siniestra las alegrías de la multitud?

¡Ay! para ella los impulsos generosos vivieron en la Edad de oro!

La casa está triste porque el pueblo se alegra, como decia Sinang; no tiene ni faroles ni banderas. Si el centinela no se pasease delante de la puerta, se diría que la casa estaba deshabitada.

Una debil luz alumbrá la desarreglada sala, y pone transparentes las sucias conchas en que se ha agarrado la

telaraña é incrustado el polvo. La Señora, segun su costumbre de estar mano sobre mano, dormita en un ancho sillón. Viste como todos los días, es decir, mal y horriblemente: por todo tocado un pañuelo atado á la cabeza, dejando escapar delgados y cortos mechones de cabellos enmarañados; la camisa de franela azul, sobre otra que debió haber sido blanca, y una falda desteñida que modela los delgados y aplanados muslos, colocados uno sobre otro y agitándose febrilmente. De su boca van saliendo bocanadas de humo, que arroja con fastidio al espacio hácia donde mira cuando abre los ojos. Si en aquel momento la hubiese visto D. Francisco de Cañamaque, la habria tomado por un cacique del pueblo ó el *mankukúlam*, adornando despues su descubrimiento con comentarios en lengua de tienda, inventada por él para su uso particular.

Aquella mañana, la Señora no había oído misa, no porque no hubiese querido, al contrario, quería enseñarse á la multitud y oír el sermón, pero el marido no se lo había permitido, y la prohibición iba acompañada como siempre de dos ó tres insultos, juramentos y amenazas de puntapiés. El alférez comprendía que su hembra vestía ridiculamente, que olía á eso que llaman *querida de soldados*, y que no convenia esponerla á las miradas de los personajes de la Cabecera ni de los forasteros.

Pero ella no lo entendía así. Sabía que era hermosa, atractiva, que tenía aires de reina y de que vestía mucho mejor y con más lujo que la misma Maria Clara: ésta iba de tãpis, ella de saya suelta. Fué necesario que el alférez le dijese: O te callas ó te envío á puntapiés á tu p — pueblo!

Da. Consolacion no quería volver á puntapiés á su pueblo, pero pensó en la venganza.

Jamás fué propia para infundir confianza en nadie la faz oscura de la Señora, ni cuando se pintaba, pero aquella mañana inquietó grandemente, sobre todo cuando la vieron recorrer la casa de un extremo á otro, silenciosa y como meditando algo terrible ó maligno: su mirada tenia el reflejo que brota de la pupila de una serpiente cuando, cogida, va á ser aplastada: era fria, luminosa, penetrante y tenia algo de viscoso, asqueroso, cruel.

La más pequeña falta, el más insignificante inusitado ruido le arrancaban un torpe é infame insulto que abofeteaba al alma; pero nadie respondía: excusarse era otro crimen.

Así se pasó el día. No encontrando un obstáculo que se le pusiese delante — el marido estaba convidado, — se saturaba de bilis: creeriase que las células de su organismo

se cargaban de electricidad y amenazaban estallar en una infame tormenta. Todo á su alrededor se plegaba, como las espigas al primer soplo del huracan; no encontraba resistencia, no hallaba ninguna punta ó eminencia para descargar su mal humor: soldados y criados se arrastraban á su lado.

Para no oir el regocijo exterior, mandó cerrar las ventanas; encargó al centinela no dejara pasar á nadie. Atóse un pañuelo á la cabeza como para evitar que estallara, y apesar de que el sol brillaba aún, mandó encender luces.

Sisa, como vimos fué detenida por perturbadora del orden, y conducida al cuartel. El alférez no estaba entonces, y la infeliz tuvo que pasar la noche, sentada en un banco, con la mirada indiferente. Al siguiente día vióla el alférez, y temiendo por ella en aquellos días de algarabía y no queriendo dar un espectáculo desagradable, encargó á los soldados la tuviesen custodiada, la tratasen con piedad y le diesen de comer. Así pasó la demente dos días.

Esta noche, sea que la vecindad de la casa de Cpn. Tiago haya llevado hasta ella el triste canto de Maria Clara, sea que otros acordes despertasen sus antiguos cantos, sea la causa que fuese, Sisa empezó tambien á cantar con su voz dulce y melancólica los *kundiman* de su juventud. Los soldados la oían y se callaban: ¡ay! aquellos aires despertaban antiguos recuerdos, los recuerdos del tiempo en que aún no se habian corrompido.

Da. Consolacion la oyó tambien en su aburrimiento, y enterada de la persona que cantaba,

— ¡Que suba al instante! mandó despues de algunos segundos de meditacion. Una cosa, como sonrisa, vagaba por sus secos labios.

Trajeron á Sisa, quien se presentó sin turbarse sin manifestar estrañeza ni temor: parecia no ver á ninguna señora. Esto hirió la vanidad de la Musa que pretendia infundir respeto y espanto.

La alféreza tosió, hizo seña á los soldados para que se fuesen y, descolgando el látigo de su marido, dijo con acento siniestro á la loca:

— ¡Vamos, magcantar icau!

Sisa naturalmente no la comprendió y esta ignorancia aplacó sus iras.

Una de las bellas cualidades de esta señora era el procurar ignorar el tagalo, ó al menos aparentar no saberlo, habiéndolo lo peor posible: así se daría aires de una verdadera *oprofea*, como ella solia decir. Y ¡hacia bien! porque si marti-

rizaba el tagalo, el castellano no salía mejor librado ni en cuanto se refería á la gramática, ni á la pronunciaci3n. Y ¡sin embargo su marido, las sillas y los zapatos, cada cual había puesto de su parte cuanto podía para enseñarla! Una de las palabras que le costaron más trabajo aun que á Champollion los geroglíficos, era la palabra *Filipinas*.

Cuéntase que al día siguiente de su boda, hablando con su marido, que entonces era cabo, había dicho *Pilipinas*; el cabo creyó deber suyo corregirla y le dijo dándole un coscorron: — ‘¡Dí, Felipinas, mujer! no seas bruta. ¿No sabes que se llama así á tu p — país por venir de Felipe?’ La mujer, que soñaba en su luna de miel, quiso obedecer y dijo *Felepinas*. Al cabo le pareció que ya se acercaba, aumentó los coscorrones y la increpó: ‘Pero mujer, ¿no puedes pronunciar: Felipe? No lo olvides, sabe que el Rey Don Felipe . . . quinto . . . Di Felipe, y añádele *nas* que en latin significa islas de indios, y tienes el nombre de tu rep — país!’

La Consolacion, lavandera entonces, palpándose el chichon ó los chichones, repitió empezando á perder la paciencia:

— Fe . . . lipe, Felipe . . . nas, Felipenas, ¿así *ba*?

El cabo se quedó viendo visiones. ¿Por qué resultó *Felipenas* en vez de *Felipinas*? Una de dos: ó se dice *Felipenas* ó hay que decir *Felipi*?

Aquel día tuvo por prudente callarse; dejó á su mujer y fué á consultar cuidadosamente los impresos. Aquí su admiracion llegó al colmo; restregóse los ojos: — ¡A ver . . . despacio! — *Filipinas* decían todos los impresos bien deletreados: ni él ni su mujer tenían razon.

— ¿Cómo? murmuraba, ¿puede mentir la Historia? No dice este libro que Alonso Saavedra había dado este nombre al país en obsequio al infante D. Felipe? Cómo se corrompió este nombre? Si será un indio el tal Alonso Saavedra . . .?

Consultó sus dudas al sargento Gomez, que en su mocedad había deseado ser cura. Este, sin dignarse mirarle y arrojando una bocanada de humo, le contestó con la mayor pro-sopopeya:

— En los tiempos antiguos decíase Filipi en vez de Felipe; nosotros los modernos, como nos volvemos franchutes, no podemos tolerar dos *is* seguidas. Por esto la gente culta, en Madrid sobre todo, ¿no has estado en Madrid? la gente culta, digo, ya empieza á decir: *menistro*, *enritacion*, *embitacion*, *endino* etc. que es lo que se llama montarse á la moderna.

El pobre cabo no había estado en Madrid; hé aquí por qué ignoraba el busilis. ¡Qué cosas se aprenden en Madrid!

— ¿De modo que hoy se debe decir . . . ?

— ¡A la antigua, hombre! este país aún no es culto, ¡a la antigua: Filipinas! contestó Gomez con desprecio.

El cabo, si era mal filólogo, era en cambio buen marido: lo que acababa de aprender, su mujer debía saberlo también y continuó la educación.

— Consola, ¿cómo llamas á tu p — país?

— ¿Cómo lo he de llamar? como me lo enseñaste: Feli-fenas!

— ¡Te tiro la silla, p —! ayer ya lo pronunciabas algo mejor, á la moderna; pero ahora hay que pronunciarlo á la antigua! Feli, digo, Filipinas!

— ¡Mira que yo no soy ninguna antigua! ¿qué te has creído?

— ¡No importa! di Filipinas!

— ¡No me da la gana! Yo no soy ningun trasto viejo . . . apenas treinta añitos! contestó remangándose como disponiéndose al combate.

— ¡Dilo, rep —, ó te tiro la silla!

Consolacion vió el movimiento, reflexionó y balbuceó respirando fuertemente:

— Feli . . . Fele . . . File . . .

¡Pum! erracc! la silla concluyó con la palabra.

Y la leccion terminó á puñetazos, arañazos, bofetones. El cabo la cogió del cabello, ella á él de la perilla y de otra parte del cuerpo — morder no podía que los dientes se le movian todos, — el cabo dió un grito, soltóla, pidióle perdon, brotó la sangre, hubo un ojo más rojo que el otro, una camisa hecha girones, salieron muchos órganos de sus escondites, pero Filipinas no salió.

Aventuras parecidas sucedian cada vez que se trataba del lenguaje. El cabo que veía los progresos lingüísticos de ella, calculaba con dolor que en diez años su hembra perdería por completo el uso de la palabra. En efecto, así sucedió. Cuando se casaron, ella entendía aun el tagalo y se hacia entender en español; ahora, en la época de nuestra narracion, ya no hablaba ningun idioma: se había aficionado tanto al lenguaje de los gestos, y de estos escogia los más ruidosos y contundentes, que daba quince y falta al inventor del *Volapük*.

Sisa, pues, tuvo la fortuna de no comprenderla. Desarrugaronse un poco sus cejas, una sonrisa de satisfaccion animó su cara: indudablemente ella ya no sabía el tagalo, era ya *orofca*.

— ¡Asistente, di á ésta en tagalo que cante! No me comprende, no sabe el español!



La loca comprendió al asistente y cantó la canción de la Noche.

Da. Consolacion oía al principio con risa burlona, pero la risa desapareció poco á poco de sus labios, se puso atenta, despues sería y algo pensativa. La voz, el sentido de los versos y el canto mismo la impresionaban: aquel corazón árido y seco estaba tal vez sediento de lluvia. Ella lo comprendía bien: “La tristeza, el frío y la humedad que descienden del cielo envueltos en el manto de la noche,” según el *kundiman*, le parecían que descendían también sobre su corazón; “la flor mustia y marchita que, durante el día había ostendado sus galas, deseosa de aplauso y llena de vanidad, al caer la tarde, arrepentida y desengañada, hace un esfuerzo para levantar sus ajados pétalos al cielo, pidiendo un poco de sombra para ocultarse y morir sin la burla de la luz que la vió en su pompa, sin ver la vanidad de su orgullo, un poco de rocío también que llora sobre ella. El ave nocturna deja su solitario retiro, el hueco del añoso tronco, turba la melancolía de las selvas . . .”

— ¡No, no cantes! exclamó la alféreza en perfecto tagalo levantándose agitada; no cantes! me hacen daño esos versos!

La loca se calló; el asistente soltó un: ¡Abá! sabe *palá tagalog!* y quedóse mirando á la señora lleno de admiración.

Esta comprendió que se había delatado; avergonzóse, y, como su naturaleza no era la de una mujer, la vergüenza tomó el aspecto de rabia y odio. Señaló la puerta al imprudente y de un puntapié la cerró detrás de él. Dió unas cuantas vueltas por el aposento retorciendo entre sus nervudas manos el látigo, y, parándose de repente delante de la loca, le dijo en español: — ¡Baila!

Sisa no se movió.

— ¡Baila, baila! repitió con voz siniestra.

La loca la miraba con ojos vagos, sin expresión: la alféreza le levantó un brazo, despues otro sacudiéndoselos: inútil, Sisa no comprendía.

Púsose á saltar, á agitarse, estimulando á la otra para que la imitara. Oíase de lejos la música de la procesion tocar una marcha grave y magestuosa, pero la Señora saltaba furiosamente siguiendo otro compás, otra música, la que resonaba en su interior. Sisa la miraba inmóvil: algo como curiosidad se pintó en sus ojos y una débil sonrisa movió sus pálidos labios: le hacía gracia el baile de la Señora.

Paróse ésta como avergonzada, levantó el látigo, aquel terrible látigo conocido de los ladrones y soldados, hecho en

Ulan̄gô y perfeccionado por el alférez con alambres retorcidos, y dijo:

— ¡Ahora te toca á tí bailar . . . baila!

Y empezó á azotar débilmente los piés descalzos de la loca, cuya cara se contrajo de dolor, obligándola á defenderse con las manos.

— ¡Ajá! ya empiezas! exclamó con salvaje alegría, y del *lento* pasó á un *allegro vivace*.

La infeliz lanzó un quejido de dolor y levantó vivamente el pié.

— ¿Has de bailar, p — india? decía la Señora y el látigo vibraba y silbaba.

Sisa dejóse caer al suelo llevándose ambas manos á las piernas y mirando á su verdugo con ojos desencajados. Dos fuertes latigazos á la espalda le hicieron levantarse: ya no fué un quejido, fueron dos ahullidos lo que la desgraciada exhaló. Rasgóse la fina camisa, la piel se abrió y brotó la sangre.

La vista de la sangre entusiasma al tigre; la sangre de su victima exhaltó á Da. Consolacion.

— ¡Baila, baila, condenada maldita! ¡Mal haya la madre que te parió! gritaba; ¡baila ó te mato á latigazos!

Y ella misma cogiéndola con una mano y azotándola con la otra, empezó á saltar y á bailar.

La loca la comprendió al fin y siguió moviendo descompasadamente los brazos. Una sonrisa de satisfaccion contrajo los labios de la maestra, sonrisa de una Mefistófeles hembra que consigue sacar un gran discípulo; habia odio, desprecio, burla y crueldad: más no habria dicho una carcajada.

Y, absorta en el goce de su espectáculo, no oyó llegar á su marido hasta que se abrió estrepitosamente la puerta de un puntapié.

Apareció el alférez pálido y sombrío; vió lo que allí pasaba y lanzó una terrible mirada á su mujer. Esta no se movió de su sitio y quedóse sonriendo cínicamente.

El alférez puso lo más dulcemente que pudo la mano sobre el hombro de la estraña bailarina y le hizo parar. La loca respiró y sentóse poco á poco en el suelo, manchado de su sangre.

El silencio continuó: el alférez respiraba con fuerza; la hembra que le observaba con ojos interrogadores, recogió el látigo y le preguntó con voz tranquila y lenta:

— ¿Qué te pasa? No me has dado siquiera las buenas noches!

El alférez sin contestar, llamó al asistente.

— ¡Llévate á esta mujer, dijo; que la Marta le dé otra camisa y la cure! Tú le darás bien de comer, una buena cama . . . ¡cuidado con que se la trate mal! Mañana se la conducirá á casa del Sr. Ibarra!

Despues cerró cuidadosamente la puerta, puso el cerrojo y se acercó á su señora

— ¡Tú estás buscando que yo te reviente! le dijo cerrando los puños.

— ¿Qué te pasa? preguntó ella levantándose y retrocediendo.

— ¿Qué me pasa? gritó con voz de trueno soltando una blasfemia, y enseñándole un papel lleno de garabatos, continuó:

— ¿No has escrito tú esta carta al Alcalde diciendo que se me paga para permitir el juego, so p —? ¡Yo no sé como no te machaco!

— ¡A ver! á ver si te atreves! dijole ella riendo burlo-namente; ¡el que me ha de machacar ha de ser mucho más hombre que tú!

El oyó el insulto pero vió el látigo. Cogió un plato de los que estaban sobre una mesa, y se lo arrojó á la cabeza; la mujer, acostumbrada á estas luchas, se baja rápidamente y el plato se estrella contra la pared; igual suerte les cupo á una taza y á un cuchillo.

— ¡Cobarde! le grita ella, no te atreves á acercarte

Y le escupe para exasperarle más. El hombre se ciega y bramando se arroja sobre ella, pero ésta, con una rapidez asombrosa, le cruza la cara á latigazos y échase á correr atropelladamente, encerrándose en su cuarto cuya puerta cierra violentamente. Rugiendo de ira y dolor persiguela el alférez y sólo consigue darse contra la puerta que le hace vomitar blasfemias.

— ¡Maldita sea tu descendencia, marrana! Abre, p — p —, abre sino te rompo la crisma! ahullaba golpeando la puerta con sus puños y piés.

Da. Consolacion no contestaba. Oíase un crujir de sillas y baules como quien quiere levantar una barricada con muebles caseros. La casa cimbraba á los puntapiés y juramentos del marido.

— ¡No entres, no entres! decia la voz ágría de la mujer; si te asomas te pego un tiro.

El pareció calmarse poco á poco y se contentó con pasearse de un extremo á otro de la sala como una fiera en su jaula.

— ¡Vete á la calle á refrescarte la cabeza! continuaba burlándose la mujer, que parecía haber concluido ya sus preparativos de defensa.

— ¡Te juro que como te coja, no te ve ni Dios, so cochina p —!

— ¡Si! ya puedes decir lo que quieras . . . ¡no querías que fuese á misa! no me dejabas cumplir con Dios! decía con sarcasmo como ella sola lo sabía hacer.

El alférez cogió su capacete, arreglóse un poco y se marchó á grandes pasos, pero al cabo de algunos minutos volvió sin hacer el menor ruido: se había quitado las botas. Los criados, acostumbrados á estos espectáculos, solían aburrirse, pero la novedad de las botas llamó la atención, y unos á otros se guñaron.

Sentóse el alférez en una silla, al lado de la sublime puerta, y tuvo la paciencia de esperar más de media hora.

— ¿Has salido de véras ó estás allí, cabron? preguntaba la voz de tiempo en tiempo, cambiando de epitetos pero subiendo el tono.

Por fin ella comenzó á retirar poco á poco los muebles: él oía el ruido y se sonreía.

— ¡Asistente! ¿ha salido el señor? gritó Da. Consolacion.

El asistente á una señal del alférez contestó:

— Sí, señora, ha salido.

Oyóse la reir alegremente y descorrió el cerrojo.

Despacito se levantó el marido; entreabrióse la puerta . . .

Un grito, el ruido de un cuerpo que cae, juramentos, ahullidos, maldiciones, golpes, voces roncadas . . . ¿Quién describe lo que pasó en la oscuridad de la alcoba?

El asistente, saliendo á la cocina, hizo una seña muy significativa al cocinero.

— ¡Y lo vas á pagar tú! dijole éste.

— ¿Yo? en todo caso el pueblo! Ella me preguntó si ha salido, no si ha vuelto.

---

## XL.

### EL DERECHO Y LA FUERZA.

Serian las diez de la noche. Los últimos cohetes suben perezosamente por el cielo oscuro donde brillan, cual nuevos astros, algunos globos de papel, elevados hacia poco merced

al humo y al aire calentado. Algunos, adornados de fuegos artificiales, se incendiaron amenazando las casas todas; por esto siguen viéndose aún hombres sobre los caballetes de los tejados, armados de una larga caña con un trapo en la punta y provistos de un cubo de agua. Sus negras siluetas se destacan en la vaga claridad del aire, y parecen fantasmas descendidos de los espacios para presenciar los regocijos de los hombres. — Habíanse quemado también multitud de ruedas, *castillos*, toros ó carabaos de fuego y un gran volcán, que ha superado en hermosura y grandiosidad á cuanto hasta entonces habían visto los habitantes de S. Diego.

Ahora se dirige la gente en masa hácia la plaza del pueblo para asistir por última vez al teatro. Acá y allá se ven luces de Bengala, alumbrando fantásticamente los alegres grupos; los chicos se valen de antorchas para buscar entre la yerba bombas falladas y otros restos que pudieran utilizarse, pero la música da la señal y todos abandonan la pradera.

El gran tablado está espléndidamente iluminado: miles de luces rodean los puntales, penden del techo y siembran el suelo en apiñados grupos. De ellas cuidase un alguacil y cuando se adelanta para arreglarlas, el público le silba y grita: — ¡Ya está, ahí está!

Delante del escenario templa la orquesta los instrumentos, preludia aires; detrás de ésta se encuentra el sitio de que hablaba el corresponsal en su carta. La principalía del pueblo, los españoles y los ricos forasteros iban ocupando las alineadas sillas. El pueblo, la gente sin títulos ni tratamientos, ocupaba el resto de la plaza; algunos cargaban un banco á cuestas, más que para sentarse para remediar la falta de estatura: esto provocaba ruidosas protestas por parte de los *desbancados*, aquellos descendían inmediatamente, pero pronto volvían á subir como si nada hubiera pasado.

Idas y venidas, gritos, exclamaciones, carcajadas, un *buscapié* rezagado, un *reventador* aumentaban el bullicio. Acá se le rompe el pié á un banco y caen al suelo, á las risotadas de la multitud, personas que habían venido de lejos para ver, y ahora resultaban vistas; allá riñen y disputan por el sitio; un poco más distante se oye un estrépito de copas y botellas que se rompen: es *Andeng* que lleva refrescos y bebidas; con ambas manos sostiene cuidadosa la ancha bandeja, pero se encuentra con el novio que quiere aprovecharse de la situación . . .

El teniente mayor, D. Filipo, preside el espectáculo pues el *gobernadorcillo* es aficionado al *monte*: D. Filipo habla con el viejo Tasio:

— ¿Qué he de hacer? decía; el Alcalde no ha querido admitir mi dimision; “¿no se siente V. con fuerzas para cumplir con sus deberes?” me preguntó.

— Y ¿qué le ha contestado V.?

— ¡Señor Alcalde! le contesté; las fuerzas de un teniente mayor por insignificantes que pudiesen ser, son como las de toda autoridad: ellas vienen de esferas superiores. El Rey mismo recibe las suyas del pueblo, y el pueblo de Dios. Carezco de esto precisamente, señor Alcalde! — Pero el Alcalde no me quiso escuchar y me dijo que ya hablaríamos de esto despues de la fiestas.

— ¡Entonces que Dios le ayude á V.! dijo el viejo y trató de irse.

— ¿No quiere V. ver la funcion?

— ¡Gracias! para soñar y disparatar me basto yo solo, contestó con risa sarcástica el filósofo; pero ahora me acuerdo, ¿no ha llamado nunca su atencion el caracter de nuestro pueblo? Pacífico, gusta de espectáculos belicosos, de luchas sangrientas; demócrata, adora emperadores, reyes y príncipes; irreligioso, se arruina por las pompas del culto; nuestras mujeres tienen un caracter dulce y deliran cuando una princesa blande la lanza . . . ¿sabe V. á qué se debe esto? Pues . . .

La llegada de María Clara y sus amigas cortó la conversacion. D. Filipino las recibió y las acompañó á sus asientos. Detrás venia el cura con otro franciscano y algunos españoles. Con el cura venian tambien otros vecinos que tienen por oficio escoltar á los frailes.

— ¡Dios los premie tambien en la otra vida! dijo el viejo Tasio alejándose.

La funcion espezó con Chananay y Marianito en *Crispino é la Comare*. Todos tenían ojos y oidos en el escenario menos uno: el P. Salvi. Parecia no haber ido allí más que para vigilar á Maria Clara, cuya tristeza daba á su hermosura un aire tan ideal é interesante que se comprende que se la contemple con arrobamiento. Pero los ojos del franciscano, profundamente ocultos en sus socavadas órbitas, no decian arrobamiento: en aquella sombría mirada se leia algo desesperadamente triste: ¡con tales ojos contemplaria Cain desde lejos el Paraiso cuyas delicias le pintára su madre!

Se concluía el acto cuando entró Ibarra; su presencia ocasionó un murmullo: la atencion de todos se fijó en él y en el cura.

Pero el joven no pareció apercibirse de ello, pues saludó con naturalidad á Maria Clara y á sus amigas, sentándose á su lado. La única que habló fué Sinang.

— ¿Has estado á ver el volcan? pregunto.

— No, amiguita, he tenido que acompañar al Capitan General.

— ¡Pues es lástima! El cura venía con nosotras, y nos contaba historias de condenados: ¿te parece? meternos miedo para que no nos divirtamos, ¿te parece?

El cura se levantó y acercóse á D. Filipo con quien pareció entablar una viva discusion. El cura hablaba con viveza, D. Filipo con mesura y en voz baja.

— ¡Siento no poder complacer á V. R., decia éste; el Sr. Ibarra es uno de los mayores contribuyentes y tiene derecho á estarse aquí mientras no perturbe el órden.

— Pero ¿no es perturbar el órden escandalizar á los buenos cristianos? ¡Es dejar un lobo entrar en el rebaño! Responderás de esto ante Dios y ante las autoridades!

— Siempre respondo de los actos que emanan de mi propia voluntad, Padre, contestó D. Filipo inclinándose ligeramente; pero mi pequeña autoridad no me faculta para mezclarme en asuntos religiosos. Los que quieran evitar su contacto que no hablen con él: el Sr. Ibarra no fuerza tampoco á nadie.

— Pero es dar ocasion al peligro, y quien ama el peligro, en él perece!

— No veo peligro alguno, Padre: el Sr. Alcalde y el Capitan General, mis superiores, han estado hablando con él toda la tarde, y no les he de dar una leccion.

— Si no le echas de aquí, salimos nosotros.

— Lo sentiria muchisimo, pero no puedo echar de aquí á nadie.

El cura se arrepintió, pero ya no habia remedio. Hizo una seña á su compañero, que se levantó con pesar, y ambos salieron. Imitáronlos las personas adictas no sin lanzar antes una mirada de odio á Ibarra.

Los murmullos y los cuchicheos subieron de punto: acercáronse y saludaron entonces varias personas al joven y decian:

— Nosotros estamos con V.: no haga V. caso de éstos!

— ¿Quiénes son *esos*? preguntó con estraneza.

— ¡Esos que han salido por evitar su contacto!

— ¿Por evitar mi contacto? mi contacto?

— ¡Sí! dicen que está V. excomulgado.

Ibarra, sorprendido, no supo qué decir y miró á su alrededor. Vió á María Clara que ocultaba el rostro detrás del abanico.

— Pero ¿es posible? exclamó al fin; ¿todavía estamos en plena Edad Media? De manera que . . .

Y acercándose á las jóvenes y cambiando de tono,

— Dispensadme, dijo; me había olvidado de una cita; volveré para acompañaros.

— ¡Quédate! le dijo Sinang; Yeyeng va á bailar en “la Calandria”; baila divinamente.

— No puedo, amiguita, pero ya volveré.

Redoblaron los murmullos.

Mientras Yeyeng salía vestida de chula con el “¿Da Usté su permiso?” y Carvajal le contestaba „Pase usté adelante“ etc., acercáronse dos soldados de la Guardia Civil á D. Filipo, pidiendo que se suspendiese la representacion.

— Y ¿por qué? pregunta éste sorprendido.

— Porque el alférez y la Señora se han pegado y no pueden dormir.

— Diga V. al alférez que tenemos permiso del Alcalde Mayor, y que contra este permiso *nadie* en el pueblo tiene facultades, ni el mismo gobernadorcillo, que es mi *ú-ni-co superior*.

— ¡Pues hay que suspender la funcion! repitieron los soldados.

D. Filipo les volvió las espaldas. Los guardias se marcharon.

Por no turbar la tranquilidad, D. Filipo no dijo á nadie una palabra acerca del incidente.

Despues del trozo de zarzuela, que fué muy aplaudido, se presentó el Príncipe Villardo retando á combate á todos los moros, que tenían preso á su padre; el héroe les amenazaba con cortarles á todos la cabeza de un solo tajo y enviarlas á la luna. Afortunadamente para los moros, que se disponían al combate al són del himno de Riego, sobrevino un tumulto. Los de la orquesta se pararon de repente y asaltaron el teatro, arrojando sus instrumentos. El valiente Villardo, que no los esperaba. tomándolos por aliados de los moros, arroja tambien espada y escudo y emprende la carrera; los moros, al ver que tan terrible cristiano huía, no tuvieron inconveniente en imitarle: óyense gritos, ayes, imprecaciones, blasfemias, corre la gente, se atropella, se apagan luces, se lanzan al aire vasos de luz etc. — ¡Tulisanes! Tulisanes! gritan unos. — ¡Fuego! fuego! ladrones! gritan otros; mujeres y niños lloran, ruedan por el suelo bancos y espectadores en medio de la confusion, algarabia y tumulto.

¿Qué había pasado?

Dos guardias civiles habían perseguido vara en mano á los músicos para suspender el espectáculo; el teniente mayor



con los cuadrilleros, armados de sus viejos sables, los logran detener apesar de su resistencia.

— ¡Conducidlos al tribunal! gritaba D. Filipino, ¡cuidado con soltarlos!

Ibarra había vuelto y buscaba á María Clara. Las atemorizadas jóvenes se agarraron á él temblorosas y pálidas: tia Isabel rezaba las letanias en latin.

Repuesta algun tanto la gente del susto y habiéndose dado cuenta de lo que había pasado, la indignacion estalló en todos los pechos. Llovieron piedras sobre el grupo de los cuadrilleros que conducian á los dos guardias civiles: hubo quien propuso incendiar el cuartel y asar á Da. Consolacion juntamente con el alférez.

— ¡Para eso sirven! gritaba una mujer remangándose y estendiendo los brazos; ¡para perturbar el pueblo! No persiguen más que á los hombres honrados! Allí están los tullisanes y jugadores! ¡Incendiemos el cuartel!

Uno palpándose el brazo pedía confesion; voces plañideras salían debajo de los caidos bancos: era un pobre músico. El escenario estaba lleno de artistas y gente del pueblo, que hablaban todos á la vez. Allí estaba Chananay, vestida de Leonor en el Trovador, hablando en lengua de tienda con Ratia, en traje de maestro de escuela; Yeyeng envuelta en su pañolon de seda, con el Príncipe Villardo; Balbino y los moros se esforzaban en consolar á los músicos, más ó menos lastimados. Algunos españoles iban de un punto á otro hablando y arengando á todo el que encontraban.

Pero ya se había formado un grupo. D. Filipino supo su intento y corrió á contenerlos.

— ¡No altereis el orden! gritaba; mañana pediremos satisfaccion, se nos hará justicia; yo os respondo de que se nos hará justicia!

— ¡No! contestaban algunos; lo mismo hicieron en Calamba,<sup>1)</sup> se prometió lo mismo, pero el Alcalde no hizo nada! Queremos justicia por nuestra mano! Al cuartel!

En vano los arengaba el teniente mayor; el grupo continuaba en su actitud. D. Filipino miró en torno suyo buscando auxilio y vió á Ibarra.

— ¡Señor Ibarra, por favor! detenedlos mientras busco cuadrilleros!

— ¿Qué puedo hacer yo? preguntó el joven perplejo, pero el teniente mayor ya estaba lejos.

---

<sup>1)</sup> 1879

Ibarra á su vez miró al rededor, buscando sin saber á quién. Por fortuna creyó distinguir á Elías, que presenciaba impasible el movimiento. Ibarra corre á él, le coge del brazo y le dice en español:

— ¡Por Dios! haga V. algo, si puede; yo no puedo nada!

El piloto debió haberle comprendido, pues perdióse entre el grupo.

Oyéronse discusiones vivas, rápidas interjecciones; despues, poco á poco, el grupo empezó á disolverse tomado cada cual una actitud menos hostil.

Tiempo era ya, pues los soldados salian armados, la bayoneta calada.

Entretanto ¿qué hacia el cura?

El P. Salví no se había acostado. De pié, apoyada la frente contra las persianas, miraba hácia la plaza, inmóvil, dejando escapar de tiempo en tiempo un comprimido suspiro. Si la luz de su lámpara no hubiese sido tan oscura, acaso se habria podido ver que se llenaban de lágrimas sus ojos. Así pasó casi una hora.

De este estado le sacó el tumulto de la plaza. Siguió con ojos sorprendidos el confuso ir y venir de la gente cuyas voces y gritería llegaban vagamente hasta él. — Uno de los criados que vino sin aliento, le enteró de lo que pasaba.

Un pensamiento atravesó su imaginacion. En medio de la confusion y del tumulto es cuando los libertinos se aprovechan del espanto y de la debilidad de la mujer; todos huyen y se salvan, nadie piensa en nadie, el grito no se oye, las mujeres se desmayan, se atropellan, caen, el terror y el miedo desoyen al pudor, y en medio de la noche . . . y ¡cuando se aman! Se le figuró ver á Crisóstomo llevar en sus brazos á Maria Clara desmayada, y desaparecer en la oscuridad.

Bajó saltando las escaleras sin sombrero, sin baston, y como un loco se dirigió á la plaza.

Allí encontró á los españoles que reprendian á los soldados, miró hácia los asientos que ocupaban Maria Clara y sus amigas y los vió vacíos.

— ¡Padre Cura! Padre Cura! le gritaban los españoles, pero él no hizo caso y corrió en direccion á la casa de Cpn. Tiago. Allí respiró: vió en el trasparente caido una silueta, la adorable silueta, llena de gracia y suave de contornos de Maria Clara, y la de la tía que llevaba tazas y copas.

— ¡Vamos! murmuró, parece que sólo se ha puesto enferma!

Tia Isabel cerró despues las conchas de las ventanas, y la graciosa sombra no se dejó ya más ver.

El cura se alejó de aquel sitio sin ver á la multitud. Tenía delante de sus ojos un hermoso busto de doncella, durmiendo y respirando dulcemente; los párpados estaban sombreados por largas pestañas, que formaban graciosas curvas como las de las Virgenes de Rafael; la pequeña boca sonreía; todo aquel semblante respiraba virginidad, pureza, inocencia; aquel rostro era una dulce vision en medio de la ropa blanca de su cama, cual una cabeza de querubin entre nubes.

La imaginacion siguió viendo otras cosas más . . . mas ¿quién escribe todo lo que un ardiente cerebro puede imaginar?

Quizás el corresponsal del periódico, que terminaba su descripcion de la fiesta y de todos los acontecimientos de esta manera:

¡“Gracias mil veces, gracias infinitas á la oportuna y activa intervencion del M. R. P. Fr. Bernardo Salvi quien, desafiando todo peligro, entre aquel pueblo enfurecido, en medio de la turba desenfrenada, sin sombrero, sin baston, apaciguó las iras de la multitud, usando sólo de su persuasiva palabra, de la majestad y autoridad, que nunca le faltan al sacerdote de una Religion de Paz. El virtuoso religioso, con una abnegacion sin ejemplo, ha dejado las delicias del sueño, de que toda buena conciencia, como la suya, goza, para evitar que le sucediese á su rebaño una pequeña desgracia. ¡Los vecinos de S. Diego no olvidarán sin duda este sublime acto de su heroico Pastor y sabrán serle por toda la eternidad agradecidos!”

---

## XLI.

### DOS VISITAS.

En el estado de ánimo en que se encontraba Ibarra, le era imposible conciliar el sueño; así que, para distraer su espíritu y alejar las tristes ideas que se exageran durante la noche, púsose á trabajar en su solitario gabinete. El dia le alcanzó haciendo mezclas y combinaciones, á cuya accion sometía trocitos de caña y otras sustancias, que encerraba despues en frascos numerados y lacrados.

Un criado entró anunciándole la llegada de un campesino.

— ¡Que pase! dijo sin volverse siquiera.

Entró Elias, que permaneció de pié en silencio.

— ¡Ah! sois vos? exclamó Ibarra en tagalo al reconocerle; dispensad que os haya hecho esperar, no me había apercibido: entaba haciendo un experimento importante . . .

— ¡No quiero distraeros! contestó el joven piloto; he venido primero, para preguntaros si querias algo para la provincia de Batangas hacia donde parto ahora, y despues para daros una mala noticia . . .

Ibarra interrogó al piloto con la mirada.

— La hija de Cpn. Tiago está enferma, añadió Elias tranquilamente, pero no de gravedad.

— ¡Yo ya me lo temía! exclamó Ibarra con voz débil ¿sabeis qué enfermedad es?

— ¡Una fiebre! Ahora, si no teneis nada que mandar . . .

— Gracias, amigo mio; os deseo buen viaje . . . pero, antes, permitid que os haga una pregunta; si es indiscreta no respondais.

Elias se inclinó

— ¿Cómo habeis podido conjurar el motin de anoche? preguntó Ibarra fijando en él sus ojos.

— ¡Muy sencillamente! contestó Elias con la mayor naturalidad; los que dirigian el movimiento eran dos hermanos cuyo padre habia muerto, apaleado por la Guardia Civil; un día tuve la fortuna de salvarlos de las mismas manos en que habia caido su padre, y ambos me están por esto agradecidos. A ellos me dirigí anoche y ellos se encargaron de disuadir á los demás.

— Y ¿esos dos hermanos cuyo padre murió apaleado . . .?

— Acabarán como el padre, contestó Elias en voz baja; cuando la desgracia ha marcado una vez una familia, todos los miembros tienen que perecer; cuando el rayo hiere un árbol, todo lo reduce á cenizas.

Y Elias, viendo que Ibarra callaba, se despidió.

Este al verse solo, perdió el continente sereno que habia conservado en presencia del piloto, y el dolor se manifestó en su semblante.

— ¡Yo, yo la he martirizado! murmuró.

Vistióse rápidamente y descendió las escaleras.

Un hombrecito, vestido de luto, con una gran cicatriz en la mejilla izquierda, le saludó humildemente, parándole en su camino.

— ¿Qué quereis? le preguntó Ibarra.

— Señor, yo me llamo Lucas, soy el hermano del que murió ayer.

— ¡Ah! Os doy el pésame . . . y ¿bien?

— Señor, quiero saber cuánto vais á pagar á la familia de mi hermano.

— ¿Pagar? repitió el joven sin poder reprimir su disgusto; ya hablaremos de esto. Volved esta tarde que hoy tengo prisa.

— ¡Decid solamente cuanto queréis pagar! insistió Lucas.

— ¡Os he dicho que hablaremos otro día, hoy no tengo tiempo! dijo Ibarra impaciente.

— ¿No teneis tiempo ahora, señor? preguntó con amargura Lucas, poniéndosele delante; ¿no teneis tiempo para ocuparos de los muertos?

— ¡Venid esta tarde, buen hombre! repitió Ibarra contentiéndose; hoy tengo que ver á una persona enferma.

— ¡Ah! y ¿por una enferma olvidais á los muertos? Creéis que porque somos pobres . . . ?

Ibarra le miró y le cortó la palabra.

— ¡No pongais á prueba mi paciencia! dijo y siguió su camino. Lucas se le quedó mirando con una sonrisa llena de odio.

— ¡Se conoce que eres el nieto del que puso á mi padre al sol! murmuró entre dientes; ¡aun tienes la misma sangre! Y cambiando de tono añadió:

— Pero, si pagas bien . . . amigos!

---

## XLII.

### LOS ESPOSOS DE ESPADAÑA.

Ya ha pasado la fiesta; los vecinos del pueblo hallan otra vez, como todos los años, que la caja está más pobre, que han trabajado, sudado y desvelado mucho sin divertirse, sin adquirir nuevos amigos, en una palabra, han comprado caro el bullicio y los dolores de cabeza. Pero no importa; el año que viene se hará lo mismo, lo mismo la venidera centuria, pues ésta ha sido hasta ahora la costumbre.

En casa de Cpn. Tiago reina bastante tristeza: todas las ventanas están cerradas. la gente apenas hace ruido al andar y sólo en la cocina se atreve á hablar en voz alta. María Clara, el alma de la casa, yace enferma en el lecho; su

estado se lee en todos los semblantes, como se leen las dolencias del espíritu en las facciones de un individuo.

— ¿Qué te parece, Isabel: hago la limosna á la cruz de Tunasan ó á la cruz de Matahong? pregunta en voz baja el atribulado padre. La cruz de Tunasan crece, pero la de Matahong suda; ¿cuál crees tú que sea más milagrosa?

Tía Isabel piensa, mueve la cabeza y murmura:

— Crecer . . . crecer es mayor milagro que sudar: todos sudamos pero no crecemos todos.

— Es verdad, si, Isabel, pero advierte que sudar . . . , sudar la madera que hacian para pié de banco no es poco milagro . . . Vamos, lo mejor será dar limosna á ambas cruces, así ninguna se resiente y María Clara sanará más pronto. . . . . ¿Están bien los cuartos? Ya sabes que viene con los doctores un nuevo señor medio pariente del P. Dámaso; es menester que nada falte.

En el otro extremo del comedor están las dos primas, Sinang y Victoria, que vienen á acompañar á la enferma. Andeng les ayuda á limpiar un servicio de plata para tomar el té.

— ¿Conoceis al doctor Espadaña? pregunta con interés a Victoria la hermana de leche de María Clara.

— ¡No! contesta la interpelada; lo único que sé de él es que cobra muy caro: segun Cpn. Tiago.

— ¡Entonces debe ser muy bueno! dice Andeng; el que agujereó el vientre de Da. María cobraba caro, por eso era sabio.

— ¡Tonta! exclama Sinang, no todo el que cobra caro es sabio. Mirale al doctor Guevara; despues que no supo ayudar al parto, cortándole la cabeza al niño, le cobra cincuenta pesos al viudo . . . lo que sabe es cobrar.

— ¿Qué sabes tú? le pregunta su prima dándole un codazo.

— ¿No lo he de saber? El marido, que es un aserrador de maderas, después de perder su esposa, tuvo tambien que perder su casa, porque el Alcalde que es amigo del doctor, le obligó á pagar . . . ¿no lo he de saber? Mi padre le prestó el dinero para hacer el viaje á Santa Cruz.<sup>1)</sup>

Un coche parándose delante de la casa cortó todas las conversaciones.

Cpn. Tiago, seguido de la tía Isabel, bajó corriendo las escaleras para recibir á los recién llegados. — Estas eran el doctor D. Tiburcio de Espadaña, su señora, la doctora Da.

<sup>1)</sup> En Calamba hubo otro hecho igual (N. del T.)

Victorina de los Reyes *de* de Espadaña y un joven español de fisonomía simpática y agradable aspecto.

Ella vestía una bata de seda, bordada de flores, y un sombrero con un gran papagayo, medio machacado entre cintas azules y rojas; el polvo del camino, mezclándose con los polvos de arroz en sus mejillas, parecían aumentar sus arrugas; como cuando la vimos en Manila, hoy lleva también del brazo á su marido cojo.

— ¡Tengo el gusto de presentarle á V. á nuestro primo, D. Alfonso Linares de Espadaña! dijo Da. Victorina señalando al joven; el señor es ahijado de un pariente del P. Dámaso, secretario particular de todos los ministros . . .

El joven saludó con gracia; Cpn. Tiago por poco le besa la mano.

Mientras suben las numerosas maletas y sacos de viaje, mientras Cpn. Tiago los conduce á sus aposentos, digamos algo acerca de este matrimonio, cuyo conocimiento hemos hecho tan ligeramente en los primeros capítulos.

Da. Victorina era una señora de sus cuarenta y cinco agostos, equivalentes á treinta y dos abriles segun sus cálculos aritméticos. Había sido bonita en su juventud, tuvo buenas carnes — así solía decirlo ella,— pero extasiada en la contemplación de sí misma, había mirado con gran desden a muchos adoradores filipinos que tuvo, pues sus aspiraciones eran de otra raza. Ella no ha querido otorgar á nadie su blanca y diminuta mano, pero no por desconfianza, pues no pocas veces había entregado alhajas y joyas de inestimable valor á varios aventureros extranjeros y nacionales.

Seis meses antes de la época de nuestra historia, vió realizado su más hermoso sueño, el sueño de toda su vida, por el cual despreciara los alhagos de la juventud y hasta las promesas de amor de Cpn. Tiago, arrulladas en otro tiempo en sus oídos, ó cantadas en alguna serenata. Tarde, es verdad, se ha realizado el sueño; pero Da. Victorina que, aunque hablaba mal el español, era más española que la Agustina de Zaragoza, sabía el refrán "*Más vale tarde que nunca*", y consolábase con decirselo á sí misma. — "*No hay felicidad completa en la tierra*" era su otro íntimo refrán, porque ambos no salían jamás de sus labios delante de otras personas.

Da. Victorina que ha pasado su primera, segunda, tercera y cuarta juventud tendiendo redes para pescar en la mar del mundo el objeto de sus insomnios, tuvo al fin que contentarse con lo que la suerte le quiso deparar. La pobrecita, si en vez de tener treinta y dos abriles, no hubiese tenido más que

treinta y uno — la diferencia para su aritmética era muy grande, — habria devuelto al Destino la presa que le ofrecia, para esperar otra más en conformidad con sus gustos. Pero como el hombre propone y la necesidad dispone, ella que tenia ya mucha necesidad de marido, vióse obligada á contentarse con un pobre hombre, que arrojó de sí Estremadura y que despues de vagar por el mundo seis ó siete años, Ulises moderno, encontró al fin en la Isla de Luzon hospitalidad, dinero y una Calipso trasnochada, su media naranja . . . ¡ay! y la naranja era ágría. Llamábase el infeliz Tiburcio Espadaña, y aunque tenia treinta y cinco años y parecia viejo, era sin embargo más joven que Da. Victorina que sólo tenia treinta y dos. El por qué de esto es facil de comprender, pero peligroso de decir.

Habia ido á Filipinas de oficial quinto de Aduanas, pero tuvo tan mala suerte que, además de marearse mucho y fracturarse una pierna durante la navegacion, encontróse á los quince dias de su llegada con la cesantía que oportunamente el le trajo *'Salvadora'* cuando ya se encontraba sin un cuarto.

Escarmentado del mar, no quiso volver á España sin haber hecho fortuna, y pensó dedicarse á algo. El orgullo español no le permitia ningun trabajo corporal: el pobre hombre hubiera trabajado con gusto para vivir honradamente, pero el prestigio de los españoles no se lo hubiera consentido, y este prestigio no le salvaba de las necesidades.

Al principio vivia á costa de algunos paisanos, pero, como Tiburcio era honrado, sabiale amargo el pay, en vez de engordar, enflaquecia. No teniendo ni ciencia ni dinero ni recomendaciones, aconsejéronle sus paisanos, para desprenderse de él, fuese á provincias y se hiciese pasar por doctor en Medicina. El hombre se resistia al principio, pues si bien habia sido mozo en el Hospital de S. Carlos, no habia aprendido nada de la ciencia de curar: su oficio era sacudir el polvo de los bancos, encender los braseros, y esto fué por corto tiempo. Pero como la necesidad apremiaba y sus amigos disipaban sus escrúpulos, dióles oidos al fin, fuése á provincias y empezó por visitar algunos enfermos, cobrando módicamente como su conciencia se lo decia. Mas, á semejanza del joven filósofo de que habla Samaniego, concluyó cobrando caro y poniendo gran precio á sus visitas; de aquí pronto le tuvieron por gran médico y hubiera hecho probablemente su fortuna, si el Protomedicato de Manila no hubiese tenido noticia de sus exorbitantes honorarios y de la competencia que hacia á los otros.



Intercedieron por él particulares y profesores. — „¡Hombre! le decian al celoso Dr. C., déjele V. hacer su capitalito que en cuanto tenga seis ó siete mil pesitos, se podrá volver á su tierra y vivir allí en paz. Total ¿qué le hace á V. eso? que engaña á los incautos indios? Pues que sean más listos. ¡Es un infeliz; no le quite V. el pan de su boca; sea V. buen español!

El doctor era buen español y consintió en hacer la vista gorda; pero, como la noticia llegó á oídos del pueblo, empezóse á desconfiar de él y en poco D. Tiburcio Espadaña perdió su clientela y se vió de nuevo obligado casi á mendigar el pan de cada día. Por entonces supo de un amigo suyo, íntimo que fué de Da. Victorina, el apuro en que se encontraba esta señora, su patriotismo y buen corazón. D. Tiburcio vió allí un pedazo de cielo y pidió ser presentado.

Da. Victorina y D. Tiburcio se vieron. *¡Tarde venientibus ossa*, habría exclamado él si hubiese sabido latin! Ella no era ya pasable, era pasada; su abundante cabellera se había reducido á un moño, al decir de su criada, grande cómo la cabeza de un ajo; arrugas surcaban su cara y empezaban á moversele los dientes; los ojos habían sufrido también, y considerablemente; tenía que entornarlos con frecuencia para mirar á cierta distancia: su carácter era lo único que había quedado.

Al cabo de media hora de conversacion, comprendiéronse y se aceptaron. Ella hubiera preferido un español menos cojo, menos tartamudo, menos calvo, menos mellado, que arrojase menos saliva al hablar y tuviese más *brio* y *categoría*, como ella solía decir; pero esta clase de españoles no se dirigieron jamás á ella para pedirle su mano. Había oído más de una vez decir que “á la ocasion la pintan calva“ y creyó honradamente que D. Tiburcio era la misma ocasion, pues gracias á sus noches negras padecía de una prematura calvicie. ¿Qué mujer no es prudente á los treinta y dos años?

D. Tiburcio, por su parte, sintió vaga melancolía al pensar en su luna de miel. Sonrióse con resignacion y evocó en su auxilio el fantasma del hambre. Jamás había tenido ambicion ni pretensiones; sus gustos eran sencillos, sus pensamientos limitados; pero su corazón, virgen hasta entonces, había soñado en muy diferente divinidad. — Allá en su juventud, cuando, cansado de trabajar despues de una frugal cena, iba á acostarse en una mala cama para digerir el gazpacho, se dormía pensando en una imagen sonriente, acariciadora. Despues, cuando los disgustos y las privaciones aumentaron, pasaron los años

y la poética imagen no vino, pensó sencillamente en una buena mujer, hacendosa, trabajadora, que le pudiese aportar una pequeña dote, consolarle de las fatigas del trabajo y reñirle de cuando en cuando, — ¡sí, él pensaba en las riñas como en una felicidad! Pero, cuando, obligado á vagar de país en país en busca no ya de fortuna sino de alguna comodidad para vivir los días que le restaban; cuando, ilusionado por las relaciones de sus paisanos que venían de Ultramar, embarcóse para Filipinas, el realismo cedió el puesto á una arrogante mestiza, á una hermosa india de grandes ojos negros, envuelta en sedas y tejidos transparentes, cargada de brillantes y oro, brindándole su amor, sus coches etc. Llegó á Filipinas y creyó que realizaba su sueño, pues las jóvenes, que en plateados coches acudían á la Luneta y al Malecon, le habían mirado con cierta curiosidad. Mas, una vez cesante, la mestiza ó la india desapareció, y con gran trabajo se forjó la imagen de una viuda, pero una viuda agradable. Así que cuando vió su sueño tomar cuerpo en parte, se puso triste, pero, como tenía cierta dosis de filosofía natural, se dijo: „¡Aquello era un sueño y en el mundo no se vive soñando!“ Así resolvía él sus dudas: ella gasta polvos de arroz, ¡pshé! cuando se casen, ya hará que se los quite; tiene muchas arrugas, pero su levita tiene mas roturas y zurcidos; es una vieja pretenciosa, imponente y varonil, pero el hambre es más varonil, más imponente y más pretenciosa todavía, y luego para eso ha nacido él dulce de genio, y ¿quién sabe? el amor modifica los caracteres; habla muy mal el castellano, él tampoco lo habla bien, segun dijo el jefe del Negociado al notificarle su cesantía, y además ¿qué importa? es una vieja fea y ridícula? él era cojo, desdentado y calvo! D. Tiburcio prefería cuidar que no ser cuidado por enfermo de hambre. Cuando algun amigo se burlaba de él, respondía: ‘Dame pan y llámame tonto.’

D. Tiburcio era lo que vulgarmente se dice: un hombre que no hacía mal á una mosca: modesto é incapaz de abrigar un mal pensamiento, se hubiera hecho misionero en los antiguos tiempos. Su estancia en el país no le había podido dar ese convencimiento de alta superioridad, de gran valor y de elevada importancia que á las pocas semanas adquieren la mayor parte de sus paisanos. Su corazón no ha podido nunca abrigar odio; todavía no ha podido encontrar un solo filibustero; únicamente veía infelices á quienes convenía desplumar, si no quería ser más infeliz que ellos. Cuando se trató de formarle causa por hacerse pasar como médico, no se resintió, no se

quejó; reconocía la justicia y sólo contestaba: ¡Pero es menester vivir!

Casáronse ó cazáronse pues, y fueron á Sta. Ana para pasar la luna de miel; pero en la noche de bodas, Da. Victorina tuvo una terrible indigestion, y D. Tiburcio dió gracias á Dios, mostróse solícito y cuidadoso. A la segunda noche, sin embargo, se portó como hombre honrado, y al día siguiente, al mirarse en el espejo, sonrió con melancolía descubriendo sus desprovistas encias: había envejecido lo menos diez años.

Muy contenta Da. Victorina de su marido, hizo que le arregláran una buena dentadura postiza, le vistieran y le equipáran los mejores sastres de la ciudad; encargó arañas y calesas, pidió á Batangas y Albay los mejores troncos y hasta le obligó á tener dos caballos para las próximas carreras.

Mientras trasformaba á su marido, no se olvidaba de su propia persona: dejó la saya de seda y la camisa de piña por el traje europeo; substituyó el sencillo tocado de las filipinas por los falsos flequillos, y con sus trajes que le sentaban divinamente mal turbó la paz de todo el tranquilo y ocioso vecindario.

El marido que no salía nunca á pié — ella no quería que se viese su cojera, — la llevaba á paseo por los sitios más solitarios con gran pesar de ella, que quería lucir su marido en los paseos más públicos, pero se callaba por respeto á la luna de miel.

El cuarto menguante empezó cuando él quiso hablarle de los polvos de arroz, diciendo que aquello era falso, no natural; Da. Victorina frunció las cejas y le miró en la dentadura postiza. El se calló y ella comprendió su flaco.

Pronto creyóse madre y anunciólo así á todos sus amigos:

— El mes que viene, yo y de Espadaña nos vamos á la *Peñinsula*; no quiero que nuestro hijo nazca aquí y le llamen revolucionario.

Puso un *de* al apellido de su marido; el *de* no costaba nada y daba *categoría* al nombre. Cuando firmaba poníase: Victorina de los Reyes *de* de Espadaña; este *de* de Espadaña era su manía; ni él que le litografió sus tarjetas ni su marido pudieron quitárselo de la cabeza.

— ¡Si no pongo más que un *de* puede creerse que no lo tienes, tonto! decía á su marido.

Hablabá continuamente de sus preparativos de viaje, aprendióse de memoria los nombres de los puntos de escala, y era un gusto oírla hablar: — “Voy á ver el ismo en el canal de Suez; De Espadaña cree que es lo más bonito y

De Espadaña ha recorrido todo el mundo.“ — “Probablemente no volveré más á este pais de salvajes.“ — “No he nacido para vivir aquí; me convendría más Aden ó Port Said; desde niña lo he creído así, etc.“ Da. Victorina en su geografía dividía el mundo en Filipinas y España, á diferencia de los chulos que lo dividen en España y América ó China por otro nombre.

El marido sabía que algunas de estas cosas eran barbaridades pero se callaba para que no le chillase y le echase en cara su tartamudez. Hizose la antojadiza para aumentar sus ilusiones de madre, y se dió por vestirse de colores, llenarse de flores y cintas y pasearse en bata por la Escolta, pero ¡oh desencanto! pasaron tres meses y el sueño se evaporó, y no habiendo ya motivo para que el hijo no fuese revolucionario, se desistió del viaje. Dióse por consultar médicos, comadronas, viejas etc., pero inútil; ella, que con gran descontento de Cpn. Tiago se burlaba de S. Pascual Bailon, no quería recurrir á ningun santo ni santa; por lo que le dijo un amigo de su marido:

— ¡Créame V., señora, es V. el único *espíritu fuerte* en este aburrido pais!

Sonrióse ella sin comprender lo que era espíritu fuerte, y á la noche, á la hora de dormir, se lo preguntó al marido.

— Hija, contestó éste, el e . . . espíritu más fuerte que conozco es el amoniaco: mi amigo habrá hablado por re . . . retórica.

Desde entonces ella decía siempre que podía:

— Soy el único amoniaco en este aburridísimo pais, hablando por retórica, así lo ha dicho el Sr. N. de N. peninsular de muchísima categoria.

Cuanto decía se tenía que hacer; había llegado á dominar completamente á su marido, que por su parte no ofreció gran resistencia, llegando á convertirse en una especie de perrito faldero para ella. Si le incomodaba, no le dejaba pasear, y cuando se enfurecía de véras, le arrancaba la dentadura dejándole horrible por uno ó más días segun.

Se le ocurrió que su marido debía ser doctor en Medicina y Cirugía y así se lo manifestó.

— ¡Hija! ¿quieres que me prendan? preguntó espantado.

— ¡No seas tonto y déjame arreglarlo! contestó; no irás á curar á nadie, pero quiero que te llamen doctor y á mí doctora, ea!

Y al día siguiente Rodoreda recibía el encargo de grabar en una losa de mármol negro: Dr. DE ESPADAÑA, ESPECIALISTA EN TODA CLASE DE ENFERMEDADES.

Toda la servidumbre les ha de dar los nuevos títulos, y á consecuencia de esto se aumentó el número de los flequillos, la capa de polvos de arroz, las cintas y encajes, y miró con más desden que nunca á sus pobres y poco afortunadas paisanas, cuyos maridos eran de menos categoria que el suyo. Cada día sentia dignificarse y elevarse más, y á seguir este camino, al cabo de un año se creeria de origen divino.

Estos sublimes pensamientos no impedían sin embargo que cada día fuese más vieja y ridícula. Toda vez que Cpn. Tiago se encontraba con ella y se acordaba de haberle hecho en vano el amor, mandaba acto continuo un peso á la iglesia para una misa en accion de gracias. A pesar de esto, Cpn. Tiago respetaba mucho al marido por el título de especialista en toda clase de enfermedades, y escuchaba con atencion las pocas frases que él en su tartamudez conseguia pronunciar. Por esto y porque este doctor no visitaba á todo el mundo como los otros médicos, le escogió Cpn. Tiago para asistir á su hija.

En cuanto al joven Linares, ya era otra cosa. Cuando se disponia el viaje para España, Da. Victorina pensó en un administrador peninsular, no confiando en los filipinos: el marido acordóse de un sobrino en Madrid, que estudiaba para abogado y era considerado como el más listo de la familia: escribiéronle pues, pagándole de antemano ya el pasaje, y cuando el sueño se desvaneció, el joven ya estaba navegando.

Estos son los tres personajes que acaban de llegar.

Mientras tomaban el segundo almuerzo, llegó el P. Salvi, y los esposos que ya le conocian le pesentaron con todos sus títulos al joven Linares, que se ruborizó.

Se habló de Maria Clara como era natural; la joven descansaba y dormía. Se habló del viaje; Da. Victorina lució su verbosidad criticando las costumbres de los provincianos, sus casas de nipa, los puentes de caña, sin olvidarse de decir al cura sus amistades con el Segundo Cabo, con el Alcalde tal, con el oidor cual, con el Intendente etc., personas todas de categoria que le guardaban mucha consideracion.

— Hubiera V. venido dos dias antes, Da. Victorina, repuso Cpn. Tiago en una pequeña pausa, habria V. encontrado á S. E. el Capitan General: allí estaba sentado.

— ¿Qué? Cómo? Estuvo aquí S. E.? Y en su casa? ¡Mentira!

— ¡Le digo á V., que allí se sentaba! Hubiera V. venido dos dias antes . . .

— ¡Ah! qué lástima que Clarita no se haya enfermado antes! exclama ella con verdadero pesar, y dirigiéndose á Linares:

— ¿Oyes, primo? Aquí estaba S. E.! Ves si tenía razon De Espadaña cuando te decia que no ibas á casa de un miserable indio? Porque V. sabrá, D. Santiago, que nuestro primo era en Madrid amigo de ministros y duques y comia en casa del conde del campanario.

— Del duque de la Torre, Victorina, le corrige su marido.

— Lo mismo da, si me dirás tú á mí . . . ?

— ¿Encontraria yo este dia al P. Dámaso en su pueblo? interrumpe Linares dirigiéndose al P. Salvi; me han dicho que está cerca de aqui.

— Precisamente está aqui y vendrá dentro de poco, contestó el cura.

— ¡Cuánto me alegro! tengo una carta para él, exclamó el joven, y si no fuera por esta feliz casualidad que me trae aqui, habria venido espresamente para visitarle.

La feliz casualidad entretanto se habia despertado.

— ¿De Espadaña? dice Da. Victorina terminado el almuerzo, ¿vamos á ver á Clarita? — Y á Capitan Tiago: ¡Por V. sólo, D. Santiago, por V. sólo! Mi marido no cura más que á las personas de categoria, y aún, aún! Mi marido no es como los de aqui . . . en Madrid no visitaba más que á los personajes de categoria.

Pasaron al cuarto de la enferma.

La habitacion estaba casi á oscuras, las ventanas cerradas por miedo al corriente de aire, y la poca luz que lo iluminaba partia de dos cirios que ardian delante una imagen de la Virgen de Antipolo.

Cenida la cabeza con un pañuelo empapado en agua de Colonia, envuelto cuidadosamente el cuerpo en blancas sábanas de abundantes pliegues, que velaban sus formas virginales, yacia la joven en su catre de *kamagon* entre cortinajes de jüsi y piña. Sus cabellos, formando un marco al rededor de su ovalado semblante, aumentaban aquella transparente palidez, animada únicamente por sus grandes ojos, llenos de tristeza. A su lado estaban las dos amigas y Andeng con un ramo de azucenas.

De Espadaña tomóle el pulso, examinó la lengua, hizo unas cuantas preguntas, y dijo moviendo la cabeza á un lado y otro:

— ¡E . . . está enferma, pero se puede curar!

Da. Victorina miró con orgullo á los circunstantes.

— ¡Liquen con leche por la mañana, jarabe de altea, dos pildoras de cinoglosa! ordenó De Espadaña.

— Cobra ánimo, Clarita, decía Da. Victorina acercándose; hemos venido para curarte . . . ¡Te voy á presentar á nuestro primo!

Linares estaba absorto, contemplando aquellos elocuentes ojos que parecían buscar á alguien, y no oyó á Da. Victorina que le llamaba.

— Señor Linares, díjole el cura arrancándole de su éxtasis; aquí viene el P. Dámaso.

En efecto venia el P. Dámaso, pálido y algo triste; al dejar la cama, su primera visita fué para María Clara. No era ya el P. Dámaso de antes, tan robusto y decidor; ahora marcha silencioso y algo vacilante.

---

### XLIII.

### PROYECTOS.

Sin cuidarse de nadie, se fué derecho á la cama de la enferma y, tomándola de la mano,

— ¡María! dijo con indecible ternura, y brotaron lágrimas de sus ojos; ¡María, hija mía, no te has de morir!

María abrió los ojos y le miró con cierta extrañeza.

Ninguno de los que le conocían al franciscano sospechaba en él tiernos sentimientos; bajo aquel rudo y grosero aspecto nadie creía que existiese un corazón.

El P. Dámaso no pudo seguir más y se alejó de la jóven, llorando como un niño. Fuése á la caída para dar rienda suelta á su dolor, bajo las favoritas enredareras del balcon de María Clara.

— ¡Cómo la ama á su ahijada! pensaban todos.

Fr. Salvi le contemplaba inmóvil y silencioso, mordiéndose ligeramente los labios.

Sosegado algun tanto, le fué presentado por Da. Victorina el joven Linares, que se le acercó con respeto.

Fr. Dámaso le contempló en silencio, de piés á cabeza, tomó la carta que aquel le alcanzaba y la leyó sin comprenderla al parecer, pues le preguntó:

— Y ¿quién es V.?

— Alfonso Linares, el ahijado de su cuñado . . . balbuceó el joven.

El P. Dámaso echó el cuerpo hácia atrás, examinó de nuevo al joven y, animándose su fisonomía, se levantó.

— ¡Con que eres tú el ahijado de Carlicos! exclamó abrazándole; ven que yo te abrace . . . hace unos días recibí carta suya . . . ¡con que eres tú! No te conocí . . . ya se vé, aun no habías nacido cuando dejé el país; no te conocí!

Y el P. Dámaso estrechaba en sus robustos brazos al joven que se ponía rojo, no se sabe si de vergüenza ó de una asfixia. El P. Dámaso parecía haber olvidado por completo su dolor.

Pasados los primeros momentos de efusión y hechas las primeras preguntas acerca de Carlicos y de la Pepa, preguntó el P. Dámaso:

— Y ¡vamos! ¿qué quiere Carlicos que haga por ti?

— En la carta creo que dice algo, . . . volvió á balbucear Linares.

— ¿En la carta? á ver? ¡Es verdad! Y ¡quiere que te procure un empleo y una mujer! Hmm! Empleo . . . empleo, es fácil: ¿sabes leer y escribir?

— ¡Me he recibido de abogado en la Universidad Central!

— ¡Carambas! ¿Con que eres un picapleitos? pues no tienes facha . . . pareces un madamisela, pero ¡tanto mejor! Pero darte una mujer . . . ¡hm! hmm! una mujer . . .

— Padre, no tengo tanta prisa, dice Linares confuso.

Pero el P. Dámaso se paseaba de un extremo á otro de la caída murmurando: ¡Una mujer, una mujer!

Su rostro ya no estaba triste ni alegre; ahora espresaba la mayor seriedad y parecía que estaba cavilando. El P. Salvi miraba toda esta escena desde lejos,

— ¡Yo no creía que la cosa me diese tanta pena! murmuró el P. Dámaso con voz llorosa; pero de dos males, el menor.

Y levantando la voz y acercándose á Linares.

— Ven acá, mozo, dijo: vamos á hablar con Santiago.

Linares palideció y se dejó arrastrar por el sacerdote, que marchaba pensativo.

Entonces le tocó á su vez al P. Salvi el turno de pasearse, meditabundo como siempre.

Una voz que le daba los buenos días le sacó de su monótono paseo; levantó la cabeza y se encontró con Lucas, el cual le saludaba humildemente.

— ¿Qué quieres? preguntaron los ojos del cura.

— ¡Padre, soy el hermano del que murió el día de la fiesta! contestó en tono lacrimoso Lucas.



El P. Salvi retrocedió.

— Y ¿qué? murmuró en voz imperceptible.

Lucas hacía esfuerzos para llorar y se enjugaba los ojos con el pañuelo.

— Padre, decía lloriqueando, he estado en casa de D. Crisóstomo para pedir la indemnización . . . primero me recibió á puntapiés, diciendo que él no quería pagar nada, pues había corrido peligro de morir por culpa de mi querido é infeliz hermano. Ayer volví para hablarle, pero ya se había marchado á Manila, dejándome, como por caridad, quinientos pesos y encargándome que no volviese jamás! Ah, Padre, quinientos pesos por mi pobre hermano, quinientos pesos, ah! Padre . . .

El cura le escuchaba al principio con sorpresa y atención, y lentamente se reflejó en sus labios una sonrisa tal de desprecio y sarcasmo á la vista de aquella comedia que, si Lucas le hubiese visto, se habría escapado á todo correr.

— Y ¿qué quieres ahora tú? le preguntó volviéndole las espaldas.

— ¡Ay! Padre, decídmelo por amor de Dios qué debo hacer: el Padre ha dado siempre buenos consejos.

— ¿Quién te lo ha dicho? Tú no eres de aquí . . .

— ¡Al Padre le conocen en toda la provincia!

El P. Salvi se le acercó con ojos irritados y señalándole la calle dijo al espantado Lucas:

— ¡Véte á tu casa y dale gracias á D. Crisóstomo que no te haya enviado á la cárcel! ¡Largo de aquí!

Lucas se olvidó de su farsa y murmuró:

— Pues yo creía . . .

— ¡Largo de aquí! gritó con nervioso acento el P. Salvi.

— ¡Quisiera ver al P. Dámaso . . .

— El P. Dámaso tiene que hacer . . . ¡largo de aquí! volvió á mandar con imperio el cura.

Lucas bajó las escaleras murmurando:

— Este es también otro . . . ¡como no pague bien! . . .

El que pague mejor . . .

A las voces del cura habían acudido todos hasta el P. Dámaso, Cpn. Tiago y Linares.

— ¡Un insolente vagabundo que viene á pedir limosna y no quiere trabajar! dice el P. Salvi cogiendo el sombrero y baston para dirigirse al convento.

XLIV.

EXAMEN DE CONCIENCIA.

Largos días y tristes noches se han pasado á la cabecera de la cama; María Clara había recaído momentos despues de haberse confesado, y durante su delirio no pronunciaba más que el nombre de su madre, á quien ella no había conocido. Pero sus amigas, su padre y su tia velaban; enviábanse misas y limosnas á todas las imágenes milagrosas; Cpn. Tiago prometió regalar un baston de oro á la Virgen de Antipolo, y al fin la fiebre comenzó á descender paulatinamente y con regularidad.

El doctor De Espadaña estaba asombrado de las virtudes del jarabe de altea y del cocimiento de líquen, prescripciones que no ha variado. Da. Victorina estaba tan contenta de su marido que un día que éste le pisó la cola de su bata, no le aplicó su código penal quitándole la dentadura, sino que se contentó con decirle:

— ¡Si no llegas á ser cojo me pisas hasta el corsé!

¡Y ella no lo usaba!

Una tarde, mientras Sinang y Victoria visitaban á su amiga, conversaban durante la merienda en el comedor el cura, Cpn. Tiago y la familia de Da. Victorina.

— Pues lo siento mucho, decía el doctor; el P. Dámaso lo sentirá mucho tambien.

— Y ¿á dónde dice V. que le trasladan? preguntó Linares al cura.

— ¡A la provincia de Tayabas! respondió éste negligentemente.

— Quien lo sentirá mucho tambien es María cuando lo sepa, dijo Cpn. Tiago; le quiere como á un padre.

Fr. Salví le miró de reojo.

— Creo, Padre, continuó Cpn. Tiago, que toda esta enfermedad viene del disgusto que ha tenido el día de la fiesta.

— Soy del mismo parecer, y ha hecho V. bien en no permitir al Sr. Ibarra que la hablase; se hubiera agravado.

— Y si no fuera por nosotras, interrumpe Da. Victorina, Clarita ya estaría en el cielo cantando alabanzas á Dios.

— ¡Amen Jesus! creyó deber decir Cpn. Tiago.

— Fortuna de V. que mi marido no haya tenido entonces enfermo de más categoria, pues hubiera V. tenido que llamar á otro y aquí todos son ignorantes; mi marido . . . .

— Creo y sigo en lo que he dicho, la interrumpe á su

vez el cura; la confesion que María Clara ha hecho, ha provocado aquella crisis favorable que le ha salvado la vida. Una conciencia limpia vale más que muchas medicinas, y ¡cuidado que no niego yo el poder de la ciencia, sobre todo el de la cirugía! pero una conciencia limpia . . . ¡Lean Vs. los libros piadosos y verán cuántas curaciones operadas por solo una buena confesion!

— V. perdone, objeta Da. Victorina picada; eso del poder de la confesion . . . ¡cure V. á la mujer del alferez con una confesion!

— ¡Una herida, señora, no es ninguna enfermedad en que pueda influir la conciencia! replica severamente el P. Salvi; sin embargo, una buena confesion la preservaría de recibir en adelante golpes como los de esta mañana.

— ¡Lo merece! continúa Da. Victorina como si no hubiese oido cuanto dijo el P. Salvi. ¡Esa mujer es muy insolente! En la iglesia no hace más que mirarme, ¡ya se vé! es una cualquiera; el domingo ya le iba á preguntar si tenía monos en la cara, pero ¿quién se mancha hablando con gente que no es de categoría?

Por su parte el cura, como si tampoco hubiese oido toda esta perorata, continuó:

— Créame V., D. Santiago; para acabar de curar á su hija es menester que haga una comunion mañana; le traeré el viático . . . creo que no tendrá nada de qué confesarse, sin embargo . . . si quiere reconciliarse esta noche . . .

— No sé, añadió al instante Da. Victorina aprovechando una pausa, no comprendo cómo puede haber hombres capaces de casarse con tales espantajos, como esa mujer; de lejos se vé de donde viene; se le conoce que se muere de envidia; ¡ya se ve! ¿qué gana un alferez?

— Con que, D. Santiago, diga V. á su prima que prevenga á la enferma de la comunion de mañana; vendré esta noche á absolverla de sus pecadillos . . .

Y viendo que la tía Isabel sabía, le dijo en tagalo:

— Preparad á vuestra sobrina para confesarse esta noche; mañana le traeré el viático; con eso convalecerá más pronto.

— Pero, Padre, se atrevió á objetar timidamente Linares, no vaya á creer que está en peligro de muerte.

— ¡No tenga V. cuidado! le contestó sin mirarle, yo sé lo que me hago: he asistido ya á muchísimos enfermos; además ella dirá si quiere ó no tomar la santa comunion y verá V. como dice á todo sí.

Por de pronto Cpn. Tiago tuvo que decir sí á todo.

Tía Isabel entró en la alcoba de la enferma.

Maria Clara seguía en cama, pálida, muy pálida; á su lado estaban sus dos amigas.

— Toma un granito más, decia Sinang en voz baja presentándole un gránulo blanco, que sacó de un pequeño tubo de cristal; él dice que, cuando sientas ruido ó zumbido de oídos, suspendas la medicina.

— ¿No ha vuelto á escribirte? pregunta en voz baja la enferma.

— No, ¡debe estar muy ocupado!

— ¿No me manda decir nada?

— No dice más sino que va á procurar que el Arzobispo le absuelva de la excomunion para que . . .

La conversacion se suspende porque viene la tia.

— El Padre dice que te dispongas á confesarte, hija, dice ésta; dejadla para que haga su examen de conciencia.

— Pero ¡si no hace una semana que se confesó! protesta Sinang. Yo no estoy enferma y no peco tan amenudo!

— ¡Abá! ¿no sabeis lo que dice el cura: el justo peca siete veces al día? Vamos ¿quieres que te traiga el *Ancora, el Ramillete* ó el *Camino recto para ir al cielo*?

Maria Clara no contestó.

— Vamos, no te has de fatigar, añade la buena tia para consolarla; yo misma te leeré el examen de conciencia y tú no harás sino recordar los pecados.

— ¡Escribele que no piense mas en mí! murmuró Maria Clara al oido de Sinang cuando se despedía de ella.

— ¿Cómo?

Pero la tia entró y Sinang tuvo que alejarse sin comprender lo que su amiga le habia dicho.

La buena tia acercó una silla á la luz, púsose los anteojos sobre la punta de la nariz y abriendo un librito, dijo:

— Pon mucha atencion, hija mia; voy á empezar por los Mandamientos de la Ley de Dios; iré despacio para que puedas meditar; si no me has oido bien, me lo dirás para que lo repita; ya sabes que por tu bien no me canso jamás.

Empezó á leer con voz monótona y gangosa las consideraciones acerca de los casos pecaminosos. Al final de cada párrafo ponía una larga pausa, para dar tiempo á la joven de recordar sus pecados y arrepentirse.

Maria Clara miraba vagamente al espacio. Terminado el primer mandamiento de *amar á Dios sobre todas las cosas*, observala tia Isabel por encima de los anteojos y se queda satisfecha de su aire meditabundo y triste. Tose piadosamente y,

después de una larga pausa, comienza el segundo Mandamiento. La buena anciana lee con unción y, terminadas las consideraciones, mira otra vez á su sobrina, que vuelve lentamente la cabeza á otro lado.

— ¡Bah! dijo para sí tía Isabel; en esto de jurar su santo nombre, la pobrecita no tendrá nada que ver! Pasemos al tercero.

Y el tercer Mandamiento fué desmenuzado y comentado, y leídos todos los casos en que se peca contra él, vuelve á mirar hácia la cama; pero ahora la tía levanta las gafas, y se restrega los ojos: ha visto á su sobrina llevarse el pañuelo á la cara como para enjugar lágrimas.

— ¡Hm! dice, ejem! La pobre se durmió durante el sermón.

Y volviendo á colocar los anteojos sobre la punta de su nariz, se dijo:

— Vamos á ver si, así como no ha santificado las fiestas, no ha honrado padre y madre.

Y lee el cuarto Mandamiento con voz más pausada y gangosa aún, creyendo dar así mayor solemnidad al acto como había visto hacer á muchos frailes: tía Isabel no había oído jamás predicar á un cuáquero, sino se habría puesto también á temblar.

La joven, entretanto, se lleva varias veces el pañuelo á los ojos, y su respiración se hace más perceptible.

— ¡Qué alma tan buena! piensa para sí la anciana; ¡ella que es tan obediente y sumisa con todos! Yo he tenido más pecados y nunca he podido llorar de véras.

Y comenzó el quinto Mandamiento con mayores pausas y una gangosidad más perfecta aún si cabe, con tanto entusiasmo que no oyó los ahogados sollozos de su sobrina. Sólo á una pausa que hizo, después de las consideraciones sobre el homicidio á mano armada, percibió los gemidos de la pecadora. Entonces el tono pasó de lo sublime, leyó lo que restaba del Mandamiento con acento que procuró hacer amenazador, y viendo que su sobrina seguía aún llorando,

— ¡Llora, hija, llora! le dijo acercándose al lecho; cuanto más llores más pronto te ha de perdonar Dios. Ten el dolor de contrición mejor que el de atrición. ¡Llora, hija, llora! no sabes cuánto gozo viéndote llorar! Date también golpes de pecho, pero no muy fuertes, porque todavía estás enferma.

Mas, como si el dolor para crecer necesitase el misterio y la soledad, María Clara, al verse sorprendida, cesó poco á poco de suspirar, secó sus ojos sin decir una palabra ni contestar á su tía.

Esta prosiguió la lectura, pero, como el llanto de su público había cesado, perdió el entusiasmo, los últimos Mandamientos le dieron sueño y le hicieron bostezar, con gran detrimento de la monótona gangosidad, que así se interrumpía.

— ¡A no verlo no lo creería! pensaba despues la buena anciana; ¡esta niña peca como un soldado contra los cinco primeros, y del sexto al décimo ni un pecado venial, al revés de nosotras! ¡Como va el mundo ahora!

Y encendió un gran cirio á la Virgen de Antipolo y otros dos más pequeños á Ntra. Sra. del Rosario y á Ntra. Sra. del Pilar, teniendo cuidado de apartar y poner en un rincon un crucifijo de marfil, para darle á entender que por él no se habían encendido los cirios. La Virgen de Delaroche tampoco tuvo participacion: es una estrangera desconocida, y tia Isabel no había oído hasta ahora ningun milagro suyo.

No sabemos qué habrá pasado en la confesion de aquella noche; nosotros respetamos esos secretos. La confesion fué larga, y la tia, que desde lejos vigilaba á su sobrina, pudo notar que el cura, en vez de aplicar el oído á las palabras de la enferma, tenia por el contrario la cara vuelta hácia ella, y no parecía sino que quería leer en los hermosos ojos de la joven los pensamientos ó adivinarlos.

Pálido y los labios contraídos, salió el P. Salvi del aposento. Al ver su frente oscura y cubierta de sudor, se habría dicho que era él el que se había confesado y no mereció la absolucion.

— ¡Jesus, Maria y José! dijo la tia santiguándose para apartar un mal pensamiento; ¿quién comprende á las jóvenes ahora?

---

#### XLV.

### LOS PERSEGUIDOS.

A favor de la débil claridad, que difunde la luna al través de las espesas ramas de los árboles, un hombre vaga por el bosque con paso lento y reposado. De tiempo en tiempo y como para orientarse, silba una melodía particular, á la que suele responder otra lejana entonando el mismo aire. El hombre escucha atento, y despues prosigue su camino en la direccion del lejano sonido.

Por fin, al través de mil dificultades que ofrece de noche

una selva virgen, llega á un pequeño claro, bañado por la luna en su primer cuarto. Elevadas rocas, coronadas de árboles, se levantan al rededor formando una especie de derruido anfiteatro; árboles recién cortados, troncos carbonizados llenan el medio, confundidos con enormes peñascos, que la naturaleza cubre á medias con su manto de verde follaje.

Apenas el desconocido hubo llegado, cuando otra figura, saliendo repentinamente detras de una gran roca, avanza y sacando un revólver,

— ¿Quién eres? pregunta en tagalo con voz imperiosa, amartillando el gatillo de su arma.

— ¿Está entre vosotros el viejo Pablo? preguntó el primero con voz tranquila, sin contestar á la pregunta ni intimidarse.

— ¿Hablas del capitán? Si, está.

— Dile entonces que aquí le busca Elías, dijo el hombre que no era otro que el misterioso piloto.

— ¿Sois vos Elías? preguntó el otro con cierto respeto y acercándose, sin dejar por eso de apuntarle con su revólver; entonces . . . venid.

Elías le siguió.

Penetraron en una especie de caverna, que se hundía en las profundidades de la tierra. El guía, que sabía el camino, le advertía al piloto cuando debía descender, inclinarse ó arrastrarse; sin embargo, no tardaron mucho y llegaron á una especie de sala, alumbrada miserablemente por antorchas de brea, ocupada por doce ó quince individuos armados, de fisonomías sucias y trajes siniestros, sentados unos, acostados otros, hablando entre sí apenas, Apoyados los codos sobre una piedra, que hacia el oficio de mesa, y contemplando meditabundo la luz que difundía tan poca claridad para tanto humo, se veía un anciano de fisonomía triste, la cabeza envuelta en una venda ensangrentada: si no supiéramos que aquella era una caverna de tulisanes, diríamos, al leer la desesperacion en el rostro del anciano, que era la Torre del Hambre en la vispera de devorar Ugolino á sus hijos.

A la llegada de Elías y de su guía, los hombres medio se incorporaron, pero á una señal del último se tranquilizaron contentándose con examinar al piloto, que estaba completamente sin armas.

El anciano volvió lentamente la cabeza y se encontró con la seria figura de Elías, que le contemplaba descubierto, lleno de tristeza é interés.

— ¿Eras tú? preguntó el anciano cuya mirada, al reconocer al joven, se animó algun tanto.

— ¿En qué estado os encuentro! murmuró Elías á media voz y moviendo la cabeza.

El anciano bajó la cabeza en silencio, hizo una seña á los hombres, los cuales que se levantaron y se alejaron, no sin dirigir antes una mirada para medir la estatura y los musculos del piloto.

— ¡Si! dijo el anciano á Elías luego que se encontraron solos; hace seis meses, cuando te di abrigo en mi casa, era yo el que me compadecía de tí; ahora la suerte ha cambiado, y eres tú quien me compadesces. Pero siéntate, y dime cómo has llegado hasta aquí.

— Hace unos quince días que me han hablado de vuestra desgracia, contestó el joven lentamente en voz baja, mirando hácia la luz; púseme al instante en camino y os he estado buscando de monte en monte: he recorrido casi dos provincias.

— Por no derramar sangre inocente, he tenido que huir; mis enemigos temian presentarse y sólo me ponian delante unos infelices, que no me han hecho el más pequeño mal.

Después de una corta pausa, que Elías empleó para leer los pensamientos en el sombrío semblante del anciano, repuso:

— He venido para proponeros una cosa. Habiendo buscado inútilmente algun resto de la familia que ha causado la desgracia de la mia, he decidido dejar la provincia en donde vivo, para emigrar hácia el Norte y vivir entre las tribus infieles é independientes: ¿quereis dejar la vida que comenzais y veniros conmigo? Seré vuestro hijo, pues que habeis perdido los que teniais, y yo que no tengo familia, tendré en vos un padre.

El anciano movió la cabeza negativamente, y dijo:

— A mi edad, cuando se toma una resolucion desesperada, es porque no hay otra. Un hombre que, como yo, ha pasado su juventud y su edad madura trabajando para el propio porvenir y el de sus hijos; un hombre que ha sido sumiso á todas las voluntades de sus superiores, que ha desempeñado á conciencia pesados cargos, sufrido todo para vivir en paz y en una tranquilidad posible; cuando este hombre, cuya sangre ha enfriado el tiempo, renuncia á todo su pasado y á todo su porvenir en los bordes mismos de la tumba, es porque ha juzgado maduramente que la paz ni existe ni es el supremo bien! ¿A qué vivir miserables dias en tierra estrangera? Yo tenia dos hijos, una hija, un hogar, una fortuna; gozaba de consideracion y aprecio; ahora estoy como un arbol despojado de sus ramas, vago fugitivo, cazado como una fiera en el bosque, y todo ¿por qué? Porque un hombre ha deshonrado



á mi hija, porque los hermanos pidieron cuenta de la infamia á ese hombre, y porque ese hombre está colocado por encima de los demas con el título de ministro de Dios. Con todo, yo, padre, yo, deshonrado en mi vejez, he perdonado la injuria, indulgente con las pasiones de la juventud y las debilidades de la carne, y ante un mal irreparable ¿qué debía yo hacer sino callarme y salvar lo que me ha quedado? Pero el criminal ha tenido miedo ante una venganza más ó menos proxima, y buscó la perdicion de mis hijos. ¿Sabes qué ha hecho? No? Sabes que se fingió un robo en el convento, y entre los acusados figuró uno de mis hijos? Al otro no se le pudo incluir porque estaba ausente. ¿Sabes las torturas á que fueron sometidos? ¡Las conoces porque son las de todos los pueblos! Yo, yo vi á mi hijo colgado de los cabellos, yo oí sus gritos, yo oí que me llamaba, y yo, cobarde y acostumbrado á la paz, no he tenido el valor ni de matar ni de morir! Sabes que el robo no se probó, que se vió la calumnia y que en castigo el cura fué trasladado á otro pueblo, y mi hijo murió á consecuencia de las torturas? El otro, el que me quedaba, no era cobarde como su padre, y temiendo el verdugo que no vengára en él la muerte del hermano, so pretexto de no tener cédula de vecindad, que momentáneamente había olvidado, fué preso por la Guardia Civil, maltratado, irritado y provocado á fuerza de injurias hasta obligarle al suicidio! ¡Y yo, yo he sobrevivido despues de tanta vergüenza, pero si no he tenido el valor de padre para defender á mis hijos, quédame un corazon para una venganza y me vengaré! Los descontentos se van reuniendo bajo mi mando, mis enemigos aumentan mi campo, y el día en que me considere fuerte, bajaré al llano y estinguiré en el fuego mi venganza y mi propia existencia! Y ese día llegará ó no hay Dios!<sup>1)</sup>

Y el anciano se levantó agitado y, con la mirada centellante y la voz cavernosa, añadió mesándose sus largos cabellos:

— ¡Maldicion, maldicion sobre mí que he contenido la mano vengadora de mis hijos; yo los he asesinado! Hubiera dejado que el culpable muriese, hubiese creido menos en la justicia de Dios y en la de los hombres, ahora tendria á mis hijos, fugitivos tal vez, pero los tendria y no habrian muerto entre torturas! ¡Yo no había nacido para ser padre, por eso no los tengo! ¡Maldicion sobre mí que no he aprendido con mis años á conocer el medio en que vivia! Pero en fuego y sangre, y en mi muerte propia sabré vengaros!

---

<sup>1)</sup> ¿Tanauan ó Pateros? (N. del T.)

El desgraciado padre, en el paroxismo de su dolor, se había arrancado la venda, abriéndose una herida que tenía en la frente, de la cual brotó un surco de sangre.

— Respeto vuestro dolor, repuso Elías, y comprendo vuestra venganza; yo también soy como vos y sin embargo, por temor de herir á un inocente, prefiero olvidar mis desdichas.

— ¡Tú puedes olvidar porque eres joven y porque no perdiste ningún hijo, ninguna última esperanza! Pero yo te aseguro, no heriré á ningún inocente. ¿Ves esta herida? Por no matar á un pobre cuadrillero que cumplía con su deber, me la he dejado hacer.

— Pero ved, dijo Elías después de un momento de silencio; ved en que espantosa hoguera vais á sumir á nuestros desgraciados pueblos. Si cumplis vuestra venganza por vuestra mano, vuestros enemigos tomarán terribles represalias, no contra vos, no contra los que están armados, sino contra el pueblo que suele ser el acusado según la costumbre, y entonces ¡cuántas injusticias!

— ¡Que el pueblo aprenda á defenderse, que cada cual se defienda!

— ¡Sabeis que eso es imposible! Señor, os he conocido en otra época cuando érais feliz, entonces me dábais sabios consejos; ¿me permitiréis . . . ?

El anciano se cruzó de brazos y pareció atender.

— Señor, continuó Elías midiendo bien sus palabras; yo he tenido la fortuna de haber podido prestar un servicio á un joven rico, de buen corazón, noble y que ama el bien de su país. Dicen que este joven tiene amigos en Madrid, no lo sé, pero si os puedo asegurar que es amigo del Capitán General. ¿Qué decis si le hacemos portador de las quejas del pueblo, si le interesamos en la causa de los infelices?

El anciano sacudió la cabeza.

— ¿Dices que es rico? Los ricos no piensan más que en aumentar sus riquezas; el orgullo y la pompa los ciega, y como generalmente están bien, sobre todo cuando tienen poderosos amigos, ninguno de ellos se molesta por los desgraciados. Lo sé todo porque fui rico!

— Pero el hombre de que os hablo no se parece á los otros; es un hijo que ha sido insultado en la memoria de su padre; es un joven que, como ha de tener dentro de poco familia, piensa en el porvenir, en un buen porvenir para sus hijos.

— Entonces es un hombre que va á ser feliz; nuestra causa no es la de los hombres felices.

— ¡Pero es la de los hombres de corazón!

— ¡Sea! repuso el anciano sentándose; supón que consienta en llevar nuestra voz hasta al Capitán General, supón que encuentre en la Corte diputados que aboguen por nosotros, ¿crees que se nos hará justicia?

— Intentémoslo antes de tomar una sangrienta medida, contestó Elías. Os debe extrañar que yo, otro desgraciado, joven y robusto, os proponga á vos, anciano y débil, medidas pacíficas; pero es que yo he visto tantas miserias, causadas por nosotros como por los tiranos: el inerme es el que paga.

— Y ¿si no conseguimos nada?

— Algo se conseguirá, creedme; no todos los que gobiernan son injustos. Y si nada conseguimos, si desoye nuestras voces, si el hombre se ha vuelto sordo al dolor de sus semejantes, entonces vos me tendreis á vuestras órdenes!

El anciano, lleno de entusiasmo, le abrazó al joven.

— Acepto tu proposición, Elías; sé que cumples tu palabra. Vendrás á mí y yo te ayudaré á vengar á tus antepasados, tú me ayudarás á vengar á mis hijos, mis hijos que eran como tú!

— Entretanto evitaremos, señor, toda medida violenta.

— Espondrás las quejas del pueblo, tú las conoces ya. ¿Cuándo sabré la contestación?

— Dentro de cuatro días enviadme un hombre á la playa de San Diego, y le diré la que me dé la persona en quien espero . . . Si acepta, nos harán justicia, y si no, seré el primero que caerá en la lucha que emprenderemos.

— Elías no morirá, Elías será el jefe, cuando Capitán Pablo caiga satisfecho en su venganza, dijo el anciano.

Y él mismo acompañó al joven hasta salir fuera.

---

## XLVI.

### LA GALLERA.

Para santificar la tarde del Domingo se va generalmente á la gallera en Filipinas, como á los toros en España. La riña de gallos, pasión introducida en el país y explotada hace un siglo, es uno de los vicios del pueblo, más trascendental que el opio entre los chinos; allí va el pobre á arriesgar lo que tiene, deseoso de ganar dinero sin trabajar; allí va el rico

para distraerse, empleando el dinero que le sobra de sus festines y misas de gracia; pero la fortuna que juegan es suya, el gallo está educado con mucho cuidado, con más cuidado quizás que el hijo, sucesor del padre en la gallera, y no tenemos nada que objetar.

Puesto que el Gobierno lo permite y hasta casi lo recomienda mandando que el espectáculo sólo se dé en *las plazas públicas*, en *días de fiesta* (para que todos puedan verlo y el ejemplo anime?), *después de la misa mayor hasta el oscurecer* (ocho horas), vamos nosotros á asistir á este juego para buscar á algunos conocidos.

La gallera de S. Diego no se diferencia de las otras que se encuentran en otros pueblos más que en algunos accidentes. Consta de tres departamentos: el primero, ó sea la entrada, es un gran rectángulo de unos veinte metros de largo por catorce de ancho; á uno de sus lados se abre una puerta, que generalmente suele guardar una mujer, encargada de cobrar el *sa pintú* ó sea el derecho de entrada. De esta contribucion, que cada uno pone allí, percibe el Gobierno una parte, algunos centenares de miles de pesos al año: dicen que con este dinero, con que el vicio paga su libertad, se levantan magníficas escuelas, se construyen puentes y calzadas, se instituyen premios para fomentar la agricultura y el comercio . . . ; bendito sea el vicio que tan buenos resultados produce! — En este primer recinto están las vendedoras de buyo, cigarros, golosinas y comestibles etc.; allí pululan los muchachos que acompañan á sus padres ó tíos, que les inician cuidadosos en los secretos de la vida.

Este recinto comunica con otro de proporciones un poco mayores, una especie de *foyer* donde el público se reúne antes de las *soltadas*. Allí están la mayor parte de los gallos, sujetos por una cuerda al suelo mediante un clavo de hueso ó de palma brava; allí los tahures, los aficionados, el perito atador de la navaja; allí se contrata, se medita, se pide prestado, se maldice, se jura, ríe á carcajadas; aquel acaricia su gallo, pasándole la mano por encima del brillante plumaje; éste examina y cuenta las escamas de las patas; refiérense las hazañas de los héroes; allí vereis muchos con el semblante mohino, llevar de los piés un cadáver desplumado: el animal que fué el favorito durante meses, mimado, cuidado día y noche y en el cual cifraban halagüeñas esperanzas, ahora no es más que un cadáver y va á ser vendido por una peseta, para ser guisado con gengibre y comido aquella misma noche: *sic transit gloria mundi!* El perdidoso vuelve al hogar donde le esperan

la inquieta esposa y los harapientos hijos, sin el capitalito y sin el gallo. De todo aquel dorado sueño, de todos aquellos cuidados durante meses, desde que despunta el día hasta que el sol se oculta, de todas aquellas fatigas y trabajos, resulta una peseta, las cenizas que quedan de tanto humo. — En este *foyer* discute el menos inteligente; el más ligero examina concienzudamente la materia, pesa, contempla, extiende las alas, palpa los músculos á aquellos animales. Unos van muy bien vestidos, seguidos y rodeados de los partidarios de sus gallos; otros, sucios, con el sello del vicio marcado en el escuálido semblante, siguen ansiosos los movimientos de los ricos y atienden á las apuestas, porque la bolsa puede vaciarse, pero no saciarse la pasión; allí no hay rostro que no esté animado; allí no está el filipino indolente, el apático, el callado: todo es movimiento, pasión, afán; diríase que tienen una sed que aviva el agua del cieno.

De este lugar se pasa á la arena que llaman *Rueda*. El piso, cercado de cañas, suele ser más elevado que el de los dos anteriores. En la parte superior y tocando casi al techo hay graderías para los espectadores ó jugadores, que vienen á ser lo mismo. Durante el combate se llenan estas graderías de hombres y niños que gritan, vociferan, sudan, riñen y blasfeman: por fortuna casi ninguna mujer se llega hasta allí. En la *Rueda* están los prohombres, los ricos, los famosos tahures, el contratista, el sentenciador. Sobre el suelo, apisonado perfectamente, luchan los animales, y desde allí distribuye el Destino á las familias risas ó lágrimas, festines ó hambre.

A la hora en que entramos vemos ya al Gobernadorcillo, á Cpn. Pablo, á Cpn. Basilio, á Lucas, el hombre de la cicatriz en la cara, que tanto sintiera la muerte de su hermano.

Cpn. Basilio se acerca á uno del pueblo y le pregunta:

— ¿Sabes qué gallo trae Cpn. Tiago?

— No lo sé, señor; esta mañana le han llegado dos, uno de ellos es el *lásak* que ganó al *talisain* del Consul.

— ¿Crees que mi *búlik* puede luchar con él?

— ¡Ya lo creo! ¡Pongo mi casa y mi camisa!

En aquel momento llegaba Cpn. Tiago. Vestía, como los grandes jugadores, camisa de lienzo Canton, pantalon de lana y sombrero de jipijapa. Detrás venían dos criados, llevando el *lásak* y un gallo blanco de colosales dimensiones.

— ¡Sinang me ha dicho que María va cada vez mejor! dice Cpn. Basilio.

— Ya no tiene fiebre, pero aún está débil.

— ¿Perdió V. anoche?

— Un poco; sé que V. ha ganado . . . voy á ver si me desquito.

— ¿Quiere V. jugar el *lásak*? pregunta Cpn. Basilio mirando el gallo, y pidiéndoselo al criado.

— Segun, si hay apuesta.

— ¿Cuánto pone V.?

— Menos de dos, no lo juego.

— ¿Ha visto V. mi búlik? pregunta Cpn. Basilio y llama á un hombre que trae un pequeño gallo.

Cpn. Tiago lo examina, y despues de pesarlo y analizar las escamas lo devuelve.

— ¿Cuánto pone V.? pregunta.

— Lo que V.

— ¿Dos y quinientos?

— ¿Tres?

— ¡Tres!

— ¡Para la siguiente!

El corrio de curiosos y jugadores esparce la noticia de que lucharian dos célebres gallos; ambos tenian su historia y su fama conquistada. Todos quieren ver, examinar las dos celebridades; se emiten opiniones, se profetiza.

Entretanto las voces crecen, aumenta la confusion, se invade la Rueda, las graderias se asaltan. Los *soldadores* llevan á la arena dos gallos, un blanco y un rojo, armados ya, pero las navajas están aún envainadas. Se oyen gritos ¡*al blanco!* *al blanco!* alguna que otra voz grita ¡*al rojo!* El blanco era el llamado y el rojo el *dejado*.

Entre la multitud circulan guardias civiles; no llevan el uniforme del benemérito cuerpo, pero tampoco van de paisano. Pantalón de guingon con franja roja, camisa manchada de azul de la blusa desteñida, gorra de cuartel, hé aqui el disfraz en armonía con su comportamiento: apuestan y vigilan, turban y hablan de mantener la paz.

Mientras se grita, se tienden las manos, agitando monedas y haciéndolas sonar; mientras se busca en los bolsillos la última moneda ó, á falta de ella, se quiere empeñar la palabra, prometiendo vender el carabao, la próxima cosecha etc., dos jóvenes, hermanos al parecer, siguen con ojos envidiosos á los jugadores, se acercan, murmuran tímidas palabras que nadie escucha, se ponen cada vez más sombríos y se miran entre sí con disgusto y despecho. Lucas los observa con disimulo, sonrie malignamente, hace sonar pesos de plata, pasa cerca de los dos hermanos, y mira hácia la *Rueda* gritando:

— ¡Pago cincuenta, cincuenta contra veinte por el blanco!  
Los dos hermanos cambian entre sí una mirada.

— Yo ya te decía, murmuraba el mayor, que no apostases todo el dinero; ¡si me hubieses obedecido tendríamos ahora para el rojo!

El menor se acerca tímidamente á Lucas y le toca del brazo.

— ¿Eres tú? exclama éste volviéndose y fingiendo sorpresa; ¿acepta tu hermano mi proposicion ó vienes á apostar?

— ¿Cómo quereis que apostemos si hemos perdido todo?

— ¿Entonces aceptais?

— ¡El no quiere! si pudieseis prestarnos algo, ya que decís que nos conoceis . . .

Lucas rascóse la cabeza, estiró su camisa y repuso:

— Sí que os conozco; sois Társilo y Bruno, jóvenes y fuertes. Sé que vuestro valiente padre murió de resultas de los cien azotes diarios, que le daban esos soldados; sé que no pensais vengarle . . .

— No os entrometais en nuestra historia, interrumpió Társilo, el mayor; eso trae desgracia. ¡Si no tuviéramos una hermana, ya haria tiempo que estariamos ahorcados!

— ¿Ahorcados? Sólo ahorcan al cobarde, al que no tiene dinero ni proteccion. Y de todos modos el monte está cerca.

— ¡Ciento contra veinte, voy al blanco! gritó uno al pasar.

— Prestadnos cuatro pesos . . . tres . . . dos, suplicó el más joven; luego le devolveremos el doble; la soltada va á empezar.

Lucas rascóse de nuevo la cabeza.

— ¡Tst! Este dinero no es mío, me lo ha dado D. Crisóstomo para los que le quieran servir. Pero veo que no sois como vuestro padre; aquel sí que era valiente; el que no lo es. que no busque diversiones.

Y se alejó de ellos aunque no mucho.

— Aceptemos ya ¿qué más da? dijo Bruno. Tanto vale ser ahorcado que morir fusilado: los pobres no servimos para otra cosa.

— Tienes razon, pero piensa en nuestra hermana.

Entre tanto el redondel se ha despejado, va á comenzar la lid. Las voces empiezan á callarse, y los dos soldadores y el perito atador de navajas se quedan en medio. A una señal del sentenciador, aquel desnuda los aceros, y brillan las finas hojas, amenazadoras, relucientes.

Los dos hermanos se acercan tristes y silenciosos al cerco y observan, apoyando la frente contra la caña. Un hombre se acerca y les dice al oido:

— ¡Pare! ciento contra diez, yo soy por el blanco!

Társilo le mira con aire tonto. Bruno le da un codazo al que responde con un gruñido.

Los soltadores tienen los gallos con delicadeza magistral, cuidando de no herirse. Reina un silencio solemne: creeriase que los presentes, menos los dos soltadores, eran horribles muñecos de cera. Acercan un gallo al otro, sujetándole la cabeza á uno para ser picoteado y se irrite, y viceversa: en todo duelo debe haber igualdad, lo mismo entre galos parisien-ses que entro gallos filipinos. Despues les hacen verse cara á cara, los acercan, con lo que los pobres animalitos saben quién les ha arrancado una plumita y con quién deben luchar. Erizase el plumaje del cuello, se miran con fijeza, y rayos de ira se escapan de sus redondos ojitos. Entonces ha llegado el momento: los depositan en tierra á cierta distancia y les dejan el campo libre.

Avanzan lentamente. Óyense sus pisadas sobre el duro suelo; nadie habla, nadie respira. Bajando y subiendo la cabeza como midiéndose con la mirada, los dos gallos murmuran sonidos, tal vez de amenaza ó desprecio. Han divisado la brillante hoja, que lanza frios y azulados reflejos; el peligro los anima y dirigen-se uno al otro decididos, pero á un paso de distancia se detienen, y con la mirada fija bajan la cabeza y vuelven á herizar sus plumas. En aquel momento el pequeño cerebro se baña en sangre, brota el rayo, y con su natural valor se lanzan impetuosamente el uno contra el otro; chocan entre sí pico contra pico, pecho contra pecho, acero contra acero y ala contra ala: los golpes se han parado con maestría, y sólo han caido algunas plumas. Vuelven á medirse de nuevo; de repente el blanco vuela, se eleva agitando la mortífera navaja, pero el rojo ha doblado las piernas, ha bajado la cabeza, y el blanco sólo ha azotado el aire; mas, al tocar el suelo, evitando ser herido de espaldas, vuélvese rápidamente y hace frente. Atácale el rojo con furia, pero se defiende con serenidad: no en vano era el favorito del público. Todos siguen trémulos y ansiosos las peripecias del combate, soltando alguno que otro involuntario grito. El suelo se va cubriendo de plumas rojas y blancas, tintas en sangre: pero no es á primera sangre el duelo; el filipino, siguiendo aquí las leyes dadas por el Gobierno, quiere que sea á muerte ó á quien huya el primero. La sangre riega el suelo ya, los golpes menudean, pero la victoria sigue indecisa. Por fin tentando un supremo esfuerzo, el blanco se arroja para dar el último golpe, clava su navaja en el ala del rojo



y se engancha entre los huesos; pero el blanco ha sido herido en el pecho, y ambos, desangrados, estenuados, jadeantes, unido el uno al otro, permanecen inmóviles hasta que el blanco cae, arroja sangre por el pico, patalea y agoniza; el rojo, sujeto del ala, se mantiene á su lado, poco á poco dobla sus piernas y cierra lentamente los ojos.

Entonces el sentenciador, de acuerdo con lo que prescribe el Gobierno, declara vencedor al rojo; una salvaje gritería saluda la sentencia, gritería que se oye en todo el pueblo, prolongada, uniforme y dura algun tiempo. El que lo oye de lejos comprende entonces que el que ha ganado es el *dejado*, de lo contrario el júbilo duraría menos. Tal sucede entre las naciones: una pequeña que consigue alcanzar una victoria sobre otra grande, la canta y la cuenta por siglos de los siglos.

— ¿Ves? dijo Bruno con despecho á su hermano, si me hubieses creído hoy tendríamos cien pesos: por tí estamos sin un cuarto.

Társilo no contestó, pero miró con ojos entornados al redor suyo y como buscando á alguien.

— Allá está hablando con Pedro, añade Bruno; le da dinero, ¡cuánto dinero!

En efecto Lucas contaba sobre la mano del marido de Sisa monedas de plata. Cámbianse aún algunas palabras en secreto y se separan al parecer satisfechos.

— Pedro habrá sido contratado: ¡ése, ése sí que es decidido! suspira Bruno.

Társilo permanece sombrío y pensativo; con la manga de la camisa se enjuga el sudor que corre de su frente.

— Hermano, dice Bruno, yo voy si tú no te decides; la *ley* continúa, el *lásak* debe ganar y no debemos perder ninguna ocasion. Quiero apostar en la soltada siguiente; ¿qué más da? Así vengamos al padre.

— ¡Espera! le dice Tárсило y le mira fijamente en los ojos — ambos estaban pálidos; — voy contigo, tienes razon: vengaremos al padre.

Se detiene sin embargo y vuelve á enjugarse el sudor.

— ¿En qué te paras? pregunta Bruno impaciente.

— ¿Sabes qué soltada sigue? vale la pena . . . ?

— ¡Pues no! ¿no lo has oído? El búlik de Cpn. Basilio contra el *lásak* de Cpn. Tiago; segun la ley del juego debe ganar el *lásak*.

— ¡Ah, el *lásak*! yo tambien apostaría . . . pero asegúremonos antes.

Bruno hace un gesto de impaciencia, pero sigue á su hermano y éste mira bien el gallo, le analiza, medita, reflexiona, hace algunas preguntas, el desgraciado duda; Bruno está nerviosa y le mira airado.

— Pero ¿no ves esa ancha escama que tiene allí cerca del espolon? no ves esas patas? qué más quieres? Mira esas piernas, extiende esas alas! Y esta escama partida encima de esta ancha, y esta doble?

Társilo no le oye, sigue examinando el animal: el ruido del oro y de la plata llegan á sus oídos.

— Veamos ahora el bulik, dice con voz ahogada.

Bruno golpea el suelo con el pié, hace crujir sus dientes pero obedece á su hermano.

Acércanse á otro grupo. Allí arman el gallo, escogen navajas, el atador prepara seda roja, lo encera y frota varias veces.

Társilo envuelve el animal con una mirada sombríamente impasible: parecía que no veía el gallo sino otra cosa en el porvenir. Se pasa la mano por la frente y,

— ¿Estás dispuesto? pregunta á su hermano con voz sorda.

— ¿Yo? desde antes; sin necesidad de verlos!

— Es que . . . nuestra pobre hermana . . .

— ¡Abá! ¿No te han dicho que el gefe es D. Crisóstomo? no le has visto pasearse con el Capitan General? Qué peligro corremos?

— ¿Y si morimos?

— ¿Qué más da? Nuestro padre murió apaleado.

— ¡Tienes razon!

Ambos hermanos buscan á Lucas entre los grupos.

Tan pronto como le divisan, Társilo se detiene.

— ¡No! vámonos de aquí, nos vamos á perder! exclama.

— ¡Vete si quieres, yo acepto!

— ¡Bruno!

Desgraciadamente un hombre se acerca y les dice:

— ¿Apostais? Yo soy por el bulik.

Los dos hermanos no contestan.

— ¡Logro!

— ¿Cuánto? pregunta Bruno.

Púsose el hombre á contar sus monedas de cuatro pesos: Bruno le miraba sin respirar.

— ¡Tengo doscientos; cincuenta contra cuarenta!

— ¡No! dice Bruno resuelto; poned . . .

— ¡Bueno! cincuenta contra treinta!

— ¡Doblad si quereis!

— ¡Bien! el búlik es de mi patron y acabo de ganar; ciento contra sesenta.

— ¡Trato hecho! Esperad que saque dinero.

— Pero yo seré el depositario, dice el otro no confiando mucho en las trazas de Bruno.

— ¡Me es igual! responde éste que confía en sus puños. Y volviéndose á su hermano le dice:

— Si te quedas, yo me voy.

Társilo reflexionó: amaba á su hermano y el juego. No podía dejarle solo y murmuró: ¡Sea!

Acercáronse á Lucas: éste les vió venir y se sonrió.

— ¡*Mamá!* dice Társilo.

— ¿Qué hay?

— ¿Cuánto dais? preguntan los dos.

— Ya lo he dicho: si os encargais de buscar otros para sorprender el cuartel, os doy treinta pesos á cada uno, y diez á cada compañero. Si todo sale bien, recibirá ciento cada uno, y vosotros el doble: D. Crisóstomo es rico.

— ¡Aceptado! exclamó Bruno; venga el dinero.

— ¡Ya sabia yo que érais valientes como vuestro padre! Venid, que no nos oigan esos que le mataron! dijo Lucas señalando á los guardias civiles.

Y llevándolos á un rincon, les dice mientras les cuenta las monedas:

— Mañana llega D. Crisóstomo y trae armas; pasado mañana, á la noche, cerca de las ocho, id al cementerio y os diré sus últimas disposiciones. Teneis tiempo de buscar compañeros.

Despidiéronse. Los dos hermanos parecían haber cambiado de papel: Társilo estaba tranquilo, Bruno pálido.

---

## XLVII.

### LAS DOS SEÑORAS.

Mientras Cpn. Tiago jugaba su lásak, Da. Victorina daba un paseo por el pueblo, con la intencion de ver cómo tenían los indolentes indios sus casas y sementeras. Se había vestido lo más elegantemente que podía, poniéndose sobre la bata de seda todas sus cintas y flores, para imponer á los provincianos y hacerles ver cuánta distancia mediaba entre ellos y su sagrada persona, y dando el brazo á su marido cojo se pavoneó

por las calles del pueblo, entre la estupefaccion y la estrañeza de los habitantes. El primo Linares se había quedado en casa.

— ¡Qué feas casas tienen estos indios! empezó Da. Victorina haciendo una mueca; yo no sé como pueden vivir allí: se necesita ser indio. Y ¡qué mal educados son y qué orgullosos! Se encuentran con nosotros y no se descubren! Pégalos en el sombrero como hacen los curas y los tenientes de la Guardia Civil; enséñales urbanidad.

— Y ¿si me pegan? pregunta el Dr. De Espadaña.

— ¡Para eso eres hombre!

— ¡Pe . . . pero estoy cojo!

Da. Victorina se iba poniendo de mal humor: las calles no estaban adoquinadas, y la cola de su bata se llenaba de polvo. Encontrábase además con muchas jóvenes que, al pasar á su lado, bajaban los ojos y no admiraban, como debían, su lujoso traje. El cochero de Sinang, que conducía á ésta y á su prima en un elegante *tres-por-ciento*, tuvo la desfachatez de gritarle ¡*tabí!* con voz tan imponente, que ella tuvo que apartarse y sólo pudo protestar: — ¡Mírale al bruto del cochero! Le voy á decir á su amo que eduque mejor á sus criados.

— ¡Volvámonos á casa! mandó á su marido.

Este, que temía una tormenta, giró sobre su muleta obedeciendo al mandato.

Encontráronse con el alférez, saludáronse y esto aumentó el descontento de Da. Victorina: el militar no sólo no le hizo ningun cumplido por su traje sino que casi lo examinó con burla.

— Tú no debías darle la mano á un simple alférez, dijo á su marido al alejarse aquel; él apenas tocó su capacete y tú te quitaste el sombrero; no sabes guardar el rango!

— ¡El es gefe a . . . aquí!

— Y ¿qué nos importa? Somos acaso indios?

— ¡Tienes razon! contestó él que no quería reñir.

Pasaron delante de la casa del militar. Da. Consolacion estaba en la ventana, como de costumbre, vestida de franela y fumando su puro. Como la casa era baja, se miraron y Da. Victorina la distinguió bien: la Musa de la Guardia Civil la examinaba tranquilamente de piés á cabeza, y despues, sacando el labio inferior hácia delante, escupió volviendo la cara á otro lado. Esto acabó con la paciencia de Da. Victorina, y dejando á su marido sin apoyo, se cuadró enfrente de la alféreza, temblando de ira y sin poder hablar. Da. Consolacion volvió lentamente la cabeza, la examina de nuevo tranquilamente y escupe otra vez pero con mayor desden.

— ¿Qué tiene V., Doña? pregunta.

— ¿Puede V. decirme, ¡Señora! porqué me mira V. así? Tiene V. envidia? consigue al fin hablar Da. Victorina.

— ¿Yo, envidia yo, y de V.? dice con sorna la Medusa; sí! le envidio esos rizos!

— ¡Ven, mujer! dice el doctor; no le hagas ca . . . caso!

— ¡Deja que le dé una leccion á esta ordinaria sin vergüenza! contesta la mujer dándole un empellon á su marido que por poco besa el suelo, y volviéndose á Da. Consolacion,

— ¡Mire V. con quien se trata! dice; no crea V. que soy una provinciana ó una querida de soldados! En mi casa, en Manila, no entran los alféreces; se esperan en la puerta.

— ¡Hola, Excelentísima Señora Puput! no entrarán los alféreces pero sí los inválidos, como ése, ¡ja! ja! ja!

A no haber sido por los coloretos, se habría visto á Da. Victorina ruborizarse: quiso asaltar á su enemiga, pero el centinela la detuvo. Entretanto la calle se llenaba de curiosos.

— ¡Oiga V., me rebajo hablando con V.; las personas de categoría . . . ¿Quiere V. lavar mi ropa, la pagaré bien! Cree V. que no sé yo que V. era lavandera!

Da. Consolacion se irguió furiosa: lo de la lavada la hirió.

— ¿Cree V. que no sabemos quién es y qué gente trae? Vaya! ya me lo ha dicho mi marido! Señora, yo al menos no he pertenecido más que á uno, pero y V.? Se necesita morir de hambre para cargar con el sobrante, el trapo de todo el mundo.

El tiro le dió en la cabeza á Da. Victorina; remangóse, cerró los puños y apretando los dientes empezó á decir:

— ¡Baje V., vieja cochina, que le voy á machacar esa sucia boca! ¡Querida de un batallon, ramera de nacimiento!

La Medusa desapareció rápidamente de la ventana, pronto se la vió bajar corriendo, agitando el látigo de su marido.

Suplicante se interpuso D. Tiburcio, pero se habrian venido á las manos si no hubiese llegado el alférez.

— Pero ¡señoras . . . D. Tiburcio!

— ¡Eduquéla V. mejor á su mujer, cómprele mejores vestidos y si no tiene dinero, robe V. á los del pueblo que para eso tiene V. soldados! gritaba Da. Victorina.

— ¡Aquí estoy, señora! por que no me machaca V. E. la boca? ¡V. no tiene más que lengua y saliva, Doña Excelencias!

— ¡Señora! decía el alférez furioso; dé V. gracias que yo me acuerde de que es V. mujer, que sino la reventaba á puntapiés con todos sus rizos y cintajos!

— ¡Se . . . señor alférez!

— ¡Ande V., matasanos! V. no lleva pantalones, Juan Lanás!

Armóse una de palabras y gestos, una de gritos, insultos é injurias; sacáronse todo lo súcio que guardaban en sus arcas, y como hablaban cuatro á la vez y decían tantas cosas, que desprestigian á ciertas clases, sacando á relucir muchas verdades, renunciámos aquí á escribir cuanto se dijeron. Los curiosos, si bien no entendían todo lo que se decían, divertíanse no poco y esperaban que llegasen á las manos. Desgraciadamente vino el cura y puso paz.

— ¡Señores, señoras! qué vergüenza! Señor alférez!

— ¿Qué se mete V. aquí, hipócrita, carliston?

— D. Tiburcio, llévase V. á su señora! Señora, contenga V. su lengua!

— ¡Eso digáselo V. á esos róba-pobres!

Poco á poco se agotó el diccionario de epítetos, terminó la reseña de las desvergüenzas de cada pareja y, amenazándose é insultándose, se fueron separando poco á poco. Fr. Salvi iba de una parte á otra animando el espectáculo, ¡si nuestro amigo, el Corresponsal, hubiese estado presente . . . !

— ¡Hoy mismo nos vamos á Manila y nos presentamos al Capitan General! decía furiosa Da. Victorina á su marido. Tú no eres hombre; ¡lástima de pantalones que gastas!

— Pe . . . pero, mujer, y ¿los guardias? yo estoy cojo!

— Debes desafiarme á pistola ó á sable, ó sino . . . sino . . .

Y Da. Victorina le miró en la dentadura.

— ¡Hija, no he cogido nunca . . .

Da. Victorina no le dejó concluir: con un sublime movimiento le arrancó la dentadura en medio de la calle y la pisoteó. El, medio llorando, y ella echando chispas, llegaron á casa. Linares estaba en aquel momento hablando con María Clara, Sinang y Victoria, y como no había sabido nada de la discordia, se inquietó no poco al ver á sus primos. María Clara, que estaba recostada en un sillón entre almohadas y mantas, se sorprendió no poco al ver la nueva fisonomía de su doctor.

— Primo, dice Da. Victorina, tú le desafías ahora mismo al alférez ó sino . . .

— Y ¿por qué? pregunta Linares sorprendido.

— Le desafías ahora mismo ó sino digo aquí á todos quién eres tú.

— Pero ¡Da. Victorina!

Las tres amigas se miran.

— ¿Te parece! El alférez nos ha insultado y ha dicho

que tú eres lo que eres! La vieja bruja ha bajado con látigo, y éste, éste se ha dejado insultar . . . ¡un hombre!

— ¡Abá! dijo Sinang, se han peleado y no lo hemos visto!

— ¡El alferez le rompió los dientes al doctor! añadió Victoria.

— Hoy mismo nos vamos á Manila; tú, te quedas aquí á desafiarle, y sino le digo á D. Santiago que es mentira cuanto le has contado, le digo . . .

— ¡Pero, Da. Victorina, Da. Victorina! interrumpe pálido Linares acercándose á ella, cálmese V.; no me haga V. recordar . . . — y añadió en voz baja: No sea V. imprudente, precisamente ahora.

A la sazón que pasaba esto llegaba Cpn. Tiago de la gallera, triste y suspirando: había perdido su lásak.

No le dejó tiempo Da. Victorina de suspirar; en pocas palabras y muchos insultos le contó cuanto había pasado, se entiendo, procurando ponerse en buena luz.

— Linares le va á desafiar, ¿oye V.? Si no, no le deje V. que se case con su hija, no lo permita V.! Si no tiene valor, no merece á Clarita.

— ¿Con que te casas con ese señor? pregunta Sinang cuyos alégres ojos se llenaron de lágrimas; yo sabía que eras discreta, pero no voluble.

María Clara, pálida como la cera, medio se incorpora y mira con espantados ojos á su padre, á Da. Victorina y á Linares. Este se ruboriza, Cpn. Tiago baja los ojos y la señora añade:

— Clarita, tenlo presente; no te cases nunca con un hombre que no lleve pantalones; te espones á que te insulten hasta los perros.

Pero la joven no contestó y dijo á sus amigas:

— Conducidme á mi cuarto que no puedo andar sola.

Ayudáronla á levantarse; y rodeada su cintura con los redondos brazos de sus amigas, apoyada la marmórea cabeza sobre el hombro de la hermosa Victoria, entró la joven en su alcoba.

Aquella misma noche recogieron ambos cónyuges sus cosas, pasaron la cuenta á Cpn. Tiago, la cual ascendió á algunos miles, y al día siguiente muy temprano partían para Manila en el coche de éste. Al vergonzoso Linares le cometieron el papel de vengador.

---

XLVIII.

EL ENIGMA.

Volverán las oscuras golondrinas . . . (Becquer).

Como había anunciado Lucas, Ibarra llegó al día siguiente. Su primera visita fué para la familia de Cpn. Tiago con el objeto de ver á María Clara y referir que Su Ilustrísima ya le había reconciliado con la Religión: traía una carta de recomendación para el cura, escrita del puño mismo del Arzobispo. No poco se alegró de ello tía Isabel, que quería al joven y no veía con tan buenos ojos el casamiento de su sobrina con Linares. Cpn. Tiago no estaba en casa.

— Pase V., decía la tía en su medio castellano; María, D. Crisóstomo está otra vez en gracia de Dios; el Arzobispo le ha *descomulgado*.

Pero el joven no pudo avanzar, la sonrisa se heló en sus labios y la palabra huyó de su memoria. Junto al balcón, de pié, al lado de María Clara estaba Linares, tejiendo ramilletes con las flores y las hojas de las enredaderas; en el suelo yacían esparcidas rosas y sampagas. María Clara, recostada en su sillón, pálida, pensativa, la mirada triste, jugaba con un abanico de marfil, no tan blanco como sus afilados dedos.

A la presencia de Ibarra, Linares se puso pálido y los mejillas de María Clara se tiñeron de carmin. Trató de levantarse pero, faltándole las fuerzas, bajó los ojos y dejó caer el abanico.

Un embarazoso silencio reinó por algunos segundos. Al fin Ibarra pudo adelantarse y murmurar tembloroso:

— Acabo de llegar y he venido corriendo para verte . . . Hallo que estás mejor de lo que yo creía.

María Clara parecía que se había vuelto muda; no profería una palabra y continuaba con los ojos bajos.

Ibarra miró á Linares de piés á cabeza, mirada que el vergonzoso joven sostuvo con altivez.

— Vamos, veo que mi llegada no era esperada, repuso lentamente; María, perdóname que no me haya hecho anunciar; otro día podré darte esplicaciones sobre mi conducta . . . todavía nos veremos . . . con seguridad.

Estas últimas palabras fueron acompañadas de una mirada para Linares. La joven levantó hácia él los hermosos ojos, llenos de pureza y melancolía, tan suplicantes y elocuentes que Ibarra se detuvo confuso

— ¿Podré venir mañana?



— Sabes que para mi siempre eres bien venido, contestó ella apenas.

Ibarra se alejó tranquilo en apariencia pero con una tempestad en la cabeza y el frío en el corazón. Lo que acababa de ver y de sentir era incomprendible: ¿qué era aquello, duda, desamor, traición?

— ¡Oh, mujer al fin! murmuraba.

Llegó, sin notarlo, al sitio donde se construía la escuela. Las obras estaban muy adelantadas; Nor Juan con su metro y su plomada iba y venía entre los numerosos trabajadores. Al verle corrió á su encuentro

— D. Crisóstomo, dijo, al fin ha llegado V.; todos le esperábamos; mire V. como están los muros: ya tienen un metro diez de alto; dentro de dos días tendrán la altura de un hombre. No he admitido más que molave, duñgon, ipil, lañgil; he pedido tındalo, malatapay, pino y narra para las obras muertas. ¿Quiere V. visitar los subterráneos?

Los trabajadores saludaban respetuosos.

— ¡Aquí está la canalización que me he permitido añadir, decía Nor Juan; estos canales subterráneos conducen á una especie de depósito que hay á treinta pasos. Servirá para el abono del jardín; de esto no había en el plano. ¿Le disgusta á V.?

— Todo lo contrario, lo apruebo y le felicito por su idea; V. es un verdadero arquitecto: ¿con quién aprendió V.?

— Conmigo, señor, contestaba el viejo modestamente.

— Ah! antes que se me olvide: que sepan los escrupulosos (por si alguno teme hablar conmigo) que ya no estoy excomulgado; el Arzobispo me ha invitado á comer.

— ¡Abá, señor, no hacemos caso de las excomuniones! Todos estamos ya excomulgados; el mismo P. Dámaso lo está y sin embargo sigue tan gordo.

— ¿Cómo?

— Ya lo creo; hace un año dió un bastonazo al coadjutor y el coadjutor es tan sacerdote como él. ¿Quién hace caso de excomuniones, señor?

Ibarra divisó á Elías entre los trabajadores; éste le saludó como los demás, pero con una mirada le dió á entender que tenía que decirle.

— Nor Juan, dijo Ibarra; ¿quiere V. traerme la lista de los trabajadores?

Nor Juan desapareció, é Ibarra se acercó á Elías que levantaba solo una gruesa piedra y lo cargaba en un carro.

— Si me podeis conceder, señor, algunas horas de conversacion, paseaos luego la tarde á orillas del lago y embar-

caos en mi banca, pues tengo que hablaros de graves asuntos, dijo Elías alejándose despues de ver el movimiento de cabeza del joven.

Nor Juan trajo la lista, pero en vano la leyó Ibarra; el nombre de Elías no figuraba allí.

---

XLIX.

LA VOZ DE LOS PERSEGUIDOS.

Antes de ocultarse el sol, ponía Ibarra el pié en la banca de Elías á la orilla del lago. El joven parecia contrariado.

— Perdonad, señor, dijo Elías con cierta tristeza al verle; perdonad que me haya atrevido á daros esta cita; queria hablaros en libertad y aquí no tendremos testigos: dentro de una hora podemos volver.

— Os equivocais, amigo Elías, contestó Ibarra procurando sonreir; me teneis que conducir á ese pueblo cuyo campanario vemos desde aquí. La fatalidad me obliga á ello.

— ¿La fatalidad?

— Sí; figuraos que al venir me encuentro con el alférez, que se esfuerza en ofrecerme su compañía; yo que pensaba en vos y sabía que os conocía, para alejarle le he dicho que me iba á ese pueblo, en donde tendré que estar todo el día, pues el hombre me quiere buscar mañana á la tarde.

— Os agradezco esta atencion, pero le hubiérais dicho sencillamente que os acompañára, contestó Elías con naturalidad.

— ¿Cómo? y vos?

— No me habría reconocido, pues la única vez que me vió no podía pensar en hacer mi filiacion.

— ¡Estoy de malas! suspiró Ibarra pensando en María Clara. ¿Qué teniais que decirme?

Elías miró al rededor suyo. Estaban ya lejos de la orilla; el sol se había ocultado y, como en estas latitudes el crepúsculo apenas dura, comenzaban las sombras á estenderse, y hacian brillar el disco de la luna en su lleno.

— Señor, repuso Elías con voz grave, soy portador de los deseos de muchos desgraciados.

— ¿De los desgraciados? Qué quereis decir?

Elías le refirió en pocas palabras la conversacion que

habia tenido con el gefe de los tulisanes, omitiendo las dudas que éste abrigaba y sus amenazas. Ibarra le escuchaba atentamente, y cuando Elías concluyó su relato, reinó un largo silencio, que Ibarra fué el primero en romper:

— ¿De modo que desean . . . ?

— Reformas radicales en la fuerza armada, en los sacerdotes, en la administracion de justicia, es decir, piden una mirada paternal por parte del Gobierno.

— Reformas, ¿en qué sentido?

— Por ejemplo: más respeto á la dignidad humana, más seguridades al individuo, menos fuerza á la fuerza ya armada, menos privilegios para este cuerpo que fácilmente abusa de ellos.

— Elías, contestó el joven, yo no sé quién sois, pero adivino que no sois un hombre vulgar: pensais y obrais de otra manera que los otros. Vos me comprendereis, si os digo que si bien el estado actual de las cosas es defectuoso, más lo seria si se cambiase. Yo podria hacer hablar á los amigos que tengo en Madrid, *pagándolos*, podria hablar al Capitan General, pero ni aquellos conseguirian nada, ni éste tiene tanto poder para introducir tantas novedades, ni yo daria jamás un paso en este sentido, porque comprendo muy bien que si es verdad que estas Corporaciones tienen sus defectos, son ahora necesarias, son lo que se llama un mal necesario.

Elías, muy sorprendido, levantó la cabeza y le miró atónito.

— ¿Creeis vos tambien, señor, en el mal necesario? preguntó con voz ligeramente temblorosa; ¿creeis que para hacer el bien se necesita hacer el mal?

— No; creo en él como en un remedio violento de que nos valemos cuando queremos curar una enfermedad. Ahora bien, el pais es un organismo que padece una enfermedad crónica, y para sanarle, el Gobierno se vé precisado de usar medios, duros y violentos si quereis, pero útiles y necesarios.

— Mal médico es, señor, aquel que sólo busca corregir los sintomas y sofocarlos, sin tratar de indagar el origen del mal, ó conociéndolo, teme atacarlo. La Guardia Civil tiene no más que este fin: represion del crimen por el terror y la fuerza, fin que no se llena ni se cumple más que por casualidad. Y, hay que tener en cuenta que la sociedad sólo puede ser severa con los individuos, cuando les ha suministrado los medios necesarios para su perfectibilidad moral. En nuestro pais, como no hay sociedad, pues no forman una unidad el pueblo y el gobierno, éste debe ser indulgente, no sólo porque necesita indulgencia, sino porque el individuo, descuidado

y abandonado por él, tiene menos responsabilidad por lo mismo que ha recibido menos luces. Además, siguiendo vuestra comparación, el tratamiento que se aplica á los males del país, es tan destructor que sólo se deja sentir en el organismo sano, cuya vitalidad debilita y prepara al mal. ¿No sería más razonable fortalecer el organismo enfermo y minorar un poco la violencia del medicamento?

— Debilitar á la Guardia Civil sería poner en peligro la seguridad de los pueblos.

— ¡La seguridad de los pueblos! exclamó Elías con amargura. Pronto hará quince años que estos pueblos tienen su Guardia Civil y ved: aún tenemos tulisanes, aún oímos que se saquean pueblos, aún se ataja en los caminos; los robos continúan y no se averiguan los autores; el crimen existe y vaga libre el verdadero criminal, pero no así el pacífico habitante del pueblo. Preguntad á cada honrado vecino si mira esta institucion como un bien, una proteccion del Gobierno y no como una imposicion, un despotismo cuyas demasias hieren más que las violencias de los criminales. Estas suelen ser en verdad grandes, pero raras, y contra ellas está uno facultado para defenderse; contra las vejaciones de la fuerza legal no se permite ni la protesta, y si no son tan grandes, son sin embargo continuas y sancionadas. ¿Qué efecto produce esta institucion en la vida de nuestros pueblos? Paraliza las comunicaciones, porque todos temen ser maltratados por fútiles causas; se fija más en formalidades que no en el fondo de las cosas, primer sintoma de la incapacidad; porque uno se ha olvidado su cédula ha de ser maniatado y maltratado, no importa si es una persona decente y bien considerada; los gefes tienen por primer deber el hacerse saludar de grado ó por fuerza, aun en la oscuridad de la noche, en lo que les imitan los inferiores para maltratar y despojar á los campesinos, y pretextos no les faltan; no existe el sagrado del hogar: hace poco en Calamba asaltaron, pasando por la ventana, la casa de un pacífico habitante á quien el gefe debía, y favores; no hay la seguridad del individuo: cuando necesitan limpiar el cuartel ó la casa, salen y prenden á todo el que no se resiste para hacerle trabajar durante el día; ¿quereis más? durante estas fiestas han continuado los juegos prohibidos, pero han turbado brutalmente los regocijos permitidos por la autoridad; visteis qué pensaba el pueblo acerca de ellos, ¿qué ha sacado con deponer sus iras y esperar en la justicia de los hombres? ¡Ah, señor, si á esto llamais conservar el orden . . . !

— Convengo en que hay males, replicó Ibarra, pero aceptemos estos males por los bienes que los acompañan. Esta institucion puede ser imperfecta, pero, creedlo, impide por el terror que inspiran el que el número de los criminales aumente.

— Decid más bien que por este terror aumenta el número, rectificó Elías. Antes de la creacion de este cuerpo, todos los malhechores casi, con escepcion de muy pocos, eran criminales por el hambre; pillaban y robaban para vivir, pero pasaba la carestía, y los caminos se veian otra vez libres; bastaban para ahuyentarlos con sus imperfectas armas los pobres pero valientes cuadrilleros, los tan calumniados por los que han escrito sobre nuestro país, los que tienen por derecho el morir, por deber el luchar, y por recompensa la burla. Ahora hay tulisanes, y son para toda su vida. Una falta, un crimen inhumanamente castigado, la resistencia contra las demasías de este poder, el temor á atroces suplicios los arrojan para siempre de la sociedad y los condenan á matar ó á morir. El terrorismo de la Guardia Civil les cierra las puertas del arrepentimiento, y como un tulisan lucha y se defiende en la montaña mejor que un soldado de quien se burla, resulta que no somos capaces de extinguir el mal que hemos creado. Acordaos de lo que ha hecho la prudencia del Capitan General, De la Torre: el indulto, concedido por él á esos infelices, ha probado que en esos montes late aún el corazon del hombre y sólo espera el perdon. El terrorismo es útil cuando el pueblo es esclavo, cuando el monte no tiene cavernas, cuando el poder pone apostado detrás de cada arbol un centinela y cuando en el cuerpo del esclavo sólo hay estómago y tripas; pero, cuando el desesperado que lucha por la vida siente su brazo fuerte, latir su corazon y su sér llenarse de bilis, ¿podrá el terrorismo apagar el incendio al que libra combustibles?

— Me confundís, Elías, al oiros hablar así; creería que teneis razon si no tuviese yo mis propias convicciones. Pero notad un hecho, — no os deis por ofendido pues os excluyo y os miro como una escepcion; — ved quiénes son los que piden esa reforma! Casi todos criminales ó gentes que están para serlo!

— Criminales ó futuros criminales, pero ¿por qué lo son? Porque se les ha turbado la paz, arrancado la felicidad, herido en sus más caras afecciones, y al pedir proteccion á la Justicia, se han convencido de que sólo la podian esperar de sí mismos. Pero os equivocais, señor, si creéis que sólo la piden los cri-

minales; id de pueblo en pueblo, de casa en casa; escuchad los secretos suspiros de las familias y os convencereis de que los males que la Guardia civil corrige, son iguales, si no menores, á los que ella continuamente causa. ¿Deduciríamos por esto de que son criminales todos los vecinos? entonces ¿para qué defenderlos de los otros? por qué no destruirlos á todos?

— Algun error existe aquí que se me escapa ahora, algun error en la teoría que deshace la práctica, pues en España, en la Madre-Patria, este cuerpo presta y ha prestado muy grandes utilidades.

— No lo dudo: quizás esté allá mejor organizado, el peronal más selecto; acaso tambien porque España lo necesite, pero no Filipinas. Nuestras costumbres, nuestro modo de ser, que siempre se invocan cuando se nos quiere negar un derecho, se olvidan totalmente cuando algo se nos quiere imponer. Y decidme, señor; ¿por qué no han adoptado esta institucion las otras naciones, que por su vecindad á España debían parecersele más que Filipinas? Será por esto que tienen aún menos robos en sus ferro-carriles, menos motines, menos asesinatos y se dan menos puñaladas en sus grandes capitales?

Ibarra bajó la cabeza como meditando, después la levantó y contestó:

— Esta cuestion, amigo mío, necesita un serio estudio; si mis indagaciones me dicen que esas quejas están fundadas, escribiré á mis amigos de Madrid, puesto que no tenemos diputados. Entretanto, creed que el Gobierno necesita de un cuerpo, que tenga fuerza ilimitada, para hacerse respetar, y autoridad para imponer.

— Eso, señor, cuando el Gobierno está en guerra con el pais; pero para bien del Gobierno, no debemos hacer creer al pueblo de que está en oposicion contra el Poder. Mas, si así fuese, si preferimos la fuerza al prestigio, debíamos mirar bien á quién damos esta fuerza ilimitada, esta autoridad. Tanta fuerza en manos de hombres, y hombres ignorantes, llenos de pasiones, sin educacion moral, sin honradez probada, es un arma en manos de un loco entre una multitud inerme. Concedo y quiero creer con vos que el Gobierno necesita este brazo, pues que escoja bien su brazo, que escoja los más dignos; y puesto que prefiere darse autoridad á que el pueblo se la conceda, al menos que haga ver que sabe dársela.

Elias hablaba con pasion, con entusiasmo; sus ojos brillaban y el timbre de su voz resonaba vibrante. Siguió una solemne pausa: la banca, no impelida por el remo, parecia mantenerse

tranquila sobre las aguas; la luna replandecía magestuosa en un cielo de zafir; algunas luces brillaban á lo lejos en la ribera.

— Y ¿qué más piden? preguntó Ibarra.

— Reforma del sacerdocio, respondió con voz desalentada y triste Elias; los desgraciados piden más proteccion contra . . .

— ¿Contra las Órdenes religiosas?

— Contra sus opresores, señor.

— ¿Habrá olvidado Filipinas lo que á estas Órdenes debe? habrá olvidado la inmensa deuda de gratitud á los que los han sacado del error para darles la fé, á los que los han amparado contra las tiranías del poder civil? ¡Hé aquí el mal de no enseñarse la historia patria!

Elias, sorprendido, apenas podía dar crédito á lo que oía.

— Señor, repuso con voz grave; acusais de ingratitud al pueblo, permitid que yo, uno del pueblo que sufre, lo defienda. Los favores que se hacen, para que tengan derecho al reconocimiento, necesitan ser desinteresados. Hagamos caso omiso de la mision, de la caridad cristiana, tan manoseada; prescindamos de la Historia, no preguntemos qué ha hecho España del pueblo judío, que ha dado á toda Europa, un libro, una religion y un Dios; qué ha hecho del pueblo árabe que le ha dado cultura, ha sido tolerante con su religion y ha despertado su amor propio nacional, aletargado, destruido casi durante la dominacion romana y goda. ¿Decis que nos han dado la fé y nos han sacado del error; ¿llamais fé á esas prácticas exteriores, religion á ese comercio de correas y escapularios, verdad á esos milagros y cuentos que oimos todos los días? Es ésta la ley de Jesucristo? Para esto no necesitaba un Dios dejarse crucificar ni nosotros obligarnos á una gratitud eterna: la supersticion existia mucho antes, sólo necesitaba perfeccionarla, y subir el precio de las mercancías. Me direis, que por imperfecta que fuese nuestra religion de ahora, es preferible á la que teniamos; lo creo y convengo en ello, pero es demasiado cara pues por ella hemos renunciado á nuestra nacionalidad, á nuestra independendencia; por ella hemos dado á sus sacerdotes nuestros mejores pueblos, nuestros campos y damos aún nuestras economías con la compra de objetos religiosos. Se nos ha introducido un artículo de industria estrangera, lo pagamos bien y estamos en paz. Si me hablais de la proteccion dada contra los encomenderos, os podria contestar que por ellos caimos bajo el poder de estos encomenderos; pero no, reconozco que una verdadera fé y un verdadero amor á

la Humanidad guiaban á los primeros misioneros que vinieron á nuestras playas; reconozco la deuda de gratitud hácia aquellos nobles corazones; sé que la España de entonces abundaba en héroes de todas clases así en lo religioso, como en lo político, en lo civil y en lo militar. Pero porque los antepasados fueron virtuosos, ¿consentiríamos el abuso en sus degenerados descendientes? Porque se nos ha hecho un gran bien, ¿seríamos culpables por impedir que nos hagan un mal? El país no pide la abolicion, sólo pide reformas que exigen las nuevas circunstancias y las nuevas necesidades.

— Yo amo á nuestra patria como la podeis amar vos, Elías; comprendo algo lo que desea, he oido con atencion lo que dijisteis y con todo, amigo mío, creo que vemos un poco con los ojos de la pasion: aquí menos que en otra parte veo la necesidad de las reformas.

— ¿Será posible, señor? preguntó Elías estendiendo con desaliento las manos; ¿no veis la necesidad de reformas, vos cuyas desgracias de familia . . .

— ¡Ah, yo me olvido de mí y olvido mis propios males ante la seguridad de Filipinas, ante los intereses de España! interrumpió vivamente Ibarra. Para conservar á Filipinas es menester que continúen como son los frailes, y en la union con España está el bien de nuestro país.

Ibarra había concluido ya de hablar, y Elías escuchaba aún; su fisonomía estaba triste, sus ojos han perdido su brillo.

— Los misioneros han conquistado el país, es verdad, repuso; ¿creéis que por los frailes se conservará Filipinas?

— Sí, sólo por ellos, así lo creen cuantos han escrito sobre Filipinas.

— ¡Oh! exclamó Elías arrojando con desaliento el remo en la banca; no creía que tuvieseis tan pobre idea del Gobierno y del país. ¿Por qué no despreciais á uno y otro? qué diriais de una familia que sólo vive en paz por la intervencion de una estraña? ¡Un país que obedece porque se le engaña, un gobierno que manda porque se vale del engaño, un gobierno que no sabe hacerse amar ni respetar por sí mismo! Perdonad, señor, pero creo que vuestro Gobierno es torpe y suicida cuando se alegra de que tal se crea! Os doy gracias por vuestra amabilidad ¿á dónde quereis que os conduzca ahora?

— No, repuso Ibarra; discutamos, es menester saber quién tiene la razon en materia tan importante.

— Perdonad, señor, contestó Elías sacudiendo la cabeza; no soy bastante elocuente para convenceros; si bien he tenido alguna educacion, soy un indio, mi existencia



para vos es dudosa, y mis palabra os parecerán siempre sospechosas. Los que han espresado la opinion contraria son españoles, y como tales, aunque digan trivialidades ó simplezas, el tono, los titulos y el origen las consagran, les dan tal autoridad que desisto para siempre de combatirlos. Ademas, cuando veo que vos que amais vuestro pais, vos cuyo padre descansa debajo de estas tranquilas olas, vos que os habeis visto provocado, insultado y perseguido, conservais tales opiniones apesar de todo y de vuestra ilustracion, empiezo á dudar de mis convicciones y admito la posibilidad de que el pueblo se equivoca. He de decir á esos desgraciados que han puesto su confianza en los hombres, que la pongan en Dios ó en sus brazos. Os doy de nuevo las gracias y mandad á donde os debo conducir.

— Elias, vuestras amargas palabras llegan hasta mi corazon y me hacen tambien dudar. ¿Qué quereis? No me he educado en medio del pueblo, cuyas necesidades desconozco tal vez; he pasado mi niñez en el colegio de los jesuitas, he crecido en Europa, me he formado en los libros y he leido sólo lo que los hombres han podido traer á la luz: lo que permanece entre las sombras, lo que no dicen los escritores, eso lo ignoro. Con todo, amo como vos nuestra patria, no sólo porque es deber de todo hombre amar el país á quien debe el sér y á quien deberá acaso el último asilo; no sólo porque mi padre me lo ha enseñado así, porque mi madre era india, y porque todos mis más hermosos recuerdos viven en él, le amo ademas porque le debo y le deberé mi felicidad!

— Y yo porque le debo mi desgracia, murmuró Elias.

— Sí, amigo mio, sé que sufris, sois desgraciado, y esto os hace ver oscuro el porvenir é influye en vuestra manera de pensar; por esto escucho con cierta prevencion vuestras quejas. Si pudiese yo apreciar los motivos, parte de ese pasado . . .

— Mis desgracias reconocen otro origen; si supiese que iban á ser de alguna utilidad, os las referiria, pues aparte de que no hago de ellas ningun misterio, son bastante conocidas de muchos.

— Acaso el saberlas rectifique mis juicios; sabeis que desconfio mucho de las teorías, me guio más por los hechos.

Elias permaneció pensativo algunos instantes.

— Si es así, señor, repuso os referiré brevemente su historia.

L.

LA FAMILIA DE ELÍAS.

“Hará unos sesenta años vivía mi abuelo en Manila y servía de tenedor de libros en casa de un comerciante español. Mi abuelo era entonces muy joven, estaba casado y tenía un hijo. Una noche, sin saberse cómo, ardió el almacén, el incendio se comunicó á toda la casa y de esta á otras muchas. Las pérdidas fueron innumerables, se buscó un criminal y el comerciante acusó á mi abuelo. En vano protestó, y como era pobre y no podía pagar á los célebres abogados, fué condenado á ser azotado públicamente y paseado por las calles de Manila. No hace mucho se usaba todavía este castigo infamante, que el pueblo llama *caballo y vaca*, peor mil veces que la misma muerte. Mi abuelo, abandonado de todos menos de su joven esposa, vióse atado á un caballo, seguido de una cruel multitud, azotado en cada esquina, á la faz de los hombres, sus hermanos, y en la vecindad de los numerosos templos de un Dios de paz. Cuando el desgraciado, íntame ya para siempre, hubo satisfecho la venganza de los hombres con su sangre, sus torturas y sus gritos, le tuvieron que sacar del caballo pues había perdido el sentido, y ¡ojalá hubiese muerto! Por una de esas crueldades refinadas le dieron la libertad; su mujer, en cinta entonces, en vano mendigó de puerta en puerta trabajo ó limosna, para cuidar al enfermo marido y al pobre hijo, ¿quién se fía de la mujer de un incendiario é infame? ¡La esposa, pues, tuvo que dedicarse á la prostitucion!”

Ibarra se levantó de su asiento.

“¡Oh, no os inquieteis! la prostitucion no era ya una deshonra para ella ni un deshonor para el marido: honor y vergüenza ya no existían. El marido curó de sus heridas y vino á ocultarse con su mujer é hijo en los montes de esta provincia. Aquí parió la mujer un feto estropeado y lleno de enfermedades, que tuvo la fortuna de morir. Aquí vivieron algunos meses aún, miserables, aislados, odiados y huidos de todos. No pudiendo mi abuelo soportar su miseria y menos valeroso que su mujer, se ahorcó, desesperado de ver á su esposa enferma, privada de todo auxilio y cuidado. El cadáver se pudrió á la vista del hijo, que apenas podía cuidar á su madre enferma, y el mal olor lo descubrió á la justicia. Mi abuela fué acusada y condenada por no haber dado parte; se le atribuyó la muerte de su marido y se creyó, pues ¿de qué

no es capaz la mujer de un miserable, que despues fué prostituta? Si jura, la llaman perjura, si llora le dicen que miente, y blasfema si invoca á Dios. Sin embargo, le tuvieron consideracion y esperaron su alumbramiento para despues azotarla: sabeis que los frailes estienden la creencia de que á los indios únicamente se los puede tratar á palos: leed lo que dice el P. Gaspar de S. Agustin.

„Condenada así una mujer, maldecirá el dia en que su hijo salga á luz: lo cual es, ademas de prolongar el suplicio, violentar los sentimientos maternales. La mujer parió con felicidad por desgracia, y por desgracia tambien el niño nació robusto. Dos meses despues cumpliése la sentencia con gran satisfaccion de los hombres, que así creían cumplir con su deber. No tranquila ya en estos montes, buyó con sus dos hijos á la vecina provincia y allí vivieron como fieras: odiando y odiados. El mayor de los dos hermanos, que recordaba en medio de tanta miseria su infancia feliz, se hizo tulisan tan luego como se halló con fuerzas. Pronto el nombre sanguinario de *Bálat* se estendió de provincia en provincia, terror de los pueblos, porque en su venganza todo lo llevaba á sangre y fuego. El menor que había recibido de la Naturaleza un corazon bueno, habiase resignado con su suerte é infamia al lado de su madre: vivian de lo que el bosque daba, vestíanse de los andrajos que les arrojaban los caminantes; ella habia perdido su nombre, sólo se la conocía por los apelativos de *delincuente*, *prostituta*, *apaleada*; él era únicamente conocido por el hijo de su madre, porque por la dulzura de su caracter no le creían hijo del incendiario, y porque todo se puede dudar de la moralidad de los indios. Al fin, el famoso *Bálat* cayó un día en poder de la Justicia, que le pidió estrecha cuenta de sus crímenes, ella que nada hizo para enseñarle el bien; y una mañana, buscando el joven á su madre, que habia ido al bosque para coger hongos y aún no habia vuelto, encontróla tendida en tierra, á orillas del camino, debajo de un algodonero, la cara vuelta al cielo, los ojos desencajados, fijos, crispados los dedos, hundidos en tierra, sobre la cual se veían manchas de sangre. Ocúrresele al joven levantar la vista y seguir la mirada del cadaver, y vé en la rama colgado un cesto, y dentro del cesto la ensangrentada cabeza del hermano!“

— Dios mio! exclamó Ibarra.

— „Eso pudo exclamar mi padre, continuó Elías friamente. Los hombres habían descuartizado al salteador y enterrado el tronco, pero los miembros fueron esparcidos y colgados en diferentes pueblos. Si vais alguna vez de Calamba á Santo

Tomás, encontrareis todavía un miserable arbol de lombay donde colgó pudriéndose una pierna de mi tío: la Naturaleza le ha maldecido y el arbol ni crece ni da fruto. Lo mismo hicieron con los otros miembros, pero la cabeza, la cabeza como lo mejor del individuo, como lo que más fácilmente se reconoce, la colgaron delante de la cabaña de la madre!“

Ibarra bajó la cabeza.

— „El joven huyó como un maldito, continuó Elías; huyó de pueblo en pueblo, por montes y valles, y cuando ya se creía desconocido, entró de trabajador en casa de un rico en la provincia de Tayabas. Su actividad, la dulzura de su carácter le granjearon la estimación de cuantos no conocían su pasado. A fuerza de trabajo y economía logró hacerse un pequeño capital, y como la miseria había pasado y era joven, pensó en ser feliz. Su buena presencia, su juventud y su situación algo desahogada le captaron el amor de una joven del pueblo, cuya mano no se atrevía á pedir por miedo de que el pasado se conozca. Pero el amor pudo más y ambos faltaron á sus deberes. El hombre para salvar el honor de la mujer, lo arriesga todo, la pide en matrimonio, se buscan los papeles y todo se descubre; el padre de la joven era rico, consiguió que procesáran al hombre, que no trató de defenderse, lo admitió todo y fué enviado á presidio. La joven dió á luz un niño y una niña, que fueron criados en secreto, haciéndoles creer en un padre muerto, lo que no era difícil, habiendo visto, siendo de tierna edad, morir á su madre, y pensándose poco en indagar genealogías. Como nuestro abuelo era rico, nuestra niñez fué muy venturosa; mi hermana y yo nos educamos juntos, nos amábamos como sólo se aman dos gemelos que no conocen otros amores. Muy joven fuí á estudiar en el colegio de los jesuitas, y mi hermana, para no separarnos del todo, pasó á la pensión de la Concordia. Concluida nuestra corta educación, porque únicamente deseábamos ser agricultores, nos retiramos al pueblo para tomar posesión de la herencia de nuestro abuelo. Vivimos algun tiempo felices, el porvenir nos sonreía, teníamos muchos criados, nuestros campos cosechaban bien y mi hermana estaba en vísperas de casarse con un joven á quien adoraba y de quien era igualmente correspondida. Por cuestiones pecuniarias, por mi carácter entonces altivo, me enagené la voluntad de un lejano pariente, y un día me echó en cara mi tenebroso nacimiento, mi infame ascendencia. Yo lo creí una calumnia y pedí satisfacción; la tumba en que dormía tanta podredumbre se volvió á abrir y la verdad salió para confundirme. Para mayor desdicha, te-

niamos desde hace años un criado viejo, que sufría todos mis caprichos sin dejarnos nunca, contentándose sólo con llorar y gemir entre las burlas de los otros servidores. Yo no sé cómo lo averiguó mi pariente; el caso es que citó ante la justicia á este viejo y le hizo declarar la verdad; el viejo criado era nuestro padre, que se pegaba á sus queridos hijos y á quien yo había maltratado varias veces. Nuestra dicha se desvaneció, renuncié á nuestra fortuna, mi hermana perdió su novio, y con mi padre abandonamos el pueblo para ir á otro punto cualquiera. El pensamiento de haber contribuido á nuestra desgracia acortó los días del anciano, de cuyos labios supe todo el doloroso pasado. Mi hermana y yo nos quedamos solos.

„Ella lloró mucho, pero en medio de tantos dolores como sobre nosotros se amontonaron, no pudo olvidarse de su amor. Sin quejarse, sin decir una palabra, vió casarse con otra á su antiguo novio, y yo la ví poco á poco enfermarse sin poderla consolar. Un día desapareció; en vano la busqué por todas partes, en vano pregunté por ella, hasta que seis meses despues supe que por aquella época, despues de una crecida del lago, se había encontrado en la playa de Calamba entre unos arrozales el cadaver de una joven, ahogada ó asesinada; tenía, segun dicen, un cuchillo clavado en el pecho. Las autoridades de aquel pueblo hicieron publicar el hecho en los pueblos vecinos; nadie se presentó á reclamar el cadaver, ninguna joven había desaparecido. Por las señas que me dieron despues, por el traje, las alhajas, la hermosura de su rostro y su abundantísima cabellera, reconocí en aquella á mi pobre hermana. Desde entonces vago de provincia en provincia; mi fama y mi historia andan en boca de muchos, se me atribuyen hechos, á veces se me calumnian, pero hago poco caso de los hombres y continúo mi camino. Hé aqui en breve relatada mi historia, y la historia de uno de los juicios de los hombres.“

Elías se calló y continuó remando.

— Voy creyendo que no os falta razon, murmuró en voz baja Crisóstomo, cuando decís que la justicia debía procurar el bien por la recompensa de la virtud y la educacion de los criminales. Sólo que . . . esto es imposible, utópico; pues ¿de dónde sacar tanto dinero, tantos nuevos empleados?

— Y ¿para qué están los sacerdotes que pregonan su mision de paz y caridad? ¿Será más meritorio mojar con agua la cabeza de un niño, darle á comer sal, que despertar en la oscurecida conciencia de un criminal esa centella, dada por Dios á cada hombre para buscar el bien? Será más humano acompañar á un reo al patíbulo, que acompañarle por

la difícil senda que conduce del vicio á la virtud? No se pagan también espías, verdugos y guardias civiles? Esto, sobre ser sucio, cuesta dinero también.

— Amigo mío, ni vos ni yo, aunque lo queramos, no lo conseguiremos.

— Solos, en verdad, somos nada; pero tomad la causa del pueblo, uníos al pueblo, no desoigais sus voces, dad ejemplo á los demás, dad la idea de lo que se llama una patria!

— Lo que pide el pueblo es imposible; es menester esperar.

— ¡Esperar, esperar equivale á sufrir!

— Si lo pidiese, se me reirían.

— Y ¿si el pueblo os sostiene?

— ¡Jamás! no seré yo nunca el que he de guiar á la multitud á conseguir por la fuerza lo que el Gobierno no cree oportuno, no! Y si yo viera alguna vez á esa multitud armada, me pondría del lado del Gobierno y la combatiría, pues en esa turba no vería á mi país. Yo quiero su bien, por eso levanto una escuela; lo busco por medio de la instrucción, por el progresivo adelanto; sin luz no hay camino.

— ¡Sin lucha tampoco hay libertad! contestó Elías.

— ¡Es que yo no quiero esa libertad!

— Es que sin libertad no hay luz, replicó el piloto con viveza; decid que conocéis poco vuestro país, lo creo. No veis la lucha que se prepara, no veis la nube en el horizonte; el combate comienza en la esfera de las ideas para descender á la arena, que se teñirá en sangre; oigo la voz de Dios, ¡ay de los que quieran resistirle! para ellos no se ha escrito la Historia!

Elías estaba transfigurado: de pié, descubierto, su semblante varonil, iluminado por la luna, tenía algo de extraordinario. Sacudió su abundante cabellera y continuó:

— ¿No veis como todo despierta? El sueño duró siglos, pero un día cayó el rayo, y el rayo, al destruir, llamó la vida; desde entonces nuevas tendencias trabajan los espíritus, y estas tendencias, hoy separadas, se unirán un día guiadas por Dios. Dios no ha faltado á los otros pueblos, tampoco faltará al nuestro; su causa es la causa de la libertad:

Un silencio solemne siguió á estas palabras. Entretanto la banca, llevada insensiblemente por las olas, se acercaba á la orilla. Elías fué el primero que rompió el silencio.

— ¿Qué he de decir á los que me envían? preguntó cambiando de tono.

— Ya os lo he dicho: que deploro mucho su estado, pero

que esperen, pues los males no se curan con otros males, y en nuestra desgracia todos tenemos nuestras culpas.

Eliás no volvió á replicar; bajó la cabeza, continuó remando, y llegado á la orilla, se despidió de Ibarra diciendo:

— Os doy gracias, señor, por la condescendencia que habeis tenido conmigo; en interés vuestro os pido que en adelante os olvideis de mí y no me reconozcais en cualquiera situacion que me encontreis.

Y dicho esto, volvió á conducir la banca, remando en direccion á una espesura en la playa. Durante la larga travesía permaneció silencioso; parecia no ver otra cosa que los millares de diamantes, que con el remo sacaba y devolvía al lago donde desaparecian misteriosos entre las azules ondas.

Por fin llegó; un hombre salió de la espesura y se le acercó.

— ¿Qué digo al Capitan? preguntó.

— Dile que Eliás, si no muere antes, cumplirá su palabra, contestó tristemente.

— Entonces ¿cuándo te reunirás con nosotros?

— Cuando vuestro Capitan crea que ha llegado la hora del peligro.

— ¡Está bien, adios!

— ¡Si no muero antes! murmuraba Eliás.

---

## LI.

### CAMBIOS.

El pudibundo Linares está serio y lleno de inquietud; acaba de recibir una carta de Da. Victorina que dice así:

“Estimado primo: Dentro de tres dias espero saber de ti si ya te á matado el alféres ó tu hael no quiero que pase un dia mas sin que eze animal tenga su castigo si pasa este plazo iaun no leas desafiao haese le digo ha don Santiago que jamas fuiste segretario ni dabas bromas á Canobas ni ivas de golgorio con el general don arseño Martines le digo ha Clarita que todo es bola ino te doy ni un quarto mas si le desafias te prometo todo lo que quieras con que haver si le deza fias te prebengo que no hay es qucas ni motibos.

Tu prima que te quiere decoracon

Victorina de los Reyes de De Espadaña.

Sampaloc lunes a las 7 de la Noche.”

El asunto era serio: Linares conocía el caracter de Da. Victorina y sabía de qué era capaz; hablarle de razon era hablar de honradez y urbanidad á un carabinero de Hacienda, cuando se propone encontrar contrabando donde no lo hay; suplicar era inútil, engañar, peor; no había más remedio que desafiar.

— Pero ¿cómo? decía paseándose solo; ¿si me recibe á cajas destempladas? si me encuentro con su señora? quién querrá ser mi padrino? el cura? Cpn. Tiago? ¡Maldita sea la hora en que he dado oídos á sus consejos! Latera! ¿Quién me obligaba á darme pisto, contar bolas, engatusar fanfarronadas! qué va á decir de mí esa señorita . . .? Ahora me pesa haber sido secretario de todos los ministros!

En este triste soliloquio estaba el buen Linares cuando el P. Salvi llegó. El franciscano estaba en verdad más flaco y pálido que de costumbre, pero sus ojos brillaban con una luz singular y en sus labios se asomaba una estraña sonrisa.

— Sr. Linares, ¿tan solo? saludó dirigiéndose á la sala por cuya entreabierta puerta se escapaban algunas notas de piano.

Linares quiso sonreir.

— Y ¿D. Santiago? añadió el cura.

Cpn. Tiago se presentó en el momento mismo, besó la mano al cura, le desembarazó de su sombrero y baston, sonriendo como un bendito.

— ¡Vamos, vamos! decía el cura entrando en la sala, seguido de Linares y Cpn. Tiago; tengo buenas noticias que participar á todos. He recibido cartas de Manila que me confirman la que ayer me trajo el Sr. Ibarra . . . de modo, D. Santiago, que el impedimento desaparece.

María Clara, que estaba sentada al piano entre sus dos amigas, medio se levanta, pero pierde las fuerzas y vuelve á sentarse. Linares palidece y mira á Cpn. Tiago, que baja los ojos.

— Ese joven me va pareciendo muy simpático, continúa el cura; al principio le juzgué mal . . . es un poco vivo de genio, pero despues sabe tan bien arreglar sus faltas que no se le puedè guardar rencor. Si no fuera por el P. Dámaso . . . Y el cura dirigió una rápida mirada á María Clara, que escuchaba pero sin apartar los ojos del papel de música, apesar de los pellizcos disimulados de Sinang, que así espresaba su alegría: á estar á solas habria bailado.

— ¿El P. Dámaso . . . preguntó Linares.

— Sí, el P. Dámaso ha dicho, continuó el cura sin



separar su vista de María Clara, que como . . . padrino de bautismo, no podía él permitir . . . pero en fin, yo creo que si el Sr. Ibarra le pide perdon, lo que no dudo, todo se arreglará.

María Clara se levantó, dió una excusa y se retiró á su cuarto, acompañada de Victoria.

— Y ¿si el P. Dámaso no le perdona? pregunta á voz baja Cpn. Tiago.

— Entonces . . . María Clara verá . . . el P. Dámaso es su padre . . . espiritual; pero yo creo que se entenderán.

En aquel instante oyéronse pasos y apareció Ibarra, seguido de la tia Isabel: su presencia produjo una impresion muy variada. Saludó con afabilidad á Cpn. Tiago, que no supo si sonreir ó llorar, á Linares con una profunda inclinacion de cabeza. Fr. Salvi se levantó y le tendió tan afectuosamente la mano que Ibarra no pudo contener una mirada de sorpresa.

— No lo estrañe V., dice Fr. Salvi; ahora mismo le alababa á V.

Ibarra dió las gracias y se acercó á Sinang.

— ¿Dónde has estado todo el día? preguntó ésta con su charla juvenil; nos preguntábamos y decíamos: ¿A dónde habrá ido esa alma redimida del Purgatorio? Y cada una de nosotras decía una cosa:

— Y ¿se puede saber qué deciais?

— No, eso es un secreto, pero ya te lo diré á solas. Ahora dinos donde has estado, para ver quién ha podido adivinar.

— No, eso es tambien un secreto, pero yo te lo diré á solas, si los señores lo permiten

— ¡Ya lo creo, ya lo creo! No faltaba más! dijo el P. Salvi.

Sinang llevó á Crisóstomo á un extremo de la sala: ella estaba muy alegre con la idea de saber un secreto.

— Dime, amiguita, preguntó Ibarra; ¿está María enfadada conmigo?

— No lo sé, pero dice que es mejor que la olvides y se pone á llorar. Cpn. Tiago quiere que se case con aquel señor el P. Dámaso tambien, pero ella no dice ni sí ni no. Esta mañana, cuando preguntábamos por tí y yo decía ¿si habrá ido á hacer el amor á alguna? ella me contestó: ¡ojalá! y se puso á llorar.

Ibarra estaba serio.

— Dile á María que quiero hablarle á solas.

— ¿A solas? preguntó Sinang frunciendo las cejas y mirándole.

— Enteramente á solas, no; pero que no esté aquel delante.

— Es difícil: pero pierde cuidado, se lo diré.

— Y ¿cuándo sabré la contestacion?

— Mañana, vete á casa temprano. María no quiere jamás. estar sola, la acompañamos; Victoria duerme una noche á su lado y yo otra; mañana me toca el turno. Pero oye ¿y el secreto? Te vas sin decirme lo principal?

— ¡Es verdad! estuve en el pueblo de Los Baños; voy á explotar los cicales, pues pienso levantar una fábrica; tu padre será mi socio.

— ¿Nada más que eso? ¡Vaya un secreto! exclamó Sinang en voz alta con el tono de un usurero estafado; yo creía . . .

— ¡Cuidado! no te permito que lo publiques!

— ¡Ni ganas! contestó Sinang arrugando la nariz. Si fuera algo más importante, lo diría á mis amigas; pero ¡comprar cocos! cocos! ¿quién se interesa por los cocos?

Y más que de prisa fué á buscar á sus amigas.

Momentos despues, Ibarra se despidió viendo que la reunion no podia menos de languidecer; Cpn. Tiago tenía una cara agridulce, Linares estaba callado y observaba, el cura aparentando alegría hablaba de cosas estrañas. Ninguna de las jóvenes había vuelto á salir.

---

## LII.

### LA CARTA DE LOS MUERTOS Y LAS SOMBRAS.

El nublado cielo oculta á la luna; un viento frio, presagio del próximo Diciembre, barre algunas hojas secas y el polvo en el estrecho sendero, que conduce al cementerio.

Tres sombras se hablan en voz baja debajo de la puerta.

— ¿Le has hablado á Elías? pregunta una voz

— No, ya sabes que es muy raro y circunspecto, pero debe ser de nosotros: D. Crisóstomo le ha salvado la vida.

— Por eso tambien acepté, dice la primera voz; D. Crisóstomo hace que la curen á mi mujer en casa de un médico en Manila! Me he encargado del convento para arreglar mis cuentas con el cura.

— Y nosotros, del cuartel para decir á los civiles que nuestro padre tenía hijos.

— ¿Cuántos sereis?

— Cinco, con cinco hay bastante. El criado de D Crisóstomo dice que seremos veinte.

— Y ¿si no salís bien?

— St! dijo uno y todos se callaron.

Veíase á favor de la semi-oscuridad venir una sombra, deslizarse siguiendo el cerco: de tiempo en tiempo se detenía como si volviese la cara hácia atrás.

Y no le faltaba motivo. Detrás, á unos veinte pasos, venía otra sombra, mayor, y que parecía más sombra que la primera: tan ligeramente pisaba el suelo, desaparecía con rapidez como si le tragase la tierra cada vez que la primera se detenía y volvía.

— ¡Me siguen! murmuró ésta; ¿será la Guardia Civil? mentirá el sacristan mayor?

— Dicen que es aquí la cita, decía en voz baja la segunda sombra; de algo malo se debe tratar cuando me lo ocultan los dos hermanos.

La primera sombra llegó al fin á la puerta del cementerio. Las tres primeras se adelantaron.

— ¿Sois vosotros?

— ¿Sois vos?

— ¡Separémonos que me han seguido! Mañana tendreis las armas y á la noche será. El grito es: “¡Viva D. Crisóstomo!” Idos!

Las tres sombras desaparecieron detrás de las tapias. El recién llegado se ocultó en el hueco de la puerta y esperó silencioso.

— ¡Veamos quién me sigue! murmuró.

La segunda sombra llegó con mucha precaucion y se detuvo como para mirar en torno suyo.

— ¡He llegado tarde! dijo á media voz; pero acaso vuelvan.

Y como empezaba á caer una lluvia fina y menuda que amenazaba durar, pensó guarecerse debajo de la puerta.

Naturalmente se encontró con el otro.

— ¡Ah! quién sois? preguntó el recién llegado con una voz varonil.

— Y ¿quién sois vos? contestó el otro tranquilamente.

Un momento de pausa; ambos trataban de reconocerse por el timbre de la voz y distinguirse las facciones.

— ¿Qué esperais aquí? preguntó el de voz varonil.

— Que den las ocho para tener la carta de los muertos, quiero ganar esta noche una cantidad, contestó el otro con voz natural; y vos ¿á qué venís?

— A . . . lo mismo.

— ¡Abá! me alegro: así no estaré sin compañero. Traigo cartas; á la primera campanada les pongo albur; á la segunda, gallo; las que se muevan son las cartas de los muertos y hay que disputárselas á tajos. ¿Traeis tambien cartas?

— ¡No!

— ¿Entonces?

— Sencillamente; así como les poneis banca, espero que ellos me la pondrán.

— Y ¿si los muertos no la ponen?

— ¿Qué hacer? El juego no se ha hecho aún obligatorio entre los muertos . . .

Hubo un momento de silencio.

— ¿Venís armado? Cómo vais á luchar con los muertos?

— Con mis puños, contestó el más grande de los dos.

— ¡Ah, diablo, ahora me acuerdo! los muertos no apuntan cuando hay más de un vivo, y somos dos.

— ¿De véras? pues yo no quiero irme.

— Ni yo, me hace falta dinero, contestó el más pequeño; pero hagamos una cosa: juguemos entre los dos, y el que pierda que se aleje.

— Sea . . . contestó el otro con cierto disgusto.

— Entonces entremos . . . ¿teneis fósforos?

Entraron y buscaron en aquella semioscuridad un lugar á propósito; pronto encontraron un nicho sobre el que se sentaron. El más bajo sacó de su salakot unas cartas, y el otro encendió un fósforo.

A la luz miráronse el uno al otro, pero, á juzgar por la espresion de sus rostros, no se conocían. No obstante, nosotros reconoceremos en el más alto y de voz varonil á Elías, y en el menor á Lucas con su cicatriz en la mejilla.

— ¡Cortad! dijo éste, sin dejar de observarle.

Apartó algunos huesos, que encontró sobre el nicho, y sacó un as y un caballo. Elías encendía fósforos uno tras otro.

— ¡Al caballo! dijo y para señalar la carta puso una vértebra encima.

— ¡Juego! dijo Lucas y á las cuatro ó cinco cartas sacó un as.

— Habeis perdido, añadió; ahora dejadme solo que me busque la vida.

Elías, sin decir una palabra, se alejó perdiéndose en la oscuridad.

Algunos minutos despues dieron las ocho en el reloj de la iglesia y la campana anunció la hora de las ánimas; pero Lucas no invitó á jugar á nadie: no evocó á los muertos, como manda la supersticion, sino que se descubrió y murmuró algunas oraciones, santiguándose y persignándose con el mismo fervor que lo haría en aquel momento el gefe de la Cofradía del Santisimo Rosario.

Toda la noche siguió lloviznando. A las nueve las calles estaban ya oscuras y solitarias; los faroles de aceite, que cada vecino debe colgar, apenas iluminaban una esfera de un metro de radio: parecían encendidas para hacer ver las tinieblas.

Dos guardias civiles se pasean de un extremo á otro de la calle, cerca de la iglesia.

— ¡Hace frío! decia uno en tagalo con acento visaya; no cogemos á ningun sacristan; no hay quien componga el gallinero del alférez . . . Con la muerte del otro se han escarmentado; esto me aburre.

— Y á mí, contesta el otro; nadie roba, ni alborota; pero, gracias á Dios, dicen que ese Elías está en el pueblo. Dice el alférez que el que le coja, estará libre de azotes durante tres meses.

— ¡Aa! ¿Sabes de memoria las señas? preguntó el visaya.

— ¡Ya lo creo! estatura, alta segun el alférez, regular segun el P. Dámaso; color, moreno; ojos, negros; nariz, regular; boca, regular; barba, ninguna; pelo, negro . . .

— ¡Aa! y ¿señas particulares?

— Camisa negra, pantalon negro, leñador . . .

— ¡Aa! no se escapará; me parece ya verle.

— No le confundo con otro, aunque se le parezca.

Y ambos soldados siguen su ronda.

A la luz de los faroles vemos otra vez dos sombras ir una detrás de otra con gran cautela. Un enérgico *¿quién vive?* detiene á ambas, y la primera contesta *¡España!* con voz temblorosa.

Los soldados le arrastran y le llevan á un farol para reconocerle. Era Lucas, pero los soldados dudan y se consultan con la mirada.

— ¡El alférez no ha dicho que tenga cicatriz! dice el visaya en voz baja. ¿A dónde vas?

— A mandar una misa para mañana.

— ¿No has visto á Elías?

— ¡No le conozco, señor! contesta Lucas.

— ¡No te pregunto si le conoces, tonto! tampoco le conocemos; te pregunto si le has visto.

- No, señor.
- Oye bien, te diré sus señas. Estatura á veces alta, á veces regular; pelo y ojos, negros; todo lo demás es regular, dice el visaya. ¿Le conoces ahora?
- ¡No, señor! contestó Lucas atontado.
- Entonces, ¡sulung! bruto! burro! — Y le dieron un empellon.
- ¿Sabes tú por qué para el alférez es alto Elías y para el cura regular? pregunta pensativo el tagalo al visaya.
- No.
- Porque el alférez estaba hundido en el charco cuando le observó y el cura de pié.
- ¡Es verdad! exclama el visaya; tienes talento . . . ¿cómo eres guardia civil?
- No siempre lo fui; yo era contrabandista, contesta el tagalo con jactancia.
- Pero otra sombra los distrajo: le dieron el *¿quién vive?* y la llevaron á la luz. Esta vez era el mismo Elías el que se presentaba.
- ¿A dónde vas?
- Á perseguir, señor, á un hombre que pegó y amenazó á mi hermano; tiene una cicatriz en la cara y se llama Elías . . .
- ¿Ha? exclaman los dos y se miran espantados.
- Y acto continuo echan á correr en direccion á la iglesia, donde minutos antes habia desaparecido Lucas.

---

### LIII.

#### IL BUON DÍ SI CONOSCE DA MATTINA.

Temprano se esparcía por el pueblo la noticia de que la noche anterior se habian visto muchas luces en el cementerio. El gefe de la V. O. T. hablaba de velas encendidas y describía sus formas y tamaños, pero no puede decir á punto fijo el número, pero habia contado más de veinte. Hermana Sipa, de la Cofradía del Smo. Rosario, no debía tolerar que se jacte solo de haber visto esta gracia de Dios uno de la Hermandad enemiga: Hermana Sipa, aunque no vive cerca, oyó lamentos y gemidos, y hasta creyó reconocer en las voces ciertas personas, con quienes ella en otro tiempo . . . pero por caridad cristiana, no solamente perdonaba sino oraba y

callaba sus nombres, por lo cual todos la declaraban santa *incontinenti*. Hermana Rufa no tiene en verdad tan fino el oído, pero no debe sufrir que Hermana Sipa lo haya oído y ella no; por esto ha tenido un sueño y se le han presentado muchas almas, no sólo de personas muertas sino también de vivas; las almas en pena pedían parte de sus indulgencias, apuntadas en toda regla y atesoradas. Ella podrá decir los nombres á las familias interesadas, y sólo pide una pequeña limosna para socorrer al Papa en sus necesidades.

Un muchachuelo, pastor de oficio, que se atrevió á asegurar no haber visto más que una luz y dos hombres con salakot, á duras penas escapó de palos é insultos. En vano juró; estaban sus carabaos que venían con él y podían hablar.

— ¿Vas á saber más que el celador y las Hermanas, *paracmason*, hereje? le decían y le miraban con malos ojos.

El cura subió al púlpito y volvió á predicar sobre el Purgatorio, y los pesos volvieron á salir de sus escondites para pagar una misa.

Pero dejemos á las almas en pena y oigamos la conversacion de D. Filipo y del viejo Tasio, enfermo, en su casita solitaria. Hacía días que el filosofo ó el loco no dejaba la cama, postrado por una debilidad que progresaba rápidamente.

— En verdad que no sé si felicitaros porque os hayan admitido la dimision; antes, cuando el gobernadorcillo desoyó tan descaradamente el parecer de la mayoría, el solicitarla era justo; pero ahora que estais en lucha con la Guardia Civil es inconveniente. En tiempo de guerra se debe permanecer en su puesto.

— Sí, pero no cuando el general se vende, contestó D. Filipo; ya sabeis que á la siguiente mañana puso el gobernadorcillo en libertad á los soldados que he conseguido prender, y se ha negado á dar un solo paso. Sin el consentimiento de mi superior no puedo nada.

— Vos, solo, nada, pero con los demás mucho. Hubiérais aprovechado esta ocasion para dar un ejemplo á los otros pueblos. Sobre la ridícula autoridad del gobernadorcillo está el derecho del pueblo; era el comienzo de una buena leccion y la perdisteis.

— Y ¿qué hubiera podido yo contra el representante de las preocupaciones? Ahí teneis al Sr. Ibarra, se ha plegado á las creencias de la multitud ¿pensais que él cree en la excomunion?

— No estais en la misma situacion: el Sr. Ibarra quiere sembrar, y para sembrar hay que bajarse y obedecer á la

materia; vuestra mision era sacudir, y para sacudir se pide fuerza é impulso. Ademas, la lucha no se debia plantar contra el gobernadorcillo; la frase debia ser: contra el que abusa de su fuerza, contra el que turba la tranquilidad pública, contra el que falta á su deber; y no hubiérais estado solo, pues que el pais de ahora no es ya el mismo de hace veinte años.

— ¿Lo creéis? preguntó D. Filipo.

— Y ¿no lo sentís? contestó el anciano medio incorporándose en el lecho; ¡ah! es porque no habeis visto el pasado, no habeis estudiado el efecto de la inmigracion europea, de la venida de nuevos libros y de la marcha de la juventud á Europa. Estudiad y comparad: es cierto que existe aún la Real y Pontificia Universidad de Sto. Tomás con su sapientísimo claustro, y se ejercitan todavía algunas inteligencias en formular distingos y ultimar las sutilezas del escolasticismo, pero ¿dónde encontrareis ahora aquella juventud metafisica de nuestros tiempos, de instruccion arqueológica, que, torturado el encéfalo, moria sofisticando en un rincon de provincias, sin acabar de comprender los atributos del *ente*, sin resolver la cuestion de la *esencia* y *existencia*, elevadísimos conceptos que nos hacían olvidar de lo esencial: de nuestra existencia y propia entidad? ¡Ved ahora la niñez! Llena de entusiasmo á la vista de más amplios horizontes, estudia Historia, Matemáticas, Geografía, Literatura, Ciencias Físicas, Lenguas, materias todas que en nuestro tiempo oíamos con horror como si fuesen heregias; el más libre-pensador de mi época las declaraba inferiores á las categorías de Aristóteles y á las leyes del silogismo. El hombre ha comprendido al fin que es hombre; renuncia al análisis de su Dios, á penetrar en lo impalpable, en lo que no ha visto, á dar leyes á los fantasmas de su cerebro; el hombre comprende que su herencia es el vasto mundo cuyo dominio está á su alcance; cansado de un trabajo inútil y presuntuoso, baja la cabeza y examina cuanto le rodea. Ved ahora como nacen nuestros poetas; las Mnsas de la Naturaleza nos abren poco á poco sus tesoros y empiezan á sonreirnos para alentarnos al trabajo. Las Ciencias esperimentales han dado ya sus primeros frutos: falta ahora que el tiempo los perfeccione. Los nuevos abogados se forman en los nuevos moldes de la Filosofia del Derecho; algunos empiezan á brillar en medio de las tinieblas que rodean á nuestra tribuna, y advierten un cambio en la marcha de los tiempos. Oid como habla la juventud, visitad los centros de enseñanza, y otros nombres resuenan en las paredes de los claustros, allí donde sólo oíamos los de Sto. Tomás, Suarez, Amat, Sanchez y otros, idolos de



mis tiempos. En vano claman desde el púlpito los frailes contra la desmoralización, como claman los vendedores de pescado contra la avaricia de los compradores, sin notar que su mercancía está pasada é inservible! En vano estienden los conventos sus prolongaciones y raíces para ahogar en los pueblos la corriente nueva; los dioses se van; las raíces del árbol pueden enflaquecer á las plantas que en él se apoyan, pero no quitar la vida á otros seres, que, como el ave, se remonta á los cielos.

El filósofo hablaba con animación; sus ojos brillaban.

— Sin embargo, el gérmen nuevo es pequeño; si todos se proponen, el progreso, que tan caro compramos, se puede ahogar, objetó D. Filipo incrédulo.

— Ahogarle, ¿quién? el hombre, ese enano enfermo, ahogar al Progreso, al poderoso hijo del tiempo y de la actividad? Cuándo lo pudo? El dogma, el cadalso y la hoguera tratando de suspenderle, le empujan. *E pur si muove* decía Galileo cuando los dominicos le obligaban á declarar que la tierra no se movía; la misma frase se aplica al progreso humano. Se violentarán algunas voluntades, se sacrificarán algunos individuos, pero no importa: el Progreso seguirá su camino, y de la sangre de los que caigan brotarán nuevos y vigorosos retoños. ¡Ved! la Prensa misma, por más retrógrada que quisiese ser, da también sin quererlo un paso hácia adelante; los mismos dominicos no escapan á esta ley, é imitan á los jesuitas, sus enemigos irreconciliables: dan fiestas en sus claustros, levantan teatritos, componen poesías, porque, como no les falta inteligencia apesar de creerse en el siglo XV, comprenden que los jesuitas tienen razón y tomarán aún parte en el porvenir de los pueblos jóvenes que han educado.

— Según vos, ¿los jesuitas van con el Progreso? preguntó admirado D. Filipo; ¿por qué pues se los combate en Europa?

— Os contestaré como un antiguo escolástico, contestó el filósofo, volviéndose á acostar y recobrando su fisonomía burlesca: de tres maneras se puede ir con el Progreso: delante, al lado y detrás; los primeros le guían, los segundos se dejan llevar, los últimos son arrastrados, y á estos pertenecen los jesuitas. Ellos ya quisieran dirigirle, pero, como le ven fuerte y con otras tendencias, capitulan, prefieren seguir que no ser aplastados ó quedarse en medio del camino entre sombras. Ahora bien, nosotros, en Filipinas, vamos lo menos tres siglos detrás del carro: apenas empezamos á salir de la Edad Media; por esto los jesuitas, que son retroceso en Europa, vistos desde

aquí, representan el Progreso: Filipinas les debe su naciente instrucción, las Ciencias Naturales, alma del siglo XIX, como á los dominicos el Escolasticismo, muerto ya apesar de Leon XIII: no hay Papa que rescite lo que el sentido comun ha ajusticiado . . . Pero ¿á dónde hemos ido? preguntó cambiando de tono; ¡ah! hablábamos del estado actual de Filipinas . . . Sí, ahora entramos en el periodo de lucha, digo, vosotros: nuestra generación pertenece á la noche, nos vamos. La lucha está entre el pasado, que se aferra y agarra con maldiciones al vacilante feudal castillo, y el porvenir, cuyo canto de triunfo se oye á lo lejos á los resplandores de una naciente aurora, trayendo la Buena-Nueva de otros países . . . ¿Quiénes caerán y se sepultarán en las ruinas de lo que se desmorone?

El anciano calló, y viendo que D. Filipo le miraba pensativo, sonrióse y repuso:

— Casi adivino lo que pensais.

— ¿De verás?

— Pensais que muy bien puedo equivocarme, dijo sonriendo con tristeza; hoy tengo fiebre y no soy infalible: *homo sum et nihil humani a me alienum puto*, decía Terencio; pero si alguna vez se permite soñar ¿por qué no soñar agradablemente en las últimas horas de la vida? Y luego, ¿no he vivido más que de sueños! Teneis razon; sueño! nuestros jóvenes no piensan más que en amorios y placeres: más tiempo gastan y trabajan más para engañar y deshorrar á una joven, que para pensar en el bien de su país; nuestras mujeres, por cuidar de la casa y la familia de Dios, se olvidan de las propias; nuestros hombres sólo son activos para el vicio y heroicos en la vergüenza; la niñez despierta en tinieblas y rutina, la juventud vive sus mejores años sin ideal, y la edad madura, estéril, tan sólo sirve para corromper con su ejemplo á la juventud . . Me alegro de morir . . *claudite jam rivos, pueri*.

— ¿Quereis alguna medicina? preguntó D. Filipo para cambiar el giro de la conversacion que había puesto sombrío el semblante del enfermo.

— Los que mueren no necesitan medicinas; los que os quedais. Decid á D. Crisóstomo que me visite mañana, pues tengo cosas muy importantes que decirle. Dentro de algunos días me voy. Filipinas está en tinieblas!

D. Filipo, despues de algunos minutos más de conversacion, dejó, grave y pensativo la casa del enfermo.

---

LIV.

Quidquid latet, adparebit.  
Nil inultum remanebit.

La campana anuncia la oracion de la tarde; al oír el religioso tañido detiéndense todos, dejan sus ocupaciones y se descubren: el labrador que viene del campo, suspende el canto, pára el acompasado andar del carabao, que monta, y reza; las mujeres se persignan en medio de la calle y agitan con afectacion los labios para que nadie dude de su devocion; el hombre deja de acariciar su gallo y reza el *Angelus* para que la suerte le sea propicia; en las casas se reza en voz alta . . . todo ruido que no sea el del *Avemaria* se disipa, enmudece.

Sin embargo, el cura, con sombrero, atraviesa de prisa la calle y escandaliza á muchas viejas; ¡y más escándalo! se dirige á casa del alférez. Las devotas creen tiempo ya de suspender el movimiento de sus labios para besarle la mano al cura, pero el P. Salví no hace caso de ellas; hoy no encuentra placer en colocar su huesuda mano sobre la nariz cristiana, para de allí deslizarla disimuladamente (segun ha observado Da. Consolacion) en el seno de una graciosa joven-cita, que se inclina para pedir la bendicion. ¡Importante asunto debe preocuparle para olvidarse así de sus propios intereses y de los de la Iglesia!

En efecto, precipitadamente sube las escaleras y llama con impaciencia á la puerta del alférez, que aparece cejijunto, seguido de su mitad, que sonríe como una condenada.

— ¡Ah, Padre Cura! iba á verle ahora, el cabron de V. . . .

— Tengo un asunto importantísimo . . .

— No puedo permitir que me anden rompiendo el cerco . . . le pego un tiro si vuelve!

— ¡Eso si tiene V. tiempo de vivir hasta mañana! dice el cura jadeante y dirigiéndose hácia la sala.

— ¿Qué? cree V. que me mata á mí ese muñeco sietemesino? ¡Le reviento de un puntapié!

P. Salví retrocedió y miró instintivamente hácia el pié del alférez.

— ¿De quién habla V.? preguntó temblando.

— ¿De quién he de hablar sino de ese bobalicon, que me propone un desafio á revólver á cien pasos?

— ¡Ah! respiró el cura y añadió: Vengo á hablarle de un asunto urgentísimo.

— ¡Déjeme V. de asuntos! Será como el de los dos muchachos!

Si la luz no hubiera sido de aceite y el globo no hubiera estado tan súpido, habría visto el alférez la palidez del Cura.

— ¡Hoy se trata seriamente de la vida de todos! repuso éste á media voz.

— ¡Seriamente! repitió el alférez palideciendo; ¿tira bien ése joven . . . ?

— No hablo de él.

— ¿Entonces?

El fraile le indicó la puerta que él cerró á su manera, de un puntapié. El alférez hallaba las manos supérfluas y no habría perdido nada con dejar de ser bimanos. Una imprecacion y un rugido respondieron de fuera.

— ¡Bruto! me has partido la frente! gritó su esposa.

— ¡Ahora, desembuche V.! dijo al Cura tranquilamente.

Este le miró un largo rato; despues preguntó con aquella voz nasal y monótona de predicador:

— Me ha visto V. como venía, corriendo?

— ¡Redíos! creía que estaba V. con diarrea!

— Pues bien, dijo el cura sin cuidarse de la groseria del alférez; cuando así faltó á mi deber, es que hay graves motivos.

— Y ¿qué más? preguntó el otro golpeando con el pié el suelo.

— ¡Calma!

— Entonces ¿á qué venir con tanta prisa?

El cura se le acercó y preguntó con misterio:

— ¿No — sabe — V. — nada de nuevo?

El alférez se encogió de hombros.

— V. confiesa que no sabe nada absolutamente.

— ¿Me quiere V. hablar de Elías, que anoche escondió su sacristan mayor? preguntó.

— No, no hablo ahora de esos cuentos, contestó el cura malhumorado; hablo de un gran peligro.

— ¡Pues, p —! suéltese V., entonces!

— ¡Vaya! dijo el fraile lentamente y con cierto desden; verá V. una vez más la importancia que tenemos, los religiosos; el último lego vale un regimiento; con que un cura . . .

Y bajando la voz y con mucho misterio:

— ¡He descubierto una gran conspiracion!

El alférez saltó y miró al fraile atónito.

— Una terrible y bien urdida conspiracion, que ha de estallar esta misma noche.

— ¡Esta misma noche! exclamó el alférez abalanzándose al Cura; y, corriendo á su revólver y sable colgados de la pared,

— ¿A quién prendo? á quién prendo? gritó.

— ¡Cálmese V., aún hay tiempo gracias á la prisa que me he dado; hasta las ocho . . .

— ¡Afusilo á todos!

— ¡Escuche V.! Esta tarde, una muger cuyo nombre no debo decir (es un secreto de confesion) se ha acercado á mí y me lo ha descubierto todo. A las ocho se apoderan del cuartel por sorpresa, saquean el convento, apresan la falúa y nos asesinan á todos los españoles.

El alférez estaba atontado.

— La mujer no me ha dicho más que esto, añadió el cura.

— ¿No ha dicho más? ¡pues la prendo!

— No lo puedo consentir: el tribunal de la penitencia es el trono del Dios de las misericordias.

— ¡No hay Dios ni misericordias que valgan! la prendo!

— Está V. perdiendo la cabeza. Lo que V. debe hacer es prepararse; arme V. silenciosamente á los soldados y póngalos en emboscada; mándeme cuatro guardias para el convento y advierta á los de la falúa.

— ¡La falúa no está! Pido auxilio á las otras secciones!

— No, que entonces se nota, y no siguen lo que traman.

Lo que importa es que los cojamos vivos y les hagamos cantar, digo, V. les hará cantar; yo, en calidad de sacerdote, no debo mezclarme en estos asuntos. ¡Atencion! aquí puede V. ganarse cruces y estrellas: sólo pido que haga constar que soy yo quien le ha prevenido.

— ¡Constará, Padre, constará, y acaso le caiga una mitra! contestó el alférez radiante, mirándose las mangas de su uniforme.

— Con que me manda V. cuatro guardias disfrazados, eh? discrecion! esta noche á las ocho llueven estrellas y cruces.

Mientras esto pasaba, un hombre va corriendo el camino que conduce á casa de Crisóstomo y sube las escaleras aprisa.

— ¿Está el señor? pregunta la voz de Elías al criado

— Está en su gabinete trabajando.

Ibarra, para distraer su impaciencia esperando la hora de poder tener explicaciones con María Clara, se había puesto á trabajar en su laboratorio.

— ¡Ah, sois vos, Elías? exclamó; pensaba en vos: ayer me había olvidado de preguntaros por el nombre de aquel español en cuya casa vivía vuestro abuelo.

— No se trata, señor, de mí . . .

— Ved, continuó Ibarra sin notar la agitacion del joven y acercando un trozo de caña á la llama; he hecho un gran descubrimiento: esta caña es incombustible . . . .

— No se trata, señor, de la caña ahora; se trata de que recojais vuestros papeles y huyais dentro de un minuto.

Ibarra miró sorprendido á Elias y, al ver la gravedad de su semblante, se le cayó el objeto que tenía entre las manos.

— Quemad todo cuanto os pueda comprometer y que dentro de una hora os encontreis en un lugar más seguro.

— Y ¿por qué? preguntó al fin.

— Poned en seguro cuanto teneis de más precioso . .

— Y ¿por qué?

— Quemad todo papel escrito por vos ó para vos: el más inocente se puede interpretar mal . .

— Pero y ¿por qué?

— ¿Por qué? porque acabo de descubrir una conspiracion que se os atribuye para perderos.

— ¿Una conspiracion? y ¿quién la trama?

— Me ha sido imposible averiguar el autor de ella; hace un momento acabo de hablar con uno de los desgraciados pagados para ello y á quien no he podido disuadir.

— Y ése ¿no os ha referido quién es el que le paga?

— Sí, exigiéndome que le guardase el secreto, me dijo que érais vos.

— ¡Dios mio! exclamó Ibarra y se quedó aterrado.

— ¡Señor, no dudeis, no perdamos tiempo, que la conjuracion acaso estalle esta noche misma!

Ibarra, con los ojos desmesuradamente abiertos, y las manos en la cabeza, parecía no oirle.

— El golpe no se puede impedir, continuó Elias; he llegado tarde, desconozco á sus gefes . . . ¡salvaos, señor, conservaos para vuestro pais!

— ¿A dónde huir? Esta noche me esperan! exclamó Ibarra pensando en María Clara.

— ¡A otro pueblo cualquiera, á Manila, á casa de alguna autoridad, pero en otra parte, para que no se diga que dirigíais el movimiento!

— Y ¿si yo mismo denuncio la conspiracion?

— ¿Vos denunciar! exclamó Elias mirándole y retrocediendo; pasaríais por traidor y cobarde á los ojos de los conspiradores, y por pusilánime á los ojos de los otros; se diría que les tendisteis un lazo para hacer mérito, se diría . . .

— Pero ¿qué hacer?

— Ya os lo dije: destruir cuantos papeles tengais que se relacionan con vuestra persona, huir y esperar los acontecimientos . . .

— ¿Y María Clara? exclamó el joven; ¡no, antes morir!

Elías se retorció las manos y dijo:

— ¡Pues bien, á lo menos evitad el golpe, preparaos para cuando os acusen!

Ibarra miró al rededor suyo en ademan atontado.

— Entonces, ayudadme; allí en esas carpetas tengo las cartas de mi familia; escoged las de mi padre que son las que tal vez me puedan comprometer. Leed las firmas.

Y el joven, aturdido, atontado, abría y cerraba cajones, recogía papeles, leía aprisa cartas, rasgaba unas, guardaba otras, sacaba libros, los hojeaba etc. Elías hacía lo mismo, si bien con menos trastorno aunque con igual afán; pero, se detiene, sus ojos se dilatan, da vueltas á un papel que tiene en la mano y pregunta con voz temblorosa:

— ¿Conoció vuestra familia á D. Pedro Eibarramendía?

— ¡Ya lo creo! contestó Ibarra abriendo un cajon y sacando un monton de papel; ¡era mi bisabuelo!

— ¿Vuestro bisabuelo, D. Pedro Eibarramendía? vuelve á preguntar Elías, lívido y las facciones alteradas.

Sí, contesta Ibarra distraido; acertamos el apellido que era largo.

— ¿Era vascongado? repitió Elías acercándosele.

— Vascongado, pero ¿qué teneis? pregunta sorprendido.

Elías cierra el puño, lo oprime contra su frente y mira á Crisóstomo, que retrocede al leer la espresion de su cara.

— ¿Sabeis quién era D. Pedro Eibarramendía? pregunta entre dientes. D. Pedro Eibarramendía era aquel miserable que calumnió á mi abuelo y causó toda nuestra desgracia . . . Yo buscaba su apellido, Dios os entrega á mí . . . dadme cuenta de nuestras desgracias!

Crisóstomo le miró aterrado, pero Elías le sacudió del brazo, y le dijo con una voz amarga en que rugía el odio:

— Miradme bien, mirad si he sufrido, y vos vivís, amais, teneis fortuna, hogar, consideraciones, vivís . . ., ¡vivís!

Y fuera de sí, corrió hácia una pequeña coleccion de armas, pero apenas hubo arrancado dos puñales, los deja caer, y mira como un loco á Ibarra que continuaba inmóvil.

— ¿Qué iba á hacer? murmuró y huyó de la casa.

LV.

LA CATÁSTROFE.

Allá en el comedor cenan Cpn. Tiago, Linares y la tia Isabel; desde la sala se oye el ruido de platos y cubiertos. María Clara ha dicho que no tenía ganas y se ha sentado al piano, acompañada de la alegre Sinang, que le murmura al oído misteriosas frases, mientras el P. Salvi se pasea inquieto de un extremo á otro de la sala.

No es que la convaleciente no sienta hambre, no: es que espera la llegada de una persona y ha aprovechado el momento en que su Argos no puede estar presente: la hora de cenar para Linares.

— Verás como el fantasma ese se queda hasta las ocho, murmura Sinang señalando al Cura; á las ocho debe *él* venir. Ese está enamorado como Linares.

María Clara miró con espanto á su amiga. Esta, sin notarlo, continuó con su charla terrible:

— ¡Ah! ya sé yo por qué no sale apesar de mis indirectas: no quiere gastar luz en el convento! ¿sabes? Desde que caiste enferma, las dos lámparas que hacia encender, se han yuelto á apagar . . . Pero ¡mírale qué ojos pone y qué cara!

En aquel momento en el reloj de casa dieron las ocho. El Cura se estremeció y fué á sentarse en un rincon.

— ¡Ya viene! dijo Sinang pellizcando á María Clara; ¿oyes?

La campana de la iglesia dió el toque de las ocho y todos se levantaron para rezar; el P. Salvi con voz débil y temblorosa ofreció, pero, como cada uno tenía sus propios pensamientos, nadie paró atencion en ello.

Terminadó el rezo apenas, se presentó Ibarra. El joven llevaba luto no sólo en el traje sino tambien en la cara, de tal manera que al verle, María Clara se levantó dando un paso hácia él como para preguntarle que tenía, pero en el mismo instante una descarga de fusileria se dejó oír. Ibarra se detiene, sus ojos giran, pierde la palabra. El Cura se esconde detrás de un pilar. Nueves tiros, nuevas detonaciones se oyen del lado del convento, seguidos de gritos y carreras. Cpn. Tiago, tia Isabel y Linares entran precipitadamente gritando *¡tulisan, tulisan!* Andeng los sigue blandiendo el asador y corriendo hácia su hermana de leche.

Tia Isabel cae de rodillas y llora y reza el *kyrie eleyson*; Cpn. Tiago, pálido y tembloroso, lleva en un tenedor el



higado de una gallina, que ofrece llorando á la Virgen de Antipolo; Linares tiene la boca llena y está armado de una cuchara; Sinang y Maria Clara se abrazan, el único que permanece inmóvil, como petrificado, es Crisóstomo, cuya palidez es indescriptible.

Los gritos y los golpes continuaban, las ventanas se cerraban con estrépito, se oía pitar, un tiro de cuando en cuando.

— ¡*Christe eleyson!* Santiago, que se cumple la profecía . . . cierra las ventanas! gemía tia Isabel.

— ¡Cincuenta bombas grandes con dos misas de gracia! contestaba Cpn. Tiago; ¡*ora pro nobis!*

Poco á poco volvía un terrible silencio . . . Se oye la voz del alférez que grita corriendo:

— ¡Padre Cura! Padre Salvi! Venga V.!

— ¡*Miserere!* El alférez pide confesion! grita tia Isabel.

— ¿Está herido el alférez? pregunta al fin Linares; ¡AH!!!

Y ahora nota que no ha deglutido aún lo que tiene en la boca.

— ¡Padre Cura, venga V.! ya no hay nada que temer! continuaba gritando el alférez.

Fr. Salvi, pálido, se decide al fin, sale de su escondite y descende las escaleras.

— ¡Los tulisanes han muerto al alférez! Maria, Sinang, al cuarto, trancad bien la puerta! ¡*kyrie eleyson!*

Ibarra se dirigió tambien á las escaleras apesar de la tia Isabel que decía:

— ¡No salgas que no te has confesado, no salgas!

La buena anciana habia sido muy amiga de su madre.

Pero Ibarra dejó la casa; le parecia que todo giraba en torno suyo, que le faltaba el suelo. Sus oidos le zumbaban, sus piernas se movían pesadamente y con irregularidad: olas de sangre, luz y tinieblas se sucedian en su retina.

Apesar de que la luna brillaba espléndida en el cielo, el joven tropezaba con las piedras y maderos que habia en la calle, solitaria y desierta.

Cerca del cuartel vió soldados con la bayoneta calada, hablar vivamente, por lo cual pasó desapercibido.

En el tribunal se oían golpes, gritos, ayes, maldiciones: la voz del alférez sobresalía y dominaba todo.

— ¡Al cepo! esposas en las manos! Dos tiros al que se mueva! ¡Sargento, montará V. guardia! Hoy nadie se pasea, ni Dios! Capitan, no hay que dormir!

Ibarra apresuró el paso hácia su casa; sus criados le esperaban inquietos.

— ¡Ensillad el mejor caballo é idos á dormir! les dijo.

Entró en su gabinete, y á prisa quiso preparar una maleta. Abrió una caja de hierro, sacó todo el dinero que allí se encontraba y lo metió en un saco. Recogió sus alhajas, descolgó un retrato de María Clara, y, armándose de un puñal y dos revólvers, se dirigió á un armario, donde tenía herramientas.

En aquel instante tres golpes secos y fuertes resonaron en la puerta.

— ¿Quién va? preguntó Ibarra con voz lúgubre.

— ¡Abra en nombre del Rey, abra en seguida ó echamos la puerta abajo! contestó una voz imperiosa en español.

Ibarra miró hácia la ventana; brillaron sus ojos y amartillo su revólver; pero, cambiando de idea, dejó las armas y fué á abrir el mismo en el momento en que acudían los criados.

Tres guardias le cogieron al instante.

— ¡Dése V. preso en nombre del Rey! dijo el sargento.

— ¿Por qué?

— Allá se lo dirán á V., nos está prohibido el decirlo.

El joven reflexionó un momento, y no queriendo tal vez que los soldados descubriesen sus preparativos de huida, cogió un sombrero, y dijo:

— ¡Estoy á su disposicion! Supongo que será por breves horas.

— Si V. promete no escaparse, no le maniataremos: el alférez le hace esta gracia; pero si V. huye . . .

Ibarra siguió dejando consternados á sus criados.

Entretanto ¿qué había sido de Elías?

Al dejar la casa de Crisóstomo, como un enagenado corría sin saber á donde iba. Atravesó los campos, llegó al bosque en una agitacion violenta; huía de la poblacion, huía de la luz, la luna le molestaba, se metió en la misteriosa sombra de los árboles. Allí, ya deteniéndose ya andando por desconocidas sendas, apoyándose en los seculares troncos, enredándose entre las malezas, miraba hácia el pueblo, que allá á sus piés se bañaba á la luz de la luna, se extendía en el llano, recostado á orillas del mar. Las aves, despertadas de su sueño, volaban; gigantescos murciélagos, lechuzas, buhos pasaban de una rama á otra con estridentes gritos y mirándole con sus redondos ojos. Elías ni los oía ni se fijaba en ellos. Se creía seguido por las irritadas sombras de sus antepasados; veía en cada rama, el fatídico cesto con la ensangrentada cabeza de Bálát, tal como se lo refiriera su padre; creía tropezar al pié de cada arbol con la anciana

muerta; le parecía ver entre sombras balancearse el infecto esqueleto del abuelo infame . . . y el esqueleto y la anciana y la cabeza le gritaban: ¡cobarde, cobarde!

Eliás abandonó el monte, huyó y descendió al mar, á la playa que recorría agitado; pero allá á lo lejos, en medio de las aguas, donde la luz de la luna parecía levantar una niebla, creyó ver, elevarse y mecerse una sombra, la sombra de su hermana con el pecho ensangrentado, la cabellera suelta esparcida al ajre.

Eliás cayó de rodillas en la arena.

— ¡Tú tambien! murmuró estendiendo los brazos.

Mas, con la mirada fija en la niebla, se levantó lentamente, adelantóse y entró en el agua como si siguiese á alguien. Caminaba por aquella suave pendiente que forma la barra; ya estaba lejos de la orilla, el agua le llegaba á la cintura y seguía, seguía como fascinado por un espíritu seductor. El agua le llega ya al pecho . . . pero la descarga de fusilería resuena, la vision desaparece y el joven vuelve á la realidad. Merced á la tranquilidad de la noche y á la mayor densidad del aire, llegan hasta él claras y distintas las detonaciones. Detiéndose, reflexiona, nota que está en el agua; el lago está tranquilo y divisa aún las luces en las cabañas de los pescadores.

Volvió á la orilla y se dirigió al pueblo, ¿para qué? El mismo no lo sabía.

El pueblo parecía deshabitado; las casas estaban todas cerradas; los animales mismos, los perros que suelen ladrar durante la noche, se han ocultado medrosos. La plateada luz de la luna aumentaba la tristeza y la soledad

Temiendo encontrarse con los guardias civiles, internóse en las huertas y jardines, en uno de los cuales creyó percibir dos formas humanas; pero prosiguió su camino, y, saltando cercos y tapias, llegóse con mucho trabajo al otro extremo de la poblacion, dirigiéndose hácia la casa de Crisóstomo. En la puerta estaban los criados, comentando y lamentando la prision de su señor.

Enterado de lo que había pasado, Eliás se alejó, dió la vuelta á la casa, saltó la tapia, trepó por la ventana y penetró en el gabinete, donde aún ardía la vela que había dejado Ibarra.

Eliás vió los papeles y los libros; encontró las armas y los saquitos que contenian el dinero y las alhajas. Reconstruyó en su imaginacion lo que allí había pasado, y viendo tantos papeles que podían comprometer, pensó recogerlos, arrojarlos por la ventana y enterrarlos.

Lanzó una mirada al jardín, y á la luz de la luna vió dos guardias civiles que venían con un auxiliante: las bayonetas y los capacetes relucían.

Entonces tomó una resolución: amontonó ropas y papeles en medio del gabinete, vació encima una lámpara de petróleo y prendió fuego. Ciñóse precipitadamente las armas, vió el retrato de María Clara, vaciló . . . lo guardó en uno de los saquitos, y, llevándose los, saltó por la ventana.

Ya era tiempo; los guardias civiles forzaban la entrada.

— ¡Dejadnos subir para coger los papeles de vuestro amo! decía el directorcillo.

— ¿Teneis permiso? Si no, no subireis, decía un viejo.

Pero los soldados los apartaron á fuerza de culatazos, subieron las escaleras . . . pero un espeso humo llenaba toda la casa y gigantescas lenguas de fuego salieron de la sala, lamiendo puertas y ventanas.

— ¡Incendio! Incendio! Fuego! gritaron todos.

Todos se precipitan para salvar cada cual lo que pueda, pero el fuego ha llegado al pequeño laboratorio y estallan las materias inflamables. Los guardias civiles tienen que retroceder; les cierra el paso el incendio, que brama y barre cuanto encuentra. En vano se saca agua del pozo; todos gritan, todos piden auxilio, pero están aislados. El fuego gana los demas aposentos y se eleva al cielo levantando gruesos espirales de humo. Ya toda la casa es presa de las llamas, el viento, caldeado, arrecia; vienen desde lejos algunos campesinos, pero llegan para ver la espantosa hoguera, el fin de aquel viejo edificio, tanto tiempo respetado por los elementos.

---

## LVI.

### LO QUE SE DICE Y LO QUE SE CREE.

Dios amaneció al fin para el aterrorizado pueblo.

La calle donde se encuentran el cuartel y el tribunal continúa aún desierta y solitaria; las casas no dan signos de vida. No obstante, se abre con estrépito la hoja de madera de una ventana y se asoma una cabeza infantil, que gira en todos sentidos, alarga el cuello y mira en todas direcciones . . . ¡plas! el ruido anuncia el brusco contacto de un cuero curtido con el fresco cuero humano; la boca del niño hace una mueca, sus ojos se cierran, desaparece y la ventana se vuelve á cerrar.

El ejemplo está dado; aquel abrir y cerrar se ha oído sin duda, porque otra ventana se abre despacito y asómase con cautela la cabeza de una vieja, arrugada y sin dientes: es la misma Hermana Puté que tanto alboroto armó mientras el P. Dámaso predicaba. Niños y viejas son los representantes de la curiosidad en la tierra: los primeros por el afán de saber, las segundas por el de recordar.

Sin duda no hay quien se atreva á darle un chinelazo, pues permanece, mira á lo lejos frunciendo las cejas, se enjuaga la boca, escupe con ruido y despues se persigna. La casa de enfrente abre tambien timidamente una ventanilla y da paso á Hermana Rufa, la que no quiere engañar ni que la engañen. Ambas se miran un momento, sonríen, se hacen señas y vuelven á persignarse.

— ¡Jesus! parecia una misa de gracia, un castillo! dice Hermana Rufa.

— Desde el saqueo del pueblo por Bálata no he visto otra noche igual, contesta Hermana Puté.

— ¡Cuantos tiros! dicen que es la partida del viejo Pablo.

— ¿Tulisanes? ¡No puede ser! Dicen que son los cuadrilleros contra los civiles. Por eso está preso D. Filipo.

— ¡Sanctus Deus! dicen que hay lo menos catorce muertos.

Otras ventanas se fueron abriendo, y rostros diferentes asomaron cambiándose saludos y haciendo comentarios.

A la luz del día, que prometía ser espléndido, veíanse á lo lejos soldados ir y venir, confusamente, como cenicientas siluetas.

— ¡Allá va otro muerto! dijo uno desde una ventana.

— ¿Uno? yo veo dos.

— Y yo . . . pero en fin ¿á que no sabeis qué fué? preguntaba un hombre de rostro socarrón.

— Ya! los cuadrilleros.

— No, señor; ¡un alzamiento en el cuartel!

— ¿Qué alzamiento? El cura contra el alférez!

— Pues, nada de eso, dice el que había hecho la pregunta; son los chinos que se han sublevado.

Y volvió á cerrar su ventana.

— ¡Los chinos! repiten todos con el mayor asombro.

— ¡Por eso, no se ve á ninguno!

— Habrán muerto todos.

— Yo ya me lo suponía que iban á hacer algo malo.

Ayer . . . .

— Yo ya lo veía. Anoche . . . .

— ¡Lástima! decía Hermana Rufa; morirse todos antes de

la Pascua, cuando vienen con sus regalos . . . Hubiesen esperado el año nuevo . . .

La calle se iba animando poco á poco: primero fueron los perros, gallinas, cerdos y palomas, los que intentaron la circulacion; á estos animales siguieron unos chicos harapientos, cogidos del brazo y acercándose tímidamente hácia el cuartel; despues, algunas viejas, con el pañuelo en la cabeza atado debajo de la barba, un grueso rosario en la mano, aparentando rezar para que los soldados les dejaran el paso libre. Cuando se vió que se podía andar sin recibir un tiro, entonces empezaron á salir los hombres, afectando indiferencia; al principio, sus paseos se limitaban por delante de su casa, acariiciando el gallo; despues probaron alargarlos, parándose de tiempo en tiempo, y así se llegaron hasta delante del tribunal.

Al cuarto de hora circularon otras versiones. Ibarra con sus criados había querido robar á María Clara, y Cpn. Tiago la había defendido, ayudado por la Guardia Civil.

El número de los muertos no era ya catorce, sino treinta; Cpn. Tiago estaba herido y se marcha ahora mismo con su familia para Manila.

La llegada de dos cuadrilleros, conduciendo en unas parihuelas una forma humana, y seguidos de un guardia civil, produjo gran sensacion. Súpose que venían del convento; por la forma de los piés que colgaban, uno conjeturó quién podía ser; un poco más lejos se dijo que lo era; más allá el muerto se multiplicó y se verificó el misterio de la Santísima Trinidad; despues se renovó el milagro de los panes y los peces, y los muertos fueron ya treinta y ocho.

A las siete y media, cuando llegaron otros guardias civiles, procedentes de los pueblos vecinos, la version que corría era ya clara y detallada.

— Acabo de venir del tribunal donde he visto presos á D. Filipino y á D. Crisóstomo, decía un hombre á Hermana Putê; he hablado con uno de los cuadrilleros que están de guardia. Pues, Bruno, el hijo de aquel que murió apaleado, lo declaró todo anoche. Como sabeis, Cpn. Tiago casa su hija con el joven español; D. Crisóstomo, ofendido, quiso vengarse y trató de matar á todos los españoles, hasta al cura; anoche atacaron el cuartel y el cónvento; y felizmente, por la misericordia de Dios, el cura estaba en casa de Cpn. Tiago. Dicen que se escaparon muchos. Los guardias civiles quemaron la casa de D. Crisóstomo, y si no le prenden antes, le queman también.

— ¿Le quemaron la casa?

— Todos los criados están presos. ¡Ved como todavía se vé desde aquí el humo! dice el narrador acercándose á la ventana; los que vienen de allá cuentan cosas muy tristes.

Todos miran hácia el sitio indicado: una ligera columna de humo subía aún lentamente al cielo. Todos hacen comentarios más ó menos piadosos, más ó menos acusadores.

— ¡Pobre joven! exclama un viejo, el marido de la Putê.

— ¡Sí! le contesta ella; pero mira que ayer no mandó decir misa por el alma de su padre, que sin duda la necesitará más que los otros.

— Pero, mujer, no tienes tú compasion . . . ?

— ¿Compasion con los excomulgados? Es un pecado tenerla con los enemigos de Dios, dicen los curas. ¿Os acordais? En el Campo Santo andaba como en un corral!

— Però si el corral y el Campo Santo se parecen, responde el viejo; sólo que en aquel no entran más que animales de una especie . . .

— ¡Vamos! le grita Hermana Putê; todavía le vas á defender á quien Dios tan claramente castiga. Verás como te prenden á tí tambien. Sostén una casa que se cae!

El marido se calló ante el argumento.

— ¡Ya! prosigue la vieja; despues de pegar al P. Dámaso, no le quedaba más que matar al P. Salvi.

— Pero no me puedes negar que era bueno cuando chico.

— Sí, era bueno, replica la vieja; pero se fué á España; todos los que se van á España se vuelven herejes, han dicho los curas.

— ¡Ohoy! le replicó el marido que vió su revancha; ¿y el cura, y todos los curas, y el Arzobispo, y el Papa y la Virgen no son de España? Abá! serán tambien herejes? abá!

Felizmente para Hermana Putê, la llegada de una criada corriendo, toda azorada y pálida, cortó la discusion.

— ¡Un ahorcado en la huerta del vecino! decía jadeante.

— ¡Un ahorcado! exclamaron todos llenos de estupor.

Las mujeres se santiguaron; nadie pudo moverse de su sitio.

— Sí, señor, continúa la criada temblorosa; iba yo á coger guisantes . . . miro á la huerta del vecino para ver si estaba . . . veo un hombre balancearse; creí que era Teo, el criado, que me da siempre . . . me acerco para . . . coger guisantes, y veo que no es él sino otro, un muerto; corro, corro y . . .

— Vamos á verlo, dice el viejo levantándose; conducenos.

— ¡No te vayas! le grita Hermana Putê cogiéndole de la camisa; te va á suceder una desgracia! ¿se ha ahorcado? pues peor para él!

— Déjame verlo, mujer; vete al tribunal, Juan, á dar parte; acaso no esté aún muerto.

Y fuése á la huerta seguido de la criada, que se ocultaba detras de él; las mujeres y la misma Hermana Putê venian detras, llenas de temor y curiosidad.

— Allá está, señor, dijo la criada deteniéndose y señalando con el dedo.

La comision se detuvo á respetable distancia, dejando al viejo avanzar solo.

Un cuerpo humano, colgado de la rama de un santol, se balanceaba suavemente, impulsado por la brisa. Contemplóle el viejo algun tiempo: vió aquellos piés rígidos, los brazos, la ropa manchada, la cabeza doblada.

— No debemos tocarle hasta que llegue la justicia, dijo en voz alta; ya está rígido; hace mucho que está muerto.

Las mujeres se acercaron poco á poco.

— Es el vecino que vivia en aquella casita, el que ha llegado hace dos semanas; ved la cicatriz en la cara.

— ¡Avemaría! exclamaron algunas mujeres.

— ¿Rezamos por su alma? preguntó una joven luego que hubo acabado de mirarlo y examinarlo.

— ¡Tonta, hereje! le riñe lá Hermana Putê, ¿no sabes lo que dijo el P. Dámaso? Es tentar á Dios rezar por un condenado; el que se suicida se condena irremisiblemente; por esto no se le entierra en lugar sagrado.

Y añadía:

— Ya me parecía que ese hombre iba á concluir mal; jamás pude averiguar de qué vivía.

— Yo le ví dos veces hablar con el sacristan mayor, observó una joven.

— ¡No será ni para confesarse ni para encargar una misa!

Acudieron los vecinos, y un numeroso corro rodeó el cadaver que aún continuaba oscilando. A la media hora vinieron un alguacil, el directorcillo y dos cuadrilleros; éstos lo descendieron y pusieron sobre unas parihuelas.

— La gente tiene prisa por morir, dice riendo el directorcillo, mientras se quitaba la pluma que tenia encima de la oreja.

Hizo sus preguntas capciosas, tomó declaracion á la criada á quien procuraba enredar, ya mirándola con malos ojos, ya amenazándola, ya atribuyéndole palabras que no había dicho, tanto que ella, creyendo que iba á la cárcel, empezó á llorar y acabó por declarar que no buscaba guisantes sino que . . . y sacaba por testigo á Teo.



En el entretanto, un campesino con un ancho salakot y en el cuello un gran parche, examinaba el cadaver y la cuerda.

La cara no estaba más amoratada que todo el resto del cuerpo; encima de la ligadura se veían dos rasguños y dos pequeños cardenales ó equimosis; las rozaduras de la cuerda eran blancas y no tenían sangre. El curioso campesino examinó bien la camisa y el pantalon, notó que estaban llenos de polvo y rotos recientemente en algunos sitios; pero lo que más llamó su atención fueron los simientes de *amores-secos*, pegados hasta en el cuello de la camisa.

— ¿Qué estás viendo? le pregunta el directorcillo.

— Estaba viendo, señor, si le podía reconocer, balbuceó medio descubriéndose, esto es bajando más el salakot.

— Pero ¿no has oído que es un tal Lucas? Estabas durmiendo?

Todos se echaron á reír. El campesino, corrido, balbuceó algunas palabras, y retiróse cabizbajo, andando lentamente.

— ¡Oy! á dónde vais? le grita el viejo; por allí no se sale; por allí se va á casa del muerto!

— ¡Todavía duerme el hombre! dice el directorcillo con burla; habrá que vaciarle agua encima.

Los circunstantes volvieron á reír.

El campesino dejó el sitio donde tan mal papel había jugado, y se dirigió á la iglesia. En la sacristía preguntó por el sacristan mayor.

— ¡Duerme aún! le contestaron groseramente; ¿no sabeis que anoche saquearon el convento?

— Esperaré á que despierte.

Miráronle los sacristanes con esa grosería propia de gentes acostumbradas á ser mal tratadas.

En un rincon, que quedaba en sombras, dormía el tuerto en una silla larga. Los anteojos estaban colocados sobre la frente entre los largos mechones de pelos; el pecho, escuálido y raquítico, estaba desnudo y se elevaba y deprimía con regularidad.

El campesino sentóse cerca, dispuesto á aguardar pacientemente, pero se le cae una moneda y va á buscarla, ayudado de una vela, debajo del sillón del sacristan mayor. El campesino nota también simientes de *amores-secos* en el pantalon y en las mangas de la camisa del dormido que despierta al fin, se restrega el único ojo sano, é increpa al hombre con bastante mal humor.

— ¡Quería mandar decir una misa, señor! contesta en tono de disculpa.

— Ya se han concluido todas las misas, dice entonces el tuerto dulcificando un poco su acento; si quieres para mañana . . . ¿es para las almas del Purgatorio.

— No, señor, contesta el campesino dándole un peso.

Y mirándole fijamente en el único ojo, añadió:

— Es para una persona que pronto va á morir.

Y abandonó la sacristia.

— Le hubiera podido pillar anoche! dijo suspirando mientras se quitaba el parche y se enderezaba para recobrar la cara y la estatura de Elías.

---

## LVII.

### ¡VÆ VICTIS!

**Mi gozo en un pozo.**

Guardias civiles se pasean con aire siniestro delante de la puerta del tribunal, amenazando con la culata de su fusil á los atrevidos chicuelos, que se levantan de puntillas ó se cargan unos á otros para ver algo al través de las rejas.

La sala no presenta ya aquel aspecto alegre de cuando se discutía el programa de la fiesta; ahora es sombrío y poco tranquilizador. Los guardias civiles y cuadrilleros que la ocupan, hablan apenas, y aún en voz baja y pronunciando breves palabras. Sobre la mesa emborronan papeles el directorcillo, dos escribientes y algunos soldados; el alférez se pasea de un lado á otro, mirando de cuando en cuando con aire feroz hácia la puerta; más orgulloso no habría aparecido Temístocles en los Juegos Olímpicos despues de la batalla de Salamina. Da Consolacion bosteza en un rincon, enseñando unas negras fauces y una accidentada dentadura; su mirada se fija fria y siniestra en la puerta de la carcel, cubierta de figuras indecentes. Ella habia conseguido del marido, á quien la victoria habia hecho amable, le dejase presenciar el interrogatorio y acaso las torturas consiguientes. La hiena olía el cadaver, se relamía y la aburría el retardo del suplicio.

El gobernadorcillo está muy compungido: su sillón, aquel gran sillón colocado debajo del retrato de S. M., está vacío y parece destinado á otra persona.

Cerca de las nueve, el cura llega pálido y cejijunto.

— ¡Pues no se ha hecho V. esperar! le dice el alférez.

— Preferiría no asistir, contesta el P. Salví en voz baja sin hacer caso de aquel tono amargo; soy muy nervioso.

— Como no ha venido nadie por no dejar el puesto, juzgué que su presencia de V. . . . Ya sabe V. que esta tarde salen.

— ¿El joven Ibarra y el teniente mayor . . . ?

El alférez señaló hácia la cárcel.

— Ocho están allí, dijo; el Bruno murió á medianoche, pero su declaracion ya consta.

El Cura saludó á Da. Consolacion, que respondió con un bostezo y un ¡aah!, y ocupó el sillón debajo del retrato de S. M.

— ¡Podemos empezar! repuso.

— ¡Sacad á los dos que están en el cepo! mandó el alférez con voz que procuró hacer lo más terrible que pudo, y volviéndose al Cura añadió cambiando de tono:

— ¡Están metidos saltando dos agujeros!

Para los que no están enterados de estos instrumentos de tortura, les diremos que el cepo es uno de los más inocentes. Los agujeros en que se introducen las piernas de los detenidos distan entre sí poco más ó menos de un palmo; saltando dos agujeros, el preso se encontraría en una posición un poco forzada, con una singular molestia en los tobillos y una abertura de las extremidades inferiores de más de una vara: no mata al instante como muy bien se puede imaginar.

El carcelero, seguido de cuatro soldados, retiró el cerrojo y abrió la puerta. Un olor nauseabundo y un aire espeso y húmedo se escaparon de la densa oscuridad á la vez que se oyeron algunos lamentos y sollozos. Un soldado encendió un fósforo, pero la llama se apagó en aquella atmósfera viciada y corrompida, y tuvieron que esperar á que el aire se renovase.

A la vaga claridad de una bugía se columbraron algunas formas humanas: hombres, abrazados á sus rodillas y ocultando la cabeza entre ellas, acostados boca abajo, de pié, vueltos á la pared, etc. Oyóse un golpear y rechinar, acompañados de juramentos: se abrió el cepo.

Da. Consolacion estaba medio inclinada hácia adelante, tendidos los músculos del cuello, los ojos salientes clavados en la entreabierta puerta.

Entre dos soldados salió una figura sombría, Társilo, el hermano de Bruno. En las manos tenía esposas; sus vestidos, desgarrados, descubrían una bien desarrollada musculatura. Sus ojos se fijaron insolentemente en la mujer del alférez.

— Este es el que se defendió con más bravura y mandó huir á sus compañeros, dijo el alférez á P. Salví.

Detrás vino otro de aspecto desgraciado, lamentándose y llorando como un niño: cojeaba y tenía el pantalón manchado de sangre.

— ¡Misericordia, señor, misericordia! no volveré á entrar en el patio! gritaba,

— Es un tunante, observó el alférez hablando con el cura; quiso huir pero ha sido herido en el muslo. Estos dos son los únicos que tenemos vivos.

— ¿Cómo te llamas? preguntó el alférez á Társilo.

— Társilo Alasigan.

— ¿Qué os prometió D. Crisóstomo para que atacáseis el cuartel?

— D. Crisóstomo jamás se ha comunicado con nosotros.

— ¡No lo niegues! Por eso quisisteis sorprendernos.

— Os equivocais: matásteis á nuestro padre á palos, le vengamos y nada más. Buscad á vuestros dos compañeros.

El alférez mira al sargento sorprendido.

— Allá están en un despeñadero, allá los arrojamos ayer, allá se pudrirán. Ahora matadme: no sabreis nada más.

Silencio y sorpresa general.

— Nos vas á decir quiénes son tus otros cómplices, amenazó el alférez blandiendo un bejuco.

Una sonrisa de desprecio se asomó en los labios del reo.

El alférez conferenció algunos instantes, en voz baja, con el Cura; y volviéndose á los soldados,

— ¡Conducidle á donde están los cadáveres! ordenó.

En un rincón del patio, sobre un carretón viejo están amontonados cinco cadáveres, medio cubiertos por un pedazo de estera rota, llena de porquerías. Un soldado se pasea de un extremo á otro escupiéndolo á cada instante.

— ¿Los conoces? preguntó el alférez levantando la estera.

Társilo no respondió; vió el cadáver del marido de la loca con otros dos, el de su hermano, acribillado de bayonetazos y el de Lucas aún con la soga al cuello. Su mirada se volvió sombría y un suspiro pareció escaparse de su pecho.

— ¿Los conoces? le volvieron á preguntar.

Társilo permaneció mudo.

Un silbido rasgó el aire y el bejuco azotó sus espaldas. Estremeciéndose, sus músculos se contrajeron. Los bejucazos se repitieron, pero Társilo siguió impasible.

— ¡Que le den de palos hasta que reviente ó declare! gritó el alférez exasperado.

— ¡Habla ya! le dice el directorcillo; de todos modos te matan.

Volvieron á conducirle á la sala donde el otro preso invocaba á los santos, castañeteándole los dientes y doblándosele las piernas.

— ¿Le conoces á ése? preguntó el P. Salví.

— ¡Es la primera vez que le veo! contestó Társilo mirando con cierta compasion al otro.

El alférez le dió un puñetazo y un puntapié.

— ¡Atadle al banco!

Sin quitarle las esposas, manchadas de sangre, fué sujetado á un banco de madera. El infeliz miró en derredor suyo como buscando algo y vió á Da. Consolacion; rióse sardónicamente. Sorprendidos los presentes, le siguieron la mirada y vieron á la señora, que se mordía ligeramente los labios.

— ¡No he visto mujer más fea! exclamó Társilo en medio del silencio general; prefiero acostarme sobre un banco, como estoy, que al lado de ella, como el alférez.

La Musa palideció.

— Me vais á matar á palos, señor alférez, continuó; esta noche me habrá vengado vuestra mujer al abrazaros.

— ¡Amordazadle! gritó el alférez furioso y temblando de ira.

Parece que Társilo sólo había deseado la mordaza, porque cuando la tuvo, sus ojos espresaron un rayo de satisfaccion.

A una señal del alférez, un guardia, armado de un bejuco, empezó su triste tarea. Todo el cuerpo de Társilo se contrajo; un rugido ahogado, prolongado, se dejó oír apesar del lienzo que le tapaba la boca; bajó la cabeza: sus ropas se manchaban de sangre.

El P. Salví, pálido, la mirada estraviada, se levantó trabajosamente, hizo una seña con la mano y dejó la sala con paso vacilante. En la calle vió una joven, apoyada de espaldas contra la pared, rígida, inmóvil, escuchando atenta, mirando al espacio, estendidas las crispadas manos contra el viejo muro. El sol la bañaba de lleno. Contaba, al parecer sin respirar, los golpes secos, sordos y aquel desgarrador gemido. Era la hermana de Társilo.

En la sala continuaba entretanto la escena: el desgraciado, rendido de dolor, enmudeció y aguardó á que sus verdugos se cansasen. Al fin, el soldado dejó caer el brazo jadeante; el alférez, pálido de ira y asombro, hizo una seña para que le desatasen.

Da. Consolacion se levantó entonces y murmuró al oído del marido algunas palabras. Este movió la cabeza en señal de inteligencia.

— ¡Al pozo con él! dijo.

Los filipinos saben lo que esto quiere decir; en tagalo lo traducen por *timbaín*. No sabemos quién habrá sido el que ha inventado este procedimiento, pero juzgamos que debe ser bastante antiguo. La Verdad saliendo de un pozo, sea quizás una sarcástica interpretación.

En medio del patio del tribunal se levanta el pintoresco brocal de un pozo, hecho groseramente con piedras vivas. Un rústico aparato de caña, en forma de palanca, sirve para sacar agua, viscosa, súa y de mal olor. Cacharros rotos, basura y otros líquidos se reunían allí, pues aquel pozo era como la cárcel; allí para cuanto la sociedad desecha ó da por inútil; objeto que dentro caiga, por bueno que hubiese sido, ya es cosa perdida. Sin embargo, no se cegaba jamás: á veces se los condena á los presos á ahondarlo y profundizarlo, no porque se pensase sacar de aquel castigo una utilidad, sino por las dificultades que el trabajo ofrecía: preso que allí una vez ha descendido, cogía una fiebre de la que moría regularmente.

Társilo contemplaba todos los preparativos de los soldados con mirada fija; estaba muy pálido y sus labios temblaban ó murmuraban una oración. La altivez de su desesperación parecía haberse desaparecido ó, cuando menos, debilitado. Varias veces dobló el erguido cuello, fijó la vista en el suelo, resignado á sufrir.

Llevaronle al lado del brocal, seguido de Da. Consolacion que sonreía. Una mirada de envidia lanzó el desventurado hácia el monton de cadáveres y un suspiro se escapó de su pecho.

— ¡Habla ya! volvió á decirle el directorcillo; de todos modos te ahorcan; al menos muere sin haber sufrido tanto.

— De aquí saldrás para morir, le dijo un cuadrillero.

Le quitaron la mordaza y le colgaron de los pies. Debía descender de cabeza y permanecer algun tiempo debajo del agua, lo mismo que hacen con el cubo, sólo que al hombre le dejan más tiempo.

El alférez se alejó para buscar un reloj y contar los minutos.

Entre tanto Társilo pendía, la larga carbollera ondeaba al aire, los ojos medio cerrados.

— Si sois cristianos, si teneis corazon, suplicó en voz baja, bajadme con rapidez ó haced de modo que mi cabeza choque contra la pared y me muera. Dios os premiará esta buena obra . . . quizás un día os veais como yo!

El alférez volvió y presidió el descenso, reloj en mano.

— ¡Despacio, despacio! gritaba Da- Consolacion siguiendo al infeliz con la vista; ¡cuidado!

La palanca bajaba lentamente; Társilo rozaba contra las piedras salientes y las plantas inmundas que crecían entre las grietas. Despues, la palanca cesó de moverse; el alférez contaba los segundos.

— ¡Arriba! mandó secamente al cabo de medio minuto.

El ruido argentino y armonioso de las gotas de agua cayendo sobre el alga anunció la vuelta del reo á la luz. Esta vez, como el peso del balancin era mayor, subió con rapidez. Los pedruzcos y guijarros, arrancados de las paredes, caian con estrépito.

Cubiertas de asqueroso cieno la frente y la cabellera, llena la cara de heridas y rozaduras, el cuerpo mojado y goteando, apareció á los ojos de la multitud silenciosa: el viento le hacía estremecerse de frio.

— ¿Quieres declarar? le preguntaron.

— ¡Cuida de mi hermana! murmuró el infeliz mirando suplicante á un cuadrillero.

La palanca de caña rechina de nuevo y el condenado vuelve á deraparecer. Da- Consolacion observaba que el agua permanecía tranquila. El alférez contó un minuto.

Cuando Társilo volvió á subir, sus facciones estaban contraídas y amoratadas. Dirigió una mirada á los circustantes y mantuvo abiertos los ojos, inyectados en sangre.

— ¿Vas á declarar? volvió á preguntar con desaliento el alférez.

Társilo movió negativamente la cabeza y volvieron á descenderle. Sus párpados se iban cerrando, sus pupilas seguian mirando al cielo donde flotaban blancas nubes; doblaba el cuello para seguir viendo la luz del día, pero pronto tuvo que hundirse en el agua, y el espectáculo del mundo le cerró aquel telon infame.

Pasó un minuto; la Musa en observacion vió gruesas burbujas de aire que subían á la superficie.

— ¡Tiene sed! dijo riendo.

Y el agua volvió á estar tranquila.

Esta vez duró un minuto y medio y el alférez hizo una seña.

Las facciones de Társilo ya no estaban contraídas; los entreabiertos párpados hacían ver el fondo blanco del ojo; de la boca salía agua cenagosa con estrias sanguinolentas; el viento frio soplaba, pero su cuerpo ya no se estremecía.

Todos se miraron en silencio, pálidos y consternados. El alférez hizo una seña para que le descolgasen y se alejó pen-

sativo; Da. Consolacion le aplicó varias veces á las desnudas piernas el boton de fuego de su cigarro, pero el cuerpo no se estremeció y se apagó el fuego.

— ¡Se ha asfixiado á sí mismo! murmuró un cuadrillero; mirad como se ha vuelto la lengua como queriéndosela tragar.

El otro preso contemplaba la escena temblando y sudando: miraba como un loco á todas partes.

El alférez encargó al directorcillo que le interrogase.

— ¡Señor, señor! gemía; ¡diré todo lo que vosotros querais!

— ¡Bueno! vamos á ver: ¿cómo te llamas?

— ¡Andong, señor!

— ¿Bernardo . . . Leonardo . . . Ricardo . . . Eduardo . . . Gerardo . . . ó qué?

— ¡Andong, señor! repitió el imbécil.

— Póngale V. Bernardo ó lo que sea, decidió el alférez.

— ¿Apellido?

El hombre le miró espantado.

— ¿Qué nombre tienes, qué te añaden al nombre Andong?

— ¡Ah, señor! Andong Medio-tonto, señor!

Los circunstantes no pudieron contener la risa; el mismo alférez detuvo su paseo.

— ¿Oficio?

— Podador de cocos, señor, y criado de mi suegra.

— ¿Quién os mandó que atacáseis el cuartel?

— ¡Nadie, señor!

— ¿Cómo nadie? No mientas que te van á meter en el pozo! ¿Quién os ha mandado? ¡Dí la verdad!

— ¡La verdad, señor!

— ¿Quién?

— ¡Quien, señor!

— Te pregunto quién os ha mandado hacer la revolucion.

— ¿Cual revolucion, señor?

— Eso, porque estabas tú anoche en el patio del cuartel.

— ¡Ah, señor! exclamó ruborizándose Andong.

— ¿Quién tiene pues la culpa de eso?

— ¡Mi suegra, señor!

Risa y sorpresa siguieron á estas palabras. El alférez se paró y miró con no severos ojos al infeliz, que creyendo que sus palabras habian producido buen efecto, continuó más animado.

— Sí, señor: mi suegra no me da de comer otra cosa más que todo lo podrido é inservible; anoche, cuando vine, me dolió el vientre, ví el patio del cuartel cerca, y me dije:



Es de noche, nadie te verá. Entré . . y cuando me levantaba, resonaron muchos tiros; ataba mis calzones.

Un bejucazo le cortó la palabra.

— ¡A la cárcel! mandó el alférez; esta tarde ¡a la Cabecera!

---

LVIII.

EL MALDITO.

Pronto se extendió por el pueblo la noticia de que los presos iban á partir; al principio fué oída con terror, despues vinieron los llantos y las lamentaciones.

Las familias de los presos corrian como locas: iban del convento al cuartel, del cuartel al tribunal, y no encontrando en ninguna parte consuelo, llenaban los aires de gritos y gemidos. El cura se había encerrado por estar enfermo; el alférez había aumentado sus guardias, que recibían con la culata á las mujeres suplicantes; el gobernadorcillo, sér inútil, parecía más tonto y más inútil que jamás. Frente á la cárcel, corrian de un extremo á otro las que áun tenían fuerzas; las que no, se sentaban en el suelo, llamando los nombres de las personas queridas.

El sol ardía y ninguna de aquellas infelices pensaba retirarse. Doray, la alegre y feliz esposa de D. Filipino, vaga desalada, llevando en brazos á su tierno hijo: ambos lloran.

— Retiraos, le decían; vuestro hijo va á coger una calentura.

— ¿A qué vivir si no ha de tener un padre que le eduque? contestaba la desconsolada mujer.

— ¡Vuestro marido es inocente; tal vez vuelva!

— ¡Sí, cuando ya nos muramos!

Cpna. Tinay llora y llama á su hijo Antonio; la valerosa Cpna. María mira hácia la pequeña reja, detrás de la cual están sus dos gemelos, sus únicos hijos.

Allí estaba la suegra del podador de cocos; ella no llora: se pasea, gesticula con los brazos remangados y arenga al público.

— ¿Habeis visto cosa igual? Prender á mi Andong, pegarle un tiro, meterle en el cepo y llevarle á la cabecera, sólo porque . . . porque tenía nuevos calzones? Esto pide

venganza! Los guardias civiles abusan! Juro que, si vuelvo á encontrar á cualquiera de ellos buscando un lugar retirado en mi huerta, como muchas veces ha sucedido, le mutilo, le mutilo! ó sino . . . ¡que me mutilen!!!

Pero pocas personas le hacían coro á la suegra musulmana.

— De todo esto tiene la culpa D. Crisóstomo, suspira una mujer.

El maestro de escuela vaga tambien confundido entre la multitud; Nor Juan no se frota ya las manos, no lleva su plomada ni su metro: el hombre viste de negro, pues ha oido malas noticias, y fiel á su costumbre de ver el porvenir como cosa sucedida, lleva ya luto por la muerte de Ibarra.

A las dos de la tarde un carro descubierto, tirado por dos bueyes, se paró delante del tribunal.

El carro fué rodeado de la multitud, que queria desengancharlo y destrozarlo.

— No hagais tal, decía Cpna. María; ¿quereis que vayan á pié?

Esto detuvo á las familias. Veinte soldados salieron y rodearon el vehiculo. Salieron los presos.

El primero fué D. Filipo, atado; saludó sonriendo á su esposa; Doray rompió en amargo llanto y costó trabajo á dos guardias impedirle que abrazase á su marido. Antonio, el hijo de Cpna. Tinay, apareció llorando como un niño, lo que no hizo más que aumentar los gritos de su familia. El imbécil Andong prorrumpió en llanto al ver á su suegra, causa de su desventura. Albino, el ex-seminarista, estaba tambien maniatado lo mismo que los dos gemelos de Cpna. María. Estos tres jóvenes estaban serios y graves. El último que salió fué Ibarra, suelto pero conducido entre dos guardias civiles. El joven estaba pálido; buscó una cara amiga.

— ¡Ese es el que tiene la culpa! gritaron muchas voces; ése tiene la culpa y va suelto!

— ¡Mi yerno no ha hecho nada y está con esposas!

Ibarra se volvió á sus guardias:

— ¡Atadme, pero atadme bien, codo á codo! dijo.

— ¡No tenemos orden!

— ¡Atadme!

Los soldados obedecieron.

El alférez apareció á caballo, armado hasta los dientes; seguíanle diez ó quince soldados más.

Cada preso tenia á su familia que rogaba allí por él, lloraba por él y le daba los nombres más cariñosos. Ibarra

era el único que no tenía a nadie; el mismo Nor Juan y el maestro de escuela habían desaparecido.

— ¿Qué os han hecho á vos mi marido y mi hijo? decíale llorando Doray; ved á mi pobre hijo! le habeis privado de su padre!

El dolor de las familias se cambió en ira para el joven, acusado de haber promovido el motin. El alferez dió la orden de partir.

— ¡Tú eres un cobarde! le gritaba la suegra de Andong. Mientras los otros se peleaban por tí, tú te escondías, cobarde!

— ¡Maldito seas! le decía un anciano siguiéndole; ¡maldito el oro amasado por tu familia para turbar nuestra paz! ¡Maldito! Maldito!

— ¡Que te ahorquen á ti, hereje! le gritaba una pariente de Albino, y sin poderse contener cogió una piedra y se lo arrojó.

El ejemplo fué pronto imitado, y sobre el desgraciado joven cayó una lluvia de polvo y piedras.

Ibarra sufrió impasible, sin ira, sin quejarse, la justa venganza de tantos corazones lastimados. Aquella era la despedida, el adios! que le hacía su pueblo donde tenía todos sus amores. Bajó la cabeza; quizás pensaría en un hombre, azotado por las calles de Manila, en una anciana que caía muerta á la vista de la cabeza de su hijo; quizás la historia de Elias pasaba por delante de sus ojos.

El alferez creyó necesario alejar á la multitud, pero las pedradas y los insultos no cesaron. Una madre tan sólo no vengaba en él sus dolores: Cpn. Maria. Inmóvil, los labios contraídos, los ojos llenos de lágrimas silenciosas, veía alejarse á sus dos hijos; contemplando su inmovilidad y su dolor mudo, Niobe deja de ser fabulosa.

El cortejo se alejó.

De las personas asomadas en las raras abiertas ventanas las que más compasion han demostrado para el joven son los indiferentes ó curiosos. Sus amigos todos se habían ocultado, si, hasta el mismo Cpn. Basilio, que prohibió el llanto á su hija Sinang.

Ibarra vió las humeantes ruinas de su casa, de la casa de sus padres, donde él había nacido, donde vivian los más dulces recuerdos de su infancia y adolescencia; las lágrimas, largo tiempo reprimidas, brotaron de sus ojos, dobló la cabeza y lloró, sin tener el consuelo de poder ocultar su llanto, atado como estaba, ni de que su dolor despertára en nadie compasion. Ahora no tenia él ni patria, ni hogar, ni amor, ni amigos, ni porvenir!

Desde una altura, un hombre contemplaba la fúnebre caravana. Era un anciano, pálido, demacrado, envuelto en una manta de lana, apoyándose con fatiga en un baston. Era el viejo filósofo Tasio, que á la noticia del suceso quiso dejar su cama y acudir, pero sus fuerzas no le han permitido. El viejo siguió con la vista el carro hasta que desapareció á lo lejos: permaneció algun tiempo pensativo y cabizbajo, despues se levantó y trabajosamente, tomó el camino de su casa, descansando á cada paso.

Al dia siguiente, los pastores le encontraban muerto en el umbral mismo de su solitario retiro.

---

LIX.

PATRIA É INTERESES.

El telégrafo trasmitió sigilosamente el suceso á Manila, y treinta y seis horas despues hablaban de ello con mucho misterio y no pocas amenazas los periódicos, aumentados, corregidos y mutilados por el fiscal. En el entretanto, noticias particulares, emanadas de los conventos, fueron las que primero corrieron de boca en boca, en secreto, y con gran terror de los que lo llegaban á saber. El hecho, en mil versiones desfigurado, fué creido con más ó menos facilidad segun adulaba ó contrariaba las pasiones y el modo de pensar de cada uno.

Sin que la pública tranquilidad apareciese turbada, al menos aparentemente, se revolvió la paz del hogar al igual que en un estanque: mientras la superficie aparece lisa y tersa, en el fondo hormigean, corren y se persiguen los mudos peces. Cruces, condecoraciones, galones, empleos, prestigio, poder, importancia, dignidades, etc., empezaron á revolotear como mariposas en una atmósfera de monedas de oro para los ojos de una parte de la población. Para la otra, oscura nube se levantó en el horizonte, destacándose de su ceniciento fondo, como negras siluetas, rejas, cadenas y aun el fatídico palo de la horca. Creíanse oír en el aire los interrogatorios, las sentencias, los gritos que arrancan las torturas; Marianas y Bagumbayan se presentaban envueltos en un haraposos y sangriento velo: pescadores y pescados en turbio. El Destino mostraba el acontecimiento á la imaginacion de los manileños como ciertos abanicos de China: una cara pintada de negro; la otra llena de dorado, colores vivos, aves y flores.

En los conventos reinaba la mayor agitacion. Enganchábanse coches, los provinciales se visitaban, tenían secretas conferencias. Presentábanse en los palacios para ofrecer su apoyo al Gobierno que corría gravísimo peligro. Se volvió á hablar de cometas, alusiones, alfilerazos, etc.

— ¡Un *Te Deum*, un *Te Deum*! decía un fraile en un convento; ¡esta vez que nadie falte en el coro! No es poca bondad de Dios hacer ver ahora, precisamente en tiempos tan perdidos, cuanto valemós nosotros!

— Con esta leccioncita se estará mordiendo los labios el generalillo Mal-Agüero, contestaba otro.

— ¿Qué habría sido de él sin las Corporaciones?

— Y para mejor celebrar la fiesta, que adviertan ¡el Hermano cocinero y al procurador . . . ¡Gaudeamus por tres dias!

— ¡Amen! — ¡Amen! — ¡Viva Salvi! — ¡Viva!

En otro convento se hablaba de otra manera.

— ¿Veis? Ese es un alumno de los jesuitas; del Ateneo salen los filibusteros! decía un fraile.

— Y los anti-religiosos.

— Yo ya lo dije: los jesuitas pierden al país, corrompen á la juventud; pero se los tolera porque trazan unos cuantos borrones en el papel cuando hay temblor . . .

— ¡Y Dios sabe como estarán hechos!

— Sí, ¡vaya V. á contradecirlos! Cuando todo tiembla y se mueve, quién escribe garabatos! Nada, el P. Secchi . .

Y sonrien con soberano desprecio.

— Pero y ¿los temporales? y ¿los báguios? pregunta otro con ironía sarcástica; ¿no es eso divino?

— ¡Cualquier pescador los pronostica!

— Cuando el que gobierna es un tonto . . . dime cómo tienes la cabeza y te diré cómo es tu pata! Pero verán Vs. si los amigos se favorecen unos á otros: los periódicos casi casi piden una mitra para el P. Salvi.

— Y ¡la va á tener! Se la chupa!

— ¿Lo crees?

— ¡Pues no! Hoy por cualquier cosa la dan. Yo sé de uno que con menos se la caló: escribió una chavacana obrita, demostró que los indios no eran capaces de otra cosa más que de ser artesanos . . . ¡psh! viejas vulgaridades!

— ¡Es verdad! Tantas injusticias dañan á la Religion! exclamaba otro; si las mitras tuviesen ojos y pudiesen ver sobre qué cráneos . . .

— Si las mitras fuesen objetos de la Naturaleza, añadía otro con voz nasal, *Natura abhorret vacuum* . . .

— ¡Por eso se les agarran; el vacío las atrae! contestaba otro.

Estas y otras cosas más se decían en los conventos, y hacemos gracia á nuestros lectores de otros comentarios con colores políticos, metafísicos ó picantes. Conduzcamos al lector á casa de un particular, y como en Manila tenemos pocos conocidos, vamos á casa de Cpn. Tinong, el hombre agasajador, que vimos convidando con insistencia á Ibarra para que le honrase con su visita.

En el rico y espacioso salon de su casa en Tondo, está Cpn. Tinong sentado en un ancho sillón, pasándose las manos por la frente y la nuca en ademan de desconsuelo, mientras su señora, la Cpna. Tinchang, lloraba y le sermoneaba delante de las dos hijas, que oían desde un rincón mudas, atontadas y conmovidas.

— ¡Ay, Virgen de Antipolo! gritaba la mujer, ¡Ay, Virgen del Rosario y de la Correa! ay! ay! Ntra. Sra. de Novaliches!

— ¡Nanay! . repuso la más joven de las hijas.

— ¡Ya te lo decía yo! continuó la mujer en tono de re-  
crimination; ¡ya te lo decía yo! ¡ay Virgen del Carmen, ay!

— Pero si tú no me has dicho nada! se atrevió á contestar Cpn. Tinong lloroso; al contrario, me decías que hacía bien en frecuentar la casa y conservar la amistad de Cpn. Tiago porque . . . porque era rico . . . y me dijiste . . .

— ¿Qué? qué te dije? Yo no te he dicho eso, no te he dicho nada! ¡Ay, si me hubieses escuchado!

— ¡Ahora me echas la culpa á mí! replicó en tono amargo, dando una palmada sobre el brazo del sillón; ¿no me decías que había hecho bien en invitarle á que comiese con nosotros, porque como era rico . . . decías que no debíamos tener amistades más que con los ricos? ¡Abá!

— Es verdad que yo te dije eso porque . . . porque ya no había remedio: tú no hacías más que alabarle; *D. Ibarra* aquí, *D. Ibarra* allá, *D. Ibarra* en todas partes, ¡abaá! Pero yo no te aconsejé que le vieras ni que habláras con él en aquella reunion; esto no me lo puedes negar.

— ¿Sabía yo que iba él allá, por ventura?

— ¡Pues, debías haberlo sabido!

— ¿Cómo, si ni siquiera le conocía?

— ¡Pues debías haberle conocido!

— Pero, Tinchang, ¡si era la primera vez que le veía, que oía hablar de él!

— ¡Pues debías haberle visto antes, oído hablar de él, para eso eres hombre, llevas pantalones y lees *El Diario de*

*Manila!* contestó impertérrita la esposa, lanzándole una terrible mirada.

Cpn. Tinong no supo qué replicaí.

Cpna. Tinchang no contenta con esta victoria, quiso anadarle, y acercándose con los puños cerrados,

— ¿Para eso he estado trabajando años y años, economizando, para que tú con tu torpeza echés á perder el fruto de mis fatigas? le increpó. Ahora vendrán á llevarte desterrado, nos despojarán de nuestros bienes, como á la mujer de . . . ¡Oh, si yo fuese hombre, si yo fuese hombre!

Y viendo que su marido bajaba la cabeza, empezó de nuevo á sollozar, pero siempre repitiendo:

— ¡Ay, si yo fuese hombre, si yo fuese hombre!

— Y si fueses tú hombre, preguntó al fin picado el marido, ¿qué harías?

— ¿Qué? pues . . . pues . . . pues hoy mismo me presentaría al Capitan General, para ofrecerme á pelear contra los alzados, ahora mismo!

— Pero ¿no has leído lo que dice *El Diario*? Lee! 'La traicion infame y bastarda ha sido reprimida con energía, fuerza y vigor, y pronto los rebeldes enemigos de la Patria y sus cómplices sentirán todo el peso y la severidad de las leyes . . . ¿ves? ya no hay alzamiento.

— No importa, debes presentarte como lo han hecho el 72, y se han salvado.

— ¡Sí! también lo ha hecho el P. Burg . . .

Pero no pudo concluir la palabra; la mujer corriendo le tapó la boca.

— ¡Dale! pronuncia ese nombre para que mañana mismo te ahorquen en Bagumbayan! ¿No sabes que basta pronunciarlo para ser sentenciado sin formacion de causa? ¡Jale! dílo!

Cpn. Tinong, por más que hubiese querido obedecerla, no habría podido: con ambas manos le tapaba la boca su mujer, oprimiendo su cabecita contra el espaldar del sillón, y acaso el pobre hombre se hubiera muerto asfixiado si un nuevo personaje no hubiese intervenido.

Este era el primo D. Primitivo, que sabía de memoria el Amat, un hombre de sus cuarenta años, pulcramente vestido, panzudo y algo regordete.

— *¿Quid video?* exclamó al entrar; ¿qué pasa? *Quare?*)

— ¡Ay, primo! dice la mujer corriendo llorosa hácia él; te he hecho llamar, pues no sé qué va á ser de nosotras . . .

---

1) Qué veo? por qué?

¿qué nos aconsejas? ¡Habla, tú que has estudiado latin y sabes argumentos . . .

— Pero antes *¿quid quaeritis? Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu; nihil volitum quin praecognitum.*<sup>1)</sup>

Y se sentó pausadamente. Cual si las frases latinas hubiesen poseído una virtud tranquilizadora, cesaron de llorar ambos cónyuges y se le acercaron esperando de sus labios el consejo, como un tiempo los griegos ante la frase salvadora del oráculo que los iba á librar de los persas invasores.

— ¿Por qué llorais? *¿Ubinam gentium sumus?*<sup>2)</sup>

— Tú sabes ya la noticia del levantamiento . . .

— *¿Alzamentum Ibarrae ab alferesio Guardiae civilis destructum? Et nunc?* Y ¿qué? Os debe D. Crisóstomo?

— No, pero sabes tú, Tinong le ha convidado á comer, le ha saludado en el Puente de España . . . á la luz del dia! Van á decir que es amigo suyo!

— ¿Amigo? exclamó sorprendido el latino levantándose, *¡amice, amicus Plato sed magis amica veritas.* Dime con quién andas y te diré quién eres! *Malum est negotium et est timendum rerum istarum horrendissimum resultatum! Hmm!*<sup>3)</sup>

Cpn. Tinong se puso espantosamente pálido al oír tantas palabras en *um*; este sonido le presagiaba mal. Su esposa juntó las manos suplicantes y dijo:

— Primo, no nos hables ahora en latin; ya sabes que no somos filósofos como tú; háblanos en tagalo ó castellano, pero danos un consejo.

— ¡Lástima que no entendais latin, prima: las verdades latinas son mentiras tagalas, por ejemplo: *contra principia negantem fustibus est arguendum,*<sup>4)</sup> en latin es una verdad como el Arca de Noé; lo puse una vez en práctica en tagalo, y fui yo el apaleado. Por esto, es una lástima que no sepais latin; en latin todo se podría arreglar.

— Sabemos tambien muchos *oremus, parcenobis y Agnus Dei Catolis*, pero ahora no nos entenderíamos. ¡Dale un argumento á Tinong para que no le ahorquen!

— ¡Has hecho mal, muy mal, primo, en trabar amistad con ese joven! repuso el latino. Los justos pagan por los pecadores; casi te aconsejaba que hicieras tu testamento . . .

<sup>1)</sup> Qué preguntais? Nada existe en la inteligencia que no haya pasado antes por los sentidos. No se desea lo que se desconoce.

<sup>2)</sup> Entre qué gentes estamos?

<sup>3)</sup> Amigo, Platon es mi amigo pero lo es más la verdad. El negocio es malo y temo un horrible fin.

<sup>4)</sup> A palos se le arguye al que niega los principios.



*¡Vae illis! Ubi est fumus ibi est ignis! Similis simili gaudet; atqui Ibarra ahorcatur, ergo ahorcaberis!*) . . .

Y movía la cabeza de un lado á otro, disgustado.

— ¡Saturnino, qué te pasa! grita Cpna. Tinchang, llena de terror; ¡ay, Dios mio! Se ha muerto! Un médico! Tinong, Tinongoy!

Acuden las dos hijas y empiezan las tres á lamentarse.

— ¡No es más que un desmayo, prima, un desmayo! Yo más me hubiera alegrado que . . . que . . . pero desgraciadamente no es más que un desmayo. *Non timeo mortem in catre sed super espaldonem Bagumbayanis.*) ¡Traed agua!

— ¡No te mueras! lloraba la mujer, ¡no te mueras que vendrán á prenderte! ¡Ay, si te mueres y vienen los soldados, ay! ay!

El primo le roció la cara con agua y el infeliz volvió en sí.

— ¡Vamos, no llorar! *Inveni remedium*, encontré el remedio. Transportémosle á su cama; ¡vamos! valor! que aquí estoy con vosotros y toda la sabiduría de los antiguos . . . Que llamen á un doctor; — y ahora mismo, prima, vas al Capitan General y le llevas un regalo, una cadena de oro, un anillo . . . *Dadivae quebrantant peñas*; dices que es regalo de Pascua. Cerrad las ventanas, las puertas, y á cualquiera que pregunte por mi primo que se le diga que está gravemente enfermo. Entretanto quemo todas las cartas, papeles y libros para que no puedan encontrar nada, como ha hecho D. Crisóstomo. *Scripti testes sunt! Quod medicamenta non sanant, ferrum sanat, quod ferrum non sanat, ignis sanat.*)

— ¡Si, toma, primo; quémalo todo! dice Cpna. Tinchang; aquí están las llaves, aquí las cartas de Cpn. Tiago, quémalas! Que no quede ningun periódico de Europa, que son muy peligrosos. Aquí están estos *The Times* que yo conservaba para envolver jabones y ropas. Aquí están los libros.

— Vete al Capitan General, prima, dice D. Primitivo; déjame solo. *In extremis extrema*. Dame el poder de un *director romano* y verás como salvo la pat . . . digo, al primo.

Y empezó á dar órdenes y más órdenes, á revolver estantes, rasgar papeles, libros, cartas etc. Pronto ardió una

) ¡Ay de ellos! donde hay humo hay fuego. Cada cual busca su pareja; es así que le ahorcan á Ibarra, luego serás ahorcado . . .

) No temo la muerte en el catre pero sí en el espaldon de Bagumbayan.

) Lo escrito testifica. Lo que no curan los medicamentos, lo cura el hierro; lo que no cura el hierro lo cura, el fuego.

hoguera en la cocina; partieron con hacha viejas escopetas; arrojaron al escusado herrumbrosos revólvers; la criada que quería conservar el cañon de uno para soplador, recibió un rúpice.

— *¿Conservare etiam sperasti, perfida?* Al fuego!

Y continuó su auto de fé.

Vió un viejo tomo en pergamino y leyó el título:

— “Revoluciones de los globos celestes por Copérnico”  
pfui! *ite, maledicti, in ignem kalanis!* exclamó arrojándolo á la llama. ¡Revoluciones y Copérnico! Crimen sobre crimen! Si no llego á tiempo . . . “La Libertad en Filipinas” ¡Tatatá! ¡qué libros! Al fuego!

Y se quemaron libros inocentes, escritos por autores simples. Ni el mismo “Capitan Juan”, obrita cándida, consiguió librarse. Primo Primitivo tenía razon: los justos pagan por los pecadores.

Cuatro ó cinco horas más tarde, en una tertulia de pretensiones en Intramuros se comentaban los acontecimientos del día. Eran muchas viejas y solteronas casaderas, mujeres ó hijas de empleados, vestidas de bata, abanicándose y bostezando. Entre los hombres, que, al igual de las mujeres, delataban en sus facciones su instruccion y origen, había un señor de edad, pequeño y manco, á quien trataban con mucha consideracion y que guardaba con respecto á los demás un desdeñoso silencio.

— A la verdad que antes no podía sufrir á los frailes y guardias civiles por lo mal educados que son, decía una señora gruesa; pero ahora que veo su utilidad y servicios, casi me casaría gustosa con cualquiera de ellos. Yo soy patriota.

— ¡Lo mismo digo! añadió una flaca; ¡qué lástima que no tengamos al anterior Gobernador: aquel dejaria el pais limpio como una patena.

— ¡Y se acabaría la ralea de filibusterillos!

— ¿No dicen que quedan muchas islas por poblar? Por qué no deportan allá á tantos indios chiflados? A ser yo el Capitan General . . .

— Señoritas, dice el manco: el Capitan General sabe su deber; segun he oido, está muy irritado, pues había colmado de favores á ese Ibarra.

— ¡Colmado de favores! repetía la flaca, abanicándose furiosa; ¡miren Vs. lo ingratos que son estos indios! ¿Se lo puede tratar acaso como á personas? ¡Jesus!

— Y ¿saben Vs. lo que he oido? preguntaba un militar.

— ¡A ver! — ¿Qué es? — ¿Qué dicen?

Personas fidedignas, dice el militar en medio del mayor

silencio, aseguran que todo aquel ruido de levantar una escuela era puro cuento.

— ¡Jesus! ¿Vs. han visto? exclamaron ellas creyendo ya en el cuento.

— La escuela era un pretesto; lo que quería levantar era un fuerte, desde donde poderse bien defender cuando vayamos á atacarle . . .

— ¡Jesus! que infamia! Solo un indio es capaz de tener tan cobardes pensamientos, exclamaba la gorda. Si fuera yo el Capitan General, ya verian . . . ya verian . . .

— ¡Lo mismo digo! exclama la flaca dirigiéndose al manco. Prendia á todo abogadillo, cleriguillo, comerciante, y sin formación de causa, desterrados ó bajo partida de registro! El mal arrancarlo de raiz!

— ¡Pues se dice que el filibusterillo ese es hijo de españoles! observó el manco sin mirar á nadie.

— ¡Ah ya! exclama impertérrita la gorda; ¡siempre iban á ser los criollos! ¡ningun indio entiende de revolucion! ¡Cria cuervos . . . cria cuervos . . . !

— ¿Saben Vs. lo que he oido decir? pregunta una criolla que así corta la conversacion. La mujer de Cpn. Tinong . . . ¿se acuerdan Vs.? aquel en cuya casa bailamos y cenamos en la fiesta de Tondo . . .

— ¡Aquel que tiene dos hijas? y ¿qué?

— Pues la mujer acaba de regalar esta tarde al Capitan General un anillo de mil pesos de valor!

El manco se vuelve.

— ¿De véras? y por qué? pregunta con ojos brillantes.

— La mujer decía, como regalo de Pascua . . .

— ¡La Pascua no viene dentro de un mes!

— Temerá que le venga el chaparron encima . . . observa la gorda.

— Y se pone á cubierto, añade la flaca.

— ¡Satisfaccion no reclamada, culpa confesada.

— En eso pensaba yo; V. ha puesto el dedo en la llaga.

— Es menester ver bien eso, observa pensativo el manco; me temo que allí haya gato encerrado.

— ¡Gato encerrado, eso! eso iba yo á decir, repite la flaca.

— Y yo, dice otra arrebatándole la palabra; la mujer de Cpn. Tinong es muy avara . . . aún no nos ha enviado ningun regalo y eso que heruos estado en su casa. Con que, cuando una agarrada y codiciosa suelta un regalito de mil pesitos . . .

— Pero ¿es cierto eso? preguntó el manco.

— ¡Y tanto! y tan cierto! se lo ha dicho á mi prima su novio, el ayudante de S. E. Y estoy por creer que es el mismo anillo que llevaba puesta la mayor el día de la fiesta. ¡Va siempre llena de brillantes!

— ¡Un escaparate andando!

— ¡Una manera de hacer reclamo como otra cualquiera!

En lugar de comprar un figurin ó pagar una tienda .

El manco abandonó la tertulia dando un pretexto.

Y dos horas despues, cuando ya todos dormían, varios vecinos de Tondo recibieron una invitacion por medio de soldados . . . La Autoridad no podía consentir que ciertas personas de posicion y propiedades durmiesen en casas tan mal guardadas y poco refrescadas: en la Fuerza de Santiago y otros edificios del Gobierno el sueño seria más tranquilo y reparador. Entre estas personas favorecidas estaba incluido el infeliz Cpn. Tinong.

---

## LX.

### MARIA CLARA SE CASA.

Cpn. Tiago está muy contento. En toda esta terrible temporada nadie se ha ocupado de él: no le han preso, no le han sometido á incomunicaciones, interrogatorios, máquinas eléctricas, pediluvios continuos en habitaciones subterráneas, y otras picardías más, que conocen bien ciertos personajes que se llaman á si mismos civilizados. Sus amigos, es decir, los que lo fueron (porque el hombre ya renegó de sus amigos filipinos, desde el instante en que fueron sospechosos para el Gobierno) han vuelto tambien á sus casas despues de algunos dias de vacaciones, en los edificios del Estado. El Capitan General mismo había ordenado que se los echase de sus posesiones, no juzgándolos bastante dignos para que pudiesen permanecer en ellos, con gran disgusto del manco, que quería celebrar las próximas Pascuas en su abundante y rica compañía.

Cpn. Tinong volvió á su casa enfermo, pálido, hinchado, — la excursion no le había probado bien, — y tan cambiado que no dice una palabra, ni saluda á su familia, que llora, rie, habla y se vuelve loca de contento. El pobre hombre ya no sale de casa por no correr el peligro de saludar á un filibustero. El mismo primo Primitivo, con toda la sabiduría de los antiguos, no le podía sacar de su mutismo.

— *Crede, prime*, le decía: si no llego á quemar todos tus papeles, te aprietan el cuello; pero si quemaba toda la casa, no te tocaban ni el pelo. Pero *quod eventum, eventum; Gratias agamus Domino Deo quia non in Marianis Insulis es, camotes seminando.*<sup>1)</sup>

Historias parecidas á las de Cpn. Tinong no las ignoraba Cpn. Tiago. El hombre rebosaba de gratitud, sin saber á punto fijo á quién deber tan señalados favores. Tia Isabel atribuía el milagro á la Virgen de Antipolo, á la Virgen del Rosario, ó por lo menos á la Virgen del Carmen, y cuando menos, cuando menos, es lo menos que ella puede conceder, á Ntra. Sra. de la Correa: segun ella, el milagro no podía escapar de allí. Cpn. Tiago no negaba el milagro, pero añadía:

— Lo creo, Isabel, pero no lo habrá hecho la Virgen de Antipolo sola; mis amigos habrán ayudado, mi futuro yerno, el Sr. Linares, que, ya sabes, embroma al mismo Señor Antonio Cánovas, aquel cuyo retrato nos trae la Ilustracion, aquel que no se digna enseñar á la gente más que media cara.

Y el buen hombre no podía reprimir una sonrisa de satisfaccion cada vez que oía una importante noticia acerca de los acontecimientos. Y no habia para menos. Se cuchicheaba por lo bajo que Itarra sería ahorcado; que si bien faltaban muchas pruebas para condenarle, últimamente habia aparecido una que confirmaba la acusacion; que los peritos habian declarado que, en efecto, las obras de la escuela podian pasar por un baluarte, una fortificacion, si bien algo defectuosa como no se podia menos de esperar de los indios ignorantes. Estos rumores le tranquilizaban y le hacían sonreír.

De igual manera que Cpn. Tiago y su prima divergian en sus opiniones, los amigos de la familia se dividían tambien en dos partidos: uno milagrero, y otro gubernamental, aunque este último era insignificante. Los milagreros estaban subdivididos: el sacristan mayor de Binondo, la vendedora de velas y el gefe de una cofradía veían la mano de Dios, movida por la Virgen del Rosario; el chino cerero, su proveedor cuando va á Antipolo, decía abanicándose y agitando la pierna:

— No siya osti gongong; Miligen li Antipulo esi! Esi pueli más con tolo; no siya osti gongong.<sup>2)</sup>

Cpn. Tiago tenía en mucha estima al chino, que se hacía pasar por profeta, médico, etc. Examinando la palma de la

<sup>1)</sup> Lo sucedido, sucedido. Demos gracias á Dios que no estás en las Islas Marianas sembrando camotes.

<sup>2)</sup> No sea V. tonto; es la Virgen de Antipolo! Esa puede más que todos; no sea V. tonto.

mano de su difunta esposa, en el sexto mes de embarazo, había pronosticado:

— ¡Si esi no hómele y no pactaylo, mujé juete-juete!')

Y María Clara vino al mundo para cumplir la profecía del infiel.

Cpn. Tiago, pues, hombre prudente y temeroso, no podía decidirse tan fácilmente como el troyano Páris; no podía dar así así la preferencia á una de las dos Vírgenes por temor de ofender á la otra, lo cual podría acarrear graves consecuencias. — 'Prudencia! se decía á sí mismo; no vayamos ahora á echarlo á perder'.

En estas dudas se hallaba cuando el partido gubernamental llegó: Da. Victorina, D. Tiburcio y Linares.

Da. Victorina habló por los tres varones y por ella misma, mencionó las visitas de Linares al Capitan General, é insinuó repetidas veces la conveniencia de un pariente de categoría.

— ¡Na! concluía, como ezimoz: el que á buena zombra ze acobija, buen palo ze le arrima.

— ¡A . . . a . . . al revés, mujer! corrigió el doctor.

Desde hace días pretende ella andaluzarse con suprimir la *d* y poner *z* por *s*, y esta idea no había quien se la quitase de la cabeza; primero se dejaba arrancar los rizos postizos.

— ¡Zí! añadía hablando de Ibarra; eze lo tenía muy merezio; yo ya lo ije cuano le vi la primera vez: ezte ez un filibuztero. ¿Qué te ijo á tí, primo, el General? Qué le haz icho, que noticiaz le izte e Ibarra?

Y viendo que el primo tardaba en contestar, prosiguió dirigiéndose á Cpn. Tiago.

— Créame uzté, zi le conenan á muelte, como ez e ezperar, zera por mi primo.

— ¡Señora! señora! protestó Linares.

Pero ella no le dió tiempo.

— ¡Ay que iplomático te haz güerto. Zabemoz que erez el conzejero del General, que no puee vivir zin tí . . . Ah! Clarita que placer e verte!

María Clara aparecía pálida aún, aunque ya bastante repuesta de su enfermedad. La larga cabellera iba recogida por una cinta de seda de un ligero azul. Saludó tímidamente, sonriendo con tristeza, y se acercó á Da. Victorina para el beso de ceremonia.

---

1) Si no es hombre y no se muere. será una buena mujer.

Después de las frases de costumbre, prosiguió la pseudo-andaluza;

— Venimoz á vizitaroz; oz habeiz zalbao graciaz á vueztraz relacionez! — mirando significativamente á Linares.

— ¡Dios ha protegido á mi padre! contestó en voz baja la joven.

— Zi, Clarita, pero el tiempo e loz milagroz ya ha pazao: nozotroz loz españolez ecimoz: ezconfía e la Virgen y échate á corré.

— ¡A . . . a . . . al revés!

Cpn. Tiago, que hasta entonces no había encontrado tiempo para hablar, se atrevió á preguntar poniendo mucha atencion á la respuesta:

— ¡De modo que V., Da. Victorina, cree que la Virgen . . .

— Venimoz precizamente á hablar con V. e la *Virgen*, contestó ella misteriosamente señalando á María Clara; tenemoz que hablar e negocioz.

La joven comprendió que debía retirarse; buscó un pretexto y se alejó, apoyándose en los muebles

Lo que en esta conferencia se dijo y se habló es tan bajo y tan mezquino que preferimos no referirlo. Baste decir que cuando se despidieron, estaban todos alegres, y que después Cpn. Tiago decía á tia Isabel:

— ¡Avisa á la fonda que mañana damos una fiesta! Vete preparando á María que la casamos dentro de poco.

Tia Isabel le miró espantada.

— ¡Ya lo verás! Cuando el Sr. Linares sea nuestro yerno, subiremos y bajaremos todos los palacios; nos tendrán envidia, se morirán todos de envidia!

Y así fué como á las ocho de la noche del siguiente día estaba llena otra vez la casa de Cpn. Tiago, sólo que ahora sus invitados son únicamente españoles y chinos; el bello sexo está representado por españolas peninsulares y filipinas.

Allí están la mayor parte de nuestros conocidos: el P. Sibyla, el P. Salví entre varios franciscanos y dominicos; el viejo teniente de la Guardia Civil, Sr. Guevara, más sombrío que antes; el alférez que cuenta por la milésima vez su batalla, mirando por encima de sus hombros á todos, creyéndose un D. Juan de Austria; ahora es teniente con grado de comandante; De Espadaña que le mira con respeto y temor y esquiva sus miradas, y Da. Victorina despechada. Linares no había llegado aún, pues, como personaje importante, debía llegar más tarde que los otros: hay seres tan cándidos que con una hora de atraso en todo se quedan grandes hombres.

En el grupo de las mujeres era María Clara el objeto de la murmuración: la joven las había saludado y recibido ceremoniosamente, sin perder su aire de tristeza.

— ¡Psh! decía una joven; orgullosita . . .

— Bonitilla, contestaba otra, pero él podía haber escogido otra que tuviese menos cara de tonta.

— El oro, chica; el buen mozo se vende.

En otra parte se decía:

— ¡Casarse cuando el primer novio está para ser ahorcado!

— A eso llamo ser prudente: tener á mano un reemplazo.

— Pues, cuando enviude . . .

Estas conversaciones las oía quizás la joven, que estaba sentada en una silla, arreglando una bandeja de flores, porque se le veía la mano temblar, palidecer y moderse varias veces los labios.

Eh el círculo de los hombres, la conversación era en voz alta, y, naturalmente, versaba sobre los últimos acontecimientos. Todos hablaban, hasta D. Tiburcio, menos el P. Sibyla que guardaba su desdenoso silencio.

— He oído decir que deja V. R. el pueblo, P. Salví? pregunta el nuevo teniente á quien ha hecho más ambable su nueva estrella.

— Nada tengo que hacer ya en él; me he de fijar para siempre en Manila . . . y ¿V.?

— Dejo también el pueblo, contestó estirándose; el Gobierno me necesita para que con una columna volante desinfecte las provincias de filibusteros.

Fr. Sibyla le mira rápidamente de pies á cabeza y le vuelve las espaldas por completo.

— ¿Se sabe ya de cierto qué va á ser del cabecilla, del filibusterillo? preguntó un empleado.

— ¿Había V. de Crisóstomo Ibarra? pregunta otro. Lo más probable y más justo es que sea ahorcado como los del 72.

— ¡Va desterrado! dice secamente el viejo teniente.

— ¡Desterrado! Nada más que desterrado! Pero será un destierro perpétuo! exclaman varios á la vez.

— Si ese joven, prosiguió el teniente Guevara en voz alta y severa hubiese sido más precavido; si hubiera confiado menos en ciertas personas, con quienes se escribe; si nuestros fiscales no supiesen interpretar demasiado sutilmente lo escrito, ese joven de seguro que habría salido absuelto.

Esta declaración del viejo teniente y el tono de su voz produjeron una gran sorpresa en el auditorio, que no supo qué decir. El P. Salví miró á otra parte, quizás para no ver



la mirada sombría que le dirigía el anciano. María Clara dejó caer las flores y se quedó inmóvil. El P. Sibyla, que sabía callar, parecía también que era el único que sabía preguntar.

— ¿Habla V. de cartas, Sr. Guevara?

— Hablo de lo que me dijo el defensor, que ha tomado la causa con celo é interés. Fuera de algunas ambiguas líneas, que este joven escribió á una mujer antes de partir para Europa, líneas en que el fiscal vió el proyecto y una amenaza contra el Gobierno, y que él reconoció como suyas, no se le podía encontrar por donde acusarle.

— Y ¿la declaracion del bandido antes de morir?

— El defensor la anuló, pues, segun el bandido mismo, ellos jamás se habían comunicado con el joven, sino sólo con un tal Lucas, que era enemigo suyo segun se pudo probar, y que se ha suicidado, acaso por los remordimientos. Se probó que los papeles encontrados en poder del cadaver eran falsificados, pues la letra era igual á la que tenía el Sr. Ibarra hace siete años, pero no á la de ahora, lo que hace suponer que el modelo sea esta carta acusadora. Aún más, el defensor decía, que si el Sr. Ibarra no hubiera querido reconocer la carta, mucho se habría podido hacer por él; pero á su vista se puso pálido, perdió el ánimo y ratificó cuanto en ella habia escrito.

— Decía V., preguntó un franciscano, que iba dirigida la carta á una mujer ¿cómo llegó á manos del fiscal?

El teniente no respondió; miró un momento al P. Salvi, y se alejó, retorciendo nerviosamente la afilada punta de su barba gris, mientras los otros hacian comentarios.

— ¡Allí se vé la mano de Dios! decía uno; hasta las mujeres le tienen odio.

— Hizo quemar su casa creyendo salvarse, pero no contaba con la huésped, esto es, con la querida, con la *babai*, añadió otro riendo. ¡Está de Dios! Santiago cierra España!

Entretanto el viejo militar se detuvo en uno de sus paseos y se acercó á María Clara, que escuchaba la conversacion, inmóvil en su asiento: á sus piés se veían las flores.

— V. es una jóven muy prudente, le dijo el viejo teniente en voz baja; ha hecho V. bien en entregar la carta . . . así se aseguran Vs. un tranquilo porvenir.

Ella le vió alejarse con ojos atontados, mordiéndose los labios. Afortunadamente pasó la tia Isabel. María Clara tuvo la fuerza suficiente para cogerla del vestido.

— ¡Tia! murmuró.

— ¿Qué tienes? preguntó ésta espantada al ver la cara de la joven.

— ¡Conducidme á mi cuartol suplicó colgándose del brazo de la anciana para levantarse.

— ¿Estás enferma, hija mía? Parece que has perdido los huesos? qué tienes?

— Un mareo . . . la gente de la sala . . . tanta luz . . . necesito descansar. Decid á mi padre que dormiré.

— ¡Estás fría! quieres té?

María Clara movió la cabeza negativamente, cerró con llave la puerta de su alcoba y sin fuerzas se dejó caer en el suelo, al pié de una imágen, sollozando:

— ¡Madre, madre, madre mia!

Por la ventana y la puerta, que comunicaba con la azotea, entraba la luz de la luna.

La música seguía tocando alegres vales; llegaban hasta la alcoba las risas y el *run run* de las conversaciones; varias veces tocaron á la puerta su padre, tia Isabel, Da. Victorina y aun Linares, pero María Clara no se movió: un estertor se escapaba de su pecho.

Pasaron horas; las alegrías de la mesa terminaron, se oía bailar, se consumió la bugía y se apagó, pero la joven continuaba aún inmóvil en el suelo, iluminada por los rayos de la luna, al pié de la imágen de la Madre de Jesus.

La casa volvió á quedar poco á poco en silencio, se apagaron las luces, tia Isabel llamó de nuevo á la puerta.

— ¡Vamos, se ha dormido! dijo la tia en voz alta; como es joven y no tiene ningun cuidado, duerme como un cadaver.

Cuando todo estuvo en silencio; ella se levantó lentamente y paseó un mirada al rededor, vió la azotea, los pequeños emparrados, bañados por la melancólica luz de la luna.

— ¡Un tranquilo porvenir! Dormir como un cadaver! murmuró en voz baja y se dirigió á la azotea.

La ciudad dormía; sólo se oía de tiempo en tiempo el ruido de un coche, pasando el puente de madera sobre el rio, cuyas solitarias aguas reflejaban tranquilas la luz de la luna.

La joven levantó los ojos al cielo de una limpidez de zafir; quitóse lentamente sus anillos, pendientes, agujas y peineta, colocándolos sobre el antepecho de la azotea, y miró hácia el rio.

Una banca, cargada de zacate, se detenía al pié del embarcadero, que tiene cada casa á orillas del rio. Uno de los dos hombres que la tripulaban subió la escalera de piedra, saltó el muro, y segundos despues, se oían sus pasos subiendo la escalera de la azotea.

María Clara le vió detenerse al descubrirla, pero sólo fué

un momento, porque el hombre avanzó lentamente y, á tres pasos de la joven, se detuvo. María Clara retrocedió.

— ¡Crisóstomo! murmuró llena de terror.

— ¡Si, soy Crisóstomo! repuso el joven en voz grave: un enemigo, un hombre que tenía razones para odiarme, Elías, me ha sacado de la prision en que me han arrojado mis amigos.

A estas palabras siguió un triste silencio; María Clara inclinó la cabeza y dejó caer ambas manos.

Ibarra continuó:

— Junto al cadaver de mi madre juré hacerte feliz, sea cual fuere mi destino! Pudiste faltar á tu juramento, ella no era tu madre; pero yo, yo que soy su hijo, tengo su memoria por sagrada, y al través de mil peligros he venido aquí á cumplir con el mio, y la casualidad permite que te hable á tí misma. María, no nos volveremos á ver; eres joven y acaso algun dia tu conciencia te acuse . . . vengo á decirte, antes de partir, que te perdono. Ahora ¡sé feliz y adios!

Ibarra trató de alejarse, pero la joven le detuvo.

— ¡Crisóstomo! dijo; Dios te ha enviado para salvarme de la desesperacion . . . ¡óyeme y júzgame!

Ibarra quiso deshacerse dulcemente de ella.

— No le venido á pedirte cuenta . . . he venido para darte la tranquilidad

— No quiero esa tranquilidad que me regalas; la tranquilidad me la daré yo misma. Tú me desprecias, y tu desprecio me hará amarga hasta la muerte!

Ibarra vió la desesperacion y el dolor de la pobre mujer, y le preguntó qué deseaba.

— ¡Que creas que te he amado siempre!

Crisóstomo sonrió con amargura.

— ¡Ah! tú dudas de mí, dudas de la amiga de tu infancia, que jamás te ha ocultado un solo pensamiento! exclamó con dolor la joven. ¡Te comprendo! Cuando sepas mi historia, la triste historia que me revelaron durante mi enfermedad, te compadecerás de mí y no tendrás esa sonrisa para mi dolor. ¿Por qué no has dejado que me muriese en manos de mi ignorante médico? Tú y yo habríamos sido más felices!

María Clara descansó un momento y continuó:

— ¡Tú lo has querido, tú has dudado de mí, que mi madre me perdone! En una de las dolorosas noches de mis padecimientos, un hombre me reveló el nombre de mi verdadero padre, y me prohibió tu amor . . . á no ser que mi padre mismo te perdonára el agravio que le has inferido!

Ibarra retrocedió y miró espantado á la joven.

— Si, continuó ella; el hombre me dijo que no podía permitir nuestra union, pues su conciencia se lo prohibiría, y se veria obligado á publicarlo, á riesgo de causar un grande escándalo, porque mi padre es . . .

Y murmuró al oido del joven un nombre en voz tan baja que sólo él lo oyó.

— ¿Qué iba yo á hacer? Debía yo sacrificar á mi amor la memoria de mi madre, el honor de mi padre falso y el buen nombre del verdadero? ¿Podía hacerlo sin que tú mismo me despreciaras?

— Pero ¡pruebas, tuviste pruebas? Tú necesitabas pruebas! exclamó Crisóstomo convulso.

La joven sacó de su seno dos papeles.

— ¡Dos cartas de mi madre, dos cartas escritas en medio de sus remordimientos, cuando me llevaba en sus entrañas! Toma, léelas y verás cómo ella me maldice y desea mi muerte . . . ¡mi muerte que en vano procuró mi padre con medicinas! Estas cartas las ha olvidado él en la casa donde vivió, el hombre las encontró y conservó, y sólo me han sido entregadas á cambio de tu carta . . . para asegurarse, segun decia, de que no me iba á casar contigo sin el consentimiento de mi padre. Desde que las llevo sobre mi, en lugar de tu carta, siento el frio sobre el corazon. Te sacrifiqué, sacrifiqué mi amor . . . ¿qué no hace una por una madre muerta y dos padres vivos? ¿Sospechaba yo el uso que iban á hacer de tu carta?

Ibarra estaba aterrado. María Clara prosiguió:

— ¿Qué me quedaba ya? podía decirte por ventura quién era mi padre, podía decirte que le pidieras perdon, á él que tanto ha hecho sufrir al tuyo? podía decirle á mi padre acaso que te perdonara, podía decirle que yo era su hija, á él que tanto ha deseado mi muerte? ¡Sólo me restaba sufrir, guardar conmigo el secreto, y morir sufriendo! . . . Ahora, amigo mio, ahora que sabes la triste historia de tu pobre Maria, ¿tendrás aún para ella esa desdeñosa sonrisa?

— ¡Maria, tú eres una santa!

— Soy feliz puesto que tú me crees . . .

— Sin embargo, añadió el joven cambiando de tono, he oido que te casas . . .

— ¡Sí! sollozó la joven; mi padre me exige este sacrificio . . . él me ha amado y alimentado y no era su deber, yo le pago esta deuda de gratitud asegurándole la paz por medio de este nuevo parentesco, pero . . .

— ¿Pero?

— No olvidaré los juramentos de fidelidad que te hice.

— ¿Qué meditas hacer? preguntó Ibarra tratando de leer en sus ojos.

— El porvenir es oscuro y el Destino está entre sombras! no sé lo que he de hacer; pero sabe que yo amo una sola vez, y sin amor jamás seré de nadie. Y de tí ¿qué va á ser de tí?

— No soy más que un fugitivo . . . huyo. Dentro de poco se descubrirá mi fuga, María . . .

María Clara cogió la cabeza del joven entre sus manos, le besó repetidas veces en los labios, le abrazó, y despues, alejándole bruscamente de sí,

— ¡Huye, huye! le dijo; ¡huye, adios!

Ibarra la miró con ojos brillantes, pero, á una señal suya, el joven se alejó ébrio, vacilante . . .

Saltó otra vez el muro y entró én la banca. María Clara, apoyada sobre el antepecho le miraba alejarse.

Elias se descubrió y la saludó profundamente.

---

## LXI.

### LA CAZA EN EL LAGO.

— Oid, señor, el plan que he meditado, dijo Elias pensativo mientras se dirigian á S. Gabriel. Os ocultaré ahora en casa de un amigo mio en Mandaluyong; os traeré todo vuestro dinero, que he salvado y guardado al pié del baliti, en la misteriosa tumba de vuestro abuelo; dejareis el pais . . .

— ¿Para ir al Estrangero? interrumpió Ibarra.

— Para vivir en paz los dias que os quedan de vida. Teneis amigos en España, sois rico, podreis haceros indultar. De todos modos, el Estrangero para nosotros es una patria mejor que la propia.

Crisóstomo no contestó; meditó en silencio.

Llegaban en aquel momento al Pasig y la banca empezó á subir la corriente. Sobre el Puente de España corria un ginete aprisa y se oía un prolongado y agudo silbato.

— Elias, repuso Ibarra; debeis vuestra desgracia á mi familia, me habeis salvado la vida dos veces, y os debo no sólo gratitud sino tambien una restitucion de vuestra fortuna. Me aconsejais que viva en el Estrangero, pues venid conmigo y vivamos como hermanos. Aquí sois tambien desgraciado.

Elias movió tristemente la cabeza y contestó:

— ¡Imposible! Es verdad que yo no puedo amar ni ser feliz en mi país, pero puedo sufrir y morir en él, y acaso por él: siempre es algo. ¡Que la desgracia de mi patria sea mi propia desgracia, y puesto que no nos une un noble pensamiento, puesto que no laten nuestros corazones á un solo nombre, al menos que á mis paisanos me una la comun desventura, al menos que lllore yo con ellos nuestros dolores, que un mismo infortunio oprima nuestros corazones todos!

— Entonces ¿por qué me aconsejais que parta?

— Porque en otra parte podeis ser feliz y yo no, porque no estais hecho para sufrir, y porque aborreceriais vuestro país, si un día os viéseis por causa suya desgraciado: y aborrecer á su patria es la mayor desventura.

— ¡Sois injusto conmigo! exclamó Ibarra con amargo reproche; olvidais que, apenas llegado aquí, me he puesto á buscar su bien . . .

— No os ofendais, señor, no os hago ningun reproche: ¡ojalá todos puedan imitaros! Pero yo no os pido imposibles, y no os ofendais si os digo que vuestro corazon os engaña. Amábais á vuestra patria porque vuestro padre así os lo ha enseñado; la amábais porque en ella teniais amor, fortuna, juventud, porque todo os sonreía, vuestra patria no os habia hecho ninguna injusticia; la amábais como amamos todo aquello que nos hace felices. Pero el día en que os veais pobre, hambriento, perseguido, delatado y vendido por vuestros mismos compatriotas, ese día renegareis de vos, de vuestra patria y de todos.

— Vuestras palabras me lastiman, dijo Ibarra resentido.

Eliás bajó la cabeza, meditó y repuso:

— Yo quiero desengañaros, señor, y evitaros un triste porvenir. Acordaos de aquella vez cuando yo os hablaba en esta misma banca y á la luz de esta misma luna, haré un mes, días más días menos: entonces érais feliz. La súplica de los desgraciados no llegaba hasta vos: desdeñasteis sus quejas porque eran quejas de criminales; disteis más oídos á sus enemigos y, apesar de mis razones y ruegos, os pusisteis del lado de sus opresores, y de vos dependia entonces el que yo me convirtiese en criminal ó me dejase matar para cumplir una palabra sagrada. Dios no lo ha permitido porque el anciano gefe de los malhechores ha muerto . . . ¡Ha pasado un mes y ahora pensais de otra manera!

— Teneis razon, Eliás, pero el hombre es un animal de circunstancias: entonces estaba cegado, disgustado ¿qué sé yo? Ahora la desgracia me ha arrancado la venda; la soledad y

la miseria de mi prision ne han enseñado; ahora veo el horrible cancer que roe á esta sociedad, que se agarra á sus carnes y que pide una violenta extirpacion. ¡Ellos me han abierto los ojos, me han hecho ver la llaga y me fuerzan á ser criminal! Y pues que lo han querido, seré filibustero, pero verdadero filibustero; llamaré á todos los desgraciados, á todos los que dentro del pecho sienten latir un corazon, á esos que os enviaban á mi . . . ;no, no seré criminal, nunca lo es el que lucha por su patria, al contrario! Nosotros, durante tres siglos, les tendemos la mano, les pedimos amor, ansiamos llamarlos nuestros hermanos, ¿cómo nos contestan? Con el insulto y la burla, negándonos hasta la cualidad de seres humanos. ¡No hay Dios, no hay esperanzas, no hay humanidad; no hay más que el derecho de la fuerza!

Ibarra estaba nervioso; todo su cuerpo temblaba.

Pasaron por delante del palacio del General y creyeron notar movimiento y agitacion en los guardias.

— ¿Se habrá descubierto la fuga? murmuró Elías. Acostaos, señor, para que os cubra con el zacate, pues pasaremos al lado del Polvorista, y al centinela puede chocarle e que seamos dos.

La banca era una de esas finas y estrechas canoas que no bogan sino que resbalan por encima del agua.

Como Elías había previsto, el centinela le paró y le preguntó de donde venía.

— De Manila, de dar zacate á los oidores y curas, contestó imitando el acento de los de Pandakan.

Un sargento salió y enteróse de lo que pasaba.

— ¡Sulung! díjole éste; te advierto que no recibas en la banca á nadie; un preso acaba de escaparse. Si le capturas y me le entregas te daré una buena propina.

— Está bien, señor; ¿qué señas tiene?

— Va de levita y habla español; con que ¡*cuidao!*

La banca se alejó. Elías volvió la cara y vió la silueta del centinela, de pié junto á la orilla.

— Perderemos algunos minutos de tiempo, dijo en voz baja; debemos entrar en el rio Beata para simular que soy de Peña Francia. Vereis el rio que cantó Francisco Baltazar.

El pueblo dormía á la luz de la luna. Crisóstomo se levantó para admirar la paz sepulcral de la Naturaleza. El rio era estrecho y sus orillas formaban llano, sembrado de zacate.

Elías arrojó su carga en la orilla, cogió una larga caña y sacó debajo de la yerba algunos vacíos bayones ó sacos hechos de hoja de palmera. Siguieron navegando.

— Sois dueño de vuestra voluntad, señor, y de vuestro porvenir, dijo á Crisóstomo que se mantenía silencioso. Pero si me permitis una observacion, os diria: Mirad bien lo que vais á hacer, vais á encender la guerra, pues teneis dinero, cabeza y encontrareis pronto muchos brazos, fatalmente hay muchos descontentos. Mas, en esta lucha que vais á emprender, los que más sufrirán son los indefensos é inocentes. Los mismos sentimientos que hace un mes, hacian que me dirigiese á vos pidiendo reformas, son tambien los que me mueven ahora á deciros que mediteis. El pais, señor, no piensa separarse de la Madre Patria; no pide más que un poco de libertad, de justicia y de amor. Os secundarán los descontentos, los criminales, los desesperados, pero el pueblo se abstendrá. Os equivocais si, viendo todo oscuro, creéis que el pais está desesperado. El pais sufre, sí, pero aun espera, cree, y sólo se levantará cuando haya perdido la paciencia, esto es, cuando lo quieran los que gobiernan, lo cual aun está lejos. Yo mismo no os seguiria; jamás acudiré á esos remedios extremos mientras vea esperanza en los hombres.

— ¡Entonces iré sin vos! repuso Crisóstomo resuelto.

— ¿Es vuestra firme decision?

— ¡Firme y única, testigo la memoria de mi padre! Yo no me dejo arrancar impunemente paz y felicidad, yo que sólo he deseado el bien, yo que todo he respetado y sufrido por amor á una religion hipócrita, por amor á una patria. ¿Cómo me han correspondido? Hundiéndome en un calabozo infame y prostituyendo á mi futura esposa. ¡No, no vengarme sería un crimen, sería animarlos á nuevas injusticias! No, fuera cobardia, pusilanimidad gemir y llorar cuando hay sangre y vida, cuando al insulto y al reto se une el escarnio! Yo llamaré á ese pueblo ignorante, le haré ver su miseria; que no piense en hermanos; sólo hay lobos que se devoran, y les diré que contra esta opresion se levanta y protesta el eterno derecho del hombre para conquistar su libertad!

— ¡El pueblo inocente sufrirá!

— ¡Mejor! ¿Podeis conducirme hasta la montaña?

— ¡Hasta que esteis en seguridad! contestó Elías.

Salieron de nuevo al Pasig. Hablaban de cuando en cuando de cosas indiferentes.

— ¡Santa Ana! murmuró Ibarra, ¿conocereis esta casa?

Pasaban delante de la casa de campo de los jesuitas.

— ¡Allí pasé yo muchos dias felices y alegres! suspiró Elías. En mi tiempo veniamos cada mes . . . entonces era yo como los otros: tenía fortuna, familia, soñaba y vislumbraba



un porvenir. En esos días veía á mi hermana en el vecino colegio; me regalaba una labor de sus manos . . . la acompañaba una amiga, una bella joven. Todo ha pasado como un sueño.

Permanecieron silenciosos hasta llegar á *Malapad-na-bató*. Los que de noche han surcado alguna vez el Pasig, en una de esas noches mágicas que Filipinas ofrece, cuando la luna derrama desde el limpido azul melancólica poesía; cuando las sombras ocultan la miseria de los hombres y el silencio apaga los mequinos acentos de su voz; cuando sólo habla la Naturaleza, esos comprenderán lo que meditaban ambos jóvenes.

En *Malapad-na-bató*, el carabinero tenía sueño, y, viendo que la banca estaba vacía y no ofrecía botín alguno que coger según la tradicional costumbre de su cuerpo y uso de aquel puesto, dejélos pasar fácilmente.

El guardia civil de Pasig tampoco sospechaba nada, y no fueron molestados.

Comenzaba á amanecer cuando llegaron al lago, manso y tranquilo como un gigantesco espejo. La luna palidecía y el Oriente se teñía con rosadas tintas. A cierta distancia columbraron una masa gris que avanzaba poco á poco.

— La falúa viene, murmura Elías; acostaos y os cubriré con estos sacos.

Las formas de la embarcación se hacían más claras y perceptibles.

— Se pone entre la orilla y nosotros, observa Elías inquieto.

Y varió poco á poco la dirección de su banca, remando hácia Binangonan. A su gran estupor notó que la falúa cambiaba también de dirección, mientras una voz le gritaba.

Elías detúvose y reflexionó. La orilla estaba aun lejos y pronto estarían al alcance de los fusiles de la falúa. Pensó volver al Pasig: su banca era más veloz que aquella. Pero ¡fatalidad! otra banca venía del Pasig, y se veían brillar los capacetes y bayonetas de los guardias civiles.

— ¡Estamos cogidos! murmuró palideciendo.

Miróse sus robustos brazos y tomando la única resolución que quedaba, principió á remar con todas sus fuerzas hácia la Isla de Talim: Entretanto, se asomaba el sol.

La banca se deslizaba rápidamente; Elías vió sobre la falúa, que viraba, algunos hombres de pié haciéndole señas.

— ¿Sabeis guiar un banca? preguntó á Ibarra.

— Sí; ¿por qué?

— Porque estamos perdidos si no salto al agua y les hago perder la pista. Ellos me perseguirán, yo nado y buceo

bien . . . . yo los alejaré de vos, y despues procurais salvaros.

— ¡No, quedaos y vendamos caras nuestras vidas!

— Inútil, no tenemos armas, y con sus fusiles nos matarán como pajaritos.

En aquel momento se oyó un *chiss* en el agua como la caida de un cuerpo caliente, seguido inmediatamente de una detonacion.

— ¿Veis? dijo Elías poniendo el remo en la banca! Nos veremos en la Nochebuena en la tumba de vuestro abuelo. Salvaos!

— Y ¿vos?

— Dios me ha sacado de mayores peligros.

Elías se quitó la camisa; una bala la rasgó de sus manos, y dos detonaciones se dejaron oír. Sin turbarse, estrechó la mano de Ibarra, que continuaba tendido en el fondo de la banca; se levantó y saltó al agua, empujando con el pié la pequeña embarcacion.

Oyéronse varios gritos, y pronto á alguna distancia apareció la cabeza del joven como para respirar, ocultándose al instante.

— ¡Allá, allá esta! gritaron varias voces y silbaron de nuevo las balas.

La falúa y la banca pusiéronse en su persecucion: una ligera estela señalaba su paso, alejándose cada vez más de la banca de Ibarra, que bogaba como si estuviese abandonada. Cada vez que el nadador sacaba la cabeza para respirar, disparaban sòbre él guardias civiles y falueros.

La caza duraba; la banquilla de Ibarra estaba ya lejos, el nadador se aproximaba á la orilla, distante unas cincuenta brazas. Los remeros estaban ya cansados, pero Elías lo estaba tambien, pues sacaba la cabeza amenudo y cada vez en distinta direccion, como para desconcertar á sus perseguidores. Ya no señalaba la traidora estela el paso del buzo. Por última vez le vieron cerca de la orilla á unas diez brazas, hicieron fuego . . despues pasaron minutos y minutos; nada volvió á aparecer sobre la superficie tranquila y desierta del lago.

Media hora despues, un remero pretendía descubrir en el agua, cerca de la orilla señales de sangre, pero sus compañeros sacudían la cabeza con un aire que tanto quería decir sí como no.

LXII.

EL P. DÁMASO SE EXPLICA.

En vano se amontonan sobre una mesa los preciosos regalos de boda; ni los brillantes en sus estuches de terciopelo azul, ni los bordados de piña, ni las piezas de seda atraen las miradas de María Clara. La joven mira, sin ver ni leer, el periódico que da cuenta de la muerte de Ibarra, ahogado en el lago.

De repente siente que dos manos se posan sobre sus ojos, la sujetan y una voz alegre, la del P. Dámaso, le dice:

— ¿Quién soy? ¿quién soy?

María Clara salta de su asiento y le mira con terror.

— Tontica, ¿has tenido miedo, eh? No me esperabas, eh? Pues he venido de provincias para asistir á tu casamiento.

Y acercándose con una sonrisa de satisfacción, le tendió la mano para que se la besara. María Clara se acercó temblorosa y la llevó con respeto á sus labios.

— ¿Qué tienes, María? preguntó el franciscano, perdiendo su sonrisa alegre y llenándose de inquietud; tu mano está fría, palideces . . . ¿estás enferma, hijita?

Y el P. Dámaso la atrajo á sí con una ternura de la que no se le hubiera creído capaz, cogió ambas manos de la joven y la interrogó con la mirada.

— ¿No tienes ya confianza en tu padrino? preguntó en tono de reproche: vamos, siéntate aquí y cuéntame tus disgustillos, como lo hacías conmigo de niña, cuando deseabas velas para hacer muñecas de cera. Ya sabes que te he querido siempre . . . nunca te he reñido . . .

La voz del P. Dámaso dejaba de ser brusca y llegaba á tener modulaciones cariñosas. María Clara empezó á llorar.

— ¿Lloras? hija mía, ¿por qué lloras? Has reñido con Linares?

María Clara se tapó los oídos.

— ¡Nada de él . . . ahora! gritó la joven.

P. Dámaso la miró lleno de asombro.

— ¿No quieres confiarme tus secretos? No he procurado siempre satisfacer tus más pequeños caprichos?

La joven levantó hácia él sus ojos llenos de lágrimas, le miró algun rato, y volvió á llorar amargamente.

— ¡No llores así, hija mía, que tus lágrimas me hacen daño! Cuéntame tus penas; verás cómo tu padrino te ama!

María Clara se le acercó lentamente, cayó de rodillas á

sus piés y levantando su semblante, bañado en llanto, le dijo en voz baja, apenas perceptible:

— ¿Me ama V. aún?

— ¡Niña!

— ¡Entonces . . . proteja V. á mi padre y rompa mi casamiento!

Y la joven le refirió su última entrevista con Ibarra, ocultando el secreto de su nacimiento.

El P. Dámaso apenas podía creer lo que oía.

— Mientras él vivía, continuó la joven, pensaba luchar, esperaba, confiaba! Quería vivir para oír hablar de él . . . pero ahora que le han muerto, ahora no hay razón para que viva y sufra.

Esto lo dijo ella lentamente, en voz baja, con calma, sin lágrimas.

— Pero, tonta, ¿no es Linares mil veces mejor que . . .

— Cuando él vivía, podía yo casarme . . . pensaba huir despues . . . mi padre no quiere más que el parentesco! Ahora que él está muerto, ningun otro me llamará su esposa . . . Cuando él vivía, podía yo envilecerme, quedábame el consuelo de saber que él existía y quizás pensaría en mi; ahora que él está muerto . . . el convento ó la tumba.

El acento de la joven tenía una firmeza tal que el P. Dámaso perdió su aire alegre y se puso muy pensativo.

— ¡Le amabas tanto á él? preguntó balbuceando.

Maria Clara no respondió. Fr. Dámaso inclinó la cabeza sobre el pecho y se quedó silencioso.

— ¡Hija mia! exclamó con voz quebrada; perdóname que te haya hecho infeliz sin saberlo. Yo pensaba en tu porvenir, quería tu felicidad. ¿Cómo podía permitirte yo que te casases con uno del país, para verte esposa infeliz y madre desgraciada? Yo no podía quitar de tu cabeza tu amor, y me opuse con todas mis fuerzas, abusé de todo, por tí, solamente por tí. Si hubieses sido su esposa, llorarías despues, por la condicion de tu marido, espuesto á todas las vegaciones sin medio de defensa; madre, llorarías por la suerte de tus hijos: si los educas, les preparas un triste porvenir; se hacen enemigos de la Religion, y los verás ahorcados ó espatriados; si los dejas ignorantes, los verás tiranizados y degradados! No lo podía consentir! Por esto buscaba para tí un marido que te pudiese hacer madre feliz de hijos que manden y no obedezcan, que castiguen y no sufran . . . Sabía que tu amigo de la infancia era bueno, le quería á él como á su padre, pero los odié desde que ví que iban á causar tu infelicidad, porque yo te quiero, te

idolatro, te amo como se ama á una hija; no tengo más cariño que el tuyo; yo te he visto crecer; no transcurre una hora sin que piense en tí; sueño en tí; tu eres mi única alegría . . .

Y el P. Dámaso se puso á llorar como un niño.

— Pues bien, si me ama V. no me haga eternamente desgraciada; él ya no vive, quiero ser monja!

El viejo apoyó su frente en la mano.

— ¡Ser monja, ser monja! repitió. Tú no sabes, hija mía, la vida, el misterio, que se oculta detras de los muros del convento, ¡tú no lo sabes! prefiero mil veces verte infeliz en el mundo que en el claustro . . . Aquí tus quejas pueden oirse; allá sólo tendrás los muros . . . Tú eres hermosa, muy hermosa, y no has nacido para él, para esposa de Cristo! Créeme, hija mía, el tiempo lo borra todo; más tarde te olvidarás, amarás, y amarás á tu marido . . . á Linares.

— ¡O el convento ó . . . la muerte! repitió María Clara.

— ¡El convento, el convento ó la muerte! exclamó el P. Dámaso. María, yo ya soy viejo, no podré velar más tiempo por tí y por tu tranquilidad . . . Escoge otra cosa, busca otro amor, otro joven, sea quien quiera, pero menos el Convento.

— ¡El Convento ó la muerte!

— ¡Dios mio, Dios mio! gritó el sacerdote, cubriéndose la cabeza con las manos; tú me castigas, sea! pero vela por mi hija! . . .

Y volviéndose á la joven:

— ¿Quieres ser monja? lo serás; no quiero que mueras.

María Clara le cogió ambas manos, las estrechó, las besó arrodillándose.

— ¡Padrino, padrino mio! repetía.

Fr. Dámaso salía despues triste, cabizbajo y suspirando.

— ¡Dios, Dios, tú existes puesto que castigas! Pero véngate en mí y no hieras al inocente, salva á mi hija!

---

## LXIII.

### LA NOCHEBUENA.

Arriba, en la vertiente de la montaña, cabe á un torrente, se esconde entre los árboles una choza, construida sobre torcidos troncos. Sobre su techo de kogon trepa ramosa, cargada de frutas y flores, la calabaza; adornan el rústico

hogar cuernas de venado, calaveras de jabalí, algunas con largos colmillos. Allí vive una familia tagala, dedicada á la caza y á cortar leñas.

A la sombra de un árbol, el abuelo hace escobas con los nervios de la palma, mientras una joven coloca en un cesto huevos de gallina, limones y legumbres. Dos muchachos, un niño y una niña, juegan al lado de otro, pálido, melancólico, de ojos grandes y mirada profunda, sentado sobre un caído tronco. En sus enflaquecidas facciones reconoceremos al hijo de Sisa, Basilio, el hermano de Crispin.

— Cuando te pongas bueno del pié, le decía la niña, jugaremos pico-pico con escondite, yo seré la madre.

— Subirás con nosotros á la cumbre del monte, añadía el niño, beberás sangre de venado con zumo de limon y te pondrás grueso, y entonces te enseñaré á saltar de roca en roca, encima del torrente.

Basilio sonreía con tristeza, miraba la llaga de su pié, y despues dirigia la vista al sol que brillaba espléndido.

— Vende estas escobas, dijo el abuelo á la joven, y compra algo para tus hermanos que hoy es la Pascua.

— ¡Reventadores, quiero reventadores! gritó el niño.

— Yo, una cabeza para mi muñeca! gritó la niña, cogiendo á su hermana del tapis.

— Y tú ¿qué quieres? preguntó el abuelo á Basilio.

Este se levantó trabajosamente y se acercó al anciano.

— Señor, le dijo, ¿he estado pues enfermo más de un mes?

— Desde que te encontramos desmayado y lleno de heridas, han pasado dos lunas; creíamos que ibas á morir . . .

— ¡Dios os pague; nosotros somos muy pobres! repuso Basilio; pero ya que hoy es Pascua, quiero irme al pueblo para ver á mi madre y á mi hermanito. Me estarán buscando.

— Pero, hijo, todavía no estás bueno y tu pueblo está lejos; no llegas á media noche.

— ¡No importa, señor! Mi madre y mi hermanito deben estar muy tristes; todos los años pasamos juntos esta fiesta . . . el año pasado comimos un pescado entre nosotros tres . . . madre habrá estado llorando buscándome.

-- ¡No llegarás vivo al pueblo, muchacho! Esta noche tenemos gallina y tapa de jabalí. Mis hijos te buscarán cuando vengán del campo . . .

— Teneis muchos hijos, y mi madre no tiene más que a nosotros dos; acaso me cree ya muerto! Esta noche quiero darle una alegría, un aguinaldo . . . un hijo!

El anciano sintió humedecerse sus ojos, puso la mano sobre la cabeza del niño y le dijo conmovido:

— ¡Pareces un viejo! ¡Anda, vete, busca á tu madre, dale el aguinaldo . . . de Dios, como dices; si hubiese sabido el nombre de tu pueblo, habría ido allá cuando estabas malo. Anda, hijo mio, que Dios y el Señor Jesus te acompañen. Lucía, mi nieta, irá contigo hasta el próximo pueblo.

— ¿Cómo? te vas? le pregunta el niño. Allá abajo hay soldados, hay muchos ladrones. ¿No quieres ver mis reventadores? ¡Pum purumpum!

— ¿No quieres jugar gallina ciega con escondite? preguntaba la niña; ¿te has escondido alguna vez? Verdad, no hay cosa más agradable que ser perseguido y esconderse?

Basilio se sonrió, cogió su baston y con lágrimas en los ojos,

— Volveré pronto, dijo; traeré á mi hermanito, le vereis y jugareis con él; es tan grande como tú.

— ¿Anda tambien cojeando? preguntó la niña; entonces le haremos madre en el pico-pico.

— No te olvides de nosotros, le decía el anciano; llévate esta tapa de jabali y dáselo á tu madre.

Los niños le acompañaron hasta el puente de caña, colocado sobre el torrente de alborotado curso.

Lucía le hizo apoyarse sobre su brazo y desaparecieron de la vista de los niños.

Basilio marchaba ligero apesar de su pierna vendada.

---

El viento del Norte silba y los habitantes de S. Diego tiritan de frio.

Es la Nochebuena, y sin embargo el pueblo está triste. Ni un farol de papel cuelga de las ventanas, ningun ruido en las casas anuncia regocijo como otros años.

En el entresuelo de la casa de Cpn. Basilio, hablan al lado de una reja éste y D. Filipino (la desgracia del último los había hecho amigos), mientras que en la otra miran hácia la calle Sinang, su prima Victoria y la bella Yday.

La luna, menguante, empezaba á brillar en el horizonte y doraba nubes, árboles y casas, proyectando largas y fantásticas sombras.

— ¡No es poca fortuna la vuestra, salir absueltos en estos tiempos! decía Cpn. Basilio á D. Filipino; os han quedado vuestros libros, sí, pero otros han perdido más.

Una mujer se acercó á la reja y miró hácia el interior.

Sus ojos eran brillantes, sus facciones demacradas, su cabellera suelta y desgreñada: la luna le daba un aspecto singular.

— ¡Sisa! exclamó sorprendido D. Filipo, y volviéndose á Cpn. Basilio mientras la loca se alejaba,

— ¿No estaba en casa de un médico? preguntó; ¿se ha curado ya?

Cpn. Basilio se sonrió amargamente.

— El médico tuvo miedo de que le acusasen como amigo de D. Crisóstomo y la despidió de su casa. Ahora vaga otra vez tan loca como siempre, canta, es inofensiva y vive en el bosque . . .

— ¿Qué cosas más han sucedido en el pueblo desde que lo dejamos? Sé que tenemos cura nuevo y nuevo alférez . . .

— ¡Terribles tiempos, la Humanidad retrocede! murmura Cpn. Basilio pensando en el pasado. Vereis, al día siguiente de vuestra marcha encontraron muerto al sacristan mayor, colgado del zaquizami de su casa. El P. Salví sintió mucho su muerte y se apoderó de todos sus papeles. ¡Ah! el filósofo Tasio murió también y fué enterrado en el cementerio de los chinos.

— ¡Pobre D. Anastasio! suspiró D. Filipo; y ¿sus libros?

— Fueron quemados por los piadosos, que así creían agrandar á Dios. Nada pude salvar ni los libros de Ciceron . . . el Gobernadorcillo no hizo nada por impedirlo.

Ambos guardaron silencio

En aquel momento se oía el canto triste y melancólico de la loca.

— ¿Sabes cuando se casa Maria Clara? preguntaba Yday á Sinang.

— No lo sé, contestó ésta: recibí una carta de ella, pero no la abro por temor de saberlo. ¡Pobre Crisóstomo!

— Dicen que si no es por Linares, á Cpn. Tiago le ahorcan, ¿qué iba á hacer Maria Clara? observó Victoria.

Un muchacho pasó cojeando; corría en direccion á la plaza, de donde partía el canto de Sisa. Es Basilio. El niño ha encontrado su casa, desierta y en ruinas; despues de muchas preguntas sólo sacó que su madre estaba loca y vagaba por el pueblo; de Crispin ni una palabra.

Basilio tragóse las lágrimas, ahogó el dolor y sin descansar fué á buscar á su madre. Llegó al pueblo, preguntó por ella y el canto hirió sus oidos. El infeliz dominó el temblor de sus piernas y quiso correr para arrojarse en los brazos de su madre.

La loca dejó la plaza y se llegó delante de la casa del



nuevo alférez. Ahora como antes hay un centinela en la puerta, y una cabeza de mujer se asoma á la ventana, pero no es la Medusa, es una joven: alférez y desgraciado no son sinónimos.

Sisa empezó á cantar delante de la casa, mirando á la luna, que se mecía majestuosa en el cielo azul entre nubes de oro. Basilio la veía y no se atrevía á acercarse, esperando quizás que abandone el sitio; andaba de un lado á otro pero evitando aproximarse al cuartel.

La joven que estaba en la ventana escuchaba atenta el canto de la loca, y mandó al centinela que le hiciese subir.

Sisa, al ver acercarse al soldado y oír su voz, llena de terror, echóse á correr, y sabe Dios como corre una loca. Basilio sigue detras de ella, y temiendo perderla, corre y olvida los dolores de sus piés.

— ¡Mirad como ese muchacho persigue á la loca! exclama indignada una criada que estaba en la calle.

Y viendo que la seguía persiguiendo, cogió una piedra y la lanzó contra él diciendo:

— ¡Toma! qué lástima que esté atado el perro!

Basilio sintió un golpe en su cabeza, pero continuó corriendo sin hacer caso. Los perros le ladraban, los gansos graznaban, unas ventanas se abrían para dar paso á un curioso, cerrábanse otras temiéndose otra noche de alborotos.

Llegaron fuera del pueblo. Sisa empezó á moderar su carrera; gran distancia la separaba de su perseguidor.

— ¡Madre! le gritó cuando la distinguió.

La loca, apenas oyó la voz, comenzó de nuevo á huir.

— ¡Madre, soy yo! gritó el muchacho desesperado.

La loca no oía, el hijo seguía jadeante. Los sembrados habían pasado y estaban ya cerca del bosque.

Basilio vió á su madre entrar en él y entró también. Las matas, los arbustos, los espinosos juncos y las raíces salientes de los árboles impedían la carrera de ambos. El hijo seguía la silueta de su madre, alumbrada de cuando en cuando por los rayos de la luna, penetrando al través de los claros y las ramas. Era el misterioso bosque de la familia de Ibarra.

El muchacho tropezó varias veces cayendo, pero se levantaba, no sentía dolor: toda su alma se reconcentraba en sus ojos, que seguían la querida figura.

Pasaron el arroyo que murmuraba dulcemente; las espinas de las cañas, caídas en el barro de la orilla, se hundían en sus piés desnudos: Basilio no se detenía para arrancarlos.

A su gran sorpresa vió que su madre se internaba en

la espesura y entraba por la puerta de madera, que cierra la tumba del viejo español al pié del balití.

Basilio trató de hacer lo mismo pero halló la puerta cerrada. La loca defendía la entrada con sus descarnados brazos y desgredada cabeza, manteniéndola cerrada con todas sus fuerzas.

— ¡Madre, soy yo, soy yo, soy Basilio, vuestro hijo! gritó el estenuado muchacho dejándose caer.

Pero la loca no cedía; apoyándose con los piés contra el suelo ofrecía una enérgica resistencia.

Basilio golpeó la puerta con el puño, con su cabeza, bañada en sangre, lloró, pero en vano. Levantóse trabajosamente, miró al muro, pensando escalarlo, pero nada halló. Lo rodeó entonces y vió una rama del fatídico balití cruzándose con la de otro árbol. Trepó: su amor filial hacía milagros, y de rama en rama pasó al balití, y vió á su madre sosteniendo aún con su cabeza las hojas de la puerta.

El ruido que hacía en las ramas llamó la atención de Sisa; volviése y quiso huir, pero el hijo, dejándose caer del árbol, la abrazó y la cubrió de besos, perdiendo despues el sentido.

Sisa vió la frente bañada en sangre; inclinóse hácia él, sus ojos parecían saltar de las órbitas, le miró en la cara, y aquellas pálidas facciones sacudieron las dormidas células de su cerebro; algo como una chispa brotó de su mente, reconoció á su hijo y, soltando un grito, cayó sobre el desmayado muchacho, abrazándole y besándole.

Madre é hijo permanecieron inmóviles . . .

Cuando Basilio volvió en sí halló á su madre sin sentido. La llamó, prodigóle los más tiernos nombres y, viendo que ni respiraba ni despertaba, levantóse, fué al arroyo á sacar un poco de agua en un cucurucho de hojas de plátano y roció con ella el pálido rostro de su madre. Pero la loca no hizo el menor movimiento, sus ojos continuaron cerrados.

Basilio la miró espantado; aplicó sus oídos al corazón de ella, pero el flaco y marchito seno estaba frío y el corazón no latía: puso los labios sobre sus labios y no percibió ningún aliento. El desgraciado abrazó el cadáver y lloró amargamente.

La luna brillaba en el cielo magestuosa, la brisa vagaba suspirando y debajo de la yerba los grillos trinaban.

La noche de luz y alegría para tantos niños, que en el caliente seno de la familia celebran la fiesta de más dulces recuerdos, la fiesta que conmemora la primera mirada de amor que el cielo envió á la tierra; esa noche en que todas

las familias cristianas comen, beben, bailan, cantan, rien, juegan, aman, se besan . . . esa noche, que en los países fríos es mágica para la niñez con su tradicional árbol de pino, cargado de luces, muñecas, confites y oropeles, que miran deslumbrados los redondos ojos donde se espeja la inocencia, esa noche no ofrece á Basilio más que una orfandad. ¿Quién sabe? Acaso en el hogar del taciturno P. Salvi juegan también los niños, acaso se canta:

La Nochebuena se viene,  
La Nochebuena se va . . .

El niño lloró y gimió mucho y cuando levantó la cabeza, vió un hombre delante de sí, que le contemplaba en silencio. El desconocido le preguntó en voz baja:

— ¿Eres el hijo?

El muchacho afirmó con la cabeza.

— ¿Qué piensas hacer?

— ¡Enterrarla!

— ¿En el cementerio?

— No tengo dinero, y además no lo permitiría el cura.

— ¿Entonces . . . ?

— Si me quisiéseris ayudar . . .

— Estoy muy débil, contestó el desconocido que se dejó caer poco á poco en el suelo, apoyándose con ambas manos en tierra; estoy herido . . . hace dos días que no he comido ni dormido . . . ¿No ha venido ninguno esta noche?

El hombre permaneció pensativo contemplando la interesante fisonomía del muchacho.

— ¡Escucha! continuó en voz más débil; habré muerto también antes que venga el día . . . A veinte pasos de aquí, á la otra orilla del arroyo, hay mucha leña amontonada; tráela, haz una pira, pon nuestros cadáveres encima, cúbrelos y prende fuego, mucho fuego hasta que nos convirtamos en cenizas . . .

Basilio escuchaba.

— Despues, si ningun otro viene . . . cavarás aquí, encontrarás mucho oro . . . y todo será tuyo. Estudia!

La voz del desconocido se hacía cada vez más ininteligible.

— Ve á buscar la leña . . . quiero ayudarte.

Basilio se alejó. El desconocido volvió la cara hácia el Oriente y murmuró como orando:

— ¡Muerdo sin ver la aurora brillar sobre mi patria . . . ! vosotros, que la habeis de ver, saludadla . . . no os olvideis de los que han caído durante la noche!

Levantó sus ojos al cielo, sus labios se agitaron como murmurando una plegaria, despues bajó la cabeza y cayó lentamente en tierra . . .

Dos horas más tarde, Hermana Rufa estaba en el *batalan* de su casa haciendo sus abluciones matinales para ir á misa. La piadosa mujer miraba al cercano bosque y vió subir una gruesa columna de humo; frunció las cejas y, llena de santa indignacion, exclamó:

— ¿Quién será el hereje que en dia de fiesta hace *kaingin*? ¡Por eso vienen tantas desgracias! Prueba ir al Purgatorio y verás si te saco de allá, salvaje!

---

## EPILOGO.

Viviendo aún muchos de nuestros personajes, y habiendo perdido de vista á los otros, es imposible un verdadero epílogo. Para bien de la gente, matariamos con gusto á todos nuestros personajes empezando por el P. Salví y acabando por Da. Victorina, pero no es posible . . . ¡que vivan! el pais y no nosotros los ha de alimentar al fin . . .

Desde que María Clara entró en el convento, el P. Dámaso dejó el pueblo para vivir en Manila, al igual del P. Salví, que, mientras espera una mitra vacante, predica varias veces en la iglesia de Sta. Clara, en cuyo convento desempeña un cargo importante. No pasaron muchos meses y el P. Dámaso recibió orden del M. R. P. Provincial para desempeñar el curato en una provincia muy lejana. Cuéntase que tomó tanto pesar en ello que al día siguiente le hallaron muerto en su alcoba. Unos dijeron que murió de apoplegia, otros de una pesadilla, pero el médico dispipó las dudas declarando que murió de repente.

Ninguno de nuestros lectores reconoceria ahora á Cpn. Tiago si le viese. Ya semanas antes de profesar María Clara cayó en un estado de abatimiento tal que empezó á enflaquecer y á ponerse muy triste, meditabundo y desconfiado, como su ex-amigo, el infeliz Cpn. Tinong. Tan pronto como las puertas del convento se cerraron, ordenó á su desconsolada prima, la tia Isabel, recogiese cuanto á su hija y difunta esposa habia pertenecido, se fuese á Malabon ó S. Diego, pues quería vivir solo en adelante. Dedicóse al *liampó* y á la gallera con

furia, y empezó á fumar opio. Ya no va á Antipolo, ni manda decir misas; Da. Patrocínio, su vieja competidora, celebra piadosamente su triunfo, poniéndose á roncar durante los sermones. Si alguna vez, al caer de la tarde, os paseais por la primera calle de Santo Cristo, vereis, sentado en la tienda de un chino, un hombre pequeño, amarillo, flaco, encorvado, con los ojos hundidos y soñolientos, labios y uñas de un color súcio, mirando á la gente como si no la viese. Al llegar la noche le vereis levantarse con trabajo, y, apoyado en un baston, dirigirse á una estrecha esquinita, entrar en una sucia casucha, encima de cuya puerta se lee en grandes letras rojas: FUMADERO PUBLICO DE ANFION. Este es aquel Cpn. Tiago tan célebre, hoy completamente olvidado, hasta del mismo sacristan mayor.

Da. Victorina ha añadido á sus rizos postizos y á su andaluzamiento, si nos pasan la palabra, la nueva costumbre de querer guiar los caballos del coche, obligando á D. Tiburcio á estarse quieto. Como por la debilidad de su vista sucedían muchas calamidades, ella usa ahora quevedos, que le dan un aspecto famoso. El doctor no ha vuelto á ser llamado para asistir á nadie; los criados le ven muchos dias de la semana sin dientes, lo cual, como saben nuestros lectores, es de muy mal agüero.

Linares, único defensor de este desgraciado, hace tiempo descansa en Paco, víctima de una disenteria y de los malos tratamientos de su cuñada

El victorioso alférez se fué á España, de teniente con grado de comandante, dejando á su amable mujer en su camisa de franela, cuyo color es ya incalificable. La pobre Ariadna, al verse abandonada, se consagró tambien, como la hija de Minos, al culto de Baco y al cultivo del tabaco, y bebe y fuma con tal pasion que ya la temen no sólo las jovencitas sino tambien las viejas y los chiquillos.

Vivirán probablemente aún nuestros conocidos del pueblo de S. Diego, si es que no se han muerto en la explosion del vapor „Lipa“, que hacia el viaje á la provincia. Como nadie se cuidó de saber quiénes fueron los infelices que en aquella catástrofe murieron, á quiénes pertenecieron las piernas y brazos desparramados en la Isla de la Convalecencia y en las orillas del rio, ignoramos por completo si entre ellos iba algun conocido de nuestros lectores. Estamos satisfechos, como el Gobierno y la Prensa de entonces, con saber que el único fraile que en el vapor estaba se ha salvado y no pedimos más. Lo principal para nosotros es la vida de los virtuosos

sacerdotes, cuyo reinado en Filipinas conserve Dios para bien de nuestras almas.<sup>1)</sup>

De María Clara no se volvió á saber nada más sino que el sepulcro parece la guarda en su seno. Hemos preguntado á varias personas de mucha influencia en el santo convento de Sta. Clara, pero nadie nos ha querido decir una sola palabra, ni aún las charlatanas devotas, que reciben la famosa fritada de higados de gallinas, y la salsa más famosa aún, llamada „de las monjas“, preparadas por la inteligente cocinera de las Vírgenes del Señor.

Sin embargo;

Una noche de Setiembre rugía el huracan y azotaba con sus gigantescas alas los edificios de Manila; el trueno retumbaba á cada instante; relámpagos y rayos alumbraban por momentos los estragos del vendabal y sumían á los habitantes en espantoso terror. La lluvia caía á torrentes. A la luz del relámpago ó del rayo que culebreaba se veía un pedazo de techo, una ventana volar por los aires, desplomarse con horrible estrépito: ni un coche, ni un caminante atravesaba las calles. Cuando el ronco eco del trueno, cien veces repercutido, se perdía á lo lejos, entonces se oía suspirar al viento, que arremolinaba la lluvia, produciendo un repetido trac-trac contra las conchas de las cerradas ventanas.

Dos guardias acobijábanse en un edificio que se construía cerca del convento: eran un soldado y un *distinguido*.

— ¿Qué hacemos aquí? decía el soldado; nadie anda por la calle . . . debíamos irnos á una casa; mi querida vive en la calle del Arzobispo.

— De aquí á allá hay buen trecho y nos mojaremos, contesta el distinguido.

— ¿Qué importa con tal que no nos mate el rayo?

— ¡Bah! no tengas cuidado; las monjas deben tener un para-rayos para librarse.

— ¡Sí! dice el soldado, ¿pero de qué sirve si está la noche tan oscura?

Y levantó la vista hácia lo alto para ver en la oscuridad: en aquel momento brilló un relámpago repetido y seguido de un formidable trueno.

— ¡*Naku! Susmariósep!* exclamó el soldado persignándose, y estirando á su compañero: ¡vámonos de aquí!

— ¿Qué te pasa?

---

<sup>1)</sup> 2 de Enero 1883 (N. del T.).

— ¡Vámonos, vámonos de aquí! repitió castañeteándole los dientes de miedo.

— ¿Qué has visto?

— ¡Un fantasma! murmuró todo tembloroso.

— ¡Un fantasma?

— ¡Sobre el tejado . . debe ser la monja que recoge brasas durante la noche!

El distinguido sacó la cabeza y quiso ver.

Brilló otro relámpago y una vena de fuego surcó el cielo, dejándose oír un horrible estallido.

— ¡Jesus! exclamó persignándose también.

En efecto, á la brillante luz del meteoro había visto una figura blanca, de pié, casi sobre el caballete del tejado, dirigidos al cielo los brazos y la cara, como implorándole. ¡El cielo respondía con rayos y truenos!

Tras del trueno se oyó un quejido triste.

— ¡No es el viento, es el fantasma! murmuró el soldado como respondiendo á la presión de mano de su compañero.

— ¡Ay! ay! cruzaba el aire sobreponiéndose al ruido de la lluvia: el viento no podía cubrir con sus silbidos aquella voz dulce y lastimera, llena de desconsuelo.

Brilló otro relámpago de una deslumbrante intensidad.

— ¡No, no es fantasma! exclamó el distinguido; la he visto otra vez; es hermosa como la Virgen . . . ¡Vámonos de aquí y demos parte.

El soldado no se hizo repetir la invitación y ambos desaparecieron.

¿Quién gime en medio de la noche, apesar del viento, de la lluvia y de la tempestad? quién es la tímida virgen, la esposa de Jesucristo, que desafía los desencadenados elementos y escoge la tremenda noche y el libre cielo, para exhalar desde una peligrosa altura sus quejas á Dios? habrá abandonado el Señor su templo en el convento y no escucha ya las plegarias? no dejarán tal vez sus bóvedas que la aspiración del alma suba hasta el trono del Misericordiosísimo?

La tempestad se desencadenó furiosa durante casi toda la noche; durante la noche no brilló una sola estrella; los ayes desesperados, mezclados con los suspiros del viento, continuaron, pero hallaron sordos á la Naturaleza y á los hombres: Dios se había velado y no oía.

Al día siguiente, cuando, despejado el cielo de oscuras nubes, el sol brilló de nuevo en medio del éter purificado, un coche se detenía á la puerta del convento de Sta. Clara y descendía de él un hombre, que se dió á conocer como repre-

sentante de la Autoridad y pidió hablar inmediatamente con la abadesa y ver á todas las monjas.

Cuéntase que apareció una con el hábito todo mojado, hecho girones, y pidió llorando el amparo del hombre contra las violencias de la hipocresía y delatando horrores. Cuéntase tambien que ella era hermosísima, que tenía los más bellos y espresivos ojos que jamás se hayan visto.

El representante de la Autoridad no la acogió: parlató con la abadesa y la abandonó apesar de sus ruegos y lágrimas. La joven monja vió cerrarse la puerta detrás del hombre, como el condenado vería cerrarse para él las puertas del cielo, si alguna vez el cielo llegaba á ser tan cruel é insensible como los hombres. La abadesa decía que era una loca.

El hombre no sabría tal vez que en Manila hay un hospicio para dementes, ó acaso juzgaría que el convento de monjas era sólo un asilo de locas, aunque se pretende que el hombre aquel era bastante ignorante, sobre todo para poder decidir cuando una persona está en su juicio ó no

Cuéntase tambien que el General Sr. J. — pensó de otra manera, cuando el hecho llegó á sus oídos; quiso proteger á la loca y la pidió.

Pero esta vez no apareció ninguna hermosa y desamparada joven, y la abadesa no permitió que se visitase el claustro, invocando para ello el nombre de la Religion y de los Santos Estatutos.

Del hecho no se volvió á hablar más, como tampoco de la infeliz María Clara.

FIN DE LA NARRACION.

